



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

La forja de un periodista. Azorín (1891-1906)

Juan José Payá Rico



Tesis

Doctorales

www.eltallerdigital.com

UNIVERSIDAD de ALICANTE



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA, LINGÜÍSTICA GENERAL Y
TEORÍA DE LA LITERATURA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA FORJA DE UN PERIODISTA. AZORÍN (1891-1906)

JUAN JOSÉ PAYÁ RICO

Tesis presentada para aspirar al grado de

DOCTOR POR LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

DOCTORADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Dirigida por:

MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO

Agradecimientos

A mi familia. Mi madre Teresa, mi padre Pepe, mis hermanos Javi y Pablo, mi abuelo Joanet, mi iaia Carmina y mi tío Pablo. Os quiero muchísimo.

A los buenos amigos. Charly, Santi, Carlos, Juanico Máiquez, Jose y Yoli de Madrid, Moro y Majo de Santa Pola, Ayala y Eli, Cristina, Nacho, Amanda y toda la filà.

Y sobre todo tú, Majo Payá. Gracias siempre por estar ahí.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

Índice

Introducción.....	9
1. Monóvar, familia y hermanos: huellas de un futuro escritor y periodista.....	13
2. Colegio y bachiller en los Escolapios de Yecla. Tiempos determinantes en su formación.....	19
3. Primeras colaboraciones periodísticas en Monóvar, Villena, Dénia, Yecla, Alicante, Alcoy y Madrid.....	21
4. Estudios universitarios frustrados en su vocación periodística y literaria: Petrer, Alicante, Granada, Salamanca y Valencia. Primeros libros: <i>La crítica literaria en España; Moratín y Buscapiés</i>	31
5. Encuentro con Pedro Dorado en Salamanca. Ven la luz <i>Anarquistas literarios, Notas sociales y Literatura</i> . Traducciones a Hamon, Kropotkine, Maeterlinck, Guillermo Ferrero y Baudelaire.....	53
6. <i>El Pueblo</i> y otras voces anarquistas: <i>El Productor, Ciencia Social y La Idea Libre</i> (ediciones de Montevideo y Madrid).....	61
7. Virulencia anarquista y radical de Martínez Ruiz en Madrid con <i>El País</i> . Publicación de <i>Charivari y Bohemia</i>	71
8. Dos artículos de la prensa nacional en la tierra natal de Martínez Ruiz: <i>De El País a La Correspondencia de Alicante y El Liberal</i>	89
9. Expulsión de <i>El País</i> . Entrada en <i>El Motín</i> , de Nakens, y publicación de <i>Charivari y Bohemia</i> . Artículos en <i>Nuevo Mundo</i>	91
10. Militancia de Martínez Ruiz en el Partido Federalista. Colaboraciones periodísticas en <i>La Federación</i> , de Alicante. Campaña de críticas y desafíos a muerte con el apoyo de Clarín desde <i>Madrid Cómico</i> . Un prólogo murciano.....	103

11. Nuevos libros en el mercado editorial: <i>Soledades</i> , <i>Pecuchet</i> , <i>demagogo</i> , <i>La evolución de la crítica</i> y <i>La sociología criminal</i> . Martínez Ruiz contra la Guerra de Cuba: alegato pacifista y antibelicista en <i>El Correo</i> , de Alicante. Prólogo a <i>Artistas levantinos</i> , de Luis Pérez Beltrá. Amistad con Emilio Castelar.....	115
12. Fichado por Luis Bonafoux para <i>La Campaña</i> , de París.....	121
13. Nueva etapa con Lerroux: <i>El Progreso</i> y <i>Progreso</i> , activismo periodístico en Madrid.....	133
14. A <i>Madrid Cómico</i> llevado por Clarín. Polémica, crisis y escándalo con <i>Electra</i> , de Galdós.....	155
15. <i>Los hidalgos</i> y <i>El alma castellana</i> (1900): cambio periodístico reflejado en sus libros. Cumplir un sueño: estreno en <i>El Imparcial</i>	169
16. <i>Diario de un enfermo</i> y <i>La fuerza del amor</i> (1901): crisis nihilista y existencial. Visita a Toledo. <i>Mercurio</i> , el proyecto de Martínez Ruiz y Baroja.....	177
17. Reaparición en la prensa. Colaboraciones efímeras en periódicos y revistas (1899-1902) en su camino a la fama: <i>La Revista Vinícola Ilustrada</i> , <i>Revista Nueva</i> , <i>Vida Nueva</i> , <i>La Correspondencia de España</i> , <i>Las Noticias</i> (de Barcelona), <i>Madrid</i> , <i>Juventud</i> , <i>Don Quijote</i> , <i>El Porvenir del Obrero</i> (de Mahón) y <i>Arte Joven</i> . Homenaje a.....	185
18. Regeneracionismo en la campaña de “Los Tres” contra el juego y la prostitución: <i>El Noticiero Malagueño</i> , “Historia contemporánea”, <i>El Correo Español</i> y <i>Juventud</i>	209
19. <i>La voluntad</i> (1902): filosofía, periodismo y próxima salida a la crisis nihilista.....	219
20. Más periodismo en 1902 de camino a <i>El Globo</i> : <i>La España Moderna</i> , <i>La Ilustración española y americana</i> , <i>El Heraldo de Madrid</i> y <i>La Época</i>	227
21. Martínez Ruiz, un periodista de prestigio en la redacción de <i>El Globo</i>	231

22. Antonio Azorín (1903): punto final a la crisis.....	253
23. Semillas de un “pequeño filósofo”: <i>Helios, El Pueblo Vasco, El Imparcial, Alma española y Los cómicos</i>	259
24. Biografía y dimensión literaria: <i>Las confesiones de un pequeño filósofo y La Lectura</i> (1904).....	279
25. Nace Azorín en el periodismo de Martínez Ruiz. <i>España y Los pueblos</i> (1904-1905).....	289
26. En la cumbre del periodismo: Azorín en <i>El Imparcial</i> . Libros <i>La ruta de Don Quijote y La Andalucía Trágica</i>	383
27. Azorín en <i>Blanco y Negro</i> y <i>ABC</i> : literatura y periodismo a partes iguales.....	413
28. Azorín en <i>ABC</i> . Periodismo parlamentario y crónicas de viajes. Entre la información y la opinión.....	429
29. Pasión por Cataluña: Azorín en el <i>Diario de Barcelona</i> (1905-1906).....	533
Conclusiones.....	561
Anexo I.....	611
Anexo II.....	683
Bibliografía.....	695

Introducción

La forja de un periodista. Azorín (1891-1906) ahonda en las raíces del periodismo de José Martínez Ruiz en sus múltiples colaboraciones en Monóvar, Dénia, Alicante, Yecla, Valencia, San Sebastián, Madrid y Barcelona, relacionando temporalmente su trayectoria en el oficio periodístico, en las hojas volanderas, con su obra de creación.

Este recorrido por su obra periodística es, pues, fundamental para adentrarse en la figura poliédrica de Azorín, en una investigación que, a su vez, ha recuperado, rescatado y aportado nuevos artículos azorinianos, cabeceras y escritos inéditos que permanecían ocultos y perdidos en las hemerotecas.

En las tareas de revisión y análisis de la prensa, han desempeñado una función clave las actuales herramientas tecnológicas con las hemerotecas digitales. Y asimismo, referencia absoluta para esta investigación han sido la Biblioteca Nacional de España, el servicio de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura, la Biblioteca Valenciana (Hemeroteca Municipal de Valencia), el archivo digital de Levante-EMV del grupo Editorial Prensa Ibérica, el Centro Digital de Guipúzcoa (País Vasco), el Centro de Memoria de Madrid (Hemeroteca Municipal de Madrid), la Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid o el Arxiu de Revistes Catalanes Antiques de la Biblioteca de Catalunya.

Además, expreso un especial agradecimiento al servicio de Préstamo Interbibliotecario de la Universidad de Alicante: se han tramitado documentos electrónicos con la Bibliothek der Friedrich-Ebert-Stiftung de Bonn, el International Institute of Social History de Ámsterdam, la Biblioteca Nacional de Francia y la Biblioteca Nacional de España (en estos dos últimos casos, con archivos que no estaban disponibles en sus hemerotecas digitales).

Igualmente, en el curso de esta investigación, ha sido imprescindible el material aportado por los fondos de la Casa-Museo Azorín de Monóvar (de la Fundación Caja Mediterráneo), el Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert (de la Diputación de Alicante) y el Archivo Histórico Provincial de Alicante (de la Generalitat Valenciana).

Todos ellos han sido esenciales para el objetivo de localización y rastreo de lagunas y yerros en los repertorios periodísticos de Azorín.

La forja de un periodista. Azorín (1891-1906) se adentra por tanto en la evolución ideológica del alicantino, la transformación de su firma (de Martínez Ruiz a Azorín, con el empleo de diversos pseudónimos de por medio), su renovador estilo, su estética creadora, la crítica teatral o literaria (con sus autores y temas

predilectos), las crisis y silencios, y la retroalimentación que se produce entre literatura y periodismo que son, entre otras manifestaciones, unos datos vitales y necesarios para reinterpretar y reescribir su biografía.

Así pues, desde las primeras colaboraciones locales y provinciales en Alicante, este es un viaje que retrata el proceso de formación periodística de José Martínez Ruiz, de Valencia a Madrid y Barcelona, no exento de altibajos y conflictos en lo cultural y literario a finales del XIX y principios del XX. De este modo, Azorín, tras una dura labor diaria y una intensa preparación intelectual, se abrió un hueco en las cabeceras más prestigiosas (*El País*, *El Progreso*, *El Imparcial*, *España*, *ABC* y *Diario de Barcelona*), ganándose la simpatía (que también envidia) de algunas de las figuras más célebres de la época.

Fueron docenas de diarios; cientos de artículos; y hasta 21 libros y folletos los que vieron la luz en este intervalo de tiempo, en los que Azorín brinda algunas de las crónicas más brillantes del oficio periodístico y de la literatura española, y en las que resaltan, además de su compromiso, una estética que salva a estos textos de la caducidad efímera del periodismo (*Los pueblos*, *Veraneo sentimental*).

El límite temporal fijado en esta investigación (hasta 1906) se explica porque esta es la fecha en la que es posible encontrar un Azorín integrado y formado en el periodismo. De hecho, por entonces, el periodista ha evolucionado y progresado en su trayectoria, lo que aflora notablemente en el jalón que supone sus colaboraciones en *El Imparcial*. Poco después, en su posterior salto a *ABC*, en junio de 1905 con la serie de crónicas sobre el “Viaje regio”, se efectúa su total adaptación en una línea de publicaciones originales, con nuevos prismas y enfoques como ya hiciera en *La ruta de Don Quijote* o *La Andalucía Trágica*, solo que aquí, en el rotativo de Luca de Tena, los artículos se estabilizan después de una época de turbulencias laborales entre despidos y enfrentamientos.

Es más, las “Impresiones parlamentarias” que en *España* (1904) todavía trataba de perfeccionar, resurgen ahora en *ABC* no solo como una sección habitual sino, también, como una sección perfilada que sigue un patrón a todas luces reconocible. De igual modo, su viraje político, su adhesión ideológica al medio, es patente con la imagen que presenta del monarca en su viaje por París y Londres en la cobertura informativa de *ABC*, y que también repite en sus posiciones conservadoras asentando lo que ya había reflejado con mayor o menor presencia en *El Pueblo Vasco*, *Alma española* y, sobre todo, en *España* unos meses atrás.

Artículos de “inactualidad”, emoción y ensoñación, críticas con un trasfondo cultural, difusión de los clásicos, compromiso intelectual con España... Azorín aprisiona en *ABC* toda la esencia periodística que ha ido asumiendo y moldeando,

por lo que esta es una etapa plenamente significativa que no se verá interrumpida hasta muchos años después (sus nuevos libros, *El Político* y *España*, no se lanzarán al mercado hasta 1908 y 1909 respectivamente).

Cabe destacar además que, en esta investigación, se ha llevado a cabo una revisión de la crítica especializada, aunando puntos trazados previamente por otros autores y dispersos en la bibliografía académica. Y, en este sentido, se ha procedido a una necesaria actualización a partir de relevantes biografías como la de José María Valverde (*Azorín*, 1971, de Planeta), encaminadas a unir la faceta literaria y periodística del alicantino, pero que carecían de importantes apuntes (sobre todo en lo que concierne a la prensa histórica, de la que disponemos de un mayor acceso en la sociedad de la información). Y, por descontado, también ha sido recurso y fuente principal la guía del profesor E. Inman Fox.

Azorín, renovador del periodismo, magisterio de los jóvenes periodistas de hoy y del mañana, uno de los articulistas que con más pasión y tesón vivió y sufrió a partes iguales el periodismo, es testimonio indispensable de la Historia de la Prensa Española. Por ello, su incomprensible olvido en la actualidad, sobre todo en las facultades de Ciencias de la Información, obliga a una reivindicación ineludible y una revisión de su bibliografía inexcusable.

La forja de un periodista. Azorín (1891-1906) –que comienza a gestarse tras la presentación del Trabajo Fin de Máster (TFM), *Mirada, compromiso y sensibilidad en el periodismo renovador de Azorín (1904-1905)*, fruto del Máster de Estudios Literarios de la Universidad de Alicante en octubre del 2013– persigue además el objetivo de reconocer y posicionar la figura periodística de Azorín en el más alto escalafón del gremio en el siglo XXI.

1. Monóvar, familia y hermanos: huellas de un futuro escritor y periodista

José Martínez Ruiz siente y vive el periodismo desde que no era más que un niño en Monóvar. Allí nace el 8 de junio de 1873, en la calle de la Cárcel, que después pasó a llamarse San Andrés. Sus padres, Isidro Martínez Soriano y María Luisa Ruiz Maestre, se trasladaron a la localidad alicantina poco después de contraer nupcias, dueños de varias fincas heredadas de la familia. Así, en aquel paisaje y entre aquellos campos, pulula el joven Martínez Ruiz interesado ya vivamente por las hojas volanderas.

Desearía, al escribir largamente mi autobiografía, describir el campo que he frecuentado y las casas en que moré. En Monóvar fueron dos, las dos familiares: en el campo, en una casa también de la familia, el Bilaire, enajenada en mi niñez, estuve tan sólo, siendo muy niño, una noche¹ (...). “En el Belix, también nuestra, a dos kilómetros de Monóvar, casa puesta en un altozano, estuve incontables veces por las tardes. En el alfoz de Monóvar poseíamos una huerta, la Cañada, con viñedo, frutales, hortalizas. No tenía casa al principio; mi padre edificó luego una mansión clara, blanca, con su aljibe dentro, con corral y cuadra. Me sentaba yo en la puerta y meditaba. La casa no llegó a ser amueblada; me tocó a mí la finca en la herencia, y yo hube de venderla, con harto dolor. En el Collado de Salinas, a nueve kilómetros de Monóvar, la heredad grande, de ocho pares de mulas, que mi madre heredó de su tía, doña Loreto Ruiz, pasé yo muchas temporadas. Yo le leía con titubeo un periódico al que ella estaba suscrita. No es posible que yo olvide el Collado de Salinas; ya las particiones testamentarias lo han desintegrado² (...).

Martínez Ruiz se entretiene con los periódicos y los libros cuando el resto de niños juega en las calles del pueblo. Le gusta adentrarse y perderse en los campos, mover y curiosear la tierra en las excursiones, y tomar apuntes en su bloc de notas. Así lo atestigua Ramón³, trabajador en la finca familiar del Collado de Salinas.

Se pasaba mucho tiempo en sus habitaciones, sobre todo por las mañanas. Por cierto que todas las mañanas venía el peatón rural con la correspondencia, cargado como una mula. ¡Cuántos paquetes, cartas y periódicos le traía! (...). Me llamaba con frecuencia para decirme: “Ramón, engancha el cabriolé”. Y nos íbamos por aquellos guapos contornos. De pronto, me hacía parar el carruaje. Bajaba, se quedaba ensimismado contemplando el paisaje y sacaba el lápiz y un cuaderno de apuntes. Y se ponía a escribir. (...) Tanto en verano como en invierno llevaba puesta una boina. En nuestras excursiones removía los pedruscos de los caminos, se ponía en cuclillas o se echaba en el suelo, sacaba “un cristal de aumento” del bolsillo, observaba a los

¹ Azorín (1959), *Posdata*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 54.

² Campos, Jorge (1964), *Conversaciones con Azorín*, Taurus, Madrid, pág. 124.

³ Alfonso, José (1958), *En torno a su vida y a su obra*, Aedos, Barcelona, pág. 63.

bichejos que rebullían debajo de las piedras, y... así estaba un buen rato. Luego volvía a escribir en el “talonario” que llevaba.

La vocación de José Martínez Ruiz por las letras es evidente en una familia culta y adinerada, enfrascada en lecturas y que propicia este primer ambiente cultural del periodista alicantino. Su padre, el abogado Isidro Martínez Soriano (natural de Yecla) es diputado provincial, fundador del Casino⁴ y alcalde de Monóvar (también señalado en el capítulo XLV de *Las confesiones de un pequeño filósofo*). De profundas raíces religiosas, Martínez Ruiz le recuerda con las últimas novedades y clásicos de Pereda, Galdós, Alarcón y Campoamor, “sentado de costado ante su mesa y leyendo un libro de Historia⁵”. Así lo rememora Martínez Ruiz en su conversación con Jorge Campos⁶:

Fui a Valencia y Alicante, en el tren, con mi padre; era mi padre diputado provincial; había sido alcalde de Monóvar. (...) Mi padre nació en Yecla. Estudió siendo muchacho, en el Seminario de San Fulgencio, en Murcia; después cursó Derecho, en Valencia. Vestía y calzaba bien. Como era diputado provincial, iba todas las semanas a Alicante. (...). Que recuerde yo, solo estuvo dos veces enfermo: una, del cólera, en 1885 –tenía yo doce años-, y la otra de la enfermedad que le acabó. (...) En la mesa de su despacho tenía el grueso tomo de Medicina y Marañón con las *Leyes de España*, y un tomito, ya muy manoseado, de la *Imitación de Cristo*. Le gustaba leer, compraba a Pereda, Galdós, Alarcón y Campoamor las novedades (...) Del Collado nos traían cestas de huevos, pollos, caza; de la Cañada, pimientos, tomates, melones de olor y de agua, uva, albaricoques.

María Luis Ruiz Maestre es la bondad y la ternura. Una mujer también muy buena lectora, de “lecturas instructivas”, con un “estilo epistolar correcto, y en la conversación, sin caer en la pedantería y afectación, usaba el vocablo justo y propio”⁷. Y además, meticulosa y cuidadosa, hasta el punto que guardaba los más mínimos detalles de la familia en un cuaderno íntimo donde anota la primera vez que le cortaron el pelo o bien la inicial entrada a la escuela un 21 de octubre de 1878⁸.

⁴ Azorín (1959), *Agenda*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 42.

⁵ Azorín (1946), *Memorias inmemoriales, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998, pág. 1060.

⁶ Campos, Jorge (1964), ed. cit., pág. 118.

⁷ Roldán (1954), “Sobre la genealogía de Azorín”, *ABC*, 20 de marzo de 1954.

⁸ Alfonso, José (1950), *Azorín íntimo*, Cunillera, Madrid, pág. 119.

Tenía fama doña Luisa de ser una guisandera y repostera maravillosa⁹, y en cualquier caso, a diferencia de su padre, Martínez Ruiz muestra hacia ella rasgos que denotan sensibilidad y una influencia importante. “Con sus vestidos oscuros, reservadísima, contenida en sus cariños maternos, pero celosísima por los hijos, curiosa de lectura, amiga del orden y de una pulcritud irreprochable en toda la casa, desde el desván al tinelo”, escribe Martínez Ruiz en *Valencia*¹⁰.

El hermano del periodista alicantino, Amancio Martínez Ruiz¹¹, también realiza una semblanza de su madre (bajo el título de “Una menestra”) que se ajusta a estos mismos parámetros del autor de *La voluntad*:

Mi madre era de figura esbelta, de continente atractivo, noble; modales y compostura señoriales; de cutis fino, ojos azules, serenos, copiosa cabellera castaña de visos dorados, la expresión del rostro limpia, bondadosa, revelando el candor de su carácter sin artificio. Su ternura no se manifestaba en arrebatos estrepitosos de cariño, sino apacibles, dulces. Ved su elegancia en el retrato. Hija única (porque la primogénita Josefa María Roberta solo vivió un año), se había criado con la delicadeza que facilita el bienestar, y su educación fue esmerada, fiel guardadora de los preceptos religiosos en el cumplimiento de sus rezos, con pureza de fe.

Bautismo en años difíciles

Cuando Martínez Ruiz viene al mundo son años complicados para España. El fracaso de la monarquía de Amadeo I de Saboya es seguido de la proclamación de la I República Española en 1873 (donde Pi y Margall fue uno de sus presidentes). Las guerras carlistas y el problema cantonal terminan con el nuevo régimen político. El conservador Cánovas promueve la Constitución de 1876 en la que se garantiza el sufragio universal que es efectivo en 1891 con la restauración de los Borbones. Socialmente, el funcionamiento del sistema político se ve dificultado por el caciquismo que controla localmente el poder político y obtiene favores del Gobierno. Sin embargo, se producirán movimientos contrarios a esta situación, como el regeneracionismo o el federalismo.

Estas turbulencias históricas explican la condición de “carlista exaltado¹²” del cura que bautizó a Martínez Ruiz en plena debacle republicana. Máximo Rico, el

⁹ Poveda, Rafael (1999), *Recetario de cocina de la madre de Azorín*, 1898, Ayuntamiento de Petrer, CAM.

¹⁰ Azorín (1941), *Valencia*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 81.

¹¹ Rico Verdú, José (1973), *Un Azorín desconocido. Estudio psicológico de su obra*, Instituto de Estudios Alicantinos, Diputación de Alicante, Alicante, pág. 89.

¹² *Ibid.*, pág. 33.

sacerdote, que era especialmente conocido por sus discursos en el púlpito, bautizó al futuro escritor en la iglesia San Juan Bautista donde actuaron de padrinos¹³ sus tíos José Martínez y Loreto Ruiz, con testigos David Esteve y Juan Pérez.

Los hermanos de Martínez Ruiz, siempre presentes en su memoria, que también en sus libros, fueron: María, que estuvo casada con el notario de Yecla José Martínez del Portal, quienes quedan retratados en *Memorias Inmemoriales*; Consuelo, casada entonces con el escritor Manuel Ciges Aparicio; Mercedes, que residió entre Petrer y Yecla; Amparo, que ganó varios concursos literarios¹⁴, colaboró en la revista *Sigüenza*, e incluso inició una serie de artículos en *ABC* bajo el título de “Sugerencias”, “Azorín. Ideas y recuerdos” y “Sobre la genealogía de Azorín”; Pilar; que poseía una librería católica en Alicante; Luis, fallecido recién nacido; Amancio, o “la dignidad integral¹⁵”, abogado de profesión, que se retiró de Madrid al Collado de Salinas¹⁶, a la finca familiar, donde recibió libros y revistas que José Martínez Ruiz le remitía; y Ramón, médico que ejercía en el pequeño pueblo de Jaén, La Puerta del Segura.

Por todos ellos, conocemos detalles del joven Martínez Ruiz que nos ayudan a configurar su perfil literario, cuando resaltan su espíritu de observación, a solas con su individualismo en el espacio de un cuarto de libros que era su “centro de atracción”, rememora su hermano Ramón¹⁷. Su hermana Amparo¹⁸, por su parte, lo recuerda así:

Pasaba el día en su gabinete de trabajo, entregado a sus libros, dejando correr la pluma sobre las cuartillas (...). Él, siempre hermético, solía hablar algo en el rato de sobremesa (...) Retirábase de cuando en cuando a la soledad campestre. Allí se entregaba a sus estudios naturalistas y observaba paciente, minuciosamente plantas e insectos

Martínez Ruiz sentía un cariño especial por su abuelo paterno, José Soriano García, quien publica en 1838 en Alcoy el libro *El contestador a una carta que se quiere suponer escrita por el (ahora) Príncipe de Tayllerand al Sumo Pontífice Pío VII*. Soriano también dejó escrita otra obra, *Filosofía del símbolo, o mis idea*

¹³ Alfonso, José (1953), “Los 79 años de Azorín”, *Pueblo*, 2 de enero de 1953.

¹⁴ Alfonso, José (1958), ed. cit., pág. 205.

¹⁵ Azorín (1946), ed. cit., pág. 1123.

¹⁶ Cruz Rueda, Ángel (1947), ed. cit., págs. 13 y 14.

¹⁷ Alfonso, José (1958), ed. cit., pág. 203.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 206.

religiosas y políticas, y fue además quien inspiró la carrera literaria inicial de Martínez Ruiz. José Soriano García, que representaba el maestro Yuste¹⁹ en *La voluntad*, fue presentado por el alicantino a Clarín como un “filósofo inédito”²⁰.

Quiero hablar, debo hablar de mi abuelo paterno, el filósofo José Soriano García: lo considero como integrado, por naturaleza, en Yecla: una Yecla intempestiva y casi borrosa, tanto más amada cuanto se aleja más (...). *El Contestador* atestigua fina inteligencia exornada de vasta erudición. Chispean de cuando en cuando en estas páginas el sarcasmo y la ironía. Son notables los pasajes en que se define filosóficamente la Naturaleza (...) ²¹.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

¹⁹ Martínez Ruiz, Florencio (1973), “La ruta de Azorín”, *ABC*, 3 de junio de 1973.

²⁰ Vidal Ortuño, José Manuel (2007), “José Martínez Ruiz retrata a sus deudos de Yecla”, *Los retratos de Azorín. En la encrucijada de las subjetividades*, Coloquios de Pau VII, IAC Juan Gil-Albert, pág. 216.

²¹ Campos, Jorge (1964), ed. cit., págs. 126 y 127.

2. Colegio y bachiller en los Escolapios de Yecla. Tiempos determinantes en su formación

José Martínez Ruiz viaja de Monóvar a Yecla en mula y carro para ingresar en el internado de los Escolapios, donde fue enviado por su padre (era natural del municipio murciano) en vías de alcanzar la preparación necesaria para un puesto de alto funcionario o cargo similar. Un tiempo determinante donde, en cambio, el joven Martínez Ruiz se empapa de clásicos y lecturas fundamentales en su formación²². Un tiempo feliz donde permanecía igualmente atento a la naturaleza que le inspiraba²³.

Nacido en 1873, entré en los Escolapios en 1879. Fue en el Colegio de Yecla, en provincia de Murcia. Entré en 1879, a los seis años, y salí en 1885. El Colegio estaba construido en parte de un antiguo convento de franciscanos, elevado en el siglo XVIII; parte de esta construcción se aprovechó, y se hizo un magnífico edificio; los pasillos eran espaciosos, y las salas, amplias. Tenía por detrás un extenso huerto; desde las ventanas de la sala de estudio se divisaba el panorama de la chica vega del pueblo. A lo lejos, cerraba el horizonte una montaña. Muchas veces he contemplado yo este espectáculo, puesto el codo en el pupitre y la mano, clásicamente, en la mejilla. Desempeñaba el cargo de rector, cuando yo entré en el Colegio, el padre Carlos Lasalde; era este escolapio hombre distinguidísimo; gozaba en la Orden de merecida reputación. Sus estudios preferentes, fuera de la pedagogía, eran la arqueología y la bibliografía. Publicó, en la revista *Calasancia*, una bibliografía de los escolapios escritores; intervino en los descubrimientos arqueológicos del Cerro de los Santos. Algunas de las estatuas alumbradas figuran en el Museo Arqueológico; en el Colegio de Yecla existía una sala con reliquias de una remota civilización, todavía no dilucidada, que en el Cerro de los Santos tenía su sede. El padre Carlos, discreto, silencioso, gustaba de inspeccionarlo todo, en el Colegio, menudamente, circunstanciadamente, yendo y viniendo por los anchos pasillos con pasos tácitos, calzados los pies de zapatos con suela blanda. Le veo en estos momentos con su cara de facciones proporcionadas, bellas, expresivas. Y le veo caminando calladamente por los anchurosos ámbitos del Colegio, sin hacer el más leve ruido. Hubo después, durante mi internado, otros rectores: el padre Ángel V. Alonso, dulcemente inquisitivo, amigo de investigar la verdad sin violencia, y el padre Francisco Miranda, un poquitín sarcástico, de inteligencia viva. Sobre el padre Carlos Lasalde he escrito en mi novela *La voluntad*; le he recordado también en otros libros y en artículos de revistas y periódicos.

El padre Carlos Lasalde ejerce un papel fundamental en este periodo de formación intelectual donde Martínez Ruiz se atreve a experimentar con sus

²² Azorín (1941), *Madrid*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 102.

²³ Azorín (1946), "Escolapios", *ABC*, 8 de septiembre de 1946.

primeras obras (lo hace a los ocho años con una pequeña pieza teatral²⁴ que se representa en el zaguán de una casa con varios amigos, que también rememora en su libro *Valencia*²⁵), o bien da breves discursos²⁶ con los que se pone a prueba ante sus compañeros de clase.

La vida se desenvolvía en el colegio, un colegio de religiosos, ordenadamente. Había allí un buen gabinete de Física y un muestrario en miniatura de aperos y máquinas agrícolas. Se salía a la vega jueves y domingos, en largas caminatas, y se entretenía el paseo cogiendo insectos; luego, en el colegio se clasificaban y ordenaban en insectarios. Decía X que de todas las lecciones de su niñez y adolescencia, ésta de la insectología le había sido la más provechosa (...) De la ciudad apacible se salía a las ocho de la mañana en el carro y se llegaba a la ciudad adusta, en el otro reino, a las cuatro de la tarde. En ocho años de internado en el colegio hizo X treinta y dos viajes: uno de ida a principios de curso; otro de vuelta al final; además, los de ida y vuelta por las Navidades. Las ocho horas de carro de cada viaje se convirtieron, por tanto, en la suma respetable de 256 horas de caminar lentamente, arrastrado por el Noble y guiado por Chochim, Joaquín. A Joaquín, se le llamaba de mote l'oncle Blau, es decir, el tío Azul²⁷.

Martínez Ruiz aprobó los dos ejercicios de bachiller el 27 de junio de 1888, en Murcia, y se le expidió el título en septiembre, según consta en la copia del expediente académico de Manuel García Blanco²⁸. Y, las fechas de entrada y salida en su formación escolar, aunque no coincidan con las del periodista alicantino (afirmó en el artículo de *ABC* que salió de los Escolapios en 1885) se debe a un error menor por la frágil memoria y el paso del tiempo inexorable.

Yecla se resume así en un cúmulo de experiencias y lecturas, de viajes y naturaleza, que alimentarán la imaginación de un escritor que está por lanzarse a la literatura y al periodismo.

²⁴ Tudela, Mariano (1969), *Azorín*, Epesa, Madrid, pág. 11.

²⁵ Azorín (1940), *Valencia*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 134.

²⁶ Alfonso, José (1959), ed. cit., pág. 122.

²⁷ Azorín, (1946), ed. cit., págs. 1067 y 1085.

²⁸ Cruz Rueda, Ángel (1946), "Pequeña biografía", *El artista y el estilo*, Aguilar, pág. 15.

3. Primeras colaboraciones periodísticas en Monóvar, Villena, Dénia, Yecla, Alicante, Alcoy y Madrid

Todo este conjunto de sensaciones que experimenta Martínez Ruiz desde su etapa escolar van a fructificar en colaboraciones tempranas, que viene a ser lógico en un autor que desea vivir de cerca la vorágine de una redacción con la escritura de noticias, reportajes y crónicas.

Según Manuel Rico García²⁹ en su *Ensayo biográfico y bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, José Martínez Ruiz publica en la prensa de su pueblo natal, Monóvar, desde 1888 (a los 15 años de edad). Fue concretamente en *El Monovareense* y *El Eco de Monóvar*, aunque esto no se ha podido comprobar al no poder localizar ninguna de estas cabeceras en archivos nacionales ni provinciales. Tampoco en dicha publicación se inserta relación alguna sobre estas colaboraciones.

En cualquier caso, la existencia de *El Eco de Monóvar* está probada por noticias que encontramos en diarios de la época de distintas localidades como por las informaciones que nos dan otros periódicos monoveros posteriores como *El Pueblo* (número 374, "Nuestro aniversario"), *El Cronista* (extractos de la sección "Hace 26 años...") y *Democracia* (número 2, sección "Curiosidades"). Es más, el ejemplar número 230 (del 16 de agosto de 1892) de *La España Artística*, de Madrid, informa del vínculo laboral de José Martínez Ruiz con *El Eco de Monóvar*:

Con esta fecha hemos tenido el gusto de nombrar corresponsal de LA ESPAÑA ARTÍSTICA en Monóvar, al reputado escritor de aquella población y redactor de *El Eco de Monóvar*, D. José Martínez Ruiz, a quien nuestros abonados pueden dirigirse en la referida localidad, para cuantos asuntos se relacionen con nuestra publicación.

En cualquier caso, hay también una prueba fehaciente de los escritos del joven periodista alicantino en *El Eco de Monóvar* por medio de las breves notas que inserta en el diario *El Alicantino*, del 27 de octubre de 1892³⁰, según el ejemplar extraído del servicio de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura. En ellas, firmadas por José Martínez Ruiz, se informa de la ruptura del periodista alicantino con el medio local debido a desavenencias, al parecer, con la línea editorial:

El Eco de Monóvar es lo que se dice todo un periódico noticiero de los del montón, y recordarán nuestros lectores que hace días le llamamos al orden por sus desplantes irreligiosos; hoy se nos ruega la inserción

²⁹ Rico García, Manuel (1986), *Ensayo biográfico y bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, IAC Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante, pág. 318.

³⁰ Pavía Pavía, Salvador (1985), "Juan de Lis, uno de los primeros pseudónimos de José Martínez Ruiz", *Anales Azorinianos* 2, CAM, Alicante, pág. 44.

de una carta en la que se pone de manifiesto lo que es y lo que vale aquel periódico, dejando como es consiguiente la responsabilidad de las afirmaciones que contiene a su firmante, antiguo alumno de los Escolapios.

Sr. Director de *El Alicantino*:

Mi estimado amigo: fiando en su benevolencia le suplico la inserción de las siguientes líneas en su ilustrado periódico. (...)

Deseo que conste ante la opinión de las personas honradas que me he separado de la redacción de *El Eco de Monóvar* a causa del maquiavelismo torpe y grosero que desde el último número y aprovechando mi ausencia, han iniciado gentes sin dignidad política, gentes para las cuales se formaron los refranes, sabios como todos ellos, de que “la cabra siempre tira al monte” y “la mona aunque se vista de seda mona se queda”. Monóvar, 25 de octubre de 1892.

En el rastreo de *El Alicantino*, no se ha detectado ninguna otra colaboración de Martínez Ruiz. En cambio, sí que interviene como un activo colaborador su tío, Miguel Amat y Maestre, en su línea de escritos principalmente religiosos. La colección de *El Alicantino*, “órgano oficial del círculo católico de obreros”, está disponible de 1888 a 1894 tanto en el archivo del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert como en el de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura.

El Activo, El Liberal y El Defensor

Según los apuntes de Manuel Rico García³¹, Martínez Ruiz escribe bajo el pseudónimo Juan de Lis en *El Activo*, de Villena, en julio de 1891. Es la primera prueba fehaciente de la escritura del joven articulista y empedernido lector, interesado sobre todo por la crítica literaria. Un precoz entusiasta por la literatura con no poca osadía, puesto que esta incluso le lleva a mostrar su desacuerdo con “el mordaz Clarín, mezcla de abeja y avispa”.

La firma con pseudónimo, Juan de Lis, podía deberse al propósito de camuflar su nombre real, al intento de escapar de las presiones en los estudios sobre todo de su padre, quien deseaba que su hijo se formase como abogado de prestigio. De cualquier modo, lo cierto es que los pseudónimos eran muy habituales en la época, aunque tampoco escapa el criterio, el descaro del alicantino por enfrentarse en plena adolescencia a una de las firmas más distinguidas y respetadas, Leopoldo Alas Clarín.

³¹ Rico García, Manuel (1986), ed. cit., pág. 318.

En diciembre de 1891, también transcrito por el alicantino Manuel Rico García en su obra de referencia, se registra una nueva colaboración del joven Martínez Ruiz en las páginas, en esta ocasión, de *El Liberal*, de Dénia.

Por la ficha técnica realizada por los profesores Teresa Ballester, Antoni Espinós y Francisco Moreno Sáez en *La prensa a la Marina Alta (1840-1990)*³², sabemos que *El Liberal*, de Dénia, tenía el subtítulo de “Periódico político, literario, mercantil y de noticias”, era de periodicidad semanal, redactado en castellano, y con una tendencia ideológica próxima al partido de Sagasta.

Este número 124 de diciembre de 1891 de *El Liberal* fue rescatado y analizado, a partir de los apuntes de Manuel Rico García, por los profesores Miguel Ángel Auladell, Ramón F. Llorens, Juan Antonio Ríos Carratalá y María Dolores Fuentes en la revista *Canelobre*³³.

El escrito se titula “Del Rey abajo... Cuento erudito” y, en él, ya se combinan temas recurrentes en la literatura y periodismo de Martínez Ruiz. Constantes importantes en la crítica y creación azorinianas como el interés por los clásicos; enfoque subjetivo que huye de lo académico; fina ironía, humor; inspiración libresca en un relato sensible que desemboca en cuentecillo; y, sobre todo, la capacidad de extrapolar la literatura a las hojas volanderas de los periódicos.

De este modo, aquí mismo lo realiza a partir de una representación teatral, *El mayor monstruo de los celos*, de Calderón, que también cobra vida (junto al poeta Francisco de Rojas Zorrilla, autor de *Los bandos de Verona*) en un artículo donde Martínez Ruiz evidencia su notable documentación con detalles propios de unos hechos del siglo XVII.

Dentro de esta misma obra de Manuel Rico García se cita otras colaboraciones de Martínez Ruiz sin fecha (pero que en cualquier caso debían de ser de los años 1891 y 1892) que son: “La literatura en Valencia” y “Miniaturas literarias”.

E. Inman Fox³⁴ citó como primer texto en prensa de José Martínez Ruiz uno del 20 de marzo de 1892 en *Defensor de Yecla* (“Crónica política”, firmado con el pseudónimo Juan de Lis). Pero ya se ha podido comprobar que, por las

³² Ballester Artigues, Teresa, Espinós Quero, Antoni y Moreno Sáez, Francisco (1993), *La prensa a la Marina Alta (1840-1990)*, IAC Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante, págs. 96 y 97.

³³ Auladell, Miguel Ángel, F. Llorens, Ramón, Fuentes, María Dolores y Ríos Carratalá, Juan Antonio (1987), “Textos olvidados del joven Martínez Ruiz”, *Canelobre*, IX, IAC Juan Gil-Albert, Alicante, págs. 38-40.

³⁴ Fox, Inman E. (1992), *Azorín: guía de la obra completa*, Castalia, Madrid, pág. 102.

informaciones de Manuel Rico García y por las notas dispersas de Martínez Ruiz en *El Alicantino* (véase su ruptura que también presencia en *El Eco de Monóvar*), el periodista alicantino ya trabajaba intensamente tiempo atrás.

El 18 de julio de 1891 se publicó el primer número de *Defensor de Yecla*, un semanario político-literario dirigido por Martín Crespo. Sus redactores principales eran Pascual Cortés, José Martínez Tortosa y Maximiliano García Soriano, quien utilizaba el seudónimo de Mr. Turpin.

Defensor de Yecla publicó más de 70 números, aunque solo se conservan tres. Aparecía los domingos, tenía cuatro páginas, y también se difundía en Jumilla y en Montealegre del Castillo (Murcia).

En el número 36 del 20 de marzo de 1892, el joven Martínez Ruiz (bajo pseudónimo Juan de Lis) escribe “Crónica política”, que se mueve entre la preocupación y la curiosidad general. Por ello ahonda en reflexiones sobre la vida parlamentaria en un ataque que abarca no solo al partido conservador sino a todas las fuerzas monárquicas. Un escrito que revela la personalidad de un periodista inquieto y atento a cuanto ocurre a su alrededor.

Para la opinión pública el partido conservador ha muerto hace tiempo, y por lo tanto no puede realizar los fines de todo partido bien organizado, y provisto de las energías suficientes, ni menos resolver favorablemente los arduos problemas políticos y económicos hoy pendientes. Es más; dada la actual situación de España, creemos, que ningún partido monárquico puede realizar las importantísimas reformas que son necesarísimas, porque los principios del partido y la constitución lo impiden.

Con puntos e ideas divididos en el artículo, con los que Martínez Ruiz concede descansos al lector, vuelve a atacar sin ambages el gasto público (despilfarro, más bien) del Gobierno conservador para la “fiestecilla” en honor a Colón con la construcción de una embarcación (que simulará la que salió del puerto de Palos) por 50.000 duros.

Así, Martínez Ruiz expone con claridad los problemas de España donde vendría muy bien ese dinero (para paralizar inundaciones; mejorar la instrucción primaria con maestros...) lanzando propuestas que también respuestas: “De esta manera se daría trabajo a un sin número de obreros que están sin él y se les remediara la pobreza que en los actuales tiempos sufren”.

La siguiente serie de artículos los publica Martínez Ruiz en *La Monarquía*, de Alicante, nuevamente bajo su pseudónimo Juan de Lis. Y lo hace bajo tres epígrafes: el primero, titulado “Curiosidades literarias”, con cuatro partes (22 y 29 de marzo, 2 y 6 de abril); el segundo, sobre “Los galicismos”, con dos partes (9 y 12 de

abril); y el tercero, y último, sobre “Crítica vieja” (del 22, 24, 26 y 30 de abril, y del 1, 3 y 4 de mayo).

Todos ellos están citados y localizados por E. Inman Fox en su guía³⁵ aunque cabe introducir una leve aclaración: el artículo del 12 de abril de 1892, en su versión original, no se titula “Los galicismos, II” (como aparece en Fox) sino “Curiosidades literarias (conclusión)”. En cualquier caso, Fox acierta con la corrección ya que el contenido de este nuevo artículo parte del anterior, de los galicismos, y a cómo el idioma, el castellano, se alimenta o intoxica de términos extranjeros. Era pues un gazapo del mismo diario.

La última serie, “Crítica vieja. Zamora”, es del 22, 24, 26 y 30 de abril; 1, 3 y 4 de mayo. Fox las enumera (hasta la séptima), aunque en el original Martínez Ruiz se limita solo a informar de la continuación del artículo.

La colección de *La Monarquía*, de Alicante, es según Moreno Sáez³⁶ de 1892 (10 de febrero de 1892) al 7 de agosto de 1897 (con algunas carencias e incluso repeticiones de números en la serie). *El Liberal* anuncia el final de *La Monarquía* en abril de 1898. El propietario del diario fue El Marqués del Bosch (uno de los hombres más ricos de la provincia de Alicante, poseedor de numerosas fincas urbana y rústicas, entre ellas los famosos baños de Aguas de Busot), que a primeros de 1898 cedió la propiedad a Juan Poveda. *La Monarquía*, en septiembre de 1892³⁷, defendió la candidatura como diputado por Monóvar por el partido liberal-conservador de Isidro Martínez Soriano, padre de Martínez Ruiz.

El periodista monovero se estrena en *La Monarquía* el 22 de marzo de 1892 en un artículo donde aflora los rasgos y señas de identidad de Martínez Ruiz al abordar libros curiosos, clásicos de viejas y olvidadas bibliotecas que alimentan su inspiración. De este modo, se centra en el romancillo *Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su indiscreto compañero*, de Antonio Muñoz (Madrid, 1789).

Es esta la prueba palpable de las numerosas lecturas que está empezando a acumular el joven Martínez Ruiz cuando también indaga en la profesión periodística (cita la obra *Galería en miniatura de los más célebres periodistas, folletistas y articulistas de Madrid, por los bachilleres y un dómine* el 2 de abril de 1892) o bien atiende a la preocupante proliferación de extranjerismos en el idioma y, por

³⁵ E. Inman, Fox (1992), ed. cit., pág. 102.

³⁶ Moreno Sáez, Francisco (1995), *La prensa en la ciudad de Alicante durante la Restauración (1875-1898)*, IAC Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, págs. 300-305.

³⁷ Pavía Pavía, Salvador (1984), *Don Miguel Amat Maestre (Pascual Verdú) y los orígenes literarios de Azorín*, Caja de Crédito de Petrel, Petrel, pág. 72.

supuesto, al estilo, sobre el que reflexiona en un escrito del 9 de abril: “El estilo debe cuidarse tanto como el fondo; el escritor debe procurar que la frase sea limpia, correcta y armoniosa, si es que quiere sentar plaza de estilista”.

Y, además, resulta especialmente llamativa la alusión a los clásicos (cuando cita a Santa Teresa) aunque sea incluso para corregir alguno de sus versos que, como se puede comprobar, no le agradan (tan poco como la materia religiosa, de la que se mofa con sutil ironía).

Santa Teresa, por ejemplo, descuida mucho el estilo y comete yerros retóricos que suscitarían al más tolerante; pero es lógico si se tiene en cuenta que mientras su cuerpo estaba en este mundo, su alma vagaba por la región del inmortal seguro.

La serie “Crítica vieja. Zamora” alude a una de las materias que más apasionan al joven Martínez Ruiz: el teatro. De ahí el interés que vuelca en el análisis de la obra de Antonio de Zamora, sobre el Siglo de Oro español, donde igualmente se muestra escéptico con las traducciones que llegan de Francia.

Las comedias las traemos de Francia, las novelas de allá vienen, la estética que usamos es galaica, nuestros críticos no saben hablar más que de Zola, Zola y Zola y hasta las modas, las leyes y la política son francesas. Ellos, nuestros vecinos, en cambio, nos tratan como a esclavos despreciables; hacen bien: servilismo tan degradante como el nuestro solo merece bofetones.

Los artículos de *La Monarquía* no solo nos acercan a las primeras temáticas literarias de Martínez Ruiz, puesto que también nos dan pistas sobre a qué otros escritores o intelectuales está siguiendo el joven periodista. Algo que se deduce de las citas y alusiones que realiza en estos mismos artículos cuando se refiere a Clarín (1 de mayo de 1892) o al político y articulista Pi y Margall.

La documentación de estos textos periodísticos evidencia el trabajo y esfuerzo del periodista alicantino en sus escritos, siendo un autor que, pese a su juventud, posee ya una vasta cultura. También mantiene correspondencia epistolar con distintos autores y se empapa de la actualidad en constantes lecturas de prensa.

El Serpis, “periódico de la mañana, diario de avisos, noticias e intereses generales”, con redacción, impresión y sede en Alcoy, registra un artículo de Martínez Ruiz el 13 de mayo de 1892 (“El número tres”), inédito en Fox, y localizado por el profesor Christian Manso³⁸ por medio de *Ensayo biográfico y bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, de Manuel Rico García, en su tomo undécimo.

³⁸ Manso, Christian (1993), “Dos artículos olvidados de José Martínez Ruiz (1892-1893)”, *Anales Azorinianos* 4, CAM, Alicante, págs. 133-148.

En este, se manifiesta la misión de crítico del joven Martínez Ruiz, que poco después formalizará con su primera obra, en el que hace alarde de su erudición, con rasgos humorísticos con los que encandilar al lector, como el juego que realiza con el número tres, que da título al artículo.

Tres veces negó el apóstol Pedro a su divino Maestro; tres veces cayó el Señor en la calle de la Amargura; tres cruces se levantaron en el Calvario; tres clavos tenían sujeto al Señor en la cruz; tres horas de agonía sufrió el Señor pendiente de aquel madero; tres Marías había allí contemplando sus tormentos, y espiró el hijo de Dios a las tres de la tarde, cuando contaba, en años de edad, tres decenas y tres unidades.

Y para colmo, no de mis males sino de mis treses, resucitó al tercer día.

La España Artística

El 20 de agosto de 1892 comienza la colaboración de José Martínez Ruiz con *La España Artística*, de Madrid. Antes, el 1 de agosto de 1892, este mismo medio ya anunciaba el intercambio de ejemplares con *El Eco de Monóvar*, en el que también trabajaba el escritor alicantino, por lo que se deduce su papel protagonista en esta acción. Y, poco después, el 16 de agosto, se informa del nombramiento de José Martínez Ruiz como corresponsal del diario.

De los artículos e informaciones de José Martínez Ruiz en *La España Artística*, nuevamente bajo su pseudónimo, Juan de Lis, no había datos hasta ahora. Tampoco el investigador E. Inman Fox, en su conocida guía, alude a esta publicación que viene a demostrar el temprano estreno del periodista alicantino en una cabecera madrileña.

La colección de *La España artística* está disponible en el servicio de hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional. Dirigida por Gabriel Merino, se trata de una publicación especializada en noticias culturales tal y como también señala el subtítulo que acompaña a su cabecera: "Periódico de teatros, literatura, política y bellas artes".

En "Desde Monóvar", firmado el 20 de agosto de 1892 bajo el pseudónimo de Juan de Lis, se encuentra la mirada crítica y ácida del joven Martínez Ruiz. Son las fiestas de septiembre en su pueblo natal, Monóvar, y el periodista alicantino solicita la reparación del escenario teatral al encontrarse el mismo en pésimas condiciones ya que está "en ornamentación estética a la misma altura que en tiempos del barbudo Lope de Rueda".

Sin ir más lejos, el otro día representaron varios jóvenes de esta localidad *La tienda del rey Don Sancho*, y ¿qué dirá usted que pusieron para figurar una tienda? Pues... una mugrienta decoración de sala "decentemente amueblada". Aquello, más que tienda de campaña,

parecía una tienda... de ultramarinos. Valga la verdad, este abandono escénico no es privativo de este pueblo; es casi general en España.

Salta a la vista su amplio conocimiento del teatro. Y arremete nuevamente contra los anacronismos que se producen en la escena española: “Ya es un caballero romano con golilla y calzas acuchilladas, ya una dama del siglo xv con tocado de la época del Directorio”.

El 1 de septiembre de 1892 publica “Don Antonio de Zamora”, la misma serie que ya había realizado con anterioridad para el alicantino *La Monarquía*. Aquí, en cambio, lo hace bajo su nombre real (José Martínez Ruiz), al que no tiene ningún inconveniente de acompañar y asociar con su pseudónimo (Juan de Lis). Por piezas, irá insertando en las páginas de *La España Artística* los escritos de *La Monarquía*, los días 20 y 28 de octubre, y 12 y 28 de diciembre.

El 9 de septiembre de 1892 y el 3 de enero de 1893 se pueden leer unas notas al teatro de Monóvar. No están firmadas por José Martínez Ruiz, pero a todas luces son de su propiedad por el estilo, por los datos y, sin duda, por la localidad a la que alude, su pueblo natal.

De todas las publicaciones de *La España Artística* es, sin duda, la del 5 de noviembre de 1892, la más relevante. Firmada por Juan de Lis, “El arte del teatro. Nota bibliográfica”, nos adentra nuevamente en las inquietudes teatrales del escritor y periodista alicantino. Así, en esta ocasión, lo hace desmintiendo unas opiniones del crítico José de Revilla:

D. José de la Revilla, entusiasta biógrafo de Máiquez, atribuye a dicho actor una completa reforma en el arte escénico. Antes de él todo era desconcierto, toda ignorancia en el intérprete dramático; después de él reinó el buen gusto y desapareció la enfática declamación al estilo romano. Esto no es cierto. El docto Académico de la Española se dejó arrastrar en su libro de un entusiasmo sin límites por la obra de Máiquez. Ese caos, que supone existía en los últimos años del siglo XVIII, no pasa de ser una de tantas ficciones. Antes de que el actor granadino volviese de París (1801) y realizara lo que podemos llamar renovación escénica, existían actores excelentes y compañías muy iguales y proporcionadas, como eran la de Ribera, la de Navarro y la de Manuel Martínez, que, según reparto que tenemos a la vista, estrenó el día 9 de diciembre de 1791 la *Judit castellana* de D. Luciano Francisco Comella.

Tenía Martínez Ruiz 19 años, y su ambición era plenamente visible. De hecho, todas estas tempranas colaboraciones que no van a cesar en su carrera, se ajustan perfectamente a las declaraciones que realizó a José Alfonso cuando en 1930³⁹ le preguntó: “¿Qué cualidades literarias admira, y cuáles rechaza, don

³⁹ Alfonso, José (1930), “Media hora con Azorín”, *La voz de Levante*, 18 de mayo de 1930.

José?”. A lo que respondió: “El no conformismo. Sin no conformismo en un escritor joven, no puede haber nada más”.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

4. Estudios universitarios frustrados en su vocación periodística y literaria: Petrer, Alicante, Granada, Salamanca y Valencia. Primeros libros: *La crítica literaria en España; Moratín y Buscapiés*

En otoño de 1888 (aunque Martínez Ruiz asegura que fue en 1886⁴⁰), el periodista alicantino viaja a Valencia para estudiar Derecho. Comienza así una nueva época en la capital valenciana donde podría aproximarse a las corrientes intelectuales, las cabeceras más prestigiosas, libros, tertulias, conciertos, pensamiento, música o arte. Es un momento de escape, de libertad absoluta, ya que por primera vez deja atrás a su familia (y muy especialmente a su padre).

Parte de estas vivencias de Martínez Ruiz en la capital levantina se reconstruyen en su libro *Valencia*, donde describe a sus compañeros de clase en la facultad y da detalles sobre su admiración al periodista Francisco Peris Mencheta o ensalza la prosa y filosofía de Juan Luis Vives.

En Valencia leía yo todas las noches el periódico de Mencheta. Era indispensable leerlo. Se leía por la mañana los tres o cuatro periódicos que salían con la aurora, y se leía por la noche, indefectiblemente, el periódico de Mencheta. Si en los primeros encontramos artículos doctrinales y literarios, en el de Mencheta encontrábamos amplia información, copiosas noticias⁴¹.

Presta atención Martínez Ruiz además a las obras científicas, y queda influenciado por su catedrático de Derecho Político, Eduardo Soler⁴², conocido krausista y colaborador de Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza. De hecho, con él realiza distintas excursiones a la naturaleza y al campo (como hiciera también en los Escolapios de Yecla). “Soler influyó poderosamente en Azorín. De Don Eduardo Soler aprendió a gustar de la Naturaleza”, indica Martínez Ruiz en el capítulo XXI de *Valencia*.

Martínez Ruiz también alude a Eduardo Soler en el artículo “Un estudiante en Valencia. Derecho Político” de *Ahora*, 6 de febrero de 1936, que se encuentra en el volumen *Dicho y hecho* (Destino, Barcelona, 1957, recopilado por José García Mercadal). El periodista alicantino pensaba que Eduardo Soler era oriundo de Relleu, cuando en realidad lo era de Villajoyosa⁴³.

⁴⁰ Azorín (1941), ed. cit., pág. 66.

⁴¹ Azorín (1941), ed. cit., pág. 52.

⁴² Gómez de la Serna, Ramón (1957), *Azorín*, Losada, Buenos Aires, pág. 33.

⁴³ Ramos, Vicente (1983), “Cuatro cartas de Azorín y un epílogo”, *Anales Azorinianos 1*, CAM, Monóvar, pág. 132.

Un “amor” secreto: Emilia Pardo Bazán

El 14 de diciembre de diciembre de 1891, Martínez Ruiz le comunica a su madre que está especialmente satisfecho en Valencia con sus asuntos literarios, la lectura de los periódicos y... su relación con Pardo Bazán (y ni una palabra sobre su carrera de Derecho). Una “amistad” entre Martínez Ruiz y Pardo Bazán cuanto menos curiosa, de admiración y afecto, que va a perdurar con los años.

Hablé yo varias veces con la escritora, y tuve con ella correspondencia antes de venir yo a Madrid y en Madrid mismo... (...) Desde Valencia, allá por 1888, había yo enviado a doña Emilia alguna curiosidad bibliográfica: una copia manuscrita del Fray Gerundio, de Isla, una de tantas copias como se hicieron, agotada la edición del libro en pocas horas, para satisfacer la vehemente curiosidad del público. A doña Emilia, la visitaba yo con frecuencia, y ella, además de nuestras charlas, me solía escribir. Guardo sus cartas escritas en letrita delgada, sutil, clara, limpia. En Madrid, brujuleando por el Rastro, en 1902, encontré unas fotografías del padre de la escritora. Se las regalé, y doña Emilia en una carta me dice: “Gracias por su delicada atención al enviarme los retratos de mi padre, que es la persona a quien creo haber querido más en este mundo; por lo menos, la que mejor y más íntimamente ha comunicado conmigo de espíritu”⁴⁴.

Lo cierto es que Pardo Bazán aparece en numerosas críticas, reseñas y artículos periodísticos de Martínez Ruiz, aunque su recuerdo será permanente en el periodista alicantino durante toda su carrera, como en el artículo de *ABC*, del 16 de abril de 1912, con “Los tiempos pasados”, donde reaviva su memoria, o bien desde el capítulo XLVIII de *Andando y pensando*, “La inactual”, donde Azorín evoca a Pardo Bazán en compañía de Valera en el sentido de haber sido los dos maestros de las generaciones del XIX.

También señala en su libro *Madrid* las cartas que le enviaba a Pardo Bazán sobre “alguna curiosidad bibliográfica”⁴⁵, e incluso logró que asistiera a la conferencia de su amigo Silverio Lanza en el Ateneo; y hasta le presentó al suizo alemán Pablo Schmitz⁴⁶.

Martínez Ruiz visitó la residencia de Emilia Pardo Bazán en La Coruña, como igualmente lo hizo en Madrid donde “hablé dos veces con Emilia Pardo Bazán en su casa de la calle de San Bernardo, número 37”⁴⁷. Y, aunque sabemos que desde 1891 Martínez Ruiz y Emilia Pardo Bazán están en contacto, la relación epistolar

⁴⁴ Riopérez, Santiago (1979), *Azorín íntegro*, Biblioteca Nueva, Madrid, págs. 255-258.

⁴⁵ Azorín (1941), ed. cit., pág. 179.

⁴⁶ Cruz Rueda, Ángel (1943), “Semblanza de Azorín”, *Obras selectas*, Madrid, pág. 25.

⁴⁷ Azorín (1959), ed. cit., pág. 21.

que se conserva de ambos es especialmente esclarecedora desde 1898, cuando en los primeros días de marzo, le escribe la reconocida escritora: “Mi buen amigo: Si usted teme las reuniones, como lo será, aunque poco numerosa, la del miércoles, yo le avisaré para un día o noche en que no haya gente, y así podremos hablar de sus libros más a gusto”⁴⁸.

Esta discreción, este respeto (lleno de confidencias), y el cariño implícito que se puede leer entre líneas, sigue igualmente el 7 de marzo cuando nuevamente le escribe Pardo Bazán en estos términos: “Señor de todo mi aprecio: en respuesta a su atenta (carta) donde manifiesta deseo de verme, me apresuro a decirle que mañana martes 8 puede venir si gusta a las tres y media de la tarde”⁴⁹.

En tales fechas, Martínez Ruiz le entregaría ejemplares de sus últimas obras y, el 17 de marzo de 1898, el periodista alicantino le pide un retrato como esclarece esta epístola de respuesta de Pardo Bazán:

Señor de todo mi aprecio: Soy tan descuidada y tan abandonada en esto de tener retratos, que para encontrar ése he tenido que pedírselo a una amiga. Los demás que poseo yo son antiguos y pasados de moda. Que me cuiden bien ése, pues no es mío. Tengo, eso sí, un fotograbado bueno; pero ¿sirve? Quizás no. –Lo que piden todos los periódicos y editores es fotografía-. Me ha hecho gracia que el señor D. Bernardo Rodríguez esté enojado por no enviarle *El Saludo*. El ejemplar que no era para usted era para él, pero caigo en que volví a confundir propiedad con dirección. Quiero reparar mi error, pero antes ruego a usted pregunte al señor Rodríguez si era él la persona que habló con mi criada al llevar ésta los libros, y que la dijo que deseaba no se qué tomo de la Colección de mis *Obras completas*, único de que carecía. (...) Su impresión de que usted tan entusiasta para la gran Santa de Ávila confirma lo que manifesté a usted hace pocos días: la evolución que predije a usted España no tiene más que pasado, pero un pasado que nos atrae a todos en razón directa de las deficiencias y las miserias del presente. De usted afectísima y rogándole que excuse la inevitable tardanza⁵⁰.

El periodista alicantino siguió intensamente la obra de Pardo Bazán, y es muy común encontrar citas y reseñas en sus libros como *La crítica literaria en España*; o en *Buscapiés*, con “Muertos ilustres. Doña Emilia Pardo Bazán”. Y de igual modo ocurre en prensa, con artículos en *El País* (23 de marzo de 1897); *La Campaña*, de París (4 de abril de 1898); *Madrid Cómico*, (19 de marzo de 1898); *Juventud* (del 23 de febrero de 1902), o *ABC*, (del 26 de febrero de 1906).

⁴⁸ Riopérez, Santiago (1979), ed. cit., pág. 255.

⁴⁹ Ibid., pág. 141.

⁵⁰ Ibid., pág. 257.

Pardo Bazán ayudó a los jóvenes escritores que trataban de hacerse un hueco en el mundo de las letras, sobre todo en aquel difícil Madrid de la época, teniendo especial sensibilidad por los autores de provincias como ella. Características que se cumplen con Martínez Ruiz, quien igualmente buscaba apoyos y contactos con los que ganar apoyos entre los autores más distinguidos (como Pardo Bazán) para dar el salto al periodismo y la literatura.

Granada

A finales de 1891, Martínez Ruiz había trasladado su expediente académico de Valencia a Granada. Así lo confirma la relación epistolar con su padre, del 12 de enero de 1892, con el que se disculpa por tomar esta decisión sin su consulta y, por otra parte, por su deseo para aprobar la asignatura del Derecho Canónico (que se le había atragantado). También, en este sentido, estaba la causa más importante: su sueño de poder cursar letras en la universidad, aunque fuera simultaneando con el Derecho. Lo que sus profesores no le recomiendan en absoluto.

Estoy en Granada: perdóname si he dado este paso sin consultarte, pero por otra parte me asistía para ello una razón poderosa, cual es la de que en Valencia no hubiera aprobado nunca el Derecho Romano por cuestiones que tuve con el profesor de dicha asignatura. No creas que me he venido aquí por el afán de variar o por estudiar Filosofía y Letras, nada de eso, antes por el contrario pienso acabar la carrera de Leyes lo antes posible. (...) He hablado con el profesor de Derecho Canónico, que es un canónigo, sobre conveniencia de estudiar al mismo tiempo que leyes y filosofía y letras, y me ha dicho que lo que me conviene es sacar la carrera de Derecho primero y después la otra, que al fin y al cabo son dos años lo que me faltan. Convencido pues de lo que me decías y una vez que he visto yo la razón, estoy enteramente decidido a terminar en dos años la carrera de Derecho, haciendo de los veranos cursos si es menester⁵¹.

Estas justificaciones con su padre seguirán con el tiempo. Y, el 30 de mayo de 1892, vuelve a ponerse en contacto con él para explicarle que busca por “cuestión de dignidad” aprobar determinadas asignaturas, pese al esfuerzo y tiempo empleado que le pudiera llevar, ante el “sacrificio” que esto puede suponer para sus “aficiones literarias”. Aunque, el mismo Martínez Ruiz, sabía bien que estos correos no iban más que encaminados a amenguar los ánimos y recelos de su padre que, desde Monóvar, andaba enfurruñado por las excesivas colaboraciones literarias en prensa y su escasa atención a los estudios de Derecho en la universidad.

Francamente, yo si quería quedarme aquí es, primero, por hacer menos gastos y segundo, y esto es lo más importante, porque es casi cuestión de dignidad personal el que yo vaya a ésa con cinco

⁵¹ Riopérez, Santiago (1979), ed. cit., pág. 99.

asignaturas aprobadas, tres de ellas por lo menos con notas dignas que demuestren que he trabajado; y así lo pienso hacer aunque me cueste el sacrificio (que lo es para mí) de echar a un lado mis aficiones literarias. Así pues me examinaré en septiembre de tres de tercero y una de cuarto y en enero me puedo examinar en Valencia de las dos restantes de cuarto a fin de emprender el quinto curso en junio. Este es mi plan y creo que con estudio y perseverancia lo realizaré, Dios mediante⁵².

En cualquier caso, por mucho tesón que le pusiera Martínez Ruiz en la relación epistolar “forzada” con su padre, su interés era bien escaso por los estudios de Derecho. Y esto queda demostrado, es patente, primero, por las numerosas colaboraciones que ya por entonces el articulista alicantino trabaja para la prensa de Monóvar, Villena, Alcoy, Petrer e incluso Madrid (con *La España Artística*) como se ha detallado anteriormente. Y, segundo, por el recuerdo del catedrático Lorenzo Benito quien no olvida a un joven José Martínez Ruiz estudiante mínimamente interesado por las clases de Derecho y muy volcado, por el contrario, con la literatura y la actualidad de los periódicos. El artículo, del 8 de julio de 1902 en *La Correspondencia de Alicante*, es por todo ello especialmente significativo.

Explicaba yo Derecho Mercantil en la Universidad de Valencia y una mañana hube de suspender mi explicación para preguntar qué hacía un alumno, que estaba distraído, pues la distancia y mi poca vista no me permitían distinguir bien lo que tenía entre las manos. El alumno interpelado por mí se levantó, trató de disculparse y acabó por confesarme que estaba leyendo un número de *El Liberal*. Le llamé la atención sobre lo incorrecto de su proceder y le pregunté cómo se llamaba. “Martínez Ruiz”, me contestó. No recuerdo si aquel año le suspendí en la prueba de curso porque mis registros escolares tienen algunos vacíos; solo sé que en el curso siguiente volví a tenerle como alumno y que entonces llegué a averiguar que aquel Martínez Ruiz, alicantino, era un tal “Ahrimán” autor de un libro muy extraño titulado *Buscapiés* que había recibido hacía tiempo con una dedicatoria muy lisonjera para mí y cuya dedicatoria firmaba “Un discípulo”.

La ambición e interés de Martínez Ruiz lo querían abarcar todo. Incluso, ya por estas incipientes fechas, mantiene correspondencia con Clarín, el maestro, cuando el 7 de febrero de 1892, le pone al tanto de la obra de su bisabuelo paterno, José Soriano García.

Es más, en otra carta fechada también en febrero de 1892 (con un error de la firma, donde pone “J. Martínez Ros” debería decir “J. Martínez Ruiz”), nuevamente dirigida a Clarín, Martínez Ruiz comenta las polémicas entre el autor de *La Regenta* y Emilio Bobadilla en una defensa (de las muchas que habrán) por las escasas

⁵² Riopérez, Santiago (1979), ed. cit., pág. 100.

ventas que conllevaron la salida al mercado de *Doña Berta*, de Clarín. Una epístola poco relevante en el contenido pero que por otro lado confirma el deseo de Martínez Ruiz por adentrarse en los círculos intelectuales, siempre atento a cuanto se publica, se habla, se comenta o se discute en la prensa.

La Educación Católica

El 10 de octubre de 1892, Miguel Amat, tío de Martínez Ruiz, le escribe para que colabore en *La Educación Católica*: “Supuesto que eres aficionado a la poesía dramática, podrás enviarme algunos artículos...”⁵³.

Miguel Amat está al corriente del gusto del escritor y periodista alicantino por la poesía, ya que conoce bien los artículos que su sobrino ha ido escribiendo para la prensa. Especialmente de sus colaboraciones en Monóvar, y sobre todo de *La Monarquía*, de Alicante, diario de línea conservadora del que será fiel seguidor.

Así, el 28 y 30 de octubre de 1892, Martínez Ruiz (que había regresado de Granada sin éxito alguno) comienza su breve andadura en *La Educación Católica*, que fue la única y primera publicación periódica aparecida en Petrer⁵⁴ en el siglo XIX, impulsada por el abogado, poeta, política, periodista y literato petrerense de adopción Miguel Amat y Maestre (Valencia, 1837- Petrer, 1895), quien intentó inculcar a su sobrino José Martínez Ruiz su concepción ultracatólica y espiritual.

De este modo, Martínez Ruiz tenía acabado para *La Monarquía* un artículo sobre un libro del sacerdote franciscano Antonio Arbiol, que habría adaptado para *La Educación Católica*, y se lo envía a su tío el 13 de octubre de 1892. La alegría de Amat es total⁵⁵, de tal forma que fue efectivamente el artículo con que se estrenó Martínez Ruiz en el diario de su tío (salvo una matización del profesor Enrique Rubio, en la que duda de si hubo algún artículo anterior).

Aunque el primer artículo de Martínez Ruiz es en *La Educación Católica* el 26 y 30 de octubre de 1892, una carta de Amat el 27 de octubre nos hace pensar que fue antes (aunque esto es muy difícil de demostrar porque no está fechada). Amat escribe: “Ya que desde un principio has añadido algunos párrafos a los artículos de *El Criterio*, titulados *La Enseñanza Católica*, te envío el tercero para que hagas lo mismo”. Pues bien, en el número 2 de la *Revista*, 16 de octubre de

⁵³ Pavía Pavía, Salvador (1984), ed. cit., pág. 72.

⁵⁴ Rico Navarro, Mari Carmen (2001), “Azorín y Petrer”, *Homenaje a Azorín*, 6 de diciembre de 2001, CAM, Alicante, pág. 5.

⁵⁵ Pavía Pavía, Salvador (1984), ed. cit., página 82.

1892, se insertan, sin firma, dichos comentarios al artículo del periódico valenciano⁵⁶.

El investigador E. Inman Fox, en su conocida guía, desgrana las colaboraciones de Martínez Ruiz en *La Educación Católica* cuando, en realidad, aparecen reunidas bajo un mismo epígrafe (ver anexo en lo que respecta a los artículos del 6 y 20 de noviembre). En este análisis se ha optado por respetar el original.

En primer lugar, cabe destacar el empleo de un nuevo pseudónimo, Fray José, con el que Martínez Ruiz parece que quiere separarse del resto de publicaciones anteriores. Situación que no le agrada en demasía a Miguel Amat (según le confiesa por carta, preferiría que firmase con su nombre).

Martínez Ruiz escribe sobre materias religiosas en sintonía de *La Educación Católica*, hasta el extremo de justificar la inquisición ya que “no puso trabas al libre vuelo de la ciencia y las letras; antes al contrario pecó, en nuestro sentir, de cierta tolerancia simpática”. Y, de igual modo, se alude a los místicos, los clásicos:

Ninguna ciencia brilló tanto como la filosofía, que tuvo sabios cultivadores, y ninguna rama de la filosofía rayó tan alto como la mística, que no es otra cosa, según un escritor moderno, que la filosofía más sublimes ¡Con qué fruición se recuerdan los nombres de Fr. Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Malón de Chaide y tantos otros ilustres místicos!

Son artículos de militancia católica y cristiana, sin atisbos de crítica o duda. Así, Martínez Ruiz trata de satisfacer a su tío con el encargo de estos artículos para *La Educación Católica*. Lo que viene a cumplirse a rajatabla en el siguiente artículo, del 6 de noviembre de 1892, cuando dedica una elogiosa reseña a una obra de su tío Miguel Amat. “Apenas se leen las primeras páginas de *Rimas*, nótase que el Sr. Amat es un poeta de altos vuelos, de musa fácil y correcta”.

Sobre esta misma línea de temas con el catolicismo continúa el 20 de noviembre de 1892 cuando ensalza la reciente obra de Adolfo Claravana por “el fin moral que persigue”, propagandista “incansable” de la Iglesia. Lo que se repite con su última reseña en *La Educación Católica*, del 18 de diciembre de 1892, cuando indica que: “El infatigable escritor católico D. Manuel Polo y Peyrolón ha dado a la estampa un nuevo libro, notabilísimo como todos los suyos”. Al parecer, estos elogios iban encaminados a ganarse su amistad para seguir sumando contactos con los que abrirse al periodismo y la literatura.

⁵⁶ Rubio, Enrique (2008), “Azorín y el periodismo”, *Azorín, renovador de géneros*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 84.

Hacia el 12 de diciembre, Martínez Ruiz llega a Valencia para, entre otras cosas, visitar a don Manuel Polo y Peyrolón, catedrático de Psicología, Lógica y Ética en el Instituto de Segunda Enseñanza. Polo es un novelista muy popular, autor de numerosas novelas de corte sentimental y de libros que él llama de “temas científicos”. Sus escritos aparecen en varios diarios y revistas de la Región Valenciana. Fueron muy conocidos en su momento (...). Martínez Ruiz, que había escrito en noviembre un articulito sobre Polo, lleva una carta de recomendación de su tío en la que le presenta como “ventajosamente conocido en la república de las letras”⁵⁷.

A mediados y finales de diciembre de 1892, Miguel Amat recayó de su grave enfermedad y dejó la revista en manos de Martínez Ruiz y del vicario de Petrer, el joven sacerdote Eliseo Amat. Pero Martínez Ruiz, en Valencia, poco dado a instrucciones y directrices de su tío, con sus propios proyectos en mente, dejó de lado la publicación.

Su vista estaba puesta en las grandes cabeceras de Valencia, y el medio de Petrer, entonces, le suponía un paso atrás en su carrera. Por ello, los últimos cuatro números de *La Educación Católica* se presentan muy distintos a su primera salida, con rellenos de poemas de Amat y sin apenas apariciones de nuevos colaboradores⁵⁸.

En cualquier caso su relación tuvo continuación entre peticiones literarias como el prólogo que Martínez Ruiz le iba a dedicar a *El Amor Cristiano*, de Amat y Maestre, en estas mismas fechas de finales de 1892. Pero al parecer se perdió y no lo recibieron por tanto en la imprenta de los hermanos Guijarro en Alicante⁵⁹. Este y otros encargos se fueron sucediendo aunque nunca llegaron a buen término.

Martínez Ruiz se fue distanciando así de su tío hasta el definitivo adiós, aunque su nombre siempre estuvo bien presente en él. De hecho, fue Pascual Verdú en *Antonio Azorín* (1903), tal y como reconoció él mismo:

Sitúo en Petrel la acción de mi novela *El enfermo* y parte de *Antonio Azorín*. El Pascual Verdú de esta novela es Miguel Amat y Maestre, tío de mi madre. De la casa de Petrel recuerdo la sala, en el piso principal, de pavimento blanco con ramos azules; no olvido unas alacenas que allí había⁶⁰.

El 1 de enero de 1893 se publicó por última vez *La Educación Católica*.

⁵⁷ Rubio, Enrique (2008), ed. cit., pág. 90.

⁵⁸ Pavía Pavía, Salvador (1984), ed. cit., pág. 55.

⁵⁹ Ibid., pág. 60.

⁶⁰ Campos, Jorge (1964), ed. cit., pág. 119.

La crítica literaria en España y Moratín

El 9 de febrero de 1893, Martínez Ruiz le escribe a su madre con urgencia desde Valencia. Asegura que ha abandonado los periódicos (para centrarse en su carrera académica), y le pide fondos con los que costear su primera obra fruto de su discurso en el Ateneo (algo comprensible que hiciera a su madre, puesto que su padre jamás se lo hubiera consentido).

No escribo ni una línea en ningún periódico de aquí, porque para eso se necesitan recomendaciones y yo no las tengo. El otro día hablé en el Ateneo, y como consecuencia resultó un discurso. (...) Pues bien, el discurso se está imprimiendo y, esto es lo más doloroso, costarán diez duros los cien ejemplares. Y como el sábado quedará terminado quisiera que me mandases esa cantidad, o que se lo digas al papá para que me la mande, pues sentiría quedar en descubierto con el impresor. Si el papá está en el Collado mándamela tú, y él cuando regrese te la devolverá, según supongo. Sentiría mucho que llegue el sábado y no tenga para pagar la imprenta de los diez duros⁶¹.

*La crítica literaria en España*⁶² es el discurso pronunciado por Martínez Ruiz en el Ateneo Literario de Valencia, 4 de febrero de 1893, en el que resulta muy interesante comprobar cómo, a través de ciertos autores, el alicantino ve en ellos lo que le gustaría plasmar en su literatura: artículos más poderosos que el tiempo; reconstruir épocas literarias con sus libros; erudición, pero que no sea visible en los artículos; evitar el recurso del yo; escribir hoy para conocer la fotografía de una sociedad que se fue para no volver; definir nuestro periodismo y nuestra crítica literaria; defensa de sus referentes; y originalidad (como la de Fray Candil) donde, para ello, “hay que saber leer”.

El libro, pues, está centrado fundamentalmente en el método de la crítica literaria, aunque ya alude a la importancia capital de la prensa: “Es una monumental de la historia de nuestros días”⁶³, afirma.

En su primera obra de cierta entidad y densidad, ese texto precoz que es *La crítica literaria en España* (1893), encontramos criterios que han de fundamentar toda su obra crítica posterior. (...) El joven crítico combate la erudición acumuladora de datos y la retórica, para intentar penetrar en el “espíritu del libro” y transmitir con original visión el sentido de la obra; quiere “mirar las cosas con lente propia”, como aprende de su primer modelo, Fray Candil⁶⁴.

⁶¹ Riopérez, Santiago (1979), ed. cit., pág. 100.

⁶² Azorín (1893), *La crítica literaria en España, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

⁶³ *Ibid.*, pág. 66.

⁶⁴ Lozano Marco, Miguel Ángel (1998), “Introducción general”, *Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, pág. 30.

Las teorías desarrolladas por el joven Martínez Ruiz en *La crítica literaria en España* también tuvieron repercusión en la prensa. Así, el periodista Antonio Sánchez Reyes, el 17 de junio de 1893, en *El Nuevo Régimen*, destaca su reconocimiento “en sus dos aspectos de literato distinguido y de orador elocuente”⁶⁵.

La firma de Cándido, con la que Martínez Ruiz plasma su autoría en *La crítica literaria en España*, la repite en un artículo de *La Correspondencia Alicante* del 12 de junio de 1893 y en su próxima obra también de este año, *Moratín*.

Así pues, también publicado en este mismo contexto temporal en Valencia, Martínez Ruiz publica *Moratín*⁶⁶ (1893) donde llama la atención los juicios independientes del periodista alicantino así como el control que posee de la documentación y fuentes en el análisis del siglo XVIII.

En *Moratín*, además, destacan las críticas a monjas, sacerdotes, la inquisición o el sistema político en el XVIII, que se encaminan a la revolución anarquista de Martínez Ruiz en la prensa valenciana. Una rebeldía en unos juicios propios de un autor y periodista independiente que empieza a “transformarse”.

Nuevamente el periodista Antonio Sánchez le dedicó una reseña a Cándido, cuando alude a su “gran conocimiento del asunto, y copiosa lectura de críticos y de historiadores”, con el que “cumple fielmente su programa, lo cual es merecimiento para el trabajo actual y garantía para los sucesivos”.

La Correspondencia Alicantina

El 12 de junio de 1893, José Martínez Ruiz escribe en *La Correspondencia Alicantina* “Ir por lana. (Pasillo en tres cuadros)”. Y lo hace con su nombre real y pseudónimo (Cándido, con el que también estaba firmando sus libros), el tercero que ya pone en circulación en apenas unos meses.

Incluido en el listado de la profesora Roberta Johnson⁶⁷ (no indicaba la firma del periodista alicantino, pero sí la existencia de este ejemplar que finalmente se ha conseguido rescatar), el artículo “Ir por lana. (Pasillo en tres cuadros)” fue también citado por Christian Manso⁶⁸.

⁶⁵ Riopérez, Santiago (1998), “José Martínez Ruiz: vocación y aprendizaje (una aportación bibliográfica a sus primeros años de escritor)”, *Azorín fin de siglos (1898-1998)*, Aguaclara, IAC Juan Gil-Albert, Alicante, pág. 20.

⁶⁶ Azorín (1893), *Moratín, Obras completas*, I, Aguilar, Madrid, 1947.

⁶⁷ Johnson, Roberta (1996), *Las bibliotecas de Azorín*, CAM, Alicante, pág. 505.

⁶⁸ Manso, Christian (1993), ed. cit., pág. 134.

Según Moreno Sáez⁶⁹, la colección de *La Correspondencia Alicantina* en los archivos de Alicante consta de enero de 1897 a diciembre de 1898. Aunque por vía del servicio de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura se puede consultar hasta 1904. Todos han sido debidamente escrudiñados para este estudio. El primer número de *La Correspondencia Alicantina* es, según *El Liberal*, del 31 de octubre de 1892 y, el último, del 2 de noviembre de 1904.

Los fundadores de *La Correspondencia Alicantina* fueron José Sánchez Juan y F. Barber y Bas. Sin embargo, según Montero Pérez (autor en enero de 1933 del artículo “Longevidad de la prensa periódica alicantina”, de *El Correo*), la fundación se debió a Peris Mencheta, que encargó el cometido a Francisco Dagi, que cumplió a plena satisfacción el encargo durante dos años, hasta que se trasladó a Sevilla y, entonces, *La Correspondencia Alicantina* pasó a manos de Tomás Muñoz.

La dirección es de Tomás Muñoz Coloma y José de Ugarte con redactores-jefe Eduardo de Mendaro y Francisco Llopis Pérez. Contaba con una amplia plantilla de redactores y, además, había tejido una amplia red de corresponsales por toda la provincia, las principales capitales (Madrid, Valencia) y el extranjero (París).

Con firmas de gran calidad en sus páginas (Mariano de Cavia, J. Octavio Picón, Juan Valera o Joaquín Dicenta, Emilio Castelar o Núñez de Arce, por citar algunos nombres), la tendencia de *La Correspondencia Alicantina* es “apolítico”. “*La Correspondencia Alicantina* seguirá siempre por el camino recto, sin pertenecer a ningún partido político y solo dando oído a la imparcialidad en todos cuantos asuntos trate”.

En “Ir por lana. (Pasillo en tres cuadros)”, José Martínez Ruiz (también Cándido) coloca en la picota la reputación de los críticos literarios (asunto que le preocupa en demasía, desde sus orígenes en la prensa, y todavía más ahora que acaba de publicar su primera obra, *La crítica literaria en España*).

De este modo, en un escrito original, el periodista alicantino pone en entredicho los juicios falsos de los críticos literarios en una redacción que presenta con formato de relato breve o cuento. Así, por medio de esta conversación entre poeta y crítico (inquilino y casero de la vivienda), Martínez Ruiz juega con el ingenio, el humor y la ironía para denunciar el mal oficio que ejercen algunos profesionales de la crítica literaria.

Ha llegado la hora de la venganza; ha llegado el momento en que yo pueda humillar, al menos por un instante, la soberbia indómita de esa

⁶⁹ Moreno Sáez, Francisco (1995), ed. cit., págs. 168-174.

fiera, de esa espada de Demóstenes, digo, de Damocles, que continuamente pende sobre mi cabeza, haciéndome sufrir al mayor de los tormentos... Veinte años, nada menos que veinte años llevo de padecer el martirio de estos monstruos falsificados que se llaman caseros sin proferir una queja, y hoy, cuando más resignado estaba, la Providencia, que indudablemente veía por los desgraciados, me depara una magnífica ocasión, que si la aprovecho, ¡vaya si la aprovecho! Me desquitará perfectamente de tantos sinsabores.

La Correspondencia Alicantina siguió especialmente las publicaciones literarias de José Martínez Ruiz. De ahí que, en el ejemplar número 1664, se pueda leer una reseña crítica sobre *Bohemia*. Y lo mismo ocurre el 8 de enero de 1898 con *Soledades* y, más adelante, con *Charivari*.

Buscapiés

Buscapiés (1894), con firma Ahrimán (la misma con la que plasmará buena parte de su producción en *El Mercantil Valenciano*) es un libro que hace de altavoz de las quejas periodísticas de Martínez Ruiz, quien por entonces ya había trabajado en periódicos de Alicante, Madrid, Murcia y Valencia. Y, al respecto, se muestra especialmente crítico con la censura y la hipotética libertad de prensa de la que gozan los periodistas a finales del XIX:

En Rusia no tendrá el ciudadano la libertad a que como hombre tiene derecho, pero no le hacen creer que la disfruta. En España nos persuaden a que tenemos tantos y tales derechos, pero los violan los gobiernos cuando les place. La libertad de la Prensa, la de espectáculos, la de cultos, son la letra muerta para nosotros (...). Un escritor sincero y libre, un periódico que hable alto y claro, son aves carísimas en esta tierra. Es usted periodista y se le ocurre un día decir la verdad, cumpliendo así el primer deber del periodismo, pues le encarcelarán a usted junto a los criminales más soeces, y perseguirán sable en mano a los infelices vendedores de periódico⁷⁰ (...) Ocurre un suceso desagradable para el Gobierno: usted, como corresponsal, redacta un telegrama y lo deposita en el telégrafo con el carácter de urgente. Pues bien: el despacho no llega a su destino, o llega tarde y mutilado (censura), o llega, para colmo del escarnio, con solo los nombres del destinatario y remitente. He aquí un acto de moral sublime: un Estado que cobra servicios que no presta. A ser Jaime el Barbudo presidente del Consejo, no se portaría del mismo modo⁷¹.

Martínez Ruiz era plenamente consciente que, para hacerse un hueco en la prensa más destacada, no solo debía despuntar por la calidad de sus artículos. Por

⁷⁰ Azorín (1894), *Buscapiés. Sátiras y críticas, Obras completas*, I, Aguilar, Madrid, 1947, pág. 61.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 62.

ello, resultan curiosos los elogios desmedidos del joven Martínez Ruiz al periodista Ortega Munilla en *Buscapiés*, que iban encaminados a ganarse su confianza.

El talentado director de Los Lunes de *El Imparcial* es un espíritu robusto, un literato pletórico de energía y que tiene la inmensa fortuna de no preocuparse, al menos en apariencia, de esos problemas que apagan tantos entusiasmos. En la Prensa española, es una de las figuras más salientes, en la novela, uno de los que la escriben con más acierto⁷².

Al mismo tiempo, *Buscapiés* aúna distintas ideas y reflexiones que Martínez Ruiz ya está volcando en su primer periodismo, como una defensa a ultranza de la obra de Clarín por “lo mucho que ha batallado contra toda clase de cursilerías y necesidades literarias (...). Es, ante todo, un obrero permanente, y dedicado a otro arte, hubiese llegado del mismo modo a una posición brillante”⁷³. Unas palabras que, por cierto, son prácticamente calcadas a las que repite en el artículo del 25 de marzo de 1895, con “Los últimos estrenos de Echegaray, Clarín”, en *El Pueblo*.

Así, Martínez Ruiz arremete igualmente en *Buscapiés* contra la vieja crítica literaria (un tema que ahonda en numerosas ocasiones en su periodismo): “Están ya tan desacreditados estos críticos de viejo, que ni un átomo de crédito tienen entre los lectores más inocentes y sumisos”⁷⁴.

De ahí que insista en que ha desaparecido la crítica profesional, quedando solo una parcial, interesada y amiga, lo que daña al prestigio del oficio:

Hoy no hay imparcialidad ni tampoco crítica satírica fundada con la seria, que diría Larra. No hay nada de eso, sino críticos que hablan de libros de críticos amigos; críticos que intercambian favores o, lo que es lo mismo, críticos que escriban en los medios que dominan para darse publicidad y venderse mejor. Y eso, sumado a las líneas editoriales de los medios de comunicación, con sus propios libros e intereses, nos hace preguntarnos... ¿A dónde va la crítica hoy? Pues a ninguna parte, porque la crítica ya no existe. Lo que hay, y habría que buscar nombre, una nueva acepción, es un peloteo pegajoso y rimbombante, que además resulta ser asquerosamente descarado⁷⁵.

También en *Buscapiés* se hallan los visos de su próximo anarquismo (que también propaga muy especialmente en sus colaboraciones de *El Mercantil Valenciano*, *Las Bellas Artes* y, sobre todo, *El Pueblo*), entre ataques a la religión o instituciones para Martínez Ruiz ya caducas como la RAE (con su firma Ahrimán,

⁷² Azorín (1894), ed. cit., pág. 104.

⁷³ Ibid., pág. 66.

⁷⁴ Ibid., pág. 70.

⁷⁵ Ibid., pág. 71.

que según las inscripciones antiguas persas es la fuente de todos los males del ser humano, empieza su particular ajuste de cuentas muy propias de un joven rebelde e inconformista).

De este modo, llama a los académicos de la RAE “momias”⁷⁶, y entiende las iglesias como “un gran establecimiento de bebidas... espirituales”⁷⁷.

Me río yo de ese Dios del Sinaí apareciendo entre nubes de teatro y atemorizando a unos míseros gusanos con relámpagos de pez griega. Sí, me río de esa grandeza grotesca cuando contemplo la sublime máquina de globos brilladores que se mueven obedeciendo a leyes inmutables, eternas. ¿Y decís que ese Dios ha hecho todo esto? ¿Y decís que él es el autor de tanta maravilla? ¡Ah, no! Dispensadme, creyentes de buena fe, que no vea al autor de tales creaciones en un Dios que tiene el mal gusto de venirse a vivir a esta buhardilla, haciendo el papel de general Bum-Bum⁷⁸.

El periodista alicantino no está pasando ni mucho menos por un buen momento (sus estudios de Derecho le aburren, cuando su verdadera vocación, la periodística, no puede desempeñarla plenamente –solo a escondidas de su familia y muy especialmente de su padre-). Y eso mismo nos dice en *Buscapiés* cuando escribe frases como “la vida es un continuo y doloroso tormento”; “la vida es una lucha desesperada”; “la vida es una batalla en la que se va perdiendo, poco a poco, los entusiasmos de la juventud”⁷⁹.

Es más, *Buscapiés* hay que entenderlo como una obra de confesión, con la que Martínez Ruiz necesita gritar, escapar y volcar cuanta angustia siente en la soledad de Valencia. “Estaba hambriento de gloria”, como él mismo nos señala en un pasaje a todas luces autobiográfico.

La misma soledad de que se hallaba rodeado en una población tan grande, donde apenas le conocían dos o tres personas, dábale fuerzas para trabajar con mayor entusiasmo. Se encontraba solo y desamparado en medio de tanta actividad, rodeado de tan continuo movimiento, y se consideraba átomo insignificante lanzado desde un pueblecillo en aquel inmenso mar; entonces sentía vivos deseos de salir de aquella oscuridad, de que le conociesen todos cuando pasase por la calle y respetasen su nombre, como el de aquellas otras notabilidades que él, desde el fondo de su alma, tanto veneraba. Estaba hambriento de gloria; quería que su nombre fuese famoso, que rodase por los museos, por el libro, por las exposiciones, por todas partes donde se reúnen dos hombres cultos amantes de la belleza. Y

⁷⁶ Azorín (1894), ed. cit., pág. 89.

⁷⁷ Ibid., pág. 79.

⁷⁸ Ibid., pág. 102.

⁷⁹ Ibid., págs. 103 y 104.

como fuerzas no le faltaban, estudió con una constancia asombrosa durante mucho tiempo, venciendo palmo a palmo, tras una lucha fatigosa, aquella áspera montaña que tenía delante. Cuando ganaba una de estas batallas parciales, en las que agotaba toda aquella su energía pasiva, hosca, que le semejaba a un herrero nervudo que forja día y noche sobre el yunque, caía rendido, llena el alma de amarguras y tristezas⁸⁰.

En cualquier caso, Martínez Ruiz sigue en *Buscapiés* con su campaña de apoyos para seguir escalando posiciones en la dura carrera por dedicarse de pleno al periodismo. Y así elogia muy favorablemente la obra *El avispero* de Bonafoux⁸¹ (influyente articulista ya de la época, con colaboraciones en las grandes cabeceras de España y París), de igual modo que hace con Clarín y otros intelectuales como Pardo Bazán o Menéndez Pelayo.

El 3 de marzo de 1894, *El Nuevo Régimen* publica una reseña no firmada (aunque con toda probabilidad es de Antonio Sánchez, quien ya había realizado otras alusiones a la obra de Martínez Ruiz con *La crítica literaria en España y Moratín*). Lo curioso, en este caso, es que el libro no se asocia para nada con Martínez Ruiz.

El Mercantil Valenciano publicó también un capítulo de *Buscapiés* el 24 de abril de 1894.

El Mercantil Valenciano

El Mercantil Valenciano, dirigido por Francisco Castell, es uno de los diarios puntales de Valencia. La revisión de la colección de *El Mercantil Valenciano*, que años después pasará a llamarse *Levante-EMV*, ha sido posible por la reciente digitalización de los ejemplares en un convenio de EPI (Editorial Prensa Ibérica) con el Archivo Municipal de Valencia. Toda la relación de artículos de José Martínez Ruiz en *El Mercantil Valenciano* fueron marcados y señalados previamente por el profesor E. Inman Fox.

El 13 de febrero de 1894, Martínez Ruiz publica “En la Princesa. La loca de la casa” bajo pseudónimo Ahrimán (es el cuarto que utiliza ya en la prensa, tras Juan de Lis, Fray José y Cándido). De este modo, Martínez Ruiz materializa una crítica moderada sobre Galdós, el autor más respetado en aquellos momentos: “Una comedia de Galdós, por poco buena que sea (y adviértase que no digo mala, porque los maestros hasta en sus caídas tienen algo que brilla), será siempre mejor

⁸⁰ Azorín (1894), ed. cit., pág. 110.

⁸¹ Ibid., pág. 106.

que las estulteces escénicas de tanto ilustre mamarracho como abunda en el teatro español”.

De cualquier modo, el joven periodista alicantino no regala ninguna buena opinión, como demuestra en este pasaje en el que critica abiertamente algunos defectos técnicos en la obra galdosiana:

La loca de la casa, a pesar de algunas deficiencias puramente técnicas, es una obra hermosísima. Digo técnicas, porque si esta comedia como concepción es de una gallardía que asombra, en cuanto a ejecución, en cuanto a mecanismos y engranajes escénicos adolece de ciertos defectos –no tantos ni tan graves como algunos críticos de microscopio han notado– propios de un autor novel, aunque este autor se llame Pérez Galdós.

Resulta igualmente interesante su artículo del 16 de febrero de 1894 (esta vez firmado únicamente como “A.”, aunque basta con atender a estilo y contenido para descifrar sin duda la huella de Martínez Ruiz), donde el joven periodista alicantino elogia la comedia de Enrique Gaspar (otra vez el teatro) por un lado y, por otro, reclama la libertad en el amor. Un asunto que a todas luces exhibe el perfil de modernidad de un escritor y periodista que no teme criticar cuanto le preocupa.

La huelga de hijos, de Enrique Gaspar, es la historia de una boda no aprobada por los familiares de la pareja que, sin embargo, no impedirá las nupcias de los amantes: “Enriqueta y Salvador deben casarse, y se casan a despecho de los tiquis miquis de los repulgos de una sociedad hipócrita. Y ¿por qué no habían de casarse? ¡Que la sociedad tiene sus leyes, a las que no es posible faltar sin menoscabo del honor!”.

El 1 de marzo de 1894, Martínez Ruiz reanuda la crítica teatral de Galdós, sobre *La de San Quintín*, que define como de las que “crean época”. Y, el 18 de abril, publica sin duda el artículo más interesante de toda la producción encontrada en *El Mercantil Valenciano*.

Titulado “Los anarquistas. Notas de un libro ajeno”, con firma Ahrimán, esta es una declaración de intenciones del joven Martínez Ruiz ante su devenir ideológico que se encamina al anarquismo y la revolución. De hecho, en él, al comentar el libro *El peril anarchiste*, publicado en París por Félix Dubois, el periodista alicantino se limita a exponer los hechos del libro sin atisbo alguno de crítica (lo que sorprende ante lo que nos tiene habituado).

De esta forma, Martínez Ruiz da rienda suelta a sus reflexiones en la ideología que empieza a ocupar sus preocupaciones, en una cabecera (*El Mercantil Valenciano*) que es absolutamente contraria a estas posturas radicales.

“El libro de Félix Dubois, del que he intentado mostrar algo, lo más fielmente posible, merece ser leído”, señala tras mencionar a Kropotkine (a quien traducirá en 1897) y resumir su perfil de anarquista (“un individuo batallador, independiente, individualista, altruista, lógico, deseoso de justicia, observador, propagandista”) con lo que parece estar de acuerdo (sin señalarlo explícitamente).

El 24 de abril de 1894, *El Mercantil Valenciano* publica un capítulo del libro de Martínez Ruiz Buscapiés (de ese mismo año) donde retrata la España tramposa y zafia por medio de Calderón y Quevedo. El título del artículo es “Un libro nuevo”, con firma Ahrimán, que Fox anota equivocadamente como “Un libro nuevo: Medalla antigua”.

Así, “Un libro nuevo”, se vuelca en denuncias contra la moral cristiana; el hambre de los poetas; las viudas que después de tomar a cuatro maridos se van camino de la iglesia, amantes semiplatónicos de monjas... Martínez Ruiz se muestra entonces abierto absolutamente hacia la protesta y el anarquismo.

Posturas radicales que, sumados a temas tan adelantados de su tiempo como el amor libre (véase la reseña sobre *La huelga de hijos*, de Enrique Gaspar, donde Martínez Ruiz defiende esta postura), chocaban frontalmente con la línea editorial de *El Mercantil Valenciano*. Así pues, Ruiz no sale de *El Mercantil Valenciano* por sus críticas a Galdós (hay mucho más elogios que lo contrario, y en todo caso son críticas muy moderadas), sino por la nueva vía que toma su pensamiento ideológico que le llevará, poco después, a fichar por *El Pueblo* de Blasco Ibáñez.

Martínez Ruiz describe su paso por *El Mercantil Valenciano* en su libro *Valencia*⁸²:

La redacción e imprenta de *El Mercantil Valenciano* estaban instaladas en un viejo caserón de una callejita corta, a espaldas del teatro Principal. El zaguán se había espacioso y al fondo se mostraba la escalera. En el piso principal había un salón con dos balcones y en él una mesa larga, la mesa del trabajo en común. Y lo que me produce un ligero vértigo es el no saber, si a la tarde, a primera hora, cuando todavía no ha llegado nadie a la Redacción, estoy yo aquí, repasando el montón de periódicos llegados, o en otra redacción, ante otra mesa, repasando el mismo hacinamiento de periódicos. (...) No puedo decir ni cómo llegué hasta la mesa de la Redacción de *El Mercantil*, ni cómo salí de la redacción.

Las Bellas Artes

Pero poco antes de su incorporación en *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, Martínez Ruiz escribió para *Las Bellas Artes*. Una cabecera valenciana muy variopinta, diversa, con notas musicales, poemas y textos literarios o de actualidad

⁸² Azorín (1941), ed. cit., pág. 137.

(en una ocasión se aborda el traslado de los restos de Goya de Francia, por ejemplo). También hace alusión en varias noticias al anarquismo (que encaja con la evolución ideológica de Martínez Ruiz en este contexto) y, entre las firmas que aparecen, está la de Galdós.

El profesor E. Inman Fox marca distintos artículos de Martínez Ruiz en su obra de referencia⁸³, aunque quedan por señalar algunos otros para completar esta travesía de Martínez Ruiz por *Las Bellas Artes* (y que son especialmente los que firma con su nuevo pseudónimo, Don Abbondio –el cobarde párroco de *Los Novios*, de Manzoni-, siendo el cuarto tras Juan de Lis, Fray José, Cándido y Ahrimán). Así pues, estas nuevas publicaciones localizadas son: 19 de enero de 1895, “Desde el foro” (Fox anota equivocadamente este artículo en el ejemplar del 6 de enero de 1895 -que no existe-); 26 de enero, “Desde el foro”; 2 de febrero, “Desde el foro”; y 19 de febrero, “Desde el foro”.

La colección de *Las Bellas Artes* se ha consultado desde el servicio de hemeroteca de la Universidad de Navarra, vía préstamo interbibliotecario de la Universidad de Alicante.

José Martínez Ruiz tuvo un activo papel en *Las Bellas Artes*, que se confirma con la nota que aparece el 15 de diciembre de 1894 en la que se informa de la nueva adquisición del semanario por parte de la naciente Asociación de Escritores y Artistas.

La naciente Asociación de Escritores y Artistas, deseando cumplir desde el primer momento con las exigencias que sus fines reglamentarios imponen, ha adquirido la propiedad de las *Bellas Artes*, que pasa a ser órgano de aquélla. Esta circunstancia, que justifica el retraso que la publicación del presente número ha sufrido, determinará importantes modificaciones en nuestro semanario, tanto en la parte literaria, acrecentada con la presencia de valiosos elementos que han venido a engrosar nuestra redacción, como en la artística y en la forma y tamaño del periódico, circunstancias todas ellas que consideramos como imprescindibles para corresponder al creciente favor de que somos objeto por parte del público.

Y, al final de la publicación, aparece la constitución del equipo junto a la comisión de publicaciones y redacción, con el nombre de José Martínez Ruiz. Director: Francisco Muñoz Dueñas. Secretario: Juan Bautista Rivas. Redactores: José Jorro, Francisco Roig Bataller, Pascual Montagut, Enrique Peris Salcedo y José Martínez Ruiz.

En cualquier caso, el periodista alicantino ya se había estrenado en *Las Bellas Artes* con un artículo-presentación “Revista de Libros. Como Prefacio”, del 3

⁸³ Fox, E. Inman (1992), ed. cit., pág. 103.

de noviembre de 1894, en el que “aquí se dará cuenta de los libros buenos que vayan apareciendo”. Y, cómo no, vuelve a poner sobre la diana el oficio de los críticos literarios, con un lenguaje claro y directo que busca ganarse la confianza del lector.

Estas revistas bibliográficas estarán escritas en estilo llano, pedestre, si se quiere. Nada de erudición empalagosa, nada de digresiones filosófico-morales. Creo firmemente que la crítica de palmera y lentes, la crítica que dogmatizada cada dos por tres y se sube al trípode para soltar cualquier majadería, ha pasado de moda. Los dómines no se usan. El público, ese público compuesto de lectores cultos que siguen atentamente el movimiento intelectual, no necesita de cicerones que le indiquen ante qué obra ha de abrir la boca en señal de admiración y ante cuál otra ha de pasar de largo. Por eso van desapareciendo esos críticos a la antigua, de ciencia acartonada y erudición tan repulsiva como aceite de ricino.

Las Bellas Artes representa también para el joven Martínez Ruiz la oportunidad de asentar las bases de su pensamiento ideológico con tintes anarquistas que ya se dejan vislumbrar en *El Mercantil Valenciano*. La explicación reside en que en *Las Bellas Artes*, a diferencia de la cabecera de Castells, Martínez Ruiz goza de vía libre (también tiene una mejor posición al ocupar uno de los puestos de la comisión de publicaciones).

Esto mismo se confirma con el artículo del 17 de noviembre de 1894, “Revista de Libros. Kropotkine, *La conquête du pain*”, donde en un ejercicio de sinceridad Martínez Ruiz elogia a Kropotkine y le define como “ilustre anarquista”. Pero va todavía a más cuando asegura que comulga con sus ideas ante esta afirmación:

Kropotkine “es un apóstol ferviente del nuevo Derecho. Y como apóstol posee la convicción intensa para creer, la palabra maravillosa para propagar”. Y con él llegará una “revolución que ha de derribar las viejas instituciones y crear sobre sus ruinas una sociedad laboriosa y libre”. Y el día en que el “obrero no pueda sufrir por más tiempo su condición de siervo, estallará la guerra”. “La sociedad anarquista será un hecho. No hay más que abrir la historia para ver la transformación que van sufriendo todos los privilegios y todas las tiranías”.

Aunque todos estos cambios se producen de una manera lenta, reconoce Kropotkine, el periodista alicantino agrega que en “nuestros esfuerzos” es posible acortar plazos.

Kropotkine no hace más que soñar cuando en *La conquête du pain* describe la sociedad anárquica, como soñara también Platón al construir su ciudad ideal. Los dos sueñan, sí, pero los dos tienen la visión hermosa y clara de una sociedad de libertad y amor. ¡Qué hermosa fe!

Para más inri, en este mismo ejemplar del 17 de noviembre de 1894, se puede leer una reseña firmada por Francisco Muñoz Dueñas sobre *Anarquistas literarios*, la nueva obra de Martínez Ruiz. “Habría quien, desconociendo las excelentes dotes de tan estudioso joven, creería mi juicio apasionado; léala quien no lo haya hecho: es el mejor consejo que puedo dar”.

Estos mismos pasos de ideología radical en los que se asienta Martínez Ruiz siguen su curso con otro artículo de *Las Bellas Artes* del 2 de febrero de 1895 y bajo un título muy significativo, “La muerte de un dios”. Sobre la opresión y contra la explotación del obrero, Martínez Ruiz no nombra explícitamente al anarquismo, pero se vislumbra a todas luces en estas dos historias aunadas en una misma pieza breve teatral.

María: “Tú el miserable y el canalla que ha mancillado mi dignidad de esposa y de mujer... El canalla que al borde de la tumba niega el perdón sublime; el canalla que ha jugado con la ley, que ha oprimido al hombre como se oprime a una bestia, que ha derramado sangre, que ha llenado las prisiones, que ha devorado el trabajo ajeno; el canalla que en silencio maldicen millares de infelices extenuados por la fatiga, heridos por la injusticia, llena el alma de rencor impotente; el canalla de espíritu mezquino, sensible a la adulación, muerto a los ideales de amor y libertad...”.

La condición anarquista de Martínez Ruiz se fue afianzando pero, a su vez, el periodista alicantino tampoco quiso alejarse de los puntos cardinales de su literatura y periodismo. Y, eso mismo, es lo que viene a producirse en las siguientes publicaciones de *Las Bellas Artes*.

De este modo, el 1 de diciembre de 1894, Martínez Ruiz parece revivir un viaje en tren hacia Valencia en el que andaluces cantan con alegría. Llama mucho la atención cómo reproduce estos textos (con acentos y modificaciones de vocablos propios de la jerga andaluza), que viene a repetir cuando lo hace en valenciano.

Joselillo es el *cantaor* de más sentimiento de todos; es un verdadero sevillano, un sevillano de pura raza, gracioso y bien plantado. Cantando, ni Juan Breva. Hay que oírlo cuando con los ojos medio cerrados y echando el busto hacia atrás, requiebra a una hembra de trapío, hay que oírlo “bordar” una de esas canciones de la tierra, que encierran el espíritu todo del pueblo andaluz con su cielo azul intenso, sus juergas de manzanilla, sus mujeres perezosas como odaliscas.

Nuevamente aparece la crítica teatral del joven Martínez Ruiz, una de las obsesiones, de las materias que alimentan su mundo literario y periodístico, con colaboraciones bajo el pseudónimo de Don Abbondio y, según reconoce, encargadas por las dirección de *Las Bellas Artes*.

Así lo dice el 19 de enero de 1895 (Fox, en este sentido, anota mal aquí la fecha, creyendo que era la del 6 de enero –que no existe-): “El director de esta

revista, persona a quien yo quiero y reverencio, me ha encargado de esta sección de foros y bambalinas... Hablaremos, pues, semanalmente de cosas de teatro, llana y amigablemente, a estilo de plática familiar”.

Y en un ejercicio de sinceridad, ataca sin rodeos a los malos comediantes, a los pésimos actores:

Los periódicos profesionales y las vitrinas de las tiendas están llenas de retratos de cómicos anodinos, sin arte, sin estudios. Hemos llegado al colmo de la imbecilidad artística. La escena es un refugio de sujetos sin vocación, que se meten en el teatro por huir a todo trabajo, porque creen que el actor no necesita ningún esfuerzo para ser tal actor.

También alude a los excesivos precios y al mal estado de los escenarios teatrales (26 de enero y 2 de febrero de 1895): “Tal es el estado de nuestros teatros. Espero que durante la semana entrante mejoren en algo los que pueden mejorar”. Y, el 19 de febrero, señala que el arte escénico necesita sinceridad, y por ello vuelve a arremeter con dureza contra los actores:

Hemos llegado al colmo de la imbecilidad artística. La escena es un refugio de sujetos sin vocación, que se meten en el teatro por huir a todo trabajo, porque creen que el actor no necesita ningún esfuerzo para ser tal actor. Así se explica la decadencia teatral y el desaliento de nuestros autores.

Por una carta fechada en Valencia, el 20 de octubre de 1895, y a Dorado Montero⁸⁴ (catedrático de la Universidad de Salamanca, experto en anarquismo), sabemos que Martínez Ruiz ha enviado una serie de artículos que ha publicado en *Le Magasin International*, de París, órganos de la “Sociedad artística internacional” de carácter pacifista y feminista, del que es director alemán Otto Ackermann.

Dicha revista comenzó a publicarse en Barcelona, 1895, con sede social en Asalto, 45, bajo la dirección de Anselmo Lorenzo, y de la que saldrán solo 9 números, hasta junio de 1896 (fue clausurada por la policía tras el atentado de Montjuich).

En el número del 26 de enero de 1895, en *Las Bellas Artes*, encontramos esta nota: “Hemos recibido el primer número de *Le Magazine international*, hermosa revista de 52 páginas elegantemente impresas, órgano de la Sociedad Artística Internacional, cuyo comité directivo está domiciliado en París. Contiene artículos y poesías de Otto Ackermann, León Bazalgette, Bernard Lazare, que habla de la Universidad Libre de Bruselas, A. Symons, baronesa Berta Sutter, etc. Publica también un precioso retrato del joven e inspirado poeta alemán Karl Henckell. En

⁸⁴ Robles, Laureano (1986), “Cartas inéditas de Azorín a Dorado Montero”, *Anales Azorinianos* 3, CAM, Monóvar, págs. 232-264.

uno de los próximos números hablaremos detenidamente de la Sociedad Artística Internacional”.

Este interés por aparecer en *Le Magasine international* demuestra la inquietud y vuelo que empieza a tomar el articulismo de Martínez Ruiz en su vertiente radical y anarquista. Especialmente tras el fichaje de Martínez Ruiz para *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, después de haber declarado su ideología e intenciones en *Las Bellas Artes* como también lo hizo en *El Mercantil Valenciano*.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

5. Encuentro con Pedro Dorado en Salamanca. Ven la luz *Anarquistas literarios, Notas sociales y Literatura*. Traducciones de Hamon, Kropotkine, Maeterlinck, Guillermo Ferrero y Baudelaire

El único y verdadero apoyo en todo este tiempo para Martínez Ruiz fue Pedro Dorado, catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Salamanca. Ambos se conocieron por mediación del profesor Eduardo Soler, de la Universidad de Valencia, debido a unos apuntes que quería recoger sobre anarquismo y crímenes políticos, según se aprecia en la intensa correspondencia epistolar que mantienen.

En estas mismas cartas, Martínez Ruiz debate y se cuestiona con Pedro Dorado sus mismas inquietudes anarquistas, que son las que viene reflejando sobre sus libros y prensa desde hace ya meses.

El 25 de noviembre de 1894 le escribe el periodista alicantino:

El distinguido escritor (en alusión a Hamon) desea datos sobre los criminales políticos españoles y en particular sobre la idea anarquista en nuestra patria. Yo, incompetentísimo en estos asuntos, le he prometido consultar y pedirlos a aquellos científicos españoles que por sus estudios especiales estén al corriente de ellos. Por eso en la presente ocasión no he titubeado en dirigirme a usted. Además, D. Eduardo Soler, catedrático de esta Universidad, a quien también he consultado, me ha dicho que usted prepara un trabajo sobre el anarquismo español⁸⁵.

En este sentido, Martínez Ruiz le pone al tanto de sus adquisiciones en publicaciones periodísticas anarquistas, de las que muestra verdadero interés, al tiempo que le envía su nueva obra, *Anarquistas literarios*, que está a punto de ver la luz (cuando quedan unos meses para 1895, como ocurre igualmente con *Notas sociales*).

En *Anarquistas literarios*, Martínez Ruiz pide que se publiquen periódicos imparciales en los que se atienda a la razón y no solo a los apasionamientos. Y arremete contra los escritores españoles que se apegan a los aplausos con elogios y distinciones gratuitas de las hojas volanderas (y cita concretamente el caso de Emilia Pardo Bazán⁸⁶ en *Nuevo Teatro Crítico*). Asimismo, Martínez Ruiz sigue defendiendo la importancia del oficio periodístico en el mundo, ya que “nada indica mejor el estudio de un pueblo que la prensa”⁸⁷. Aunque eso no le impide rechazar

⁸⁵ Robles, Laureano (1986), ed. cit., págs. 232-264.

⁸⁶ Azorín (1895), *Anarquistas literarios, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998, pág. 100.

⁸⁷ *Ibid.*, pág. 106.

una prensa poco seria, desprovista de la rigurosidad que requiere la labor periodística:

Algunos hay que más que periódicos serios, desapasionados, científicos, parecen hojas inconscientes de gacetillas y rumores. La actualidad, una actualidad chillona y perniciosa, lo llena todo. Las reseñas interminables de crímenes y procesos, las revistas de toros repletas de pormenores microscópicos, las crónicas parlamentarias de un Parlamento que no merece crónica, todo con títulos dobles y triples, llamativos, sensacionales; todo esto, digo, constituye el armazón de la prensa diaria⁸⁸.

Crónicas parlamentarias que no merecen crónica; reseñas interminables de crímenes y procesos; articulistas con juicios calcados en un patrón convencional, sin novedades ni aportaciones que valgan; y diarios monopolizados por la política, que no incluyen los grandes escritores, las novedades editoriales ni el panorama cultural y europeo, centran las críticas de un Martínez Ruiz desengañado con el oficio.

La política “es una escuela de criminales”, y la prensa, el libro, los espectáculos, “son perseguidos en nombre de la moral pública, mientras la prostitución es reglamentada y el juego de azar se eleva a la categoría de fuente de ingresos para Hacienda⁸⁹”, denuncia Martínez Ruiz quien también, por otro lado, depara halagos para determinados periodistas como Burell o Cavia, influyentes personalidades literarias.

Elogios que en *Anarquistas literarios* se extrapolan a otros diarios como *El Nuevo Régimen*, que le ha deparado hasta ahora excelentes críticas de sus anteriores libros: “Entre ellos, está *El Nuevo Régimen*, por la serenidad de su criterio y por su tacto e imparcialidad frente a las cuestiones palpitantes que arrastran a la multitud y ciegan a los más sensatos⁹⁰”.

Anarquistas literarios es, además, el primer libro que Martínez Ruiz firma con su nombre real (antes lo hizo mediante pseudónimos) y está dedicado a Hamon (con quien mantiene correspondencia epistolar). Y puede que, en cierto modo, su atención, más allá del anarquista, fuera también por el deseo (que también sueño) de publicar y abrirse camino en las rotativas francesas (del que era muy asiduo Bonafoux, al que ya capta con *Buscapiés*).

⁸⁸ Azorín (1895), ed. cit., págs. 106-107.

⁸⁹ Ibid., pág. 99.

⁹⁰ Ibid., pág. 108.

Además de las críticas dirigidas al sector de la prensa, el periodista alicantino da rienda suelta a su militancia y propaganda anarquista. De ahí pasajes como: “¿Qué es un anarquista? Es un espíritu de independencia; con un gran amor por la libertad; poseedor de una gran curiosidad, de un deseo de conocer; amor al prójimo, sensibilidad moral muy desarrollada, sentimiento intenso de justicia”⁹¹. Aquí mismo, incluso, cita a Félix Dubois, que aparece en otros artículos suyos de *El Mercantil Valenciano*.

También se producen críticas contra la religión y una anquilosada sociedad a finales del XIX donde los tributos aumentan, la prostitución se ensancha, los juegos de azar se elevan a la categoría de fuente de ingresos de Hacienda, las prisiones son insalubres caserones, la política es una escuela de criminales, la crítica literaria se excede en su enchufismo y en alabanzas desmedidas, la industria muere y la agricultura decae. “El labrador agoniza roído por la usura y los impuestos; sus lamentos no son escuchados de los representantes de la nación, afanosamente empleados en sus ambiciones personales”⁹².

Cabe destacar además que, en *Anarquistas literarios*, hay una mención importante a Pi y Margall (que no es la primera, puesto que ya sabemos que, en *La Monarquía*, de Alicante, le cita y le elogia). “Todo el que llega a esta altura es algo más que una persona jurídica; es una abstracción, es un símbolo. Y Pi y Margall es el símbolo de la razón”⁹³.

Y, sobre el teatro de Echegaray, arremete con dureza puesto que lo considera un sistema más propio de otros tiempos. Y, de hecho, utiliza unas palabras calcadas a las que emplea en su artículo del 25 de marzo de 1895 en *El Pueblo*.

El teatro de Echegaray es un teatro ilógico, deforme. Sus personajes parecen figuras de cartón que se mueven con movimientos exagerados y gesticulan violentamente. Falta en ellos naturalidad, hablan sin reflexionar, obran como niños. Si meditaran un poco, todos sus conflictos, todas esas catástrofes espantables que el autor se complace en desenvolver y que hacen pensar si Echegaray estará interesado en la industria del señor Tena, de Sevilla; todas esas catástrofes, digo, desaparecerían al momento. Porque todas nacen de preocupaciones absurdas, de encadenamientos irracionales⁹⁴.

⁹¹ Azorín (1895), ed. cit., pág. 85.

⁹² Ibid., pág. 99.

⁹³ Ibid., pág. 108.

⁹⁴ Ibid., pág. 114.

Por al contrario, sobre Galdós, sigue deparándole elogiosas críticas. De hecho, en teatro, *La de San Quintín* es para Martínez Ruiz una “producción admirable”⁹⁵.

La idea libre, el 22 de diciembre de 1894, acogió con entusiasmo su libro de *Anarquistas literarios*: “Hace algunos días recibimos un opúsculo titulado *Anarquistas literarios*, debido a la pluma de quien desde hoy no titubaremos en llamar uno de nuestros mejores amigos, José Martínez Ruiz”.

La obra de Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, también fue tenida en cuenta por importantes estudiosos del anarquismo como Max Nettlau quien en su *Bibliographie de l'anarchie* (publicado en 1897, Bruselas y París, página 147) cita a J. Martínez Ruiz entre los autores con relevantes obras anarquistas en Europa. Esta comprobación se ha realizado vía el servicio digital del archivo de la Biblioteca Nacional de Francia. Reseñas internacionales que también se extienden a *La Revue Socialiste*, dirigida por George Renard, quien en su tomo XXIII (enero-junio de 1896, en París), página 610, vuelve a mencionar la obra de Martínez Ruiz en el artículo “Le socialismo en Espagne”, firmado por Marié Oswald. Incluso aparece en 1898 una reseña en Alemania con *Zeitschrift für romanische Philologie. Bibliographie*, publicada en 1898, página 235, de Gustav Gröber.

En *Notas sociales*, Martínez Ruiz realiza un amplio análisis de los periódicos anarquistas, lo que denota un vasto conocimiento de la producción periodística del momento, ahondando además en la posición precaria y el malvivir del periodista.

Así, arranca con una cita del director de *La idea libre*, de Madrid, con la que trata de detallarnos la frágil situación económica donde el periodista está condenado a varios empleos y dedicación plena al trabajo para sobrevivir:

Yo soy topógrafo; ahora estoy corrigiendo *El País*, donde trabajo de 11 de la noche a 6 de la mañana; llego a casa a las 7, y duermo por lo general (cuando me dejan cinco chicos) 6 o 7 horas, porque he de hacer solo trabajos de redacción, administración, fajas inclusive y cierre del periódico, pues únicamente con estas economías y sacrificios puedo vivir⁹⁶.

Las referencias periodísticas de Azorín no solo se limitan a las españolas o su división por ideologías (ya sea en este caso las anarquistas), sino que el escritor alicantino evidencia su alto conocimiento mencionando a publicaciones periódicas y revistas editadas en América como *El Despertar*, de Nueva York; *El Derecho a la vida*, de Montevideo; *El esclavo*, de Tampa; *El Perseguido* y *La Expropiación*, de

⁹⁵ Azorín (1895), ed. cit., pág 116.

⁹⁶ Azorín (1895), *Notas sociales, Obras completas*, I, Aguilar, Madrid, 1947, pág. 200.

Buenos Aires; *La Anarquía*, de La Plata; *El Oprimido*, de Chile; *La Verdad* o *Rosario de Santa Fe*⁹⁷. Su atención se extiende incluso a la prensa europea, con alusiones a *Nueva Revista Alemana*⁹⁸; *Le Figaro* (Francia); y hasta se interesa por la viabilidad económica de la prensa.

Los periódicos anarquistas subsisten por donaciones espontáneas y voluntarias de los compañeros; así, en cada número se inserta la lista de las cantidades donadas, que por regla general oscilan de 0,25 a 1,50 pesetas por individuo. Sin embargo, esto no quita para que se admitan y sirven suscripciones, que suelen ser económicas, *El Corsario*, por ejemplo, tiene establecidos estos precios: La Coruña, 0,30 pesetas al mes; provincias, una peseta trimestre; paquete de 30 números, una peseta. Exterior, el mismo precio, más el aumento de franqueo⁹⁹.

En *Notas sociales*, Martínez Ruiz pide reacción a los jóvenes debido a que está enferma por su parálisis, y cita a Pedro Dorado, Hamon o Kropotkine en sus reflexiones anarquistas.

Entre tanto, con la producción literaria y periodística a toda máquina, Martínez Ruiz sigue apoyándose en Pedro Dorado por cartas solicitándole datos que incorporará en sus trabajos. “Le repito las gracias. Me considero muy dichoso por haber conocido personalmente a un científico a quien desde hace tiempo ya conocía por sus trabajos de Sociología y Derecho”, le indica el 2 de diciembre de 1894.

También por carta a Clarín, del 26 de octubre de 1895, sabemos que está preparando un estudio sobre los curas de Galdós¹⁰⁰, del que tampoco tenemos más noticia, de igual forma que va intercambiando impresiones con Dorado Montero sobre libros (de ambos) y nuevos proyectos. Entre ellos, la traducción de Hamon, según le revela el 1 de noviembre de 1895.

Yo he traducido la obra de Hamon, y el señor Ricardo España me pidió el manuscrito, pero leyó la obra después y se arrepintió. Creo que editor y traductor hubiéramos parado en alguna prisión militar. Sin embargo, no desisto de publicar el libro, aunque sea en la América española.

⁹⁷ Azorín (1895), ed. cit., pág. 207.

⁹⁸ Ibid., pág. 196.

⁹⁹ Ibid., pág. 210.

¹⁰⁰ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio, *El camino de las letras. Epistolarios inéditos de Rafael Altamira y José Martínez Ruiz, Azorín, con Leopoldo Alas, Clarín*, Universidad de Alicante, Alicante, 2011.

Y, efectivamente, con todos los apuntes y anotaciones realizados hasta el momento, Martínez Ruiz se plantea distintas traducciones como la *Psicología del militar profesional*, de Hamon, que finalmente no lleva cabo para centrarse en *De la patria* (que sí publica). También traduce el periodista alicantino durante 1896 las traducciones de *La intrusa*, de Maeterlinck; *Las prisiones*, de Kropotkine (al que resucita y da vida posteriormente en *Charivari*). Mismo año de 1896 en el que, según José Payá Bernabé¹⁰¹, Martínez Ruiz también traduce al italiano Guillermo Ferrero en *La psicología de la muerte*. En *El Pueblo*, del 11 de marzo de 1895, Martínez Ruiz introduce una traducción de Baudelaire extraída de sus *Petits Poèmes* (“La niña triste (de Baudelaire)”) ¹⁰².

Para Martínez Ruiz, Pedro Dorado es su “maestro”¹⁰³, del que se siente su discípulo, de ahí que el 4 de octubre de 1896 le comunique en carta su deseo de trasladar su expediente académico de Valencia a Salamanca, donde imparte clase Dorado. Es, por tanto, una situación similar a cuando quiso estudiar en Granada para poder aprobar las asignaturas de Derecho que tiene todavía pendientes. “Mi respetable amigo: queda hecho mi traslado a esa Universidad, y dentro de poco –cuando me restablezca de una ligera indisposición que me aqueja estos días– tendré el gusto de salir para esa ciudad y estrechar su mano”.

Sus recursos económicos son muy limitados (su padre está al tanto de su articulismo virulento, lo que origina un gran enfado y le castiga con el corte de la financiación). Pero Martínez Ruiz busca la forma con que escaparse hasta allí y poder continuar con su vertiente de estudioso y propagandista del anarquismo, estudiante de Derecho y, por supuesto, activo colaborador en la prensa siendo autor ya de varios libros.

Pero una “repentina” enfermedad de su padre le obliga volver a Monóvar. Martínez Ruiz recurre a Pedro Dorado para que le preste algo de dinero y así regresar de urgencia. Era esta enfermedad del padre una excusa con que hacerle venir al pueblo, y tratar de reconducir su actitud. Así se lo confiesa a Pedro Dorado por carta ¹⁰⁴ el 16 de octubre de 1896:

¹⁰¹ Payá Bernabé, José (2015), “Las traducciones de Azorín en su Casa Museo de Monóvar”, *Azorín y Miró en su traducción*, Universidad de Alicante, Alicante, pág. 47.

¹⁰² Alonso, Cecilio, (2002), “De la hemeroteca azoriniana”, *Anales Azorinianos 8*, CAM, Monóvar, pág. 193.

¹⁰³ Azorín (1905), “Pedro Dorado”, *ABC*, 12 de septiembre de 1905.

¹⁰⁴ Robles, Laureano (1986), ed. cit., págs. 236-264.

Mi respetable amigo y maestro: afortunadamente mi padre no está enfermo, ni mucho menos –a Dios gracias-. Se trató tan solo de un motivo para hacerme venir precipitadamente. No quiere “por nada del mundo” que publique el folleto que tengo en prensa, tanto por la índole del trabajo, en general, como en especial, por algunas notas que yo le he puesto. Y usted las verá y juzgará. Yo lo siento mucho, pero a pesar de todo lo publico. A primeros de noviembre volveré a esa y liquidaremos. Creo que mis profesores no me dejarán para septiembre por aquello de las once faltas. Lo sentiría.

Pero este reencuentro paternal no solventa ni mucho menos la situación. Martínez Ruiz sigue interesado en publicar sus obras, y le recuerda a Pedro Dorado que espera un prólogo suyo para la traducción de *Las prisiones* (epístola del 22 de octubre de 1896). Para ello, viaja a Madrid para arreglar estos asuntos (ya con el apoyo económico de su madre, siempre su gran valedora), donde pretende quedarse y asentarse con el pretexto de que allí finalizará las asignaturas del Derecho colgantes. Pero nada más lejos de la realidad... por ello, solicita ayuda a Pedro Dorado para trasladar nuevamente el expediente de Salamanca a Madrid.

En las posteriores comunicaciones, arreglan la cuentas económicas (Dorado le prestó el dinero con el que viajar a Monóvar en la “enfermedad” de su padre), cuando ya a finales de 1896 le informa que está en la redacción de *El País* trabajando. Comienza entonces una nueva etapa el periodista alicantino en Madrid.

Así, en 1896, publica Martínez Ruiz *Literatura*, que está dedicado a José Maestre Vera, de Elda, quien más tarde fuera presidente de la Diputación de Alicante y luego gobernador civil de Vizcaya¹⁰⁵.

En *Literatura*, Martínez Ruiz ataca a los periódicos que no nombran a los grandes escritores del momento, y se pierden en compromisos de partido: “Los periódicos, aún los mejor redactados, dedican muy poco lugar a la sección bibliográfica”, y recuerda Martínez Ruiz a Larra, Galdós, Octavio Mirbeau o Maeterlinck, a la vez que agrega: “Recórranse cuidadosamente colecciones de diarios importantes, y no se encontrará ningún examen crítico de aquellas obras, maravilla del ingenio y gloria de la patria: aún la noticia escueta y desdeñosa de su aparición en las librerías es difícil encontrarla¹⁰⁶”.

Y tampoco pierde la ocasión el periodista alicantino en *Literatura* para lamentar la pobreza intelectual de los diarios españoles, debido a que obvian la alta capacidad de autores como Menéndez Pelayo o Rafael Altamira, centrándose en temas irrelevantes.

¹⁰⁵ Pavía Pavía, Salvador (1984), ed. cit., pág. 40.

¹⁰⁶ Azorín (1896), *Literatura, Obras completas*, I, Aguilar, Madrid, 1947, pág. 216.

Somos así: gastamos grandes sumas en coronar a un poeta, y dejamos que sabios como Quiroga mueran en la indigencia; damos cuantiosas limosnas –en forma de lujosas ediciones- a un infeliz versificador, y permitimos que Ramón y Cajal sufra mil privaciones para costear los gastos de sus investigaciones científicas. (...) Vivimos en los tiempos picarescos de Quevedo y Mendoza; el artista es un pobre mártir que pasa angustias sin cuento; que, según la frase célebre, salta de un lunes a un sábado sin tropezar en un garbanzo; que muere, en fin, en la miseria, dejando a sus hijos en el arroyo¹⁰⁷.

Las adulaciones de Martínez Ruiz en *Literatura* son, al igual que las veces anteriores, buenamente intencionados para sumar contactos y abrirse puertas en los periódicos de Madrid. Son agasajos a Clarín; a Luis Bonafoux (“es un temperamento femenino, extremadamente sensible”¹⁰⁸); a Ruiz Contreras; al periodista Antonio Sánchez Pérez... incluso está al tanto de las publicaciones de corresponsales de diarios extranjeros en Madrid, como el de *Le Figaro*, por su claro deseo de abrirse hueco en la literatura europea.

Es además *Literatura* una obra que da continuidad a su vocación como crítico literario, y en donde además plasma lo que observa en otros autores y le gustaría llevar a cabo él con su literatura (estilo original, sin artificios, observación de lo secundario, la naturaleza, cuidar la estética, las sensaciones...).

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

¹⁰⁷ Azorín (1896), ed. cit., pág. 216.

¹⁰⁸ Ibid., pág. 226.

6. *El Pueblo* y otras voces anarquistas: *El Productor*, *Ciencia Social* y *La Idea Libre* (ediciones de Montevideo y Madrid)

La amistad entre Martínez Ruiz y Blasco Ibáñez es patente en 1896 por la dedicatoria del libro *Flor de mayo*: “A José Martínez Ruiz, el más original y revolucionario de los escritores españoles”¹⁰⁹. En cualquier caso, el periodista alicantino llega al diario de Blasco Ibáñez a comienzos de 1895 tras sus colaboraciones en *El Mercantil Valenciano* y *Las Bellas Artes* donde iba en aumento su evolución anarquista.

La originalidad y temas abordados por el periodista alicantino no pasaron en absoluto desapercibidos en Valencia, y a Blasco Ibáñez le seducía esta nueva firma para su cabecera, el único periódico que compitió con *Las Provincias* con tiradas de 8.000 a 10.000 ejemplares¹¹⁰.

Era, pues, *El Pueblo* la primera gran oportunidad que se le presentaba al joven periodista alicantino en su andadura periodística, en un diario conformado con “jóvenes entusiastas que trabajaban gratis” pero que estaban dispuestos a marcar una época en las rotativas valencianas. Blasco Ibáñez apostó muy fuerte por *El Pueblo*.

Me arriesgué en la empresa sin apoyo pecuniario alguno –ha dicho Blasco-. Para sostener mi diario gasté cuanto me había correspondido a la muerte de mi madre y otros bienes de familia. Ya se sabe lo que ocurre con los periódicos de partido, especialmente con los de ideas avanzadas. Los agentes de anuncios huyen de ellos como de la peste, sus suscriptores están desperdigados y el más saneado de sus beneficios ha de provenir de la venta por ejemplares; pero España tiene una mitad de la población que es iletrada, y como *El Pueblo* se dirigía verdaderamente al pueblo, se concibe que se encontrar en déficit constante. A estos sinsabores financieros había que añadir la sistemática persecución de las autoridades por las violentas campañas del periódico, y que muy a menudo daban con mis huesos en la cárcel. Esto aparte, mi vida cotidiana de periodista ya constituía una especie de galeras. Mis compañeros de redacción eran jóvenes entusiastas que trabajaban gratis y reclamaban mi ayuda para los asuntos más diversos, y aquella tarea, que comenzaba a las seis de la tarde, no concluía hasta el alba siguiente¹¹¹.

¹⁰⁹ Dobón, Dolores, María Dolores (1997), “Azorín-Unamuno 1895-1898”, *Azorín et la Generation de 1898*, Coloquios de Pau IV, Universidad de Pau, pág. 182.

¹¹⁰ Benlloch Pérez, J.J. (1998), “*El Pueblo*, un diario militante”, *Clásicos valencianos contemporáneos*, Conselleria de Cultura, Generalitat Valenciana, pág. 38.

¹¹¹ Gascó Contell, Emilio (1996), *Genio y figura de Blasco Ibáñez. Agitador, aventurero y novelista*, Murta Libros de Arte, Alzira, pág. 68.

Este recorrido en *El Pueblo* y en el que Martínez Ruiz firma como tal (sin pseudónimo alguno que oculte su identidad) empieza con notas biográficas, anarquistas y, por supuesto, teatrales. Así lo hace el 2 de enero de 1895, “Valencia al vuelo. El teatro de Ruzafa”, donde en esta ocasión recrimina a los espectadores del teatro valenciano su falta de respeto hacia la escena y el montaje entre ruidos y escenas ridículas (cita a unos estudiantes de Derecho que solo acuden para ver qué chicas guapas andan por allí).

El público no ha cesado de hacer ruido. La voz de los autores apenas llega a los últimos asientos. Varios espectadores protestan dando tronzados en el suelo y profiriendo aullidos. -¡Che, calleu, que no s'ou! Por fin la tempestad se calma. Se calma hasta que se muere alguien en la escena, o suelta Llorens algún chiste. Entonces el tumulto se renueva; gritos, risas, estridentes de mujeres, lloros de niños, gargajeos, taponazos de gaseosas, ruido de sables, mil rumores, en fin, que crecen, se desbordan, llegan a la calle y se desvanecen luego por completo, apagándose gradualmente, cobrando nuevo vigor con que atronar otra vez la sala....

El 25 de marzo de 1895, con “Los últimos estrenos de Echegaray, Clarín”, el periodista alicantino ataca sin impunidad a Echegaray, el dramaturgo de la época, con quien Martínez Ruiz no se siente en comunión con su obra ni con el sentido de su arte escénico.

El teatro de Echegaray es un teatro ilógico, deforme. Sus personajes parecen figura de cartón que se mueven con movimientos exagerados y gesticulan violentamente. Falta en ellos naturalidad, hablan sin reflexionar, obran como niños. (...) Echegaray no ha nacido para el teatro. Sus arranques de lírica progresista, trasnochada lírica del año sesenta y tantos, que él quiere hacer pensar por la más exquisita poesía; sin falta de observación atenta y serena, su manera atropellada y anhelante de escribir; todo esto le hace incompatible con el arte dramático.

Al tiempo, por su parte, el periodista monovero sigue buscando apoyos con los que abrirse hueco en las grandes redacciones, de igual modo que hará con otros grandes intelectuales del momento. Así, con Clarín, no cesan los elogios y llamadas de atención, esta vez vía *El Pueblo* de Blasco Ibáñez. Martínez Ruiz ya tiene claro su salto a Madrid (así nos lo hace saber por el retazo biográfico de “Del Turia al Tormes. Camino de la Corte”, del 19 de octubre de 1896 en este mismo diario). Un artículo en el que, además, nos traslada a su pasión por los viajes y ciudades influenciado por su profesor Eduardo Soler.

Leopoldo Alas, ante todo, es un obrero perseverante. Su nombre lo debe a una lucha tenaz en que una voluntad de hierro ha hecho milagros. Dedicado a otro arte, hubiese llegado del mismo modo a ocupar una posición brillante. (...) No faltan quienes juzgan a Leopoldo Alas un tanto retrasado, y tengan por anticuada para los tiempos que

atravesamos esa crítica juicio, como él la llama, y de la cual es un representante; ni quien eche de ver en su obra, exceso de retórica y falta de cultura científica... Háblase por consiguiente de su decadencia; no de la decadencia de su talento, cuyo vigor nadie pone en duda, sino de lo que podríamos llamar su tesis. Allá ellos.

Esta serie teatral de *El Pueblo* se completa con “Bocetos independientes. Los actores para Colom”, del 24 de octubre de 1896, y que el profesor E. Inman Fox incorpora incompleto en su guía. Con idéntico contenido al que se publica en *El País* dos meses después, el 14 de diciembre de 1896, Martínez Ruiz recrimina la formación de los actores en un formato original y de diálogo-entrevista.

En cualquier caso, son los artículos político-anarquista, contra la religión, contra la política y contra todo, en la misma línea que *Las Bellas Artes* (y, con esbozos, en *El Mercantil Valenciano*) los que abundan en *El Pueblo* de Blasco Ibáñez. Así, el 17 de octubre de 1896, en “Bocetos valencianos. Mi cardenal” (que aparece prácticamente idéntico, a excepción de unos añadidos, en *El País* -28 de diciembre de 1896- y *El Motín* -23 de enero de 1897-) ahonda en estas críticas del mismo modo que el 20 de octubre con “Bocetos valencianos. Interview con un fraile”, donde denuncia la farsa de las vocaciones de muchos sacerdotes.

¿Ves tú toda esa gente que llena los seminarios? Pues nadie se hace cura por vocación. ¡Ca! Lo que hay es que necesitan un modus vivendi, algo que les proporcione el pan diario, y ese algo es la carrera eclesiástica. Y si no fijate en que todos los seminaristas son hijos de labradores, de pequeños propietarios, que no cuentan con medios bastantes para costear otra carrera que exija más sacrificios. (...) Yo estoy aquí por lo que te he dicho; por cosas del destino. ¿Me iba a morir de hambre?... ¿Qué hay de sacrificar las ideas y sufrir el despotismo del convento? Bueno, pero en cambio tiene uno asegurada la lucha por la existencia. Y después de todo, no creas que se pasa tan mal aquí dentro. Todo eso de los votos es música. Somos tan hombres como vosotros, y tenemos las mismas necesidades.

La ironía, el humor, es uno de los rasgos más destacados también de este joven periodista alicantino que, a punto de dar el salto a Madrid, sigue volcando toda su rabia contra el sistema. Palabras envenenadas y de contundencia que arremeten contra todo: hacienda española, transportes, religión, educación, libertad de cátedra, política o corrupción. Así lo deja reflejado el 19 de octubre de 1896, en “Bocetos valencianos. El credo conservador”.

Creo que la Hacienda española está cada día más floreciente; que disminuye la deuda nacional; que los banqueros extranjeros corren hacia nosotros con las manos llenas de oro al menor anuncio de empréstito; y que Navarro Reverter tiene un talento monstruoso para formar unos presupuestos con superávit. (...) Creo que las empresas de ferrocarril se desviven por complacer al público que paga, y cuidan de que los trenes anden con la mayor rapidez y que los coches sean

cómodos y los empleados de las líneas amables y corteses. (...) Creo que la enseñanza es enteramente libre; que los catedráticos son todos bellísimas personas, ajenas al pandillaje político y religioso, y que en las cátedras solo se enseña la ciencia y no el catolicismo y el carlismo. (...) Creo que los señores diputados son elegidos por sufragio libre y espontáneo del pueblo; que en el Congreso solos se ocupan en defender los intereses de la nación, y que ni siquiera pasa por su ánimo venderse a las grandes compañías y medrar a costa del país.

Además, en este artículo, cabe resaltar muy especialmente los pasajes donde hace mención a la guerra de Cuba y las colonias de ultramar (que vaticina dos años antes), y que son abordados muy duramente:

Creo que la guerra de Cuba terminará dentro de un mes a todo tirar; que las "hordas insurrectas" están completamente desmoralizadas; que Maceo y Gómez se morirán de un día para otro; que cada vez que se da una batalla los rebeldes tienen numerosos muertos y nosotros solo algunos contusos. (...) Creo que el "honor nacional" consiste en mantener estas dos guerras, y en declarársela si es preciso a los Estados Unidos, aunque nos empeñemos hasta los dientes, aunque muera toda nuestra juventud, y aunque reconozcamos que las páginas más gloriosas de nuestra historia son las de Numancia y el año 8, en que se luchó bravamente por la independencia. (...) Creo que lo de Filipinas es una broma de unos cuantos puntos filipinos que han querido darnos un susto; que los frailes no tienen otro interés que procurar la comodidad y el bienestar de los indígenas, y que todo cuanto se hable de mala administración y despotismo es ganas de disparatar.

La clase política tampoco se libra, ni mucho menos, de los azotes del joven Martínez Ruiz en *El Pueblo*. En "Bocetos valencianos. El origen del mal", del 21 de octubre de 1896, recurre de nuevo a la ironía para quienes ven el mal de la sociedad en el liberalismo (después de, al parecer, escuchar un sermón del padre Ludovico en Valencia).

El elocuente orador de la calle de Alboraya ha puesto el dedo en la llaga. ¿Por qué causa padecemos esas calamidades que se llaman guerra de Cuba y Filipinas? Por el liberalismo. ¿Por qué ha fracasado el empréstito? Por el liberalismo. ¿Por qué no llueve? Por el liberalismo. Tiene usted razón, mi querido padre Ludovico. Mientras el legítimo rey de España D. Carlos de Borbón no venga a gobernarnos y ponga mano fuerte a los abusos de las libertades constitucionales, esto no marchará bien. Solo entonces gozaremos de completa felicidad, y el país será una balsa de aceite.

Así pues este será un recurso muy utilizado por Martínez Ruiz, como el 23 de octubre de 1896, con "Bocetos valencianos. Tiempos antiguos", donde no está exento tampoco la ironía:

Y aquí estaba el origen del mal. Porque las clases productoras, los obreros eran tan sumisos que toleraban día tras día esta monstruosa injusticia, y tan ciegos estaban que no veían que ellos, que pasaban la

jornada en ruda labor, tenían el mismo derecho que sus amos a pasearse en un “landeau” y a recrearse desde un palco con los primores de una obra literaria. Porque esa era la sociedad en aquellos tiempos: de un lado, suntuosidad, bienestar, holganza; de otro, trabajo, miseria, penalidades. (...) ¿No os reiréis si os digo que existía toda una clase de hombres que vivían de amenazar a los demás con terribles castigos para después de la muerte y con prometerles bienandanzas de ultratumba si se sometían a sus genialidades?

El artículo del 25 de octubre de 1895 y que cierra la serie de colaboraciones para *El Pueblo* es “Bocetos independientes. La limosna”, que se reproduce en enero de 1897 en *Ciencia Social*, de Buenos Aires (Argentina), curiosamente bajo otro título: “Apuntes”. Y es que Martínez Ruiz entendió desde muy joven que los derechos de sus libros no le iban a dar de vivir, y debía exprimir los pingües beneficios que de momento le pudiera dar el articulismo.

“Fue también un adelantado en otra práctica muy actual: la de publicar, en muchos casos, el mismo artículo, a veces con leves modificaciones, en varios periódicos, anticipándose a los columnistas de agencias”, señala sobre ello José Ferrándiz Lozano¹¹².

¿Pero por qué salió Martínez Ruiz de *El Pueblo*? Lo cierto es que resulta difícil que esta decisión fuera tomada por Blasco Ibáñez cuando estaba en la cárcel de San Gregorio cumpliendo dos años de prisión por una manifestación contra los Estados Unidos, en defensa del honor nacional, convocada sin autorización gubernativa y que ocasionó graves disturbios el 8 de marzo de 1896. Es por ello que la postura más lógica sea la de que, por entonces, Martínez Ruiz solo pensaba en asentarse en Madrid, donde quería crecer como periodista, en las cabeceras más punteras.

El Productor

La publicación argentina *Ciencia Social*, en la recta final de las colaboraciones de Martínez Ruiz con *El Pueblo*, se suma a otros escritos de Martínez Ruiz que van surgiendo dispersos en otras cabeceras nacionales o extranjeras. De este modo, cabe analizar “La explotación del socialismo”¹¹³, interesante colaboración insertada en *El Productor*, de La Coruña, del 1 de octubre de 1896. Marcado por Fox en la guía azoriniana, se ha localizado el ejemplar por el International Institute of Social

¹¹² Ferrándiz Lozano, José (1993), “Azorín, precursor del nuevo periodismo”, *ABC*, 20 de noviembre de 1993.

¹¹³ Manso, Christian (1987), “Un artículo olvidado de José Martínez Ruiz (La Coruña. 1896)”, *Anales Azorinianos* 3, CAM, Alicante, pág. 55.

History (Ámsterdam), en una gestión del préstamo interbibliotecario de la Universidad de Alicante.

El Productor, “Semanario obrero”, es un periódico que se alimenta especialmente de artículos de otros diarios, como de *El Nuevo Régimen* (con firma de Pi y Margall) o *Le Temps*, de París, con Jane Dienlafoy. Entre sus secciones, como suele ser habitual en este tipo de publicaciones, dedica un apartado a “Revista obrera”, donde informa de los movimientos obreros en España y distintos rincones del mundo.

La tendencia ideológica sigue la misma línea de otras publicaciones similares: denunciar la situación del obrero oprimido ante el empresariado, arengando a la revolución social que fracture y modifique el sistema. El apartado de “Revista obrera” es, en ocasiones, sustituido por el de “Bibliografía”. En la cabecera de *El Productor*, tampoco en el texto y páginas sucesivas, informa de quién ostenta la dirección.

“La explotación del socialismo” carga duramente contra la política y, muy especialmente, contra la democracia y el socialismo. Martínez Ruiz dispara toda su rabia sobre la alternativa socialista, y la desfragmenta a golpe de duras acusaciones en sus textos. Es, en otras palabras, lo que argumenta Urbano González Serrano, el 3 de enero de 1900, cuando en su reseña “J. Martínez Ruiz” del diario *Las Noticias*, de Barcelona, afirma: “Su obsesión del socialismo con ribetes de delirios anarquistas, parece denunciar al visionario, al místico del día”.

De este modo, el periodista alicantino vuelca virulentamente su oposición a esta alternativa política, el socialismo, y la tilda de “señuelo”, es decir, como de una trampa que lleva al engaño. Y lo mismo ocurre con la democracia, de la que asegura que “está pasada de moda”.

Llama la atención además cómo Martínez Ruiz arremete contra los jóvenes, quienes ponen sus esperanzas en la clase política (él, también un joven periodista, no entiende que los “suyos” acaben arrastrados por quien explota a la clase obrera, en su militancia más radical).

Mentira tras mentira. Después de la explotación democrática, la explotación republicana y tras ella la explotación del socialismo. Es una farsa más. Necesítase una idea que alucine al obrero y le desvíe de la persecución de sus verdaderos derechos, necesitase algo no gastado, algo nuevo que lleve tras de sí a los incautos, y ese algo, ese señuelo es el socialismo. La democracia está pasada de moda, se perdió la fe en la fórmula republicana, y he ahí que los buenos amigos del pueblo que trabaja y sufre, los apóstoles gratuitos de la verdad han encontrado una nueva bandera que tremolar, un nuevo credo que propagar de fábrica en fábrica, de campo en campo. Y esa bandera es la del socialismo; y a su sombra corren a cobijarse los cautos que advierten

el fracaso de la república no nacida, y los jovenzuelos que recién salidos de la Universidad desean hacer méritos para salir triunfadores de las urnas electorales.

Respecto al origen de este artículo, que no hemos encontrado repetido en ningún otro medio, todo apunta a que este medio rescató este artículo y que fuera previamente publicado en Valencia.

La explicación reside en las palabras finales de Martínez Ruiz, cuando asocia las ideas de este artículo a lo escuchado y leído en un periódico órdago del Cardenal Sancha. Religioso que realizó importantes acciones católicas en Valencia. Es más, *El Productor* cita en varias ocasiones a *El Pueblo*, el diario valenciano de Blasco Ibáñez en el que colabora Martínez Ruiz en esta misma línea temporal e ideológica, lo que evidencia y justifica esta publicación que podía en principio extrañar al tratarse de un diario gallego.

Todo esto pensaba yo oyendo perorar en el “Centro Obrero” de esta ciudad a un señor de continente burgués. Hablaba del socialismo, de la emancipación del obrero, de la justicia, etc... etc... Y al oírlo, pensaba yo involuntariamente en... el periódico que ese señor dirige, órgano del Cardenal Sancha. Contrastes.

Al igual que en *El Productor*, este mismo eco de los artículos y trabajos periodísticos de Martínez Ruiz de corte anarquista tienen difusión en la prensa internacional como ocurre con *La Idea Libre*, de Montevideo (Uruguay), *Ciencia Social*, de Buenos Aires (Argentina) y, según Martínez Ruiz, *Freedom* (Londres) o *Despertar* (Nueva York) –citados en *Charivari*¹¹⁴–.

Bajo el subtítulo de “Periódico Obrero órgano de los gremios de pintores y tabaqueros”, *La Idea Libre* es un diario gremial uruguayo de clara significación anarquista. Como en otras cabeceras de entonces, más allá de artículos referentes a colectivos de trabajadores, encontramos interesantes artículos en referencia a la liberación de la mujer (en concreto, sobre la prostitución) o bien de boicot a empresas de tabacos o reivindicaciones en sectores de los pintores o tipógrafos.

Por medio del International Institute of Social History, y disponible en internet, en el ejemplar del 1 de noviembre de 1896, con firma de J. M. R., aparece una introducción de Martínez Ruiz sumado a un extracto de *De la Patria*, de Hamon, traducido por el periodista alicantino. Dice así el texto:

El autor de estas páginas es un espíritu religioso. Su culto es la Humanidad. Cree, espera... y trabaja.

De su significación científica he dicho en otra parte lo siguiente:

¹¹⁴ Azorín, (1897), *Charivari, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998, pág. 143.

“Amigo y discípulo del Dr. Corre -a mi entender uno de los mayores criminalistas de Europa, y el más modesto-, A. Hamon moldea sus obras en el método positivo, único a las investigaciones científicas, y sustente las propias ideas progresivas. Distínguese ante todo por la lógica: es un pensador profundo que analiza los hechos con impasibilidad y deduce de ellos todas sus consecuencias. Sabe ir de deducción en deducción, hasta los más lejanos resultados. Con Bossuet repite que la verdad es un bien común, y quien la posee debe comunicarla a sus hermanos. Por eso ante verdades que intimidan a los observadores apocados, su espíritu no decae ni siente flaquezas antes de lanzarlas a los cuatro vientos Esa es su pasión: la verdad; y como es un lógico de gran fuerza, la verdad campea siempre en sus libros. Posee extensa cultura y entendimiento despejado de prejuicios que impiden pensar claro y escribir con decisión. Trabajador infatigable, ha prestado con sus numerosas obras, ya de higiene, ya de sociología, verdaderos e inapreciables servicios a la Ciencia”.

El presente estudio es un ensayo filosófico, escrito con el desinterés y abnegación privativos de los entendimientos superiores...

Los hombres observadores y reflexivos que no hayan llegado en su pensar continuo a los mismos resultados, tendrán ocasión de rectificar ideas hechas y adquirir visuales nuevas. Los que, cerrando por sus fines los ojos a la verdad, refutan haciendo apologías y emplean frases brillantes por argumentos es inútil que lean estas páginas. Al corazón de los primeros van dirigidas, no al posibilismo de los segundos.

El 26 de octubre de 1895, según Fox en su guía¹¹⁵, Martínez Ruiz publica “Rectificación” en *La Idea Libre*, de Madrid. Pero revisado el ejemplar (tras solicitarlo a la Hemeroteca Municipal de Madrid, vía el servicio de préstamo interbibliotecario de la Universidad de Alicante), lo cierto es que no es un artículo, sino una reseña de este diario madrileño (dirigido por Feijóo) sobre el libro *Literatura*, en la sección de “Bibliografía del diario”. Datos que hemos corregido convenientemente en el anexo de artículos periodísticos de Martínez Ruiz que se incorporan a este trabajo de investigación.

Hemos recibido un bien escrito folleto titulado *Literatura*, de nuestro estimadísimo amigo J. Martínez Ruiz. En él analiza algunos trabajos literarios de Fray Candil, Galdós, Clarín, Altamira, etc... con espíritu de lógica tan severa y crítica tan desapasionada, que demuestran no solo los vastos conocimientos que de la literatura antigua y moderna, nacional e internacional, posee el autor, sino su inflexibilidad de juicio y notoria rectitud. (...) Aunque el citado folleto sigue rumbo distinto de *Anarquistas literarios* y *Notas sociales*, no por eso dejamos de enviar nuestros plácemes al autor, sintiendo empero que cerebro que tan bien discurre y pluma que tan bien escribe no nos proporcione más a menudo estas justas congratulaciones.

¹¹⁵ Fox, E. Inman (1992), ed. cit., pág. 104.

Sí que publicó en cambio en *La Idea Libre*, de Madrid, “La muerte de un dios”, el 9 de marzo de 1895. Artículo que ya vio la luz en *Las Bellas Artes*, de Valencia, el 2 de febrero de 1895 y que, por otro lado, no está en la relación de E. Inman Fox.

La idea libre, el 22 de diciembre de 1894, acogió con entusiasmo el libro de Martínez Ruiz Anarquistas *literarios*. “Hace algunos días recibimos un opúsculo titulado *Anarquistas literarios*, debido a la pluma de quien desde hoy no titubharemos en llamar uno de nuestros mejores amigos, José Martínez Ruiz”, indica.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

7. Virulencia anarquista y radical de Martínez Ruiz en Madrid con *El País*. Publicación de *Charivari* y *Bohemia*

En octubre-noviembre de 1896, Martínez Ruiz se traslada a Madrid e ingresa en el diario republicano *El País* –cuyo director era Alejandro Lerroux– con una carta de recomendación de Luis Bonafoux para el redactor jefe, Ricardo Fuente. Este “favor” de la “La Víbora de Asnières” tiene su origen en las críticas favorables que realiza Martínez Ruiz a la obra *El avispero*, de Bonafoux, y que pueden leerse en *Buscapiés*¹¹⁶ (1894), entre otras.

El País, “Diario Republicano Progresista”, propiedad de Antonio Catena, está compuesto por cuatro páginas en un diario a cinco columnas y con colaboradores como Joaquín Dicenta, Luis Bonafoux (cronista de París), Eduardo Rosón, Leopoldo Alas Clarín o Adolfo Luna, entre otros. Es un periódico caótico en su reparto de informaciones, donde a menudo se mezclan editorial con informaciones, noticias con opiniones, sin claridad alguna. Se recogen noticias de telégrafos y, muchas de ellas, aparecen sin firma. También acompaña al diario lecturas bajo el epígrafe de “La biblioteca de *El País*”.

Las publicaciones de José Martínez Ruiz en el medio de Alejandro Lerroux asientan su prestigio en el panorama periodístico español, al tratarse de una cabecera influyente en Madrid, con artículos de una gran calidad que van a dividirse en cinco puntos. Primero, de temática ideológica o anarquistas (siempre contra el sistema político en general; contra la religión; y en defensa del amor libre y la clase obrera). Segundo, biográficos (donde Martínez Ruiz narra sus penalidades, especialmente en cuanto su precaria situación laboral, que también del oficio periodístico). Tercero, críticas teatrales (su pasión, su obsesión, su necesidad siempre por tratar de mejorar la escena española es constante). Cuarto, críticas literarias (de autores, libros, clásicos y obras olvidadas). Y, cinco, sobre protesta social (injusticias, contra la pena de muerte, alegato por la independencia de la mujer...).

El periodista alicantino se estrena en *El País* el 5 de diciembre de 1896, aunque algo más de un mes antes, el 29 de octubre de 1896, ya tenemos noticias de Martínez Ruiz por una información relativa a su traducción de *Las prisiones*, de Kropotkine. Esta sección de “Bibliografía”, que no está firmada, agrega al final un texto elogioso hacia el escritor alicantino: “El traductor, señor Martínez Ruiz, un

¹¹⁶ Azorín (1894), ed. cit., pág. 106.

estudioso publicista y pensador de mucha envidia, valora el folleto de Kropotkine con notas muy interesantes y eruditas”.

Palabras que dejaban la puerta abierta a un joven periodista de provincias que, recién llegado a Madrid, le suponían un importante empujón de cara a su reconocimiento y la posibilidad de escribir en la prensa madrileña con repercusión nacional.

Las páginas virulentas de Martínez Ruiz en *El País*, propias de un joven revolucionario volcado en su anarquismo más radical, desde su coqueteo años atrás en Valencia hasta su involucración total, se vuelve todavía más patente en este salto a Madrid. Y es también, por otro lado, un periodismo que irradia originalidad y brillantez en su redacción y estilo.

En estos artículos anarquistas (como el de “Una mujer. Fantasía”, del 5 de diciembre de 1896), Martínez Ruiz describe a unos amantes libres “de los prejuicios del sexo”, en una historia insólita para la época ya que, a diferencia de lo que podía leerse siempre, el infiel en esta ocasión es la mujer y no el hombre. Este mismo artículo fue también etiquetado por Martínez Ruiz como “cuento” en *Charivari*¹¹⁷ y agrega: “el artículo me parece original, diabólico”.

Además del amor libre, que puede ejercerlo el hombre o la mujer indistintamente (lo que es un dato sin duda de toda modernidad para Martínez Ruiz en una sociedad atrasada absolutamente en derechos sociales especialmente para la mujer), el periodista alicantino también ahonda en “Una mujer” sobre este mismo discurso anarquista contra el matrimonio. Una unión, hombre y mujer, que para Martínez Ruiz solo provoca hastío y hartura.

Lo explica así el 21 de diciembre de 1896, en “Delirante...”, cuando relata la vida amorosa de una pareja que, tras casarse, todo se vuelve contra ellos. Una situación de asfixia y ahogo, que son las nupcias matrimoniales, que matan la inspiración del hombre (que al fin y al cabo, era el mismo pensamiento de Martínez Ruiz, puesto que para él, casarse, era solo un obstáculo para alcanzar el éxito en el trabajo).

Poco a poco nos fuimos cansando de aquella vida uniforme, monótona. Al principio tratamos de ocultarlo, pero fue imposible, y pronto nos descubrimos. Las conversaciones animadas, cariñosas de los primeros días, se fueron haciendo raras. Llegó el silencio... ¡Qué silencios más terribles los de los amantes! ¡Qué escenas más angustiosas de mutismo, en la mesa, en el paseo, en las intimidades de la vida conyugal! Y nuestras miradas se cargaron de odio, y la vida se hizo imposible entre los dos. Nos odiábamos sin exteriorizar nuestro odio en

¹¹⁷ Azorín (1897), ed. cit., pág. 128.

palabras, en arranques pasionales, en golpes. Nos odiábamos con la mirada, con el silencio, con la indiferencia.

El 24 y 28 de diciembre de 1896, *El País* publica dos de los artículos más relevantes dentro del pensamiento ideológico anarquista de Martínez Ruiz. Ambos son durísimos ataques contra la religión, en un relato escalonado y perfectamente construido, que va directo al corazón del lector.

En “La Nochebuena del obrero”, Martínez Ruiz radiografía un trabajador en una de los días más señalados del calendario y que sueña con un Cristo que termina con las injusticias, conceda la igualdad y derribe viejas instituciones:

Mientras, a lo lejos, oía el ronco canto de las zambombas de Nochebuena, el alboroto de los villancicos y las voces desgarradas de la gente bullanguera y harta de mosto; en tanto que por allá afuera se celebraba con escándalos el nacimiento de Cristo, él, junto a la máquina, oyendo su runrún cariñoso, pensaba también en otro Cristo. Pensaba en un Cristo terrible, feroz; un terrible Cristo que demoliese todas las viejas y bárbaras instituciones, que hiciese un montón de ruinas de todas las leyes, de todos los dogmas, de todas las mentiras que impiden el libre desarrollo de la actividad humana, de todos los privilegios que se oponen al goce igualitario de los placeres de la naturaleza y el arte. Deseaba ardientemente el aniquilamiento de una sociedad en que hay lágrimas, y amarguras, y dolores; quería que todos fuésemos hermanos, que trabajásemos todos, que gozásemos igualmente; quería que la humanidad fuese una gran familia y que la solidaridad fuese el Dios de la religión futura.

En “Un cardenal”, Martínez Ruiz desmonta las creencias de los fieles ante un miembro de la iglesia que solo piensa en su enriquecimiento y que es, además, ateo.

Escéptico refinado, se reía a solas de la farsa en que se movía su persona, y asombrábase a ratos de que no se acabase la estupidez humana que mantenía con su dinero aquella estúpida comedia. Era ateo, tan ateo como un enciclopedista del siglo XVIII. ¡Y en verdad que resultaba un placer violento, bárbaro, no creer en su Dios, en el Dios que le había hecho príncipe de su Iglesia, y repetir interiormente “mentira, mentira”, en los momentos en que vestido de oro y seda, envuelto en aromas nubes de incienso, elevaba al cielo la hostia, allá en el fondo de la inmensa catedral, mientras la turbamulta de fieles inclinaba humildemente la cabeza sobre el polvo!

Un artículo especialmente polémico, donde no solo ataca al enriquecimiento, al lujo que rodea a la iglesia católica, sino a la apetencia sexual de curas y cardenales:

Tenía por sus gustos y refinamientos mucho del gran poeta Baudelaire; era un decadente parisién con birreta cardenalicia, un desequilibrado. Su pasión, pasión frenética, ansiosa, era la mujer. (...) Hubiera colocado en su estudio, en vez del Cristo enorme de marfil, el retrato de Venus, no la impassible y fría de la antigüedad: la Venus incitante y

lujuriosa del Tiziano. Sentía verdadera obsesión por las cosas femeninas; experimentaba una curiosidad refinada y malsana por todas las interioridades de la mujer; por conocer sus gustos, sus preferencias, sus soledades, sus inversiones, todas esas cosas fomentadas por el aislamiento o los desencantos conyugales. Frecuentemente, vestido de simple clérigo, sepultábase en los confesionarios de sus iglesias, y allí permanecía horas y horas haciendo estudios psicológicos observando a la mujer por dentro, en sus intimidades. (...) Y cuando en las procesiones marchaba lentamente, compuesto como un monarca persa, rodeado de sus servidores, que llevaban detrás el dorado sillón; cuando atravesaba por entre las multitudes reverente y silenciosas, marchábase en su rostro pálido la sonrisa del placer satisfecho, y parecía ir diciendo a sus mansos borregos: “imbéciles, imbéciles”.

Artículos contra la religión o bien en defensa del amor libre y la libertad sexual, Martínez Ruiz también cuenta con otras colaboraciones en *El País* de militancia política, donde se pone de lado de causas injustas o más desfavorecidas. Es el caso del 1 de enero de 1897, cuando en “Crónica” ensalza a los republicanos de Novelda asesinados por la Guardia Civil (una partida del municipio alicantino –La Serreta- se declara independiente, produciéndose un suceso con varias muertes). De este modo, el periodista alicantino demanda más involucración republicana como apoyo y respaldo a los familiares de los muertos, y acusa a estas facciones políticas de estar vendidas al poder y al dinero.

El 6 de enero de 1897 vuelve a tomar una posición similar ante los hechos de Montjuich (el día del Corpus, junio de 1896, un terrorista lanza una bomba en Barcelona al paso de una procesión y en vez de dirigirla contra la cabeza de la marcha lo hace a la retaguardia, matando a siete obreros y a un soldado). Las consecuencias del proceso de Montjuich fueron represiones, torturas y agitaciones ante detenciones masivas que no dan con el culpable.

De este modo, y ante este acontecimiento, Martínez Ruiz toma partido con opiniones que vierten medios extranjeros (un ejemplar del diario *Le Liberaire*, lo que da carácter internacional al tema), cargando además contra la prensa española por su falta de involucración e imparcialidad en este asunto.

La gran prensa, la de “gran circulación”, esa prensa que, para comodidad del público, debiera poner papeles en los balcones de la redacción se ha portado como era de esperar. ¿Qué le importan a ella los lamentos de los infelices procesados de Barcelona? ¿Qué la tranquilidad de centenares de familias? ¿Qué tiene que ver con que se resuciten en los tiempos presentes barbaridades de siglos pasados? Pero, ¿hay aquí prensa, hay órganos de la opinión libre y honrada? ¿Merecen ese nombre tres o cuatro grandes diarios explotadores de todo lo explotable, propagadores de prejuicios –falso patriotismo, política chanchullera, etc...- aduladores del poderoso, siervos de las grandes compañías? ¿Merecen tal nombre esas hojas repletas de fondos insinceros, de revistas de toros, de crónicas parlamentarias de

unas cortes irrisorias, de relatos de crímenes, de listas de lotería? ¿Hay aquí prensa? ¿Hay periódicos en que el escritor independiente pueda hablar claro? NO, no hay periodismo de ese, ni se puede hablar, ni hay quien hable. Vivimos en plena mentira, todo el año es Carnaval para los españoles. Y hay que conformarse con el “orden de cosas existentes”, y reconoces que si este no es el mejor de los mundos posible, falta poco.

El 7 de enero de 1897 arremete de nuevo contra el matrimonio en un artículo que desemboca a una especie de relato breve o cuento (muy habitual en Martínez Ruiz). La historia, muy sencilla: Hombre conoce a mujer en un tranvía. Se enamoran. Se casan. Y surgen los problemas. De ahí la reflexión de Martínez Ruiz sobre el amor libre, ya que en la vida debemos amar distinto y varias veces, disfrutando de nuevas experiencias.

Solo que hicimos una cosa que no debimos hacer: jurar ante la Iglesia y ante el Estado que nos querríamos siempre. ¡Siempre! Eso creíamos y eso soñábamos nosotros en aquellos días de amor. Y efectivamente, no he sentido en mi vida afectos tan intensos como en aquellos momentos, cariño, tan grande como entonces experimenté. Y poco a poco fue apagándose aquel fuego, y poco a poco fue pareciendo ante nosotros más angustioso el juramento de querernos siempre, ¡como si la variedad no fuera ley de la vida, como si no fuera humano y justo el amar siempre y amar a distintos seres, viviendo con cada mujer vida distinta y gastando en ella nuevas energías!

El 23 de enero de 1897, Martínez Ruiz califica el matrimonio como una “institución profundamente inmoral” puesto que “mata el amor, y con el amor la libertad individual, la independencia para desbordar la vida en otros cariños, en efectos diversos; para vivir, en fin. Es brutal el matrimonio”.

Obligarse a tener siempre a nuestro lado a un mismo ser, a vivir siempre con él, a quererlo en todos los momentos, a ver siempre sus ojos, y oírle hablar siempre, y siempre asistir a sus mil detalles de la prosa diaria, me parece tan absurdo como abonarse a un restaurante a comer todos los días –siempre- un mismo manjar. No es la vida la uniformidad, la diaria monotonía de una misma cosa. Ama el hombre –hombre y mujer- la variedad, el cambio, la lucha con nuevos obstáculos, el placer de nuevas pasiones, el gasto de nuevas energías en esfuerzos nuevos.

Incluso asegura Martínez Ruiz que el matrimonio, su hastío, es causa de la infidelidad: “Y de ahí el adulterio –afán de la mujer ingenua, no profesional del placer físico, de encontrar en otro hombre la poesía que en el suyo no halla”. “Voto por el amor libre, por la desaparición del matrimonio”, afirma contundente.

Muy avanzado para su época, Martínez Ruiz pide la presencia de una mujer independiente, con la misma formación que el hombre, o las mismas oportunidades en educación que el hombre, y que le permita esa independencia económica:

Yo no sé si es posible; declárase independiente en este punto quien quiera, y continúe esclavo quien le plazca. Yo voto por el amor libre y espontáneo; por la independencia de la mujer, igual al hombre en educación y en derecho; por el placer de las pasiones sinceras; por el goce pleno de la Naturaleza, maestro de la vida...

El 10 de enero ataca a la religión, a los sacerdotes, por su apetencia sexual y gula, pecados capitales:

(Pasa junto a los reverendos una gallarda moza, con menudo paso, airosa, incitante).

El P. Leonardo- ¿No es esa, P. Leonardo?

El P. Mateo- Esa es, P. Mateo.

El P. Leonardo- Aún no... pero caerá.

El P. Mateo- Fuerte es la niña.

El P. Leonardo- Fuertecilla.

El P. Mateo- Creo que el marido es un bárbaro. ¡Cuidado, P. Leonardo!

El P. Leonardo- No hay miedo, P. Mateo. Si a las buenas no quiere, ya le conven(ceré).

Martínez Ruiz continúa en su anarquismo más duro y agresivo, y en estos mismos términos se mueve el 18 de enero de 1897, cuando en "Crónica" ataca a la inquisición.

¿Dónde se aplican horribles tormentos a los procesados? ¿Dónde se les hace comer bacalao sin darles agua para aplacar la sed, y se les aplica hierros candentes en las nalgas, y les arrancan las uñas, y les retuercen los testículos, y les hacen correr horas y horas azuzados por el látigo del sayón? ¿Dónde se cometen atrocidades tan inauditas, que dejan pálidas las que pueden haber cometido los inculpadados, y que fomentan, en vez de aplacarla, la lucha abierta entre una mayoría privilegiada y una minoría de esclavos?

La Inquisición no ha sido abolida aún entre nosotros.

¿Qué es la llamada ley de represión del anarquismo sino un procedimiento digno del Santo Oficio?

Propio de su ideario anarquista, el 7 de febrero de 1897, Martínez Ruiz derriba la idea de patria:

¿Qué es la patria? No es la comunidad de intereses, que no la hay ni puede haberla donde proteccionistas luchan contra librecambistas, donde el agricultor batalla contra el industrial; no es la comunidad de lengua, que no la hay en naciones donde existen vivos dos o tres idiomas, como existe en España el catalán y el vascuence y el castellano; no es la comunidad de raza, ni la comunidad de tradiciones -¿qué hay entre nosotros de común, entre el pasado de un catalán y el

de un andaluz?- no es nada de esto. La patria es un prejuicio; pedir su engrandecimiento es pedir la decadencia de los otros pueblos, es limitar la esfera de la solidaridad, es ver en el extranjero, como los romanos veían, el enemigo.

Tal y como se ha anotado en líneas anteriores, y de igual modo que en algunos pasajes de sus libros (véase capítulos de *Bohemia* o *Charivari*), a partir de la producción periodística de José Martínez Ruiz es posible reconstruir su trayectoria biográfica no exenta de altibajos. Lo que es plenamente visible en estas mismas publicaciones del periodista alicantino en *El País*.

Así ocurre en el artículo del 21 de diciembre de 1896, donde los sentimientos y sensaciones de Martínez Ruiz suelen camuflarse en una pequeña historia, en un relato donde la aparente ficción se asemeja mucho a la realidad, cuando nos presenta a un periodista-articulista en crisis fatigado por las continuas luchas a las que tiene que hacer frente: “Y pasó el tiempo; y rodó de redacción en redacción; y luchó con editores usureros que le robaron su trabajo. Y el mundo no fue suyo, ni la aureola de la gloria envolvió su cabeza de artista”.

Aquí, además, tal y como nos cuenta Martínez Ruiz, está clara su búsqueda de hacerse un hueco en las redacciones madrileñas, las de la capital, y ganarse un hueco entre los principales articulistas: “Pensaba en sus angustias diarias, en su tragedia; sentía un gran desfallecimiento que le ataba las manos y le impedía escribir. Se le había fugado la voluntad”.

Sabemos que es biográfico, además, por las pistas que nos da. Como cuando nos habla de su anhelada vega valenciana, que es su tierra. Y continúa con su desesperación, con su crisis de ideas, su esperanza se acorta... un sueño delirante: “No puedo más –decíame una noche que salía de la Redacción; -soy un cadáver andando. Vivo por el impulso adquirido, como un autómata”.

Esta situación precaria del oficio vuelve a criticarla el 30 de diciembre de 1896, cuando arremete contra los sueldos pobres o lo mal visto que está el oficio literario (de ahí su lógica insistencia por reponer el prestigio en la crítica literaria). “Porque aquí, en este país, no se puede vivir honradamente de las letras. Hay que mentir, hay que adular; es preciso hacer ruines papeles, incompatibles con la dignidad humana, y doblegarse ante mil imposiciones y exigencias”.

José Martínez Ruiz es un escritor y periodista de provincias que viaja a Madrid sin apenas recursos. Depende del dinero que le envíen sus padres (especialmente su madre, porque su padre no soportaba la idea de que hubiera abandonado los estudios de Derecho). Estos datos, que conocemos por la correspondencia epistolar con la familia, confirman la soledad y el abatimiento en el

que se encuentra ante una ciudad, Madrid, fría, triste y distante en aquellos momentos para el periodista alicantino. Sentimientos que Martínez Ruiz vuelca igualmente en su literatura, en su periodismo, ante los trazos biográficos del 4 de enero de 1897.

Yo detesto las ciudades modernas. No comprendo la vida en esas grandes poblaciones irreligiosas, ferozmente egoístas, en que el hombre vive indiferente al hombre, sin preocuparse de lo que pasa a la otra parte de los tabiques de su casa, ya sea la alegría simpática de una familia dichosa, ya los lamentos desgarradores de un niño torturado.

Echa de menos los campos alicantinos, los que ha visto y vivido en su infancia, en sus paseos por las casas rurales de la familia: “Yo suspiro por la vida del campo; yo suspiro por mi terreno alegre, riente, cubierto de una inmensa sábana de pámpanos verdes en el verano”.

Y también surge el concepto de “ciudades muertas”¹¹⁸, que será plenamente visible en obras posteriores como *La voluntad*:

Suspiro por la vida tranquila, reposada, profunda, en una de esas ciudades vetustas, con catedrales góticas en que la luz se cierne a través de cristales de colores, con calles solitarias, tortuosas; en una de esas ciudades históricas, muertas, en que no me pasa nada, en que el silencio atruena los oídos, en que obsesiona el grito de un vendedor que de tarde en tarde pasa por la calle, o el golpazo monótono de una ventana batida por el viento.

Respecto a esta línea de publicaciones, llama poderosamente la atención el uso y empleo de la primera persona, el “yo” que intensifica el artículo, que lo dota de fuerza, garra y energía para el lector, con continuas llamadas a él, para engancharlo y atraparlo.

Estos sentimientos, estas sensaciones lóbregas, de dolor y altibajos en el joven Martínez Ruiz, las introduce también por medio de historias (pequeños relatos) que bien por un escritor, bien por un libro, nos hablan de él mismo. Así, el 12 de diciembre de 1897, tras una breve historia de amor, escribe al final esta nota clarividente: “Ayer tarde, en el Retiro, intentó suicidarse D. J. M. R., periodista, disparándose un tiro de revólver. Afortunadamente el balazo solo le produjo algunas erosiones en la cabeza”. Martínez Ruiz quería suicidarse como Larra.

Dedicado a Clarín, su autor de referencia (de hecho, desde sus primeras colaboraciones, está entre sus publicaciones), escribe Martínez Ruiz el 15 de enero de 1897 “Odio”. Un artículo plagado de pasajes autobiográficos, donde se relata el malvivir de Madrid, la dificultad por buscar un oficio con el que ganarse la vida en

¹¹⁸ Lozano Marco, Miguel Ángel (2000), “Un topos simbolista: la ciudad muerta”, *Imágenes del pesimismo. Literatura y Arte en España 1898-1930*, Universidad de Alicante, Alicante.

las letras. Eso dentro de un ambiente rencoroso, inaccesible por momentos, repleto de malas artes. Y todo ello en la búsqueda de apoyos y respaldos (Clarín era uno de los autores de mayor renombre entonces), fundamentales para seguir escalando en Madrid y cuando se viene de provincias a finales del XIX.

Martínez Ruiz se desvivía por el periodismo, y estaba dispuesto a sacrificar mucho (y todo) por alcanzar un puesto entre los primeros articulistas de España. Y esa capacidad de sacrificio movía igualmente su pensamiento ante temas como el amor. De hecho, tal y como confiesa en el artículo del 20 de enero de 1897, el amor es para él un obstáculo, un muro más que se le puede presentar en su trabajo, en la posibilidad de seguir escalando hacia la gloria y la fama. Es el “suicidio intelectual”.

En los primeros meses de 1897, también podemos seguir por los artículos en *El País*, los contactos y coqueteos de Martínez Ruiz con las personas más influyentes del momento. De este modo, y a muy poco de comunicar su militancia en el Partido Federalista, Martínez Ruiz dedica unas líneas a Pi y Margall que nos dan la pista de su futuro camino ideológico.

Todo ello contribuye para que el periodista alicantino vuelva a asomar sus ideas, harto de la hipocresía política; y los periódicos explotadores y mentirosos.

Políticos chanchulleros; Diputados que viven de lo que les pasan los Ayuntamientos de sus distritos; periódicos que explotan la imbecilidad humana, y se venden al que más da, y niegan su auxilio a las causas de justicia, como *El Liberal* lo ha negado a los presos de Montjuich. Y tan explotador es para mí el patrón de una fábrica que asesina a sus obreros a fuerza de trabajo y de pagarles mal, como el periódico de gran circulación –“eco fiel” de la mentira humana- que contribuye a sostener los prejuicios de patria, religión, familia, matrimonio, etc....

Estos mismos contactos con intelectuales cercanos a Martínez Ruiz vienen a repetirse con Dorado Montero (catedrático de la Universidad de Salamanca, y quien fuera maestro y consejero suyo). Primero, el 4 de febrero de 1897, con palabras elogiosas (en un artículo que también vio la luz en *El Adelanto*, de Salamanca, el 10 de febrero de 1897): “Pedro Dorado es una de las inteligencias más claras, no de España, de Europa”, señala.

Y el 10 de febrero, sale en su defensa por una polémica entre Montero y el obispado de la ciudad:

Ayer a la salida de una de las clases de la Facultad de Derecho, un alumno leyó a sus condiscípulos un documento en que el Obispo de esta diócesis recomienda a los alumnos del sabio Catedrático de Derecho penal Sr. Dorado Montero que no asistan a la clase de éste, por conceptuar perniciosas y contrarias a la fe las doctrinas que explica en ella (...).

Hemos oído decir que el Padre Cámara ha salido para Madrid, y que su viaje tiene por objeto conferenciar con el Ministro de Fomento sobre el particular, no faltando quien espere que de la conferencia resulte algo desagradable para el señor Dorado Montero.

Infundada nos parece esta esperanza, pues el Ministro no desconoce que la libertad de Cátedra está garantizada por las leyes vigentes.

De Pedro Dorado, además, también habrá de aparecer en *Charivari*. Su llama, la del maestro anarquista que daba consejos al joven Martínez Ruiz, se mantenía viva: “No es un metafísico nebuloso; es un escritor de estilo vigoroso y limpio, de pensar sin nieblas. Sabe dónde va, y no siente desfallecimiento ni temores en su obra. Su lema es: Sempre avanti!”¹¹⁹.

De igual modo, entre todos estos pasajes biográficos de *El País*, se pueden incluso construir sus sueños y deseos por nuevas publicaciones (como el libro *Paisajes* que no vio la luz, y que anuncia en *El País* el 9 de febrero de 1897).

La crítica literaria y teatral son, por otro lado, otras de las líneas fundamentales del articulismo de Martínez Ruiz en *El País*. Escritos que, igualmente, marcan los intereses, las lecturas y las simpatías del joven reportero alicantino por autores clásicos o contemporáneos. De hecho, algunas de estas reseñas se dirigen fundamentalmente a ganarse apoyos (aunque Martínez Ruiz insista en la publicación que no le debe nada).

Yo no diré –perdón otra vez, lector amigo– que Blasco Ibáñez es el Pereda valenciano, como se ha dicho; porque creo que tiene personalidad propia y no necesita que se le parangone con nadie; lo que sí digo es que el autor de *Cuentos valencianos* –lo dice uno que no le debe favores– es un costumbrista de talento, y un literato de genio y laborioso como hay pocos.

El 16 de enero de 1897, en *El País*, resulta especialmente interesante el artículo de “Crónica” por criticar sin ambages una obra de Miguel de Unamuno:

Es un espíritu paradójico, inquieto, atormentado por la soledad de su retiro de las afueras de Salamanca; caótico, por la multitud de lecturas antitéticas y en lenguas diversas; hosco, agresivo a veces, por el apartamiento de la vida social y la visión de una sociedad en que las nulidades son exaltadas y los hombres de talento humillados. *Paz en la guerra* es un libro desordenado, con cuadros insignificantes, con diálogos enojosos y triviales. Como la mayoría de libros subjetivos –y en éste hay muchas páginas líricas–, tiene el defecto de ser incomprensible, de no producir la emoción, toda la emoción que el autor esperaba.

Esto nos da una idea de la independencia de Martínez Ruiz en sus artículos en *El País*, cuando critica a un autor de renombre como Unamuno de igual modo

¹¹⁹ Azorín (1897), ed. cit., págs. 142 y 143.

que realiza en otras ocasiones con Galdós, Pardo Bazán, Valdés o Clarín. Independencia y radicalidad anarquista que no frenan en absoluto las preferencias de Martínez Ruiz en sus lecturas donde tienen cabida los místicos y clásicos. Así lo señala el 22 de enero de 1897: “Suspiro por la transparencia de nuestros viejos autores; me encanta la claridad poética de fray Luis de León, como me encanta la Empidez Mariana”.

Respecto a la crítica teatral, Martínez Ruiz sigue el curso de sus anteriores colaboraciones, solo que aquí lo hace sin pseudónimo alguno (antes quería esconderse de sus padres, cuando en Valencia le dedicaba muchas horas a la escritura y pocas al Derecho). Por eso, un buen porcentaje de los artículos del periodista alicantino en *El País* están dedicados al teatro, y muchos con un formato original como el del 14 de diciembre de 1896 con “Los actores” (y que ya vio la luz el 24 de octubre de 1896 en *El Pueblo*, de Valencia, con el título “Bocetos independientes. Los actores para Colom”). Un diálogo, como suele hacer, cómico, irónico y crítico.

Un periodista entrevista a un actor (ambos sin nombre), y mientras este indaga sobre sus conocimientos, sobre el arte escénico y lo que depara el teatro, el actor contesta con las tardes de toros, las juergas y las risas, evidenciando su falta de conocimiento y preparación para el oficio de la interpretación. No coinciden en ninguna contestación.

Periodista. –En cuanto a ciertos prejuicios del teatro, usted supongo que tendrá el buen gusto de no admitirlos. ¿No habrá nada de aquello de dejar el sombrero y el bastón sobre una silla, al entrar, como si en la casa no hubiera perchas y bastonera en donde debe haberlas? ¿No mandará usted tampoco colocar a los dos lados de la escena los consabidos sofás, con la inevitable silla detrás?

Actor. –Ayer noche vi a la Peri en un palco. Le saludé y se sonrió... ¿Usted no sabe el jaleo que se armó el otro día en su casa, cuando fue la mujer de Flores a buscarle hecha un demonio? La bronca hace. ¡Figúrese usted la impresión del amigo Flores al ver entrar a su mitad! Un espectáculo; creo que han partido casa....

Historias similares, sobre el oficio y la crítica teatral, pueden leerse en otras colaboraciones como la del 18 de diciembre, en “El ocaso de una gloria” -también citado en *Charivari*¹²⁰-. Un artículo especialmente importante porque revela la sensibilidad de Martínez Ruiz en una primera parte con ataques a la nula preparación de los actores, a su escasa formación:

En nuestra patria no hay actores. Los que quieren serlo no observan, no estudian las costumbres, las escenas de la calle; no se enteran del

¹²⁰ Azorín (1897), ed. cit., pág. 128.

movimiento científico. Hablarle a un cómico español de Mantegazza, de Piderit, de Dumont, es como hablarle de los habitantes de la luna, como querer reírse de su persona.

Y después de todo... quizás tengan razón. ¿Para qué leer librotos extranjeros? ¿Para qué entretenerse hojeando revistas en la soledad del gabinete, lejos del bullicio del café, de las tertulias, en que se aquilatan los méritos del Guerra y se comentan los detalles de juergas y crímenes?

En cambio, la segunda parte, nuevamente delimitada por Martínez Ruiz con fina sensibilidad, reconduce la historia y relata cómo el actor ha terminado en un teatro de tercera, con el peor de los públicos. Si líneas atrás citábamos la presencia de los místicos o clásicos, que también del paisajismo y las descripciones, ahora se presenta la alineación de sensibilidad y sensaciones que ya aparecen en este primer Martínez Ruiz:

Por eso aquellos aplausos que en su beneficio recibiera, al mostrar por última vez un destello de su genio, me llegaban al alma, y pensaba silencioso en mi butaca en las tristezas de una vida de penalidades y angustias, después de los tiempos esplendorosos de bienestar y adulación....

Hasta los pequeños detalles son relevantes para Martínez Ruiz, como el artículo del 22 de diciembre de 1896, hasta ahora inédito y oculto en las páginas de *El País* (no aparece en la guía de Fox y otros libros de estudiosos azorinianos), cuando el periodista alicantino se pregunta hasta por el error de llamar al centro de formación de actores como la Escuela de Declamación.

Me parecía un error imperdonable el calificativo. ¿Enseñar a declamar, a cantar los versos, a hacer de tenor o tiple en un drama? La declamación es la antigua manera de representar, el arte falso, ampuloso, artificial; lo antiartístico, en una palabra. Hoy ningún actor regular declama (y claro que no se habla de los cómicos españoles que, salvo poquísimas excepciones, no saben ni siquiera mover las manos en la escena). Hoy ni Coquelin, ni Novelli, ni la Shara, ni nadie declama.

Y, a todo este número de cuestiones sobre la escena teatral, por supuesto no escapa a Martínez Ruiz el “endiosamiento” con el que se está topando con determinados críticos cuando el 23 de diciembre de 1896 ironiza sobre este mismo asunto:

Él era un dios, yo un humilde creyente, que no se atrevía a llegar al tabernáculo. Sin embargo, una noche llegué. Sí; muy despacio, con mucho respetuoso temor fui acercándome a la butaca donde estaba sentado, y alargando la mano, como quien comete un sacrilegio, le toqué con el dedo índice el ala de su sombrero de fieltro. ¡Qué emoción la mía! No sé si me santigüé, no sé lo que hice; pero ¡qué emoción!

Sus crítica teatrales, especialmente contra actores de renombre como Antonio Vico, tampoco pasaron desapercibidas. Así lo afirma Martínez Ruiz el 8 de enero de 1897 cuando anota las reacciones de la compañía de Vico cuando se encuentran con el periodista alicantino. Estuvieron a punto de llegar a las manos:

Celebro que un periodista distinguido –por sus despilfarros de adjetivos y por su ingenio- haya dicho del actor Sr. Vico lo que escrito queda en el número-almanaque de un popular semanario.

Por decir yo eso mismo me “ovacionaron” delirantemente en el teatro de Novedades los dependientes de su compañía:

(...) -¡Es usted un canalla!-gritaba uno.

- ¡Un indeciento!- borreaba otro.

-¡Le rompo a usted la crisma si vuelve a escribir en *El País!*-chillaba el más agresivo.

Y yo:

-Gracias, gracias amigos.

Este incidente también lo relata José Martínez Ruiz en *Charivari*¹²¹, en fecha de 20 de diciembre, donde nuevamente se retroalimentan su periodismo y obra literaria:

Los dependientes del teatro de Novedades, el corralón de la plaza de la Cebada, donde Vico trabaja, o hace como que trabaja, me han armado un escándalo terrible por mi artículo. Me querían pegar, pero afortunadamente la cosa no ha pasado a mayores.

Estas críticas teatrales de Martínez Ruiz también desatan reacciones dentro del seno de *El País*, en lo que concierne a A. J. Pereira, crítico teatral del diario de Lerroux. Así, en su columna de “Los teatros”, y en clara alusión al periodista alicantino, señala: “No gusta el modesto autor de estas líneas de extremar los juicios, ni de emitir duros conceptos: pero, esto no obstante, tampoco es de su agrado afecta temor para decir la verdad”.

Reacciones que ocurren igualmente con Bonafoux, quien el 16 de enero de 1897, en su “Crónica para *El País*”, respalda la actitud virulenta de Martínez Ruiz, reaccionaria contra todo y contra todos. Una radicalidad que le está ganando adeptos, también enemigos, pero muchos más admiradores de su sinceridad periodística. Por ello, afirma Bonafoux:

Como me intereso verdaderamente por Martínez Ruiz, siento verle dedicado a tales censuras, que, después de todo, son... sermones en desierto. Para medrar en Madrid, amigo mío, hay que ser, ante todo, imbécil y rutinario, y después lacayo de Ministro o exministro, que tanto

¹²¹ Azorín (1897), ed. cit., pág. 129.

monta, viviendo notoriamente pegado a sus faldones y no permitiéndose ni respirar sin consultarlo con el amo.

Por último, en unos pocos artículos finales de *El País* de Martínez Ruiz, que hemos aprisionado bajo el epígrafe de “protesta social”, efectivamente el periodista alicantino ejerce un papel de defensor de derechos sociales y humanos. Un rol que puede entenderse separado de su ideología anarquista. Se trata, pues, de un Martínez Ruiz que se moviliza (en sus artículos) contra las injusticias o causas injustas; contra la pena de muerte; y por la independencia de la mujer en un mundo (finales del XIX) donde la clase femenina carece de libertades.

El artículo de “La Ley”, del 28 de enero de 1897, es la denuncia de una injusticia social. Publicación que, por cierto, se reprodujo según Juan Rana en *Le Rappel*, de París.

Esta es la historia de una mujer que sufre el abandono de su marido cuando se queda embarazada. Ella trabaja duro para llevar la familia adelante hasta que conoce al que ahora es su amante y se van a vivir juntos. Todo es felicidad hasta que llega él (el padre) y reclama la niña.

Ya no hubo felicidad en la casa, sino preocupación constante del problema planteado, lucha desesperada para que el padre no se llevase la niña, que no era su hija, porque no podía ser su padre quien tan sólo se preocupara de engendrarla por el placer, abandonando luego a la madre. No era su hija; lo era del otro, que no la había engendrado, pero que la educó, formando su voluntad para el trabajo y su inteligencia para la verdad y el bien.

Y llega la injusticia con la sentencia del divorcio que fija visitas para el padre, quien aprovecha este momento para secuestrar a la niña. La madre no la volvió a ver nunca más.

El 1 de febrero de 1897, “Idilio”, Martínez Ruiz se opone rotundamente a la pena de muerte mediante la construcción del relato de un condenado. Un artículo también influenciado por sus conocimientos y lecturas que años después deparará su estudio (que también tesis doctoral) *La sociología criminal*.

Moría cuidado en sus últimas horas como una res de la que se esperan buenas chuletas, rodeado por el afecto hipócrita de la sociedad que lo asesinaba, por el cariño de sus “hermanos” que le ponían un dogal al cuello y apretaban hasta ahogarlo. Pensaba en esto confusamente el reo, y mirando obstinadamente el Cristo que tenía delante, le daban ganas de levantarse y escupirle a la cara.

El 14 de febrero de 1897, en “Crónica”, Martínez Ruiz se pone de lado de Belén Sárraga, feminista del Partido Republicano Federal. Respalda sus argumentos, se suma a sus palabras, y reclama un papel de la mujer activo en la sociedad, no dependiente del hombre (difícil, por otro lado, en una sociedad

machista del XIX), y donde el periodista alicantino defiende los derechos de las mujeres en su rol feminista en cuestiones como la educación o la separación de sexos en las escuelas.

Yo también, como usted, señora, deseo la independencia de la mujer; yo también, partidario entusiasta de las ideas que en Francia propagan con tanto tesón, y en libros recientes, Jules Bois y Leopold Lacour, ansío que acabe la esclavitud de quien debe ser igual al hombre.

Y esa esclavitud no acabará mientras no desaparezca ciertas instituciones; mientras no desaparezca, al menos en su forma actual, el matrimonio, “lazo indisoluble” que acaba con la autonomía de dos seres, que condena a vivir siempre unidos a dos seres que pueden continuar queriéndose durante toda la vida.

También Martínez Ruiz pide igualdad en la educación de la mujer como la del hombre; y reclama que no se lleve a cabo la separación de sexos en los colegios como se materializa en Francia, a diferencia de lo que se está produciendo en los centros religiosos de España.

***Ciencia Social*, anarquismo de Martínez Ruiz en Argentina**

El 4 de abril de 1897, *El País* informa que José Martínez Ruiz publica en *Ciencia social*. Sin apenas datos (la administración está firmada en Buenos Aires), señala que es una continuación del mismo título que se publicaba en Barcelona. Un diario también anarquista que “viene simplemente a defender y propagar la verdad, la justicia y la belleza” donde los escritos de Martínez Ruiz vuelven a tener eco en el extranjero como ya ocurrió en Montevideo con *La Idea Libre*, o Nueva York con *Despertar*.

Algunos de estos ejemplares de *Ciencia Social* se revisaron por el archivo existente en páginas anarquistas de Argentina (Federación Libertaria) donde se facilita en archivos electrónicos la colección de julio de 1898 a 1900. Sin embargo, sí fue posible localizar los primeros números (del 1 al 12 de 1897-1898) en la Bibliothek der Friedrich-Ebert-Stiftung (Bonn) vía servicio del préstamo interbibliotecario de la Universidad de Alicante.

Ciencia Social se publicó desde abril de 1897 hasta 1901. Fue dirigida por Fortunato Serantoni y se publicaron artículos de William Morris, Eliseo Reclús, S. Faure, Malatesta, J. Grave, C. Malato, Altair, J. Molina y Vedia. F. Basterra, J. Creaghe, Miguel de Unamuno, entre muchos otros.

En la revisión de documentos, y tal como anuncia *El País*, en el ejemplar de enero de 1897 de *Ciencia Social*, colabora Martínez Ruiz con el artículo “Apuntes”, inédito hasta ahora (no aparece en la guía de Fox, aunque sí vio la luz por primera

vez en *El Pueblo*, de Valencia, el 25 de octubre de 1896 bajo el título de “Bocetos independientes. La limosna”).

El periodista alicantino parte de la lectura de un libro de sociología para aportar distintas reflexiones sobre la violencia derivando en ideas rupturistas con el anarquismo como pieza central:

Cuando los de arriba usan de la fuerza para mantener un estado de cosas irracional, para perpetuar la desigualdad entre los miembros de una familia a quienes la Naturaleza hizo iguales, justo y lógico es que los de abajo apelen a los mismos medios para librarse de la esclavitud. ¿Qué motivos hay para que sea lícito en unos lo que en otros es ilícito?

Si se condena la violencia, si se condena la conquista de la dicha para todos por medio de la fuerza, condénese también la fuerza que mantiene, a pesar de la protesta diaria de los que sufren, un organismo social basado en esa misma fuerza.

Seamos lógicos y no anatematicemos procedimientos necesarios en tanto que la injusticia exista sobre la tierra.

Y dentro de estos “apuntes”, arremete igualmente contra el ideal de patria, religión y matrimonio (como ha venido argumentando en sus artículos de *El País*).

La patria es un prejuicio; pedir su engrandecimiento es pedir la decadencia de los otros pueblos, es limitar la esfera de la solidaridad, es ver en el extranjero, como los romanos veían, el enemigo.

Se sostiene por la fuerza y de la fuerza vive. Como así vive y se sostiene la religión por el influjo de la superstición –miedo a lo desconocido-, por el temor en los ingenuos a castigos de ultratumba, por conveniencia en los avisados de sostener tan firme columna del orden.

Y lo mismo del matrimonio –propiedad de una mujer-, que se tiene como se tiene una máquina; exclusivismo del goce sexual en determinada hembra; institución que se mantiene por la fuerza, y por la fuerza se hace por la mujer, comprometida para siempre, no quiera a nadie más que a su esposo legal, y a él reduzca todos sus amores, todas sus pasiones.

Martínez Ruiz es consciente que subsanar todo este proceso es imposible con una sola revolución, pero pide reacción y actuación porque, de no ser así, “seríamos entonces cómplices de los tiranos y auxiliares de los falsos radicales que predicán la muerte de la revolución”.

Y se dirige y retrata a las víctimas de esta sociedad:

Pensaba, pensaba en estas cosas y por mi cerebro pasaban as imágenes de los desheredados, de las víctimas; y veía a una legión de obreros, pálidos, ojerosos, inclinados sobre las cartillas, escribiendo sin cesar, difundiendo la verdad por todas partes, consumiéndose poco a poco por la fiebre del trabajo mental. Y veía a los que consagran su vida a la madre Tierra y viven encorvados sobre el surco, y a os que

dejan la vida en las galerías de las minas y mueren aplastados por las moles de tierra.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

8. Dos artículos de la prensa nacional en la tierra natal de Martínez Ruiz: *De El País a La Correspondencia de Alicante y El Liberal*

La propiedad intelectual de los artículos periodísticos era una quimera a finales del XIX. Especialmente en tiempos donde los sueldos periodísticos eran miserables, y donde el oficio de la prensa no era ni mucho menos protegido por empresarios o el gremio de reporteros. Así, los escritos de los articulistas solían plasmarse y difundirse de un lado a otro sin exclusividad ni remuneración extra que valgan.

Este fue un fenómeno frecuente en la mayoría de autores e intelectuales de la época y, cómo no, también lo fue para José Martínez Ruiz. Especialmente en lo que atañe a sus artículos con una fuerte repercusión en la prensa nacional, de Madrid, cuando sus escritos de *El País* estaban en boca de corrillos y cafés (su virulencia anarquista impresionó notablemente). De ahí que, con frecuencia, estos artículos rebotaran en la prensa alicantina, la de su tierra, donde su firma ya era muy conocida.

Esto fue lo que ocurrió en casos como *La Correspondencia de Alicante*, del 9 de enero de 1897, donde se plasma el artículo “Boceto. Envidia”, con firma de J. Martínez Ruiz, inédito en los papeles de E. Inman Fox aunque cabe recordar que este escrito ya fue publicado primeramente en *El País* (7 de enero de 1897). El ejemplar se ha extraído del servicio de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura.

La colección de los archivos de Alicante y provincia es, según la guía del profesor Moreno Sáez¹²², del 23 de enero de 1877 hasta el 30 de junio de 1898 (con ausencias importantes en distintos números). Vía el servicio de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura, de 1890 a 1897 solo hay disponible un ejemplar, sin rastro de Martínez Ruiz, si bien *La Correspondencia de Alicante* alcanza por este medio de consulta hasta 1918 (con vacíos y huecos en varias de estas etapas).

La Correspondencia de Alicante, “diario de esta capital de noticias y de avisos. Eco de la opinión y de *La Correspondencia de España*”, se publica en Alicante en castellano. De tirada diaria, lo dirige Rafael Campos y Vassallo. Cuenta como colaboradores habituales a Luis Taboada y Joaquín Dicenta (hay muchos más) y, suministrados por agencia, Anatole Frane, Tolstoi o Alejandro Dumas, entre otros escritores.

Otro caso similar al de *La Correspondencia de Alicante* es el de *El Liberal*, donde se reimprime el 30 de mayo de 1897 el escrito “Una mujer”, ya aparecido el 5

¹²² Moreno Sáez, Francisco (1995), ed. cit., págs. 174-178.

de diciembre de 1896 en *El País* (donde se le agrega el subtítulo y quedó así, “Una mujer. Fantasía”). Un registro que, en cualquier caso, tampoco fue recogido por el profesor Fox en su conocida guía.

La colección de *El Liberal* es desde el número 1 (2 de enero de 1886) al número 3.786 (del 29 de diciembre de 1898) con numerosos cortes y ejemplares en muy mal estado en todo este tiempo según lo publicado por Moreno Sáez¹²³ en lo disponible en los archivos de la provincia de Alicante (Hemeroteca Pública Provincial; Biblioteca Gabriel Miró de Alicante; e IAC Juan Gil-Albert). Desde 1886 a 1907 –con cortes entre 1886 y 1897–, se puede consultar digitalmente vía Prensa Histórica del Ministerio de Cultura.

El Liberal, de Alicante, surge en 1886 como diario cercano y posteriormente órgano oficial del Partido Liberal que dirigía Práxedes Mateo Sagasta a nivel estatal y que en la provincia comandaban Rafael Terol y Alberto Ganga Bru. En 1897 figura como director Francisco Figueras. Sin embargo, según Isidro Albert, el director era Enrique Arroyo y Rodríguez, el cual nombró director en marzo de 1898 a Francisco Guardiola Ortiz, según datos recogidos por Moreno Sáez en su libro. Según el propio diario, era el más vendido en Alicante, pues triplicaban al que le seguía en ventas, *El Graduador*.

Martínez Ruiz figura como colaborador, fuera de la plantilla de redactores y articulistas habituales del medio, según el libro de Moreno Sáez. En cualquier caso, se encontraron varios recortes en el archivo de Azorín en su Casa-Museo en Monóvar, lo que indicó su interés por este diario.

¹²³ Moreno Sáez, Francisco (1995), ed. cit., págs. 266-284.

9. Expulsión de *El País*. Entrada en *El Motín*, de Nakens, y publicación de *Charivari* y *Bohemia*. Artículos en *Nuevo Mundo*

Todas las críticas y controvertidos artículos de Martínez Ruiz en la cabecera de Lerroux le granjearon infinidad de enfrentamientos (no solo en el teatro con la compañía de Vico) sino también con numerosos lectores más moderados dentro del espectro del Partido Republicano que no cesaban de enviar cartas a diario (de lo que da testigo Martínez Ruiz el 14 de febrero de 1897 en *El País*). De ahí su despido y su marcha forzada del diario de Alejandro Lerroux, hasta que fichó poco después por Nakens:

Sobre esto he hablado aquí ya en otra ocasión, y he tenido el honor de que algunos lectores se me echaran encima –metafóricamente hablando, señora- y protestaran en nombre de la moral agraviada. “Eso es una vergüenza” –decía uno en carta anónima, por supuesto. “¡Qué escándalo!” –exclamaba otro; -y un tercero, igualmente anónimo: “O está usted loco o es usted muy desgraciado con su mujer”. Y crea usted, estimable compañera de oficio, que yo podré estar loco, pero lo que es mujer no tengo.

Efectivamente, toda esta carga de crítica, sinceridad e intensidad que va incrementándose en los artículos de Martínez Ruiz precipitan su despido y marcha de *El País*. Por eso, a mediados de febrero de 1897, ya escribe para *El Motín* de Nakens, aunque su libro *Charivari* (que publica por estas fechas) incendia el ambiente cultural y literario de la capital.

De este modo, el 2 de mayo de 1897, en *El País*, Bonafoux le reprende esta actitud, este “ajuste de cuentas” de su último libro: “y el mismo Nakens acoge ahora a Martínez Ruiz, cuyo *Charivari* es para la juventud actual lo que el hierro candente para la úlcera gangrenosa... Rían otros leyendo ese libro, que a mí me dejó muy serio”.

El despido de *El País* también queda anotado en las páginas de *Charivari*¹²⁴, cuando Martínez Ruiz cuenta que:

Esta noche en *El País* me ha llevado Fuente a un rincón y después de una preparación laboriosa –completamente inútil, puesto que yo ya veía venir el golpe hace días- me ha dicho que no puedo seguir escribiendo mis crónicas, porque los suscriptores se quejan de mi independencia de la pluma... que convenía dejar transcurrir algún tiempo... que... Lo que yo no sabía es que ayer salió un suelto en la edición de provincias diciendo que se prescindía de mi colaboración por mis opiniones sobre el matrimonio y la propiedad.

¹²⁴ Azorín (1897), ed. cit., págs. 140 y 141.

Martínez Ruiz detalla su travesía y curso en el periodismo madrileño en *Charivari* abarcando desde su ingreso en *El País* hasta su despido debido a la “independencia de su pluma”¹²⁵ y a la agresividad y radicalidad de sus artículos contra la iglesia, la sociedad política y cultural y su defensa del amor libre.

El libro, una especie de diario personal que la crítica especializada ha valorado como un ajuste de cuentas del periodista monovero, hay que entenderlo además como una prolongación del desencanto periodístico que viene sufriendo Martínez Ruiz desde largo tiempo en sus inicios literarios cuando se encuentra con una prensa que no está acorde con su pensamiento.

De este modo, en *Charivari*, José Martínez Ruiz dedica a *El País* y sus compañeros toda clase de vituperios, propios de su malestar con el oficio y la dudosa capacidad de sus profesionales. Así, no entiende que el diario acepte cartas de los lectores “sin ortografía ni sintaxis”; reprueba las carencias formativas del crítico del periódico, Pereira¹²⁶, como la del periodista Ricardo Fuente; informa sobre la omisión y no publicación de un artículo-cuento, por lo que deja en el aire la terrible mano de la censura; y sigue recriminando la pereza y holgazanería que reina en algunos redactores; la lentitud pasmosa para elaborar una noticia en otros; y la falta de ideas “en el estilo pedestre y campanudo de los periódicos republicanos”¹²⁷.

Es más, Martínez Ruiz menciona sin tapujos en *Charivari* el trato que ciertos medios dispensan a colaboradores como Fray Candil, cuando *La Correspondencia de España* se opone a su opinión en determinados escritos: “Pues bien, otros, por el nombre y por... el pan, se hubieran plegado a ciertas exigencias y hubieran escrito a gusto de los patronos. Fray Candil, no”¹²⁸, aclara.

Nuevamente, en *Charivari*, Martínez Ruiz pone de manifiesto su dominio de la prensa internacional (alude a la revista inglesa *Freedom*, o *L’Humanité Nouvelle*, de París, sucesora de *La Société Nouvelle*, de Bruselas). Y no olvida a referentes como Cavia (al que ve escribir en *El Imparcial*¹²⁹ desde su casa) así como otros autores como Valle-Inclán, Clarín, Benavente o Taboada en el libro.

¹²⁵ Azorín (1897), ed. cit., págs. 139.

¹²⁶ Ibid., pág. 138.

¹²⁷ Ibid., pág. 131.

¹²⁸ Ibid., pág. 126.

¹²⁹ Ibid., pág. 133.

De hecho, por *Charivari*, de igual modo que ocurre en la crítica teatral de *El País*, despedaza obras como *El señor feudal*, de Joaquín Dicenta, al afirmar que está escrita deprisa, sin observación ni realidad¹³⁰. Y lo prueba demostrando la escasa veracidad de los agricultores que aparecen en la obra, con tareas fantásticas, que no son propias del oficio¹³¹ (Martínez Ruiz, aquí, de nuevo, pura exactitud periodística, denunciando un teatro que no está acorde con su tiempo). Fórmula que repite con el relevante *Juan José*, también de Dicenta, donde asegura que no hay nada de revolucionario en su personaje principal, Jaime. Y, en este sentido, también Martínez Ruiz desprecia al escritor alicantino entre acusaciones personales de golfo, borracho, infiel (asegura que se ha acostado con la querida de Julián Romea¹³²) y le define como mujeriego¹³³ (“Dicenta es casado, pero está separado de su esposa... Vive, no en casa de su madre, a la que idolatra, sino con su querida –Amparito, una sevillana-, y con toda la familia de su querida”).

Con Unamuno, que también aparece en *Charivari*, hay una franja de respeto y admiración, pero además de crítica (como ocurre igualmente en páginas de *El País*). Ambos ya se conocían de Salamanca, de las visitas de Martínez Ruiz a su maestro Dorado Montero. “Miguel de Unamuno me es simpático; entre él y yo encuentro semejanzas de vida. Él, frío, retraído, alejado del trato social en su retiro de Salamanca, leyendo montañas de papel; escribiendo como una máquina como yo...”¹³⁴.

Y tras los halagos, en el espíritu de contradicción habitual de Martínez Ruiz (y propio de cualquier intelectual), agrega a continuación:

Pero hay en Unamuno cosas que no me gustan; no me gusta su nebulosidad, su incerteza de ideal filosófica, su vaguedad de pensamiento... Para ser socialista, como él pretende serlo –no socialista revolucionario, que no llega a tanto a pesar de su colaboración en *Ciencia social*- para ser socialista hay que mirar más alto y ver más en concreto, tener más fe, tener más tesón del que Unamuno tiene.

Estas últimas palabras conectan con la colaboración de Martínez Ruiz en *El Productor*, de La Coruña, con “La explotación del socialismo”. Y es que para el

¹³⁰ Azorín (1897), ed. cit., págs. 129.

¹³¹ Ibid., pág. 130.

¹³² Ibid., pág. 136.

¹³³ Ibid., pág. 131.

¹³⁴ Ibid., pág. 127.

joven reportero alicantino de ideología anarquista, el socialismo solo se entendía desde el salto a la revolución y nunca desde sus derroteros moderados.

Según Manuel Pérez López¹³⁵, José Martínez Ruiz y Unamuno se conocen en Salamanca, donde el alicantino trasladó su expediente universitario desde Valencia para sacar la carrera de Derecho. Son datos que, por otro lado, viene a confirmar *Charivari*: “He visto a Unamuno en la librería de la Fe... le conocía ya de Salamanca”. En *Madrid*, Azorín confiesa tener varias cartas y una fotografía con la siguiente dedicatoria: “A J. Martínez Ruiz, con un abrazo de su amigo Miguel de Unamuno. Salamanca. 30-V-1897”.

Las reacciones a *Charivari* fueron múltiples en la prensa española. Así, en la cómica *Juan Rana*, según la consulta por el archivo digital de la Hemeroteca Municipal de Madrid (Centro de Memoria), el 13 de mayo de 1897 le dedica el editorial a Clarín y Martínez Ruiz. De uno (de Clarín), le critica por elogiar a Martínez Ruiz por su *Charivari*; del otro, de Martínez Ruiz, por plagiarse de Daudet en su obra.

El intercambio de adulaciones entre Clarín y Martínez tampoco causaron buen efecto en Ramiro de Maeztu, quien el 4 de enero de 1898, en *El País*, publica una “Carta íntima” por estos “bombos mutuos”. Especialmente cuando en enero de 1897, tal y como cuenta Martínez Ruiz en apuntes autobiográficos en *Charivari*¹³⁶, se entera de la reseña adulatoria y elogiosa en páginas de *La Saeta*, de Barcelona, del 7 de enero de 1897:

Un amigo me dice:

-¿Ha leído usted *La Saeta*, de Barcelona? Clarín habla de usted en su Paliqúe.

Salgo a comprar *La Saeta*.

Efectivamente, Leopoldo Alas habla de mis artículos de *El País*, no en son de censura, de elogio. Agradezco profundamente al maestro sus palabras y le escribo manifestándoselo así. Ha sido esta una de las emociones más gratas de mi corta vida de periodista.

15 de enero: -Carta de Leopoldo Alas:

Nada tiene usted que agradecerme. He escrito lo que sentía. Mucho celebraré que usted continúe por el camino de las buenas letras, a que creo que está usted llamado. Y Dios le preserve de buscar originalidad, que para ser verdadera ha de ser espontánea; y más de buscarla en la

¹³⁵ Pérez López, Manuel (1974), *Azorín y la Literatura Española*, Universidad de Salamanca, Salamanca, pág. 220.

¹³⁶ Azorín (1897), ed. cit., págs. 132 y 133.

falta de respeto, y en la afectación de ir contra la corriente, porque sí, en gustos, ideas, sentimientos y actos. Como observa bien Tarde, en un reciente estudio filosófico, es un modo moderno de ser vulgar, el empeño de ser de la minoría, de ser excepción, de ser oposición.

Llegados a este punto, no es una sorpresa la relación y defensa de Clarín y Martínez Ruiz que lleva produciéndose desde hace ya varios años en artículos que seguirán mucho más allá (Azorín redactó dos escritos importantes el 17 y 18 de diciembre de 1912 en *ABC* titulados “Leopoldo Alas” y “Leopoldo Alas II” donde analiza sus libros debido a la publicación de sus obras completas).

El escándalo de *Charivari*, decíamos, fue de enormes proporciones. Hasta el punto de llevar a cabo el secuestro de la obra por parte del gobernador civil de Madrid (Peña Ramiro), según informa *El Liberal*, de Alicante, el 30 de abril de 1897 en una reseña firmada por Diana. Esta era, sin duda, la señal que definía el rotundo éxito de *Charivari* en la capital.

Mis temores se han realizado, el conde de Peña Ramiro, gobernador civil de Madrid, ha hecho que sus agentes se incautasen de la edición de *Charivari*, considerando lisa y llanamente la obra del Sr. Martínez Ruiz como uno de tantos libros pornográficos y atentatorios a los respetos que a la moral pública y privada son debidos. No me propongo analizar, ni mucho menos censurar, la medida que se ha servido dictar el señor conde de Peña Ramiro; no me propongo siquiera lamentarme de que al mismo tiempo que los ejemplares de *Charivari* desaparecen de los escaparates de las librerías.

Unos días atrás, el 25 de abril de 1897, también firmada por Diana con el título “Un libro”, en *El Liberal*, se realiza una reseña elogiosa a *Charivari*: “Martínez Ruiz es franca y resueltamente revolucionario en literatura; (...) lleva la guasa hasta el extremo de atribuir a Fuente y a Lerroux el proyecto de escribir un gran diccionario ideológico”

Debido a la polémica con *Charivari*, Martínez Ruiz regresó a Monóvar, no sin antes hacer una parada en Córdoba (donde era gobernador civil su lejano pariente el señor José Maestre, a quien dedica su obra *Literatura*).

Gómez de la Serna¹³⁷ desmiente en cambio que Martínez Ruiz estuviera huyendo:

Después de lanzar *Charivari* Azorín se va a Córdoba, no huyendo, como se ha dicho, sino porque era verano y porque estaba allí de gobernador su amigo José Maestre. Desde Córdoba se fue a Monóvar, donde se dedicó a leer, volviendo en otoño a Madrid, un otoño en el que se celebra la despedida del siglo con una representación de *Hamlet* en el cementerio de San Nicolás. Y muere el año 99, que es

¹³⁷ Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., pág. 110.

soplado por dos corrientes y se disuelve en un cerrar y abrir de ojos, entre estertores de agonía, entre rápidas apagaciones.

Bohemia

Respecto a las penurias del oficio, que Martínez Ruiz reconstruye con retratos de compañeros que adolecen de las cargas familiares con sueldos ruinosos y jornadas laborales desproporcionadas, el periodista alicantino hace especial hincapié en *Bohemia* (1897) cuando narra sus mismas vicisitudes ya que las ganancias del periodismo apenas le alcanzan para pagar la pensión y el sustento (solo se alimenta de pan, lo que origina algún leve desmayo).

Esta mañana iba hacia el Retiro con mi pan en el bolsillo, a comérmelo entre los árboles. Al pasar frente al Ministerio de la Guerra he sentido un desvanecimiento; se me iba la cabeza, y he andado algunos pasos haciendo eses como un borracho. Después he caído junto a la verja. A pesar de que apenas me daba cuenta de nada, he notado que se formaba un grupo de gente a mi alrededor, y me parece haber oído risas y que alguien decía: - No es nada... ¡Una curda!¹³⁸.

(...) No he podido renovar mi abono de 50 pesetas en el restaurante de la calle Montera. Sólo tengo tres duros; con ellos he de pasar todo el mes. ¿De qué modo? No lo sé; comeré lo que pueda... pan sólo. Creo que con pan puede vivir un hombre (...). En el periódico -órgano de la moralidad pública- no me han dado un céntimo. Trabajo todas las noches hasta las dos de la madrugada; escribo un rimerito de cuartillas sobre todo; es decir, fondos, noticias, telegramas, y hasta arreglo las cartas de los correligionarios de provincias que protestan -sin gramática- contra tal o cual arbitrariedad administrativa.

El libro cuenta con dos partes: una primera, a modo de diario personal (algo que ya hemos visto en *Charivari*) y, la segunda, de cuentos y relatos que reflejan sus pensamientos avanzados, que combina con la crítica y denuncia de una sociedad anquilosada que, en el oficio periodístico, solo le dan engaños, traición, falta de ayuda, injusticia, ataques e intento de machacarle...

Dicho esto, *Bohemia* es en otro orden de cosas el libro en el que Martínez Ruiz encierra buena parte de su producción periodística. Es su deseo, que le acompañará desde entonces siempre, de trasladar los artículos difundidos en prensa a una obra. Y se trata, pues, del intento por superar la vida efímera de las hojas volanderas, salvándose del paso del tiempo preservando así la calidad de los textos.

Toda esta deducción es sencilla atendiendo a los textos que componen *Bohemia*. El primero, "El Maestro", fue publicado en *Nuevo Mundo* el 23 de junio de 1897. El segundo, "La Ley", en *El País* el 28 de enero de 1897. El tercero, "El

¹³⁸ Azorín (1897), *Bohemia, Obras completas*, I, Aguilar, Madrid, págs. 293-297.

amigo”, en *Nuevo Mundo* el 28 de julio de 1897. El cuarto, “Paisajes”, en *El País* del 9 de febrero de 1897 (bajo otro título, “Crónica”, pero idéntico contenido). Quinto, “Una mujer”, en *El País* el 5 de diciembre de 1896, y *El Liberal*, de Alicante, el 30 de mayo de 1897. Sexto, “Envidia”, en *El País* el 7 de enero de 1897, y *La Correspondencia de Alicante*, el 9 de enero de 1897. Y solo el último, “La vida”, es inédito en toda la producción periodística de Martínez Ruiz hasta ese momento.

Y es “La vida”, en este sentido, otro capítulo con el que trazar la trayectoria biográfica de Martínez Ruiz. Y, para ello, basta con la lectura de estos pasajes literarios de Martínez Ruiz para adentrarse en sus sentimientos.

Así, en “Una vida”, el enfermo, paralítico, se siente angustiado en el pueblo, ante los reproches de su familia por “no pensar como todo el mundo” debido a su rebeldía, radicalidad e independencia. Y, ante su fracaso académico (ni abogado ni médico), su familia le reprocha que ha malgastado su fortuna, y no ha aprovechado su buena sesera. Su hermana le exige explicaciones por no seguir los consejos de su padre (la figura paterna siempre presente en Martínez Ruiz), y dice que será juzgado por el “de ahí arriba”. Pero el enfermo (así se sentía el periodista alicantino en la capital) no obedece y se suicida lanzándose desde el balcón al vacío.

Efectivamente, Martínez Ruiz se sentía como el protagonista de “Una vida”. Angustiado en el pueblo (Monóvar) ante los reproches de su familia ya que, Martínez Ruiz, es un periodista rebelde, radical e independiente (pensamientos que en absoluto aprueba su familia, de vida conservadora). Ante su fracaso académico (el mismo Martínez Ruiz abandona los estudios de Derecho en Valencia), su familia le reprende que haya malgastado su fortuna (el periodista alicantino vivía y se alimentaba de los fondos que especialmente le suministraba su madre). Las alusiones en el relato de “Una vida” a su padre delatan la importancia de la figura paterna en él, así como las religiosas al avisar que será juzgado por el “de ahí arriba”.

De este modo, en resumidas cuentas, está claro a todas luces las notas autobiográficas que desprende Martínez Ruiz en este capítulo final de *Bohemia*, también inédito en la prensa.

La primera edición de *Bohemia*, depositada en la Casa-Museo Azorín, está dedicada por el autor a Pérez Bernabéu, del partido Federalista de Monóvar. Valverde¹³⁹ afirma que *Bohemia* se publicó en otoño de 1897, pero Christian

¹³⁹ Valverde, José María (1971), *Azorín*, Planeta, Barcelona.

Manso¹⁴⁰ indica que es algo posterior, basándose en una reseña aparecida en *El Liberal* de Alicante.

El Motín

En esta línea del tiempo es cuando Martínez Ruiz ficha por *El Motín*, de José Nakens. Diario donde encuentra acomodo y vía libre para seguir pregonando sus críticas más ácidas, sus opiniones más radicales con tintes anarquistas, y sus opiniones subjetivas que también directas sobre crítica literaria y teatro.

El Motín, “periódico satírico semanal”, fue uno de las publicaciones satíricas más importantes del momento. Fundado por el periodista José Nakens (1841-1926), le acompañan en tal cometido el también periodista Juan Vallejo Larrinaga, que asumirá la dirección en su primera etapa, así como el destacado dibujante y caricaturista Eduardo Sojo (1849-1908) quien, con el seudónimo Demócrito, introducirá la caricatura anticlerical.

Sus páginas, a tres columnas, serán breves artículos, comentarios y noticias así como algunos versos en los que, junto a las caricaturas, destacará por su “anticlericalismo de brocha gorda” como representante por antonomasia de la prensa satírica republicana anticlerical, en palabras de María Cruz Seoane¹⁴¹.

Los artículos de *El Motín* han sido consultados en la Biblioteca Nacional de España (BNE) aunque también están disponibles en el tomo 3 de *Anales Azorinianos*¹⁴² y la guía de E. Inman Fox.

Martínez Ruiz da continuidad en *El Motín* a sus escritos virulentos. De hecho, su estreno sigue esta misma línea con “Boceto. Un cardenal”, idéntico artículo ya publicado el 28 de diciembre de 1896 en *El País*, y que sigue el modelo del también aparecido el 17 de noviembre de 1896 en *El Pueblo*.

“Teología”, del 20 de febrero de 1897, está dedicado a Urbano González Serrano, al que le unirá una gran amistad. Ambos sienten una gran admiración el uno por el otro, y esto mismo se puede comprobar por el artículo que le dedica el maestro krausista el 10 de marzo de 1897 en *El Globo*. Un artículo que era el prólogo que había preparado para su edición de *Pasión* (cuentos y crónicas) que iba a ver la luz por esos meses (aunque finalmente nunca se publicó).

¹⁴⁰ Manso, Christian (1983), “Un jalón olvidado en la carrera periodística madrileña de José Martínez Ruiz”, *Anales Azorinianos 1*, CAM, Monóvar, págs. 135-144.

¹⁴¹ Seoane, María Cruz, Sáiz, María Dolores (1996), *Historia del periodismo en España*, Alianza, Madrid.

¹⁴² Payá Bernabé, José (1985), “Ignorados artículos de Martínez Ruiz en *El Motín*”, *Anales Azorinianos 3*, CAM, Alicante, págs. 81-116.

El catedrático del madrileño Instituto de San Isidro trazaba en este “Prólogo” de *El Globo* un penetrante retrato de Martínez Ruiz en un doble aspecto: de un lado, la fisonomía moral del rebelde pensador anarquista:

Martínez Ruiz, con sus hábitos de solitario y asceta (ni bebe ni fuma), con desvío (que no llega al odio) reciente de las hipocresías y convencionalismos sociales, es (como dice él mismo de Fray Candil, con el cual tiene semejanzas muy acentuadas) un reflexivo y un poeta. ¿Misántropo? Quizá los sea, pero si se entiende que el odio es un amor traicionado y que odia, lo malo, lo injusto y sobre todo lo falso y lo hipócrita.

Y, sobre su faceta de escritor, donde “es partidario acérrimo de lo que siente como verdadero, y en cuanto escribe se nota la corriente nerviosa de la impresión personal que le conmueve”

Admira sinceramente a tres escritores, en los cuales descubre tal condición, a Clarín, Bobadilla y a Bonafoux. Es, como ellos, reflexivo, pero de lo que estimula y afecta a su mundo inferior. En tal sentido, el título que da a sus crónicas es completamente adecuado. *Pasión (cuentos y crónicas)*, cuya lectura resulta sana y edificante. En las páginas del libro se siente y percibe una viril protesta contra toda clase de injusticias. No hay en ellas homilias, ni preceptos de los que se repiten mucho, porque jamás se cumplen; pero sí abunda en ambiente simpático, de amor sincero a todo el que sufre.

“Teología” es, por su parte, una declaración de intenciones de Martínez Ruiz. Es un paréntesis (que también repite en *El País*) a su ideología anarquista para así dar rienda a sus sentimientos y sensibilidades literarias sobre los clásicos en una historia peculiar: el paisaje de un seminario que continúa con los clásicos (San Juan de la Cruz, Santa Teresa...) que estudian los monjes en un mundo de sensaciones que Martínez Ruiz aprisiona exquisitamente. Aunque todo se precipita en la segunda parte del escrito cuando Martínez Ruiz vuelve a sus críticas más duras contra la institución religiosa y, especialmente, al “placer” que sienten los sacerdotes al flagelarse:

Absteníanse durante días y más días de todo alimento que no fuese pan, comiendo otras veces manjares mezclados con ceniza; azotábanse ferozmente hasta que la sangre salpicaba las paredes; pasábanse noches enteras de rodillas en oración... hacían en fin, mil penitencias diversas y asperísimas que daban a aquel convento olor de santidad por toda aquella contornada del valle umbrío. (...) Habitados al sufrimiento, en su larga práctica de martirio los buenos religiosos llegaron a encontrar agradables los dolores más atroces. El cilicio era para ellos una diversión, el ayuno un regocijo.

El 27 de febrero de 1897, el corresponsal de Salamanca de *El Motín* acusa a Martínez Ruiz de no conocer los hechos que ocurren en su ciudad y ficcionar sobre la última polémica en la que también se ha envuelto su amigo y profesor Dorado

Montero. Tiempo atrás, en páginas de *El País* (10 de febrero de 1898), Martínez Ruiz ya defendió al catedrático de la Universidad de Salamanca (reivindicaba el significado de la libertad de cátedra) ante las presiones que recibía del obispado ante sus lecciones en la universidad).

Amigo Nakens: Martínez Ruiz, el redactor de *El País*, no sabe de la misa la media cuando se ocupa de las cosas de Salamanca, y entre otros asuntos, del asunto de Dorado Montero, catedrático de Derecho Penal (...). Martínez Ruiz permaneció en Salamanca mes y medio, y no conoció más que de vista a las personas que juegan papel importante en toda clase de reacciones, especialmente en la que atañe a la enseñanza.

El 6 de marzo de 1897, bajo el título de “Crónica”, Martínez Ruiz responde a estas acusaciones de forma muy contundente:

Protesto de lo que dice usted en su comunicado del número anterior. Porque yo no he defendido al rector de esa Universidad, D. Fulano Mamés. Es más, estimado corresponsal: yo no tengo interés ninguno en que el rector Mamés, muy señor mío y exsenador demócrata, sea una persona digna hasta el punto de oponerse a que el señor Cámara, muy obispo de ustedes, se meta en lo que no le importa. Y lo que no le importa es lo que D. Pedro Dorado, un hombre que vale como cien obispos, explica o no explica en su cátedra de Derecho Penal (...) Salamanca no es Londres, y a mí me sobró tiempo para ponerme al corriente de las cosas de ustedes.

El 13 de marzo el corresponsal de Salamanca cede a los planteamientos de su “amigo” Martínez Ruiz y firma la paz. De ahí que, en este mismo ejemplar, Martínez Ruiz pase a otro tema (esta vez, de crítica literaria). Una “Crónica” (también publicada en páginas de *Charivari*¹⁴³ solo con unos pequeños añadidos al final) que no deja títere con cabeza. Y lo hace con Balart, sobre el que arremete en veces anteriores: “El Sr. Balart es una cómoda vieja repintada, que en cuanto se la mueve vomita cucarachas”.

El 20 y 27 de marzo de 1897 son los dos últimos artículos de Martínez Ruiz en *El Motín*, y ambos de crítica literaria. El primero, trata de un artículo elogioso hacia Ruiz Contreras (Martínez Ruiz explora siempre esta vía para abrirse a nuevas oportunidades periodísticas). Por ello, sin declarar su total admiración, reconoce el talento de novelista de Ruiz Contreras, al tiempo que está al tanto de sus importantes citas y encuentros literarios en unos pasajes que se vuelcan idénticos en su obra *Charivari*¹⁴⁴: “Porque esto pasa en los miércoles de Ruiz Contreras;

¹⁴³ Azorín (1897), ed. cit., pág. 150.

¹⁴⁴ Ibid., págs. 151-154.

reuniones bohemias en que se habla de todo, y se exponen programas de estética, y se lanzan anatemas”.

Martínez Ruiz hace un llamamiento además a la “nueva literatura” y está al tanto, como confirma en el artículo, de los nuevos proyectos de Ruiz Contreras: “Últimamente Ruiz Contreras trata de fundar una revista, otra revista, pero de jóvenes, independiente, batalladora”.

La última crítica literaria de Martínez Ruiz en *El Motín* se centra en Núñez de Arce (la vieja literatura para el periodista alicantino), de ahí la dureza de sus palabras: “El Sr. Núñez de Arce es uno de los más limitados literatos españoles; como poeta, no se encuentra en toda su obra una sola idea grande, algo de original, de vigoroso, de revolucionario, si ustedes lo quieren”.

Nuevo Mundo: dos artículos ya publicados en Bohemia

Nuevo Mundo nace en 1894 por José del Perojo, que fue colaborador asiduo de *La Ilustración española y americana*. Representa, junto a *Blanco y Negro* o *La Esfera*, un nuevo tipo de revista de actualidad que recurre a medios como los reporteros gráficos y la fotografía, y que persigue el entretenimiento frente al contenido más erudito de otras publicaciones de la época.

Entre sus colaboradores se cuentan Unamuno, Maeztu, Manuel Troyano (al que Martínez Ruiz seguramente ya seguía), Luis Toboada y A. J. Pereira (quien fuera crítico de *El País*). A diferencia de *El Motín*, destaca *Nuevo Mundo* por sus imágenes e ilustraciones. También sorprende su número de páginas, mucho mayor que el de cualquier otro periódico.

En este caso, *Nuevo Mundo* sirvió para Martínez Ruiz como una nueva plataforma y altavoz de sus colaboraciones periodísticas. De este modo, muy consciente el periodista alicantino del corte alcance de las ediciones y venta de libros a finales del siglo XIX (en parte, por los altos índices de analfabetismo), dos capítulos de su libro *Bohemia* (1897) les da nueva vida con su publicación en *Nuevo Mundo*. Así, “El Maestro”, sale a la luz el 23 de junio de 1897. Y “El amigo”, el 28 de julio de 1897.

“El Maestro” es una breve narración, cuento, donde el periodista alicantino transmite las dificultades que impone la “gente vieja” ante la “gente nueva” que llega a la literatura y el articulismo. Y, para ello, construye una breve pieza, muy simbólica, donde un “maestro” se resiste a dar paso a la nueva literatura que inspira y trabaja el aspirante y joven escritor. De este modo, “El Maestro” es, en resumidas cuentas, una declaración de intenciones de Martínez Ruiz en su camino a la

literatura y el periodismo (donde siente el frenazo que, los más antiguos y veteranos escritores, imponen a la savia nueva que está por llegar).

En “El amigo”, nuevamente Martínez Ruiz se adentra en su vida, en sus propias preocupaciones, cuando denuncia en esta especie de cuento los tramposos del oficio, gañanes monstruosos que pululan en el periodismo y se aprovechan de la buena voluntad. Así, el relato se sitúa en la redacción de un periódico, donde un joven periodista de provincias (que nos recuerda el mismo Martínez Ruiz) llega a la capital y se deja encandilar por un amigo para publicar en una revista conocida, *El arte*. Le insiste en la importancia de firmar, aunque de momento no reciba ningún dinero a cambio, pero para sorpresa suya, cuando le lleva en mano un artículo al director de la revista, éste extiende un billete y le dice: “25 pesetas, lo mismo que todos”. Le estaban engañando.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

10. Militancia de Martínez Ruiz en el Partido Federalista. Colaboraciones periodísticas en *La Federación*, de Alicante. Campaña de críticas y desafíos a muerte con el apoyo de Clarín desde *Madrid Cómico*. Un prólogo murciano

Despedido de *El País*, y con el escándalo de *Charivari* a cuestas, y un libro que pudo ser y no fue (*Pasión*), Martínez Ruiz abandonó temporalmente Madrid para refugiarse en su pueblo natal, Monóvar, donde cavilar y coger fuerzas. Especialmente porque está a punto de fichar por el nuevo diario de Lerroux, *El Progreso*, aunque poco antes lo hace en *La Federación*, de Alicante, donde da un paso más en su evolución política hasta militar en el partido de Pi y Margall (con el que coquetea y muestra viva simpatía desde hace meses en sus colaboraciones en prensa).

Según Moreno Sáez, la colección de *La Federación* en archivos de Alicante y provincia es del número 40 (30 de enero de 1897) al 144 (4 de diciembre de 1898). La consulta realizada ha sido en esta ocasión por el archivo del IAC Juan Gil-Albert de la Diputación de Alicante.

Es el diario del Comité del Partido Republicano Federal de Alicante, dirigido por José Linares Such, donde escribió las críticas literarias Martínez Ruiz bajo el pseudónimo de Weeper (que empleará además en otras cabeceras), aunque igualmente el periodista alicantino escribe con su nombre y apellidos. También redactan José Pérez Bernabéu, presidente del Partido Federal en Monóvar, y persona cercana a Martínez Ruiz.

El periodista alicantino se estrena en *La Federación*¹⁴⁵ el 2 de mayo de 1897 bajo pseudónimo Weeper (el quinto, tras Juan de Lis, Fray José, Ahrimán y Cándido), donde utiliza estas mismas páginas del diario alicantino para darse a conocer ante el éxito (que también escándalo) que ha suscitado su obra *Charivari*. Una promoción personal que se va a repetir en otras cabeceras y con la que Martínez Ruiz sigue tejiendo su estrategia con la que ir remontando en su carrera periodística.

“Colabora en el órgano oficial del partido, *La Federación*, a veces con trabajos ya publicados en otros sitios y acaso también con notas firmadas por un tal Weeper –‘llorón’, en inglés-, sin duda por el larresco ‘escribir en España es llorar’”, señala el profesor José María Valverde en *Artículos olvidados de José Martínez Ruiz*¹⁴⁶.

¹⁴⁵ Pérez de la Dehesa, Rafael (1969), “Azorín y Pi y Margall .Olvidados escritos de Azorín en *La Federación* de Alicante, 1897-1900”, *Revista de Occidente*, 78, págs. 24-25.

¹⁴⁶ Valverde, José María (1972), *Artículos olvidados de José Martínez Ruiz*, Narcea, Madrid, pág. 20.

Para ello, Martínez Ruiz busca aparcarse la polémica del libro y ahondar en que su obra ya está en boca de los más grandes críticos del país por su brillantez. De ahí que Weeper recalque que el periodista alicantino no ha saltado a la fama en Madrid por la controversia sino por su talento.

No necesita, Martínez Ruiz, violentar el lenguaje, ni decora con descaro lo que se propone manifestar, para que su firma se popularice: bástale que escritores como Clarín, Fray Candil, González Serrano y otras mediantas, le citen en sus trabajos, como una esperanza legítima en la república de las Letras. Y esto lo ha conseguido con creces Martínez Ruiz y no puede suponerse de él que aspire al bombo o a la discusión personal.

El 16 de mayo de 1897 firma Martínez Ruiz por primera vez con su nombre real una traducción de *Las prisiones*, de Kropotkine. En una pequeña nota a pie de página, el diario alicantino añade: "Fragmento del folleto de este título, traducido y anotado por el notable escritor y distinguido crítico D. José Martínez Ruiz".

El 30 de mayo de 1897 publica "Envidia", idéntico al artículo publicado en *El País*, el 7 de enero de 1897, y *La Correspondencia de Alicante*, 9 de enero de 1897, bajo el título de "Boceto. Envidia". También incluido en la selección de *Bohemia*.

Unos días después, el 6 de junio de 1897, Martínez Ruiz continúa en la búsqueda de intereses propios cuando envía el artículo "La Ley" (y que no firma en *La Federación*, solo advierte que está incluido en su libro *Bohemia*). "La Ley" ya apareció en *El País*, el 28 de enero de 1897. Y, seguidamente del escrito, agrega Martínez Ruiz una "Bibliografía" firmada con su pseudónimo Weeper donde nuevamente se autopromociona (aunque también resulta de interés ver cómo se reafirma en sus ideas):

El autor de *Charivari* acaba de publicar una nueva obra. No hay para qué advertir las bellezas que el libro atesora y las tendencias que en el mismo prevalecen. Martínez Ruiz defiende el amor libre; cree tan celebrado escritor, que es insigne torpeza jurar ante la Iglesia y el Estado que dos amantes se quieren, juzga el autor de *Notas sociales* que la libertad humana debe llegar a algo más que a ser definida en libros y folletos. Llevar a la vida la realidad del "libre albedrío"; trabajar desesperadamente por conseguir la separación de tutelas legales, emancipar al hombre de la condición de siervo en que aparece siempre, aun tratándose de resoluciones que afectan a su honor, que pugnan a su conciencia y abaten la independencia del criterio individual...

Las inserciones de *Bohemia* en *La Federación* siguen su curso con "El Maestro", publicado también el 23 de junio de 1897 en *Nuevo Mundo*, Madrid, pero que en el diario alicantino lo hace el 13 y 20 de junio de 1897 (dividiéndose en dos partes el cuento).

El 27 de junio de 1897, sin firma, se publica un nuevo cuento de *Bohemia*, “Una mujer”, que es hasta ahora uno de los relatos más conocidos del joven Martínez Ruiz y que ha visto la luz en varias cabeceras como *El País*, el 5 de diciembre de 1896; *El Pueblo*, de Valencia, el 27 de diciembre de 1896¹⁴⁷; o *El Liberal*, de Alicante, el 30 de mayo de 1897.

El 11 de julio le dedica una elogiosa reseña a la obra *Vibraciones* del poeta alicantino Adalmero Montero en sus “Apuntes críticos” con firma Weeper (bajo pseudónimo escribe prácticamente todas las reseñas en *La Federación*).

Quizás el artículo más interesante en la producción de *La Federación* sea “Burbujas sociales”, del 1 de agosto de 1897, inédito en su producción (ya que las anteriores inserciones en el diario alicantino procedían de *Bohemia* o ya habían aparecido en otros diarios). Así, Weeper (el doble de Martínez Ruiz) vuelve a sus orígenes de protesta, inconformismo y rebeldía con “Burbujas sociales”, donde arremete contra la explotación obrera, la religión o el sistema político.

Solo, miserable y abandonado por todos; arrojado del seno de una sociedad falsa, egoísta y despótica; vilipendiado por doquier tras haber puesto mi nombre en el lodazal más impúdico de la fama; escarnecido pero con escarnio que enciende la cólera, al oír por doquier la voz de los grandes hombres, que se desviven –afirman- por la regeneración del proletariado; sujeto a una ley -¡ley infame!- que convierte al poseedor del capital en instrumento adecuado para sujetar a nuestro cuello la argolla terrible del hambre... (...) ¿Dónde estás tú, el Dios que salvaste a los Israelitas, haciendo que las aguas del mar Rojo se separasen a su lado, para ahogar no obstante a los faraones que les seguían?

Y esto mismo viene a producirse con “Dura Lex”, del 5 de septiembre de 1897, donde nuevamente Martínez Ruiz defiende el amor libre, el derecho a decidir, el divorcio y arremete contra los amores convenidos por riquezas... pero con final feliz para los amantes: Rosa y su novio. Una defensa reflejada por medio de una historia ficcional como ya realizó con el artículo “Envidia”. “Dura Lex” es el primer artículo que incluye Fox en su guía de los once anteriores que, hasta ahora, se han descubierto y comentado.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Era la comidilla diaria, el tema obligado de todas las conversaciones. Rosita, la esposa del señor de López, apenas quince días casada había desaparecido en compañía de su antiguo novio, Pepe Reyes. (...) Aquella joven bien educada, en quien todos creían ver un modelo de casadas, había cometido la locura de abandonar a su esposo, poseedor de medio término municipal, a

¹⁴⁷ Alonso, Cecilio (1997), “José Martínez Ruiz fugaz redactor de *El Pueblo* (Valencia, 1896). Algunos textos sin catalogar de la prehistoria azoriniana”, *Anales Azorinianos* 6, CAM, Alicante.

más de viejo y antipático, para fugarse con un joven excesivamente simpático, pero que no poseía una sola tahúlla de tierra.

Tampoco está registrado por Fox "Pi Y Margall", publicado con firma de J. Martínez Ruiz el 19 de septiembre de 1897. Un artículo elogioso al político con el que pretende, sin duda, captar su atención y llevárselo a su terreno (en su deseo de seguir ganando apoyos). "El ilustre tribuno es una de las personalidades más eminentes de la España contemporánea, uno de los pocos hombres que con más decisión han combatido siempre por la cultura nacional", señala.

El 26 de septiembre de 1897, *La Federación* comunica el ingreso de José Martínez Ruiz al partido federalista. Y, por ello, publica la carta que informa de esta misma militancia del periodista alicantino y que le hace llegar a José Pérez Bernabéu, médico y presidente del Partido Federalista en Monóvar.

Prometí a usted hacer pública mi adhesión a los principios que sustenta el gran repúblico Pi y Margall, y cumplo gustoso mi promesa. Y la cumplo, porque juzgo que el partido republicano federal es, entre todos los partidos de España, el único que ofrece soluciones concretas a los problemas políticos y sociales que hoy preocupan los ánimos.

Pero hasta ahora, lo extraño es que no hubiera Martínez Ruiz abordado el tema de la crítica teatral, que retoma el 7 de noviembre de 1897 con el curioso título de "Timo a una empresa, o la fuga de un timple" y la firma de Weeper.

Por estas fechas ya se conoce que el periodista alicantino también está publicando en *El Progreso*, de Madrid, captado por el radical Alejandro Lerroux tras su ruptura con *El País* (de donde fue despedido). Martínez Ruiz sabe que el éxito de su carrera pasa por Madrid, de ahí que acepte la invitación para escribir en *El Progreso* pese a las críticas que esto le pueda conllevar, lo que explica la necesidad de justificar en las páginas de *La Federación*, de Alicante, sus colaboraciones en *El Progreso* tras su reciente militancia en el partido de Pi y Margall.

La comunicación se publica vía carta el 14 de noviembre de 1897, donde dice:

A los amigos que preguntan por qué estoy en *El Progreso*, contesto: Soy ante todo periodista de la verdad, y donde se defienda y propague la verdad y sea solicitado mi concurso, allí estaré yo, llámese como se quiera el periódico. Mi programa es éste: ni moral, ni propiedad, ni ley. Ni en la Monarquía ni en la República se verá realizado por completo; pero siempre hará más por él un régimen republicano, que un régimen monárquico. Por eso aplaudo a los republicanos y deseo la instauración de la República, no como fin social, sino como punto de partida, como un estado de evolución más próximo a mi ideal.

Hasta algo más de un mes después, el 25 de diciembre de 1897, no escribe Martínez Ruiz. Muy probablemente porque anda con las pertinentes correcciones de *Soledades*, y que el periodista alicantino también quiere dar a conocer ante su inminente salida con una reseña que hace él mismo con pseudónimo Weeper.

Kropotkine, Grave, Fauer y Mirbeau han hecho mucho en Francia, pero Martínez Ruiz, con ser quien es, moviéndose en este ambiente de rencores, de envidias, de ingratitudes y de venganzas, ha logrado el respeto de los hombres eminentes y el aplauso de la crítica honrada, y ha hecho mucho muchísimo en pro de la regeneración social y en beneficio de la sana literatura como lo han hecho indudablemente Clarín, González Serrano, Fray Candil, Bonafoux y algunos otros, aunque pocos.

El 9 de enero de 1898 vuelve Martínez Ruiz en "Contestación" a denunciar la actitud farsante de ciertos profesionales y literatos, a la vez que acusa de esta hipocresía a muchos periodistas. Es la actitud crítica que mantiene desde sus primeras colaboraciones, y que Martínez Ruiz desprecia en un oficio que merece mucho más respeto y honradez.

Sí, de ese modo queda demostrado que lo que decía su censor era una falsedad, y que usted es un talento monstruoso y escribe como un ángel. A otra cosa: respecto a los amigos... habrá aquello de: "¡Querido, que artículo tan hermoso ha publicado usted; qué bien escrito!". Y detrás: "¡Lata espantosa, horrible! ¡Un buñuelo inmenso!" (...) Pues entonces, querido joven, sino tiene usted vergüenza, ni dignidad, ni sinceridad, ni conoce una jota de literatura ni de arte, entonces... ¡hágase usted periodista!

El 16 de enero publica "Amor", que es una llamada a la nueva juventud en la literatura, y el 23 de enero de 1898 ve la luz el artículo "El Cristo Nuevo", previamente lanzado en *La Campaña*, de París, el 5 de enero de 1898, y que irá apareciendo progresivamente en otras tres cabeceras: en *La Federación*, de Alicante, el 23 de enero de 1898; *Don Quijote*, el 15 de noviembre de 1901; y *El Porvenir del Obrero*, 8 de febrero de 1902.

Promoción de *La Campaña*

De este modo, Martínez Ruiz busca relanzar su carrera internacional, en París, Francia, con la ayuda de Bonafoux, director de *La Campaña*. Por eso mismo busca darlo a conocer fortaleciendo así sus lazos con Bonafoux al publicar un artículo bajo pseudónimo Weeper el 23 de enero de 1898 en *La Federación*. Una propaganda y difusión necesarios para un diario que buscaba suscriptores en España con que mantener económicamente la edición.

Luis Bonafoux ha comenzado a publicar en París un periódico independiente, no a la usanza española, sino independiente de verdad que lleva por título *La Campaña*. (...) Combatido sin tregua, zaherido

sin descanso, denigrado por los del “oficio”, y maldecido por la canalla reacción, Bonafoux ha estado siempre en su puesto, no mendigando huecos en ninguna redacción y sí imponiéndose en todas por su ática sal, su humorismo incomparable y su talento nada vulgar a la turba de despechados e ignorantes que pretendían cerrarle el paso. Y su victoria, la victoria obtenida por el ilustre portorriqueño, debe envanecerle... Hoy publica *La Campaña* de París, y el solo anuncio de que la dirige Bonafoux, se han agotado inmediatamente los millares de ejemplares a España enviados. *La Campaña* en la que colaboran escritores tan notables como Bonafoux, González Serrano y otros, es el periódico imparcial, reclamado por la juventud estudiosa que desdeña las campañas de los “rotativos”, no siempre desinteresadas, y que busca en horizontes nuevos, la luz esplendorosa que ha de guiarle al conocimiento exacto de la verdad.

En el mismo ejemplar de *La Federación* aparece el nombre de José Martínez Ruiz como presidente honorario del Partido Federalista de Monóvar junto a Pi y Margall y José Pérez Bernabéu. Lo que nos da idea del compromiso político del periodista alicantino pese a su activo frente periodístico ahora desde tres ciudades: París, Madrid y Alicante.

Un estudio crítico sobre Narciso Oller publica Weeper, Martínez Ruiz, el 30 de enero de 1898. Y, de igual modo, sigue ejerciendo la crítica literaria con este pseudónimo el 6 de febrero de 1898 donde ahonda en esta cuestión sobre, entre interrogantes, el modernismo. Así, Martínez Ruiz le resta importancia en su vinculación a la literatura para referirse que, modernismo, es decir, un escritor moderno, es aquel que lucha por las causas justas.

Comprendo se llame modernista a Faure, y a Mirbeau entre los franceses y a Bonafoux, Martínez Ruiz, González Serano, Burell a ratos y algunos pocos más entre los nuestros; porque digan lo que quieran los retóricos y los preceptistas literarios, allí donde haya un espíritu abierto a todo sentimiento de justicia y allí donde se trabaje por el triunfo de todos: ricos y pobres, allí habrá siempre modernismo puesto que tal conducta y tan raras aspiraciones deben ser consideradas siempre como lo más moderno.

Y continuación de sus artículos contra la religión y política, el 13 de febrero de 1898 publica “Noche de bodas”, donde vuelve a retratar el hastío que desemboca el matrimonio reivindicando además el papel de libertad de las mujeres. Una posición por los derechos de las mujeres que ya había ejercido el periodista alicantino en *El País*.

No necesita la mujer el voto electoral; no necesita ser médico, abogado, funcionario del Estado. La emancipación no está ahí; la emancipación de la mujer no está en concederle los derechos políticos del hombre; está en librarla de la esclavitud doméstica.

La Federación, del 20 de febrero de 1898, informa sobre los nuevos artículos de *La Campaña* (esta vez sin firma), donde se hace mención a uno de Martínez Ruiz sobre Benavente. Con toda seguridad, y aunque esta vez no haya firma alguna, debió realizarlo el periodista alicantino este suelto del periódico.

Duelos y desafíos

El 27 de febrero de 1898, en “Los peligros de Madrid”, Weeper describe la vida de Martínez Ruiz en la capital (es decir, la suya) entre las dificultades que encontró por hacerse un hueco en las grandes cabeceras de la prensa ante un ambiente de tristeza y abatimiento donde “anímicamente le despellejaban desde el periódico”.

Una alusión directa, por otro lado, al momento que está sufriendo cuando es vilipendiado por distintos sectores del gremio periodístico, lo que le obliga a defenderse ante las críticas que muy especialmente proceden de *El País* (ahora controlado por Joaquín Dicenta, enemigo de Martínez Ruiz por las descalificaciones que le dedicó en *Charivari*).

¿Quién es el joven provinciano? Martínez Ruiz, autor de *Anarquistas Literarios*, *Bohemia* y *Soledades*, el colaborador de las revistas extranjeras más notables, el escritor admirado por filósofos y periodistas como Burell el que no ofrece en su vida un solo acto indecoroso. Pues bien a escritor tan honrado y culto, se le ha presentado recientemente en *El País* como un descarado para robar artículos, añadiendo que si hablaba mal de Sellés y María Guerrero, era porque estos señores no le habían enviado dinero para pagar a la patrona (...). En correcta carta ha protestado de tales ataques y se ha reservado el derecho de mostrar de manera elocuente que el director Juan Rana es un botarate y lenguaraz, capaz de todo lo que atribuye el digno compañero Martínez Ruiz.

Martínez Ruiz se había ganado a pulso numerosos adversarios desde su virulencia destructiva en *El País* y *Charivari*, su personal ajuste de cuentas. De ahí que el periodista alicantino reciba un nuevo (y fundamental) apoyo de Clarín donde pide a los intelectuales una oportunidad para el joven periodista que ha imprimido sobre papel lo que se habla en corrillos de café.

Así lo manifiesta en su famoso “Paliqne” del 8 de mayo de 1897, en *Madrid Cómico*, donde cree Clarín que *Charivari* y toda la radicalidad de Martínez Ruiz atraviesan los momentos duros de la juventud, al tiempo que informa del prólogo de *Pasión* (que no verá nunca la luz) y que deja en manos de González Serrano. El texto no tiene desperdicio:

Pero no me asustan estas ideas. He visto el retrato de Martínez Ruiz; es casi un niño. Además, él mismo confiesa que padece de los nervios... Pasará el sarampión, que acaso es salud, y quedará un

escritor original, independiente, y mucho más avisado que esos “Nominativos” que andan por ahí parodiando a Menéndez y Pelayo. Sin embargo, yo no me he atrevido a escribir un prólogo para su libro *Pasión*, próximo a publicarse. González Serrano lo va a escribir. Veremos cómo sale mi querido maestro del compromiso de presentar al público a un hombre que estampa las enormidades morales, sociológicas, religiosas, etc., que se le ocurren a Martínez Ruiz (...) Martínez Ruiz ha cometido la locura (otro más orgulloso en el fondo, no me perdonaría esta palabra; él, que estoy seguro que penetra mi buena intención, espero que sí), la locura de poner en letras de molde el virus miserable que otros muy prudentes, van llevando de corrillo en corrillo, de café en café. Lo que no puede imprimirse, piensan muchos que es lo que ha impreso Martínez Ruiz; sin reparar que es, además, lo que no debe decirse ni pensarse. Ha sido un “enfant terrible”. Si reincidiera, ¿quién se atrevería ya a defenderle? Pero si no reincide, como tiene talento y en la parte del alma no literaria, salud espiritual, según creo, se puede esperar que sus trabajos futuros, sin ningún escándalo, sin horrores religiosos y morales, contengan el cumplimiento de lo que hasta hoy ha prometido, el anarquista casi infantil, en punto a buenas cualidades (...) Resumen: si a condenar fuéramos, por lo vitando de todas esas cosas de *Charivari*, yo sería el burgués más indignado, el inquisidor más flamígero. Pero no quememos el libro, aunque lo merezca; porque dentro hay una honra literaria que no merece el fuego; y que tal vez un día, si hoy se le hace justicia verdadera, esto es, caritativa, nos dé un escritor talentado, templado, noble, que será el primero a condenar estas... atrocidades de ahora. Si la crítica estuviera en estado de sitio, no escapaba Martínez Ruiz sin los cuatro tiritos. Pero, como no lo está, no hay para qué ser sumarísimos.

Son momentos, por tanto, conflictivos y tensos que Martínez Ruiz trata de responder sin ánimo de “apagar fuegos”. El periodista alicantino se “enfrenta” a ellos entre acusaciones como las que realiza *El País*, el 30 de enero de 1898, cuando se culpa a Martínez Ruiz (sin nombrarlo) de difamar en una entrevista publicada en *La Campaña* (25 de enero de 1898, “Charivari. En casa de Sellés”). Un artículo especialmente polémico por las mofas y críticas que vuelca Sellés en el artículo de Martínez Ruiz contra ciertos sectores de la cultura (y muy especialmente al actor Antonio Vico).

Al parecer, fueron unas declaraciones que tomó Martínez Ruiz sin su permiso para publicarlas en el diario. De ahí que, ante la controversia originada, el 30 de enero de 1898, *El País* señala que todo esto es una invención de Martínez Ruiz puesto que son falsas:

La Campaña, semanario que dirige en París Luis Bonafoux, publica en su último número una entrevista, que finge haber celebrado uno de los redactores con el ilustre dramaturgo Eugenio Sellés. En esa conversación, supónense dichas por Sellés, cosas de tal naturaleza, que sólo pueden ser creídas por los que nunca han tratado al ilustre literato. ¡Tan burla es la labor! (...) Eugenio Sellés, nuestro querido amigo, ha escrito a Luis Bonafoux, desmintiendo el contenido de la

falsa interview y protestando del procedimiento seguido por el desaprensivo redactor de *El Progreso*.

La Campaña, donde está colaborando activamente Martínez Ruiz (como lo hace en *La Federación* y *El Progreso*), también alude en un breve sobre esta supuesta “falsa” entrevista del periodista alicantino a Sellés en su número del 5 de febrero de 1898:

El Correo, *El País* y otros periódicos de Madrid han dicho que el señor Sellés nos había escrito sobre un incidente relativo a la interview que publicó nuestro compañero y representante de *La Campaña* en Madrid, señor Martínez Ruiz. A la hora de cerrar este número no hemos recibido la anunciada carta del señor Sellés.

Ante los problemas de Martínez Ruiz (y la presión que siente en estos momentos), le lleva incluso a un duelo que no fue a mayores según anuncia el diario *El País* el 2 de febrero de 1898, y que también tuvo aparición en *La Campaña*:

Ha quedado honrosa y satisfactoriamente zanjada la cuestión pendiente entre nuestros estimados amigos y queridos compañeros don Eduardo Ruiz Morales y don José Martínez Ruiz. En dicha cuestión han intervenido representando al señor Ruiz Morales, los señores don Valentín González Serrano y don Eduardo García Berbén, y al señor Martínez Ruiz, los señores Alejandro Lerroux y don José Riquelme Flores.

Todo este discurso destructivo contra Martínez Ruiz no solo procede del *El País* sino también, como ya ocurrió meses atrás, de la publicación satírica *Juan Rana*. Su director, Dionisio de las Heras, le dedica de este modo el artículo “Martínez Ruiz, inédito”, donde le acusa de mentir en sus artículos de *El Progreso* e informa igualmente del lance que tuvo con Martínez Ruiz.

Sabrán ustedes que después de mi lance con el Sr. Lerroux fui retado también a singular combate por el Sr. Martínez Ruiz, que deseaba lavar con sangre las ofensas que hube de inferirle en *El País* del día 16. Para librarme de sus iras solo había un camino: rectificar. Y yo, deferente con el Sr. Martínez Ruiz... ni rectifiqué ni le concedí reparación por medio de las armas. Para rectificar era todavía muy temprano. Para batirme con él era demasiado tarde. Martínez Ruiz, que es una fiera, no se ha conformado. Las cosas no podían quedar así. Ha ido y ha rectificado él.

De las Heras asegura que Martínez Ruiz es un cobarde (se escapó a Monóvar cuando Dicenta le iba a dar una paliza por sus acusaciones en *Charivari*) y le acusa nuevamente de plagio por su artículo “La Ley”.

Martínez Ruiz es enemigo de exhibirse. En *El País* publicó, hará un año, un hermoso artículo titulado ‘La Ley’. Tan hermoso era que *Le Rappel* lo reprodujo en sus columnas. Aquel artículo fue denunciado. Y en cuanto se percibía el rodar de un coche, ya estaba Martínez Ruiz

loco perdió. No sabía dónde meterse, temeroso de que fuera el Juzgado y de que fuera a prenderle. Compañeros envidiosos aseguraban después que el artículo “La Ley” apareció en *Le Rappel* cuarenta y ocho horas antes que en *El País*, con la firma de Lucien Víctor Meunier.

Un prólogo murciano y final

Pese a las polémicas que se vienen produciendo en este contexto temporal, Martínez Ruiz siguió militando en el federalismo y continuó por medio de artículos de clara filiación como el del 8 de abril de 1898 donde, con pseudónimo Weeper, realiza una silueta sobre el compañero de partido Francisco Linares Such.

En este sentido, el 17 de abril de 1898, se anuncia en *La Federación* que Pi y Margall ha publicado un artículo en *La Campaña* sobre la guerra con Estados Unidos (lo que parecer ser, a todas luces, que este trámite ha sido posible por la mediación de Martínez Ruiz).

Tanto es así que, en la misma página, se incluye una crítica literaria de Weeper (el mismo Martínez Ruiz) dedicada a su amigo el poeta murciano Vicente Medina (del que firmará su prólogo para *Aires murcianos*).

Martínez Ruiz, el genial escritor, publicó una inimitable “Crónica” en el periódico *El Progreso* de Madrid, presentando al poeta de veras, a Medina, nacido en la pintoresca ciudad de Murcia. Reprodujo el autor de *Charivari*, como final de su escrito, un fragmento de Cansera, y en los pocos renglones que saborear pudimos, pareció descubrir a un artista de vida y sentimiento propios, con destellos de inspiración soberana y música sonora y profunda que llega al alma y la deja sumida en éxtasis fervoroso...

Los artículos de Martínez Ruiz en *La Federación* se dilatan más en el tiempo cuando el 12 de junio de 1898, con “Tarjeta postal”, regresa para dedicarle uno a Alejandro Lerroux (su compañero en *El Progreso* que ha ingresado forzosamente en la cárcel). “No podían a usted perdonar sus rasgos de altiva independencia, esos renegados políticos y esa cobarde legión de reaccionarios, que pretenden sumirnos en el caos y la barbarie de los tiempos del feudalismo”, apunta Martínez Ruiz a modo de protesta.

Estos artículos intermitentes siguen el 26 de junio, con una crítica literaria de Weeper sobre el periodista alicantino Figueras Bushell y su “Lecciones de economía política”; como el 8 de julio cuando en “Impresiones”, dedicado a Martínez Ruiz (qué ironía), alude a su misma obra de *Pecuchet demagogo* a modo de promoción. “Es un trabajo notabilísimo, más creo, es una obra maravillosa. Hay en Pecuchet tan fino espíritu de percepción, tan sutil y vaporoso estilo, y gusto tan marcado que encanta y admira y sorprende”.

El 2 de octubre de 1898, cuando la censura empieza a hacerse más patente en *La Federación* debido a la Guerra de Cuba, Weeper publica “Pintores notables. Parrilla”, un elogioso artículo para el artista donde reivindica además la juventud.

Y no será, de este modo, hasta el 27 de noviembre de 1898 (no lo hacía desde el 13 de febrero en *La Federación*) cuando firma con su nombre real, Martínez Ruiz. Lo hace con “Pecuchet escribe” donde aborda la sátira política.

El 30 de abril de 1899 se informa de la composición del partido federalista de Monóvar, donde José Martínez Ruiz sigue ocupando la presidencia honoraria y, la ejecutiva, José Pérez Bernabéu (lo que puede obviarse ya que Martínez Ruiz ejercía el periodismo en Madrid y poco o nada podía hacer para el partido en Monóvar).

Y, unos meses después, escribe en *La Federación* sobre el encuentro que tiene con Pi y Margall en una entrevista donde nos revela el anarquismo y revolución del conocido político pese a su avanzada edad (resumiendo así la posición filosófica del pensador catalán).

El artículo “En casa de Pi y Margall” se publica el 31 de diciembre de 1899 en *La Federación*, aunque antes vio la luz en Madrid, en *Vida nueva*, el 24 de diciembre de 1899 (Martínez Ruiz da prioridad, como es lógico, a la prensa madrileña-nacional). “Hace cuarenta años negaba al Estado en su libro *Reacción y Revolución*; hoy es tan anarquista como entonces”, le describe Martínez Ruiz en un artículo que será incorporado casi en su totalidad a *La Voluntad*.

Dentro de la lucha de Martínez Ruiz contra las causas injustas (como lo está haciendo en este mismo intervalo temporal contra el proceso de Montjuich), el periodista alicantino publica el 4 de marzo de 1900 “La fiesta española” (que ya se publicó anteriormente en *Vida nueva*, 21 de enero de 1900), que es la historia de un reo ante su condena a muerte y que, por sus minuciosos detalles, por su relato de sangre, terror y soledad, es toda una declaración contra la pena de muerte.

Según Juan Rodríguez¹⁴⁸, “La fiesta española” es una versión abreviada de “Idilio” (*El País*, 1 de febrero de 1897), aunque ya se probó que es de un hecho posterior, cuyo origen data en una noticia de *La Correspondencia de España* del 19 de enero de 1900¹⁴⁹.

Y cargan de cadenas al hombrecillo; lo atan con mil vueltas de sogas al palo. El reo congestionado, espantados los ojos, delirante, se revuelve

¹⁴⁸ Rodríguez, Juan (1992), “Algunas notas y un cuento de un libro olvidado de José Martínez Ruiz”, *Lucanor*, 7, Pamplona, págs. 97-108.

¹⁴⁹ Cano, José Luis (1968), “Azorín en *Vida Nueva*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 226-227, Madrid, págs. 423-437

por bajo de las cuerdas, hace temblar el cadalso, mueve convulsivamente las piernas. La palanqueta gira; se oye un ligero ruido de huesos que se descoyuntan. El hombrecillo se agita en supremo espasmo. Después, queda inmóvil...

“La fiesta española” tiene su origen pues en la noticia aparecida, el 19 de enero de 1900, en *La Correspondencia Española* sobre la ejecución llevada a cabo el día anterior. Precisamente, el relato de Martínez Ruiz lleva como epígrafe una frase procedente de *La Correspondencia de España*: “Y con tres vueltas de torniquete quedó cumplida la justicia humana”. Justicia humana contra la que Martínez Ruiz había mostrado su disconformidad en más de una ocasión. Para el autor de *La Sociología Criminal*, el delincuente no era culpable, sino víctima de una sociedad injusta.

Es así como acaba la relación periodística de Martínez Ruiz con *La Federación*. Fallece Pi y Margall a los pocos meses y, con él, desaparece una idea, un modelo de política, de creencias e ideología, como le ocurre también al periodista alicantino. Así se lo confiesa por carta a José Pérez Bernabéu el 1 de diciembre de 1901: “Con él se va un partido y con él desaparece una nota extraña, anormal, en la política española: la nota de la honradez”.

En total, y como se puede comprobar en el anexo a esta investigación, se han rescatado 33 nuevos artículos en *La Federación* (no incluidos en la guía de Fox), donde se combinan la firma de J. Martínez Ruiz con la de su pseudónimo, Weeper.

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

11. Nuevos libros en el mercado editorial: *Soledades*, *Pecuchet*, *demagogo*, *La evolución de la crítica* y *La sociología criminal*. Martínez Ruiz contra la Guerra de Cuba: alegato pacifista y antibelicista en *El Correo*, de Alicante. Prólogo a *Artistas levantinos*, de Luis Pérez Beltrá. Amistad con Emilio Castelar

En el intervalo de tiempo en el que Martínez Ruiz escribe para numerosas cabeceras como *La Federación*, de Alicante; *La Campaña*, de París; *El Progreso* y *Madrid Cómico*, de Madrid, entre otras, el periodista alicantino continúa con su labor literaria (puesto que él solo entendía el ejercicio periodístico en combinación con sus libros y proyectos personales).

En *Soledades* (1898), dedicado a Clarín, su gran valedor (“recuerdo de un discípulo que sigue y agradece sus consejos”), Martínez Ruiz reprueba brutalmente la condición periodística y la escasa formación de sus trabajadores, cuando en el segundo relato un aspirante queda retratado así por el maestro en el capítulo II: “Pues entonces, querido joven, si no tiene usted vergüenza, ni dignidad, ni sinceridad, ni conoce una jota de literatura, ni de arte, entonces... ¡hágase usted periodista!¹⁵⁰”. Este cuento-artículo fue publicado el 9 de enero de 1898 como “Contestación” en *La Federación*, de Alicante.

Esta retroalimentación (libros y artículos en prensa) se reproduce igualmente con “Amor” (del 16 de enero de 1898, en *La Federación*, de Alicante; y el 31 de octubre de 1897 en *El Progreso*, siendo el capítulo XII de *Soledades*). Lo que también ocurre con el capítulo VII de *Soledades*, publicado en *El Motín* (el 20 de febrero de 1897 con el título de “Teología”, y dedicado a González Serrano). Respecto al capítulo III de *Soledades*, también vio la luz anteriormente el 1 de febrero de 1897 en *El País* bajo el título de “Idilio”. Textos todos ellos que, en resumidas cuentas, vienen a reafirmar el ideario de Martínez Ruiz en su radicalismo contra la iglesia, la religión, la pena de muerte o el matrimonio.

El periodista alicantino, que incorporó a *Soledades* textos de *Buscapiés* como “Medalla antigua” y “Los ideales de antaño”, dedica además elogios a Adolfo Suárez Figueroa¹⁵¹ (periodista de *El Nacional*); José Nakens, revolucionario y anticlerical, “sus costumbres son austeras, su actividad cerebral, extraordinaria”¹⁵²;

¹⁵⁰ Azorín (1898), *Soledades, Obras completas*, Aguilar, Madrid, pág. 338.

¹⁵¹ *Ibid.*, pág. 345.

¹⁵² *Ibid.*, pág. 372.

y a Gómez Carrillo (reportero que conoce bien la literatura extranjera¹⁵³). Siempre con alusiones al estado de podredumbre que sufre el oficio¹⁵⁴:

¿Qué es su dolor y mi dolor, y el dolor de los que tenemos salud y fuerza, comparado con la angustia del querido X, tísico, pobre, forzado a una lucha brutal por las pesetas mal pagadas del periódico, quedándose sin comer días enteros, durmiendo a campo abierto?

También resulta importante resaltar de *Soledades* el primer encuentro que tiene Martínez Ruiz con Clarín, y que describe en el capítulo VI¹⁵⁵, y que puede leerse también en el artículo del 7 de noviembre de 1897 en *El Progreso*:

Estoy yo en *El Progreso*, escribiendo mi crónica, cuando entró el director, seguido de dos señores: uno, con sombrero de copa; otro, con hongo. (...) El director me llamó: ¡Martínez Ruiz! Y luego, cuando estuve frente al señor de la faz hurafía: -¡Leopoldo Alas! Nunca he experimentado sorpresa mayor que esta sorpresa. Conocía a Clarín por retrato; lo he visto fotografiado en libros, en periódicos, en revistas, en ilustraciones, en botellas de aguardiente, en cajas de fósforos; pero nunca me figuré que el hombre entero, vivo, hablando, fuese así. (...) A los pocos momentos de oírle por primera vez, dominada ya la sorpresa, se ve el genio, el maestro indiscutible –pese a Canals-, al hombre que ha dedicado toda una existencia al estudio y que no ha cesado un solo momento de trabajar por la verdad, por la belleza, por el bien. Clarín es, sencillamente, esto: el primer literato español de su siglo. Que se cite quien le aventaje; que se cite quien haya hecho lo que él en la crítica, en la novela, en el teatro, en la filosofía, en el derecho. Venga el nombre de quien más y más profundamente haya influido en la juventud de su patria... Nadie que, como él, haya tenido que vencer más obstáculos en su carrera: envidias, despechos, ignorancias soberbias, silencios vengativos...

Destacan en *Soledades* palabras de elogio hacia sus referentes, Montaigne, y muy especialmente Juan Luis Vives, respecto a *Diálogos*. Esta obra inspira al alicantino de tal modo que, en su breve mención, da pistas del mundo que formará parte del escritor de Monóvar respecto a los seres y objetos que, sin nada destacable, eran lo extraordinario:

Pocos libros tan deliciosos como los *Diálogos*, de Luis Vives. El teatro y la novela nos revelan la vida anormal de los antiguos, su vida de aventuras; el libro de Vives nos muestra su vida íntima, nos da a conocer lo que hacían cuando no les ocurría nada de extraordinario, cuando no hacían nada. Y de ahí su valor inestimable.

¹⁵³ Azorín (1898), ed. cit., pág. 376.

¹⁵⁴ Ibid., pág. 375.

¹⁵⁵ Ibid., pág. 352 y 353.

Por su parte, *Pecuchet demagogo* (1898)¹⁵⁶ es un breve libro encaminado a ridiculizar a José Nákens, director de *El Motín*, y donde apenas se vislumbran datos periodísticos en un año de crisis para el periodismo de Martínez Ruiz ante el Desastre. Una obra donde mantiene su línea contra la religión, la iglesia y los curas, y donde proclama que “ser revolucionario es algo más que eso, es algo más elevado, más noble, más generoso que hacer chistes a costa de un clérigo desdichado o maldecir en chismes de vecindad de un ‘jefe republicano’”¹⁵⁷.

En este tiempo, el 14 de septiembre de 1898, Martínez Ruiz publica en *El Correo*, de Alicante, el artículo “El buen pastor”, un alegato pacifista y antibelicista que fue recuperado posteriormente en *El Porvenir del Obrero*, el 24 de agosto de 1906. Así escribe Martínez Ruiz:

Cuando los bienes terrenos sean de todos, no habrá codicia de las riquezas; cuando el amor no tenga sanción ni coacción, no habrá celos, ni correrá la sangre para lavar quiméricos agravios; cuando las fronteras no dividan a los hombres en amigos y enemigos, no habrá guerras. Todo es de todos; nada es de nadie. Ningún hombre tiene derecho a imponer a otro su voluntad.

En este sentido, hay quien ha defendido y asegurado que la postura de Martínez Ruiz respecto al conflicto bélico con los Estados Unidos en 1898, el Desastre con la pérdida de las colonias de ultramar, fue invisible y pasivo cuando no es del todo cierto.

El periodista alicantino se declaró absolutamente contrario a la entrada de la guerra y, aunque no mantuvo este mismo discurso en buena parte de su producción (o no al menos con toda la perseverancia que pudo hacerlo), sí hay constancia en sus artículos de su posición adversa entre críticas y duras acusaciones (como igualmente mantiene en otros artículos de *El Progreso*).

Es más, se adelanta a estos mismos hechos catastróficos cuando el 19 de octubre de 1896, en *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, informa en un irónico escrito que la guerra de Cuba “terminará dentro de un mes a todo tirar”. Y el 21 de octubre de 1896, en el mismo medio, también se cuestiona: “¿Por qué causa padecemos esas calamidades que se llaman guerra de Cuba y Filipinas?”.

Estas críticas de Martínez Ruiz hacia la contienda bélica resurgen el 2 de abril de 1898 en “Gaceta de Madrid” de *Madrid Cómico*, cuando en un planteamiento nuevamente original frente a dos perfiles, “patriota” y “hombre práctico”, analiza el

¹⁵⁶ Azorín (1898), *Pecuchet, demagogo, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

¹⁵⁷ Ibid., pág. 172.

contexto de la guerra. Crítica enmascarada; llamamiento al razonamiento, y la declaración sin ambages de una derrota anunciada se dejan ver en estas líneas.

Un patriota: ¡Salvemos el honor! ¡Viva la patria honrada! Hay que ir a la guerra con los Estados Unidos... ¡Arriba la gloriosa bandera de Pavía y de Bailén! *Un hombre "práctico"*: Esa guerra sería una gran desgracia. El soldado español es el más valiente de todos los soldados. Llevad al infante alemán a la manigua y no resistirá dos días de fatiga... Pero no tenemos dinero, no tenemos barcos. ¿Cómo vamos a pelear con nación tan poderosa? *Un patriota*: ¡Moriremos con gloria! Un hombre "práctico": ¡Insensatez! Las naciones no son grandes por sus victorias o por sus derrotas; son grandes por su trabajo, por su industria, por su comercio, por sus artes

Este mismo discurso antibelicista lo mantiene Martínez Ruiz en la epístola que remite a José Pérez Bernabéu, del Partido Federalista de Monóvar, cuando el 6 de junio de 1898 le pone al tanto de su visita a Pi y Margall. Le indica así el periodista alicantino: "Esa guerra es una desdicha; hay que acabarla a toda costa. Ahora nos será más fácil que mañana, cuando una victoria o una derrota haga imposible moralmente, desde el punto de vista del honor nacional, toda capitulación"¹⁵⁸.

Otros escritos de Martínez Ruiz bajo esta idéntica corriente y posición de negativa a la Guerra de Cuba están en *El Porvenir del Obrero*, del 28 de septiembre de 1902. Artículo que, titulado "La Patria", fue rescatado a todas luces de su época más crítica ante una prensa nacional partidaria por el estallido de guerra.

¿Eran menos patriotas que la prensa madrileña propalando falsas noticias de la armada americana y azuzando a una guerra irremisiblemente desastrosa al pueblo español, a ese mismo desdichado pueblo que dos días después de amotinarse pidiendo la guerra, se amotinaba para protestar de las consecuencias de la guerra, para protestar de la carestía de cereales?

En 1899 publica José Martínez Ruiz su nuevo libro, *La evolución de la crítica*¹⁵⁹, donde revisa sus dos primeros libros (*La crítica literaria en España* y *Moratín*, ambos de 1893), donde ahonda en algunos conceptos y se extiende y repite en otros.

El libro cuenta con muy buena crítica (incluida la de Clarín en *El Imparcial*) y, el 19 de enero de 1899, en *El País*, Antonio Palomero le dedica una interesante reseña al tiempo que comenta el prólogo que ha realizado también Martínez Ruiz para *Artistas levantinos*, de Luis Pérez Bueno.

¹⁵⁸ Payá Bernabé, José (2001), "Bernabéu, primer maestro de Azorín", *Algunos apuntes de Geografía de la Ciudad de Monóvar*, Monóvar, Ajuntament de Monòver, pág. 11.

¹⁵⁹ Azorín (1899), *La evolución de la crítica*, *Obras completas*, Aguilar, Madrid.

Para vulgarizar doctrinas y presentar escuelas poco conocidas en España, ha publicado Martínez Ruiz un folleto ameno y bien escrito, titulado *La evolución de la crítica*. El título no me parece expresivo, como tampoco lo parece al autor; pero el folleto me resulta curioso, y digno de ser leído, sobre todo por el público que no conoce los distintos géneros de crítica que viven, con más o menos esplendor en el mundo literario. Para quien siga el movimiento de las letras, y no haya olvidado del todo sus lecturas, *La evolución de la crítica* no enseña nada nuevo: servirá, a lo sumo, de recordatorio. Pero hay en ese folleto unas páginas admirables: las que el autor dedica a pintar el paisaje levantino y dignas de un gran artistas.

*La sociología criminal*¹⁶⁰ (1899), con prólogo de Pi y Margall, es tal y como argumentan numerosos expertos la “tesis doctoral” de Martínez Ruiz. Un estudio científico sobre la libertad, responsabilidad, filosofía, crimen y estadísticas.

Ambas obras, de 1899, provocaron un parón en el camino periodístico de Martínez Ruiz (hay un significativo freno en su producción de noviembre de 1898 a abril de 1899, también motivado por un silencio de frustración, hastío y quizás de desesperación por los acontecimientos del Desastre).

Amistad con Emilio Castelar

1898 también fue una fecha significativa para Martínez Ruiz ya que fue el año en que conoció a Emilio Castelar, el político referente de toda una época.

Lo hizo en la localidad alicantina de Sax, y será esta una relación especialmente importante en la vida y obra de Martínez Ruiz, de igual modo que ocurrirá con otras personalidades como Emilia Pardo Bazán, Clarín o Pío Baroja.

Así, sus artículos sobre el político Castelar en su producción periodística serán una constante (*Luz*, 15 de agosto de 1932; o el homenaje que le hace en *España*, 10 de julio de 1904, y recogido en *Los Pueblos*). Reproduce además textos suyos de Castelar, paisajísticos, en *La Vanguardia* (20 de febrero de 1917 o en *El Sol*, en la II República, el 13 de enero de 1931).

Martínez Ruiz, que trabajó para *El Globo* fundado por Castelar, le recuerda así en su libro de memorias *Madrid*:

Conocí a Castelar en la primavera de 1898, un año antes de su muerte, en el pueblo alicantino de Sax. Sax, del latín, es peñasco. Al pie de un elevado risco está asentado Sax. (...) Vivía Castelar en una de estas casas. Su compañero de niñez, allí en el pueblo, Secundino Senabre – un valenciano franco y jovial-, le había hospedado¹⁶¹.

¹⁶⁰ Azorín (1899), *Obras completas*, Aguilar, Madrid.

¹⁶¹ Azorín (1941), ed. cit., pág. 83.

El periodista alicantino acudía a la tertulia literaria de Sax organizada por Secundino Senabre donde se encontraba con Castelar. Bajo las higueras, el paisaje verde, la naturaleza de la provincia de Alicante, se hablaba de literatura y política, y allí mismo también acudía Vicente Medina, a quien Martínez Ruiz ya había dedicado varias reseñas (incluido el prólogo de *Aires murcianos*). También se intercambiaban libros, y Martínez Ruiz le regalaría a Castelar algunas de sus obras más conocidas entonces como *Charivari*.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

12. Fichado por Luis Bonafoux para *La Campaña*, de París

Captado por Lerroux para *El Progreso*, de Madrid, y al tiempo que escribe y redacta artículos en su militancia federalista para su diario político, *La Federación*, de Alicante, Martínez Ruiz trabaja igualmente para *La Campaña*, de París, tras aceptar la invitación de Luis Bonafoux (quien ya le había entregado una carta de recomendación para su ingreso en *El País*, que también dirigió Alejandro Lerroux). De este modo, Martínez Ruiz exprimía al máximo su labor en los periódicos (difusión nacional en Madrid; apoyo en su tierra de Alicante; y, lo más interesante, daba el ansiado salto internacional con el que seguir abriendo puertas y contactos).

Su involucración en *La Campaña*, de París, es total como ya se ha podido comprobar en líneas anteriores. De hecho, no cesará en su promoción del nuevo tabloide parisino con tal de captar lectores (lo hace especialmente en *La Federación*, de Alicante, jugando con su doble de Weeper). Una maniobra en cierto modo lógica ya que, un periódico redactado en castellano en París, Francia, debía sobrevivir con la suscripción del máximo número de españoles interesados.

Este vivo interés de potenciar al máximo *La Campaña* le llevará también a Martínez Ruiz a buscar firmas prestigiosas que pudieran aportar mayor calidad al periódico. De ahí sus peticiones de trabajos como las que realiza a su mentor anarquista, Pedro Dorado, tal y como le indica el 29 de diciembre de 1897¹⁶².

Bonafoux va a publicar en París un periódico (*La Campaña*) y yo, que soy representante en España de dicho periódico, desearía que usted lo honrara con unas cuartillas. Hay absoluta libertad para escribir; será completamente independiente. Colaboran González Serrano, Burell, Benavente, Nakens, etc...

Son peticiones e intercambio de ejemplares que no cesan, como cuando le escribe el 18 de enero de 1898¹⁶³:

Su artículo sobre la novela, leídsimo. Ha gustado mucho y ha demostrado de un modo elocuente que los hombres de ciencia son los que deben hacer crítica literaria. Le mando el segundo número de *La Campaña*, en el tercero, saldrá su artículo. Espero que me mande usted otro, pues su firma hora tanto como la primera nuestro periódico.

José Martínez Ruiz buscaba vigorizar las columnas de *La Campaña* y, por eso mismo, se explica la proliferación de firmas españolas en la cabecera parisina. Miguel de Unamuno, Urbano González Serrano, Gómez Carrillo, Eduardo Zamacois o Lerroux se hacen presentes en las páginas del diario de Bonafoux en

¹⁶² Robles, Laureano (1986), ed. cit., págs. 236-264.

¹⁶³ Ibid., págs. 236-264.

movimientos realizados claramente por el periodista alicantino en esta cabecera de tirada semanal, no exenta de polémica, que da voz internacional a las causas más controvertidas que se producen en España.

Esta involucración del periodista alicantino hace que el mismo fundador de *La Campaña*, Bonafoux, le agradezca públicamente en una carta remitida a *El Progreso* sus gestiones. Lo hace el 25 de enero de 1898¹⁶⁴ cuando se produce la primera histórica visita a la tumba de Larra, que quedará eclipsada posteriormente por la de 1901 con el conocido manifiesto.

La redacción de *El Progreso* que sabe celebrar la memoria de los escritores ilustres que han luchado por la libertad, llevará el día 13 de febrero una corona a la tumba de Fíguro. Y el representante de *La Campaña* en nombre de todos los que allí escribimos, llevará otra. Así demostraremos que sabemos honrar la memoria del más valiente de los periodistas españoles

Martínez Ruiz se estrena en *La Campaña*, de París, el 5 de enero de 1898 con “El Cristo Nuevo. Para Miguel de Unamuno”. Un ejemplar fechado en tal día donde, por cierto, resulta interesante comprobar el artículo “De Madrid a París”, de Lerroux, en el que afirma estar al tanto del nacimiento de esta cabecera por Martínez Ruiz (lo que confirma los trabajos de gestión del periodista alicantino por movilizar nuevas firmas y colaboraciones para el diario) y donde le aconseja que sume a periodistas jóvenes.

“El Cristo Nuevo. Para Miguel de Unamuno” es, junto a “La Nochebuena del obrero” (24 de diciembre de 1896, en *El País*) piezas fundamentales del ideario anarquista que toma Martínez Ruiz, siendo ambos artículos especialmente reproducidos en otros diarios y cabeceras como símbolos de libertad y denuncia de la opresión obrera. Tanto es así que “El Cristo Nuevo” también se editó en *Don Quijote*, el 15 de noviembre de 1901; y *El Porvenir del Obrero*, 8 de febrero de 1902.

“El Cristo Nuevo” sigue la misma línea que ya habían abierto otros autores como Joaquín Dicenta con “Cristo en Montmartre”, y Ricardo Fuente, con “Cristo revolucionario”¹⁶⁵, y en el que Martínez Ruiz ataca la resignación mística de un Cristo que desciende de la Cruz para abominar del Estado, en un mundo igualitario

¹⁶⁴ Manso, Christian (1997), “Sobre el semanario parisiense *La Campaña*”, *Azorín et la Generation de 1898*, Coloquios de Pau IV, Universidad de Pau, pág. 174.

¹⁶⁵ Martínez del Portal, María (1998), “Notas sobre los cuentos del joven José Martínez Ruiz publicados en *La Federación* de Alicante (1897-1900)”, *Azorín, fin de siglos (1898-1998)*, Aguaclara, IAC Juan Gil-Albert, Alicante, pág. 75.

donde nadie domina a nadie, en un diálogo desprovisto de amor religioso que llama a la lucha anarquista.

-Hijo mío, sois unos imbéciles. Hace veintiún siglos que predije la paz, y la paz no se ha hecho. Predije el amor, y continúa la guerra entre vosotros; abominé de los bienes terrenos, y os afanáis por amontonar riquezas. Dije que todos sois hermanos, y os tratáis como enemigos. Hay entre vosotros tiranos y hay gentes que se dejan esclavizar. Los primeros son malvados; los segundos, idiotas. Sin la pasividad de éstos, no existirían aquéllos. Grande es la crueldad de los unos, mayor es la resignación de los otros. ¿Por qué sufrir en silencio cuando se tiene la fuerza del número del derecho? No fue ese el espíritu de mis predicaciones; vosotros, los republicanos de la religión, las habéis falseado. Yo vi el origen del mal en la autoridad y en su órgano el Estado, y por eso me persiguieron. Desconocí el poder de los Césares, como atentatorio a la libertad humana, y por eso perezí en la cruz.

El 12 de enero de 1898 de *La Campaña*, al final del mismo, aparece una nota de Julio Burell que, dedicada a Martínez Ruiz en *El Heraldo de Madrid*, acepta con mucho gusto escribir para el diario parisino. También, en este número, se estrena Unamuno con “Cuentos de La Campaña. Beatriz”, que parece que fue la sección que le solicitó el periodista alicantino.

Una semana después, el 19 de enero, Martínez Ruiz publica “Del teatro en Madrid”, con el que sigue atento a la dramaturgia, obras, actores y escenarios de la capital desde donde ejerce el oficio periodístico. También en este día ve la luz “Lo que nos hace más falta”, del “eminente catedrático de Literatura de Salamanca, perseguido por los gobiernos de Madrid y la ‘frailocacia’”, Pedro Dorado, nuevamente invitado por Martínez Ruiz (y tal como hemos podido comprobar por su epistolario). De igual modo, continúa esta incorporación de firmas con la de Mella, quien también le agradece a Martínez Ruiz (nota incluida en *La Campaña*) la invitación.

“Charivari. En casa de Sellés”, del 25 de enero de 1898, es una entrevista con la que Martínez Ruiz vierte durísimas declaraciones del escritor contra todo y todos. Un artículo que suscitó una fuerte polémica con posteriores acusaciones de falsedad e invención (difundidas en varios diarios españoles como *El País*) y donde parece que el periodista alicantino le tomó y publicó controvertidas declaraciones de Sellés sin su permiso.

“No dudaré en hablarle porque le creo a usted mi amigo, y si cosas dijere íntimas y reservadas, esas cosas quedarán entre nosotros como expansiones de la amistad”, afirma Sellés.

En un formato original, con el que sin duda Martínez Ruiz busca la polémica, la polvareda y ruido con que *La Campaña* se haga hueco en los corrillos y cafés de

Madrid, se aprovecha de una circunstancia especial, de una visita del periodista alicantino, para intercambiar confidencias que, cuando saltan a la opinión pública, a los periódicos, se envuelven de un veneno dañino que como un efecto boomerang pueden dañar la imagen del escritor.

De este modo, Martínez Ruiz le pregunta por la obra teatral *Cleopatra*, donde Sellés se sincera abiertamente:

Cleopatra es un capricho de María Guerrero; la Guerrero es una niña mimada, una tiranuela de los dramaturgos madrileños. Se enamoró de un papel que hace Sarah Bernhard y hace la Duse, y quiso hacerlo ella también. Pero falta la obra y... Sellés hizo la obra. ¿Cómo iba a negarme yo a ello? Me exponía a que la señora de Mendoza me cerrara su teatro (...) María Guerrero desde que se casó, está imposible; es una verdad mayúscula que las actrices, cuando se casan, degeneran...

El artículo es, como bien indica su título, una prolongación de *Charivari* (su obra más polémica). Y es, por tanto, un listado de confesiones, de verdades escondidas que salen a flote, de comentarios al más puro estilo de periodismo amarillista.

¿Y los actores? No me hable usted de eso. Aquello es una grillería. Vico decía la otra noche en un ensayo: "He tenido siempre malos cómicos a mi lado, pero compañía tan mala como esta, ¡nunca!". Y tiene razón Vico, salvo que él es el "mayor padre de todos", es decir, el más horroroso comediante que me he echado a la cara... Está gastado; no tiene voz, ni figura, ni nada. No tiene de otra cosa que de no pagar a su compañía. NO hace mucho, en Valencia, se los dejó a la luna del país.

Sellés no deja títere con cabeza. Sobre los académicos: "Me dan asco aquellos caballeros; son todos unos calabazas engreídos". Y sobre Echegaray: "Su tiempo ya pasó; enterró su tiempo, como decía Clarín de Zorrilla".

Así, el final irónico y satírico del periodista alicantino no tiene desperdicio, plenamente consciente que se iba a enfrentar a un artículo incendiario:

Estreché la mano del eximio dramaturgo y me marché. Pero antes me dijo: "Esto quedará entre nosotros, ¿no es cierto? Hable usted de cualquier otra cosa. ¿Por qué?... Dispense usted la desconfianza... ¿Por qué no me manda usted el artículo antes de remitirlo a *La Campaña*?" Prometí hacerlo. Solo que no lo he cumplido.

Además, también el 25 de enero de 1898, al final de las páginas del ejemplar, se agrega un artículo titulado "El horror de Montjuich" (no incluido en la guía de Fox) que, con firma de Martínez Ruiz, el periodista alicantino busca dar eco internacional a las terribles torturas y represiones por los injustos encarcelamientos a raíz del atentado de Barcelona, donde no se da con el culpable y todo acaba en una precipitada captura masiva sin procesamientos que valgan.

El suceso era de sobra conocido en España, pero a la vista de los pocos remedios que se habían llevado a cabo, de esta forma, Martínez Ruiz trata de dar con una salida internacional que dé apoyos suficientes con que revertir la situación. Es la necesidad de crear un “caso Dreyfus” que aporte repercusión, unión y visibilidad para posibles cambios.

Solo de esta forma se explica este demoledor artículo en el que Martínez Ruiz detalla con crudeza las miserias y castigos al que son sometidos algunos de los procesados con el fin de sensibilizar a la opinión pública internacional:

Suplicio de Suñé. Las cicatrices son horrosas. El alambre debió segar la carne llegando al hueso. Las piernas, la espalda, los brazos, todo el cuerpo es una señal no interrumpida de los golpes recibidos. Causa espanto y horror contemplar a este hombre que solo por su robustez ha podido resistir el suplicio. Diez días estuvo sin comer nada (...). Ya se encontraba medio muerto. Una de las heridas le estuvo supurando más de tres meses. Las partes genitales le fueron retorcidas con una caña partida y una cuerda de guitarra. Su tormento duró siete semanas. Desde el 10 de agosto hasta el 16 de septiembre. Este último día le abofetearon tan brutalmente que vertió por la nariz más de un litro de sangre. Cayó al suelo sin sentido y al volver en sí solo tuvo alientos para exclamar: “Soy culpable y todo lo que quieran, pero ¡por Dios! Dejadme ya tranquilo”.

Suplicio de Callis. A Callis le fue aplicado el casco, aparato de hierro y madera, que detalló minuciosamente. El casco ejerce presión sobre las sienes y nuca, desgarrar la boca y sujeta la lengua para impedir que se grite. Durante ocho días y nueve noches estuvo sin comer ni beber. La sed llegó a ser tan devoradora que bebía sus propios orines. (...) Otro detalle horrible: además de beberse los orines, cosa que hicieron todos los atormentados, como su calabozo era muy húmedo se pasaba las horas lamiendo las paredes. Ulcerada la boca por la fiebre, ulcerado el cuerpo por los golpes, loco por el dolor, pensó en morir.

La noticia incluye informes médicos que demuestran los testimonios y castigos infligidos para reconocer su culpabilidad en el atentado (pese a su inocencia, que también defiende el artículo). Al final, se inserta la carta firmada por Lerroux y Bonafoux que, dirigida a la Reina, pide clemencia para estos reos:

Pedimos justicia para esos desgraciados, cuyos lamentos despiertan en Europa ecos de maldición y anatemas de desprecio que vienen sobre esta patria sin ventura a deshonorar ante el mundo civilizado a todo un pueblo que no puede ser responsable de la iniquidad cometida por los hombres que le gobiernan. No es posible que las preocupaciones del mundo en que vivís hayan obstruido por completo el paso a esos clamores de la opinión que hablan de horrosos casi imposibles para vuestros oídos de mujer, de bárbaros atentados, de ultrajes a la naturaleza humana, ejercidos por funcionarios encargados de administrar justicia para obtener declaraciones en qué tejer la urdimbre de un proceso artificioso y en qué fundar sentencias abominables. Señora, estos hombres llevan grabadas en su carne,

como bestias de un rebaño particular, a sangre y a fuego, las marcas horribles, demostración perenne de aquellos ultrajes y atentados. Esos hombres tienen madres ancianas, esposas desvalidas, hijos abandonados; todos ellos han dejado hueco en un hogar, dolor en muchos corazones, hambre en muchas criaturas. Han dejado también un nombre deshonrado, ¡porque los obreros, señora, también tienen honor!

La Campaña reserva un pequeño espacio en las últimas páginas para recuperar los halagos de otros diarios, como el que realiza *La Razón*, de Cartagena, con un extracto donde define a Martínez Ruiz como “escritor fecundo y una de las más legítimas esperanzas de la prensa española”.

El 5 de febrero de 1898, Mella rectifica el libro de un autor sobre el anarquismo en Barcelona, y aprovecha para citar a su amigo Martínez Ruiz, que ya habló de la especialidad de este movimiento en Barcelona.

Al final del mismo, se informa de la carta-queja de Sellés a Martínez Ruiz por lo publicado en la entrevista anterior (“Charivari. En casa de Sellés”, del 25 de enero de 1898):

El Correo, El País y otros periódicos de Madrid han dicho que el señor Sellés nos había escrito sobre un incidente relativo a la interview que publicó nuestro compañero y representante de *La Campaña* en Madrid, señor Martínez Ruiz. A la hora de cerrar este número no hemos recibido la anunciada carta del señor Sellés.

Del mismo modo, también se recoge el duelo entre Ruiz Morales y el alicantino que no llegó a producirse tras la mediación de compañeros y amigos de ambos.

Martínez Ruiz emprendió en *La Federación*, de Alicante, y con la firma Weeper, un método de autopromoción de sus libros y del diario *La Campaña*, de París. Idéntico sistema que repite en las páginas del diario parisino cuando el 5 de febrero de 1898 publica las mismas notas que ya vieron la luz en el rotativo alicantino unos días atrás, el 23 de enero. Sobre ello, lo curioso en este caso es que *La Campaña* asegura que no conoce de nada a Weeper, que en realidad era el mismo Martínez Ruiz.

Ya podemos y debemos decirlo: *La Campaña* no está sola. Frecuentemente recibimos trabajos de escritores y periodistas españoles que quieren honrar estas páginas. (...) Pero todos los agradecemos igualmente, como agradecemos las cartas que nos traen voces de aliento, los aplausos que nos dispensa la mayoría de la prensa de Madrid y provincias, satisfaciéndonos singularmente los que nos dirigen ciertos periódicos, como los de Cartagena y Alicante, con quienes no teníamos relaciones de ninguna especie, y distinguidos periodistas como Aixa y Weeper, con los cuales no hemos tenido el honor de cambiar un saludo.

La Campaña dedica el 12 de febrero de 1898 su imagen central a Larra ante su inminente aniversario. Martínez Ruiz publica “Charivari. En casa de Benavente”, donde agrega los comentarios sinceros del escritor sobre actores o literatos, incluido Unamuno, del que dice que no es un escritor elegante. “Jacinto Benavente no es una esperanza de la juventud española, es una hermosa realidad”, señala Martínez Ruiz.

Esta misma serie prosigue el 18 de febrero de 1898 con “Charivari. Vico”, una crítica de principio a fin, donde Martínez Ruiz admite que una vez aplaudió al actor, aunque ahora está su arte en derrumbe. De cualquier modo, no es la primera vez que Martínez Ruiz ataca ni mucho menos al conocido actor, ya que lo hizo igualmente en su “Crónica”, de *El País*, el 8 de enero de 1897, o bien en su mismo libro de *Charivari*.

“Vico lo descuida todo, lo deja todo en manos de un zascandil director de escena; no sabe nada, ni conoce la historia, ni la indumentaria, ni el mueblaje; se viste de cualquier modo, se caracteriza mal”, escribe Martínez Ruiz.

Por su parte, “Charivari. En casa de Unamuno”, del 26 de febrero de 1898, es la constatación de la amistad y conocimiento mutuo y respeto literario entre ambos autores. El artículo, que arranca con una fugaz cita de Leopardi, es la visita del periodista alicantino a Unamuno en su casa de Salamanca donde aflora una interesante discusión sobre el “Cristo Nuevo”.

Sí, ya sé... Usted ha hecho de eso un artículo. ¿Son esos los ideales? Usted, querido amigo, y los que como usted piensan están equivocados. Son generosas sus aspiraciones, pero no es esa precisamente la orientación; hay algo más que eso... Cristo no puede ser viejo ni nuevo; Cristo es eterno; el verdaderamente eterno, el del Evangelio (...) El anarquismo mismo, la lucha por las reivindicaciones sociales solo tiene para mí un sentido, y es que libertando al hombre de la angustia del pan de cada día y de gran número de miserias terrenas, le deja lugar a mirar hacia arriba y a atender a su unión con Dios. Lucharé, sí, pero porque creo en el Cristo eterno y en otra vida.

Al final del ejemplar, y extraído de *El Progreso*, una nueva nota sobre un desafío entre Martínez Ruiz y Dionisio de las Heras que queda zanjado tras la intervención de Lerroux (cabe recordar que De las Heras, como director de *Juan Rana*, se mofa y critica duramente al periodista alicantino):

Muy distinguido amigo nuestro: Comisionados por usted para pedir una amplia rectificación, o en su defecto una reparación por medio de las armas a D. Dionisio de Las Heras, como autor de un artículo titulado “Avisos del Otro”, inserto en *El País*, número 3.877, en el que se vierten frases y conceptos que estima usted injuriosos a su persona, debemos manifestarle que el resultado de nuestras gestiones ha sido el siguiente:

Reunidos los que suscriben con los representantes del señor Las Heras, señores D. Olimpo Salgas y D. Luis Cocat para tratar del referido asunto, y expuestas por nosotros las razones que nos obligaban a exigir del señor Las Heras, en nombre de usted, una cumplida satisfacción a las frases y conceptos mencionados, los dignos representantes de aquél nos manifestaron:

Que ellos, de acuerdo con su representado, consideraban concluida esta cuestión por estimar que había quedado zanjada honrosamente con el lance, a su juicio originado por la misma causa, efectuado anteayer entre los señores Las Heras y Lerroux, y que por lo tanto excusábanse de hablar más sobre tal asunto.

Ante estas manifestaciones consideramos por nuestra parte terminada la honrosa misión que se sirvió usted conferirnos, y autorizándole para que haga el uso que estime conveniente de esta carta, retíranse de usted suyos afectísimos seguros servidores... José Riquelme y Enrique Gómez Carrillo. 18 de febrero de 1898. Madrid.

“Charivari. En casa de Iglesias”, del 5 de marzo de 1898, es una defensa total de Ignacio Iglesias, autor de Barcelona, donde igualmente arremete contra otros autores (Echegaray o Galdós, entre ellos) a los que califica de tímidos y conservadores. Unas críticas que lleva lanzando desde muchos meses atrás, debido a que era un teatro que, para Martínez Ruiz, no estaba acorde con los nuevos tiempos que necesitaba España.

Y sin embargo, el autor de *Fructidor* es uno de los pocos constructores dramáticos de que puede enorgullecerse España. Yo le prefiero a Echegaray, trasnochado alfarero de metáforas; le prefiero a Sellés, revolucionario con funda; le prefiero a Galdós, tímido equilibrista de la idea nueva, con ser el más avanzado de todos. Iglesias tiene genio; es un observador profundo, un literato-filósofo. No hay nada en la dramaturgia española que supere a *Fructidor*, como cuadro real, penetrante de costumbres obreras; nada que aventaje en emoción trágica a *Los primeros fríos*.

En este diálogo entre ambos escritores, Iglesias le agradece la mención que hace Martínez Ruiz de él en su obra *Soledades*. “Su crítica me sorprende y me halaga. No esperaba, ni con mucho, que mis obras tuviesen eco en tierra castellana, y no precisamente porque *Fructidor* sea de un catalán y esté escrita en catalán”.

“Charivari. Un poeta”, del 12 de marzo de 1898 (no insertado en la guía de Fox) está dedicado a Vicente Medina, de quien ya firmó su prólogo en *Aires murcianos*. Un artículo donde ahonda en la naturaleza de sus versos, el paisaje, el alma y las fuentes de las que bebe y que también son inspiradores para el alicantino: Verlaine, Maeterlinck o Rodenbach (las ciudades muertas).

Esa es la característica de su obra: la ternura, la infinita ternura de los hombres y de las cosas. Yo no sé si las cosas tienen alma, como

pretenden los grandes artistas Verlaine, Maeterlinck, Rodenbach; lo que sí sé es que hay instante en la vida de todos los días, hay momentos en la prosa diaria en que es tal el estado de nuestro espíritu, que hablan o cantan, gimen o lloran las cosas que nos rodean: un paisaje, una pintura, una lámpara, una estatua.

Y, en este mismo sentido, revive Martínez Ruiz las sensaciones encontradas en *La intrusa*, de Maeterlinck, que él mismo tradujo:

Allí “no pasa nada”; no hay gritos, ni imprecaciones; no hay muertes, violencias, adulterios; pero hay algo que habla con voz elocuente; hay algo que se apodera del espíritu y hace vibrar el alma con la vibración de lo desconocido, de lo trágico. Hablan las cosas: hablan las hojas de los árboles del jardín, la puerta que no quiere cerrarse, el rayo de luna que atraviesa las vidrieras multicolores, la lámpara que se apaga lentamente, el grito del niño que llora...

En el ejemplar del 18 de marzo de 1898 no aparece la firma de Martínez Ruiz aunque alude a él en la sección “Página literaria”, artículo “Crónica”, el crítico Enrique Gómez Carrillo con un escrito especialmente significativo en cuanto señala que Martínez Ruiz ha acuñado un nuevo estilo dentro del periodismo con la pregunta y respuesta intercalada. Un estilo indirecto de entrevista con el que está innovando en el lenguaje. Modernidad y frescura en una nueva prosa periodística que se adapta mucho mejor a los tiempos que se avecinan.

Desde que usted publicó en este mismo periódico su primera entrevista literaria, comprendí lo mucho que ese género de literatura, libre, ligero, irónico y eminentemente moderno, había de disgustar en España. (...) El oficio de reporter, cuando quien lo ejerce es un verdadero literato que no quiere contentarse con un relato en estilo de notario, es el más difícil de los oficios.

Un estilo que Gómez Carrillo anuncia que también hace suyo para trabajarlo en España, al tiempo que no entiende la falsedad de ciertos escritores ni las críticas que estos deparan cuando Martínez Ruiz emplea estas novedosas técnicas literarias.

Nuestros escritores son todos homines dúplex en el peor sentido de la palabra. Tienen una opinión en el café y otra opinión en la crónica; hablan pestes de los novelistas a quienes elogiaron la víspera y llaman ignorantes en la intimidad a los filósofos a quienes más tarde calificarán de sabios en público (...). Hacer entrevistas literarias es más peligroso que mandar un regimiento en Cuba; ¡oh, mucho más! (...). Sin embargo, yo estoy decidido a seguir entrevistando. Mis “Intimidades Madrileñas” han comenzado a publicarse en el *Madrid Cómico*. Luego vendrán otras intimidades más íntimas aún.

El 4 de abril de 1898, con “Charivari. En casa de Pardo Bazán”, arranca Martínez Ruiz con una breve cita de *El Heraldo de Madrid*: “La señora Pardo Bazán

no recibirá mañana a sus amigos, como solía hacerlo los días 5 de cada mes, por hallarnos en Cuaresma”. Y hablan de teatro y juventud tras los consabidos elogios:

Pardo Bazán vive bien y por eso es un gran constructor intelectual. Su pluma es inagotable; cuentos, novelas, crónicas, dramas... de todo escribe con desenvoltura femenina y profundidad varonil. Pardo Bazán vale por diez hombres, y por eso los hombres no le perdonan su talento. No hay ejemplo alguno de mujer tan extraordinaria ni en España ni fuera de ella.

Pardo Bazán resta importancia al teatro de sentimientos y pasiones (como el *Juan José* de Dicenta, sobre amores y celos), al tiempo que destaca el teatro ideológico. Y se muestra muy escéptica con la juventud: “Hoy brotan aisladamente algunas plantas... Falta conjunto”.

El 11 de abril de 1898 publica *La Campaña* “Una interview”, una entrevista fallida de Martínez Ruiz a Federico Urales. Al parecer, según narra Urales, el periodista alicantino le hizo llegar un cuestionario pero debido a que no le contaba ciertos detalles para documentarlo mejor, optó por descartarlo. Eso debió enfurecer a Urales, quien remite de nuevo el cuestionario a Bonafoux para que le dé salida en sus páginas.

Desde entonces, poco o nada del rastro del periodista alicantino. ¿Lo último? El 17 de junio de 1898, cuando se recoge un pequeño suelto al final, extraído de *La Federación*, de Alicante (muy probable que lo enviara Martínez Ruiz), donde se recomienda la lectura de *La Campaña* y se incluye entre los colaboradores a Martínez Ruiz.

Los ejemplares de *La Campaña* fueron consultados tras los archivos solicitados a la Biblioteca Nacional de Francia vía el servicio de préstamo interbibliotecario de la Universidad de Alicante.

García Peláez

El primer número del periódico *García Peláez* se anuncia en *El Globo* el 20 de marzo de 1898. Una publicación expresamente creada para apoyar el caso del periodista García Peláez (con un coste de 5 céntimos, cuyos beneficios se repartirían a los pobres) en un monográfico que incluye el artículo de Martínez Ruiz (“A Manuel y Luis García Peláez”) así como de otros intelectuales como Miguel Sawa, Lerroux, Ricardo Fuente, Bonafoux, Echegaray, Burell, entre otros muchos. Junto a *El Globo*, *El País* (edición del 20 de marzo de 1898) también se sumó a la campaña haciéndose eco de la aparición de la publicación y del largo listado de periodistas y articulistas que intervienen en esta.

Por su parte, *El Progreso*, en el ejemplar del 20 de marzo de 1898, difunde la comunicación del alcalde de Santander, Sr. Piñal, al ministro de Justicia en la que

solicita la conmutación de la pena para el periodista García Peláez, tras ser condenado por la Audiencia de Málaga, y encerrado en la cárcel de Santoña. Y a continuación, a modo de editorial, agrega:

Verdaderamente que es incomprensible y monstruoso lo que ocurre con este asunto, sólo por favorecer mezquinas pasiones de un funesto hombre político.

A seguir las cosas así no nos cogería de sorpresa que el día menos pensado Santander, Santoña y Ruesga y cuantos pueblos de la Montaña se han interesado en el indulto de García Peláez, y cuyos ruegos a los altos poderes son desoídos, ejerzan prerrogativas que los pueblos disfrutaban en ocasiones determinadas.

El noble pueblo montañés está penetrado, como media España lo está, que la continuada prisión de García Peláez es inicua después de haber sido solicitado su indulto casi desde el primer día de su prisión.

¿Es que el ilustre escritor Sr. García Peláez se ha de pudrir en Santoña porque así lo reclama un hombre político? ¿Es que de nada sirve que al frente del ministerio de Gracia y Justicia se encuentre hoy un hombre de la probidad del Sr. Groizard?

(...) El Sr. Groizard debe solucionar ya este monstruoso litigio (...).

Todo este movimiento viene al caso de los hechos del mes de junio de 1891, cuando el redactor jefe y entonces director del periódico malagueño *Diario Mercantil*, el periodista Francisco de Asís García Peláez, era condenado a la pena de reclusión, siendo internado en la Penitenciaría de Santoña en Santander, como autor del asesinato del concejal electo de la ciudad, Manuel Loring y Heredia, hermano político del entonces ministro de la Gobernación, Francisco Silvela.

La escasa claridad de los hechos, al parecer nunca del todo demostrados, así como la personalidad de la víctima y las consecuencias e implicaciones que el caso trajo consigo, despertaron en la opinión pública española un vivo interés, fomentado por los sectores políticos, profesionales y periodísticos del país que solicitaron el indulto para el periodista malagueño. Este llegó en 1898, y con él el destierro de García Peláez, quien moriría un año más tarde en plena travesía hacia Nueva York¹⁶⁶.

¹⁶⁶ García Galindo, Juan Antonio (1993), "Caciquismo y prensa en España: las convulsas relaciones de periodistas y políticos a finales del siglo XIX. El caso del periodista malagueño Francisco de Asís García Peláez (1891-1899)", Universidad de Cádiz, Cádiz, disponible en <http://rodin.uca.es/xmlui/handle/10498/9259?show=full>.

13. Nueva etapa con Lerroux: *El Progreso y Progreso*, activismo periodístico en Madrid

Los cambios ideológicos y editoriales de *El País* enfrentaron a dirección y gerencia (Alejandro Lerroux contra el propietario del diario, Antonio Catena) que desembocaron en la asignación de Joaquín Dicenta como nuevo responsable del medio. *El País* dejó entonces de titularse “Diario Republicano Progresista” para pasar a ser “Diario Republicano Socialista Revolucionario”.

De este modo, Alejandro Lerroux se marcha y busca nuevos apoyos políticos y empresariales con los que levantar su inminente proyecto, *El Progreso*. Periódico que se iba a nutrir en parte de reporteros y articulistas que habían salido desencantados de *El País* como es el caso de Martínez Ruiz.

Como empresa, *El Progreso* (tuvo su redacción en Montera 51, junto a la nueva Red de San Luis. Entre los redactores que procedían de *El País* destacan Riquelme, E. Rosón, J. de la Cal, A. Luna y J. Martínez Ruiz) surgió con el exclusivo apoyo económico de los prohombres del partido, a los que Esquerdo solicitó la suscripción de acciones de 250 pesetas, según la carta que se conserva en el Archivo Diego Hidalgo. Fue un plan que ni el propio Ruiz Zorrilla hubiera llevado a cabo con éxito. Hubo promesas y desembolsos parciales, que cubrieron los primeros meses del diario, pero los apuros comenzaron enseguida. De momento, *El Progreso* se benefició de la rivalidad con *El País*¹⁶⁷.

Las páginas de *El Progreso* han sido revisadas desde el archivo de la BNE vía préstamo interbibliotecario de la Universidad de Alicante. Y, en su primer número, del 31 de octubre de 1896, *El Progreso* se presenta como un diario de libertad y de “amor para todos los republicanos”.

Martínez Ruiz se estrena en *El Progreso* este mismo día del 31 de octubre de 1897 con “Crónica”, lo que nos da una idea de la importancia que tenía para Lerroux la reincorporación del periodista alicantino tras la amarga experiencia en *El País* (aunque, eso sí, Lerroux no le cita entre el equipo de redactores). El periodista alicantino trabaja un artículo que añadirá a su obra *Soledades* (capítulo XII) y el 16 de enero de 1898 en *La Federación*, de Alicante, bajo el título de “Amor”.

“Los difuntos”, del 1 de noviembre de 1897, es una continuación del desencanto de Martínez Ruiz con la política en todos sus estamentos (incluidos, por ejemplo, la moral administrativa o la rectitud judicial), siempre con una construcción original.

¹⁶⁷ Álvarez Junco, José (1990), *El emperador del paralelo, Lerroux y la demagogia popular*, Alianza Editorial, Madrid, pág. 117.

El 2 de noviembre de 1897 publica en la última página del diario con la sección "Avisos de este", donde Martínez Ruiz arremete contra el viejo teatro, los malos autores, los malos actores y el mal público (que no aplaude con criterio). Asimismo, el 3 de noviembre ve la luz "Crónica: para Bonafoux", un escrito en el que vuelca su malestar por la sociedad madrileña en todos sus ámbitos:

Las calles, muchas no tienen rótulo; se pasa de una parte a otra; se investigan todos los rincones y esquinas, y no se da con el azulejo, por la razón sencillísima de que no lo hay. Consta el título en los faroles, es verdad; pero eso es bueno para la noche, y además los faroles de la corte diríase que en vez de dar luz, hacen lo que los concejales: absorberla.

En la misma página, Martínez Ruiz continúa con sus "Avisos de este" que, pese a no estar firmada, pertenece al alicantino al tratarse de la primera parte del capítulo XI de *Soledades*, donde establece un perfil elogioso de José Nakens. El 5, 6, 7 y 8 de noviembre vuelve a publicar en *El Progreso* "Avisos de este" que, posteriormente, se verán reproducidos en los capítulos IV, XI, VI y II de *Soledades*.

"Avisos de este" se convierte así en la plataforma con la que Martínez Ruiz ataca a todo y a todos como respuesta a su malestar contra la sociedad y el mundo en general. Lo hace sobre el periodismo, la sociedad, los políticos y, como indica el 10 de noviembre, contra la Real Academia Española.

Acabo de leerlo en el periódico. La Real Academia de las inutilidades españolas ha concedido a María del Carmen el premio Piquer, por estimar que el drama de Codina es el mejor de cuantos en 1896 se estrenaron. La Academia ha cometido una injusticia.

El 11 de noviembre, con una cita de Renan, señala que "Jesús, por su manera de considerar el poder civil, era anarquista", aunque consciente el alicantino de los lectores a los que se dirige en *El Progreso*, matiza: "A quien haya parecido demasiado radical, más exacto, socialista-revolucionario".

Algunos "Avisos de este", como el del 12 de noviembre, Martínez Ruiz los envuelve de polémica para ganar más lectores. Así no deja títere con cabeza cuando arremete contra el teatro (en esta ocasión, asegura que es una ruina por culpa de la nula profesionalidad del director artístico). Y, el 13 de noviembre, pone en cuestión el sufragio universal cuando no votan, entre otros, mujeres y enfermos que no pueden acudir a las urnas (lo que es un gesto más de su compromiso intelectual). El escrito del 14 de noviembre se reproduce en el capítulo XI de *Soledades*.

El 15 de noviembre vuelve a arremeter Martínez Ruiz contra la clase política, fatigado y hastiado por su falta de acción ante los desastres que asolan España

como las inundaciones que están produciéndose en aquellos momentos en Valencia:

Nuestros paisanos, los pobres labradores, que ven ante sí un invierno sin pan y sin lumbre, los habitantes de la hermosa tierra valenciana son muy buenos, muy honrados, muy generosos; pero si se encuentran acorralados por el hambre y la miseria, ellos sabrán perfectamente lo que han de hacer y dónde han de encontrar lo que hace falta.

Y, en este mismo sentido, denuncia la explotación infantil de los niños en el teatro con el “Avisos de este” del 16 de noviembre después de la muerte de un pequeño en un pozo cuando jugaba con unos amigos: “Yo los he visto; he visto sus caras tristes, sus silencios precoces, extemporáneos; sus maneras graves, sus ojos soñadores. El director los hacía trabajar a todas horas: por la tarde ensayo, por la noche función”.

Lo cierto es que hasta ahora son muy pocos los artículos que Martínez Ruiz firma con su nombre en *El Progreso*, lo que por otro lado también le concedía más libertad para trabajarlos. De hecho, el 16 de noviembre, aparece “Este” –el nuevo pseudónimo con el que se identifica, extraído obviamente de su sección “Avisos de este”-.

Así, aprovechando la visita de Clarín (su maestro) en el Ateneo de Madrid, Martínez Ruiz publica el 17 de noviembre una interesante columna en la que ahonda en sus teorías con una destacada mención a los clásicos:

Nadie pondrá en duda nuestra gran religiosidad en tiempos antiguos y en la misma Edad Moderna; nuestros santos, muchos de nuestros hombres eminentes llegaron a la unión con dios, a ese íntimo coloquio del alma con su creador. Sirvan de ejemplo Cervantes y Santa Teresa. (Un aplauso, maestro; Santa Teresa es el carácter español más extraordinario, más esforzado, más sublime que conozco). En estos dos espíritus superiores está compendiada toda la idealidad de España en aquella época.

El 18 de noviembre, el alicantino se pone de lado de los más débiles (el minero, el enfermo, el obrero, el labriego, el niño que trabaja...), y el 19 de noviembre reclama, en su crítica teatral, una mayor atención para los jóvenes en el mundo escénico:

El teatro de la Guerrero es un excelente teatro, pero las equivocaciones de la directora son también excelentísimas. (...) Falta allí nueva vida, vigor, juventud, calor. ¿A qué autores recurrir para lograr eso? Véalo María Guerrero: medite si no es hora ya de atender a la juventud trabajadora y entusiasta que, por lo menos, vale tanto como la vejez gloriosa.

El 20 de noviembre reincide en la denuncia sobre la situación de los niños actores arremetiendo contra el público que acude a estas funciones ya que, con su

asistencia, las financian. Es un tema que obsesiona al periodista alicantino en su compromiso intelectual, siempre con los más desfavorecidos, con el que Martínez Ruiz trata de concienciar a sus lectores.

En estos días se produce el banquete a Clarín (un homenaje del diario *El Progreso*) en el que como indica la crónica sin firmar del 21 de noviembre participa Martínez Ruiz. Bonafoux también asistió junto al mismo Clarín. El periodista alicantino pidió un brindis por ambos escritores: “Bebo esta copa de champagne por la concordia entre el ilustre profesor y el inimitable cronista”, registra la crónica en palabras de Martínez Ruiz.

Junto a “Avisos de este”, la sección natural de Martínez Ruiz en *El Progreso*, cabe destacar algunas “Notas del día” que realizan varios redactores y que, solo en contadas ocasiones, concretamente el 15, 16, 18 y 23, aparecen bajo el pseudónimo de “Este”, lo que nos hace pensar que pudo escribirlas el mismo periodista alicantino por los asuntos que trata (el teatro) en conexión además con sus “Avisos de este”.

El 24 de noviembre, Martínez Ruiz reconoce a Clarín como su maestro aunque pide claridad en algunas de sus afirmaciones y ponencias que escucha desde el Ateneo de Madrid (los cambios de opinión en el periodista alicantino fluctúan, propias de un pensador e intelectual que, por otro lado, reconoce a quienes considera sus “maestros”). “Mi impresión es esta: falta en Clarín decisión por una u otra idea; visión clara de un ideal; espíritu decidido en pro de una sola causa. Al vado o al puente; o ciencia o misticismo. Hablemos claro”.

Y el 25 de noviembre mantiene su oposición a un teatro que no está acorde con sus ideales. Posición que recalca en “Avisos de este” del 27 de noviembre:

Al teatro, para que deleite, para que emocione, para que haga batir las manos, hay que llevar tipos, costumbres, sensaciones modernas, cosas nuestras, de las que vemos todos los días, de las que nos interesan porque se refieren a algo que vivimos diariamente. Para mí D. Pedro Calderón es muy digno de veneración, como lo es Esquilo y como lo son tantos otros. Pero sus comedias me dan sueño representadas, y apenas puedo tolerarlas leídas.

El ejemplar del 28 de noviembre de *El Progreso* recupera la denuncia que, por primera vez, realizó Martínez Ruiz sobre la explotación infantil en el teatro. Para ello, *El Progreso* recurre a entrevistas con Emilia Pardo Bazán o Manuel B. Cossío. Así, el 29 de noviembre, Martínez Ruiz insiste en su posición por los más desfavorecidos y exclama por todas estas injusticias:

Una sociedad que tolera los tormentos de Montjuich, que aplaude las fiestas del circo taurino, que aliente la explotación de la infancia, no tiene derecho a condenar la idea que de pronto se resuelve en hecho;

no puede anatematizar la violencia como arma de combate para destruir la injusticia e instaurar el derecho.

El 30 de noviembre firma doblemente en primera página de *El Progreso* con “Avisos de este” y “Nota del día”. En la primera, confecciona una elogiosa crítica a la última obra de Jacinto Benavente (lo que es casi una excepción cuando Martínez Ruiz destripa constantemente el teatro de su época). De la segunda, oculto bajo el pseudónimo Este, lleva a cabo una sucinta ironía contra la clase trabajadora ya que los buques que llevan a sus hijos a la guerra de Cuba les alimentan bien con succulentos postres. “¡Descansad, honrados proletarios! ¡Los que marchan a Cuba a llevar al combate a vuestros hijos, que allá perecen o vuelven moribundos, no morirán de hambre!”.

Martínez Ruiz publica sobre el estado cultural que vive el teatro, pero igualmente lo hace con sus inquietudes, ideas, reflexiones y preocupaciones en las hojas volanderas de *El Progreso* como en este del 2 de diciembre.

No sé dónde hay más brutal egoísmo: si en las populosas capitales o en los mezquinos pueblos. Precisa haber vivido en la provincia; haberse codeado todos los días con el señorito patán, con el pedante universitario, con la niña tonta, con el cacique, con el elegante presumido con el grasiento párroco; es necesario haber soportado las disputas interminables del Casino, los chismes de tal tertulia, las ocurrencias de un tío bárbaro... toda la estupidez humana condensada en doscientas personas que hablan a gritos y eructan como energúmenos, que visten de mamarrachos y difaman y calumnian y ponen todo el talento, todo el genio humano en un talego de plata.

Pensamientos que también vuelca el 3 de diciembre cuando escribe: “El hombre es un animal... egoísta. El norte de nuestras acciones es este: buscar el placer y huir del dolor. No existe el sacrificio, no existe la abnegación, no existe el heroísmo”.

Martínez Ruiz practica la crítica literaria, recomienda autores franceses y españoles, y el 4 de diciembre lo hace con la adquisición del nuevo libro de Galdós, *El abuelo*. También comenta las ponencias de Clarín en el Ateneo el 5, 6 y 8 de diciembre, donde expone y rebate sus ideas (de las que puede estar más o menos en desacuerdo, pero siempre con respeto y admiración al que considera como su maestro). Cabe resaltar además que el 8 de diciembre, en “Avisos de este”, Martínez Ruiz señala la importancia de Verlaine por medio de las conferencias que cubre de Clarín en el Ateneo. Ponencias que acabarán siendo muy importantes para Martínez Ruiz en su posterior formación según reconoce por carta a Clarín unos meses después, el 19 de abril de 1898: “(...) voy evolucionando en un sentido que no sé cómo explicar. Sus conferencias del Ateneo (aunque usted no lo crea)

me han hecho pensar mucho y han influido grandemente en el cambio. Recientemente la lectura de *Un discurso* me ha dado que reflexionar...¹⁶⁸.

El 7 de diciembre, con pseudónimo Este (con el que se oculta Martínez Ruiz para gozar de una mayor libertad en sus escritos) realiza una defensa del general cubano Antonio Maceo a muy pocos meses de la Guerra de Cuba. De esta forma, el periodista alicantino justifica el levantamiento del pueblo cubano en una comparativa con la actuación de los españoles en la Guerra de la Independencia contra los franceses.

Calificar de criminales y bandidos a un puñado de hombres que combate como puede un ejército fuerte, bien armado, valiente, es sencillamente llamar bandidos y criminales a los hombres de la Independencia española que asesinaban franceses sueltos, los emborrachaban para tirarlos ebrios en los pozos, huían ante las grandes masas de ejército, y no hacían saltar los trenes porque no había dinamita ni trenes.

Y el 9 de diciembre arremete contra la religión, que promulga una cosa y hace otra, al tiempo que recuerda la “angustia nacional” que sufre España:

La religión de Cristo, que recomienda la humildad y la modestia, la mancillan sus sacerdotes con su oro, el único que se ve por estas tierras y en estos tiempos, y que sería un gran consuelo para tanto hambriento y tanto desgraciado. (...) Nos encontramos en momentos de angustia nacional. Una guerra en Cuba, otra en Filipinas y la amenaza de una tercera con los Estados Unidos, y el Tesoro de la patria exhausto y sin tener apenas qué empeñar.

Aunque desde entonces *El Progreso* se centra casi exclusivamente en los acontecimientos de Cuba, Martínez Ruiz alude el 13, 14, 16 y 17 de diciembre a distintas cuestiones como la universidad (cuyo funcionamiento tampoco comparte), las traducciones en el teatro, el estado de podredumbre del país y, sobre todo, critica a los compañeros periodistas que silencian las obras de autores que no pertenezcan a tal café, grupo o camarilla.

Tal y como lo hace en sus libros, que también en sus artículos en prensa, el 19 de diciembre Martínez Ruiz informa sobre los penosos sueldos de los periodistas, de escritores y articulistas, con los que es imposible sobrevivir. Y lo hace bajo una comparativa, un diario de Alaska, donde las remuneraciones están acorde a sus trabajos:

Si persiste usted en ser periodista (honrado), tendrá que emigrar a Alaska y volver de allí hecho persona decente. En Alaska hay un periódico titulado *Klondike Morning*. Cada número cuesta 35,50

¹⁶⁸ Martínez Cachero, José María (1984), “Clarín y Azorín. Una amistad y un fervor”, *Las palabras y los días*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pág. 133.

francos. Los anuncios en tercera plana, 350 francos la línea. Y dice el articulista de quien tomo la noticia: “Dichosos redactores: ¡cuánto os pagarán! ¡Si no estuviera tan lejos me iba enseguida!”. ¡Lejos! Aunque esté en el mismo Polo me marcho yo. ¡Señores, me voy a Alaska!

“Literatura anarquista”, también del 19 de diciembre, es un elogio de Martínez Ruiz a autores como Mirbeau en un alegato combativo contra la autoridad y, además, por el teatro libre, por el teatro que apueste por los jóvenes y abandone “lo viejo”.

Luchemos en el teatro; echemos de él a los viejos si los viejos no quieren cedernos el paso. El público que ha aplaudido frenéticamente *Juan José* aplaudirá también nuestras obras. Y si no nos aplaude; y si lo señores de la banca y de la política, y las damas pudibundas las sisean, como ha siseado a Miranbeau y a Clarín, nos quedará siempre la satisfacción de haber combatido contra lo más odioso, la autoridad, y haber luchado por lo más grande, la independencia.

“Literatura anarquista” está inédito en la guía de Fox aunque sí ha sido citado por el profesor Manso¹⁶⁹, quien destaca en el mismo la atención e interés que siempre muestra Martínez Ruiz por la actualidad literaria y teatral francesa. “Quien quiera que desee acercarse a la personalidad y a la obra de Martínez Ruiz, Azorín, habrá de tener presente lo que Francia representa para él”, indica Christian Manso.

Martínez Ruiz es “de los que llegarán”, señala Federico Urales el 20 de diciembre en páginas de *El Progreso*, respecto a un periodista que ha rebajado considerablemente el tono de sus artículos (el anarquismo ha amenguado, sin duda) y, prueba de ello, es la “Crónica” del 23 de diciembre de 1897. Porque en este artículo, motivado por la inclusión de su libro *Notas sociales* en un volumen de Gil Maestre titulado *El anarquismo en España y el especial de Barcelona*, Martínez Ruiz afirma respecto al anarquismo que “no hay programas, no tiene credo alguno práctico e inmediatamente realizable esa doctrina: es más bien una aspiración a un porvenir dichoso, deseo de bienestar universal, de felicidad para todos”. La radicalidad, pues, ha dejado de ser un medio, un fin, porque el “verdadero anarquismo” quiere “la vida dichosa, el bienestar para todos, sin excluir a nadie”.

No se trata, Sr. Maestre, de reivindicaciones, de lucha sanguinaria de pobres contra ricos; no es cuestión de una hecatombe en que los explotados se venguen de los explotadores, no. ¿Cómo justificar el dolor de un ser humano, sea quien sea, prodúzcalo quien lo produzca? ¿Con qué derecho la víctima de hoy, que proclama la abolición de toda esclavitud, va a convertirse mañana en verdugo? Ese es el error vulgar, el error de los radicales trasnochados que sueñan con Marat, y no

¹⁶⁹ Manso, Christian (2017), “Un texto olvidado de José Martínez Ruiz, Azorín (1897): La forja de un francófilo”, *Monòver en festes*, Ajuntament de Monòver.

conciben una transformación social sin venganzas, sin sangre, sin ruinas. El verdadero anarquismo, la teoría científica, tan digna de estudio como cualquier otra concepción social, quiere la vida dichosa, el bienestar para todos, sin excluir a nadie.

El 26 de diciembre firma Este (Martínez Ruiz) una “Nota del día” en el que enfrenta la Navidad (los banquetes generosos y las comidas en familia) con la muerte de los soldados españoles en Cuba y Filipinas. Y el 27 de diciembre, en “Crónica”, Martínez Ruiz anuncia la aparición de *La Campaña*, de Bonafoux, que define como el periódico que se abre a la juventud. Una etiqueta con la que el periodista alicantino también quiere justificar su “necesaria” incorporación a este periódico que, en París, les da eco internacional.

No contamos aquí con ninguna hoja donde los jóvenes expongan sus quejas, sus aspiraciones, sus censuras contra un monstruoso organismo social, sus ideales; no hay aquí periódicos verdaderamente nuevos, con firmas flamantes; apenas hay prensa sin prejuicios, sin reservas hipócritas, sin servilismos para el que manda en arte, en política, en literatura. Por eso *La Campaña* está haciendo ya falta. Tentativas se han hecho algunas, es verdad; repetidas veces han salido a la luz periódicos con aires de redentores y fueros de Cristos a la moderna. Todo inútil; o no han querido pelear con decisión y honradamente, o han tomado con malicia los molinos por gigantes y las ventas por castillos.

En enero de 1898, Martínez Ruiz divide sus trabajos periodísticos en *El Progreso*, *La Campaña* y *Madrid Cómico*. Es algo que él mismo anuncia en sus artículos (“Crónica” del 3 de enero) como si tratara también de poner en antecedentes a sus lectores de *El Progreso*. De cualquier forma, el periodista alicantino recibe la crítica de su “amigo” Maeztu, quien asegura que lo suyo con Clarín son “bombos mutuos”. Por ello, Martínez Ruiz sale al paso de estas acusaciones con el artículo “Dos palabras”, del 5 de enero, señalando que lo que le ocurre a él con Clarín le sucede a Maeztu con Dicenta. Una argumentación que hila con la necesidad de que una obra sea “revolucionaria”, donde se requiere una ruptura con la tradición, elevando el arte (de la literatura, de la música...) a una realidad, a un objetivo concreto.

Revolucionario era Bakounine, trabajando constantemente por destruir el poder, errante a través de toda Europa, desterrado en Siberia, condenado a muerte; revolucionario Blanqui, encerrado treinta años en las prisiones, caudillo de todos los motines, clave de todas las conspiraciones; revolucionario Rochefort, incansable, tenaz en desenmascarar fariseos, proscrito, perseguido con seña implacable; revolucionario Kropotkine, abandonando su jerarquía elevada en el imperio ruso, su cuantiosa fortuna, para vivir modestamente, en un rincón de Londres, de sus trabajos periodísticos (...). Esos son revolucionarios, Sr. Maeztu; nosotros no somos nada. Nosotros

escribimos cómodamente en los periódicos, vivimos con más o menos holgura, gozamos del arte, podemos comer sin gran trabajo, y sin leer un buen libro, y visitar los museos, y oír un fragmento de música. Esos hombres viven en la miseria, esclavizados por el patrono, perdiendo poco a poco la vida en las minas, vistiendo mal, habitando insalubres chamizos, teniendo que atender con unos miserables reales de jornal a una familia que pide pan y abrigo.

“El buen pastor”, que se publica el 9 de enero de 1898 (como también lo hace el 14 de septiembre de 1898 en *El Correo*, de Alicante; y el 24 de agosto de 1906, en *El Porvenir del Obrero*) se mueve en la línea “antibelicista” de Martínez Ruiz. De hecho, cabe recordar su oposición total a la guerra de Cuba (*El Progreso*, 7 de diciembre de 1897) cuando defiende al general cubano Antonio Macena ante la “invasión” española.

La frustración política de Martínez Ruiz siguen aflorando el 12 de enero cuando recuerda a Blanqui (del socialismo libertario francés) al tiempo que arenga a los jóvenes a actuar: “De las leyes no ha de venir el bien, hágalas un literato o un político, porque las leyes son siempre malas; de los Gobiernos no ha de venir la paz, porque los Gobiernos son tiránicos todos”.

El 15 de enero, inédito en la guía de Fox, redacta Martínez Ruiz una petición de homenaje para Mariano José de Larra con la propuesta de escenificar algunas de sus obras en el teatro Lara, con la intervención de eminentes escritores (cita a Mariano de Cavia y la participación del nieto de Larra, que ejerce de actor), y con la lectura de algunos de sus artículos de costumbres más conocidos. Este escrito que se dirige al director-propietario del teatro Lara, Flores García, se repite el 17 de enero, cuando el periodista alicantino insiste en este tributo al gran articulista, extendiendo e invitando además a la Asociación de la Prensa en un acto que quiere ligar a la juventud.

Esta debe ser por lo mismo una fiesta de la juventud. Larra era el literato más joven de todos los literatos. ¿Hay gente nueva en España, o no la hay? Si la hay ¿por qué no se demuestra prácticamente en esta ocasión? ¿Por qué no medimos nuestras fuerzas en esta especie de adhesión espiritual hacia el que debemos considerar como nuestro antecesor?

El 18 de diciembre responde Flores García con que el homenaje más adecuado para Larra, periodista por encima de todo, y no tan buen dramaturgo, sería en el Ateneo o bien en la Asociación de la Prensa. El periodista alicantino, no satisfecho, anuncia que llevará una corona de flores el 13 de febrero ante su tumba en representación de *El Progreso* y *La Campaña*.

Martínez Ruiz ejerce la crítica teatral (16, 25 y 30 de enero) al tiempo que plasma su visión crítica de la sociedad (18 de enero) y el sistema político (22 de

enero): “La patria es eso: una comedia”. También reflexiona sobre el concepto de libertad y los presos el 27 de enero: “Las prisiones son lugares de corrupción”, y promociona *La Campaña* de París con sucesivos elogios (29 de enero): “*La Campaña* persiste en su actitud de franca sinceridad. Habla el lenguaje que pedía Montaigne”.

En febrero de 1898, los primeros artículos se centran sobre *La ciudad muerta* de d’Annunzio, que Martínez Ruiz considera inmoral, “una monstruosidad de cerebro enfermo”, y su autor “un mal rapsoda de Poe y Baudelaire”. De este modo, el autor alicantino centra su interés en la Cataluña modernista y en sus jóvenes autores, apuntando el 2 de febrero que:

Yo he visto ya a muchos jóvenes catalanes, a la mayoría de la juventud entusiasta y laboriosa de Barcelona, perdida en una admiración ciega hacia ilustres nulidades y desequilibrados de allende el Pirineo. La literatura, el arte fecundo y hermoso, no es el conceptismo de los Góngora y Marini del día; no es el refinamiento obsceno de un D’Annunzio o de un Baudelaire; el arte es claridad, transparencia, sencillez, lógica.

En este sentido, Martínez Ruiz sigue ejerciendo la crítica teatral (contra Emilia Pardo Bazán o Clarín, entre otros); realiza la cobertura informativa y cultural del Ateneo (10 de febrero); o bien ataca a la sociedad que le repele y la situación execrable del país: “España se alquila. No hay industria, ni comercio, ni agricultura ni tienen un céntimo las arcas de la Hacienda”.

Asimismo, como viene realizando en páginas de *El Progreso*, el periodista alicantino da difusión a las noticias de *La Campaña* en claro apoyo al diario parisino cuando informa de la designación de Bonafoux como diputado en Puerto Rico (8 de febrero). “Bonafoux será un diputado digno –rara avis– un diputado íntegro, honrado, celoso de su distrito, enemigo de contemporizaciones y chanchullos”.

También el 10 de febrero, en “Feminismo”, Martínez Ruiz se pone de lado de las mujeres y, como ya hizo en *El País*, reclama una justa posición y mayor respaldo para la mujer, esclava de una sociedad machista:

Hay que emancipar a la mujer; es preciso luchar por que sea igual al hombre en derechos, en goces, en trabajos, en independencia... No necesita la mujer el voto electoral; no necesita ser médico, abogado, funcionario del Estado. La emancipación no está ahí; la emancipación de la mujer no está en concederle los derechos políticos del hombre; está en librarla de la esclavitud doméstica.

Martínez Ruiz rechaza la oscuridad, el hermetismo, la belleza falsa, el fraude estético, las excentricidades... El simbolismo, lo original, la sencillez, la transparencia, la lógica está en Maeterlinck y Verlaine, defiende el 12 de febrero.

El 18 de febrero, Martínez Ruiz asegura que “la anarquía triunfa” en Madrid. Para ello, se basa en los libros que dominan los escaparates de las librerías más relevantes de la capital, como el de la calla Alcalá, el Salón del *Heraldo* o del “pulcro y conservador” Fernando de la Fe donde termina de adquirir *Canciones rojas*, de Murice Boukai.

Son sus páginas un desfile de gente ansiosa de justicia, de bienestar material, de vida; pasan por allí el obrero de los talleres, el labrador, el maquinista, la mujer prostituida, el mendigo; pasan todos exponiendo sus quejas, maldiciendo de la injusticia de una organización monstruosa que sume a unos en la miseria y exalta a otros a la opulencia.

Interesado por las cuestiones culturales que acontecen en tierras catalanas, el 21 de febrero asegura sobre la revista literaria *Catalonia* que esta encierra “todo lo mejor de Cataluña, que es como decir de España”, con Maragall y Pompeyo Gener entre otros representantes.

Para Martínez Ruiz, el concepto de anarquismo ha cambiado (ya se ha visto anteriormente con la simbólica “Crónica” del 23 de diciembre de 1897), aunque eso no evita que el 28 de febrero de 1898, siempre con los más desfavorecidos, respalde la captación de fondos del diario *La idea libre* para el anarquista Callis y Baldomero Oller, ambos apresados.

La controversia tampoco escapa a Martínez Ruiz en páginas de *El Progreso* como la que mantiene con Tullio Hermill –Juan Pérez Jorba- respecto a la Cataluña modernista; o bien el encontronazo que tiene con Dionisio de Las Heras, director de la satírica *Juan Rana*. De este último choque deja constancia el periodista alicantino el 14 de febrero de 1898 cuando se dirige a él con estos términos:

Yo no me incomodo por lo que de mí se dice, así sean las atrocidades más estupendas. El honor es el precio que la opinión pone a nuestros actos, y quien se ríe de la opinión, ¿cómo no ha de permanecer indiferente ante sus apreciaciones? Pero es usted un irreflexivo, Sr. Rana. Usted habla en ese artículo contra mí dirigido de “palizas”, y eso en su pluma me parece un sarcasmo, una... ¿cómo le diré? Una autoironía. ¿Qué diría usted, joven batracio, si yo, tomando en serio sus desplantes, le mandara por padrinos a Flores García y Casero, o a Palomero y Arniches...?

Este polémico capítulo tuvo continuidad el 19 de febrero cuando se le informa a Martínez Ruiz que su petición de amplia rectificación o en su defecto “reparación por medio de las armas a D. Dionisio de La Heras”, por el artículo titulado “Avisos del otro” insertado en *El País*, número 3.877, quedaba cerrado “por estimar que había quedado zanjada honrosamente con el lance, a su juicio originado por la misma causa” entre los señores Las Heras y Lerroux, según firma José Riquelme y

Enrique Gómez Carrillo, comisionados del asunto. El periodista alicantino, en este sentido, da las gracias por las diligencias efectuadas por esta cuestión, y aclara que: “Las afirmaciones del Sr. Las Heras son completamente fantásticas; ni yo conozco –ni aún de vista- a dicho señor”.

Toda esta campaña de desprestigio orquestada por De las Heras (en consonancia con la de Joaquín Dicenta, declarado enemigo del alicantino, en *El País*) cuenta con nuevos montajes como un supuesto artículo de Martínez Ruiz plagado de ataques a Clarín (maestro y referencia siempre del alicantino, su gran apoyo). De tal modo que, el mismo Clarín, se ve obligado a intervenir para desmentirlo (“Palique” del 15 de marzo de 1898 en *El Heraldo de Madrid*).

Pocos días hace, en *El País* (bien lo siento), un señor Las Heras escribía que el señor Martínez Ruiz, redactor de *El Progreso*, le había pedido un duro prestado, y le había dado un artículo, sin firma, en que se hablaba muy mal de Clarín, muy amigo de Martínez Ruiz. (...) El Sr. Las Heras no conoce si quiera a Martínez Ruiz. No es verdad lo del duro, ni lo del artículo, ni nada de lo dicho. ¿Qué cómo lo sé yo? Verán ustedes. El Sr. Las Heras decía en su artículo de *El País* que tenía a disposición de Clarín las cuartillas de Martínez Ruiz. Clarín comisionó al distinguido literato señor Gómez Carrillo (modernista también, pero de otra manera) para que recogiese las cuartillas que Las Heras quería entregar.

Y el Sr. Gómez Carrillo escribe a Clarín y le autoriza para decirle en público, que el señor Las Heras le ha declarado que no hay tal artículo, ni por consiguiente tales cuartillas, que Martínez Ruiz no le habló nunca, que todo ha sido pura invención de la fecunda fantasía del Sr. Las Heras.

Como le aseguraba por carta a Clarín el mismo Martínez Ruiz (4 de marzo de 1898), todos estos falsos movimientos le repugnan: “Efectivamente, todas estas luchas microscópicas, todas estas minucias de la prensa madrileña me hastían y me repugnan. Hay aquí mucha pobreza de espíritu, de mezquindad de horizonte intelectual y sobre todo moral”¹⁷⁰.

Martínez Ruiz cada vez está mejor posicionado en la prensa nacional, y cada vez se siente más cómodo en el oficio periodístico respaldado sobre todo por Clarín. En cualquier caso, el alicantino prestó especial atención en páginas de *El Progreso* a aquellos autores que, como él, venían de provincias. De ahí sus elogios (22 de febrero) a escritores como el catalán Ignacio Iglesias o el murciano Vicente Medina, que con su obra *El Rentó*, más allá de su novedad estética, resalta por su compromiso social:

Yo he sido campesino también; yo he vivido en el campo y he visto la miseria horrible de esa gente; la he visto extenuada de fatiga, pálida,

¹⁷⁰ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 104.

cubierta de harapos, pidiendo un pedazo de pan de puerta en puerta; la he visto emigrar a tierras apartadas, abandonando el pedazo de suelo en que naciera. ¿Cómo vivir así? ¿Cómo vivir con el exiguo jornal que de sol a sol ganan esos obreros desdichados de los campos? Reclaman ellos al amo, tienden los puños crispados hacia el que les paga miserablemente su trabajo

El 25 de febrero describe Martínez Ruiz sus vivencias en la capital, en Madrid, los desengaños y mentiras que sufre, por medio del análisis de la obra *Snob*, de Gavault, cuando su protagonista abandona el pueblo natal, “su cielo, sus montañas, sus paisajes queridos” para hacer vida en París, “ambiciosos de la gloria, deseosos de mezclarse a la vida febril de los periódicos, de los teatros, de los políticos”. Aunque eso conlleva sus riegos, sus consecuencias, “cansados de una lucha que no tiene victoria –porque abominan de tal victoria-, hastiados de las lacerias mundanales, convencidos de la ineficacia del arte y de la ciencia en la paz del espíritu, vuelven al pedazo de naturaleza donde nacieron a cultivar tranquilamente su huerto...”. Sensaciones angustiosas de Martínez Ruiz que sigue reflejando en *El Progreso* el 27 de febrero:

Pero las lecturas, y más que las lecturas la experiencia diaria, las decepciones en la amistad, en el amor; la mezquindad de los grandes hombres, de los hombres populares vistos de cerca; las mil rencillas y bajas pasiones de la sociedad de los intelectuales... todo le fue poco a poco disgustando de la gloria literaria, todo fue amortiguando en él el ansia desatada de conquistar un nombre, de ser algo.

Martínez Ruiz adelanta en *El Progreso* (3 de marzo) algunas de las ideas que esboza en *La Campaña* cuando elogia a Cataluña por su interesante movimiento intelectual y literario, al tiempo que critica el ambiente retraído de Madrid. “Hay en Cataluña lo que aquí falta: perseverancia, laboriosidad, tesón en el estudio, ansia de conocer”.

En Barcelona (...) se lee, se investiga, se está al tanto de las nuevas tendencias estéticas, de la evolución filosófica. Cuando aún no se conocía en Madrid ni el nombre de Maeterlinck (de cuyo drama *La intrusa* solo se han vendido dos o tres ejemplares); cuando aún no se conocía ni su nombre, ya la revista *L'Avenç* había publicado una traducción primorosa de Pompeyo Fabra (que a mí me leyó y elogió el malogrado Enrique Buxaderas) y el grupo artístico del Cau Ferrat la había puesto en escena en Sitges. Cuando aquí recientemente se han vuelto locos por D'Annunzio (leído) muchos jóvenes estimables y algunas eminencias, que han llegado a telegrafiar a la gran trágica francesa pidiendo una obra que hubieran podido obtener de cualquier librero italiano; cuando aquí, repito, nos hemos entusiasmado con el autor de *La ciutat morta*, ya en Barcelona estaban hartos de leerlo y admirarlo.

El 4 de marzo, el periodista alicantino realiza una breve semblanza del banquete honorífico dedicado a Gómez Carrillo (que también destaca en sus páginas el diario *El Progreso*) y, el 5 de marzo, con “Un poeta” (que repetirá el 12 de marzo en *La Campaña*) quiere mostrarse Martínez Ruiz como el periodista que está más al tanto de la actualidad literaria. Pero este escrito va mucho más allá ya que, como indica el profesor Miguel Ángel Lozano¹⁷¹, es de “gran importancia y trascendencia” puesto que en él podemos encontrar “los fundamentos estéticos de quien ya firmará como Azorín”. De este modo, “nos encontramos en 1898 con la avanzada de la estética del autor de *Los pueblos*”.

Efectivamente, Martínez Ruiz aprisiona en “Un poeta” el mundo de sensaciones que caracteriza su estética, donde aflora igualmente el simbolismo e inspiración que causa su primera lectura de *La intrusa* (que ya ha traducido) y el “alma de las cosas”.

Sí, la Naturaleza tiene alma; tiene alma el campo solitario, en noche estrellada de estío (...) tiene alma la casa abandonada en pleno campo, cerradas las puertas, desmoronándose las paredes, batiente una ventana que el viento hace gemir con tristeza infinita en las horas de vendaval; tiene alma el mueble antiguo, pesado sillón de cuero, lienzo negruzco, velón historiado; tiene alma cuanto nos rodea, cuanto vive a nuestro lado, y asiste impasiblemente, en silencio, a nuestras tragedias íntimas, a nuestros dolores microscópicos, como a nuestras expansiones de placer, a las alegrías de una hora.

Tienen alma las cosas, y los grandes artistas saben verla y trasladarla a sus versos o a su prosa.

Los ataques a la censura y la iglesia permanecen en el Martínez Ruiz de *El Progreso* (6 de marzo) de igual forma que la actualidad literaria (17 de marzo) o la crítica teatral (Fox anota equivocadamente el 9 de marzo que se trata de un “Avisos de este” cuando el alicantino publica su sección de “En Lara”). Y, del mismo modo, el 15 de marzo construye un relato original en el que, en un diálogo con dos políticos, vuelca una reflexión crítica sobre el sistema:

Los electores no felicitan a nadie por la sencilla razón de que el elector, más bruto que los del Comité provincial y más animal que los del municipal, es un pobre hombre que se pasa el día en el campo, abriendo surcos o cavando. Ni le importa la política, ni sabe siquiera -¡hombre sabio!- quién reina en su patria. Lo malo es que el amo, llegado el día de la comedia electoral, le manda echar un papel en una caja de cristal, y él, resignado, o mejor, indiferente, lo echa. ¿Qué más le da que en ese papel impreso esté este o el otro nombre? Él siempre echa de padecer la misma hambre y ha de trabajar lo mismo... Siga la farsa; sigan los Besuguer y los Trucher engañándose unos a otros y viviendo a costa del que nada sabe.

¹⁷¹ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 114.

Martínez Ruiz retoma el despertar cultural de Cataluña entre elogios el 19 de marzo de 1898 a colación del análisis de la obra *Els artistes de la vida*, de Felip Cortiella. “Cada vez admiro más a Cataluña. No se mide la cultura de un pueblo, de una época, por sus hombres eminentes, por el número de sus gentes de ciencias, en las artes, en las letras; se mide por la masa, por el ‘pueblo’, por la clase que trabaja y produce”, señala el alicantino, quien tampoco deja atrás a Castilla aunque reconoce que “el obrero castellano no llega, ni con mucho, al nivel intelectual catalán”.

El 23 de marzo se permite una pequeña licencia humorística Martínez Ruiz y no firma “Este” sino “Aquel” la sección “En Lara”, misma crítica teatral que Fox no registra en su publicación del 24 de dicho mes. Situación idéntica que se repite con “Avisos de este” del 25 de marzo con el que el periodista alicantino se solidariza con las marchas anarquistas de Barcelona que han dejado numerosas familias desamparadas ante los encarcelamientos masivos de obreros. Esto hace que se produzcan casos alarmantes como el que ya advirtió Martínez Ruiz con Baldomero Ollé y ahora con María Moldes. “Su madre es la que tiene que ganarse la subsistencia para ella y sus hijos, viéndose en la necesidad muchos días de comer ella nada más que quince céntimos de pan y diez de cualquier otra cosa para darles un bocado de pan a sus hijos”.

Martínez Ruiz termina marzo destacando las obras de Gómez Carrillo (no sin alguna leve matización) y otra alabanza absoluta hacia Mariano de Larra, el actor y nieto del insigne escritor.

A la puertas de la Guerra de Cuba y las colonias de ultramar, el periodista alicantino frena en seco sus publicaciones en *El Progreso*. El periódico de Lerroux entra entonces en un difícil periodo con la censura y la persecución del Gobierno en el control de las informaciones. De este modo, el 2 de abril, Martínez Ruiz alude a una crítica sobre las traducciones en España y, el 4 de abril (no localizado por Fox), una respuesta-artículo para Gómez Carrillo, quien no ha aceptado de buen grado la crítica que realizó anteriormente el alicantino sobre su último libro, *De amor, del dolor, del vicio*.

Desde entonces, la firma de Martínez Ruiz se borra casi en su totalidad de *El Progreso*. Y, con él, también desaparecen prácticamente todas las noticias culturales, incluidas críticas teatrales o literarias, ocupando el conflicto bélico de Cuba la mayoría de las páginas del diario. La guerra, la censura, el control informativo por parte judicial y política, además del encarcelamiento del director de *El Progreso*, Alejandro Lerroux, como medida para contener sus editoriales y críticas políticas, debilitan enormemente el periódico.

Solo publica Martínez Ruiz una breve carta en este intervalo temporal en *El Progreso* (14 de junio) como apoyo a Lerroux, bajo pseudónimo Weeper, y que ya vio la luz en *La Federación* de Alicante. “Ha librado usted rudas, formidables, gigantescas campañas contra la canalla reaccionaria y la turbamulta de jesuitas y demás gente perdida que se ha apoderado de la moribunda España”, escribe el periodista alicantino, quien asegura que el Gobierno no le ha perdonado su constante revisión del proceso anarquista de Montjuich.

También fueron apresados otros redactores del diario como Adolfo Luna (1 de julio).

El Progreso, en resumen, también acabó desapareciendo y con él se terminaron los portavoces diarios del Partido Progresista. La que un día fue poderosa formación de Prim y Ruiz Zorrilla se extinguía ahora, reducida a un gregúsculo alrededor de Esquerdo, sin poseer siquiera una publicación nacional propia (*El Progreso* publicó su último número el 15-XII-1898). La muerte del periódico, consecuencia de la de Ruiz Zorrilla tres años antes, confirmaba el final de una época, de una manera de hacer política de izquierdas, por las alturas de la conspiración y entre fajines de generales. Lerroux y los jóvenes republicanos tendrían que buscar la vía propia¹⁷².

Nacía entonces *Progreso* (12 de marzo de 1899). Una cabecera que, a diferencia de su sucesor, no era diario sino semanal (con salida los domingos, y subtítulo “Periódico Republicano”) que, en su primero número, arranca con un editorial “A trabajar” muy esclarecedor:

Nos hemos levantado sangrando, y hemos vuelto a comenzar sin desmayos, con nuevos alientos, porque la convicción firme y honrada es yunque donde se temple, a golpes de infortunio, la voluntad indomable del luchador. Ahora también. Ahora, después de larga y dolorosa odisea, en la que de cuanto hemos perdido lo que menos estima nos merece es la personal libertad; después de un año terrible que ha multiplicado en nuestra frente las arrugas y en nuestra cabeza las canas, volvemos al puesto de honor con los bríos de siempre, no menguados todavía por la ausencia de juventud; con el entusiasmo antiguo, que no decae ni al contagio de la realidad. A trabajar venimos como obreros condenados a la bíblica maldición; pero también, y ante todo, como obreros de un ideal.

Dirigido por Alejandro Lerroux, cuenta con firmas que ya intervienen en *El Progreso* como Federico Urales y Adolfo Luna junto a otras invitadas como Clarín, Emilio Castelar, Gómez-Carrillo y José Nakens. *Progreso* sigue comprometido con los presos de Montjuich e inicia una interesante relación de artículos sobre los obreros explotados.

¹⁷² Álvarez Junco, José (1990), ed. cit., pág. 149.

Progreso

Cuando Martínez Ruiz escribe para *Progreso* ya había iniciado una amplia colaboración con *Madrid Cómico* donde el estilo y la temática cambian notablemente debido a los pertinentes “toques de atención” de su maestro Clarín. Así se lo hace saber a su maestro por carta el 19 de abril de 1898¹⁷³.

Querido maestro: Como recuerdo cariñoso le escribo a usted cuatro líneas. Si oye usted decir por ahí que me he hecho jesuita, no lo crea usted, pero afirme que no les falta razón del todo a los que así hablan. Desde hace meses voy evolucionando en un sentido que no sé cómo explicar. Desde hace meses voy evolucionando en un sentido que no sé cómo calificar. Sus conferencias en el Ateneo (aunque usted no lo crea) me han hecho pensar mucho y han influido grandemente en el cambio. Recientemente la lectura de *Un discurso* me ha dado que reflexionar... En fin, veremos donde voy; y crea que vaya donde vaya no he de variar en mi afecto hacia usted.

Muy bien recibida su dirección. A propósito: cierto colaborador del periódico se retiró porque yo escribo en él. Cuente usted desde luego con mi “dimisión”. Si usted cree más conveniente para la marcha del periódico que escriba dicho señor, yo desde luego me retiraría amistosamente y con gusto de haber complacido a usted.

Usted dé órdenes a Velasco.

No estoy ya en *El Progreso*. La cuestión administrativa es ajena a mi salida

El periodista alicantino atraviesa entonces una crisis perceptible en la ruptura de su producción periodística ya que del último artículo en prensa (del 27 de noviembre de 1898, en *La Federación*, de Alicante) al nuevo de *Progreso* (del 23 de abril de 1899) había transcurrido casi medio año. Una crisis, desesperación y abatimiento en el que intervienen las consecuencias del Desastre y, a su vez, la corrección y publicación de varios libros del alicantino, con la preparación sobre todo de la que sería su tesis doctoral, *La sociología criminal*.

En “La patria”, que así se titula el artículo con el que se estrena en *Progreso*, Martínez Ruiz pone en duda lo que puede unir a un vasco de un gallego o un valenciano entendiendo la patria como una imposición de fuerzas. “Lo que hay en el fondo de todo, lo que hay en las llamadas patrias, es, no unidad espontánea y natural, sino unidad impuesta por la fuerza a individuos de las más heterogéneas aspiraciones, lenguas y modos de vivir”.

Y, bajo este mismo discurso, vuelve a arremeter contra los Gobiernos (de ellos es esta “mentira” de la patria), porque es el Gobierno quien “ahoga al obrero” (*Progreso* dedica un importante contenido en sus páginas a la defensa de los

¹⁷³ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 107.

campesinos y la clase trabajadora, como también persiste Martínez Ruiz en su causa por los más desfavorecidos):

¿Qué importa que el gobierno que nos imponga la ley sea español, alemán o francés? En todas las naciones el obrero será explotado; en todos los países el ciudadano será engañado por el comercio, brutalizado por la industria, tiranizado por los representantes del Estado. Donde todas estas calamidades sean más soportables, y el obrero y el ciudadano vivan mejor y trabajen en mejores condiciones, allí tendrán su patria.

Además, el periodista alicantino se adhiere a la campaña contra los políticos y militares que siguen otros autores en *Progreso* como Lerroux, Mella, Pi y Margall o Castelar. De ahí la sátira sobre la idea de defensa militar del país que conlleva el término patria:

Todo por la patria. En las ilustraciones y en los semanarios populares, el héroe cae herido llevándose la mano al pecho y mirando al cielo con ojos de monta enajenada. Los corresponsales relatan los entusiastas discursos de los generales a sus soldados. Y las porteras se enternecen y los dependientes de ultramarinos derraman lágrimas patrióticas.

Pero la crisis de Martínez Ruiz sigue vigente y eso se deja ver en el nuevo parón (casi un año) en *Progreso*, hasta que nuevamente retoma las publicaciones el 8 de abril de 1900 con "Crónica. Las nuevas caricaturas del Gerónimo Bosch". No es ni mucho menos el mismo periodista alicantino ante sus escritos de *Madrid Cómico*, aunque aquí se centra nuevamente en las críticas al Gobierno (que son las que mantiene siempre) siguiendo en este caso una línea más moderada a la de sus compañeros en *Progreso*. De hecho, Martínez Ruiz ya no es un propagandista de ideas políticas (como lo es Lerroux en su defensa a ultranza de los presos de Montjuich); el periodista alicantino es, más bien, un azote político ante su escepticismo con los gobernantes. De ahí estos párrafos donde ataca al empresariado por el maltrato de los labriegos en el campo:

Pleno sol: en el campo. La manada de miserables acaba de descender del tren. Pálidos, hoscos, silenciosos caminan por la inmensa estepa de dorados trigos. A la cabeza de la banda va un hombre alto, de ojos azules, de mirar resignado y dulce. Por el llano interminable andan y andan. Llegan al lugar del sacrificio. Siegan todo el día encorvados. El sol los tuesta; la lluvia los cala; les muerden las víboras; los asaetean los escorpiones. Y el hombre alto y rubio sonríe resignado y dulcemente...

Este mismo discurso contra los gobernantes y en defensa de los campesinos lo mantiene el 6 de mayo de 1900 con "Obreros de antaño" donde, por medio de publicaciones de clásicos de Jovellanos, Feijoo o Tirso de Molina, analiza la

podredumbre histórica y el maltrato de la clase política y los militares a quienes se ocupan y trabajan la tierra.

Sobre el labrador español han pesado en todo tiempo las cargas del Estado. Concedíanse exorbitantes privilegios a la ganadería y la carretería: gravábase con toda clase de impuestos el beneficio de la tierra. Se hollaban los mismos derechos de la propiedad rústica, cuando se prohibía cerrar las tierras para que pudiesen entrar a pastar en ellas los ganados, y romperlas para que sirviesen como dehesas. Jovellanos habla elocuentemente de estos atropellos en su *Informe sobre la ley agraria*.

Con “Tinta Fresca”, del 3 de junio de 1900, Martínez Ruiz regresa al campo de la crítica literaria, que es en el que se siente más cómodo. Una crítica que se centra muy especialmente en el historiador alicantino Rafael Altamira por dos motivos: uno, porque no entiende ni acepta que la obra haya visto la luz tras pasar por la censura de la iglesia (la libertad intelectual del autor está por encima de todo, y nadie puede poner barreras a ello –y mucho menos el clero-); y dos, no ve mayor novedad que en otros libros de esta misma temática.

Rafael Altamira ha publicado el primer volumen de una *Historia de España y la civilización española*. El libro tiene censura eclesiástica; los lectores timoratos pueden leerlo descansados. Pero si la moral –la moral del Ordinario- va ganando en esto, en cambio la sinceridad del escritor sale maltrecha. ¿Cómo va a decir en un libro saneado por el clero tantas y tantas cosas atrevidas, radicales, sinceras como hay que decir hablando de nuestros respetables abuelos? Lo extraño, lo verdaderamente anómalo es que Rafael Altamira, espíritu independiente y culto, se preste a estos enjuagues y artimañas de comerciantes.

El 24 de junio de 1900, *Progreso* se hace eco de la publicación de *El alma castellana*: “Del libro de nuestro compañero J. Martínez Ruiz ofrecemos a nuestros lectores los capítulos segundo y tercero. Son hermosos, como todo lo que hace nuestro amigo”.

El periodista alicantino firma la amplia “Crónica” que abre el diario el 8 de julio de 1900 y que en realidad es un exhaustivo análisis de *La evolución de la filosofía*, de Federico Urales. Y es, sobre todo, un ataque frontal nuevamente a la censura como realiza en su libro *El alma castellana*.

Meses después, Martínez Ruiz prosigue sus publicaciones en *Progreso* con “Hipérboles”, donde critica la reseña elogiosa que el valenciano Luis Morote ha dedicado al también valenciano Blasco Ibáñez. Un artículo que se inserta en la siempre demandada parcialidad del periodista alicantino en el ejercicio de la crítica literaria, más allá de las amistades y los bombos mutuos.

Con todo el dolor de mi corazón incurro en la fiera anatema de mi amigo. No, no veo yo así. Yo veo en el fogoso diputado por Valencia un

escritor enérgico, brillante a veces –sin llegar a la elegancia aristocrática e intachable de Burrell: -agradable a veces, fecundo, fácil, caluroso. No veo un genio; no veo, siquiera, un artista delicado, exquisito, comprensivo. Tiene en su pluma la fuerza avasalladora del luchador; le falta la observación sagaz y penetrante del psicólogo. Sus novelas lo prueban: resalta en ella la pujanza de ciertos tonos descriptivos y escenas trágicas; flaquea, indefectiblemente, la psicología de los personajes de la fábula. No recoge los matices de las cosas –como un Rodembach; o investiga los laberintos del egoísmo como un Bourget;- su pluma es recia y brutal, poderosa y ruda, desconoce las sutilidades y exquisiteces del arte hondo y refinado.

El 23 de diciembre publica *Progreso* el artículo “Belén Sárraga”, muy similar al que ya redactó el periodista alicantino en páginas de *El País*. Y, aunque está firmado bajo pseudónimo (X. X.), todo apunta a que fue confeccionado por Martínez Ruiz (estilo y pensamiento son idénticos a los utilizados en ocasiones anteriores). Probablemente el alicantino se ocultó bajo pseudónimo porque ya había iniciado un curso literario (ahora en *Madrid Cómico*) alejado de ese mismo estilo agresivo, aunque algunas ideas, sobre todo en defensa de la mujer, de la libertad ideológica y de la emancipación, seguían vigentes en el autor de Monóvar.

En las ideas, casi todos los hombres se han emancipado. Es preciso emancipar a los hijos y esto no lo consigue sino la madre, la mujer. Esta los forma, los educa, los hace a su manera; como ella quiera, el hijo de Kropotkine será jesuita; como ella quiera, el hijo de Ugarte o de Pidal serán los más decididos libertarios. Pues todo esto es Belén. No solo inteligencia, pasión, fuego, sinceridad incomparable que empleándose en educar al semejante, sino además, la buena formadora de hijos, la que de cierto, realmente, verdaderamente emancipa a las generaciones por venir. Dadnos mil Belén Sárraga y la emancipación de las conciencias será un hecho completo cuando crezca la generación que ahora se educa.

Así también ocurre el 13 de enero de 1901 con “Vidas sombrías”, dedicado a su amigo Pío Baroja, con el que Martínez Ruiz (bajo pseudónimo X.) reflexiona nuevamente sobre el abandono de la mujer cuando la sociedad se abre al siglo XX, en una historia en la que denuncia incluso la prostitución infantil.

De igual modo, el periodista alicantino seguía enfrentándose a nuevas publicaciones que se basaran en la “gente vieja” de la literatura como el último proyecto de Salvador Canals, que pulveriza en “Vaquerías, literarias” del 27 de enero de 1901.

Salvador Canals es un cultísimo y expertísimo periodista. ¿Cómo ha hecho esta horrible y laudamífera cosa, tantas veces y tantas veces inaguantada? (...) Y la revista, por fin, apareció; y la revista es la consabida publicación que vemos cada año nacer y cada dos meses morir. No trae nuevos y varoniles alientos de juventud y de fuerza, ni innova nada, ni pide nada, ni descubre nada. Es como nuestro tiempo:

aburrida y tonta. Un artículo de Echegaray sobre las matemáticas (¡qué interesante!), otro sobre el impuesto de los alcoholes (¡oh, amenidad encantadora!) un cuentecito de Fulano, autor de *Quo Vadis* y dos o tres frioleras más...

Martínez Ruiz finaliza sus colaboraciones en el *Progreso* con “La pedagogía” (14 de julio), también publicado el 1 de febrero de 1903 en *Juventud*; y el 4 de mayo de 1901 en *Electra*. Y “Los criminales” (23 de julio), un ensayo donde se perciben las lecturas con las que preparó *La sociología criminal*. Ambos son inéditos, puesto que no han sido localizados por Fox.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

14. A *Madrid Cómico* llevado por Clarín. Polémica, crisis y escándalo con *Electra*, de Galdós

Tras el conocido “Palique” del 8 de mayo de 1897 de Clarín, en el que defiende al periodista alicantino de las críticas y ataques que promueven distintos medios (sobre todo, *El País* y *Juan Rana*), respaldándole nuevamente y restando importancia al virus anarquista que recorre sus venas, como si la ideología se tratara de un mal pronto de juventud, Martínez Ruiz aterriza unos meses después en *Madrid Cómico*, el 22 de enero de 1898, con la lanzadera que le sirve con toda seguridad Clarín.

A ambos les une por entonces una profunda amistad (estrechada por las notas adulatorias de sus artículos, que también por la buena relación que se vislumbra en su correspondencia epistolar), por lo que Clarín le brinda a Martínez Ruiz una valiosísima oportunidad de poner punto y aparte en *Madrid Cómico* a su virulencia anarquista con la que retomar así su carrera periodística en primera línea sin adentrarse en polémicas innecesarias.

Y todo ello se aprecia a simple vista con su estreno en *Madrid Cómico* el 22 de enero cuando firma el artículo “Una mujer. Silueta”, donde ahonda en el perfil humano de Santa Teresa de Jesús (sin citarla) por medio de su libro de viajes *Las fundaciones*. Un escrito en el que, a todas luces, es una ruptura con su producción anterior.

“Leopoldo Alas siente por ella una verdadera simpatía. Era alta, esbelta, blanca y carnosa de cara; obscuro el cabello, los ojos negros, expresivos; de imponente severidad cuando graves, de alegría infantil”, escribe Martínez Ruiz también con un gesto elogioso hacia su gran valedor, Clarín.

Esta misma espiritualidad, estilo, temática, que separa su ideología y línea más radical, tiene continuidad el 12 de marzo de 1898 en “Gaceta de Madrid”, cuando trabaja la crítica literaria y repasa las publicaciones de Gómez Carrillo (quien ensalza unos días después en *La Campaña* a Martínez Ruiz sobre su revolución periodística); abordando además el teatro (estreno del drama de Guimerá); y, por supuesto, Clarín: “si hay en España algún innovador en este punto es Leopoldo Alas”.

En esta misma sección de “Gaceta de Madrid”, creada para *Madrid Cómico*, la retoma Martínez Ruiz el 19 de marzo con una descripción del salón de Emilia Pardo Bazán, que conocía bien de sus distintos encuentros en Madrid y su casa en Galicia. Su admiración, por entonces, era mutua: se intercambiaban libros y retratos entre encuentros donde cabían muchas confianzas (sabemos que Martínez Ruiz y

Pardo Bazán se ven desde 1891 cuando el alicantino viaja a Valencia para estudiar en la universidad).

Mi emoción fue extraordinaria. Yo la creía —*a pura causa*, según lo que de ella han escrito— una dama enfática, afectada, dómine hembra de edad provecta; y entró en el salón, con paso menudo y noble, una señora joven, de rostro agradable, de ojos vivos e inteligentes, de menuda y blanquísima dentadura, que envidiaría una muchacha de quince años. El salón de Emilia Pardo Bazán es de gusto exquisito, serio, elegantemente severo. He visto muchos salones, fotografías de salones; fotografías de los salones de nuestra aristocracia, cursis, llamativos, repletos de quincallería cara; fotografía de los *boudoirs* de las actrices de París, discretos, confortantes, bonitos.

El gancho periodístico, la nota de actualidad de esta “Gaceta de Madrid”, es la reciente publicación de *El saludo de las brujas*, de Pardo Bazán, y su nuevo e inminente lanzamiento, *Cuentos de amor*. Y termina con unas líneas finales para González Serrano, otro de sus grandes valedores (al que había dedicado otro escrito de materia antirreligiosa en *El Motín*), y al que aquí detalla en su labor literaria con su libro *La Psicología del amor*:

González Serrano es uno de los intelectuales que más reciamente trabajan. Cigarro tras cigarro, en su estudio repleto de libros y revistas, pequeño, diminuto, sin más ornamento que un autógrafo de Schopenhauer, medita, lee, escribe, con la impasibilidad de un árabe. Porque eso es González Serrano: un tipo árabe. No hay más que verlo, ver su cara tostada, su barba negra y fuerte, sus ojos luminosos, penetrantes. En *La Psicología del amor* está todo el filósofo.

De vuelta con la crítica literaria, el 26 de marzo trabaja una nueva “Gaceta literaria” (Martínez Ruiz es siempre muy del gusto de “etiquetar” bajo secciones sus seriales periodísticos) donde en esta ocasión aborda la obra del belga George Rodenbach, al que ya había citado en “Charivari. Un poeta”, del 12 de marzo de 1898, en *La Campaña*, de París.

Martínez Ruiz le cita a colación de una crítica sobre la obra de Adrià Gual, *¡Cossi va il mondo spesso! Silenci*: “El arte de Gual, es el arte de Georges Rodenbach; arte de matices, de tintas finas, e penumbras. Leyendo *Silensi* se recuerda, por la manera, *Le voite*, del poeta citado”.

Esta es una pista que nos conduce a la posterior construcción del periodista Martínez Ruiz-Azorín, donde sus ideas ya están marcha y se están configurando, en un proceso lento que cabe buscar desde sus orígenes. Así, Martínez Ruiz nos habla de silencios, personajes que no hablan y de observación...

“Gual es un observador penetrante; aquel silencioso interior, aquellos personajes que no hacen nada, que no matan, ni cometen adulterios, ni prorrumpen en gritos, son un fragmento palpitante de historia contemporánea”.

La “Gaceta de Madrid” del 2 de abril es especialmente relevante por dos aspectos: primero, en su arranque inicial, porque Martínez Ruiz vuelve a asomarse a la crítica política (aunque ni mucho menos se acerca a la efectuada en *El País*, *El Motín* o *El Progreso*, puesto que su tono es más rebajado). Se trata, más bien, de una crítica moderada (que no menos efectiva). No tan agresiva pero sí ácida, igualmente inteligible para el lector.

Se hicieron las elecciones. Blancos o rojos, todos los nuevos diputados serán lo mismo que los de ayer y lo mismo que los de mañana –si los hay. ¿Y por qué no? ¿Qué motivos existen para que, por ejemplo, republicanos o socialistas procedan de distinto modo que monárquicos? Hombres son unos y otros, y la misma influencia sufren del medio en que se mueven. (...) Monárquicos, republicanos, socialistas, anarquistas (si a las Cortes fueran) todos, todos caminan por los mismos pasos y transigen, y contemporizan y chanchullean. (...) Ante la ineficacia del poder legislativo, no cabe predicar el retraimiento; cabe votar... por la supresión del Parlamento.

La segunda parte, como se ha señalado en líneas anteriores, viene a romper la teoría de quienes aseguran que Martínez Ruiz no hizo alusión alguna a la guerra y el Desastre del 98.

En el *Madrid Cómico* del 9 de abril, Tomas Carretero, en “Un poeta”, destaca la obra de Vicente Medina que ya había sido previamente rescatada por Martínez Ruiz en páginas de *El Progreso*. Resulta llamativa esta información porque define al alicantino como “compañero” en páginas de *Madrid Cómico*, lo que deja entender la integración de Martínez Ruiz en la redacción madrileña.

Martínez Ruiz, mi querido compañero, ha hecho una buena obra, llamando la atención desde *El Progreso*, sobre las hermosas poesías de Vicente Medina. Si los editores no son sordos, sordos de entendimiento, yo confío en que pronto todo el público podrá leer y admirar los versos de este poeta, de este notabilísimo poeta.

En este mismo ejemplar del 9 de abril, Martínez Ruiz firma “Mis montañas”, en una colaboración puramente descriptiva, literaria y, lo que es más importante, recrea y anhela el paisaje de su infancia, el de Collado de Salinas.

Y, aunque no es habitual, confecciona un segundo artículo el 9 de abril con un “Gaceta de Madrid” firmada con sus iniciales. Un escrito más corto de los habituales y que va en defensa de la creación de un Teatro Católico (algo impensable hasta hace apenas unos meses en su vertiente anarquista, lo que el cambio ideológico es absolutamente sorprendente por la influencia de Clarín).

“No vivamos de prejuicios, y seamos liberales para todos”, señala el periodista alicantino, quien agrega que “el Teatro Católico puede ser tan artístico, tan legítimamente estético como cualquier otro teatro”.

Clarín, director de *Madrid Cómico*

Desde abril de 1898, Clarín toma la dirección literaria de *Madrid Cómico*, y eso va a suponer una mayor presencia de la firma del periodista alicantino en la publicación. Así, el 16 de abril publica “Gaceta de Madrid”, un sorprendente perfil elogioso hacia Romero Robledo, y que puede entenderse en un contexto de búsqueda de apoyos de Martínez Ruiz para seguir escalando en su vida periodística.

Días después, el 23 de abril, en su “Gaceta de Madrid”, aborda la obra de teatro *Liliput*, de Luis Ansorena, que a su juicio no ha sido suficientemente destacada por la crítica ni por la prensa (lo que prueba la atención de Martínez Ruiz por las obras “olvidadas” o despreciadas por otros periódicos cuando, para Martínez Ruiz, merecen una distinción). Una denuncia que Martínez Ruiz viene repitiendo desde prácticamente sus primeros trabajos en la profesión periodística.

El 30 de abril realiza un perfil de “Pecuchet, diputado”, y el 7 de mayo, nuevamente bajo su sección habitual, “Gaceta de Madrid”, reflexiona sobre los predicadores en las iglesias centrándose en el Padre Calpena. “Hombre de copiosa lectura, laborioso, modesto, tiene el buen gusto de no hacer de sus discursos apologías ampulosas ni libelos hablados. Su palabra es fácil, concisa, y su gesto exacto y reposado”. Un nuevo escrito que confirma este cambio ideológico y de pensamiento en Martínez Ruiz, puesto que no había en su producción anterior una sola palabra de elogio hacia la iglesia católica y sus integrantes (a excepción del período de colaboración en *La Educación Católica*, influenciado entonces por su tío Amat).

Madrid Cómico informa el 2 de julio de 1898 de la publicación de *Pecuchet demagogo*, de Martínez Ruiz, con una foto suya en la noticia. Y también agrega un pequeño texto que, sin firma, pudo ser escrito por Clarín:

El vecino de al lado es nuestro querido amigo y colaborador Martínez Ruiz. Martínez Ruiz acaba de publicar un folleto –*Pecuchet demagogo*– sátira ligera y de buen fondo, y ese es el motivo porque nosotros sacamos a luz su figura. Quizás la nueva obra de nuestro amigo sea tachada de reaccionaria; y nada más infundado; Martínez Ruiz está donde siempre estuvo, pero ni comparte cierto volterianismo frívolo y de mal gusto, ni acompaña a los anticlericales en sus excesivos furores. De todos modos, negra o roja, la nueva obra de Martínez Ruiz es una obra artística, y eso basta para que sea leída con agrado por el público indiferente en materia de colores. Dicho folleto por su originalidad, es digno hermano de los ya publicados por el mismo autor, sin embargo, en *Pecuchet*, se nota más galanura de estilo y sátira más fina que en los anteriores.

Desde julio de 1898 a diciembre de 1899 (algo más de un año) se produce un importante parón de Martínez Ruiz en *Madrid Cómico*. Lo que se explica por su frenética actividad en sus libros y, muy especialmente, por las presiones familiares que sigue recibiendo. Así se lo hace saber a Clarín el 14 de mayo de 1898 por carta¹⁷⁴:

No extrañe usted que no escriba más en *Madrid Cómico*. Es que he prometido a quien sobre mí tiene autoridad no escribir ni una línea hasta que termine la carrera y lo cumpliré.

Estoy muy atareado con los estudios académicos. Quiero examinarme ahora por lo menos de una asignatura, de Derecho Internacional. El ser redactor de *El Progreso* hizo que dejara de ir a clase (con motivo de aquel escándalo). Pero he estudiado el texto, y como lo sé bien, me presento.

Está en el tribunal Piernas, y el profesor es Retortillo, para quien voy a pedirle a Blasco una recomendación (pues he visto le dedica una de las poesías de *Corazonadas*).

Veremos si puedo conseguir lo que tanto deseo.

Esta búsqueda de ayudas incesantes se explica desde la desesperación de Martínez Ruiz por acabar la carrera de Derecho puesto que es el único obstáculo que encuentra de momento en su meteórica carrera. Aprobar ahora sería un bálsamo, una vía de escape con la que dejar de lado las presiones familiares. De este modo, el 19 de mayo¹⁷⁵, solo unos días después, le sigue manteniendo al corriente a Clarín de cómo están las cosas:

Ayer me examiné de Internacional público. He salido bien, a pesar de mi falta de audacia. Sabía la asignatura.

No ha sido necesario pedirle nada a Blasco. González Serrano me dio una carta para Retortillo, excelente persona.

Si me escribiera usted, le agradecería que me indicase algunos buenos autores de filosofía del Derecho y de Derecho romano.

Voy por *Madrid Cómico*, pero, como le dije, no escribo ya, fiel a mi promesa.

De cualquier modo, está claro que Martínez Ruiz no cesó en su trabajo literario, y a la vista están los libros que van cobrando vida. En enero de 1899¹⁷⁶, en su correspondencia epistolar con Clarín, le pone al tanto de *La evolución de la crítica*, y le pide reseñas en diarios prestigiosos como *El Imparcial*, con el sueño

¹⁷⁴ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 110.

¹⁷⁵ Ibid., pág. 111.

¹⁷⁶ Ibid., pág. 114.

rondándole la cabeza, seguro, de aspirar y escribir en el rotativo de Ortega Munilla. Además, también le hace mención de un manual de literatura que está preparando pero que finalmente no vio la luz:

Querido maestro:

Por el mismo correo le mando certificado mi folleto *La evolución de la crítica*. Yo le agradecería que –si lo merece- dijese de él dos palabras; no en *Madrid Cómico*, moribundo y desacreditado por la avaricia inercial del amigo Rodríguez, sino en *El Imparcial* o en otra parte.

Son páginas apasionadas, ligeras; pero ya verá usted que con lo que he estudiado para escribir ese corto trabajo, hubiera hecho cualquier pedante un tomo de doscientas páginas.

Preparo mi manual de historia de la literatura española contemporánea. Causará asombro a muchos cuando salga. Ya supondrá usted que no voy a hacer lo que el P. Blasco. Estudiaré solo “la serie de organizaciones mentales tipos de una nación, es decir, de las evoluciones psicológicas de esa nación”; y por eso muchos señores que hemos tenido y tenemos por genios, habrán de resignarse a que no se les nombre siquiera.

La tarea es muy difícil. ¡Qué cantidad enorme de menudos hechos se necesita buscar en colecciones de periódicos, folletos, revistas, etc... para determinar la influencia de un autor, de usted, por ejemplo, que es quien más ha hecho gemir las prensas de este país!

Así pues, no será hasta finales de 1899, el 9 de diciembre, cuando un “Palique” de Clarín informa de la publicación *Los hidalgos*, de Martínez Ruiz. Una reseña significativa en cuanto le llama por un lado “mi amigo” (lo hace en público) y, por otro, destaca lo que ya se vislumbra en las colaboraciones del periodista alicantino en *Madrid Cómico* en cuanto al cambio que está experimentando al dejar atrás su “enfant terrible”.

Los Hidalgos se titula el último libro de mi amigo el joven escritor Martínez Ruiz. Es un estudio substancioso, de crítica muy documentada y de amorosas descripciones, lleno de ideas y de noticias... y de color. Martínez Ruiz empezó por ser un enfant terrible y después se fue convirtiendo en un literato concienzudo y de los pocos que estudian de veras. Otros ahorcan los libros y se meten a predicar libertariamente. Martínez Ruiz, de veras, se fue del púlpito a la biblioteca. Dejémosle en paz. Que estudie, que estudie. Respetemos el culto de esa especie de oración perpetua. En España la vida del verdadero estudiante, es vida monástica, en la rigurosa acepción de la palabra...

De esta forma, Martínez Ruiz regresa a las páginas de *Madrid Cómico* el 31 de marzo de 1900 con “Los pájaros fritos”, que será el prólogo de *El alma castellana* (también de 1900, con añadidos o más bien una ampliación de *Los hidalgos*). Dedicado el artículo a Mariano de Cavia, el periodista alicantino ya fija su

objetivo en *El Imparcial* (donde Cavia colabora). Sus frases, sus palabras, van moldeando el futuro Azorín: “Graves lecciones nos da a menudo la Providencia en las cosas más pequeñas y miserables”.

El 14 de abril de 1900 publica Martínez Ruiz “El Cristo de la venerable Agreda. Otro símbolo”, una crítica política original por medio de la narración ficcional, del relato corto y del cuento. Técnica habitual del periodista alicantino en toda su trayectoria.

Han de saber vuestras mercedes que hay muchas suertes de hombres, como hay muchas suertes de árboles: unos que se adornan de pomposas flores y al cabo dan poco fruto; otros, como la higuera, que sin el anuncio de las flores, se cargan de abundante y regalada cosecha. Por desgracia, tocante a los hombres, muchos son los primeros y contados los segundos, y bien puede decirse que en nuestra España y en los tiempos presentes, apenas si se hallará alguno de estos pocos, mayormente si consideramos los que administran los públicos negocios.

El 5 de mayo de 1900, en “Los juguetes”, Martínez Ruiz hace una llamada al pensamiento, la filosofía y los “juguetes” que nos facilitan los grandes maestros... Es una crítica en cierto modo a una sociedad esquiva sobre la reflexión y, sobre todo, es un artículo en el que rinde homenaje a su referente absoluto: Montaigne.

El hombre juega con las filosofías para distraer la convicción de su ignorancia. Los niños tienen sus juguetes, los tienen también los hombres. Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hegel, Kant, son los grandes fabricantes de juguetes... (...) Sí; acaso el universo sea una broma; acaso –como dijo el maestro Leopoldo Alas- los fenómenos sean una superchería. Entretanto juguemos para divertir nuestro tedio, juguemos con el juguete de Montaigne, que es el más bonito y comfortable.

“Hidalgos y ginoveses”, del 19 de mayo de 1900, resulta relevante puesto que Martínez Ruiz defiende la esencia de Castilla, los pequeños pueblos, los labriegos... a tiempo que arremete contra la burguesía (que no comprende el espíritu de Castilla) en lo que es una clara respuesta al político catalán Pedro Corominas¹⁷⁷.

Cojo el *Progreso* y leo: “Estas gentes del centro de Castilla, tienen más esfuerzo que voluntad. Sirven más para el impulso titánico que para la obra lenta, continua, de una tenacidad inacabable”. ¡Estas gentes! Sí, estas gentes son los castellanos, el gran pueblo de Castilla, conquistador del obre, descubridor de América, maestro en el teatro, sin par en la novela picaresca, incomparable en el Romancero, ingenuo, audaz, generoso, temerario, sencillo, heroico. Toda la vieja Castilla surge y revive a mis ojos: toda la raza de capitanes y

¹⁷⁷ Vidal Ortuño, José Manuel (2010), “Introducción”, *España (Hombres y paisajes)*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 15.

navegantes, de teólogos y místicos, de poetas y pintores: Fernández de Córdoba y Cortés, Melchor Cano y Teresa de Cepeda, Calderón y Velázquez; todos vuelven a la vida y palpitan, hablan y gesticulan, mientras voy leyendo, lentamente, tristemente, el artículo desdeñoso, agresivo, ferozmente injusto, de un amigo querido, artista por su gallardo espíritu, generoso por su corazón magnánimo (...).

El 9 de junio de 1900, Clarín cita en su “Palique” a Martínez Ruiz por la publicación de *El alma castellana*, prolongación de *Los hidalgos*. Y califica al periodista alicantino como un “paisajista imparcial” y, por otro lado, le define como un intelectual que ha preferido seguir formándose en la biblioteca, inconformista, que nunca se ha contentado solo con ejercer la crónica y el periodismo.

En vez de meterse, ante todo, en una rotativa, se ha metido en la Biblioteca. Más quiere ser cabeza de ratón... de biblioteca, que cola de león de... soneto modernista, como el vate nenúfar de días pasados.

Martínez Ruiz trabaja el artículo “Gracián” el 29 de septiembre para criticar una reedición de Baltasar Gracián descuidada. De cualquier modo, este gancho de actualidad, la aparición de una reedición del clásico, le sirve de pretexto al alicantino para revalorizar su literatura.

Ni satírico, ni político, ni místico, ni parnasiano, es Gracián un espíritu vulgar. Clarividente, sagaz, portentoso hallador de las más remotas relaciones de las cosas, expone en sus libros nuevos puntos de vista, contrastes extraordinarios, paradojas, consideraciones audaces, rarezas. El ansia de lo original le atormenta: pudiera decirse que Baltasar Gracián es en las letras lo que el Greco es en la pintura; -tal es la analogía entre los grises, azules, desmadejados y retorcidos personajes de los lienzos religiosos de Theotocópuli, y los laberintos, logomaquias y negruras de la *Agudeza*.

Electra

El estreno de *Electra* fue un tema de candente actualidad que retrata el caso de una joven, Adelaida de Ubao, que había sido inducida por un jesuita, el padre Cermeño, a ingresar en la Orden de las Esclavas del Corazón de Jesús sin el consentimiento de su familia escapándose de casa por la noche. La madre de Adelaida y su hermano pudieron contar con el apoyo de las autoridades para reclamar el regreso de la novicia, y plantearon un delito que tuvo que resolver el Tribunal Supremo.

El 31 de enero de 1901, *El País* publicó una “Instantánea. Impresiones recogidas durante la representación” con declaraciones de escritores y autores sobre el estreno de *Electra*, de Galdós. Martínez Ruiz señala en este sentido:

Yo contemplo en esta divina *Electra* el símbolo de la España rediviva y moderna. Ved cómo poco a poco la vieja patria retorna de su ensueño místico y va abriéndose a las grandes iniciativas del trabajo y la ciencia, y ved cómo poco a poco va del convento a la fábrica y del altar al

yunque. Saludemos a la nueva religión, Galdós es su profeta; el estruendo de los talleres, sus himnos; las llamaradas de sus forjas, sus luminarias.

Estas declaraciones recogidas por Ricardo Fuente sorprenden por el cambio de tono cuando el 9 de febrero de 1901, dedicado a Clarín, escribe Martínez Ruiz “Ciencia y fe” con el que cierra su etapa desde *Madrid Cómico*. Y, en él, el periodista alicantino critica los elogios que ha despertado el estreno de *Electra*, de Galdós, donde en su visión original encuentra datos y prismas que escapan al resto de críticos y espectadores.

Sí, es una gran vergüenza. Galdós se reirá por dentro de esta pobre España tan inculta, tan grosera, tan fanática, donde para que el arte llegue al corazón del público hay que prostituirlo y hacerlo servidor de programas religiosos y políticos. Nadie ha entendido su obra; todos se han ido tras el señuelo de un anticlericalismo superficial y postizo (...). Hay algo más en la obra del maestro que un relampagueo del espíritu liberal. Hay algo más conmovedor y más intenso: el problema de la vida y del mundo, la perdurable ansia por lo definitivo y verdadero. ¿Dónde está la verdad? ¿Cuál es el fin de la vida? ¿Cuál es el sentido de la vida? La ciencia calla, y el hombre ignora por qué vive y para qué vive (...). ¡Oh paladines denodados de la democracia y de la libertad, aunque vuestra fiereza destruya conventos y arrase templos y acabe con todo símbolo y rastro de idealidad, el pavoroso problema de la conciencia y de la vida perdurará mientras perdure el hombre!

Este “cambio de opinión” no se lo perdona Maeztu al considerarlo como una traición por su pérdida de rebeldía (que era lo que había caracterizado el periodismo de Martínez Ruiz hasta entonces), de tal modo que le responde en el mismo diario de *Madrid Cómico* el 16 de febrero de 1901 con “Electra y Martínez Ruiz”, donde acusa al periodista alicantino de estar “hambriento de notoriedad”, ya que para ello “necesita para su nombre un misterio que lo acreciente”.

No era tampoco la primera vez que Maeztu fijaba sus críticas en Martínez Ruiz. El 4 de enero de 1898 arremetía contra el periodista alicantino en sus bombos mutuos con Clarín, o bien cuando escribió *La evolución de la crítica* aseguraba que Martínez Ruiz buscaba una cátedra en la universidad. Y tampoco Fray Candil le perdona esta disyuntiva tomada por Martínez Ruiz y de ahí su crítica en “Baturrillo” (*Madrid cómico*, del 16 de febrero de 1901).

Pío Baroja también recoge en sus *Memorias*¹⁷⁸ esta controversia entre Maeztu y Martínez Ruiz a raíz de estos acontecimientos:

Pocos días después, Azorín, más impresionable que yo, me dijo que sospechaba que la obra no fuera tan buena como había creído. Yo, la

¹⁷⁸ Baroja, Pío (1945), *Final del siglo XIX y principios del XX*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 743.

verdad, nunca había creído que fuese una obra maestra. Azorín, que ha sido hombre de gran probidad intelectual, dentro de sus cambios, escribió un artículo en el *Madrid Cómico*, hablando de *Electra* fríamente y rectificando lo que había escrito en *El País*. Maeztu, que estaba obsesionado por la obra, insultó a Azorín, y se encontraron los dos en un café y estuvieron muy cerca de agredirse.

Sea como fuere, a Martínez Ruiz le dolieron especialmente los ataques de Maeztu cuando vincula su nombre a los jesuitas:

¿Martínez Ruiz, jesuita? Ahí van los hechos. Llegó a Madrid hace cuatro años, con fama de anarquista. Gracias a Fuente y Lerroux entró en *El País*. Hizo en el periódico revolucionario tales artículos que en cosa de dos meses 500 suscriptores diéronse de baja. Salió de *El País* para caer en brazos de la juventud avanzada. Cuando ésta fundaba *Germinal*, Martínez Ruiz lanzó contra ella el folleto *Charivari*. José Nakens tuvo la debilidad de imprimírselo. M. R. le pagó el servicio escribiendo contra el honrado luchador su *Pecuchet demagogo*. En *La Campaña*, de Bonafoux, publicó M. R. varios escritos contra reputados publicistas; todos anticlericales. Agradecido a la hospitalidad combatió a Bonafoux en un artículo de macabra intención. Recientemente, mientras escribía en *El Progreso*, siempre contra literatos de ideas progresivas, creando al semanario conflicto por artículo, deslizaba contra Lerroux las calumnias que pueden hacer más daño a un periodista de batalla. Titulándole anarquista ha combatido a Federico Urales. Se ha enemistado con *El Progreso* porque se le obligó a firmar su artículo contra Salvador Canals. Dedicó a Clarín el escrito de “Ciencia y Fe”, como invitándole a hablar sobre *Electra*. Si el catedrático de Oviedo persiste en el neo-misticismo que mostró en el Ateneo, merecerá sus plácemes; si Alas viera la nota antijesuítica, Martínez Ruiz redactará contra Clarín un nuevo *Charivari*; repetidas veces me ha manifestado este propósito. Hoy es posible que Martínez Ruiz se halle escribiendo el folleto que preparan los jesuitas contra la familia Ubao.

Fueron unas críticas, decíamos, que molestaron enormemente a Martínez Ruiz, según le confiesa por carta a Clarín el 17 de febrero de 1901. Tanto, que llegaron a las manos¹⁷⁹.

Son las dos de la madrugada. Ayer, sábado, en el *Madrid Cómico*, se publicó un artículo injurioso para mí. Fui al café, saqué a la calle a ese desdichado Maeztu y lo abofeteé. Por la noche, fui a otro café, saqué a Loma y lo abofeteé también. Todo lo que ese despreciable envidioso ha dicho es completamente falso.

El controvertido artículo de Martínez Ruiz en *Madrid Cómico*, “Ciencia y Fe”, no es un cambio de opinión sino una progresión y evolución que es perceptible desde sus primeras colaboraciones en *Madrid Cómico*. El periodista alicantino no critica *Electra* en “Ciencia y fe”, sino que va más allá en la búsqueda de su

¹⁷⁹ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 134.

identidad por medio de reflexiones (preocupaciones existenciales) que están moldeando su nueva identidad. “Nadie ha entendido la obra; todos se han ido tras el señuelo de un anticlericalismo superficial y postizo (...)”, recordemos que indica el periodista alicantino sobre *Electra*.

No es por tanto el Martínez Ruiz de *El Progreso*, *El País* o *El Motín* en sus apuntes anticlericales, sino un Martínez Ruiz que sigue indagando en sus propias cuestiones y preguntas como tratando de salir de una crisis que le ha bloqueado. Así lo refleja el periodista alicantino:

Hay algo más en la obra del maestro que un relampagueo del espíritu liberal. Hay algo más conmovedor y más intenso: el problema de la vida y del mundo, la perdurable ansia por lo definitivo y verdadero. ¿Dónde está la verdad? ¿Cuál es el fin de la vida? ¿Cuál es el sentido de la vida? La ciencia calla, y el hombre ignora por qué vive y para qué vive. Dolorosa y larga procesión de fantasmas, la humanidad surge del misterio y al misterio retorna. Todo pasa: el hombre, el mundo, el universo. Todo perece: aun el mismo implacable tiempo que todo lo trasmuda y acaba, perecerá como el hombre, el mundo y el universo. El tiempo no puede ser eterno: la eternidad, presente siempre, sin pasado, sin futuro, no puede ser sucesiva. Si lo fuera y por siempre el momento sucediera al momento, daríase el inconcebible y absurdo caso de que lo infinito se aumentaba a cada instante transcurrido

La revista *Electra*

Este polémico capítulo en la trayectoria periodística de Martínez Ruiz siguió su curso cuando, el 6 de abril de 1901, en la revista *Electra* (que nace a rebufo de la obra de Galdós, con carácter anticlerical), publica “Los jesuitas. Párrafos de un libro” (también reproducido en *El Diluvio*, de Barcelona, el 10 de febrero de 1902), y en el que el periodista alicantino responde a las anteriores críticas de Maeztu. Respuestas un tanto ambiguas con lo mejor y peor de la orden religiosa.

El inquisidor es la fuerza; el jesuita la habilidad. Los jesuitas estudian, escriben, se introducen en palacios, se adueñan de las familias, espían al moribundo, se imponen en los palacios, se adueñan de las familias, espían al moribundo, se imponen a los viejos, adoctrinan a los jóvenes. Son una orden monástica, y visten las talaras ropas del clero secular; son frailes, y se sustraen a los comunes rezos canónicos (...). Los jesuitas han matado el arte en la iglesia y el politeísmo en el culto. El Corazón de Jesús es su ídolo; lo bonito, su arte. Y así, con este monoteísmo bárbaro y con esta inopia artística, van insensibles y placenteros a su propia ruina y a la ruina de la iglesia.

De este modo, la tormenta que se había iniciado sobre la obra de Galdós, entre acusaciones y críticas de si cambios de opinión, anticlericales y versiones más entusiastas sobre el montaje escénico, acaba derivando en una discusión sobre el papel de la religión y el catolicismo en España. Esto es lo que viene a confirmar la serie de artículos que Martínez Ruiz publica en *Electra* cuando el 21 de

abril de 1901, con el título “La España católica” (no registrado en la guía de Fox), debate el periodista alicantino sobre el papel de la religión en nuestro país.

Martínez Ruiz se lanza así a esta reflexión cuando describe una procesión religiosa en la que los fieles rezan callados y siguen los pasos del sacerdote, donde el periodista alicantino vincula el catolicismo con los signos de un pasado que frenan la modernidad. Son las huellas de un pasado triste y lóbrego.

La angustiada tristeza de este trágico catolicismo español flota en el aire Teodiceo atormentadora la nuestra ha marcado su huella en los hombres, en los pueblos y en el arte. Todo es adusto y sórdido, todo es rutinario y dogmático. Abrumada por su leyenda, perezosa, infecunda, duerme la España católica, predilecta hija de los papas, en sus llantos desolados y en sus poblachones hórridos.

Esto explica, igualmente, el artículo de “La pedagogía”, del 4 de mayo en *Electra* (que también fue publicado posteriormente en *Juventud* (Valencia), 1 de febrero de 1903; y el 14 de julio de 1901 en *Progreso*), donde sin citar expresamente la educación católica (Martínez Ruiz estudió en los Escolapios de Yecla) arremete contra la pedagogía que surge en estas aulas (que también en las universitarias) demandando que se disfrute en libertad de la educación en la naturaleza y el arte.

Principiemos por destruir universidades y academias, círculos instructivos y escuelas integrales. La pedagogía es el mal. La pedagogía mata la voluntad, coarta la iniciativa, arranca de la personalidad humana la audacia y el vigor, la vivacidad y el sentimiento. A lo largo de la infancia y de la adolescencia, van quedando en los sombríos salones de los colegios y en las aulas adustas de las universidades, los bellos y generosos arrestos del hombre nuevo. Poco a poco el carácter se amortigua y embota, y poco a poco la triste idea de la resignación con el ambiente de tiranías y mentiras, medra. En el colegio se reprime la audacia; en la universidad se combate la libertad. (...) Recorred los libros de los flamantes pedagogos universitarios; asistid a sus aulas. No encontraréis ni una idea confortadora y luminosa, ni un apasionamiento, ni una audacia. Sus libros son eclécticas y soporíferas rapsodias, y sus discursos apologías de todo oportunismo victorioso. Las ideas “santas” permanecen incólumes entre la erudición de sus discursos y de sus libros, y las iniquidades de la economía y de la política, prosiguen amparados por los pedagogos novadores como por los escolásticos de antaño (...). Desertemos de universidades y academias; desoigamos a nuevos y vetustos pedagogos. Que nuestros hijos vivan la fiera, sana y libre vida de la naturaleza y el arte.

Este escepticismo, esta dialéctica y debate que plantea Martínez Ruiz sobre el catolicismo, vuelve a aflorar en “La religión”, del 11 de mayo de 1901 en *Electra* (que tampoco está incluido en las páginas de Fox), donde el periodista alicantino

ahonda nuevamente en puntos que nos recuerdan vivamente a los abordados en el polémico “Ciencia y fe” ante sus preocupaciones existenciales.

La tempestad estalla. En el siglo XVIII la independencia es completada. De la religión pasa la energía humana a la ciencia. Expira la fe en las venturas celestes; nace la fe –que es el Progreso- en las bienandanzas terrenales. La era de la experimentación se inaugura. Todo se renueva y perece, todo se transmuta y acaba. Pasa el hombre, pasa el mundo, pasa el universo. Y las generaciones, en perennal flujo y reflujo, transmítense –dice el poeta- la antorcha de la vida, como en los juegos sagrados, de mano en mano.

Junto a estos artículos en *Electra*, Martínez Ruiz publica en *Las Noticias*, de Barcelona, “Lázaro”, del 6 de abril de 1901, donde el periodista alicantino nos conduce a los rezos de los fieles ante la Cruz en Semana Santa representando una vieja España que permanece inamovible y sin futuro. “Y estos rezos, este murmullo inusitado, dulce y apaciblemente, es como lamento y despedida de un pueblo que sucumbe ante un pueblo que renace”.

La muerte de Lázaro de Betania, quien para Jesús “duerme” y después resucita, es para Martínez Ruiz el síntoma de una nación que sucumbe por sus malos políticos, malos periodistas y mala industria. Y, por tanto, hay que encontrar al hombre que pueda resucitar a España.

Agitadas, muertas, destruidas todas las legendarias energías de la raza, duerme España en el reposo de la muerte, infecunda, inactiva, soñadora, impenitente, pertinaz arbitrista de quimeras y desvaríos. La política lo mata todo y lo envenena todo. Ministerios y redacciones rebosan de Buscones y Monipodios; la industria perece; están yermos los campos y conventos o iglesias se levantan bravíos y triunfadores sobre la universal ruina de la dignidad y del trabajo.

Cabe destacar además el artículo del 23 de junio de 1901, en el periódico *Las Noticias*, de Barcelona, donde Martínez Ruiz publicó “El patio de Monipodio”, en el que califica el escándalo que tomó la *Electra* galdosiana como un “triumfo mío periodístico” en vías de seguir difundiendo su nombre, firma y prestigio en España más allá de los círculos intelectuales de Madrid. Una autopromoción que ya realizó especialmente en *La Federación*, *La Campaña* y que aquí repite para llegar a Barcelona (donde ya había mantenido polémicas con intelectuales catalanes como Pedro Corominas o Tullio Hermill (Juan Pérez Jorba), o bien había respaldado a autores también de Barcelona en su articulismo –como los escritores Ignacio Iglesias o Felip Cortiella-).

El estreno de *Electra* es el caso más típico de insania madrileña. Toda una juventud, toda la actual juventud que representa la futura novela y la futura crítica y la futura poesía, exaltó en una noche como inmaculada obra de arte en un detestable melodrama. (...) fuimos pocos los disidentes. Creo que solo dos fuimos: Salvador Canals y el

que esto escribe. Salvador Canals dio su parecer en *El Español*, y al día siguiente Galdós -¡oh, el genio!- se daba de baja en la suscripción de *El Español*; yo expuse mis ideas en *Madrid Cómico*, y mi artículo promovió un escándalo. Este escándalo lo considero como triunfo mío periodístico. Punto por punto he visto confirmadas, casi con las mismas palabras a veces, en la prensa extranjera y en la prensa independiente de provincias, cuantas ideas expuse en *Madrid Cómico*. (...) Mi impasibilidad ha triunfado del bullanguero y fugitivo entusiasmo de la juventud enardecida.

La crisis de Martínez Ruiz desde *Madrid Cómico* desembocará en una posición nihilista que conecta con *Diario de un enfermo* y *La voluntad* (en consonancia con las lecturas de Schopenhauer).



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

15. *Los hidalgos* y *El alma castellana* (1900): cambio periodístico reflejado en sus libros. Cumplir un sueño: estreno en *El Imparcial*

José Martínez Ruiz ha cambiado, está cambiando (la radicalidad anarquista se ha volatilizado desde sus colaboraciones en *Madrid Cómico* en 1898). Una transformación que es perceptible también en sus libros como *Los hidalgos*¹⁸⁰, una revisión histórica y literaria del periodista alicantino en el siglo XVII donde parte de notas extraídas de sus anteriores obras. Para ello, el periodista alicantino aún la visión histórica con la literaria desde un punto de vista crítico hasta desembocar en su momento. Porque para Martínez Ruiz no es posible escribir el presente si no conocemos el pasado.

La obra presenta un cuidado exhaustivo en la documentación. Así, en algunas de estas narraciones como *La casa* (capítulo II), nos recuerda sin duda su estilo, el estilo azoriniano. Y en otras, como *La Inquisición* (capítulo V), modifica su forma de criticar (ya no es directo) y toma el relato, la estampa de realidad, como el método idóneo. También cabe destacar capítulos como *La prosa castellana* donde vuelve a asumir su rol de crítico literario.

En definitiva, Martínez Ruiz está operando en un nuevo lenguaje con *Los hidalgos*, una nueva sensibilidad desprovista de su ideología más visceral y anarquista como igualmente se está visibilizando en su producción periodística. Una reorientación en su escritura que, por tanto, le marca no solo en sus artículos sino también en sus libros.

El 17 de julio de 1899, en carta a Pedro Dorado¹⁸¹, Martínez Ruiz le comunica la aparición de *Los hidalgos* al tiempo que le confiesa su preocupación por las dudas que están suscitando la templanza de sus artículos debido a la rebaja de su tono radical.

(...) De los rumores que corren por ahí respecto a mis ideas, ¿qué quiere usted que diga? No sé qué fundamento tienen. En mis escritos bien claramente se manifiesta que no tengo nada de reaccionario. Ni, ¿qué importaría que el artífice fuese protestante, mahometano y católico, si la obra fuera bella?

Por desgracia la mezquina sociedad de Madrid aún se preocupa de estas cosas; y mientras en tales bizantinismos se obstina, fomenta y da ríos al militarismo y a la idea de la patria, que son los azotes, los verdaderos azotes de este tiempo, como de los antiguos fue el clericalismo, hoy expirante. Pero esta es materia larga...

Preparo un libro sobre la España antigua.

¹⁸⁰ Azorín (1900), *Los hidalgos*, Librería Fernando de la Fe, Madrid.

¹⁸¹ Robles, Laureano (1986), ed. cit., pág. 257.

Termino en septiembre la carrera.

El 12 de noviembre de 1899 vuelve a ponerse en contacto con Pedro Dorado para transmitirle su nerviosismo por la falta de reseñas que se están realizando de sus libros, puesto que Martínez Ruiz es plenamente consciente que el éxito de una obra pasa por la buena crítica en la prensa (son las hojas volanderas quienes, entonces, marcaban el devenir cultural de la época). Por eso le demanda una reseña de *Los hidalgos*: “Si me hiciesen la merced de una sencilla nota bibliográfica. Por más que yo, a decir verdad, preferiría que la hiciese usted mismo. Pero tal vez pido demasiado”¹⁸².

El 23 de noviembre de 1899 ya tenía pensado Martínez Ruiz confeccionar una continuación de *Los hidalgos* que titulará *El alma castellana* –aunque al principio tenía pensado publicar otras dos partes que llamaría *Los afrancesados* y *Los románticos*-. Así se lo hace saber el periodista alicantino a Pedro Dorado, cuando anda en estos momentos presionado por la familia para la finalización de los estudios (así se lo confiesa a Clarín) y, por otro lado, está entregado a la preparación de los nuevos libros que le llevarán numerosas lecturas.

(...) Preparo una continuación de *Los hidalgos*, con el título de *Los afrancesados* (después vendrán *Los románticos*). En el periodismo no hago nada; cada día tengo menos afición a esta clase de trabajo¹⁸³.

Igualmente, el 28 de noviembre de 1899¹⁸⁴, le escribe a su maestro Clarín para remitirle una copia de este libro, *Los hidalgos*, para que de una manera indirecta coloque alguna de sus influyentes reseñas en la prensa (lo que le corresponde con el “Palique” del 9 de diciembre de 1899 en *Madrid Cómico*).

El 14 de diciembre de 1899¹⁸⁵, Martínez Ruiz contacta de nuevo con Clarín para agradecerle la elogiosa crítica de *Los hidalgos*.

Gracias, mil gracias por su excesivamente benévola crítica de *Los Hidalgos*. Crea usted que yo procuraré siempre corresponder a estas atenciones.

Continúo trabajando a solas y en silencio. Proyecto hacer un manual de la civilización española. Pero aunque manual, es cosa pesada y de mucha paciencia. De Altamira he visto estos días algo parecido. Sin embargo, no es ese mi ideal de historia.

¹⁸² Robles, Laureano (1986), ed. cit., pág. 236-264.

¹⁸³ Ibid., 236-264.

¹⁸⁴ Ibid., págs. 236-264.

¹⁸⁵ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 118.

La epístola revela además un proyecto infructuoso de Martínez Ruiz, un manual de la civilización español animado por el conocimiento de la historiografía del también alicantino Rafael Altamira.

El 14 de abril de 1900¹⁸⁶, tras la polémica de *Electra* y el artículo “Ciencia y fe” de *Madrid Cómico* (con el que ha provocado una intensa campaña en la prensa), Martínez Ruiz tira nuevamente de su contacto más prestigioso, Clarín, en su deseo por acceder a la redacción de *El Imparcial* (no conoce a Mariano de Cavia, le dice, aunque sí le ha citado en numerosas ocasiones en sus libros y artículos con tal de captar su atención). Del mismo modo, tal y como le comunicó a Pedro Dorado meses atrás (lo que tenía bien claro Martínez Ruiz es que quería llevar a cabo una segunda parte de *Los hidalgos*) le comenta que está preparando el que será su nuevo libro, *El alma castellana*.

Mi querido maestro:

(...) preparo la segunda edición de *Los Hidalgos*. He tenido que aprender latín. Deseo hacer un libro que se deje leer.

Intento ahora entrar en la redacción de *El Imparcial*. No conozco allí a nadie, ni aun a Cavia, que ha tenido la bondad de citarme en algún artículo. Quisiera de usted –y yo no sé si es impertinencia pedirle tal cosa- una carta para Ortega Munilla.

Yo no tengo vanidad literaria, querido maestro; iría al *Imparcial* a hacer noticias, crímenes, telegramas, lo que me mandaran. No tengo tampoco exigencia ninguna en cuanto a sueldo; admitiré de buen grado el que me den (si me dieran alguno, que tampoco hago esto caso de honra).

En estas condiciones ¿tengo capacidad bastante para ser redactor de *El Imparcial*? Ya sé que pido mucho; pero ¿cómo son algunos de los que lo son, y respecto de los cuales yo no me juzgo inferior?

Pienso visitar a Cavia; si él me favorece y usted también, creo que conseguiré mi intento, dada la modestia de mis aspiraciones.

La crítica acogió con entusiasmo el que será el primer gran libro del futuro Azorín. Por eso, Pedro Crespo en *Revista Nueva*, “Libros Nuevos. *Los hidalgos* (*La vida en el siglo XVII*), por J. Martínez Ruiz”, del 25 de noviembre de 1899, agrega: “Libro sugestivo el suyo, de sinopsis abreviadas, convierte en rediviva una sociedad, cuyos gérmenes aún viven vida latente en muchos espíritus contemporáneos”.

También le dedicó elogios Eduardo Gómez de Baquero, Andrenio, en *La España Moderna*, con “José Martínez Ruiz: *Los Hidalgos*”, como Pío Baroja en *El*

¹⁸⁶ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 121.

Globo, 15 de junio de 1900; Joan Maragall en *Diario de Barcelona*, el 31 de julio de 1900; o Juan Valera en *La Nación* de Buenos Aires, el 30 de septiembre de 1900, entre otros.

En cualquier caso, Martínez Ruiz anunció la obra (en su habitual procedimiento de autopromoción) nada más reaparecer en la prensa después de varios meses de silencio por los estudios y presiones familiares así como la preparación de estos y próximos libros. Así lo reflejó en “La energía española”, *Revista Nueva*, del 25 de septiembre de 1899, en un artículo compuesto por multitud de notas con las que confeccionaría *Los hidalgos*.

En cualquier caso, este artículo aprisiona igualmente lo que *supone Los hidalgos*: un paso más en la estética azoriniana, la búsqueda de un lenguaje, una nueva sensibilidad en la que están presentes nuestros clásicos.

Argente de Castillo, en su crítica de *Los hidalgos*, publicada en *El Globo* el 5 de diciembre de 1899, habla de un Martínez Ruiz miembro de una “generación nueva” o, lo que viene a ser más o menos lo mismo: el periodista alicantino presenta con *Los hidalgos* una nueva etapa en su trayectoria periodística y literaria.

El alma castellana

*El alma castellana*¹⁸⁷ perfecciona, añade y rectifica (muy puntualmente) lo aparecido en *Los hidalgos*. Se trata, en cierto modo, de una continuación en la que Martínez Ruiz ahonda nuevamente en el siglo XVII y trabaja el XVIII hasta desembocar en su tiempo, asumiendo el rol de un historiador a través de la literatura.

El libro se alimenta, como en *Los hidalgos*, de notas extraídas de anteriores libros suyos, ya sea en el apartado de la crítica literaria o histórica. Y trata de aprisionar un momento único en la Historia de España, como lo es el XIX y lo puede ser el XX. Quiere encerrar la esencia de un país que se fue para no volver, la decadencia de un país que se precipitó hasta su tiempo actual.

El alma castellana representa, de igual modo que en *Los hidalgos*, los cambios de Martínez Ruiz en su visión de los místicos y ascetas (elogiados todo el tiempo), aunque eso no quita que siga atacando al mal de España en siglos pasados como la Santa Inquisición. Su prólogo, “Los pájaros fritos”, conecta además con su periodismo: fue publicado el 31 de marzo de 1900 en *Madrid Cómico* dedicado a Mariano de Cavia (quiere seducirlo para formar parte de *El Imparcial*, tal y como le indica a Clarín por carta).

¹⁸⁷ Azorín (1900), *El alma castellana, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

El 3 de junio de 1900¹⁸⁸, Martínez Ruiz escribe de nuevo a Clarín para pedirle una reseña de su nuevo libro, *El alma castellana* (de igual modo que ya hizo con *Los hidalgos*).

Querido maestro:

Por el mismo correo mando a usted un ejemplar de mi libro *El alma castellana*. Yo desearía que usted hablase de él en alguna de sus Revistas literarias; lo deseo más que por mí, por el editor. Es el primer libro que edita y es el primer libro que me editan; tengo por tanto interés en que, por lo menos, se saquen los gastos de impresión.

Ya verá usted por los capítulos *Los Conventos* y *El misticismo* que el libro está hecho con honradez literaria y escrupulosidad (perdone usted la inmodestia). Me he esmerado también en el paisaje que va a la cabeza de *La vida picaresca*. Creo que está sentida la naturaleza de nuestra amada tierra.

La epístola revela especialmente el grado de satisfacción de Martínez Ruiz con algunos capítulos de *El alma castellana*. En particular, el de los conventos y el del misticismo (también el paisajismo) que tanta huella están dejando en la “nueva etapa” de sus escritos desde *Madrid Cómico*.

Así, el 9 de junio de 1900¹⁸⁹, Clarín escribe un “Palique” en *Madrid Cómico*, con lo que Martínez Ruiz consiguió su propósito:

Estos libros, como *Los Hidalgos*, *El alma castellana*, etc., no los da M. Ruiz, sino como apuntes, ensayos y bocetos, que son de gran provecho para el lector que no puede ser erudito y para el autor que suelta así el estilo, lo temple y equilibra, y va aprendiendo el arte difícilísimo de la composición histórica, necesario para el que en este género no ha de contentarse con ser un cronicón viviente.

Finalmente, todas las gestiones de Martínez Ruiz para seducir a Mariano de Cavia surtieron efecto y, el 18 de junio de 1900, el alicantino cumple un sueño: se estrena en “Los Lunes” de *El Imparcial* con “Los literatos”, un fragmento de *El alma castellana*. La invitación, tal y como confirma Martínez Ruiz por carta a Ortega y Munilla¹⁹⁰, se debió a la intermediación de Cavia pero también debió intervenir seguro Clarín.

Maestro y señor: agradezco a usted profundamente su invitación –transmitida por don Mariano de Cavia– de colaborar en *Los Lunes* de *El Imparcial*. Y si hasta ahora no le he dado a usted las gracias, ciertamente que ha sido por esperar a mandar algo que por lo menos

¹⁸⁸ Rubio Jiménez, Jesús, y Deaño Gamallo, Antonio (2011), ed. cit., pág. 127.

¹⁸⁹ Ibid., págs. 128 y 129.

¹⁹⁰ Mora, Magdalena (1993), “Huellas de Azorín en el archivo de José Ortega y Gasset. A propósito de unas cartas azorinianas”, *Anales Azorinianos* 4, CAM, Monóvar, pág. 186.

fuese tolerable. Adjunto va un capítulo inédito de mi libro *El alma castellana (1600-1800)*. El libro se publicará dentro de ocho o diez días; si antes tengo la honra de que *El Imparcial* publique este artículo, quedará agradecido.

Unos meses después, el 23 y 29 de octubre de 1900, publicó también en el suplemento literario de “Los Lunes” de *El Imparcial* “Un español de antaño” y “Un español de antaño II”, ambos firmados como J. Martínez Ruiz, y que fueron remitidos por carta al director del periódico: “Creo que es ameno, condición –y ello constituye toda una declaración periodística de principios- que, a mi parecer, debe tener todo trabajo periodístico”. De publicarse, insiste el alicantino, “yo se lo agradecería a usted infinito”¹⁹¹.

“Un español de antaño”, publicado pues en dos partes, es “una prolija descripción de los libros *Viaje del mundo*, de Pedro Ordóñez de Ceballos, que le sirvió para documentar *El alma castellana*”¹⁹² con una interesante última cita al Desastre y la pérdida de las colonias.

La parte del libro de Ceballos dedicada a lo que le aconteció en las Indias es un curiosísimo capítulo, palpitante y ameno, de nuestra dominación en América. Pleito es el de nuestra conducta con los americanos que está aún por dilucidar; claman contra las crueldades españolas Las Casas y sus parciales; impugnan a Las Casas, Campomanes y el catalán Juan Nuix... Resuelvan el pleito los curiosos. Hemos perdido las colonias; pudimos ser rivales antes; ahora somos hermanos.

En este sentido, además de lo publicado en *Madrid Cómico*, Clarín volvió a escribir sobre los libros últimos de Martínez Ruiz en “Los Lunes” de *El Imparcial* (2 de julio de 1900), a la que comentaba la reciente traducción de los *Ensayos* de Montaigne y la traducción por parte de Llanas Aguilaniedo de *La Cortesana*, de Pedro Aretino. De este modo, Clarín confirma el cambio que se ha producido en el estilo del periodista alicantino, abandonando definitivamente (como él ya predijo) su radicalidad ante un estilo original y único que le han hecho popular en el panorama cultural español:

También a resucitar la historia, a revivir la España tradicional, tienden trabajos como los que nos da reunidos en su *Alma castellana* el ya notable y popular escritor Martínez Ruiz, que va realizando, sin falta, las esperanzas que en él ponía el que suscribe, cuando el joven crítico publicaba artículos y folletos que por ciertas salidas, vituperables sin duda, invitaban, más que a una alabanza sin peros, a ser un pronóstico reservado

¹⁹¹ Mora, Magdalena (1993), ed. cit., pág. 187.

¹⁹² Alonso, Cecilio (2002), ed. cit., pág. 197.

El talento raro, original sin amaneramiento, de Martínez Ruiz ya entonces se veía bien claro entre inexplicables extravagancias, ilícitas muchas; pero hoy ya no hay tales salidas; solo queda lo bueno, mejorado; y las aficiones históricas y castizas del fogoso polígrafo han de darle un lastre de serenidad y noticias que le ayudará a hacer mucho bueno. No hay aquí espacio para examinar libro de tanta miga, aunque de pocas palabras, como *El alma castellana*, del cual se publicó un fragmento en el número anterior de estos Lunes. (...) ¡Quién ve a Martínez Ruiz hablar hoy de estas cosas venerandas y le vio en *El Progreso* y en *El País*!

También Mariano de Cavia recomendó *El alma castellana* el 2 de julio de 1900, con el artículo “Cháchara”, en *El Imparcial*. “Otro libro, también de extraordinaria amenidad y de instructivo interés: *El alma castellana*, de Martínez Ruiz. En pocas páginas y con deleitable concisión, le sirve a usted todo el jugo de largas, copiosas y selectas lecturas”.

Lo cierto es que, al igual que con Clarín y Mariano de Cavia, Martínez Ruiz tejió toda una red de contactos y movió todos los hilos disponibles para hacer de *El alma castellana* una de sus obras más conocidas. Así se puede saber por la correspondencia que se conserva, como la de Julio Burell (le agradece el envío de *El alma castellana* el 8 de junio de 1900); pero lo mismo hace con Emilio Cotarelo (9 de junio); José Echegaray (13 de junio, quien además le da la enhorabuena: “Está hermosamente escrito y de un tirón lo acabé. ¡Preciosos cuadros los que usted traza y compone!”); o Emilio Ferrari, 23 de junio de 1900.

El 19 de agosto de 1900, Urbano González Serrano elogia *El alma castellana* en *La Correspondencia de España* (después del benévolo artículo de Martínez Ruiz a su obra *Preocupaciones sociales* en *Revista Nueva* en octubre de 1899). Elogios que se multiplican con los de Pío Baroja (15 de junio de 1900, en *El Globo*); Manuel Bueno (9 de julio de 1900, en *El Globo*) o Antonio Palomero (en “Revista de Libros”, *El Liberal*, 27 de junio de 1900), entre otros.

De este modo, Joan Maragall, el 31 de julio de 1900¹⁹³, le escribió aquellas inolvidables palabras que encierran la definición perfecta de los libros de Azorín:

He dicho al público no lo que el libro merece, porque no tengo competencia para ello, pero sí cuanto he podido para llamar la atención del público sobre una obra que creo única en su género en España, cuya lectura ha de resultar agradable y provechosa a todo el mundo, y que merece inaugurar una literatura nueva entre nosotros. Para mí tiene la mejor cualidad (y la más rara) que puede tener un libro: el ser vivo.

¹⁹³ Riopérez, Santiago (1979), ed. cit., pág. 304.

El libro de *El alma castellana* fue un éxito a juzgar por la petición de Martínez Ruiz a sus hermanos, ya que buscaba algún ejemplar para su reedición¹⁹⁴.

Hay quien ha señalado sobre *El alma castellana* (1900) que simboliza el “cambio” de Martínez Ruiz en su trayectoria literaria y periodística (el cambio de la radicalidad a la templanza; el cambio de la agresividad a la crítica moderada). Una transformación que, no obstante, se detecta en los primeros artículos de *Madrid Cómico* desde enero de 1898 como en la rebaja del tono y de la presencia revolucionaria de sus artículos en *La Federación*, *La Campaña* o *El Progreso*. En cualquier caso, sí es cierto, por otro lado, que *El alma castellana* es fundamental en el conjunto literario de Martínez Ruiz al convertirse en el fin de toda una producción anterior. Es, como señala Guillermo Díaz Plaza¹⁹⁵, “más que un volumen primero de *Obras completas*, término de una etapa anterior”.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

¹⁹⁴ Rico Verdú, José (1973), ed. cit., pág. 133.

¹⁹⁵ Díaz Plaja, Guillermo (1941), “El primer Azorín”, *Destino*, 11 de octubre de 1941.

16. *Diario de un enfermo* y *La fuerza del amor* (1901): crisis nihilista y existencial. Visita a Toledo. *Mercurio*, el proyecto de Martínez Ruiz y Baroja

La crisis sigue su curso en Martínez Ruiz (crisis que es plenamente visible en el artículo “Ciencia y fe”, de *Madrid Cómico* -febrero de 1901-, ante los problemas existenciales que plantea) y que igualmente se plasman en los trazos autobiográficos de sus nuevas obras: *Diario de un enfermo* y *La fuerza del amor*, ambas de 1901.

De este modo, la exploración y angustia por la que atraviesa Martínez Ruiz, la crisis nihilista, existencial, las preguntas que van ahogándole y asfixiándole, se trasladan igualmente a *Diario de un enfermo*¹⁹⁶. Es aquí donde aflora una visión pesimista, apesadumbrada, en el transcurso de una obra donde un personaje (Martínez Ruiz) nos recuerda su ambición, la necesidad por alcanzar la ansiada fama: “¡Ah, mis veinte años! ¿Dónde está la soñada gloria? Larra se suicidó a los 27; su obra estaba hecha...¹⁹⁷”.

Diario de un enfermo nos revela, además, las preocupaciones de sus artículos, con críticas a la sociedad, al industrialismo moderno; a Echegaray; llamada incluida a la juventud... Y todo envuelto en un monólogo que nos apega mucho más a la voz de Martínez Ruiz, hundido en esta crisis nihilista.

La explicación de la dedicatoria de *Diario de un enfermo* al Greco cabe buscarla en diciembre de 1900, cuando Martínez Ruiz parte junto a Baroja a Toledo (invitados por el gobernador Julio Burell) en un viaje que despierta en ellos diversas sensaciones: por un lado, admiración al pintor, que también consciencia de la tristeza de la vida provincial e intensificación de su actitud anticlerical.

Así, en *Diario de un enfermo*, el desánimo de Martínez Ruiz es latente, con alusiones al paso inexorable del tiempo (que ya ha aparecido previamente en artículos de *Madrid Cómico*), con citas a los clásicos (Cervantes, Quevedo, Lope...) donde se encuentra con su amigo Olaiz (que es su amigo Baroja, con quien realiza el viaje a Toledo, y que repite en *La voluntad*).

En este sentido, continúa Martínez Ruiz arremetiendo contra un teatro en el que no se siente ni mucho menos identificado, que representa una España anquilosada y atrasada, como su industria, política y sociedad.

Del férvido artista sincero y reflexivo, ya apenas quedan en él rastros. El ambiente de la política, el diario trato y continuo sobo de politicastos y cínicos mangoneadores, van amenguando su fe de antaño, sus ansias juveniles de ideal. Todas mis charlas con él estos días han sido

¹⁹⁶ Azorín (1901), *Diario de un enfermo*, *Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

¹⁹⁷ *Ibid.*, pág. 172.

un silencioso análisis. Siento ante él la angustia que se siente ante un ser querido que se muere¹⁹⁸.

De ahí las críticas a Echegaray, y la necesidad de ahondar en la crítica literaria, porque nuestra literatura está cosida a nuestra historia:

Este huero señor, a quien los comicastro llaman “maestro en hacer comedias”, tiene el don de enfurecerme. Esta tarde lo he visto. Nada más antiliterario: parece un barrigudo relojero, calmoso y metódico, o un fabricante de calzado de lujo. “¡Ah, pero mueve admirablemente las figuras; tiene el secreto de las situaciones!”, me decía un académico joven. Y según eso, un ajedrecista consumado es un consumado literato... Detesto, detesto a este prosaico, vacío, grosero espíritu, maestro en farfullar sainetes anodinos, cuentista zafio, foliculario insulso. El arte es algo más grande, más intenso, más desbaratado, más tumultuoso y genial. No es la geometría rígida, el acompasamiento frío, la teatralesca habilidad china de este idiota...¹⁹⁹.

El final de *Diario de un enfermo* es especialmente esclarecedor respecto a la crisis que está atravesando Martínez Ruiz, ya que ha perdido la curiosidad y eso le aleja del hábito de la lectura y escritura de los periódicos. Todo un síntoma, el de esta obra, que en cierto modo cuenta con paralelismos (por sus pasajes autobiográficos) al cuento “Una vida” que publicó en *Bohemia*.

Igualmente es revelador en *Diario de un enfermo* el uso de la primera persona, que envuelve la narración de confidencias y reflexiones propias de un diario íntimo que son imposibles de conseguir sin un periodismo que se mueve por la escritura rápida y su carácter efímero.

Existe un vínculo importante entre el periodismo y el género del diario íntimo y es la periodicidad en la escritura. El hecho de anotar vivencias propias e inmediatas en lo personal –un diario- es algo parecido a hacerlo sobre lo social y reciente en un periódico –un artículo cada día-, dada la cronología de calendario discontinua que permite concebir textos con una relativa autonomía entre ellos y, en consecuencia, “cuando uno tiene que escribir dos o tres artículos a la semana durante tantos años, tarde o temprano acaba haciéndolo de sí mismo”²⁰⁰.

Por tanto, todos estos sentimientos y sensaciones que recorren el espacio vital de Martínez Ruiz tienen también su repercusión en las ciudades (y paisajes) de *Diario de un enfermo*. Por ello, Martínez Ruiz siente que se ahoga en Madrid (como lo ha señalado en múltiples ocasiones en su periodismo); y Toledo es la ciudad

¹⁹⁸ Azorín (1901), ed. cit., pág. 196.

¹⁹⁹ Ibid., pág. 151.

²⁰⁰ Escartín, Montserrat (2015), “Introducción”, *Diario de un enfermo*, Cátedra, Madrid, pág. 32.

muerta que sigue las influencias de su citado Rodenbach, en una ciudad toledana que representa el pasado glorioso; y Yecla es su lugar de infancia, sus recuerdos, el pueblo que permanece quieto y en silencio, paralizado. Es lo antiguo.

El 22 de enero de 1901, Joan Maragall señaló que “*Diario de un enfermo* me ha sobrecogido por la fuerza plástica de la expresión”, y Bernardo G. de Candamo, en la revista modernista *Arte joven*, firma una crítica de *Diario de un enfermo* el 15 de abril de 1901 plagada de elogios:

La prosa de este escritor es genuinamente castellana; pero en cultura no se limita a nuestras vetustas y gloriosas letras. Conoce la obra de todos los grandes maestros, cuyo influjo es en él apenas perceptible, por lo poderoso y firme de su personalidad. Martínez Ruiz es uno de los elementos más importantes de lo que un ilustre crítico y poeta catalán -he nombrado a Juan Maragall- llama la nueva escuela castellana.

En resumidas cuentas, *Diario de un enfermo* es la continuación de esta crisis que sigue su curso en su periodismo en una actitud nihilista que, en su novelística, se encamina a su obra más relevante: *La voluntad*.

La fuerza del amor

*La fuerza del amor*²⁰¹ es la primera obra teatral profesional de Martínez Ruiz después de las pruebas realizadas desde que no era más que un niño. De este modo, el escritor alicantino se atreve (esta vez, sí) a dar el paso y crear una pieza exclusivamente teatral, que es uno de los géneros que más le apasionan a la vista de las numerosas críticas que ha dedicado al arte escénico.

El contenido del libro, situado en enero de 1636, está trabajado a partir de los apuntes y notas tomadas de sus dos anteriores obras, *Los hidalgos* y *El alma castellana*, en una pieza que nos recuerda mucho los artículos periodísticos donde Martínez Ruiz ha recreado un lugar, un momento o unos hechos (cómicos o dramáticos) con diálogos meramente teatrales.

La obra hace alusiones al juego, el matrimonio y la mala situación económica de poetas y hombres de letras (que son tres temas donde ha reflexionado especialmente el autor alicantino en su producción periodística). Y, como apunta Lia Ogno, Martínez Ruiz vuelca sobre *La fuerza del amor* toda la renovación que, a su juicio, requiere el teatro español, paralizado hasta entonces en la crisis creativa en que se encuentra España desde su cultura, la política y la sociedad.

Este pensamiento no es ni mucho menos novedoso en Martínez Ruiz, puesto que viene denunciándolo desde sus primeras críticas teatrales cuando arremete

²⁰¹ Azorín (1901), *La fuerza del amor*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015.

contra todo y todos, fruto del estado de inconformismo y rebeldía ante un país que permanece constantemente inmóvil.

¿Era *La fuerza del amor* un paralelo intento de regeneración del teatro, una contribución en clave “regeneracionista” al problema teatral de la España de fin de siglo? Lo había demostrado ampliamente en *El alma castellana* y ahora no iba a desdecirse. *La fuerza del amor* venía a ser el refuerzo “teatral” de sus ideas en la función pública del teatro: España se había detenido en algún punto de su historia y había seguido repitiéndose a sí misma –acaso repitiendo lo peor de sí misma– hasta llegar a la conciencia en crisis del propio presente en la época del fin de siglo²⁰².

En cambio, lo más interesante sin duda de *La fuerza del amor* es el prólogo que introduce estas páginas, confeccionado por su amigo el escritor Pío Baroja. Y, en él, como ya hizo un tiempo atrás su maestro Clarín, Baroja trata de justificar los vaivenes ideológicos, de estética, de prioridades en sus temas, reflexiones y preocupaciones de Martínez Ruiz en su nueva andadura literaria.

¿Por qué no ha de cambiar el plan y la orientación de nuestra vida, si lo que hoy nos parece bien nos puede parecer mal mañana? Para la mayoría de gente, cambiar de plan es un crimen. Aquí no se convence a nadie de que un hombre pueda sentirse íntimamente religioso y a poco tiempo íntimamente desvaído; aquí no se puede comprender esto.

La fuerza del amor, de igual modo que sus anteriores libros, también contó con un notable éxito de crítica a juzgar por las opiniones suscitadas. Así, Urbano González Serrano, en *La Correspondencia de España* del 25 de noviembre de 1900, señala: “El trabajo, que en la selección de ellas se revela, es trabajo de benedictino”.

Mercurio, un “olvidado” en la hemeroteca azoriniana

Se pensaba que *Mercurio* era una publicación dedicada exclusivamente a El Greco y provenía de Valencia pero no es así. El profesor Cecilio Alonso lo desmiente en su investigación “*Mercurio. Semanario sin dogma. Disidencias intelectuales en el invierno de 1901*”, presentada en el Congreso internacional “Azorín en la modernidad literaria” de octubre del 2017, en la que revela que *Mercurio* se editó en Madrid siendo una publicación que iba mucho más allá de exaltar la espiritualidad del pintor de Toledo²⁰³.

²⁰² Ogno, Lia (2011), “Introducción”, *La fuerza del amor*, Biblioteca Nueva, Madrid, págs. 18 y 19.

²⁰³ Calvo Carilla, José Luis (1998), *La cara oculta del 98*, Cátedra, Madrid, pág. 296.

Esta recuperación bibliográfica y periodística se ha producido por la copia manuscrita realizada por el músico valenciano Eduardo Ranch Fuster (1897-1967) a partir del ejemplar prestado por los herederos del pintor valenciano Julio Peris, amigo de Ricardo Baroja. Son, pues, en total, 26 folios numerados que indican la distribución de los textos y columnas. También tomó fotografías de las que solo se ha conservado hasta hoy la parte de la cuarta plana correspondiente a la publicidad editorial.

Fox había señalado la existencia de dos artículos de Martínez Ruiz en *Mercurio* (“La tristeza española” y “Toledo”²⁰⁴, aunque omitió un tercero, “El Cardenal Tavera”, citado por María Martínez del Portal²⁰⁵.

“La tristeza española” es un texto que se publicaría como “definitivo” en *La Voluntad* (II, capítulo IV). Esta primera averiguación de Fox (quien dijo que se amplió el artículo, pero “poco”) es matizada por Cecilio Alonso cuando agrega:

Convendría precisar que, aparte de algunos cambios y ampliaciones puntuales (una breve de 22 palabras sobre San Francisco de Asís) Azorín añadió dos extensos párrafos, uno sobre los efectos climáticos en las mentalidades (66 palabras) y otro sobre la nefasta influencia del descubrimiento de América y la Reconquista en la literatura dramática nacional (166 palabras). En total 244 palabras que, con respecto a las 664 de “La tristeza española” en *Mercurio*, venía a suponer un 30% de añadidura, que no me parece tan poco. Es interesante observar que en las reflexiones azorinianas del Café de Revuelta en el texto de *La Voluntad* se reemplazó la rotunda conclusión taineana de *Mercurio* –«El medio hace al hombre»–, por la nietzscheana transmutación de valores que pone en tela de juicio la moral cristiana. Si no para otra cosa el texto de “La tristeza española” podría servir para enmendar dos pequeñas pero persistentes erratas en la 1ª edición de *La Voluntad*, que sólo Ángel Cruz Rueda intentó reparar sin dar del todo con la forma original.

“Toledo”, firmado por J. M. R., contiene las dos secuencias de la primera parte de *Diario de un enfermo* alterando el orden de la novela y prescindiendo de las ficticias indicaciones temporales de aquella («19 de noviembre, doce de la mañana» y «21 de noviembre, doce de la mañana»).

En “El cardenal Tavera”, con iniciales J.M.R., Martínez Ruiz realiza una semblanza del inquisidor al que El Greco retrató 60 años después de su muerte captando lo esencial y enérgico. Un extracto también de *Diario de un enfermo* que

²⁰⁴ Fox, Inman E. (1965), «Una bibliografía anotada del periodismo de J. Martínez Ruiz (Azorín), 1893-1904», *Revista de Literatura*, XXVIII, Madrid, julio-diciembre de 1965, págs. 231-244.

²⁰⁵ Martínez del Portal, María (1997), “Introducción”, *La voluntad*, Cátedra, Madrid, pág. 25.

corresponde a la franja temporal, en la obra, del “23 de noviembre, siete de la tarde”.

Theotocópuli pinta el Espíritu: es el pintor de la Esencia. Ved los grandes y acongojados ojos de su retrato. Exasperado, febril, loco, lucha ante el lienzo, pinta, repinta, borra, vuelve a pintar; se cansa, se fatiga, se extenua, hasta que la visión exacta queda limpia, fija, inalterable en mancha sombría, en «cruels borrões», en tormentoso dibujo que expresa el dolor, la fe ardiente, la ingenuidad, la audacia, la fuerza avasalladora de un pueblo de aventureros locos y locos místicos

“Charivari”, firmado con X, el profesor Cecilio Alonso lo atribuye a Martínez Ruiz por su conocida publicación de 1897, aunque cabe destacar también en este sentido otras publicaciones periodísticas del alicantino que etiquetó en la prensa con este mismo nombre como en la *La Federación*, de Alicante (“Charivari”, del 2 de mayo de 1897); o bien en *La Campaña*, de París (“Charivari. En casa de Sellés”, del 25 de enero de 1898; “Charivari. En casa de Benavente”, del 12 de febrero de 1898; “Charivari. Vico”, del 18 de febrero de 1898; “Charivari. En casa de Unamuno”, del 26 de febrero de 1898; “Charivari. En casa de Iglesias”, del 5 de marzo de 1898; “Charivari. Un poeta”, del 12 de marzo de 1898 o “Charivari. En casa de Pardo Bazán”, del 4 de abril de 1898).

Así pues, en “Charivari”, del 3 de marzo de 1901 en *Mercurio*, Martínez Ruiz da rienda suelta a la sátira periodística (que conecta con su línea crítica de *Charivari*) en sus pullas al diario *La Época* (en el que colabora Martínez Ruiz un año de después, el 16 de junio de 1902), o bien comenta y reparte ironías entre Mariano de Cavia, Pardo Bazán o Eugenio Sellés (lo que no sorprende sobre este último, ya que se habían producido varios desencuentros con el alicantino principalmente motivados por “Charivari. En casa de Sellés”). También ironiza sobre la presentación de credenciales de Alejandro Pidal al Papa en la Santa Sede, y registra la presencia de Picasso en Madrid:

Ha llegado a Madrid un pintor malagueño con acento catalán y deje parisién: Picasso. Aparte de esto, lo principal es que pinta y dibuja muy bien, pero que muy bien, lo cual que será motivo suficiente para que no colabore en *Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo*, y demás revistas ñoñas que hacen la delicia de nuestra embrutecida burguesía.

“Teatros”, firmada por Jacome Trezo, se le atribuye a Martínez Ruiz ya que, según Cecilio Alonso, cuando Martínez Ruiz fue redactor de *El País* en 1897, tuvo uno de sus primeros domicilios en Madrid, en la calle Jacometrezo, esquina con Mesonero Romanos 31 (redacción de *El Imparcial*), casa que describe en *Madrid*, capítulo III -y donde redactó presumiblemente *Charivari*-.

De este modo, con “Teatros”, Martínez Ruiz modera el entusiasmo inicial con respecto a *Electra* para afirmar que el triunfo de Galdós ha sido “más político que literario”. El grupo de *Mercurio* se posicionaba aquí contra la tendencia política en el arte, proponiendo, bajo cierta apariencia de equidistancia y relativismo, una especie de fuga hacia ámbitos más intangibles: «No somos reaccionarios ni progresistas; la reacción y el progreso parécenos cosas igualmente estimables... o igualmente desdeñables. Por encima de la urna electoral, del jurado y de la libertad de imprenta, sospechamos que hay otros problemas más hondos y duraderos». A lo que agrega el alicantino:

Los espectadores de *Electra* acaso no lo sospechen; nosotros lo deploramos y seguimos nuestro camino. No diremos nada de la interpretación del drama; vale más olvidarlo piadosamente. Y vale más también callar, por ahora, respecto de lo que acontece en los demás corrales madrileños. ¿Para qué molestar a esos apreciables, amables, estimables autores de disparates, desatinos y errores líricos? ¿Para qué desazonar a los actores que los hacen o los deshacen, padres de familia, buenos esposos, buenos amigos, incautos y sencillos? Nosotros que a ratos sonreímos del sacerdocio de la crítica y que guardamos una irónica deferencia al consabido escalpelo, no creemos que los destinos de la patria y del arte pendan de que al Sr. Moncayo se le diga que en tal obra está un poco descompuesto, o en que se diga al Sr. Rodríguez que en tal sainete hace demasiadas piruetas. Estimamos las piruetas del Sr. Rodríguez de más trascendencia que las críticas del Sr. Arimón; y juramos que para nosotros transcurre más agradable el tiempo viendo a D. Manuel Rodríguez, que leyendo las meditadas críticas de *El Liberal*.

Finalmente está “Hechos”, firmado por Un observador, sobre *Electra* y la resolución del Caso Ubaó, que difícilmente se le puede atribuir a Martínez Ruiz por la falta de conexiones u otras evidencias.

Según Cecilio Alonso, “Mercurio. Semanario sin dogma. Literatura. Arte. Sociología. Religión”, no fue una hoja volante ni se presentó a sus lectores como un número único pues admitía suscripción y anunciaba un folletín de Tolstoi para la semana siguiente; tampoco estaba dedicado íntegramente a El Greco (de hecho, había espacio para otras secciones literarias); ni Pío Baroja ni Martínez Ruiz fueron sus únicos redactores.

Mercurio nace el 3 de marzo de 1901 en la imprenta de J. Corrales, en la calle Montserrat 12, y la redacción-administración está situada en la calle Misericordia 2, domicilio de los hermanos Baroja que, con el alicantino Martínez Ruiz y Camilo Bargiela, firmaron la mayor parte de los escritos. Y, pese a que aparecía como una publicación con visos de continuidad, finalmente no vio la luz un segundo número probablemente por el resurgimiento de *Arte joven*, que con dirección artística de

Picasso y sustento económico de Francisco de Asís Soler, llegó a Madrid para ganarse al modernismo madrileño.

“La coincidencia de que *Mercurio* y *Arte Joven* compartieran la misma imprenta de J. Corrales pone de relieve el estrecho parentesco entre ambas publicaciones y abre paso a la hipótesis de que la suspensión podría suponer la incorporación de su cuerpo de redacción al nuevo proyecto”, indica Cecilio Alonso. De hecho, Bargiela, Martínez Ruiz y Baroja firmaron en *Arte Joven*.

“Podría decirse que *Arte Joven*, por su doble dimensión gráfica y literaria, absorbió, sustituyó o sucedió al proyecto mercurial que hablaba de arte sin imágenes, invitando a sus promotores a una aventura de mayor enjundia artística y similar inconformismo ideológico, con la ventaja de entrar en ella libres de cargas financieras que asumía Soler”, agrega Alonso.

Otro proyecto periodístico que probablemente contribuyó a la extinción de *Mercurio* fue la combativa *Electra*, que también contaba con un fuerte respaldo económico de Gregorio Juste cuando Villaespesa toma la dirección²⁰⁶.

Junto a Martínez Ruiz y Baroja, escribieron en *Mercurio* Carmelo Bargiela, Vicente Colorado (amigo del alicantino, al que había tratado en sus asiduas visitas a la biblioteca del Instituto de San Isidro para documentarse sobre *El alma castellana*); Manuel B. Cossío (años antes de su amplio estudio sobre El Greco); Francisco Pacheco; Navarro Ledesma; Ángel Avilés y Ricardo Baroja (cuyo pseudónimo era Juan Gualberto Nessi);

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

²⁰⁶ Sánchez Trigueros, Antonio (1985): «La revista *Electra* (1901). Nuevos datos. Cartas de Villaespesa. Índice de autores», en VV. AA. *Estudios Románicos dedicados al Profesor Andrés Soria Ortega. En el XXV aniversario de la Cátedra de Literaturas Románicas*, Universidad de Granada, pág. 638.

17. Reparición en la prensa. Colaboraciones efímeras en periódicos y revistas (1899-1902) en su camino a la fama: *La Revista Vinícola Ilustrada*, *Revista Nueva*, *Vida Nueva*, *La Correspondencia de España*, *Las Noticias* (de Barcelona), *Madrid*, *Juventud*, *Don Quijote*, *El Porvenir del Obrero* (de Mahón) y *Arte Joven*. Homenaje a Larra

Tras varios meses de silencio periodístico, entre presiones familiares por finalizar la carrera de Derecho y la tarea incesante de libros y lecturas, Martínez Ruiz retoma su carrera periodística colaborando y trabajando para distintas cabeceras comenzando por *La Revista Vinícola Ilustrada*, de Madrid.

La publicación y referencia, inédita en Fox, y localizada por el profesor Christian Manso²⁰⁷, resulta de interés por los dos artículos que inserta Martínez Ruiz en esta, que son “La taberna en la historia”, del 19 de agosto de 1899; y “En Levante: Noche de tormenta”, del 6 de enero de 1900.

El primero responde a las preocupaciones literarias del escritor alicantino, inmerso en la preparación de *El alma castellana*, con citas de escritores y documentos históricos sobre referencias a las tabernas en España. El segundo, que también fue reproducido un año después en *Diario de un enfermo* con escasas variantes, aprisiona elementos interesantes como la cita al campo de Monóvar, e incluso el artículo está acompañado de una fotografía a modo de ilustración, cosiendo lo escrito a lo visual, lo que viene a sintetizar el contenido realista de la descripción. De este modo, los alrededores de una noche de tormenta en su tierra natal, inspiran a Martínez Ruiz en esta estampa en el que el refrán en valenciano (“Palmeres per baix, señal d’aigüa”) asienta el carácter autóctono de la escena. Un cuadro costumbrista en el que es posible hallar la huella personal del articulista alicantino.

Revista Nueva

Revista Nueva (cuya colección está disponible en la hemeroteca digital de la BNE) es una publicación con las más diferentes y opuestas posiciones intelectuales y de pensamiento entre sus miembros, y en la que se pueden rastrear también los orígenes del modernismo en España, tal como señala César Antonio Molina²⁰⁸, ya que será la suma de noventayochistas y modernistas.

²⁰⁷ Manso, Christian (1976), “Dos artículos olvidados de Azorín”, *Mundo Hispánico*, n° 338, mayo de 1976, Madrid, págs. 20-21.

²⁰⁸ Molina, César Antonio (1990), *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*, Edymion, Madrid.

Fundada y dirigida por el periodista y escritor Luis Ruiz Contreras (1863-1953), comienza a publicarse el 15 de febrero de 1899 en cuadernos decenales, en un formato pequeño, carente de ilustraciones y sin la más mínima ornamentación ni alarde tipográfico, en donde se darán cita cerca de un centenar de firmas, entre autores españoles y extranjeros y sus correspondientes pseudónimos, como ya cuantificó Domingo Paniagua²⁰⁹. Sus contenidos son muy diversos (ensayos, filosofía, política, educación, lengua, asuntos sociales), dando cobijo a textos de creación o crítica literaria.

Considerada como una revista que quiere ser “novedosa y moderna”, prioritariamente redactada por jóvenes que buscan su afianzamiento y dirigida a una “juventud intelectual”, tal como recuerda en su estudio María Pilar Celma Valero²¹⁰, en sus páginas solo aparecerán escasos fragmentos de textos de autores consagrados como Benito Pérez Galdós o José María Pereda.

En sus entregas escriben representantes del modernismo, como Rubén Darío, Ramón María del Valle Inclán, Gregorio Martínez Sierra, Salvador Rueda, Francisco Villaespesa o Jacinto Benavente. Destacados son los textos de los principales forjadores del 98: Miguel de Unamuno, Pío Baroja (que utiliza también el seudónimo S. Paradoxa y J. Nessi), Ramiro de Maeztu y José Martínez Ruiz. Entre sus redactores se encuentran Ricardo Fuente, José Lasalle, Gonzalo de Reparaz y José María Matheu, y otros periodistas como Julio Burrel, Luis Morote, Luis López Ballesteros, Enrique Gómez Carrillo, Luis Bonafoux, Antonio Palomero o Emilio Bobadilla, que utiliza el seudónimo Fray Candil.

La aventura de esta revista, que tuvieron que sostener económicamente los propios escritores que participaron en ella, solo durará diez meses. La colección, que se abre paradójicamente con un “Epílogo”, está formada por dos volúmenes con paginación consecutiva: el primero lo integran los primeros 18 números, desde el 15 de febrero hasta el ocho de agosto de 1899; el segundo está formado por dos series. La primera comprende los números 19-23, y la segunda, los números 24-30, correspondiendo el último al cinco de diciembre de ese año.

Los artículos, en cualquier caso, no están fechados (*Revista Nueva* solo indica las franjas temporales, por lo que es bastante caótico). Los escritos de Martínez Ruiz se encuadran en el segundo tomo, con series que van del número 19

²⁰⁹ Paniagua, Domingo (1964), *Revistas culturales contemporáneas (1897-1912)*, Punta de Europa, Madrid.

²¹⁰ Celma Valero, María Pilar (1991), *Literatura y periodismo en las Revistas de Fin de siglo. Estudio e Índices (1888-1907)*, Editorial Júcar, Madrid.

al 30. El primer tomo va del 15 de febrero al 5 de agosto de 1899; el segundo, de agosto a diciembre de 1899. Tomaremos como referencia la datación indicada por Fox en su guía.

El 15 de octubre de 1899 publica Martínez Ruiz el artículo “Urbano González Serrano”, una reseña muy positiva al autor de *Preocupaciones sociales*. Cabe recordar que González Serrano aparece ligado a Martínez Ruiz en múltiples ocasiones, y que el 20 de febrero de 1897, le había dedicado “Teología” en *El Motín*.

El segundo tomo de *Revista Nueva* también encierra la segunda y última colaboración de Martínez Ruiz con la publicación titulada “La energía española”, y que está dedicada a Pedro Corominas (25 de octubre de 1899, según Fox).

El escrito, compuesto de notas y apuntes que utilizó para *Los hidalgos y El alma castellana*, conecta con la respuesta que también dio Martínez Ruiz al político catalán (“Hidalgos y ginoveses”, del 19 de mayo de 1900, en *Madrid Cómico*) ya que Corominas mantenía diferencias entre una región muerta y mísera (Castilla) con otra viva y próspera (Cataluña).

No quiero extenderme más; doy fin a estas desordenadas notas, escritas sin libros de consulta a mano. Con más precisión y más detalles, hablo de distintos aspectos de la antigua vida española en un trabajo que brevemente verá la luz. Lo consigno como corolario, que si se quiere hacer algo original y exacto acerca de la vieja España, es preciso, ante todo, dar de lado a multitud de tiránicos prejuicios que sin cesar se repiten en periódicos, revistas y discursos, y es preciso igualmente ver la belleza y confesarla allí donde esté, sea la obra de un místico católico, de un mahometano o de un demagogo...

Ruiz Contreras, que también dirigió *Revista Nueva*, se molestó con toda esta hornada de jóvenes escritores (entre los que está Martínez Ruiz) a los que había “promocionado” y, a cambio, ellos le habían dado la espalda, según le confesó a González Ruano²¹¹.

En el ejemplar de *ABC* del 15 de septiembre de 1906, con “Pío Baroja y su última novela”, Martínez Ruiz recuerda *Revista Nueva*, publicación que “a tantos de estos jóvenes ha ayudado y alentado”.

Para Ruiz Contreras, por su parte, *Revista Nueva* agrupó a buena parte de los escritores de la Generación del 98, y destaca entre ellos a Azorín: “Y para no hacer interminable mi relación de nombres, la cerraré con el del pulcro Azorín, que se llamaba entonces José Martínez Ruiz, y lo destaco por ser el único actual que

²¹¹ González Ruano, César (1979), *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Tebas, Madrid, pág. 118.

hace historia verídica”²¹². Cabe recordar además que Ruiz Contreras fomentó la tertulia en su casa madrileña en 1896; tertulia en la que acudieron también los del 98, a quienes invitó a formar parte de la redacción de *Revista Nueva*.

Ciges Aparicio atribuyó en este sentido a Martínez Ruiz la traducción de *La Conquista del Pan* (que se inserta en *Revista Nueva*), de la que poco o nada se sabe²¹³. En este sentido, llama poderosamente la atención la promoción de la obra *La Conquista del Pan* en *El Progreso*, periódico en el que asumió la crítica literaria el mismo Martínez Ruiz.

Vida Nueva

Vida Nueva nace en 1898, en plena guerra contra los Estados Unidos, y forma parte del movimiento finisecular como *Revista Nueva*, *Germinal* y otras publicaciones similares, donde se repulsa lo “viejo” y “caduco” para hacer un llamamiento al regeneracionismo, la “gente nueva”,

Y de este mismo espíritu se puede beber en el ejemplar número 1, fechado el 12 de junio de 1898, en el que, a modo de editorial, su director, Eusebio Blasco, escribe:

Todo es antiguo entre nosotros: la política, las letras, las artes, las costumbres, los gustos, el comercio, la industria, la vida corriente. Parece que nos hallamos empeñados en aislarnos del mundo. Y cuando vienen las grandes catástrofes nos cogen desprevenidos, pobres, sin adelantos, sin recursos; tenemos mucho corazón, mucho sentimiento, mucho entusiasmo; ni tenemos Gobiernos ni tenemos hombres, ni salimos de ayer ni queremos entrar en mañana.

La colección de *Vida Nueva* en la BNE alcanza hasta el número 10 (14 de agosto de 1898), aunque estuvo publicándose hasta marzo de 1900, siendo el 94 el último número que se editó. Y solo unos ejemplares, de difícil localización, se conservan en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

Martínez Ruiz conocía *Vida Nueva* a juzgar por los elogios que dedica a los artículos que Clarín publica en esta revista (noviembre de 1899), por lo que su “maestro” pudo ser el artífice de abrirle a esta nueva línea de publicaciones.

Sea como fuere, Martínez Ruiz se estrenó en *Vida Nueva* el 24 de diciembre de 1899 con “En casa de Pi y Margall”, que vio la luz posteriormente en *La Federación*, de Alicante (31 de diciembre de 1899). Se trata “En casa de Pi y Margall” de un artículo especialmente interesante ya que, a un lado la admiración

²¹² Ruiz Contreras, Luis (1949), “*Revista Nueva*. 1899”, *Pueblo*, 24 de agosto de 1949.

²¹³ Alonso, Cecilio (1993), “Dos cuñados: Azorín y Ciges Aparicio”, *Anales Azorinianos* 4, CAM, Monóvar, págs. 53-65.

profunda que sentía el alicantino por el eminente político, este es un diálogo con el que averiguamos el propósito de Martínez Ruiz por trabajar una historia de la literatura contemporánea:

-¡Oh, la historia de la literatura contemporánea! Verá usted, yo, allá en mis mocedades, intenté hacer algo parecido. Pero circunscribiéndome a la literatura dramática. Yo quería publicar un estudio del teatro, acompañado de la mejor producción de cada autor... En París se ha hecho algo parecido, pero con respecto a nuestro teatro antiguo.

El último fragmento de “En casa de Pi y Margall” se dedica a la RAE, donde el alicantino registra una fina ironía de Pi y Margall sobre su hipotético ingreso: “No, no quiero ser académico. Para sentarme en la Academia sería preciso que la Academia me eligiese por unanimidad. Además, soy ya muy viejo y no sé si podría resistir el peso de tanta gloria...”.

La retroalimentación periodística en *Vida Nueva* también se lleva a cabo el 21 de enero de 1900 con “La fiesta española”, que se publica en *La Federación*, de Alicante, el 4 de marzo de 1900 (y que es una declaración total contra la pena de muerte). Este del 21²¹⁴ de enero en *Vida Nueva* no está reflejado en la guía de Fox.

El 7 de enero de 1900, Martínez Ruiz redacta para *Vida Nueva* “Bonafoux en la estación”, que ha sido localizado en la Hemeroteca Municipal de Madrid, y donde el periodista alicantino describe el encuentro con su amigo Bonafoux en la estación, camino con toda probabilidad de París. Un artículo del periodista alicantino en el que introduce unas declaraciones de Bonafoux sobre los pésimos honorarios de los periodistas, donde no se paga por un artículo más que por un café.

Me voy, querido amigo, con el alma contristada, fatigado, amargado de tanta estupidez, de tanta mala fe, de tanta miseria. En Madrid todo es pequeño y pobre. Los grandes periódicos pagan cinco duros por artículo; los duques fuman tabaco de a noventa. ¡Oh, qué España! [...] Los redactores son lacayos: los que adulan al amo que da los quince o veinte duros mensuales –¡cuando no los diez!–. Para cobrar un artículo en Madrid hay que levantar acta notarial. Pide el industrial el artículo; se manda el artículo; se examina el artículo; duerme el artículo un par de meses; por fin se publica el artículo (quitándole lo fuerte, naturalmente; lo fuerte es el ingenio) y luego se va el autor tres, cuatro o cinco veces a ver al administrador, se discute el precio, se aplaza –¡todavía más!– el cobro... y por fin se cobra. Créame usted, mi estimado amigo. Esto es abominable. Un país donde la juventud escribe artículos por un café es un país perdido.

Este escrito fue respondido por Bonafoux en *Vida Nueva*, el 21 de enero de 1900, con su artículo “Intimidaciones” (que está dedicado a J. Martínez Ruiz), y donde sigue ahondando en las miserias periodísticas al tiempo que critica a los

²¹⁴ Cano, José Luis (1968), ed. cit., 423-437.

propietarios de los periódicos (en este caso, Fernanflores) que dice una cosa y luego hace otra:

¡Qué diferencia, amigo Martínez Ruiz, entre esos catedráticos carlistas, ese jesuita, esa gente católica de veras, y esos Fernanflores que alardean de ser adversarios de la monarquía, y expulsan ignominiosamente a un Morote por republicano; que vocean lo que trabajan por la cultura intelectual del país, porque arrojan al higuí setecientas miserables pesetas -¡y como se reirán los yanquis si leen tales cosas!- para que las recoja a trompicones la pobre turba de famélicos periodistas, esquilados por los mismos Fernanflores al pagarles cinco duros por un cuento literario; por los Fernanflores que al igual de D. Juan de Robres, regalan setecientas pesetas para una cama en el hospital, después de haber hecho los pobres de solemnidad!.. ¡Ay, qué pena, amigo mío!

Martínez Ruiz cierra sus colaboraciones con *Vida Nueva* el 25 de febrero de 1900 con “España en América”, un imaginario discurso del Padre Vitoria poniendo en tela de juicio los derechos españoles a colonizar América. Un artículo que denota la originalidad del periodista alicantino para debatir y analizar la errónea política colonial española, como cuando los españoles consideraban a los indios “siervos” o “bárbaros” y, por tanto, no tenían la condición de ser humano y “sus cosas son nuestras”.

La Correspondencia de España

Al tiempo que publica en *Progreso*, *Madrid Cómic* y *Fraternidad* (de Gijón, con “Notas sociales”, el 26 de agosto de 1900, extraída de su misma obra), Martínez Ruiz inicia sus colaboraciones en *La Correspondencia de España*, que es el primer periódico que inaugura el periodismo de empresa en España.

En diciembre de 1900, *La Correspondencia de España* también se hace eco del debate de gente nueva y gente vieja por medio de Manuel Bueno. Un debate que está de plena actualidad en prensa y revistas de época ante la crisis finisecular. De este modo, el 21 de diciembre de 1900, publica Martínez Ruiz “Las orgías del yo”, dedicado a Pío Baroja, “autor reciente del libro *La casa de Aizgorri*”.

El artículo llega a las puertas del prólogo que firmará Baroja en la obra de Martínez Ruiz, *La fuerza del amor* (1901), en el que recordemos será un apoyo-justificación al periodista alicantino ante su crisis y vaivenes ideológicos. En lo que respecta al escrito de *La Correspondencia de España*, está dedicado a su amigo (con quien emprende el viaje a Toledo en vías también de preparar *Diario de un enfermo*, además de ser su compañero en el denominado “grupo de los Tres” junto a Maeztu).

Un escrito elogioso hacia la literatura de Baroja con el que, sin duda, coincide con su misma mirada literaria. Para ello, basta con detenernos en la idea y teoría de las “sensaciones” que analiza Martínez Ruiz cuando señala:

Para mi amigo no hay goce más exquisito, más humano, más alto que el goce de conocer, de vivir todas las vidas, de pasar por todos los estados psicológicos, de gustar de todas las ideas, de experimentar todas las sensaciones (...).

Mi amigo, que es un fervoroso literato, lleva a sus libros vibrantes páginas de observación minuciosa, todas esas vidas, todas esas sensaciones, delicadas unas, brutales otras, crueles, piadosas, pesimistas, risueñas, que él con tanta pujanza y claridad imagina y con tanta desilusión no vive.

El 25 de enero de 1901, Urbano González Serrano (también amigo de Martínez Ruiz) publica “La literatura del día. El arte moderno” donde compara a algunos autores españoles con los mejores franceses, y entre ellos incluye al periodista alicantino.

A partir de aquí, los temas, estilos y apuntes empleados por Martínez Ruiz en *La Correspondencia de España* siguen el nuevo curso en su trayectoria desde la ruptura efectuada en *Madrid Cómico*.

De este modo, el 10 de febrero de 1901 publica “El autor del Quijote” (Fox se equivoca al anotar la fecha de la publicación en su conocida guía), que nos remite a que un autor clásico es un reflejo “de nuestra sensibilidad moderna”. En otras palabras: todo el Azorín que deparará en escritos posteriores ya se está formando en estas páginas, en estas líneas que van camino de su eterno alter ego.

De ahí estas reflexiones de Martínez Ruiz en las que un libro cambia con el tiempo: “Así, en este largo reflexionar de la humanidad, las obras capitales del arte, siendo siempre las mismas, van cambiándose en múltiples obras y mudándose en nuevas y desconocidas formas reveladoras de otras sensaciones y de otros ideales”.

Pero yo digo que el Quijote no lo ha hecho el glorioso manco, que el Quijote lo hemos hecho nosotros, la posteridad, las generaciones sucedáneas de Cervantes, la humanidad toda, cansada, triste, reflexiva, que ve un conmovedor grito de angustia, una profunda ansia de ideal, una trágica lucha por el Bien irrealizable, allí donde el autor escribiera alegres páginas, zumbadoras páginas de sátira momentánea. (...) La humanidad hace ella misma sus grandes obras, y ve, después de años, en los cuadros del Greco, lo que no vieron los buenos canónigos de Toledo, y en el Quijote lo que jamás imaginaron los buenos vecinos de Argamasilla o Esquivias.

Martínez Ruiz encuentra en los clásicos unos libros eternos que van transformándose con el tiempo y con la sensibilidad de sus lectores. El periodista

alicantino profundiza en sus raíces, en la inspiración libresca, como en la “vieja España”, Castilla, que sigue deparando nuevo material con que deparar artículos en la prensa.

En este sentido, bajo el pseudónimo J. Mendoza Ruiz (que repite un año después en el mismo rotativo), Martínez Ruiz publica “Los modelos” (15 de abril de 1901) y “El delito y el arte” (19 de mayo de 1901). Inéditos en Fox, y localizados por el profesor Christian Manso²¹⁵, el primero es una amplia reflexión que ya es posible enlazar con *La voluntad*, con interesantes referencias bibliográficas a los estudiosos Jules Payot, especialista en educación (cita su *Influencia de los héroes del pasado*), y Paul Eugen Bleuler, famoso psiquiatra descubridor de varias patologías mentales. Igualmente, los consejos que prodiga a la juventud española, que para Martínez Ruiz será la “trionfante”, son sin duda plenamente característicos de su periodismo y literatura, así como las menciones a Kant, Spinoza, Balmes o Schopenhauer. El segundo es un apéndice de *La evolución de la crítica*, o incluso de *La sociología criminal*, en opinión de Christian Manso.

El 16 de junio de 1901 publica “La vieja España”, donde prima la sensación sobre la descripción, del mismo modo que ocurre en la serie de los balnearios del diario *España*:

A través del tiempo, todo cambia y todo es lo mismo. Cambian las civilizaciones y los hombres, y perdura inextinguido y eterno el deseo vehemente de un devenir de dicha y de reposo. Deseo que ha desgastado la piedra del templo de la antigua Bastitania: deseo que enciende los farolillos en los altares callejeros de esta manchega ciudad de la moderna España...

Martínez Ruiz juega con las reglas del periodismo hasta el extremo de no saber dónde está la frontera entre la literatura y el periodismo (dónde empieza la realidad y dónde termina la ficción); citándose a sí mismo, y trabajando artículos (como este de “El inventor de Daza”, del 5 de agosto de 1901) que posteriormente tendrán cabida en su obra *La voluntad*.

El toxpiro está acabado. Las pruebas definitivas van a ser realizadas la próxima semana. De Madrid, los grandes periódicos *El Imparcial*, *Liberal*, *Heraldo*, *Blanco y Negro* y *LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA* mandan sus enviados especiales; Nocedal viene (¿Para qué viene Nocedal?). El momento es decisivo; una ligera vibración de impaciencia sacude nuestros nervios. Y a nuestra vuelta al pueblo, mientras las estrellas palpitan en lo alto, yo me pregunto, en interno coloquio, por qué misterioso ensamblaje de las cosas humanas esta

²¹⁵ Manso, Christian (2013), “Dos artículos olvidados de José Martínez Ruiz en *La Correspondencia de España* (1901)”, *Monòver en festes*, Ajuntament de Monòver, págs. 44-48.

tétrica ciudad, refugio de misticismo en castellano, va a surgir una formidable máquina, que es síntesis del nihilismo supremo...

El 17 de diciembre de 1901, Martínez Ruiz retoma sus colaboraciones con el Greco, el más trágico y oscuro de nuestros pintores, y cuyas tonalidades también ha elegido para sus obras con que combatir su crisis. De ahí esta nueva entrega que titula “El Museo. Una sala para El Greco”, donde se pregunta: “¿Cómo este hombre menospreciado, vejado, denigrado durante tres siglos, ha podido llegar a ser el ídolo de las flamantes generaciones impresionistas?”

Martínez Ruiz reconstruye en este artículo muy documentado el perfil injusto que se ha trazado sobre el Greco en la historia, vaticinando lo que hoy es una realidad: que algún día tendría un espacio propio en el Museo del Prado. Así, contra quienes consideraban al pintor un loco, Martínez Ruiz repara el legado pictórico y la maestría del Greco sirviéndose de distintos autores (Gautier; Imbert...) para reivindicar su obra.

De cualquier modo, Martínez Ruiz no ha perdido ni mucho menos el espíritu crítico, como demuestra en “El Museo moderno. Diálogo ético”, publicado el 6 de abril de 1902, donde el periodista alicantino arremete contra la corrupción en los premios culturales.

El enigma es bien claro: en España el caciquismo domina en política, domina en literatura (capítulo de Academias y capítulo de compra de libros por el Estado), domina también en pintura. En las Exposiciones, los mejores pintores son, como es natural, los que tienen mejor influencias. ¡Esto es evidente! Pero un amigo de un personaje, ¿cómo no ha de ser un soberbio, un estupendo, un colosal pintor? Y como los mejores pintores es natural que se lleven los premios, estos afortunados no se han de quedar tampoco sin ellos. Y como es lógico que todos los premiados figuren en el Museo, vea usted como el ministerio es tan claro como la luz.

Y algo muy importante: pone en entredicho los cánones del arte. Lo que antes representa arte, ahora puede no serlo. La cultura progresa con el tiempo, con el paso de las generaciones, como la visión y el contenido de los clásicos y la sensibilidad hacia ellos:

Nada hay indiscutible en arte. Los derechos de la crítica son ilimitados. Precisamente de eso iba a hablar a usted: esos cuadros que usted llama indiscutibles, lo eran sin duda para la generación da ustedes; pero para la nuestra, para las generaciones de ahora, no lo son.

En este mismo debate, Martínez Ruiz da sus impresiones personales sobre otro de los asuntos candentes en las tertulias literarias, el modernismo, que no considera un término actual, sino que sigue a través del tiempo. Modernista es

quien innova, y la innovación en la literatura se viene produciendo desde muchos años atrás:

He de decirle a usted que sospecho que no sabe lo que es el modernismo. Usted es tan modernista como yo. ¿Es usted acaso troglodita o medieval? Usted vive en el siglo XX como yo, y usted y yo somos tan modernistas como un hombre del siglo VII o del XV.

Aparte de esto, si se quiere significar con tal palabra innovación sana y fecunda, originalidad, sugestibilidad en las ideas, color y movimiento en la expresión... yo, lo confieso, soy modernista. Y en ese caso nos diferenciamos uno y otro, en que yo admito espontáneamente y sin regateos la innovación bella, y usted la admite también, pero la admite cuando el uso general le fuerza a que la admita, es decir, cuando está sancionada por una, o dos o tres generaciones. (...)

He dicho que usted admite al fin y al cabo las innovaciones del modernismo, y es cierto. Vicente Espinel era un modernista, hizo lo que hoy están haciendo los poetas jóvenes: innovó en la métrica.

Por entonces, ya se ha publicado *La voluntad*, su novela más relevante, con la que sin duda Martínez Ruiz alcanza la fama. Y eso se traduce en reseñas como la que aparece en *La Correspondencia de España* el 13 de julio de 1902, firmada por E. M.

El libro de Martínez Ruiz se llama *La voluntad* y es, como decimos, una novela; pero una novela bien pensada, muy estudiada. En el prólogo se refieren las peripecias, trámites e historias de una obra pública en un pueblo de la provincia de Murcia. La tal obra duró muchos más años de los necesarios; pero al fin el pueblo consiguió lo que deseaba. El tesón demostrado y las gestiones hechas vencieron a través del tiempo las dificultades gordas, y la obra en cuestión entró en servicio público; pero faltó algo para su conclusión definitiva, y de estas dificultades pequeñas no ha logrado triunfar ninguna clase de voluntad.

La crisis existencial de Martínez Ruiz sigue patente en sus artículos periodísticos, como el del 20 de julio de 1902, cuando en “Historia de un pobre hombre que no tenía deseos”, señala su abatimiento a través de un anciano que pierde el deseo de vivir, la pasión... Es la abulia que contagia a toda *La voluntad*, y con la que nuevamente producción periodística y literaria se retroalimentan entre pasajes autobiográficos, realidad y ficción. “Entristecido porque su vida ya había perdido toda finalidad trascendente...”

Ya en este umbrío y fresco recinto han vuelto a resurgir en su alma las viejas y agradables sensaciones. Y se ha enternecido profundamente ante las conservas, ante los embutidos, ante las cajas de deleznable mantecadas y resistentes alfajores, ante las blancas orcitas de regaladas confituras. Y ha sentido un deseo. ¡Un deseo! Un deseo pequeño, insignificante, microscópico, pero sí al fin un deseo.

En este sentido, tal y como repite en otras ocasiones, Martínez Ruiz se hace eco de su propia obra *La voluntad* en “La evolución de la pintura”, del 31 de agosto de 1902. Inédito en Fox, este artículo localizado por el profesor Christian Manso²¹⁶, fue firmado con pseudónimo J. Mendoza Ruiz. En el mismo, el alicantino alude a distintos conceptos que son absolutamente suyos, como la naturaleza, la vieja España, el Greco (con palabras casi idénticas se refiere al pintor toledano en *Diario de un enfermo*), Goya, la luz, los paisajes y la sala del Museo del Prado, que ya habían sido citados o utilizados anteriormente para su producción. También, en este sentido, resulta fundamental la mención a *Camino de perfección*, de su amigo Pío Baroja, al que califica como “el más original de los novelistas jóvenes”, que es muy propio de Martínez Ruiz.

Este fue el “último” artículo de Martínez Ruiz en *La Correspondencia de España* (si exceptuamos la adhesión de Azorín en 1905 al homenaje de Navarro Ledesma) ya entregado a su labor profesional en *El Globo* como periodista reputado, prestigioso, cuya firma era distinguida en todas las cabeceras de España.

Solo el 19 de febrero de 1903 hay una nueva alusión a Martínez Ruiz en *La Correspondencia de España*, cuando Manuel Bueno firma su reseña “Voluntad”, con la equivocación de escribir “Pedro Azorín” cuando quería decir claramente “Antonio Azorín”. Un perfil especialmente sabroso en cuanto plasma la contradicción de Martínez Ruiz en su labor intelectual. Porque todo cambia, y nada permanece.

El que se contradice se airea intelectualmente, se renueva, vive. Solos los fósiles se conservan inalterables a la acción del tiempo. Si hablo de la inconsecuencia mental y literaria de Martínez Ruiz no es en tono de reproche, ni mucho menos de censura, sino para precisar la cualidad más saliente de su talento: la inquietud. Sus libros tienen la indecisión filosófica, el pesimismo flotante y el divagar penoso que son fáciles de advertir en el hombre de nuestro tiempo. Sobre cada página deja el escritor la huella de una curiosidad, la nube de un desencanto y el eco de un grito.

Las Noticias

Las Noticias es un diario catalán, de Barcelona, que nace como otras muchas cabeceras a raíz de los acontecimientos del Desastre en 1898. Reclama savia nueva para el país, cambios de gobernantes, y declara su independencia en el subtítulo de su cabecera cuando señala que no está afiliada a ningún partido político. Escriben firmas conocidas como Unamuno, Clarín, Urbano González Serrano o Maeztu.

²¹⁶ Manso, Christian (2012), ¿Un artículo atribuible a José Martínez Ruiz?, *Monòver en festes*, Ajuntament de Monòver, págs. 44-47.

Es el primer diario catalán en el que colabora Martínez Ruiz cuando el periodista alicantino multiplica sus colaboraciones en importantes publicaciones de fin de siglo como *Madrid Cómico*, *Vida Nueva*, *Progreso* o *La Correspondencia de España*.

El 3 de enero de 1900, Urbano González Serrano, amigo del periodista alicantino, le dedica una amplia reseña titulada “J. Martínez Ruiz”. Y, en ella, retrata un perfil donde le declara un escritor sincero con ideología socialista con ribetes anarquistas (en otras palabras, un pensamiento que ya está cambiando). También repite que Martínez Ruiz es un asceta solitario que “ni bebe ni fuma”, como apunta en *El Globo* en marzo de 1897 en el prólogo que iba a formar parte de su libro *Pasión*.

Dice todo lo que piensa y no gusta de anfibologías ni rodeos (admira a tres escritores, en los cuales descubre tal condición, a Clarín, a Bobadilla y a Bonafoux). Su obsesión del socialismo con ribetes de delirios anarquistas, parece denunciar al visionario, al místico del día.

El estreno de Martínez Ruiz en *Las Noticias*, el 6 de abril de 1901, se produce en un contexto especialmente sensible ante el escándalo de la anticlerical *Electra*, y de ahí la temática de escepticismo religioso con el artículo “Lázaro”, donde analiza una España católica que permanece anclada en el pasado (asunto que, recordemos, profundiza igualmente en páginas de la revista *Electra*).

En este sentido, Martínez Ruiz era plenamente consciente de los públicos a los que se dirigía en cada medio o cabecera donde escribía. Eso explica que, en “Las circunstancias” (del 22 de mayo de 1901), el periodista alicantino critique duramente a una “literatura madrileña” que no se abre a provincias, puesto que no atiende a lo que se escribe más allá de Madrid. Además, aprovechando que publica para un diario catalán, se dirige a su amigo Joan Maragall (con quien ha mantenido una relación epistolar), asegurando que es la primera prosa de España.

Estas críticas, lógicamente, solo podían ser posibles en páginas catalanas donde Martínez Ruiz está aprovechando en estos momentos también para darse a conocer fuera de la capital, tal y como igualmente hizo en *La Campaña*, de Bonafoux.

Núñez de Arce es aclamado por el público ignaro de gacetilleros inconscientes; y Juan Maragall, que es el primer lírico de España, autor del estupendo poema *El comte Arnau*, es tan Juan Vulgar en Madrid, que cuando varios amigos quisimos darle, no hace mucho, un banquete, el periódico más leído de España –*El Imparcial*– anunció que se iba a dar una comida en honor de “Juan Maragall, distinguido redactor del *Diario de Barcelona*”....

Y así es todo. La literatura española es sencillamente la literatura madrileña. Los rotativos cortesanos hacen las reputaciones, y las reputaciones por ellos hechas son recibidas inapelablemente en provincias. (...) Más la provincia –Guadalajara o Alicante, Cuenca o Málaga, Coruña o Huelva- la cándida provincia que a Madrid envidia ingenuamente, cree todavía en el envidado Madrid, en sus políticos y en sus periodistas, en sus literatos y en sus oradores; y he ahí porque nosotros, periodistas, políticos, literatos u oradores, seguimos escépticos y hastiados representando la secular comedia de que nos reímos cuando el telón desciende.

De este modo, en páginas de *Las Noticias*, de Barcelona, Martínez Ruiz arremete nuevamente contra la sociedad madrileña (impensable que lo hiciera desde su posición periodística en Madrid) en una crítica brutal contra la sociedad hipócrita y rancia, sobre la alta cuna, con “La decadencia”, del 30 de mayo de 1901. Un artículo en el que amenaza con dar nombres por lo que podría haberse convertido este escrito en un nuevo *Charivari*:

Ni gusto, ni dinero, ni arranques generosos, ni soberbia arrogancia conservan de sus viejos antecesores los modernos apergaminados caballeros. Viven en sórdidos palacios –divulgados por el vulgarismo *Blanco y Negro*- que son compendio de la estulticia humana en sus bibelots insustanciales, tablitas anodinas, pinturas económicas, casas, cacharros, cachivaches mil, antipáticos e inservibles, pasean en coches sonajeados y repintados; visten con el ojo puesto en la temerosa cuenta del sastre o de la modista. Yo no quiero citar nombres; más, dama archilinajuda hay en Madrid que revuelve en sus veraneos cantábricos el cielo con la tierra y apela al mismísimo gobernador militar –el hecho es cierto- por eximirse de pagar la mensual cuota del casino: ¡tres pesetas!

Esta serie de críticas a Madrid de Martínez Ruiz continúa en *Las Noticias* con “La Capa”, del 9 de junio de 1901, cuando el periodista alicantino fija sus ataques contra el comercio madrileño aprisionando detalles por medio de la observación. Hechos que vive en primera persona y los vuelca en este caso en tercera sobre la psicología, los pueblos y Madrid.

El comerciante madrileño es inamovible. Se lo impide la capa. Sus tiendas son las más hórridas tiendas de toda España, y sus géneros los más vulgares y resobados de todas las fábricas españolas. Ved las tiendas de un pueblo y veréis a sus habitantes. En la psicología colectiva, un comercio, un café, un coche de punto, dicen más que un voluminoso y soporífero tratado de consideraciones trascendentales.

Martínez Ruiz concluye sus colaboraciones en *Las Noticias* el 23 de junio de 1901 con “El patio de Monipodio”, en el que compara a Monipodio (jefe de un clan de ladrones en la famosa narración de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*) con la sociedad y los periódicos que ni entiende ni comparte y, por tanto, no desea. De

este modo, vuelve a pronunciar su disconformidad sobre el estado de la profesión periodística.

Y yo considero que estos pobres buscadores astutos del dinero ajeno, son en sus miserias reflejo de otros más levantados buscadores que maniobran en ministerios y redacciones, en negociados incatalogables y en mil amenas compañías de refinados enjuages y gatuperios. Madrid es la clásica ciudad de las artes timatorias. Monipodio triunfa en la política y en el periodismo. Y sea Congreso hispano-americano o Tiro Nacional, Congreso naval o banquete a tal frívolo novelador andalucista. Congreso marítimo o estreno de *Electra*, ello es que el timo a la provincia candorosa no cesa un punto, ni un punto cesan los rufianes en su industria.

La última parte del escrito aborda el tema de *Electra* como respuesta a los ataques de Maeztu.

Madrid

Puede que el artículo “El fin de un mundo”, publicado el 18 de junio de 1901 en *Madrid*, revista ilustrada, sea el ejemplo idóneo y más certero que aprisiona y representa el sentimiento de abulia, escepticismo e hiperestesia de José Martínez Ruiz en su periodismo finisecular.

El periodista alicantino atraviesa entonces por problemas existenciales cuando se pregunta constantemente entre los choques de ciencia y fe, el sentido de la vida, el tiempo y la eternidad, el pasado o futuro (*Madrid Cómico* o *Electra*), a la vez que continúa maldiciendo la sociedad que le envuelve (*Las Noticias*). Es, pues, una cadena de emociones que ahoga y asfixia a Martínez Ruiz y que desemboca en este artículo, “El fin de un mundo”, uno de los más recordados y que la crítica ha señalado como uno de los referentes del género de la ciencia ficción en España.

En este sentido, *De la Luna a Mecnópolis. Antología de la ciencia-ficción española (1832-1913)*, editado por Acantilado (Quaderns Crema), en 1995, en una edición de Nil Santiáñez-Tió, es la primera obra que anuncia y clasifica el artículo de Martínez Ruiz en *Madrid* como un ejemplo de ciencia ficción en España. De hecho, esta misma publicación señaló otro caso de ciencia ficción en Azorín con “La Prehistoria”, publicado el 1 de febrero de 1905 con el título de “Diálogo filosófico. La prehistoria” en el diario *España*; y el 20 de octubre de 1905 en *El Porvenir del Obrero*.

“El fin de un mundo” se puede también localizar en *Historia y antología de la Ciencia Ficción española* (Cátedra), en una edición de Julián Díez y Fernando Ángel Moreno, del 2014, cuyos autores definen este artículo como de “viñeta crepuscular” ya que “con su temática fantacientífica es en su brevedad una de las

obras maestras de la ciencia ficción española y una muestra del interés de escritores bien reconocidos académicamente”²¹⁷.

Así pues, las angustias y sufrimientos por los que pasa Martínez Ruiz, emanan en “El fin de un mundo”, un escrito apocalíptico donde la especie humana está en extinción y donde reina el pesimismo y la desesperanza ante una España sin salida y sin futuro.

La especie humana perecía. Miles de siglos antes de que extinto el Sol, congelado el planeta, fuese la Tierra inhabitable, ya el hombre, nostálgico de reposo perenne en este perenne flujo y reflujo de la substancia universal, había acabado. La Tierra estaba desierta. Los hombres eran muertos. Poco a poco los mató el hastío de las bienandanzas que la ciencia, la industria y el arte realizaron al trocar en realidad presente el ensueño de pensadores prehistóricos.

Un mundo apocalíptico, decíamos, donde la máquina ejerce el trabajo del hombre convertido en un ser inútil y paralizado. De esta forma, la sociedad se precipita hacia el vacío:

Así, mientras el dolor –que es error, que es fealdad, que es injusticia- se desintegraba de la vida, la vida se reducía de sus antiguos grandiosos límites: y así –por paradoja extraordinaria- la amplia y fecundadora ley del progreso tornábase en deprimente ley de ruina y acabamiento. La tierra se despoblaba. Cansada e inactiva, la especie humana desaparecía de siglo en siglo.

La catastrófica situación lleva a la supervivencia de un solo hombre en la “humanidad muerta”. Circunstancia en la que, Martínez Ruiz, introduce un monólogo interior para este personaje que percibe las “sensaciones”, que es el mundo sensitivo también del periodista alicantino. “Sin mí nada vive, y conmigo todo acaba. El universo está en mis sensaciones y hasta mí por los sentidos llega. Aniquilados los sentidos, aniquilada queda la realidad que me atormenta a ratos y me deleita a ratos”.

Y finaliza con referencias a los clásicos y a Schopenhauer, quien influía entonces en toda su literatura y periodismo. Al tiempo, vuelve Martínez Ruiz a hacer mención al lector a modo de gancho: “He aquí, amigo lector, lo que un viejo taumaturgo devoto de Parménides el griego y de Schopenhauer el tudesco me contó una tarde de otoño, mientras caían las hojas...”.

Juventud, y homenaje a Larra

La revista *Juventud* forma parte del cuerpo de publicaciones de entre siglos enmarcadas en la “edad de plata” de la cultura española, en donde se muestran las

²¹⁷ Díez, Julián, Moreno, Fernando Ángel (2014), *Historia y antología de la Ciencia Ficción Española*, Cátedra, Madrid, pág. 145.

tendencias regeneracionistas en lo político y en lo sociológico. Subtitulada “revista popular contemporánea” y con tintes modernistas y europeizantes, comienza su andadura el uno de octubre de 1901, no mencionando en ningún momento quién es su director, aunque se barajan los nombres de Pío Baroja, Carlos del Río, José María Llanas y José Martínez Ruiz.

Juventud no tuvo paginación y fue editada en pequeño formato y con una gran sobriedad, careciendo de ilustraciones, excepto los dibujos que estampa en su portada a partir del tercer número y del sexto. Aunque al principio apareció tres veces al mes (decenal), y a partir de su número cinco anuncia que se publicaría los domingos, su frecuencia fue bastante irregular con un total de 12 entregas, siendo la última la del 27 de marzo de 1902.

Salvador Calderón aparece como el autor de una “Sección Científica” que solo se insertará en su primer número. Martínez Ruiz lo fue de la sección “La política”, a partir del número cinco, y Ramiro de Maeztu, de “La actualidad”, a partir del siguiente. Otros textos corresponden a Julián Besteiro, Eduardo Marquina y Pedro Dorado, entre otros, y el propio Baroja utilizará también su alter ego Juan Alberto Nessy.

La huella de Martínez Ruiz se detecta desde los primeros números de *Juventud* por la aparición de Pedro Dorado (su mentor, su maestro en Salamanca) que solo se explica por la mediación segura del periodista alicantino. Lo hace el 10 de noviembre de 1901, cuando Martínez Ruiz también publica “Interviú con Rinconete”, donde reutiliza nuevamente el personaje Cervantino como ya repite, recordemos, el 23 de junio de 1901 en *Las Noticias*, de Barcelona, con “El patio de Monipodio” (el jefe del grupo de ladrones en la narración de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*).

De este modo, el periodista alicantino resucita el clásico personaje cervantino (Pedro del Rincón) para, en un diálogo en el que interviene él mismo (una técnica también habitual en el Martínez Ruiz periodista), denunciar el estado de la profesión periodística, así como una sociedad que apaga el espíritu de los jóvenes literarios que buscan la fama.

Esto, además, sirve para introducir a amigos y conocidos de Martínez Ruiz como Pi y Margall, Mariano de Cavia o Bonafoux (prestigiosos articulistas que, algún día, podrían acabar arruinados por las miserias de la profesión que tanto angustian al alicantino).

Puede usted asombrarse cuanto guste... Aquí, en España, no hay más camino para el periodista, para el literato, para el político que el agio y el enjuague. Dentro de ocho, de diez, de veinte años, ¿qué va a comer el citado amigo Cavia? ¿Qué va a comer Blasco? ¿Qué va a comer

Bonafoux, grandes periodistas todos, grandes oradores; grandes trabajadores, que día tras día, año tras año, han cobrado su artículo y se han gastado el importe de su artículo? Desgraciadamente, no hay clases pasivas para el periodista. Y recuerde usted la muerte de Eduardo del Palacio, recuerde usted la muerte de otros tantos que han trabajado toda la vida y se han visto trapillados, pobres, hambrientos...

Martínez Ruiz recalca en este mismo escrito la importancia de la originalidad en el estilo (lo que le preocupa desde sus inicios periodísticos) al tiempo que no entiende los desprecios que se realizan a la obra de El Greco o Silverio Lanza (a los que reivindica en varias ocasiones en su articulismo).

De cualquier modo, su obsesión recae en el estado de podredumbre del oficio, de la profesión periodística, que sigue sin depararle la estabilidad necesaria y deseada: "(...) un escritor honrado, que trabaja, por ejemplo, en los periódicos, durante treinta años, honradamente, sin chanchullos, sin negocios, es un escritor que vive al día y muere pobre (...). El periodismo hoy debe ser un patio de Monipodio".

Así pues, en una interesante reflexión final, Martínez Ruiz se cuestiona quién se acordará del articulista cuando deje de escribir en un periódico (nuevamente salen a flote sus problemas existenciales: el pasado, el tiempo, la eternidad...). Es la fama volátil y efímera en una profesión donde cabe entregarlo todo cuando el público "tornadizo" y "voluble" no recompensa con nada. Algo de lo que, en cambio, siempre se librarán los políticos, quienes conspiran, van y vienen, y acaban siendo ricos.

El periodista debe tomar su oficio como una industria. Cavia, Blasco, Zeda, Bonafoux, ¿dónde está el talento que tienen? ¡Ni siquiera han sido diputados! ¿Qué van a hacer cuando la edad canse sus plumas? ¿Quién les va a amparar? El público, el tornadizo, voluble, ingrato público, no se acordará de ellos, no, a los seis meses de dejar de escribir en un periódico influyente. En cambio, Zutano, Mengano, Perengano, que han escrito artículos aprovechados, son los diputados, serán mañana cualquier otra cosa; intrigan, conferencian, cabildean, conspiran, van, vienen, acabarán por ser ricos y excelentísimos.

Meses después, el 16 de febrero de 1902, (no incluido en Fox) aborda la campaña de "Los Tres" contra el juego y la prostitución en Málaga, y el 23 de febrero repite título ("La política", no registrado en Fox) para arremeter contra Romero Robledo, que para el alicantino es una muestra de la "frivolidad política". De este modo, el periodista alicantino apuesta por la juventud española en un guiño también a los que son sus compañeros en el regeneracionismo: Baroja y Maeztu.

(...) Campoamor es el emblema de nuestra vulgaridad literaria. La juventud española desprecia profundamente a este rimador trivial que no tenía ni dos adarnes de idealidad en la cabeza... Baroja sonrío

irónicamente de las *Doloras*; Maeztu dice que Campoamor es un Gamazo. Y aquí, en el Ateneo, mientras esta conmemoración se realiza, a todo el mundo oigo en los pasillos abominar de este señor prosaico.

Martínez Ruiz atraviesa, como sus compañeros de campaña, un escepticismo total en política, profesión, sociedad y, por supuesto, religión. De ahí sus críticas hacia una moral cristiana donde la injusticia permanece y es imposible transformarla. Para ello, hace uso de una original conversación con San Pablo.

Todos los hombres no podemos ser iguales ante ese Dios que habéis imaginado. Vosotros pretendéis mejorar la sociedad y lo que conseguís tan solo es llevar a la muerte a una porción de infelices. ¿Qué adelantáis con eso? ¿Qué conseguís con que corra la sangre de tantos como creen en esas utopías?... Esclavos habrá siempre, a pesar de todos vuestros discursos; la esclavitud es una de las bases del orden; sin ella no podría existir la sociedad... (...) No seáis imprudentes; someteos y dejad que corra el mundo como hasta a aquí ha corrido...

El 2 de marzo de 1902 continúa Martínez Ruiz con su sección “La política” (como decíamos líneas atrás, el periodista alicantino asumió esta sección) en un escrito que tampoco está registrado en Fox. Al parecer, y según deja entrever el periodista alicantino en este artículo, acudía a las conferencias e intervenciones políticas del Ateneo para analizar las intervenciones de los dirigentes políticos “fríos y mezquinos”, al tiempo que ataca a los compañeros de la prensa que lisonjean a los representantes políticos por su poder (y pone nombre y apellidos con Julio Burell, por el que parece sentirse traicionado tras una larga amistad).

Y yo creía que la recia pluma de Burell —¡oro y hierro!— vuelta un momento al periodismo, iba a abogar noblemente, decididamente por la justicia... El artículo del gran periodista, es más una elegía lisonjera que un fuerte advertimiento. No es Quevedo alzándose tremendo ante Olivares: es Quevedo sonriendo amablemente al favorito que dispone de todo el poder político de España, y lleva a España al desconcierto y la ruina. (...) El artículo de Burell y los debates del Ateneo yo los pongo a la misma altura y los considero síntomas igualmente apreciables de estos tiempos de decadencia.

En páginas posteriores de este mismo número de *Juventud*, se hace mención al homenaje a Larra (ya hubo uno anterior con los compañeros de *El Progreso*), en el que por supuesto estaba involucrado Martínez Ruiz. El grupo de “Los Tres”, como otros tantos compañeros del oficio periodístico, se sentían identificados con los ideales de juventud de Mariano de Larra, olvidado entonces, y al que deseaban homenajear y reivindicar: “Larra es de la juventud, no de los viejos que no han traído al arte aires de generosidad y de justicia. Y la juventud sabrá honrar al más genial, desinteresado e idealista escritor de nuestro siglo XIX”.

El 8 de marzo de 1902 (con su sección “La política”, incluido en páginas de la guía de Fox) lanza dardos envenenados a la religión y la mezquindad política (donde también se producen alusiones a sus influencias de Schopenhauer):

Y en tanto el planeta gira gallardamente por el vacío –que no es vacío y el dolor en la tierra persiste, y prosiguen las guerras entre los pueblos, la explotación de los pobres, los asesinatos, la tiranía, la mentira política- la mentira política, de la que yo no me ocupé en estas columnas, debiendo ocuparme –y a la que tan cordialmente odio.

Precisamente en este ejemplar, página 19, se advierte que en el próximo número del 15 de marzo de 1902 se encargaría Martínez Ruiz de la dirección. Información que confirma la dirección colectiva de la publicación, que pasaría de unos a otros.

Así pues, el 15 de marzo, publica “Todos fuertes”, donde se desmarca de los anteriores artículos hasta ahora realizados centrándose en temas como la importancia del medio, la naturaleza, el destino y la psicología

Hoy hay fuertes porque hay débiles. Y hay débiles, porque la desigualdad en el medio—que es la alimentación, la vivienda, la higiene—a unos pone en ventajosas condiciones de lucha, y a otros abisma en el aniquilamiento fisiológico. No es el medio igual para todos: no puede ser en todos igual la psicología.

Don Quijote

Con la leyenda “Este periódico se compra, pero no se vende”, *Don Quijote* es una publicación satírica y anticlerical fundada por el precursor de la caricatura política, el periodista y dibujante Eduardo Sojo. La dirigieron J. Osorio Pérez Castañón y Miguel Sawa. En ella publicaron escritores destacados como Pío Baroja, Francisco Pi y Margall, Luis Bonafoux, Ramiro de Maeztu, Vicente Blasco Ibáñez, Jacinto Benavente y Alejandro Lerroux, todos ellos amigos de Martínez Ruiz.

De cuatro páginas e ilustrado; las dos interiores estaban dedicadas enteramente a las viñetas y caricaturas, impresas en blanco y negro, y al final en color. Empezó a publicarse el 9 de enero de 1892 y aparecía semanalmente. Se estampó en varias imprentas. Sus textos no son muy extensos, tanto en prosa como en verso. Incluso contiene anuncios comerciales y una sección de “anuncios humorísticos”.

El primer artículo que se conocía de *Don Quijote* es del 29 de noviembre de 1901, anotado por Fox en su guía, aunque un amplio análisis del periódico nos ha permitido rescatar numerosos escritos hasta ahora ocultos en las hemerotecas. La consulta se ha realizado en los archivos digitales disponibles en la BNE.

En cualquier caso, la primera mención a Martínez Ruiz en *Don Quijote* es sobre su polémico *Charivari*, el 21 de abril de 1899, cuando señala que es (el periodista alicantino) un vaticinador de verdades sobre los cambios de opinión de Ruiz Contreras.

Así pues, no será hasta el 14 de abril de 1900 cuando Martínez Ruiz se estrene en *Don Quijote* con “Gacetilla Ultramundana”, donde inserta una brutal crítica contra la Hacienda española así como contra su máximo responsable, Raimundo Fernández Villaverde. Crítica política que se enmarca en el periodo de escepticismo que atraviesa cuando está confeccionando *Diario de un enfermo*.

Algo más de un año después, el 18 de octubre de 1901, por mediación de Martínez Ruiz o bien a proposición del periódico, *Don Quijote* inserta “Vida monástica”, cuyo contenido (historia donde unos frailes sienten placer en el ayuno y la flagelación por su supuesto amor y devoción a Dios) ya se había publicado en *El Motín*, el 20 de febrero de 1987, bajo el título de “Teología”.

Situación semejante se repite con “El Cristo Nuevo”, del 15 de noviembre de 1901, que también se publicó en *La Campaña*, de París, el 5 de enero de 1898. Lo que también puede explicarse, por otro lado, por la colaboración de Bonafoux (propietario del diario parisino) también en páginas de *Don Quijote*.

El 29 de noviembre de 1901 publica “La España católica”, artículo que ya había visto la luz meses antes, el 21 de abril de 1901, en la revista *Electra*, dentro del debate anticlerical sobre la obra de Galdós. Y el 25 de abril de 1902, *Don Quijote* se hace eco del artículo de Martínez Ruiz “Todos fuertes”, que también tuvo difusión un mes atrás, el 15 de marzo de 1901, en *Juventud*.

Martínez Ruiz cierra sus colaboraciones en *Don Quijote* el 14 de noviembre de 1902 con “El mejor libro”, que no aparece en Fox ni en ninguna otra publicación de la época, y que es un alegato sobre el amor:

Pero haré un libro más hermoso, más grande, más sublime; haré un libro que no se puede escribir a los cincuenta años, que se ha de hacer a los veinte, con todas las energías, con toda la fe, con todo el entusiasmo de la juventud... Sí, Elís; mi Elís querida... (estrechándola entre sus brazos y besándola.) Haremos un gran libro... escribiremos el libro grandioso que se titula AMOR.

El Porvenir del Obrero

Las publicaciones de Martínez Ruiz fueron con el tiempo cada vez más atendidas por la prensa provincial (como ocurría con *La Federación*, de Alicante) de tal modo que sus artículos publicados en la prensa nacional serían rebotados en páginas de otros diarios comarcales. De ahí también el caso de *El Porvenir del*

Obrero, de Mahón (Menorca), que se alimentó en buena medida de artículos de Martínez Ruiz.

Dirigido en sus inicios por Bartomeu Briones Mesa, *El Porvenir del Obrero* era el órgano de la sociedad cooperativa mutualista del mismo nombre con ideología anarcosindicalista y anarquista. Primero apareció mensualmente y después semanalmente con algunas interrupciones. La cabecera del periódico cambió numerosas veces de diseño.

La nómina de sus colaboradores fue extensa con Federico Urales, Ricardo Mella, Eduardo Marquina, Anselmo Lorenzo, Julio Camba, P. Cordero Velasco, Eduardo Zamacois, Zola, Fermín Salvochea, Pi i Margall, Teresa Claramunt, Josep Prat, Unamuno o Blasco Ibáñez, entre ellos.

El primer artículo de Martínez Ruiz data del 24 de agosto de 1901, “La religión”, que ya fue publicado en *Electra*, el 11 de mayo de 1901, cuando el periodista alicantino relaciona el catolicismo con lo antiguo y caduco en una España que necesita mirar al futuro con esperanza. El 8 de febrero se hace eco de “El Cristo Nuevo”, una de las colaboraciones anarquistas más célebres de Martínez Ruiz, que también tuvo su repercusión en *La Campaña*, de París, el 5 de enero de 1898; en *La Federación*, de Alicante, el 23 de enero de 1898; y en *Don Quijote*, el 15 de noviembre de 1901.

El 28 de septiembre de 1902 ve la luz “La patria” (originalmente es de *Progreso*, 23 de abril de 1899); y el 20 de octubre de 1905 rescata “La Prehistoria”, que algunos expertos catalogan en el género de la ciencia ficción, y que se reprodujo en *España* (1 de febrero de 1905), entre otras publicaciones, puesto que también se difundió en la revista anarquista *Solidaridad Obrera*, de Barcelona, 27 de noviembre de 1917; *El Político*, edición de 1919, con el título “Epílogo futurista”; *Dinamita cerebral. Antología de los cuentos anarquistas más famosos*, edición de Juan Mir y Mir, Mahón, 1913; *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, de Lily Litvak, Madrid, Taurus, 1982; *De la Luna a Mecnópolis. Antología de la ciencia-ficción española (1832-1913)*, editado por Acantilado (Quaderns Crema), 1995.

En “La Prehistoria”, Martínez Ruiz explica con ironía y sarcasmo los conceptos de armas, guerras y honor en un diálogo de maestro y alumno.

Perdone usted; esta es mi obsesión actual; éste es el punto flaco de mi libro; ésta es mi profunda contrariedad. He repetido instintivamente una palabra que he visto desparramada con profusión en los documentos de la época y cuyo sentido no he llegado a alcanzar. Le he explicado a usted lo que eran las ciudades, los pobres, las fábricas, el jornal, las monedas, la cárcel y los fusiles; pero no puedo explicarle a usted lo que era el honor. (...) Tal vez ésta era la cosa que más locuras y disparates hacía cometer a los hombres.

Finalmente, el 24 de agosto de 1906, publica “El buen pastor” (que también se reprodujo en páginas de provincias como *El Correo*, de Alicante, el 14 de septiembre de 1898) tras su primera salida en la prensa nacional. El artículo es una conversación entre un pastor y un joven socialista (que encubriría a Martínez Ruiz) quien pone en duda todo el sistema político y la religión en sus pensamientos más escépticos en una sociedad utópica donde se impone el principio de igualdad:

Cuando los bienes terrenos sean de todos, no habrá codicia de las riquezas cuando el amor no tenga sanción ni coacción, no habrá celos, ni correrá la sangre para lavar quiméricos agravios, cuando las fronteras no dividan a los hombres en amigos y enemigos, no habrá guerras. Todo es de todos; nada es de nadie. Ningún hombre tiene derecho a imponer a otro su voluntad. No hay orden donde hay fuerza; ni hay bien social donde hay gobernantes y gobernados.

Arte joven

La revista *Arte Joven*, publicada en 1901, fue exponente del primer movimiento modernista y de sus afanes renovadores en el campo de las artes y de la literatura que se desarrollaron en España en el cambio del siglo XIX al siglo XX. Participaron en ella escritores y artistas de diversa forma de pensar y con distintas intenciones estéticas, desde Picasso a Unamuno, pero con una intención común de superar los esquemas establecidos por la estética realista anterior²¹⁸.

Fundada en Madrid por Pablo Picasso y Francesc d'Assís, publicó cuatro números, entre marzo y junio de 1901, y su importancia radicó especialmente en que se transformó en la plataforma de Picasso por crear y consolidar en Madrid un movimiento modernista similar al que se estaba produciendo en Barcelona.

La consulta de *Arte Joven* se ha realizado por medio del servicio de la hemeroteca del Archivo digital de Barcelona (Arxiu de Revistes Catalanes Antiques).

El 15 de abril de 1901 se estrena Martínez Ruiz en *Arte joven* con “La vida” (que no tiene ninguna conexión con el relato del mismo título incorporado en *Bohemia*). En este caso, se trata de un artículo donde ataca a la clase política y el Estado (que en el escrito se reduce a un lugar donde todos viven a costa de todos). Sin tintes anarquistas, pero sí de escepticismo (por el que queda marcado desde *Madrid Cómic*), el periodista alicantino critica el sistema democrático.

¿Para qué votar? ¿Para qué consolidar con nuestra blanca papeleta cándidamente el Estado? El Estado es el mal; el Estado es la autoridad, y la autoridad es el tributo que esquilma al labrador, la fatiga

²¹⁸ Flores Arroyuelo, Francisco J (2002), “*Arte Joven*: 1901. Una revista modernista”, *Monteagudo*, Universidad de Murcia, Murcia, págs. 23-30, disponible en <http://revistas.um.es/monteagudo/article/view/77551/74961>.

que mata en la fábrica, la quinta que diezma los pueblos y deja exhaustos los campos, el salario insuficiente, la limosna humillante, la ley, en fin, que lo regula todo y lo tiraniza todo (...) Seamos inertes ante la invitación a la política. La democracia es una mentira inicua. Votar es fortalecer la secular injusticia del Estado. El Estado –decía Bastiat- es la eterna mentira, por medio de la cual todos viven a costa de todos.

En este sentido, Martínez Ruiz aboga por la bohemia y la vida libre del artista en una sociedad utópica e igualitaria, como cuando en “La pedagogía” (del 4 de mayo de 1901, en *Electra*) respalda la libertad en la educación:

El arte es libre y espontáneo. Hagamos que la vida sea artística. Propulsores y generadores de la vida, los artistas no queremos ni leyes ni fronteras. Nuestra bohemia libre, aspiramos a que sea la bohemia de la humanidad toda. Amemos, gocemos de la vida; trabajemos todos y seamos felices todos. Ni señores ni esclavos, ni electores ni elegidos, ni siervos ni legisladores. Rompamos las urnas electorales.

En “La emoción de la nada”, del 3 de mayo de 1901 (no registrado por Fox), Martínez Ruiz se inspira en un hecho real de Yecla (así lo cita el periodista alicantino en el escrito) cuando ve el entierro de una niña. Allí observa al sepulturero remover unos ataúdes, huesos, y reflexiona sobre la vida. El artículo nos recuerda el fragmento de *Diario de un enfermo* cuando Martínez Ruiz se encuentra con el ataúd blanco de una niña...aunque no resulta ser el mismo (pese a que la fecha de 1901 nos hace pensar que pudo inspirarse o parte en cierto modo de este pasaje del libro del escritor alicantino).

Tiempo, amor, muerte, paisaje y sensibilidad (y el “misterio eterno de la nada”) quedan encerrados en este artículo donde la literatura rompe con la caducidad efímera del periodismo, y en el que también se introducen críticas sobre la sociedad propias del escepticismo de Martínez Ruiz.

Al final de una calle de nichos, un hombre vestido con un chaquetón pardo, da, arrodillado, fuertes picotazos en la tapa de una tumba. Todos los que han traído la transparente caja de la «mocica», se agrupan en su torno. A cada embate de la piqueta, el humano cerco se condensa y aproxima. El negro agujero se va ensanchando, y nos sentimos atraídos brutalmente hacia el misterio eterno de la nada. Momentos supremos; la débil paredilla cede por fin, y la siniestra oquedad queda completamente al descubierto... Todos miran ávidamente; los niños se arrastran, curiosos, gateando; una vieja apergaminada explica quién fuera allí enterrados años atrás, y el sepulturero mete el busto en el nicho y forcejea. Un labriego exclama festivamente: “¡Arrempujarle pá que se quede dentro!” Y la concurrencia ríe la gracia...

El sepulturero forcejea, y mientras saca podridas tablas y jirones de ropa y negruzcos huesos, yo pienso en este breve término de la vida, fugacísimo punto en la evolución de la materia universal y perenne. Como estos puñados de negra tierra serán dentro de diez, de veinte,

de cincuenta años, mis amigos y mis enemigos, mis odios y mis amores... y yo mismo. Así serán las presentes y afanosas generaciones: los obreros que penan en las fábricas, los labriegos que benefician el campo, los gobernantes que nos esquilman y tiranizan, los reyes y los genios, todos, todos en inmensa mortuoria danza caminan a la muerte y en la muerte rematarán sus bienandanzas y desventuras, sus alegrías y amarguras... Y la materia, siempre la misma, igual eternamente, caminará impasible a nuevas formas y renovaciones diversas, en perpetuo y ciego torbellino engendrador de mundos.

“Paradox”, del 1 de junio de 1901 (tampoco está en Fox), corresponde al número 4 de *Arte Joven* y está acompañado por un retrato de J. Martínez Ruiz realizado por Ricardo Baroja. Se trata de una reseña elogiosa hacia la nueva obra de su amigo Pío Baroja, y que menciona al final: *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

18. Regeneracionismo en la campaña de “Los Tres” contra el juego y la prostitución: *El Noticiero Malagueño*, “Historia contemporánea”, *El Correo Español* y *Juventud*

La unión hace la fuerza, y eso debieron entenderlo especialmente bien Baroja, Maeztu y Martínez Ruiz quienes, pese a sus anteriores enfrentamientos y desacuerdos (el más grave con la anticlerical *Electra*), cohesionaron ideas y esfuerzos para denunciar situaciones injustas en un país que necesitaba caminar hacia un futuro esperanzador.

Así, en una campaña de regeneracionismo, donde cada uno peleaba hasta entonces por su cuenta en las hojas volanderas, se unen en favor de Ignacio Fernández de la Somera, ingeniero de caminos y activo colaborador del diario *El Noticiero Malagueño*, que había sido recluido en prisión por denunciar la protección dispensada al juego para beneficio del gobernador civil Cristino Martos, el cacique Adolfo Suárez (director de *El Nacional*, senador por el partido conservador) y Romero Robledo. La campaña llevaba realmente desde agosto de 1901, pero la detención de Fernández de la Somera el 11 de enero de 1902 (tras la publicación del artículo “El gobernador y el fiscal de Málaga”²¹⁹) precipita los hechos.

Nace así el grupo de “Los Tres”, es decir, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y José Martínez Ruiz con el objetivo de tomar cartas en el asunto ante la podredumbre moral y económica del país. El caso pues del encarcelamiento de Fernández de la Somera se les presentaba como un pretexto inmejorable para todos ellos.

Hasta ahora, la campaña contra el juego y el apoyo efectuado por el grupo de “Los Tres” a Fernández de la Somera, había sido reconstruido únicamente a través del testimonio de *El Correo Español* (puesto que de *El Noticiero Malagueño* solo se conservan unos ejemplares en el archivo histórico de Málaga que no aluden al caso).

Sin embargo, en la hemeroteca familiar de la Casa-Museo Azorín en Monóvar, se ha recuperado un suelto de varias páginas titulado “Historia contemporánea” en el que “Los Tres” narran las vicisitudes vividas y los movimientos efectuados para llevar a cabo su campaña de apoyo a Fernández de la Somera y contra el juego en Málaga. Inédito en Fox, algunos de sus pasajes fueron publicados –de forma desfragmentada e incompleta- en *El Correo Español*

²¹⁹ García de Juan, Miguel Ángel (2017), “Ramiro de Maeztu, José Martínez Ruiz, Pío Baroja y su batalla contra el juego en Málaga en 1901 y 1902. Comunicado y ‘Hoja’ en *El Correo Español*. Diario Tradicionalista”, *Aportes*, 95, Madrid, disponible en <http://revistaaportes.com/index.php/aportes/article/view/301>.

(ya que Martínez Ruiz, Maeztu y Baroja remitieron el folleto de “Historia contemporánea” al diario), por lo que hay datos (sobre todo los contactos establecidos con políticos e intelectuales en la peregrinación de “Los Tres”, así como el contenido de las cartas y telegramas) que ven ahora por primera vez la luz.

En este sentido, llama la atención en “Historia contemporánea” cómo un caso de provincias (la denuncia se produce y acontece en Málaga) es alertado por “Los Tres” en la capital, Madrid, con lo que sin duda trataban de captar la atención de los grandes medios ante el silencio que envolvía al caso y sobre el que se presentan como jóvenes, independientes y entusiastas que desean resucitar las dormidas energías del país:

Y como somos hombres sinceros, confesamos paladinamente nuestro delito: durante un momento hemos creído que el esfuerzo decidido de tres jóvenes escritores, independientes, honrados, pudiera promover en la juventud española, ansiosa de renuevo, una fecunda resurrección de las dormidas energías. No gustamos de las bellas generalidades de Academia; nos place combatir el caso concreto. Entendemos que solo así, solo abandonando los bizantinismos de cátedras y Ateneos para descender en aplicaciones prácticas a la realidad, es como ha de darse comienzo a la generación de un pueblo activo y culto.

De este modo, en “Historia contemporánea” (suelto de cuatro hojas en un formato de grandes dimensiones), “Los Tres” informan que han remitido una nota informativa a *El Correo Español* el 14 de enero de 1902 con el título de “Atropello incalificable. Que se vaya el gobernador” exponiendo lo ocurrido con Ignacio Fernández de la Somera, y que no fue publicada. Por ello, a continuación, denuncian el silencio que se está produciendo en los medios de comunicación de Madrid, al tiempo que transcriben la carta que han enviado a *El Noticiero Malagueño* para mostrar su interés por la causa de Fernández Somera.

La prensa de gran circulación calló prudentemente. Y asombrados de tanta discreción e indignados del atropello cometido con el Sr Somera, mandamos a *El Noticiero Malagueño* la siguiente carta. “Muy señor nuestro: Aunque no compartimos sus ideas políticas, sentimos vivas simpatías por su campaña contra la vergonzosa inmoralidad que reina en ciertos centros oficiales de esa desgraciada provincia española (...) 19 de enero de 1902, en *El Noticiero Malagueño*”.

Líneas posteriores en “Historia contemporánea”, según informan “Los Tres”, escriben una nueva nota para *El Correo Español* el 24 de enero de 1902 (y que vuelve a omitirse en las páginas del diario madrileño puesto que esta solo aparece reelaborada por la redacción a partir de lo facilitado por Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu). En cualquier caso, al menos su protesta por fin tiene eco en Madrid (tras insistir varias veces) al incorporar esta breve noticia modificada titulada “El juego en Málaga. Protesta”:

Y puesto que la gran prensa rotativa de Madrid, propugnadora de la regeneración nacional, apologista de todas las panaceas chirles, ha callado ante los estupendos escándalos de Málaga; puesto que en el Congreso ninguno de los furibundos demagogos se ha levantado a protestar de tales arbitrariedades bochornosas, tres escritores jóvenes, colaboradores en esa prensa que enmudece ante la injusticia, han dirigido a *El Noticiero Malagueño* una protesta, que este periódico acoge en sus columnas.

Los Señores Martínez Ruiz, Maeztu y Baroja, al aplaudir al iniciador de la campaña contra el juego, prometen realizar –después de estudiadas las denuncias- un acto de más eficacia y calurosa adhesión. ¿Lo realizarán? Difícil se nos antoja; su tarea ha de encontrar en Madrid y entre la prensa que le es amiga formidables obstáculos... Y de todos modos, fausto o infausto el éxito, nosotros aplaudimos la generosa salida de estos tres hidalgos ingeniosos, que, rodeados del mido de los unos y del interesado silencio de los otros, se disponen a combatir por la Justicia.

¿Pero por qué el grupo de “Los Tres” toma a *El Correo Español* y no otros diarios de Madrid para hacer de altavoz de este caso? Ellos mismos lo cuentan: “Este periódico y *El Siglo Futuro* eran los únicos que se habían ocupado del asunto en Madrid. Nos dirigimos al primero no sabemos por qué; acaso por simpatías personales”.

A partir de aquí, transcriben los retazos informativos más importantes de la campaña denunciados en *El Noticiero Malagueño* extraídos de los ejemplares (que ellos mismos citan) del 8 de diciembre de 1901; 11 y 12 de enero de 1902.

Los hechos

Martínez Ruiz, Maeztu y Baroja, según indican en “Historia contemporánea”, escribieron a *El Noticiero Malagueño* para comunicar públicamente su adhesión a la campaña contra el juego en Málaga (al principio mostraron “vivas simpatías” por la causa, cuando ahora ya sí confirman su apoyo total).

Independientemente de toda cuestión política, manifestamos nuestra adhesión a la campaña que don Ignacio Fernández de la Somera ha emprendido en Málaga contra la inmoralidad administrativa, y expresamos nuestro deseo de que campañas de tal índole se promuevan en toda España.

Por entonces, “Los Tres” ya habían cumplido sin duda con uno de los objetivos al sacar del ostracismo un caso de provincias (todos ellos son periodistas y articulistas también de provincias, de Alicante, San Sebastián y Vitoria), logrando que la prensa de Madrid (por medio de *El Correo Español*) informara de lo que estaba ocurriendo en Málaga. Por ello, llegaba el momento de dar el siguiente paso,

que no era otro que contactar con influyentes políticos para que se empaparan del asunto y movieran los hilos para una resolución óptima lo antes posible.

Y todo ello queda también constatado en páginas de “Historia contemporánea” cuando anuncian cartas y correspondencia a políticos como Nicolás Salmerón, Matías Barrio, Manuel Sales o Alejo García Moreno, donde unos apoyan firmemente la causa; y otros se muestran dubitativos.

El 24 de enero de 1902, en una epístola que copian en “Historia contemporánea”, “Los Tres” escriben a Antonio Maura:

Muy señor nuestro: Suponiéndole enterado de los escándalos de Málaga y del abandono en que hasta ahora ha quedado el denunciante Sr. Fernández de la Somera, redactor-jefe de *El Noticiero Malagueño*, acudimos a usted para que venga en defensa práctica de los principios proclamados en sus discursos políticos.

Y, además, lo mismo hacen con Miguel de Unamuno:

Como verá usted por el adjunto suelto, nos hemos metido en una empresa quijotesca, probablemente de malos resultados. ¡Qué quiere usted! Hemos visto en Málaga un hombre perseguido (...).

La estrategia para captar apoyos a la causa del juego en Málaga y por Ignacio Fernández Somera se amplió igualmente con misivas que iban dirigidas a algunas de las cabeceras más relevantes de Barcelona o Valencia o a instituciones como la Real Academia Española. Por eso, se remitieron informes y solicitudes a los directores de *La Publicidad*; *La Veu de Catalunya*, de Barcelona; y *El Mercantil Valenciano*, de Valencia; o al académico Jacinto Octavio Picón, según indican “Los Tres” en “Historia contemporánea”.

El 25 de enero de 1902 envían un nuevo telegrama –así queda reflejado en “Historia contemporánea”- a *El Correo Español* bajo el título de “El Juego en Málaga. En busca del Yelmo” (efectivamente, esta nota informativa aparece, pero sin firma ni mención de “Los Tres”). El escrito, que fue reelaborado nuevamente por el diario madrileño, agrega la adhesión pública de “Los Tres” y anuncia la confección de un libro que denuncie todo este proceso a modo de presión contra los dirigentes políticos que podían mediar en el asunto:

(...) esta sencilla protesta, que los señores Maeztu, Baroja y Martínez Ruiz han redactado y puesto a la firma de los más conspicuos personajes, ha causado verdadera estupefacción en el pequeño mundo de nuestros políticos pequeños. Y el espanto de los unos, y la piadosa sonrisa de los otros, ha sido la glosa merecida de esta soflama aterradora en que se da un aplauso a un hombre honrado.

Y esto es épico; esto es digno de un cuento de Daudet o de Dickens; pero es asimismo sintomático de una inercia formidable en aquellos elementos que claman en Ateneos y Academias contra la iniquidad, y

retroceden apocados ante el caso concreto, ante el hecho que sangra. Los tres jóvenes periodistas han visitado a muchos de los señores que en el Ateneo de Madrid condenaron el caciquismo en enormes Memorias; sus peregrinaciones han resultado tan amenas como instructivas. Y en un libro escrito sinceramente, en un libro que circule profusamente por España, Baroja, Maeztu y Martínez Ruiz proyectan contar su famosa aventura en busca del suspirado yelmo de la Moralidad; y piensan decir, detalle por detalle, cómo la urdimbre de falsedades, hipocresías, agios y chanchullos es tal, que no han podido topár ni con una mala bacía de barbero.

El 26 de enero de 1902, según figura en “Historia contemporánea”, “Los Tres” escriben al obispo de Málaga, quien ya felicitó al periodista malagueño Fernández de la Somera por su protesta contra el juego. Es más, según denuncian Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu, la cosa no solo puede quedar en Málaga ya que tienen información de nuevos casos en España:

Y como también en Segovia ha ocurrido algo semejante, como proyectamos celebrar un mitin en que denunciaremos todas las corruptelas administrativas, escribimos también, en demanda de datos, al alcalde de Segovia y al director de *El Diario de Avisos*.

El mismo día, 26 de enero, “Los Tres” reciben la respuesta de Antonio Maura, quien les asegura que es una iniciativa plausible pero difícil de acometer. La carta de Maura la transcriben completa en “Historia contemporánea”:

Muy plausible la iniciativa de ustedes, que sin duda dispondrán de las pruebas concretas y directas que exigirá el interesado escepticismo, me hacen honrosa justicia al esperar que vituperaré la atonía del sentido moral.

En cambio, con Unamuno, que firma la carta-respuesta con membrete de “El Rector de la Universidad de Salamanca”, les hace saber su total confianza en ellos:

Mis queridos amigos:

Para la protesta que contra las iniquidades de Málaga preparan, mi nombre desde luego. Y además de mi nombre, para su empresa mi pluma. Más no puedo emplearla debidamente sin enterarme de eso de Málaga, de que ni una palabra sé, pues hasta el nombre del señor Fernández de la Somera me era desconocido hasta la carta de ustedes. Me figuro lo que allí pasa, porque tengo de Málaga una idea pésima.

Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu reenvían inmediatamente las epístolas a *El Noticiero Malagueño* (así lo detallan en “Historia contemporánea”) para sumar fuerzas y, sobre todo, para difundir estos valiosísimos apoyos.

Probablemente, estos contactos y pasos dados sobre todo entre las clases políticas, motivaron la nueva nota informativa que remiten “Los Tres” a *El Correo Español* para aclarar estas posiciones. Así, el 27 de enero de 1902, el diario publica

un suelto informativo (reelaborado otra vez por la redacción) que, con título “El juego en Málaga”, clarifica que “Los Tres” no quieren hacer política sino reclamar justicia (aunque, para ello, tengan que convocar un mitin).

Continúa en la capital andaluza el interés por estos escandalosos abusos, y prosiguen en Madrid los Sres. Baroja, Maeztu y Martínez Ruiz en su campaña de divulgarlos y reclamar justicia para sus autores.

Es imposible que un tal estado de cosas dure por más tiempo. Los tres jóvenes periodistas proyectan celebrar un gran mitin, al que han invitado al Sr. Fernández de la Somera; y como no es sólo Málaga la que ofrece edificantes ejemplos de pureza administrativa, como son también Segovia, y Tarragona, y tantas otras provincias españolas, por no decir todas, este acto, celebrado la víspera de un nuevo reinado, será como un *Balance del régimen* que los hombres de inteligencia, sinceros e intachables, ofrecen a los políticos profesionales, a esos mismos políticos que no contentos con la actual atonía de la opinión ante sus desavíos, piden, según frase de uno de ellos, una tregua, en que sin duda los españoles que ahora callamos habremos de aplaudir entusiasmados.

Los iniciadores no obran impulsados por ningún móvil ajeno a la justicia; despreciando profundamente el Parlamento y el presupuesto. Su campaña no ha de producirles seguramente medro personal ninguno. No van a hacer política; van, por el contrario, a descubrir ante la opinión las depredaciones, chanchullos, falseamientos e inmoralidades de todo género que treinta años de política parlamentaria han producido en España.

El 5 de febrero de 1902, *El Correo Español* deja constancia de la recepción de la hoja de protesta de “Los Tres”, “Historia contemporánea”, con un artículo en primera página de su director Benigno Bolaños –pseudónimo Eneas- con el título “Historia contemporánea. El juego en Málaga”.

Por el correo interior acabamos de recibir una Hoja sumamente instructiva. Lleva el título que hemos puesto a estas líneas, *Historia contemporánea*, y trata de la cuestión del juego en Málaga.

(...) Nuestros lectores están en autos ya. En estas columnas lo dijimos. Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu se propusieron tomar pie del caso concreto del juego en Málaga para emprender una campaña de anticaciquismo y moralización.

Sin duda ellos decían: —Buenas son las teorías morales, buenos los propósitos de saneamiento en grupo, más para ello no será malo empezar por un escándalo. Corrigiendo hoy uno, mañana corregiremos otro, y así hasta que se acaben. Derribando hoy un cacique, mañana derribaremos otro, y así poco a poco hasta que todos escarmienten y caigan. Es la mejor manera de limpiar la sociedad de lepra. Es la más gallarda y más práctica aplicación de todas aquellas hermosas y solemnes discusiones que un día promovió Costa en el Meneo sobre el caciquismo.

A nuestro parecer pensaban bien los iniciadores de tan noble empresa. Pensaron bien; pero el choque con la realidad ha sido brusco.

Lo que les ha pasado, las aventuras de su odisea, las cuentan en la hoja que nos inspira este artículo. Copiaremos lo que dice para que salgan a luz los dos escándalos.

¡Los dos!, el chico y el grande, el local y el general, el de Málaga y el de Madrid y de todas partes. Hoy no puede ser; nos falta el espacio. Pero mañana no nos faltará, si Dios quiere, y de todos modos, está visto que en estos asuntos y en estas delaciones ni la prensa grande ni la chica nos quiere tomar la delantera. ¡Ojalá nos la tomara! Hasta mañana.

En este sentido, el 6 de febrero de 1902, *El Correo Español* inserta la carta-respuesta de Ignacio Fernández de la Somera a “Los Tres” –y que también puede leerse en “Historia contemporánea”-. Titulada “Historia contemporánea. El escándalo local”, agradece el apoyo y la campaña promovida por Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu conectando con la carta que ya remitieron el 19 de enero a *El Noticiero Malagueño*.

Sres. D. J. Martínez Ruiz, D. Ramiro de Maeztu y D. Pío Baroja.

Mis distinguidos señores: He recibido su muy atenta, sincera y espontánea carta fecha 19 de enero, y ella demuestra cuán grande ha sido la protesta levantada en sus pechos ante la inicua persecución de que hemos sido víctimas en esta explotada población, por el enorme delito de decir clara y terminantemente en la prensa que en Málaga estaba establecido y reglamentado y fomentado el juego, como fuente de grandes recursos para el señor gobernador civil, D. Cristino Martos.

Créame bajo mi palabra de hombre honrado: no sólo el hecho es ciertísimo, sino público y notorio. Nada de sospechas ni de ocultaciones, la cosa era pública; y los directores de esos centros y los directores de los círculos hablaban de las miles de pesetas para el gobernador como quien habla de pagar el alquiler de la casa.

Excuso decir a ustedes que con esa libertad llegó Málaga a un estado que horrorizaba, y la clase obrera villanamente explotada en garitos donde, con pretexto de juego, se les robaba el jornal de su familia.

(...) Y así ocurrió, y se constituyó el Juzgado a altas horas de la noche y me mandaron a buscar a mi casa, y me presenté después de las doce de la noche y a las dos de la madrugada ingresaba en la cárcel pública por no llevar encima 5.000 pesetas que me exigieron de fianza. En una cuadra donde dormían unos 80 presos pasé la noche sentado en una silla, y hasta las once de la siguiente noche no se decretó la libertad provisional, después de depositadas las 5.000 pesetas.

Málaga entera, desde los republicanos hasta los integristas, han protestado de que se denuncie a los Tribunales contra el que denuncia un delito que ya es vulgar de perfectamente conocido. Un sentimiento de honradez impulsó a todos a protestar públicamente, repugnando se

trate de degradar así la Justicia en España, amordazando la prensa que dice verdad o impidiendo se persigan los delitos explotados para sostener repugnantes vicios.

(...) Perdóneme si he sido pesado. Su carta llenó de alegría mi corazón y me parece somos amigos. Yo en ello me honraría, y tengo un honor en ofrecer a ustedes mi amistad, mi casa y mi acción personal para cuanto se pueda hacer por mi Patria y mi Religión.

En “Historia contemporánea”, “Los Tres” incluso hacen mención a esta carta que han recibido de Fernández de la Somera (que, como hemos visto, también ha sido publicada en *El Correo Español*, 6 de febrero de 1902), e insisten en su idea de acción:

Hemos recibido su carta, que nos ha llenado de asombro, de indignación y de simpatía hacia usted. (...) queremos que los sucesos de Málaga sean el principio de una campaña sincera y desinteresada contra el caciquismo bochornoso.

El 7 de febrero de 1902, *El Correo Español* difunde el artículo de Martínez Ruiz “El escándalo”, que según aducen “Los Tres” en “Historia contemporánea”, había sido silenciado por otras cabeceras hasta entonces. En la guía de Fox aparece como “El escándalo general” (que fue el título que le asignó *El Correo Español*) cuando en el original, el firmado por el periodista alicantino, es “La protesta”.

El escrito (un extracto de *La voluntad*) versa sobre Pedro, Pablo y Juan (tras los que se camuflan Martínez Ruiz, Maeztu y Baroja) que reescriben una y otra vez la protesta entre constantes correcciones. Para ello, van a asumir los papeles de filósofos, exministros, grandes oradores... en su empeño por reconducir la moral de Nirvania (España).

Prueba de su inconformismo, el grupo de “Los Tres” recalca en “Historia contemporánea” el éxito en la captación de apoyos en la campaña contra el juego en Málaga cuando se hace eco de algunos extractos informativos en diarios no solo nacionales sino también provinciales como *El Mercantil Valenciano*. Es más, “Los Tres” también destacan la visita del periodista Santiago Alba (quien les recomienda mover y organizar un mitin) al tiempo que informan de una nueva carta del encarcelado Fernández Somera, quien se muestra encantado de poder intervenir en un futuro encuentro político: “Para fin tan patriótico dispongan de mí en cuanto pueda compatible mi deber”.

El 13 de febrero de 1902, *El Correo Español* publica (esta vez, sí) un resumen de la hoja de “Historia contemporánea” elaborada por “Los Tres”. En esta, citan las gestiones realizadas con Maura, Unamuno a otras infructuosas como la de Nicolás

Salmerón. Lo más interesante es el entrecomillado de unas declaraciones del grupo:

Queríamos realidad, dicen, y la realidad nos ofrecía sangrando. Hela aquí. En una provincia española, tan desgobernada y explotada como las restantes provincias, un hombre digno acusa los enormes desavíos de un prefecto. Los desavíos son innegables; pero al acusador se le encarcela. La ciudad entera protesta de tan pintoresco modo de entender la justicia distributiva. Y he aquí que tres periodistas, que en Madrid mueven sus plumas libremente, tres hombres ingenuos que se asombran del silencio de la prensa rotativa ante esta novísima teoría del Derecho, unen también su protesta a esas protestas, e imaginan –dando en el peregrino tema de Alonso Quijano el Bueno- salir a deshacer los incontables entuertos y desafueros de nuestro bandidismo administrativo.

Por su parte, la amplia hoja de “Historia contemporánea” finaliza con estas palabras de Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y José Martínez Ruiz:

No nos poníamos ningún fin político. No hemos realizado chantajes, no hemos cobrado nunca ni un céntimo de fondos secretos; no hemos sido nunca empleados, ni queremos serlo; no hemos aspirado a ser diputados, ni aspiramos a serlo. Amamos la Verdad y la Justicia; por ellas hemos combatido en la ocasión presente. Y como nos gusta ser sinceros, confesamos nuestro fracaso.

Más reacciones

Los casos de Fernández de la Somera y la campaña contra el juego en Málaga también tuvieron su repercusión en *Juventud* cuando el 16 de febrero de 1902, en un escrito elaborado por Martínez Ruiz con fuertes críticas a la clase política en su primera parte –derivado de su escepticismo, de su rabia ante la incapacidad de cambiar las cosas-, señala: “El mal es irremediable con el actual régimen; la política es una industria. ¡Enriqueceos!... (...) ¡Lo importante es llegar! Y para llegar, para coger el acta o la cartera, se utiliza el periódico, el discurso, el libro, la diatriba...”. En el pasaje final del mismo, el periodista alicantino denuncia la pasividad absoluta de Sagasta respecto a lo acontecido en Málaga.

La anunciada combinación de gobernadores ha sido, al fin, firmada. El gobernador de Málaga continúa en su sitio. Y no sé qué opinará *La Época* que ante las acusaciones lanzadas a este personaje, escribía en su número del día 9: “Algo se ha conseguido (la suspensión del juego) pero no todo lo que la opinión tenía derecho a esperar; pues era indispensable, ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE, por el buen nombre de las autoridades, del Gobierno, que se depure lo ocurrido, que se castigue a los calumniadores si las denuncias resultaban infundadas, o a las autoridades acusadas si eran ciertas”.

Lo que a *La Época* le ha parecido ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE, no se lo ha parecido al Sr. Sagasta. Era lógico...

De este modo, en el siguiente número de *Juventud*, del 23 de febrero de 1902, escribe Unamuno “El duelo y el juego” donde, en alusión a esta polémica, elogia a “Los Tres” por la campaña emprendida al tiempo que les reprocha acudir a la clase política para estos menesteres ya que, de la política, “no debe esperarse de ella nada en cuestión de moralidad”:

Y volviendo a su campaña, he de decirles que han tenido la desgracia de acudir para ella a políticos, y tal como aquí se entiende, la política no debe de esperarse de ella nada en cuestión de moralidad, quiero decir de campañas moralizadoras. El mote que más teme un político es el de Catón. La política es transigencia y acomodo, dicen. Eso de velar desde el Gobierno porque no se desmoralice a la juventud, marearla la reacción y sería la muerte de toda libertad (...) Saben cuán su amigo y de veras lo es.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

19. *La voluntad* (1902): filosofía, periodismo y próxima salida a la crisis nihilista

Sobre junio-julio de 1902 se publicó *La voluntad*²²⁰, que tampoco fue una excepción en el habitual procedimiento de Martínez Ruiz cuando libros y producción periodística se retroalimentan, con transfusiones de unos a otros, y donde también afloran pasajes autobiográficos en una obra donde permanece con intermitencias la abulia y crisis nihilista que se resolverá próximamente (y muy especialmente en *El Globo*).

(...) en *La voluntad* encontramos ya algo distanciada, analizada y asimilada, dicha crisis, rebajando el patetismo en el lenguaje y añadiendo algo esencial, que no estaba en la versión novelesca anterior: la fundamentación filosófica, anunciada en el mismo título²²¹.

En este sentido, ciertos capítulos de *La voluntad* aparecieron como artículos de prensa. Así, los dos primeros fueron publicados en febrero de 1902 en *La España Moderna* con los títulos “Impresiones españolas. Una ciudad” e “Impresiones españolas. Un clérigo”.

El capítulo XIII, en el episodio del toxpiro de Quijano, Martínez Ruiz responde a un suceso real del que se ocupa en su artículo “El inventor Daza”, *La Correspondencia de España*, 5 de agosto de 1901, donde aquí se extrae un párrafo que figura entrecomillado hacia el centro del capítulo. Un pasaje esclarecedor del doble juego que Martínez Ruiz-Antonio Azorín mantiene en la novela con la delgada línea que separa realidad-ficción en sus pensamientos y vida en 1902.

Días antes, Azorín ha mandado a *La Correspondencia* una calurosa apología de Quijano; *La Correspondencia* la publica en sitio preferente. El artículo arriba el día mismo de las pruebas infaustas. Y en el Casino, es leído en alta voz entre un corro de oyentes subidos a las sillas. El autor da por definitivamente resuelto el problema del toxpiro; el toxpiro está pronto a las pruebas triunfadoras; el autor lo ha visto “rasgar gallardamente los aires”. “A dos, a cuatro, a seis kilómetros, con velocidades reguladas a voluntad”, añade, “enormes cantidades de dinamita podrán ser lanzadas contra un obstáculo cualquiera”. ¿Se comprende todo el alcance de la revolución que va a inaugurar la nueva arma? La marina de guerra cambiará por completo; los acorazados serán inútiles. Desde la costa, desde un lanchón un toxpiro hará estallar la dinamita contra sus recios blindajes y los blindajes volarán en pedazos. España volverá a ser poderosa; Gibraltar será nuestro; las grandes potencias solicitarán nuestra alianza.

²²⁰ Azorín (1902), *La voluntad, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

²²¹ Lozano Marco, Miguel Ángel (1998), ed. cit., pág. 132.

Junto a este trasvase que se produce entre el articulismo de Martínez Ruiz y la novela, también se dan numerosas apariciones y menciones a la prensa y el oficio periodístico en *La voluntad*, donde el autor alicantino mantiene una visión pesimista, escéptica y crítica. Así, en la página 221 del citado volumen, señala: “El discurso aplaudido de un exministro estúpido, el fondo palabrero de un periódico, la frase hueca de un periodista vano, la idiotez de una burguesía caquética, le convulsionan en apopléticos furores”.

Para Martínez Ruiz, el periodismo se sustenta en originalidad, energía en la frase, espontaneidad y frescura al tiempo que son aspiraciones que, dentro de la abulia y crisis nihilista que atraviesa, son difíciles de alcanzar cuando el tiempo pasa inexorable²²²:

Hay cada ocho, cada diez, cada veinte años –ha seguido pensando– un nuevo tipo de escritor que representa las aspiraciones y los gustos comunes. No hay más que abrir una colección de periódicos para verlo claramente. La sintaxis, la adjetivación, la analogía, hasta la misma puntuación cambian en breve espacio de tiempo... Un cronista no puede ser “brillante” más allá de diez años... y es mucho. Después queda anticuado, desorientado. Otros jóvenes vienen con otros adjetivos, con otras metáforas, con otras paradojas... y el antiguo cronista muere definitivamente, para el presente y para la posteridad... ¿Quién era Selgas? ¿Quién era Castro y Serrano? Yo veo que hay dos cosas en literatura: la novedad y la originalidad. La novedad está en la forma, en la facilidad, en el ardimiento, en la elegancia del estilo. La originalidad es cosa más honda: está en algo indefinible, en un secreto encanto de la idea, en una idealidad sugestiva y misteriosa...

Martínez Ruiz encierra en *La voluntad* algunas de las obsesiones que han marcado hasta este tiempo su periodismo como la posibilidad de alcanzar la popularidad o bien caer en el fracaso²²³ (la fama póstuma).

Cuando me hablan de gentes que llegan y de gentes que fracasan, sonrío... Fíjate en que hoy el público ha cambiado totalmente: no hay público, sino públicos, sucesivos, rápidos, momentáneos. Un público antiguo era un público de veinte, treinta, cuarenta años... vitalicio. La lectura estaba menos propagada, no había grandes periódicos que en un día difundían por toda una nación un hecho; se publicaban menos libros; eran menos densas y continuas las relaciones entre los mismos literatos, y entre los literatos y el público... Así un escritor que lograba hacer conocido su nombre, era ya un escritor que permanecía en la misma tensión de popularidad durante una generación, durante veinte, treinta años...

²²² Azorín (1902), ed. cit., pág. 251.

²²³ Ibid., pág. 254.

El Imparcial, que es uno de los objetivos más ansiados por Martínez Ruiz (ya ha colaborado en él, aunque desea formar parte de la redacción del prestigioso diario), aparece citado en varias ocasiones como cuando se detiene Antonio Azorín (la dimensión literaria de Martínez Ruiz) y ve en las fotografías “diputados, ministros, poetas, periodistas, tiples, tenores, gimnastas, obispos, músicos, pintores. Y todos pasan lamentables, trágicos, ridículos, audaces, anodinos...”.

La crítica política se mezcla además en *La voluntad* con la crítica al ejercicio profesional de un periodismo sin sinceridad y partidista, donde se obvia a escritores e intelectuales en citas literarias o reseñas de prestigio por “amiguismos”²²⁴ y falsedades.

Yo recuerdo que hace años, en un periódico en que dominaba un literato tenido por insigne, se copiaban los sumarios de una revista literaria, y al copiarlos suprimían el nombre de un escritor, colaborador de esta revista, que tiempo atrás había molestado con su sátira al literato insigne. ¡Imposible llevar más allá la ruindad de espíritu! Y este es otro detalle elocuentísimo para la pintura de nuestra sociedad literaria; en Madrid es raro el literato de corazón ancho. Se vive en un ambiente de dimes y diretes, de pequeños odios, de minúsculas adulaciones, de referencias insidiosas, de sonrisas falsas, de saludos equívocos...

(...) Los especialistas han desaparecido: hoy se escribe para el periódico, y el periódico exige que se hable de todo. Dentro de 30 años todos seremos periodistas, es decir, nadie sabrá nada de nada. Nos limitaremos a sospechar las cosas, lo cual tiene la ventaja de que ahorra tiempo y no entristece el espíritu con la melancolía de las lecturas largas.

La voluntad conecta con muchos de los temas abordados por Martínez Ruiz en su periodismo como la fugacidad de la vida; el paisaje y la observación (“un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la emoción del paisaje”²²⁵); concienzuda documentación para preparar sus libros (en la Casa Museo Azorín se conserva un legajo manuscrito titulado *Apuntes para la Historia de las obras de la Yglesia Nueva de la Villa de Yecla. 1857*, con el que parece que trabajó la descripción inicial de *La voluntad*); y, por supuesto, crítica política, pesimismo y angustia por hallar una solución al problema de España²²⁶.

Y yo no sé cómo se llamará esto que pido en el lenguaje de los politicastros profesionales –añade–: lo que veo con evidencia es que el procedimiento de la fuerza se impone, y lo que percibo con tristeza es

²²⁴ Azorín (1902), ed. cit., pág. 338.

²²⁵ Ibid., pág. 272.

²²⁶ Ibid., pág. 262.

que es irónico, de una ironía tremenda, entretenerse en discutir la solución de este que llaman problema, mientras el obrero se extenua en las minas y en las fábricas.

Antonio Azorín, que es el doble de Martínez Ruiz, nos da una visión escéptica de la sociedad, en la que denuncia el triste estado del periodismo (es su crisis periodística) pero que, por el contrario, no rechaza su infinita curiosidad, su ambición por las letras²²⁷:

Azorín va y viene de su cuarto a la biblioteca. Y esta ocupación es plausible. Azorín lee en pintoresco revoltijo novelas, sociología, crítica, viajes, historia, teatro, teología, versos. Y esto es doblemente laudable. Él no tiene criterio fijo: lo ama todo, lo busca todo. Es un espíritu ávido y curioso; y en esta soledad de la vida provinciana, su pasión es la lectura y su único trato el trato de maestro.

Las vinculaciones (trayectoria literaria-periodística) persisten de este modo entre ataques al concepto de propiedad: “Azorín, la propiedad es el mal... En ella está basada la sociedad actual”²²⁸, y las transfusiones autobiográficas como la aparición del Padre Lasalde, de los Escolapios de Yecla, donde transcurre parte del libro, o bien la marcha de Azorín a Madrid para trabajar como periodista o el viaje a Toledo. Además, buena parte de las meditaciones de Antonio Azorín en el capítulo IV de la segunda parte de *La voluntad* –el monólogo en el café de Revuelta, en Toledo-, fueron publicadas con el título “La tristeza española” en *Mercurio*, 3 de marzo de 1901.

También el discurso de Antonio Azorín en el capítulo IX de la segunda parte es el que José Martínez Ruiz pronunció en el Homenaje a Larra que tuvo lugar en el mismo cementerio el 13 de febrero de 1901. De hecho, existe una hoja circular que da cuenta del acto: “Larra (1808-1837). Aniversario del 13 de febrero de 1901” (ejemplar de la Casa-Museo Azorín).

Los tres amigos protagonistas de *La voluntad*, Pedro, Juan y Pablo, representan a Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu, el grupo de “Los Tres”, que están reflejados igualmente en el capítulo VI cuando Yuste lee en el periódico un artículo titulado “La promesa” donde se recoge el escrito de J. Martínez Ruiz publicado en *El Correo Español* del 7 de febrero de 1902 (y que Fox anotó equivocadamente como “El escándalo general” cuando en el original es “La protesta”) sobre la campaña contra el juego en Málaga.

²²⁷ Azorín (1902), ed. cit., pág. 245.

²²⁸ Ibid., pág. 234.

De ahí la fábula de *La voluntad* en referencia al grupo regenerador de “Los Tres”: “Yo veo que todos hablamos de regeneración... que todos queremos que España sea un pueblo culto y laborioso... pero no pasamos de estos deseos platónicos...”²²⁹; en una obra azoriniana donde también hay alusiones al Nirvana, “la religión del nirvana ha muerto. Proclamemos la religión de la vida”, recordemos que escribe Martínez Ruiz en *Electra*, el 11 de mayo de 1901, que también señala este mismo mundo ficticio en “Historia contemporánea”.

De hecho, hasta Baroja se transforma en un personaje de *La voluntad*, Enrique Olaiz, que publica también por estas fechas *Camino de perfección* (libro que fascina a Martínez Ruiz y donde se introduce el pasaje del blanco ataúd con la niña –ambos lo vieron juntos en su viaje a Toledo- y que se reproduce con ligeros cambios también en páginas de *La voluntad* y *Diario de un enfermo*). Una obra donde igualmente aflora el simbolismo finisecular con la “ciudad muerta” de Toledo y Yecla con Rodenbach que también cita el periodista alicantino en su articulismo (*Madrid Cómico*, 26 de marzo de 1898 con “Gaceta de Madrid”).

La salida además al mercado de *Camino de perfección* conlleva la organización de un banquete-homenaje a Baroja que también se alude en *La voluntad* en el capítulo V de la segunda parte. Un homenaje que difunde *El Imparcial* en su ejemplar del 26 de marzo de 1902 en una noticia con un trasfondo de crítica y de sorna que no dejó indiferente al alicantino: “Madrid es una ciudad de odios y envidias”²³⁰, escribe por ello resignado Martínez Ruiz en *La voluntad*.

Un grupo de jóvenes escritores había preparado en honor de Pío Baroja una comida para celebrar, según ya hemos anunciado, el éxito de la novela de este distinguido literato titulada *Camino de perfección*.

El programa de la comida había sido redactado por Martínez Ruiz, que, a pesar de ser “modernista”, tiene el culto de las bellezas clásicas y las conoce con largo y concienzudo estudio. Es el anuncio y lista de la comida un documento curioso, bien que más corresponde a un ágape de arcaicos armadores de las cosas pasadas que no a una fiesta de jóvenes innovadores de las letras.

El pesimismo schopenhaueriano de Martínez Ruiz en *La voluntad* es, según José María Valverde²³¹, de la misma lectura de Schopenhauer en *El mundo como voluntad y de la Naturaleza* que fueron traducidos por Unamuno en *Arte Joven*, 1901. De ahí las influencias y también citas a otros autores como Nietzsche o

²²⁹ Azorín (1902), ed. cit., pág. 239.

²³⁰ Ibid., pág. 337.

²³¹ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 185.

Montaigne, sin olvidar los clásicos y la inspiración libresca²³². Ideas pesimistas que Yuste expresa en el capítulo VIII y que vienen a ser una versión del contenido del artículo de J. Martínez Ruiz “Los juguetes”, publicado en *Madrid Cómico*, del 5 de mayo de 1900.

Martínez Ruiz atiende además en *La voluntad* a uno de los pilares fundamentales de su periodismo como es la crítica literaria cuando señala diálogos en la novela contemporánea que no se ajustan al lenguaje de sus protagonistas²³³:

Observo, maestro, que en la novela contemporánea hay algo más falso que las descripciones, y son los diálogos. El diálogo es artificioso, convencional, literario, excesivamente literario. Lee *La Gitanilla*, de Cervantes –contesta Yuste–; *La Gitanilla* es... una gitana de quince años, que supongo que no ha estado en ninguna universidad, ni forma parte de ninguna Academia... Pues bien; observa cómo contesta a su amante cuando éste se le declara. Le contesta en un discurso enorme, pulido, elegante, filosófico... Y este defecto, esta elocuencia y corrección de los diálogos, insoportables, falsos, va desde Cervantes hasta Galdós... Y en la vida no se habla así, se habla con incoherencias, con pausas, con párrafos breves, incorrectos... naturales... Dista mucho de haber llegado a su perfección la novela.

No faltan tampoco las alusiones al teatro de igual modo como las realiza en su periodismo (cita *Hamlet*, de Shakespeare; y Maeterlinck, de quien se ha sumergido en su obra con traducciones; sin olvidar a Lope de Vega o Calderón), cuando Martínez Ruiz se muestra preocupado por un periodismo que está contaminando a la literatura (debido a la prosa anquilosada de finales del XIX que desea renovar el autor alicantino) donde la religión tampoco se libra de las críticas en su juicio y posición nihilista y absolutamente escéptica del mundo: “El catolicismo en España es pleito perdido: entre obispos cursis y clérigos patanes acabarán por matarlo en pocos años”²³⁴.

Los pasajes autobiográficos se repiten en *La voluntad* hasta el punto de reflejar las quejas que recibía Martínez Ruiz de Lerroux cuando trabajaba en *El País*, debido a las protestas de los suscriptores del diario por sus artículos sobre el amor libre²³⁵:

El director, todas las noches, muy grave, con su respirar de foca vieja:
“Amigo Azorín, esto no puede continuar; los suscriptores se quejan;

²³² Fox, Inman E. (1967), “Lectura y literatura (En torno a la inspiración libresca de Azorín)”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 205, Madrid.

²³³ Azorín (1902), ed. cit., pág. 274.

²³⁴ Ibid., pág. 330.

²³⁵ Ibid., pág. 345.

hoy he recibido ocho cartas...”. Y luego, cuando salió mi artículo sobre “El amor libre”, ¡un aluvión de protestas! El autor –decía en una de ellas un viejo progresista- o es un loco o no debe de tener hijas... No, no tenía hijas, ni nada... No tenía este tedio de ahora, después de haber hecho mi nombre un poco célebre –que vale más que ser célebre del todo-; después de haber devorado miles de libros y haber emborronado miles de cuartillas.

Estos elementos autobiográficos también se reflejan en pasajes como los de Pi y Margall (El Anciano), sobre el texto del capítulo VI de la segunda parte que se había publicado casi íntegro en *Vida Nueva* (24 de diciembre de 1899) y en *La Federación*, de Alicante, el 31 de diciembre de 1899 con el título “En casa de Pi y Margall”.

Y cabe destacar la originalidad con que está planteada sin duda *La voluntad*, de ahí que sea considerada novela de vanguardia: “(la originalidad) es lo más alto de la vida, la más alta manifestación de vida”²³⁶; y, por supuesto, su estilo (rápido, directo, breve y preciso; “la sencillez es el mayor triunfo que puede alcanzar un escritor en su idioma”²³⁷: rasgos que caracterizan muy especialmente su producción periodística.

Además, resulta interesante comprobar cómo la religión y la historia de Justina tienen paralelismos con la *Electra* de Galdós en una polémica anticlerical donde se involucró buenamente Martínez Ruiz. En este sentido, el periodista alicantino reflexiona sobre la educación (y cómo influye en el individuo) en *La voluntad* (igual que lo hace en “La pedagogía”, 4 de mayo de 1901, en la revista *Electra*; o bien en “La educación y el medio” en *El Globo*, 4 de junio de 1903).

Otras menciones y asociaciones entre *La voluntad* y el articulismo de Martínez Ruiz están cuando publica “Los exministros liberales y las abejas”, de *El Globo* (12 de enero de 1903, no registrado por Fox), donde hace una clara alusión a *La voluntad* en su particular promoción que ya ha repetido otras veces con sus libros (sobre todo en *La Federación*, que fue el altavoz publicitario de muchas de sus obras).

Las arañas, — el animal más universal, más simpático y más fuerte del planeta— excluyen de la sexuación al macho débil; la hembra devora al macho que se le acerca a cortejarla, y así la raza perdura, poderosa, en las casas, en las montañas, en agujeros subterráneos, bajo las aguas, sobre los lagos... Los castores superan en conocimientos geométricos al más distinguido catedrático. Las abejas dan lecciones de abnegación a los más conspicuos altruistas.

²³⁶ Azorín (1902), ed. cit., pág. 245.

²³⁷ Ibid., pág. 368.

Y precisamente en estas páginas del libro que un insigne literato ha dedicado a estos interesantes insectos; en estas páginas que vamos repasando mientras cae el crepúsculo, hallamos un hecho ejemplarísimo.

El libro contó con notables reseñas en la prensa de la época, y fue “una obra de atractiva originalidad” para Carlos Peñaranda (*El Globo*, 6 de julio de 1902), y “ameno y profundo” para Gómez Vaquero (*La Época*, 17 de junio de 1902), aunque su venta fue más bien moderada.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

20. Más periodismo en 1902 de camino a *El Globo: La España Moderna, La Ilustración española y americana, El Heraldo de Madrid y La Época*

Tras publicar los dos primeros capítulos de *La voluntad* en *La España Moderna* (una de las más prestigiosas revistas culturales españolas de entre siglos, dirigida por José Lázaro), en febrero de 1902 con “Impresiones españolas. Una ciudad” e “Impresiones españolas. Un clérigo”, y tras el escándalo de *Electra* y “La protesta” en *El Correo Español* (7 de febrero de 1902) sobre la campaña contra el juego en Málaga, José Martínez Ruiz publica en *La Ilustración española y americana*, “Tipos picarescos (de un diccionario inédito)”.

La Ilustración española y americana –cuyos ejemplares están disponibles en la hemeroteca digital de la BNE-, es uno de los periódicos más distinguidos entonces (su nacimiento data del 25 de diciembre de 1869 con múltiples firmas de calidad), donde el alicantino publica el 28 de febrero de 1902 “Tipos picarescos (de un diccionario inédito), en el que aborda la *Gitanilla* de Cervantes (que también se cita en *La voluntad*, lo que evidencia el análisis y estudio del periodista alicantino sobre el legado cervantino y precisamente sobre esta misma narración). Por entonces, Miguel de Cervantes aparece en varios artículos de Martínez Ruiz (como en *Madrid Cómicó*) e incluso ha empleado la breve pieza de *Rinconete y Cortadillo* como materia con que fabricar y construir algunos de estos mismos escritos en la prensa.

Así, en “Tipos picarescos (de un diccionario inédito)”, se centra además en otra narración cervantina como *La ilustre fregona*, que se desarrolla igualmente en Toledo. La publicación está dividida en tres partes con las que se separan las distintas narraciones (un procedimiento muy habitual en Martínez Ruiz). El último, en este rescate de clásicos de nuestra literatura, aborda *El escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel. Personajes, contextos y autores que, según el periodista alicantino, surgen “en las agrias páginas de la novela picaresca, y hacen pensar en una España sana, libre, activa, amiga del trabajo, adversaria de guerras, tranquila en los talleces, feliz tras el arado”.

Martínez Ruiz debía estar en estos meses concentrado en la confección de *La voluntad*, de ahí las fugaces colaboraciones y trabajos en la producción durante 1902. De este modo, en marzo, da el salto a *El Heraldo de Madrid*, de edición vespertina y dirigido por José Francos, quien cuenta en su plantilla con Luis Bonafoux (amigo del periodista alicantino), como corresponsal de París.

El Heraldo de Madrid –cuya colección se ha consultado en la hemeroteca digital de la BNE- es uno de los diarios con más tirada y populares, con gran

aceptación de la clase obrera, que dará amplio despliegue a las noticias de sucesos pero también a las de carácter social y político, así como especial relieve a la información de espectáculos y la crítica teatral.

El periodista alicantino se estrena en *El Heraldo de Madrid* el 3 de marzo de 1902 con un artículo-carta remitida al director que no está registrada por E. Inman Fox. En este, "La discusión en el Ateneo", Martínez Ruiz replica un artículo de Fidel Pérez Mínguez en el que se acusa al autor de *La voluntad* de querer frenar y paralizar el debate en el Ateneo. Martínez Ruiz, en su respuesta, le indica que lo suyo era protestar con el propósito de alimentar y enriquecer la discusión. "Nada hay en nuestra conducta que caiga fuera del más estricto y vulgar parlamentarismo", escribe.

El artículo, a un lado el debate suscitado, resulta especialmente interesante ya que nos pone en antecedentes de las intervenciones de Martínez Ruiz en las tertulias y círculos intelectuales de la época, sobre todo en el Ateneo de Madrid, involucrado y comprometido con su tiempo (lo que también hace con el regenerador grupo de "Los Tres").

El 15 de marzo de 1902 (Fox se equivoca en la fecha, y señala que es del 16), Martínez Ruiz publica en *El Heraldo de Madrid* "Camino de perfección, de Pío Baroja", en una reseña donde Martínez Ruiz vaticina esta obra como la "nueva novela".

"La nueva novela de Pío Baroja marca, a mi entender, un nuevo estado en la evolución de un género. Ya en los anteriores libros del autor se inicia la tendencia; sólo en esto alcanza su plenitud entera", señala el periodista alicantino respecto a *Camino de perfección*, de la que resalta la originalidad ("Baroja es, acaso entre los escritores jóvenes, el de abnegación más penetrante y el de originalidad más sugestiva"); juventud intelectual ("los intelectuales no tienen ideas políticas, no aman ningún credo, no están afiliados a ningún partido. Las revistas independientes que de algunos años a esta parte se han publicado lo demuestran"); observación ("un observador vulgar no podrá comprender las angustias de Ossorio); estilo ("escribe sencillamente"), y mundo de sensaciones y emociones: "tal es la fuerza de la sensación y tal es la simplicidad de la forma".

La reseña también ahonda en algunos de los temas que son abordados por Martínez Ruiz en *La voluntad*, y que nos recuerdan algunos de sus pasajes como los cambios, el tiempo y la fama póstuma:

Un escritor nuevo no puede durar más allá de veinte años, tanto más en este medio intelectual moderno en que el periodismo vertiginoso cambia con tanta rapidez las modas de retórica y sintaxis; hoy a muchos periodistas que en 1850 nos parecían brillantes, los

tendríamos por lamentablemente anticuados. Los escritores originales, por el contrario, ganan con el tiempo, porque siendo desaliñados, si tiempo se va llevando sus incorrecciones y frases hechas.

Involucrado y conocedor de su papel influyente en la opinión pública, el 24 de noviembre de 1902 publica “Crónicas literarias. Autor y libro” donde arremete nuevamente contra la clase política (a la que culpa de los males del país) y reivindica el rol cultural de bibliotecas y museos en España en su discurso de los pueblos y el paisaje.

Al tiempo, defiende a los “hombres silenciosos”, activos y grandes prosistas de un tiempo que hoy se apellidan Giner Ríos, González Serrano, Joaquín Costa, Rafael Altamira, Pedro Dorado, Miguel de Unamuno (entre los muchos que nombra), aludiendo al papel vital de los intelectuales en una España que todavía permanece vieja y atrasada.

La labor de estos hombres es admirable; profesan en las cátedras, llenan de estudios las revistas, publican libros, traducen los más notables obras extranjeras, extienden sus enseñanzas fuera de las aulas, ponen, en fin, en las nuevas generaciones un espíritu de sinceridad, de rectitud, de fortaleza, que es su propio espíritu. Y así, dentro de la España vieja, analfabeta e intolerante, han creado un núcleo sano y reflexivo, que si hoy permanece aún sin influencia en la política, acabará, tarde o temprano, por ser el que domine y rija los destinos de España.

El 16 de junio de 1902, cuando está a punto de ver la luz *La voluntad*, publica en *La Época* (diario vespertino, de ideología conservadora, cuando ya Martínez Ruiz se está alejando de las publicaciones más izquierdistas). Con un gran formato de cuatro páginas a cinco columnas, con tipos diminutos al estilo de los ya consagrados diarios políticos de noticias, *La Época* contó con varios jefes de redacción como Manuel Tello (1866-1884), Andrenio (1884-1893), Jerónimo Bécker (1893-1923) y Francisco Pérez Mateos. Tras el magnicidio de Cánovas, en 1897, y ya en manos del segundo marqués, Alfredo Escobar Ramírez, el diario continúa al lado del jefe del sector mayoritario del partido conservador, apoyando a Francisco Silvela y, posteriormente, a Antonio Maura.

Según se puede comprobar por los ejemplares disponibles en el servicio de hemeroteca digital de la BNE, *La Época* invitaba a escribir un artículo (sobre cualquier tema) a distintos escritores y articulistas en su primera página. Así lo hace Martínez Ruiz el 16 de junio de 1902 con “Un enemigo del pueblo” (no registrado en Fox).

De este modo, el periodista alicantino alude a Juan Sincero, una historia ficticia que está envuelta, por el contrario, con todo su pensamiento.

Juan Sincero es pues un maestro sencillo, que va algo justo de dinero, que se gana la vida con críticas y reseñas (pocas) en revistas. Le piden que salga a hablar de sus conocimientos, y se marcha, pero pide 40 duros para el viaje. Y aquí enlaza con la primera crítica política:

Porque este pobre apóstol es tan pobre, que no figura en el Consejo de alguna suculenta Compañía, ni cobra cesantía de ministro, ni tiene acciones en Empresas industriales. Él predica al pueblo la igualdad, y está tan desamparado como el pueblo.

El maestro viaja hacia alguna ciudad del Mediterráneo (Martínez Ruiz nos traslada a su tierra, a su pueblo, a sus orígenes). Y denuncia el trabajo maltratado desprotegido ante las “recias heladas del invierno y los ardorosos bochornos del verano”.

Es la reflexión que Martínez Ruiz lanza en este artículo con tintes literarios y donde no falta denuncia y crítica social.

Amigos míos: nos encontramos aquí comiendo, y hay hombres que padecen de hambre; nos hallamos aquí regocijados, y hay mujeres que lloran en silencio. ¡Ese pueblo que sufre y llora no sois vosotros! No sois vosotros, que intentáis fundar un caciquismo que se llama Democracia, para alucinar a ese pueblo que llora y sufre; no sois vosotros, atormentados por el ansia de llenar los Ayuntamientos, las Diputaciones, el Congreso, los ministerios, donde perpetuaréis con otro nombre las corruptelas seculares; no sois vosotros, que aclamáis a los bellos discursadores y dejáis morir en la pobreza a los hombres sencillos... No, ese pueblo que no lee, que no escribe, que sólo tiene la certidumbre de su dolor inexorable, no necesita discursos, banquetes, oraciones, desbordamientos telegráficos; necesita hombres de buena fe, que vayan a él calladamente, que inquieran sus infortunios, que sean como él, infortunados, para que de esta comunión con el dolor surja poderosa y fecunda la solidaridad que ha de unirnos a todos... ¡Y esos hombres no sois tampoco vosotros!...

21. Martínez Ruiz, un periodista de prestigio en la redacción de *El Globo*

Tras la travesía periodística en los diarios madrileños de *La Correspondencia de España*, *Juventud*, *La Época* o *Heraldo de Madrid*, Martínez Ruiz ya es un periodista de prestigio que va a dar un paso más en su carrera al incorporarse en la redacción de *El Globo*.

La consolidación del periodista alicantino queda constatada además por la amplia reseña de *Pluma y Lápiz* (número 137) que, editada en Barcelona, publica la conocida fotografía con José Martínez Ruiz en el centro de la redacción tomada por Company. Este reportaje, bajo las iniciales de “O. y G.”, realiza un repaso por la historia del diario y, al final, define a Martínez Ruiz como uno de los periodistas más revolucionarios de la época: “Martínez Ruiz, el gran estilista, el periodista español más original y más moderno, el más estudioso de todos los jóvenes”.

Fundado por Emilio Castelar en abril de 1871, *El Globo* pasa por distintas manos entre propietarios y directores (Eleuterio Maisonnave, Alfredo Vicenti o José Francos Rodríguez, entre otros) hasta que, en 1902, el conde de Romanones lo vende al diputado catalán Emilio Riu, quien asume la máxima responsabilidad en la redacción entregándole la jefatura informativa a Manuel Delgado Barreto, y la literaria, a Pío Baroja. Una plantilla de calidad que se nutre con otros nombres conocidos como Manuel Bueno, José López Pinillos, Enrique Jardiel y, por supuesto, José Martínez Ruiz.

El autor de *La voluntad* comienza su andadura en *El Globo* como “periodista de mesa” en noviembre de 1902, según el profesor Valverde²³⁸. Versión que confirma José Ferrándiz Lozano²³⁹ por el recuerdo de Azorín en su libro de memorias *Madrid* cuando está en la tribuna de periodistas a finales de 1902 y ve a Sagasta enfermo; así como por el artículo de *España*, del 25 de marzo de 1904, donde ratifica esta información Martínez Ruiz cuando señala: “Todos los días -escribía yo en *El Globo* el 4 de diciembre de 1902- todos los días...”²⁴⁰.

José Ferrándiz Lozano detectó además una serie de artículos en *El Globo* (bajo el epígrafe de “Crónicas parlamentarias”) que, sin firma, atribuye a Martínez Ruiz al señalar unas pautas comunes en el estilo del periodista alicantino como la observación, detalladas descripciones de los gestos de los diputados,

²³⁸ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 215.

²³⁹ Ferrándiz Lozano, José (2007), “José Martínez Ruiz, cronista parlamentario del diario *El Globo* (1902)”, *Anales Azorinianos* 10, CAM, Monóvar, págs. 70-73.

²⁴⁰ *Ibid.*, pág. 74.

reconstrucción literaria del ambiente o la denuncia de una oratoria vana e hinchada en el Parlamento.

¿Y por qué no firmó estos artículos Martínez Ruiz? Sabemos que fue editorialista en *El Globo* (tal y como reconoció a Manuel Muñoz Cortés el mismo Azorín²⁴¹), por lo que en cierto modo esta involucración y compromiso con el diario le llevaron a optar por el anonimato ante sus fuertes críticas a la clase política (de firmarlas como Martínez Ruiz, pondría en un aprieto a *El Globo*). De hecho, el periodista alicantino ya vierte en estos meses (cuando ingresa en *El Globo* en octubre de 1902) durísimos ataques a los partidos políticos como en “Crónicas literarias. Autor y libros”, en *El Heraldo de Madrid*, del 24 de noviembre de 1902, donde culpa a la clase política de todos los males de España y, además, proclama un mundo intelectual independiente del poder político.

José Ferrándiz Lozano argumenta sobre estas “Crónicas parlamentarias” de Martínez Ruiz en *El Globo* redactadas bajo anonimato lo siguiente:

No sabemos por qué motivo un Martínez Ruiz con renombre por *La voluntad* y otras obras rehusó a firmar los artículos. No sería aventurado sospechar que la finalidad política del periódico, su orientación partidista, pudo influir. Tal vez el escritor, cultivador aún de arranques contra el sistema parlamentario, prefirió el anonimato a fin de eludir adhesiones en público con personajes como Sagasta, uno de los actores del turno entre los partidos dinásticos.

El anonimato que toma Martínez Ruiz en los editoriales de *El Globo* (puesto que muchas de estas crónicas ejercen tal función, con notas ideológicas en sintonía con el Partido Liberal de Sagasta) le permite al periodista alicantino mantener intacta además su condición de independencia frente a los poderes políticos, que es una de las más firmes defensas que realiza Martínez Ruiz en toda su producción de artículos.

La sección de “Crónicas parlamentarias” nace el 22 de octubre de 1902 en *El Globo* informando, a modo telegráfico, de las novedades en el Congreso. Y el 24 de octubre de 1902 se transforman parcialmente agregando más datos hasta que, esta vez sí, adquieren el género de crónica.

Así pues, el primer artículo de estas “Crónicas parlamentarias” en *El Globo* con indicios y señas de Martínez Ruiz es la del 20 de noviembre de 1902 (“Vida parlamentaria. El debate de ayer”), donde se plasman rasgos azorinianos anteriormente citados como las descripciones o reconstrucciones de escenas. El 21 de noviembre publica “Vida parlamentaria. Continúa el debate”, con notas

²⁴¹ Muñoz Cortés, Manuel (1973), *Sobre Azorín*, Universidad de Murcia, Murcia, pág. 34.

informativas que sorprenden por su partidismo (y simpatía decorosa hacia Sagasta) cuando Martínez Ruiz lleva criticando en toda su carrera la falta de independencia en la prensa (de ahí que, por esta contradicción, puede que el periodista alicantino se resistiera a firmar estas “crónicas”).

Ha empezado el debate. El sr. Sagasta habla en voz queda. Sus palabras apenas llegan a las tribunas. Se ve el gesto sosegado y cauto del gran anciano. Corta el aire con una manotada de través; levanta el brazo con ademán apocalíptico; abre los brazos, extendidos, con aire de sinceridad profunda, y torna a cerrarlos y junta las manos con los dedos trabados. Su oración parlamentaria es admirable. Es admirable la gradación discreta, la habilidad, el sosiego con que poco a poco va desarrollando su pensamiento. No hay en el Parlamento español orador más dúctil ni hombre con más dominio de sí mismo.

Este arranque del periodista alicantino en *El Globo* se produce solo unos días después de la carta que le remite Pío Baroja, cuando le informa de que si no se incorpora al periódico en breve, se quedaría sin la vacante: “Dígame usted si viene pronto o no (...). Si viene usted dentro de pocos días yo esperaré, si no le diré al director de *El Globo* que busque otro”.

El 22 de noviembre de 1902 (“Vida parlamentaria. Continúa el escándalo”) se producen citas a Pi y Margall (de referencia absoluta para Martínez Ruiz) y a Castelar (amigo desde hace muchos años en las tertulias de su casa en Sax). Además, resulta especialmente curioso el llamamiento que realiza a la “sencillez” en la oratoria, muy propio de Martínez Ruiz.

Entendemos que esta es una de las calamidades más deplorables de nuestro Parlamento. Obsesiona a los diputados la manía de la elocuencia; hacen esfuerzos inauditos para conseguirla y caen en el ridículo y pierden el tiempo. No hay más seductora elocuencia que la sencillez; una sucinta y desapasionada relación de los hechos vale por todas las bellas figuras de la retórica. De Pi y Margall quedará mucho; de Castelar no queda nada.

Del 23 de noviembre (“Vida parlamentaria. Asunto grave”) se cita al lector en varias ocasiones, lo que repite Martínez Ruiz en buena parte de su producción periodística; el 25 de noviembre de 1902 (“Vida parlamentaria. Preguntas y discursos”) narra acontecimientos secundarios, la anécdota, la risa, sobre lo principal de la sesión, recurso también muy azoriniano; el 26 de noviembre (“Vida parlamentaria. La oposición”) alude a los Escolapios (Martínez Ruiz estudió en el centro de Yecla de la formación religiosa). “-¡Los escolapios son muy buenos!- exclama con gritos desaforados. También nosotros creemos que son muy buenos y no nos incomodamos”.

Las próximas publicaciones se centran principalmente en críticas políticas, como la del 27 de noviembre de 1902 (“Vida parlamentaria. Amenas divagaciones”)

sobre Nocedal; el 28 de noviembre de 1902 (“Vida parlamentaria. Agradable caracoleo”) sobre Lerroux, lo que evidencia la separación ideológica de quien fuera su amigo y compañero en la prensa (tampoco querría firmar esta crítica para enfrentarse a quien le había ayudado en sus inicios en la carrera literaria y periodística desde *El País* y *El Progreso*).

Sr. Lerroux. ¿Es sinceridad decir que los diputados que en tardes anteriores debatieron “parecíamos gusanos que se agitan dentro de una carroña”? El año 80 esta frase hubiera hecho feliz a López Bago; pero ahora ya no queremos frases: queremos hechos, detalles pequeños, pormenores concretos, algo, en fin, que revele observación, estudio, perseverancia, compenetración última con la realidad. El Sr. Lerroux ha venido a hablar del catalanismo y desconocía su programa.

El 29 y 30 de noviembre (“Vida parlamentaria. Sigue el ameno torneo” y “Vida parlamentaria. Los catalanes”) ahondan en las rencillas del nacionalismo y lengua catalana; como el 2 de diciembre (“Vida parlamentaria”) donde Martínez Ruiz reclama sensibilidad hacia el pueblo de Cataluña (algo que, en otras ocasiones, ha manifestado claramente el periodista alicantino con gestos de acercamiento hacia la lengua, poetas y publicaciones catalanas donde ya ha colaborado como *Las Noticias*).

Hay una relación, señor Romero, a una medida que se juzga arbitraria, se contesta con un acto arbitrario. La indignación no razona. El decreto famoso ha parecido en Cataluña un reto. No se puede tocar impunemente lo que hay de más hondo y de más íntimo en un pueblo.

Estas “Crónicas parlamentarias” finalizan con la del 3 de diciembre (“Vida parlamentaria. Una votación”) y la del 4 de diciembre (“Vida parlamentaria. Una frase histórica”) donde se vislumbran conceptos muy azorinianos como cuando señala que “en la vida, lo pequeño es lo grande”.

El presidente dijo cuando se hubo terminado la lectura de la comunicación: —Se levanta la sesión... Todos los días pronuncia el señor marqués de la Vega de Armijo estas simples palabras; pero ayer impresionaron vivamente, porque no faltaba quien viera en ellas algo así como la terminación definitiva de un período político, un periodo de luchas, de incertidumbres, de ansiedades. En la vida, lo pequeño es lo grande. Lo circunstancial -dijo Goethe- es lo definitivo. Y acaso estas palabras triviales, insignificantes, del ilustre prócer, puedan ser consideradas como una frase de incalculable trascendencia, como una frase histórica.

Llegados a este punto, el primer artículo de José Martínez Ruiz en *El Globo* que marca E. I. Fox en su guía de referencia es del 11 de diciembre de 1902. Tampoco está firmado el artículo por el periodista alicantino, probablemente por las nuevas críticas que vuelca Martínez Ruiz, en esta ocasión, contra los dirigentes políticos que piensan en formar ejércitos cuando los labriegos no tienen ni para

comer. En cualquier caso, “Los labradores” es a todas luces del periodista alicantino por sus alusiones a los pueblos (se necesita salir de Madrid, conocer las provincias de España) y su mención a los escritores olvidados, los clásicos.

Los políticos que nos gobiernan no conocen a España. Cuando van a provincias, sus visitas son paseos aparatosos y triunfales. Una nube de correligionarios y de admiradores hace que continúe envolviéndolos la atmósfera que en Madrid respiran. Van a provincias pero no salen de Madrid. Y es preciso meterse silenciosamente en los pueblos, ver cómo trabajan los labriegos, visitar los interiores, enterarse de lo que comen, escudriñar sus dolores y sus afanes; es preciso (...). En Castilla, en la Mancha, en Andalucía, la situación es más terrible. ¿Es a estos hombres que malvenden o hipotecan sus tierras para pagar los tributos; es a estos hombres, que mueren de inanición, a quienes vamos a pedir dinero para construir una escuadra?

El 15 de diciembre de 1902, también recogido en las páginas de Fox, y sin firma de Martínez Ruiz, se atribuye al periodista alicantino “Los desarraigados”. En este sentido, además de las nuevas críticas que aborda, así como la defensa de los pueblos y alusiones a los clásicos (Fray Luis de León o Berceo), puede que Martínez Ruiz no quisiera tampoco identificarse con el artículo debido al ataque que dirige a Mariano de Cavia, de *El Imparcial*, el periódico donde se ha estrenado el alicantino con alguna colaboración fugaz (aunque su objetivo es más ambicioso, puesto que desea integrarse en la redacción).

En “Los desarraigados”, que está además perfectamente documentado (nos recuerda libros como *Los hidalgos* o *El alma castellana*), Martínez Ruiz debate sobre la vieja y nueva España (discurso que ahonda en numerosas ocasiones el alicantino en su producción periodística, como la nueva juventud y el teatro). Igualmente, cabe fijarse en una crítica final contra los periodistas que “venden” su pluma a “empresas nefastas” poniéndose al servicio del poder (Martínez Ruiz detestaba el mal uso de un oficio periodístico que destruye su reputación en sus principales funciones de independencia y denuncia. Es más, para el alicantino el periodismo es una herramienta fundamental en el devenir cultural del país, donde el principal enemigo no es la censura, sino el mismo comportamiento del periodista).

A la capa y la espada de la España vieja oponemos la blusa y la esteva de la España moderna. Queremos que cada una de las regiones sea fuerte y rica, para que lo sea España entera. ¿Cómo va a serlo España, si las provincias son pobres? Para esto hay que proteger y fomentar en ellas aquellas disposiciones y cualidades más en consonancia con su genio y con su historia. (...) Los desarraigados no somos nosotros: lo son los políticos, los periodistas, los negociantes, que desde Madrid reniegan de sus patrias y forman con sus expedientes y sus chanchullos la espesa urdimbre que sofoca toda iniciativa generosa y todo anhelo de justicia. Los desarraigados no somos nosotros: lo son los oradores elocuentísimos que piden, a pesar de su democracia y su

socialismo, “aumento de vitalidad económica para el soldado y el sacerdote”; y lo son los periodistas que, a pesar de su cultura, su clarividencia y su ingenio, hacen andar sus plumas en empresas nefastas.

“La entraña”, del 18 de diciembre, no está registrado en Fox, tampoco está firmado por José Martínez Ruiz, aunque el discurso que plantea (una religión católica, la vieja España, que domina a los pueblos pobres) está cosido a los temas que preocupan al periodista alicantino y que conectan totalmente con su articulismo en *Electra* con “Lázaro”: “Y estos rezos, este murmullo inusitado, dulce y apaciblemente, es como lamento y despedida de un pueblo que sucumbe ante un pueblo que renace”; o “La España católica”: “Abrumada por su leyenda, perezosa, infecunda, duerme la España católica, predilecta hija de los papas, en sus llantos desolados y en sus poblachones hórridos”.

Precisamente en estos mismos términos se mueve “La entraña” cuando Martínez Ruiz describe una España religiosa con mujeres con mantilla, donde por las calles pasan largas procesiones pertinentes y la idea de Muerte “eterna, inexorable, domina en estos pueblos españoles, con sus novenas y sus tañidos fúnebres, con sus caserones destartalados y su ir y venir de devotas enlutadas”.

El catolicismo ha conformado nuestro espíritu. Es pobre nuestro suelo (yermos están los campos por falta de cultivo); el pueblo apenas come; se vive en una ansiedad perdurable; se ve en esta angustia cómo van partiendo uno a uno de la vida los seres queridos; se piensa en un mañana tan doloroso como hoy y como ayer. Y todos estos dolores, todos estos anhelos, estos suspiros, estos sollozos, estos gestos de resignación, van formando en los sombríos pueblos, sin agua, sin árboles, sin fácil acceso, un ambiente de postración, de fatiga ingénita, de renunciamiento, heredado a la vida fuerte, batalladora y fecunda.

Además, junto a estas argumentaciones del periodista alicantino, resulta especialmente esclarecedoras las palabras finales del artículo “La entraña” que muestran a un Martínez Ruiz esperanzador, donde la abulia y la crisis existencial que arrastraba se está disipando:

Y habría que decirles que la vida no es resignación, no es tristeza; sino que es goce fuerte y fecundo; goce espontáneo, de la naturaleza, del arte, del agua, del cielo azul, de las casas limpias, de los trajes elegantes, de los muebles cómodos...

Sobre esta desaparición de la crisis nihilista en Martínez Ruiz, también Gómez de la Serna²⁴² señala que es en su producción en *El Globo* cuando finaliza: “La cierta neurastenia literaria que ha hecho que Azorín escriba su *Diario de un*

²⁴² Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., pág. 137.

enfermo, crisis de melancolía y de suicidio elegante, acaba cuando entra en *El Globo* que ha sido comprado por Fernando Merino y Emilio Riu”.

“Las provincias”, del 22 de diciembre, no está recogido en Fox y tampoco contiene firma de Martínez Ruiz. En cualquier caso, una serie de rasgos y pautas del periodista alicantino nos hacen vincular este escrito a él. Estas notas son: primero, el espacio donde se sitúa el artículo, el Levante y “las provincias” (un amigo acompaña a otro antes de partir de viaje –que es la tierra natal de Martínez Ruiz-); dos, descripciones del paisaje que inspiran al redactor con el Levante: “por nuestro cerebro ha pasado rápida e intensa, una visión de la tierra levantina. Hemos visto sus llanuras de verdes pámpanos, que desbordan en oleadas por los ribazos blancos”; tres, la construcción de un relato donde se introduce el personaje de una novela clásica, de Hurtado de Mendoza, que rescata en otras ocasiones Martínez Ruiz (lo hace en su libro *Literatura*); cuatro, la denuncia ante el maltrato que sufren los labriegos en los pueblos: “Y otra vez voy a ver cómo hipotecan sus campos y sus casas, cómo las malvenden para aplacar al fisco o al usurero, cómo bajan taciturnos la cabeza, cómo sollozan, cómo callan en esos largos silencios sombríos, trágicos, de la vida provinciana...”; y quinto, la sensibilidad que se percibe en un artículo que conmueve al lector con un estilo absolutamente identificable con Martínez Ruiz:

Entonces él ya sabe que el enfermo está grave. Esta gente –me dice– ha pasado una vida de privaciones, de estrecheces, de pequeñas contrariedades, de diminutos deseos no satisfechos; y cuando llega el trance terrible de despedirse del mundo, quieren gustar al menos de sus delicias. Y entonces piden chocolate con bizcochos. Y mueren un poco satisfechos, un poco tranquilos, después de haber experimentado esta voluptuosidad incomparable... He aquí cómo se dan la mano, a través de cuatro siglos, estos españoles heroicos, el escudero de Hurtado de Mendoza y los labriegos de la tierra levantina.

Con semejanzas a “Las provincias”, Martínez Ruiz escribe el 24 de diciembre “La parábola del podador” (no incluido en Fox, también aparece sin firma) donde nuevamente se identifican una serie de rasgos propios del articulismo de Martínez Ruiz como la defensa de los labriegos y los oficios de los pueblos ante los políticos de Madrid que ignoran a los de provincias; la aparición de Levante, la tierra del periodista alicantino, con nuevas descripciones del paisaje; y todo en un relato donde aflora la sensibilidad del periodista alicantino que, para asombrar al lector, inserta en el relato a un viejo labriego (ficticio, pero que en el artículo parece sin duda verosímil) con unas palabras que invitan a la reflexión ante un alegato pacifista y de denuncia política.

—Los que vivimos en provincias somos muy sufridos... Nos piden nuestros hijos, y los damos para que vayan a una guerra que han suscitado los chanchullos de los políticos... Viene luego el recaudador de contribuciones, y se lleva lo poco que las cosechas nos producen... Los señores que vienen de Madrid nos piden nuestro voto y nos prometen tanto y más cuanto; pero después ya no se acuerdan de nosotros... Y nosotros continuamos silenciosos, resignados, inmóviles.

Y no debemos estar quietos; no, no debemos estar quietos. Así no podemos adelantar nada. Es preciso que hagamos algo. Y yo os diré lo que hemos de hacer.

Vuelve a callar el viejo; todos le miran ansiosos; él continúa sonriendo:

—Todos los españoles que vivimos en provincias debemos coger a cuestras una de estas gavillas de sarmientos; y después, todos juntos, emprender el camino de Madrid, poco a poco, día tras día... Cuando lleguemos a Madrid, lo cercaremos formando un inmenso círculo y amontonaremos sobre la población nuestras gavillas.

Y entonces les prenderemos fuego y contemplaremos sentados cómo arde esa ciudad que nos tiraniza y nos explota...

Todos han oído complacidos el proyecto del viejo. El cielo está diáfano; allá abajo, en el fondo del valle, cruza rápido un ligero penacho de humo negro.

Cabe recordar que estas críticas hacia Madrid y la sociedad en la capital no son nuevas en Martínez Ruiz puesto que ya las realizaba en “La decadencia” (del 30 de mayo de 1901, en *Las Noticias*, de Barcelona). Pero ahora no las ejecuta ni mucho menos desde una población del ámbito de fuera de Madrid, lo que también explica este anonimato en *El Globo* que, de no ser así, pondría en peligro su independencia.

El 26 de diciembre publica “Navidad” (sin firma de Martínez Ruiz, no incluido en Fox) pero que se deduce que ha sido redactado por el periodista alicantino por los autores de referencia a los que cita: Montaigne, Kant (5 de mayo de 1900, en “Los juguetes”, de *Madrid Cómic*), Nietzsche, Hobbes o Rochefoucauld con cuestiones filosóficas que conectan con los problemas existenciales que aborda en *Madrid Cómic*.

El 28 de diciembre, en “Nuestra prensa” (sin firma, y tampoco en la guía de Fox), Martínez Ruiz trabaja con un formato original un diálogo entre un periodista español y otro francés (una construcción de artículos innovadora que realiza desde sus inicios, como en *El Pueblo* con “Bocetos independientes. Los actores para Colom”), donde aprovecha para arremeter contra una prensa que no atiende al pueblo y solo a una parte de la sociedad, la burguesía: “en España, la burguesía, que hace periódicos o hace política, ignora al pueblo en absoluto. Un burgués que

va a un Negociado o que redacta un artículo de fondo, está tan lejos del labriego o del artesano como de un habitante de las islas Fidji”.

De este modo, y nuevamente como en su producción en *El Globo*, Martínez Ruiz fija su atención en los labriegos, en los pueblos, pero en esta ocasión desde el prisma de la prensa, que es objeto de estudio del periodista alicantino en sus libros (como en *Anarquistas literarios*) y artículos.

¿Qué dejan ustedes para el arte, la literatura, la industria, el comercio, la navegación, la economía, la higiene, los viajes? Veo en todos estos periódicos que los telegramas de provincias atañen tan solo a muertes, suicidios, descarrilamientos e inundaciones. ¿Es que realmente no pasa nada más en las provincias españolas? En todas las redacciones de Madrid, ¿no se reciben los periódicos de provincias? ¿No hay redactores en estos periódicos que vayan a provincias e informen sobre lo que allí ocurre?

Y, del mismo modo, en “Nuestra prensa”, Martínez Ruiz recalca la necesidad de confeccionar un articulismo desprovisto de la prosa anquilosada del XIX, rápido y breve, fresco y moderno, sin digresiones ni incisos.

Ante todo –nos ha contestado- un artículo debe ser una síntesis, sin digresiones, sin incisos, sin citas, claro, terminante, rápido, breve. Pues bien: los periodistas españoles no saben hacer síntesis. No tienen tampoco ligereza de pluma, no tienen amenidad. La amenidad alma de todo periódico moderno- está desterrada de la Prensa española. Léase cualquier fondo: lo que se dice en treinta líneas se puede expresar en cuatro; se diluye media idea en una prosa lenta y tortuosa.

El 29 de diciembre, con “Un domingo” (sin firma, tampoco insertado en Fox), nos conduce a una historia sobre el Ateneo donde se debate con interés la cuestión catalanista. Se menciona a amigos como Burell y Troyano en un Ateneo que, con ironía, dice que es un “pequeño receptáculo de genios”. Una crítica al Ateneo que ya realizó el 3 de marzo de 1902 en *El Heraldo de Madrid*, lo que muestra el interés del periodista alicantino por los debates que se establecen en este espacio.

El 31 de diciembre escribe Dorado Montero (seguro que por invitación de Martínez Ruiz) y, a partir de esta fecha, también es habitual la firma colaboradora de Vicente Medina (amigo del periodista alicantino, autor de *Aires murcianos*, cuyo prólogo ya trabajó Martínez Ruiz). Y, el 1 de enero de 1903, Fox incluye en su conocida guía “Nietzsche en el convento”.

“Nietzsche en el convento”, del 1 de enero de 1903, es una crítica contra la imposición religiosa (la católica sobre otras, aunque haya que emplear acciones violentas) cuando se debate sobre la entrada de España en la guerra de Marruecos (con la oposición del alicantino, quien recalca en esta ocasión su posición pacifista).

Anoche un periódico –el *Heraldo*-, contestando a atinadísimas razones de otro periódico, decía que debíamos ir a la guerra de Marruecos “por

dignidad”. ¡He aquí el eterno e infecundo prejuicio del honor que ha arruinado a España! No se va a una guerra para propagar el progreso y la vida; se va para satisfacer el pique de honor propio de un hidalgo. El móvil de unos es el honor; el móvil de otros el bien extramundano de las almas.

El 4 de enero, según Fox, realiza Martínez Ruiz “Cotarelo”, donde plantea la moralidad del detective de ser delator o no: ¿Un acto de moralidad? ¿O un acto de justicia?

La moral se va seleccionando a medida que se asciende en la escala de la intelectualidad; en una misma sociedad, en un mismo momento histórico, parece un acto laudable en un individuo lo que parece infamante en otro. Y es porque la moral verdadera, depurada, progresiva, es la que practican las clases superiores, no la que rige las capas bajas.

“Pasado y porvenir”, del 8 de enero de 1903, sin firma y sin registro en la guía de Fox, está redactado por Martínez Ruiz para honrar la memoria de Sagasta, recientemente fallecido (5 de enero de 1903). El artículo parte con la original historia de un viejecito que, en el diálogo, nos invita a la reflexión respecto a una vieja y nueva España. Igualmente, esta es una historia donde se percibe la sensibilidad azoriniana, con descripciones precisas, y que asienta el compromiso de Martínez Ruiz por el porvenir de su tiempo y la sociedad. Aflora de nuevo la crítica política, la crítica constructiva por la mejora de las infraestructuras donde una vez más se cita la pésima situación de provincias y labriegos en una España excesivamente centralizada y dependiente de Madrid. También resulta clarividente la mención a Alicante, la tierra natal del escritor.

De este modo, en “Pasado y porvenir”, Martínez Ruiz establece la división de dos formas de entender la política y el país, la vieja y nueva política, donde la riqueza y el bienestar de la sociedad requieren absoluta prioridad ante otros avances:

¿Es posible que esto continúe por más tiempo? El sufragio, el jurado, la libertad de imprenta, la libertad de la cátedra -palabra sin realidad, abstracción- ¿qué le importan al labrador de la Mancha, o de Tierra de Campos, o de Andalucía, o de Galicia? ¿Qué le importan al ciudadano que se siente pobre, débil, miserable, impotente? ¡La verdadera libertad es ser fuerte! Y eso queremos y perseguimos nosotros. La impasividad que usted nos reprocha, no es si no un desdén supremo hacia las vanas idealidades a que ustedes han consagrado su vida; nosotros vemos la fuerza y el bienestar en la riqueza. (...) Al hacer esta confesión íntima hemos sentido que un profundo dejo de angustia se percibía en sus palabras. Entonces hemos estrechado su mano con una profunda ternura. Y hemos creído que nos despedíamos de una generación abnegada, sincera, entusiasta, que ha peleado por las palabras, como nosotros vamos a pelear por las cosas.

El rastro anónimo de Martínez Ruiz en *El Globo* se detecta también en “Los exministros liberales y las abejas”, del 12 de enero de 1903, por la mención a un “insigne literato” (autopromoción) y sus famosas arañas de *La voluntad*. Aunque también se deja ver por otras pistas como: la cita a Maeterlinck (a quien ha traducido); el debate de la vieja y nueva España; el papel de la juventud; la crítica política (“en el Congreso, sentimos, en el ambiente, en las charlas frívolas, en los gestos vulgares, en las miradas inexpresivas, algo de artificioso y arcaico”); y, cómo no, una defensa de las provincias ante el papel de la prensa y los políticos.

Y he aquí que, en estos días, mientras, como todos los días, como todos los años, las provincias perecen, porque parece su agricultura, y mueren, porque muere su industria, estos políticos traen enardecidos a los periódicos con sus cubileteos y casuismos. ¿Serán tres? ¿Serán dos? ¿Será uno? Si es uno, ¿quién será este uno? Si son tres, ¿les parecerá bien a los dos? La cuestión es tremenda: *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Correspondencia*, *El Heraldo*, *El Diario Universal*, dedican a dilucidar el enredijo, profusos y repensados artículos. ¡Es preciso saber si va a ser uno, si van a ser dos o si van a ser tres! En Albacete, hace dos días, los vinicultores y alcoholeros de la provincia se reunían para reclamar apremiantes remedios; en Cartagena, un grupo de jóvenes intelectuales ha federado a los labriegos y no ha podido conseguir, después de afanosas gestiones en Madrid, que el Gobierno apruebe una Cámara Agrícola que se ha constituido; en Alicante y Murcia, los agricultores sienten allegarse la ruina y claman inútilmente a sus senadores y diputados; Cataluña formula protesta contra protesta... ¡Es inútil! La vida de las regiones no interesa; lo esencial, lo perentorio es que los veinticinco respetables caballeros que se han reunido ayer tarde en el Congreso, aplaquen nuestras ansias y nos digan, por fin, si es uno, si son dos o si son tres...

La “honda sensación” en “El alcohol” (13 de enero de 1903, marcado por Fox pero sin firma de Martínez Ruiz) nos conduce al mundo de sensaciones del periodista alicantino en este escrito en el que, por medio de una nueva historia, sobre una “pastillita” roja que tiene sobre la mesa, analiza la situación del vino en España con ejemplos de Jumilla y Yecla (tierras que conoce bien, puesto que estudió en los Escolapios del municipio murciano).

Reparad en esta lección de la historia: no hemos salido aún de la España rutinaria y arcaica. Vuestros vinos no tienen mercado porque los fabricáis recios y bastos; vuestras bodegas son lóbregas y sucias; vuestras manipulaciones son rudimentarias y torpes. Antes, esos vinos groseros tenían salida en Francia, porque allí operaban en ellos las transformaciones que vosotros no sabéis ni queréis operar. Se cerró el tratado, y os encontráis con vuestras bodegas repletas. Y como no veis otra solución que la alquitara, pedís —ni más ni menos que un arbitrista del siglo XVII— que se prohíba la extracción del alcohol de otras materias que no sean el vino. (...) Esto es lo que a nosotros se nos ha ocurrido decirles a los vinicultores que piden un privilegio absurdo. Y por eso miramos con cierta ternura, con cierta simpatía, esta pastilla

roja que tenemos junto a los blancos papeles en que estas líneas escribimos.

La prensa es en este sentido uno de los objetivos de Martínez Ruiz en su escasa atención a los labriegos y las informaciones de provincias, lo que origina en cierto modo el artículo “Las células” (del 14 de enero, marcado por Fox y sin firma del periodista alicantino) donde echa en cara a Rafael Gasset (propietario de *El Imparcial*) el enfoque de sus noticias. La nueva ausencia de firma del alicantino se explica, como ocurría anteriormente sobre Mariano de Cavia, por su deseo de no verse involucrados con polémicas con, entonces, la familia Gasset, propietaria de *El Imparcial*.

España no será culta, rica y fuerte –como el Sr. Gasset anhela– mientras el labriego, el artesano, el industrial, el comerciante, no lo sean. Y no lo podrán ser, mientras subsista, infranqueable, la honda separación entre el político y la masa resignada y silenciosa que trabaja.

“Las células” es un antecedente de *La Andalucía Trágica* (1905) junto a buena parte de las denuncias que viene realizando Martínez Ruiz en *El Globo* ante el poco interés que despierta en prensa y Gobierno la clase más desfavorecida, los labriegos y campesinos de los pueblos de España. En esta ocasión, el periodista alicantino lo hace contextualizando el artículo en su tierra, en el valle de Elda, cuando alude a trabajadores mal remunerados y mal organizados, aportando soluciones que puedan de algún modo remediar esta situación.

Su trabajo dura desde que quiebra el alba hasta que llega la noche. Ganan una peseta diaria si es bueno el tiempo. Descansan a lo largo de la jornada -para beber un golpe de agua clara, para echar un cigarro-, veinte, treinta o cuarenta minutos divididos en pequeñas estadas. Con la peseta que recogen, han de alimentar a la mujer y a los chicos. Seis días de trabajo a la semana, son seis pesetas; pero, ¿y los innumerables días lluviosos del invierno? (...) Una arroba de harina cuesta sobre pesetas y media. ¿Qué menos se ha de gastar que una en los siete días de la semana? Ya casi se va todo el jornal en este gasto; pero se procura comer poco, y, sobre todo, se recurre a la harina de cebada. (...) No digamos que estos labriegos no prueban jamás la carne; la observación es innecesaria. A mediodía, si comen un arroz o un potaje de legumbres se darán por satisfechos; y, por la noche, salen del paso con un pedazo de pan y un tomate aliñado con sal. En el verano, una libra de tomates o de pimientos cuesta cinco céntimos, y esto constituye el principal mantenimiento de esos labriegos.

Tampoco tiene desperdicio la crítica final a Gasset, la ironía y ataque con que invita a la reflexión al lector: “He aquí cómo viven los labriegos de la región alicantina, de esa región que el señor Gasset ama con tan sincero y noble afecto”.

El 18 de enero, Martínez Ruiz escribe “Agua” (no incluido en Fox, tampoco con firma del periodista alicantino) donde rescata nuevamente el problema de los labriegos -aunque, en esta ocasión, desde la problemática del agua-. Porque sin agua no hay higiene, y sin agua ni higiene, aparecen enfermedades. Y sin agua no hay con qué alimentar a los campos, y sin cultivos hay hambre y podredumbre en los pueblos de los labriegos.

¿Cómo hemos los españoles de practicar esta higiene? No es posible. Y la prosperidad o decadencia de un pueblo se explican por estos pequeños detalles, pequeños en la apariencia, grandes en su influjo: por el agua, por la alimentación, por el traje, por la casa. España es un pueblo inculto, no se nivelará con las demás naciones europeas, en tanto que no tenga agua para lavarse y agua para sus campos. (...) Y de este modo, los partidos políticos -regidos por casuistas y teólogos- se esfuerzan en dar al pueblo, que tiene hambre, que viste mal, que habita infestas chozas, unas encantadas y misteriosas entelequias que se llaman sufragio universal, jurado, derecho de asociación, libertad de la cátedra.

“Merchan”, del 20 de enero (sin firma, sin inclusión en la guía de Fox) es un artículo especialmente relevante por la crítica brutal de Martínez Ruiz a una España colonizadora y violenta, en lo que puede considerarse un nuevo alegato pacifista del periodista alicantino. En esta ocasión, la visita de un representante político cubano suscita esta reflexión con citas a Galdós, Cervantes, Quevedo o el catalán Juan Nuix (citado este último el 23 de octubre de 1900 en *El Imparcial* con “Un español de antaño”).

Como viene insistiendo Martínez Ruiz, la solución de España pasa por sus campos y por sus pueblos.

Nuestra historia -es doloroso, pero es preciso declararlo- es una historia de persecuciones y de exterminios. Expulsamos los moriscos -no por el capricho de un rey- sino porque así lo reclamaba la nación entera (y en primer lugar los intelectuales, Cervantes entre ellos, que los llamaba *perra canalla*): quemamos a los judíos, y aún a los que sospechábamos que tenían contaminación con ellos; acosamos a los gitanos, a quienes los antiguos historiógrafos cuelgan horribles patrañas; intentamos expulsar a los irlandeses (y así lo propone, como medida salvadora, un viejo economista); vilipendiábamos y molestábamos a los extranjeros —120.000 en número— que se encargaban en España del desempeño de los pequeños oficios manuales que nosotros desdeñábamos... Nuestra vida, en suma, a través de cuatro siglos, ha sido una vida de hosquedad, de egoísmo feroz, de bárbaras agresiones, de perdurables atentados contra la justicia y el derecho. ¿Ante quién vamos a quejarnos hoy en Europa de las supuestas injusticias contra nosotros cometidas? ¿Qué antecedentes morales podremos alegar para acusar a nadie? La expiación y el porvenir de nosotros los españoles está en el trabajo fecundo y silencioso de nuestros campos. No acusemos a nadie.

Este mismo alegato pacifista y contra la guerra tiene continuidad el 21 de enero con “Diálogo ético” (sin firma de Martínez Ruiz, ni mención en la guía de Fox), donde en una conversación se compara los comportamientos de la prensa española y francesa en su papel clave en el Desastre: “Recuerde usted el caso de la guerra con los Estados Unidos; no había opinión ninguna que afectara a la guerra; pero la formaron los periódicos, y fuimos al desastre...”. Y, al final, insiste en invertir más en políticas hidráulicas (antes ya lo señaló con “Agua”) o educación, pero nunca en ejércitos y barcos de combate:

Somos débiles; si tuviéramos una armada formidable, seríamos igualmente débiles. Porque son inútiles todas las armas, si el que ha de manejarlas parece de inanición o de anemia. Y por eso queremos que lo que se haya de destinar a naves, fortalezas y ejércitos, se destine a canalizar los ríos, a construir caminos vecinales, a terminar el catastro del mapa topográfico, de España, a facilitar semillas e instrumentos a los labradores que lo necesiten, a educar a las nuevas generaciones en el amor a la tierra y a las máquinas. Entonces, cuando hayamos hecho todo esto durante cincuenta años, seremos fuertes sin necesidad de armadas y regimientos. Y entonces nos parecerán un poco ridículas todas estas patrióticas algarabías de la prensa y todas estas paradojas de políticos impacientes.

La vieja España, los viejos políticos, el pasado, vuelven a ser sometidos a debate por Martínez Ruiz en “El caciquismo” (sin firma del periodista alicantino, tampoco incluido en Fox, del 22 de enero) donde el autor de *La voluntad* señala que Joaquín Costa está “alejado de la realidad” tras la publicación de su nuevo libro. Y es que, para Martínez Ruiz, esta es una obra propia del pasado, propia de un estudioso habitual de las bibliotecas pero que, como señala en “La pedagogía”, no está escrito en libertad ni al alrededor de lo que ocurre ahí afuera, en la calle, la naturaleza, los campos y los pueblos.

Lo que hay en el fondo de todo, es que la obra de D. Joaquín Costa es puramente *literaria*; quiero decir, que el autor la ha hecho encerrándose en una biblioteca y no yendo a los campos y a los pueblos. Es un defecto general a políticos y sociólogos, y es un defecto que proviene de nuestra educación exclusiva y hondamente intelectualista. El hábito que desde niño nos inculcan de ver la vida a través de los libros, y no por nosotros mismos, queda tan arraigado en nuestro cerebro, que luego, cuando queremos examinar la realidad, vivirla, darnos cuenta de ella, mostrarla a nuestros contemporáneos, hemos de recurrir fatalmente a los libros. Recorran ustedes la obra de Costa; verán que es una cosa abstracta, hecha de citas, de recortes de periódicos, de generalizaciones fantásticas. Un millar de *pequeños hechos* auténticos, no cogidos en los libros y en los periódicos, sobriamente ensamblados, nos hubieran hablado más del estado actual de España que toda la erudición, nimia e incongruente, del distinguido sociólogo. Pero el autor no se ha tomado la molestia de recogerlos pacientemente, y he aquí por qué el propio Sr. Costa viene a caer en el mismo horrible pecado

que achaque a los políticos; el alejamiento de la realidad. Para mí, Costa podrá tener visuales y arranques generosos; pero, en el fondo, por la conformación de su espíritu, por sus procedimientos, es un hombre de la generación antigua; un hombre intelectualizado. Ahí está su libro para prueba.

“Velasquillo”, del 23 de enero (sin firma de Martínez Ruiz, y tampoco incluido en la guía de Fox), el periodista alicantino trabaja un artículo original donde aprovecha un diálogo entre dos aspirantes políticos (que no sabemos si es ficción, o bien retazos de realidad que Martínez Ruiz ha encontrado en el Parlamento) cuando uno de ellos lanza numerosos elogios sobre Antonio Maura (que es lo que piensa igualmente el periodista alicantino, pero que para salvarse de posibles acusaciones de lectores o injerencias con la línea editorial del medio, los pone en boca de “otros”).

Maura es un espíritu sagaz, sincero, animado de nobles propósitos; pero como buen meridional, se ha dejado llevar más de sus ardimientos que de sus meditaciones. En sus años de oposición vehemente realizó una gallardísima campaña: nunca se ha oído en España palabra más persuasiva al servicio de ideas más generosas. El Sr. Maura examinaba y desmenuzaba las múltiples y seculares corruptelas de nuestra política. Y sacaba, en consecuencia, de todo ello, que era urgente el hacer la revolución desde arriba

La aparición del periódico “La Tierra” (24 de enero), impulsado por jóvenes periodistas y escritores, le sirve igualmente a Martínez Ruiz para debatir sobre esta idea de la vieja y nueva España, los viejos y nuevos políticos, la vieja y nueva literatura donde afloran las críticas a los políticos por las infraestructuras de un país atrasado donde “son escasos y deplorables los caminos vecinales”.

Cuando este periódico, *La Tierra*, agrandado, modernizado, con imprenta propia, con casa exclusiva, ha llegado a nuestras manos, hemos sentido una satisfacción profunda. Porque es la obra de un grupo de jóvenes entusiastas, amigos nuestros, sentidores de las propias ansias vehementes que nosotros, perseguidores de los mismos ideales lejanos. Estos jóvenes, en breve tiempo, han creado un periódico, han organizado una *Liga de las Diputaciones rurales del Ayuntamiento de Cartagena*, han fundado una Cámara agrícola. Y poco a poco, con sus esfuerzos perseverantes, destruirán el caciquismo en aquella región murciana, acabarán con la usura que agobia a los labriegos, los librarán de las manos de enredijadores jurisperitos, les proporcionarán máquinas y semillas, promoverán campañas en que se reclamen del Estado reformas imperiosas; propagarán, en fin, la cultura de mil suertes diversas, y darán remate a desenfrenos y corruptelas seculares.

En “Motivos de salud” (del 25 de enero) insiste Martínez Ruiz en la necesidad de desviar los recursos económicos de guerra para “los campos secos y estériles”; y en “Retórica”, del 26 de enero, critica la verborrea vacía de los políticos (tema que

repite en otras ocasiones). El 27 de enero, en “Las dos Españas”, recorre parajes que conoce bien entre Yecla (Murcia) y Pinoso (Alicante) cuando, de provincia a provincia, en pocas leguas, salta a la vista el contraste de España.

¿Vamos a sacrificar la España nueva en honor y provecho de la España vieja? Cuando hemos acabado de leer la solicitud elevada al Gobierno, tiempo atrás, por los agricultores reunidos en Palencia, hemos sentido una profunda estupefacción. ¿Vamos a someter la audacia, la energía y el movimiento vivo de la España novísima a la rutina, la impotencia y la pasividad de la España caduca? Aquí, como en todas ocasiones, el débil es el rutinario y el egoísta. El pleito es trascendental e interesante. Una España, la nueva, reclama un medio que le permita acrecentar su poder y su riqueza.

De ahí su propuesta de soluciones, con las que: “Entonces no habrá más que una España libre, fuerte y activa. Y el labrador, ahora regresivo y huraño, no clamará contra el industrial que ansía extender su actividad y enriquecerse con su esfuerzo”.

En “La crueldad española”, del 28 de enero, reflexiona Martínez Ruiz sobre los procesos violentos, expulsiones y persecuciones perpetradas en España tras la inspiración en una pintura de la exposición de 1899. Rescata en este sentido a autores olvidados, enlaza España con la picaresca del Lazarillo, y vuelve a recordar el escándalo del proceso de Montjuich (que el periodista alicantino defendió en diarios como *El País* y *La Campaña*).

La realidad se ensambla con las acciones del arte. Hemos quemado a los judíos; hemos emplumado y encorozado a inofensivas viejas maniáticas; hemos expulsado a los moriscos, y les hemos robado sus niños para que no se los llevaran y preservaran en la religión de sus padres; hemos tratado de lanzar a los irlandeses; a los extranjeros que entre nosotros trabajaban en oficios humildes... y cuando hemos querido, cansados de tanta brutal persecución, reposar un poco nuestro espíritu en el arte, hemos escrito códigos de crueldades, como la novela picaresca, o hemos urdido farsas de bandoleros y canallas, como el teatro, o hemos pintado sombríos cuadros de santos desolados y vírgenes extáticas y ahiladas. (...) Nosotros no vemos luz, sino sombras. Los sucesos de Montjuich han escandalizado a toda Europa; en nuestras escuelas se sigue el procedimiento de la palmeta y las privaciones; a los detenidos se les hace cantar por medios de todos conocidos; los presos son amontonados en estancias angostas y malsanas... Vivimos en el siglo XX como en el siglo XVII.

El 31 de enero de 1903, Martínez Ruiz publica “En el Museo” (localizado por Fox y firmado con pseudónimo Pecuchet, que proviene de *Pecuchet, demagogo*), que es una crítica cultural contra la dirección del Museo del Prado que cambia constantemente las obras de arte de nuestros grandes pintores de lugar, sin orden

ni sentido. Y pide además que sea un cargo con conocimientos, y no un pintor vulgar, quien asuma esta dirección.

El 3 de febrero de 1903, en “La conquista de España”, Martínez Ruiz vuelve a debatir sobre el pésimo estado de la profesión periodística cuando se produce la visita de un periodista de Londres. “Nada hay más lejos de la prensa literaria que los periódicos de España; ni nada tampoco más apartado de las hojas informadoras que los folios que fabrican ustedes. El primer prejuicio del periodista español es el artículo de fondo: ¿qué se dice en él? Nada”. Y, además, augura la importancia del género del reportaje, del que apenas se presta atención en España puesto que, en Francia e Italia, ya cuentan con expertos.

El error arranca de que entre ustedes —y en general entre todos los periodistas latinos— se considera el reportaje como una cosa subalterna. Se aspira a ser cuentista, cronista, articulista de fondo: nadie pone su empeño con ser un buen repórter. Ser repórter es como tener un oficio mecánico y vil. En Francia y en Italia hay ya grandes reporters; pero en España el prejuicio se mantiene sólido.

El 7, 8 y 10 de febrero (y localizados por Fox), Martínez Ruiz esconde nuevamente su firma (lo hace como “Un redactor”) en una pequeña serie titulada “Notas sobre la España vieja” donde aflora la sensibilidad azoriniana con breves historias con labriegos y viejecitas, con paisajes y descripciones con la estética del periodista alicantino. Además, es fácil detectar la huella de Martínez Ruiz cuando cita poblaciones alicantinas cercanas a su Monóvar natal como Onil, Castalla e Ibi en el que es el primer gran viaje periodístico del alicantino en sus publicaciones para prensa cuando se dirige en tren a Torrijos. Estas crónicas también vieron la luz en *Antonio Azorín*.

El 11 de febrero de 1903 publica Martínez Ruiz su primer artículo con su firma real en *El Globo* bajo el simbólico título de “El 11 de febrero. Pi y Margall”. Un sentido homenaje y recuerdo para el político federalista en el aniversario de la República.

Y, el 13 de febrero, en “Labradores y políticos” (no localizado por Fox y sin firma), resulta llamativa la cita a la reciente edición de las *Relaciones topográficas* (que mencionará posteriormente en *España y La ruta de Don Quijote*), lo que nos da una pista para atribuir este artículo a Martínez Ruiz en el que, además, se vuelve a establecer el debate de la vieja y nueva política.

En el siglo XIX hemos hecho y deshecho cuatro o seis Constituciones del Estado; han estallado tres guerras civiles; se ha operado un cambio de dinastías; se ha pasado del régimen monárquico al republicano, y del republicano se ha tornado otra vez al monárquico; se han tramado conspiraciones; se han sublevado ejércitos; se han llenado las calles de barricadas: se ha peleado por la libertad, por el sufragio, por el

Jurado... y bien: ni asambleas legislativas, ni ministerios, ni partidos, ni revolucionarios, ni oradores populares, ni periodistas insignes, han contribuido en un ápice a sacar a España de su aniquilamiento y su ruina. Los viejos políticos han fracasado.

El 14 de febrero, con “Cecilia y Don Manuel”, introduce sus ideas y filosofías en la conversación de un joven con otra persona (“el viejo”) donde afloran las lecturas de Schopenhauer y Nietzsche, entre otros. El 16 de febrero, en “La obra de los políticos”, una frase de Joaquín Costa inspira este ataque contra la clase política donde aparecen clásicos tan importantes para el periodista alicantino como Juan Luis Vives, Jorge Manrique o el Arcipreste de Hita.

Y otra vez, en ritornelo perdurable, durante estos últimos tiempos, los políticos se han apoderado de las ideas de los intelectuales, y conmueven la nación con sus agitaciones estériles y sus voces livianas. La política agraria —iniciada y sustentada por Costa— es el tema de las vehementes predicaciones. Una nueva reacción nos amarga más tremebunda y deplorable que la pasada. He aquí por qué nosotros, repetimos con el ilustre sociólogo, al final de esta fugitiva excursión por nuestra historia, que nos muestra que todo es uno y se reproduce en la sucesión del tiempo inexorable; he aquí por qué nosotros, repetimos, profundamente convencidos, que de todos los políticos nos los sabemos de memoria y que no son ellos, no, los que han de traer, para nuestra patria, las bienandanzas suspiradas.

El 17 de febrero de 1903, no citado por Fox, José Martínez Ruiz firma su segundo artículo con nombre real en *El Globo*, “Sociología comparada. Las arañas”, donde incluye el conocido texto de *Antonio Azorín*. Y, el 19 de febrero, firmado como Pecuchet (tal y como también lo hace el 31 de enero en “En el Museo”) publica “Las palabras” (un artículo que también se ha recuperado puesto que tampoco está incluido en la guía de Fox).

“Las palabras” es principalmente una defensa de la constante transformación en que se encuentra Unamuno ante la próxima publicación de *En torno al casticismo*. Una defensa que Martínez Ruiz trabaja plenamente identificado con él, ya que sufrió los mismos ataques cuando empezó a dejar de lado su línea más progresista en su crisis de ideas (al periodista alicantino, recordemos, le apoyaron fundamentalmente Clarín y Baroja, este último con su prólogo de *La fuerza del amor*). Con Miguel de Unamuno, Martínez Ruiz ha llevado a cabo distintos encuentros, entrevistas, intercambios de conocimientos e ideas como en *La Campaña* con “El Cristo Nuevo”.

Unamuno es el último vástago de esa castiza y genialísima progenie de que antes hablábamos. No es un hombre definido, concreto y estadizo; cambia, evoluciona, rectifica, se contradice, retrocede, se renueva en un perpetuo ir y venir de sensaciones y de ideas. Es imposible reducir a sistema la inmensa fertilidad de sus paradojas y sus atisbos. Unamuno

ha comprendido todos los estados del espíritu. Los viejos no conciben esta modalidad de los escritores modernos; apegados a una sola idea, a una sola visión de los hombres y de las cosas, sienten horror hacia un perdurable revuelo sobre todas las ideas y sobre todas las sensaciones. (...) Este libro que aquí queremos anunciar —*En torno al casticismo*— es su primera obra. El lector la conoce seguramente; años atrás se publicó en las páginas de una revista. Desde entonces, el espíritu de Unamuno ha peregrinado en múltiples andanzas a través de la realidad de los libros.

El 24 y 25 de febrero firma Martínez Ruiz la serie “La evolución de un pueblo”, que también se puede encontrar en su obra *Antonio Azorín* y donde los clásicos, los viajes, las descripciones y los pueblos se suceden. Esquema que, con leves diferencias, repite el 27 de febrero con “Los tranvías eléctricos”, con el debate de nuevas y viejas generaciones.

Después de un pequeño parón (“Riu dice que por qué no escribe usted en *El Globo*”, le indica Baroja por carta el 26 de marzo de 1903), Martínez Ruiz reinicia sus colaboraciones en *El Globo* el 1 de abril (“Un programa”) con más críticas políticas que se recrudecen el 8 de abril (“Sobre los hechos”) donde sigue arremetiendo contra una clase política que no atiende al pueblo. “La marcha emprendida por el pueblo en dirección al progreso, tiene ese obstáculo, el obstáculo eterno en España, el charlatán, el político de oficio, enemigo de la libertad y de la ley, sanguinario, como todos los que necesitan una ronda de esbirros”.

Los signos de abulia de Martínez Ruiz han desaparecido en su producción en *El Globo* aunque eso no indica que, por otro lado, se haya volatilizado su crítica hacia la clase política o la religión. Así, el 9 de abril firma, junto a Pío Baroja, el artículo “Tipos de la pasión” que, dedicado a diferentes figuras como José de Arimathea, Pilatos y San Pedro, concluye con unas palabras de Nietzsche que confirman esta teoría.

Nosotros conocemos ya, nuestra conciencia sabe el presente lo que valen estas siniestras invenciones de los sacerdotes y de la Iglesia; sabemos para qué servían, cómo con ellas consiguió la Iglesia aquel estado de postración de la Humanidad, que no puede menos de inspirar horror. Las ideas de “más allá”, de “juicio final”, de “inmortalidad del alma”, del “alma misma”, no sean más que instrumentos de tortura, sistemas de crueldad, de los que se sirvieron los sacerdotes para convertirse en señores, para continuar siendo dueños...

Con “Cristo”, del 10 de abril (firmado por Martínez Ruiz, y no anotado por Fox), el periodista alicantino se abre de este modo a la esperanza en una historia que prueba que es posible encontrar caridad en un mundo envuelto por la falsedad. “Y entonces este hombre sonrió con una sonrisa divina, y los miró con una mirada dulce, y cogió sus manos y las estrechaba blandamente contra su pecho. Porque

había visto que estos hombres eran sus hermanos, y que la verdadera salud estaba en ellos”.

El 14 de abril aparece una nota informativa que alude a la incorporación de un nuevo orador en Monóvar, Martínez Ruiz (D. Amancio), “hermano del conocido literato y redactor de *El Globo*, ha pronunciado un notable discurso, revelándose como orador sobrio, enérgico y pintoresco”. Con toda seguridad, este breve del periódico fue redactado por el periodista alicantino en la redacción de Madrid (y que no hemos añadido al listado de su producción periodística por no tratarse de un artículo).

El 7 de mayo de 1903, el profesor Christian Manso²⁴³ recupera el artículo “Diálogo entre Saavedra Fajardo y Baltasar Gracián”. Aunque no está firmado por Martínez Ruiz (como ocurre con buena parte de su producción en *El Globo*), se trata de un escrito del periodista alicantino por tres cuestiones fundamentales: primero, porque aborda la figura de dos referentes para Martínez Ruiz en su literatura y articulismo, los clásicos Saavedra Fajardo y Gracián; dos, porque este mismo título de “Diálogos” es el que también puso en marcha Martínez Ruiz en *Blanco y Negro* el 23 de enero de 1916; y tres, por la crítica política que envuelve al mismo aprovechando un diálogo que nos invita a la reflexión.

El interés por el papel de la prensa, los ataques a los gobernantes, las alusiones a los pueblos, el paisaje y los labriegos también se reproducen en “Las tierras”, del 11 de mayo (no citado por Fox y sin firma), donde tampoco faltan los clásicos de Jovellanos, Gracián o Espinel.

Veo la Prensa madrileña diariamente y, a juzgar por sus textos, no hay en Europa ningún país tan bienaventurado como España. Los españoles, hoy como ayer, ayer como siempre, continuamos preocupándonos con abstracciones y batallando por entelequias. Unos vulgares piques entre quince o veinte caballeros que aspiran a dormir en el Senado, nos conmocionan más hondamente que la sequía que tuesta las tierras de Levante; un despacho telegráfico de un ministro pone en nuestro corazón más rápidas palpitaciones que la miseria que abate a los campesinos andaluces. Lea usted los editoriales de los periódicos, unos anodinos, otros líricos y vibrantes. No hay en ellos una preocupación, una mirada, un pensamiento para las hondas causas y concausas de nuestros males.

Persiste Martínez Ruiz en las críticas a Echegaray (como en *El Pueblo*, *La Campaña* o incluso su libro *Diario de enfermo*) ante un teatro que considera deforme, ilógico, más propio del pasado que del futuro. Por ello recalca nuevamente su oposición al dramaturgo madrileño en “Un homenaje” (14 de mayo) cuando se

²⁴³ Manso, Christian (2015), “Un ‘Diálogo de los muertos’ olvidado de Martínez Ruiz, Azorín, en *El Globo* (1903)”, *Monòver en festes*, Ajuntament de Monòver.

baraja un reconocimiento a Echegaray al tiempo que reclama más atención a la juventud, que permanece callada y sumisa:

Echegaray, ¿merece el homenaje que la España oficial –políticos, académicos, burócratas–, se muestra propicia a concederle? Quintana y Zorrilla podían creerse con derecho a los ridículos laureles. Representaban o aparentaban representar algo español. Echegaray no simboliza nada íntimamente nuestro. Su teatro, mezcla de los delirios de Dumas padre y de Bouchardy, se ha derrumbado definitivamente (...). ¿Pretenderá también que el día del homenaje la juventud, que tiene sus amores y sus preferencias, calle sumisa?

El 17 y 18 de mayo publica “Una conjetura. Nietzsche español” con el que Martínez Ruiz asegura que el verdadero progenitor del filósofo alemán es Gracián, oponiéndose a la versión que defiende el ensayista francés Émilie Faguet.

El 26 de mayo hay un recuerdo para Emilio Castelar (“en el aniversario del maestro”) cuando sus encuentros en Sax... Un artículo inédito en Fox, localizado por el profesor Christian Manso²⁴⁴, que realizó sin duda Martínez Ruiz por las descripciones, estilo y la admiración que siente por el gran político y orador.

Aún tenemos ante la vista la figura del gran orador, viejo, achacoso, exangüe, titubeante, con sus largos y lacios bigotes blancos, con sus ojos espantados, melancólicos. Cae la tarde: muere el día en uno de esos crepúsculos inacabables, serenos, suaves, de la tierra levantina. Las palmeras y los cipreses se recortan en el cielo diáfano; del follaje del huerto –en que lucen los encendidos albrichigos y las doradas prunas– se exhala un fresco hálito que mece blandamente las hojas. A lo lejos, por encima del mar gris de los tejados, se yergue ingente el peñasco agudo del castillo de Sax; tocan las campanas a una novena; pían las golondrinas; llega el rumor grato y lejano de una aceña. Y por los senderos del huerto, entre la umbría, lentamente, avanza el maestro, con su levita de alpaca, con su paraguas, acariciándose de rato en rato, con gesto instintivo y fatigado, el cano mostacho.

Y el 27 de mayo, en *El Globo*, promociona su libro *Antonio Azorín* con “El origen de los políticos”

Nuestro querido compañero Martínez Ruiz acaba de publicar un libro: *Antonio Azorín*. No hemos de decir nosotros nada de la obra siendo el autor de casa. Se trata de una serie de impresiones ligeras (paisajes interiores visiones de pueblos levantinos y ciudades de la Meseta), y de estas páginas tomamos, como muestra, una pequeña fábula que lleva el mismo título que arriba queda impreso.

A Martínez Ruiz le preocupa la educación (y, sobre todo, la influencia que ejerce ésta en la ciudadanía). En este sentido, de igual modo que en *Electra* aboga por la libertad en la educación, en el artículo “La educación y el medio”, del 4 de

²⁴⁴ Manso, Christian (2014), “Castelar en Martínez Ruiz. Un artículo olvidado en *El Globo*”, *Monòver en festes*, Ajuntament de Monòver, págs. 48-51.

junio de 1903 (y con el que cierra sus colaboraciones en *El Globo*), el periodista alicantino se mueve en el escepticismo religioso que arrastra y, por esa razón, a raíz de un comentario en *El País*, critica el ambiente religioso y educativo como el vivido por él mismo en su experiencia con los Escolapios.

Nos enseñan a ser modosos, que es estar continuamente quietos; nos dicen que la vida no es placer y rebeldía, sino dolor y resignación; quitan de nuestras almas la generosidad y la franqueza, y ponen la cautela y la hipocresía. Nos hacen arrodillarnos ante imágenes de Vírgenes doloridas y Cristos macilentos; nos obligan a repetir patéticas contriciones por pecados absurdos (...) Y entonces en este colegio –de jesuitas o de escolapios- encontramos la misma aversión de la escuela y de la casa hacia la espontaneidad; la misma imagen de la vida, dolorosa, no placentera; la misma desconfianza bárbara hacia nuestros hermanos los hombres; el mismo horror inexorable hacia lo sincero, lo rebelde y lo libre.

Crítica política, compromiso y preocupación por España, por la pequeña España que crece en provincias, que sufre en los pueblos con sus labriegos, donde falta el agua y el pan, cuando los mandatarios se resisten a salir de la capital ante los problemas del resto del país... El periodismo de Martínez Ruiz en *El Globo* encierra el mundo de sensaciones que se establecerá definitivamente con Azorín, y que igualmente conmueve con su articulismo entre lecciones, reflexiones, sensibilidad y alta dosis de buena literatura donde no se ausentan los clásicos. Es la firma, el estilo inconfundible de Martínez Ruiz dotado de plena personalidad, con llamadas de atención a una prensa que considera fundamental para el devenir del país. Y es, por otro lado, la consolidación de un periodista sin confusiones ni crisis existenciales, donde la abulia es un espejismo y cualquier signo dubitativo se ha evadido absolutamente (con la excepción, solo, de su escepticismo religioso y político). Martínez Ruiz pisa fuerte y sabe hacia dónde se encamina en su carrera de periodista en Madrid.

22. Antonio Azorín (1903): punto final a la crisis

José Martínez Ruiz proyecta en *Antonio Azorín*²⁴⁵ la constatación de un autor que ha cambiado, que interioriza y abandona la crisis en una obra que, además, reproduce nuevamente la retroalimentación en sus dos vertientes: la literaria y la periodística.

De este modo, numerosos artículos de *El Globo* se verán reflejados en páginas de *Antonio Azorín* como “Sociología comparada. Las arañas” (del 17 de febrero de 1903) en el capítulo V; “El origen de los políticos” (del 27 de mayo de 1903), en el centro del capítulo XVII de la segunda parte; así como los viajes por los pueblos de La Mancha –desde el VII al XIV de la tercera parte- que son los que integran los reportajes “Notas sobre la España vieja. En el tren” (del 7 de febrero de 1903); “Nota sobre la España vieja. En Torrijos” (del 8 de febrero de 1903); “Notas sobre la España vieja. La agricultura” (del 10 de febrero); “La evolución de un pueblo. Hacia Infantes (del 24 de febrero); y “La evolución de un pueblo Infantes” (del 25 de febrero). Por otro lado, también apareció en *La Lectura* (1 de febrero de 1903) “Viejos de pueblo”, insertado en los capítulos IX, X y XI.

Los pasajes autobiográficos de *Antonio Azorín*, como en sus anteriores libros, se vislumbran en las cartas de Pascual Verdú que corresponden a los escritos del tío de José Martínez Ruiz, Miguel Amat y Maestre, a quien representa este personaje. Así, *Antonio Azorín* aprisiona la estética que ya refleja su periodismo cuando alude al amor por las pequeñas cosas como a las conversaciones insignificantes de los pueblos (donde sigue permanente el síntoma de angustia y muerte). Siempre bajo escenarios de sobra conocidos para el periodista alicantino como su tierra natal, Monóvar; el pueblo de su madre; Petrer; la partida rural que recuerda de su infancia, Collado de Salinas; o la ciudad donde ha crecido como periodista, Madrid.

Las referencias de Martínez Ruiz en *Antonio Azorín* son la de filósofos y escritores que han marcado su pensamiento desde que comenzara su labor en las hojas volanderas y que se combina con Montaigne, las pinturas de El Greco o Nietzsche. El periodista alicantino se inspira en el paisaje, la naturaleza (que es donde está la verdadera vida, como repite en su articulismo) en su particular mundo de sensaciones y una extrema sensibilidad (con una crítica muy debilitada).

Y yo siento al llegar aquí el tener que dolerme de que las palabras a veces sean demasiado grandes para expresar cosas pequeñas; hay ya

²⁴⁵ Azorín (1903), *Antonio Azorín, Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

en la vida sensaciones delicadas que no pueden ser expresadas con los vocablos corrientes. Es casi imposible poner en las cuartillas uno de estos interiores de pueblo en que la tristeza se va condensando poco a poco y llega a determinar una modalidad, enfermiza, malsana, abrumadora²⁴⁶.

La muerte está más presente en los pueblos que en las ciudades, donde los viejos hablan de asuntos insignificantes, y la melancolía tiñe de tristeza esta tierra lóbrega de provincias de igual modo que el periodista alicantino no cesa de reivindicar en sus artículos en *El Globo* por estas mismas fechas. A Azorín le reconocen por la calle, es un crítico literario con relativa fama, y reflexiona sobre esta misma cuestión (una obsesión que también cita en su producción periodística) cuando le preguntan unos obreros en la calle:

¿Estos hombres quieren que Azorín les diga cuatro palabras? ¡Azorín, orador! Esto es enorme. Azorín ha protestado cortésmente; los obreros han insistido con no menos cortesía. Y entonces Azorín, ya puesto en tan terrible trance, se ha levantado. Después de levantarse ha sonreído con discreción. Y después de sonreír, mientras todos los concurrentes esperaban en un profundo silencio, se ha puesto por fin a hablar.

“Amigos: Una vez era un pobre hombre que estaba muy enfermo. Y como era pobre, no tenía dinero para comprarse ni alimentos ni medicinas. Pero tenía un amigo periodista. Los periodistas son buenos, son sencillos, son amables. Y este periodista –que como es natural tampoco tenía dinero- publicó en su periódico un suelto en que demandaba la caridad para su amigo”.

José Martínez Ruiz alude en este instante al artículo del 10 de abril de 1903 de *El Globo*, “Cristo”, cuando es posible encontrar caridad en un mundo envuelto por la falsedad (ahora prevalece la esperanza sobre la abulia y la crisis definitivamente desaparecida), al tiempo que reclama una España abierta a la innovación estética y a la juventud literaria.

Los jóvenes que admiten sin regateos las innovaciones de la estética, son más humanos que los viejos. La innovación es al fin admitida por todos; pero los jóvenes la acogen desde el primer momento con entusiasmo y los viejos cuando la fuerza del uso general les pone en el trance de admitirla, es decir, cuando ya está sancionada por dos o tres generaciones. De modo que los jóvenes tienen más espíritu de justicia que los viejos, y además se dan el placer –¡el más intenso de todos los placeres!- de gozar de una sensación estética todavía no desflorada por las muchedumbres.

“Imitad a los clásicos, se dice a los jóvenes”, “no intentéis innovar”. ¡Y esto es contradictorio! La buena imitación de los clásicos consiste en apartar los ojos de sus obras y ponerlos en lo porvenir; ellos lo hicieron

²⁴⁶ Azorín (1903), ed. cit., pág. 429.

así. No imitaban a sus antecesores: innovaban. De los que fueron fieles a la tradición, ¿quién se acuerda? Su obra es vulgar y anodina; es una repetición del arquetipo ya creado²⁴⁷.

Nuevamente conecta el modernismo con innovación (como en *La Correspondencia de España*, “El Museo moderno. Diálogo ético”, publicado el 6 de abril de 1902) cuando los libros entristecen nuestras vidas. Porque escribir un libro es la evidencia que el tiempo pasa inexorable hasta desgastar nuestros cuerpos camino de la vejez. “Porque gastamos en leerlos y escribirlos aquellas fuerzas de la juventud que pudieran emplearse en la alegría del amor. (...) Y cuando llega la vejez y vemos que los libros no nos han enseñado nada, entonces clamamos por la alegría y el amor, ¡que ya no pueden venir a nuestros cuerpos, tristes y cansados!”²⁴⁸.

El estilo es la sencillez. La sencillez es la elegancia. Y escribimos mejor cuanto más sencillamente escribimos. Hay que ser natural y claro en el estilo, promulga Azorín, siempre hundido en su obsesión por la necesidad de trabajar en Madrid (“en provincias no se puede conquistar la fama”). Es la única manera de hacer camino en un oficio que, por otro lado, le sigue generando dudas por la responsabilidad (siempre hay que dar una opinión) ante una crítica política (que le puede acarrear consecuencias).

Pepita, yo soy un periodista político terrible. Para ser periodista político no se necesita más que tener mala intención. “¡Pero tú, Antonio, me dirás, no tienes mala intención!”. Es verdad; yo no la tengo, pero a veces hago un esfuerzo y consigo tenerla. Claro está que no tengo inquina hacia nadie ni hacia nada; no me interesan tampoco estas o las otras ideas; por eso, Pepita, mi tarea es más fácil, porque hago mis artículos con entera tranquilidad, sin apresurarme, sin aturdirme, poniendo esas pequeñas gotas de hiel donde quiero ponerlas. Ayer hice un artículo. Ha ocurrido aquí una cosa muy gorda que llaman crisis ministerial: consiste en que los que mandan se quitan para que manden otros. Pues bien; yo quise hacer la historia de esta cosa: he de confesar que yo no sabía nada de ella. Sin embargo, las historias de las cosas que no sabemos son las mejores historias. Hice la historia: revelé detalles atroces: todos los políticos y los periodistas se quedaron estupefactos. Estos políticos y estos periodistas he de advertirle que son una gente muy inocente: con un adarme de ingenio y otro de audacia, se les asombra a todos. Por eso no es extraño que ante mi artículo abrieran espantados los ojos. Mira lo que decía el *Heraldo* (¿lees tú ese periódico?).

(...) ¡Desde que la prensa existe, que no se había hecho cosa parecida!... ¿Comprendes la trascendencia de mi obra? ¿Podía yo

²⁴⁷ Azorín (1903), ed. cit., pág. 474.

²⁴⁸ Ibid., pág. 477.

dormir tranquilamente después de haberla realizado? No, de ninguna manera. Y cuando vine a casa, me sentía desasosegado, nervioso, obsesionado por mi tremendo artículo. Y tuve que pensar en ti un poquito para sentirme tranquilo y poder dormir como un hombre vulgar²⁴⁹.

El miedo al despido (imagina uno en *El Imparcial*, como si vaticinase lo que le ocurriría años después) alimentan su estado de incertidumbre ante un trabajo que asfixia al reportero en horarios insufribles. “Pepita: todas las noches le doy cuerda a mi relojito antes de acostarme. Cuando estaba ahí, le daba cuerda a las diez; ahora se la doy a las dos de la madrugada. No te asustes. Yo procuraré que esto no dure mucho. Ahora vengo de la redacción”²⁵⁰.

Surge la cuestión catalanista (que también aborda en su periodismo), regresa a Madrid y denuncia al maltrato de los pueblos, donde aflora el contenido principal que completará sus viajes por tierras del sur en *La Andalucía Trágica*. Ya no hay ciudades muertas, sino pueblos a los que ayudar y reflotar en sus miserias. Es el compromiso social del periodista alicantino que marca también su trayectoria periodística.

Ya este sistema de explotar la tierra sin contribuir a fortalecerla, canalizando ríos, regalándola abonos, conduce derechamente al agotamiento, sin remedio. Juntad ahora a esta decadencia de agricultura, la decadencia de la ganadería. Siempre –y este es un mal gravísimo- han andado en España dispares y antagónicas la agricultura y la ganadería. Esta separación ha contribuido a concentrar en pocas manos la riqueza pecuaria: ha impedido su difusión y crecimiento; ha dificultado la cultura, en cada región, de las especies más convenientes; ha privado, en fin, de los aprovechamientos de los ganados al beneficio de los campos.

Antonio Azorín refleja una nueva dimensión del periodista alicantino donde ya no cabe la abulia ni los problemas existencialistas. Es, en otras palabras, una obra de madurez en una trayectoria de éxito y relativa fama después de muchas cuestiones e interrogantes en su producción literaria. “Si *Diario de un enfermo* es un ‘testimonio inmediato’ de su crisis, *La voluntad* es una ‘reflexiva reconstrucción novelesca’ y *Antonio Azorín* supone la salida de la crisis y la asunción de su nueva personalidad”, apunta el profesor Miguel Ángel Lozano²⁵¹.

La crítica acogió la obra con enorme tacto a juzgar por las numerosas reseñas que se publicaron en prensa. Así, en *La Lectura*, julio de 1903, Zeda indica

²⁴⁹ Azorín (1903), ed. cit., pág. 504.

²⁵⁰ Ibid., pág. 505.

²⁵¹ Lozano Marco, Miguel Ángel (1998), ed. cit., pág. 98.

que *Antonio Azorín* le recuerda la obra de Anatole France en un libro donde Martínez Ruiz no es solo un pensador sino también un poeta cuando da con la palabra precisa y exacta en sus definiciones. En septiembre de 1903, Gómez Baquero escribió un amplio escrito en *La España Moderna* donde destaca el componente de emoción y curiosidad de *Antonio Azorín* ante el espectáculo de hechos y aventuras de las interioridades de los personajes: “Refleja la obra del Sr. Martínez Ruiz dos hechos sociales que con diferente generalidad se observan en nuestra época: la disgregación o diseminación de la vida por falta de principios de unidad, y la aspiración del pensamiento a sobreponerse a la acción en vez de ser auxiliar”.

El Heraldo de París (también fundado por Bonafoux) se hizo eco de la salida al mercado de *Antonio Azorín*, y sobre todo, fue la revista modernista *Helios* quien deparó un mayor número de atenciones y elogios al nuevo libro del periodista alicantino con publicaciones de Martínez Sierra (marzo de 1904), quien destaca la capacidad de Martínez Ruiz para atrapar el paisaje con un estilo limpio y transparente; Juan Ramón Jiménez (julio de 1903); Manuel Machado (noviembre de 1903); y Bernardo C. Candamo (mayo de 1904).

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

23. Semillas de un “pequeño filósofo”: *Helios*, *El Pueblo Vasco*, *El Imparcial*, *Alma española* y *Los cómicos*

Tras su salida de *El Globo*, Martínez Ruiz inicia una nueva etapa en *Helios*, revista de estética modernista cuyo principal impulsor fue Juan Ramón Jiménez. Consultada por medio de la Biblioteca Virtual Prensa Histórica del Ministerio de Cultura, se publicaron 11 números entre abril de 1903 y febrero de 1904, siendo de enorme formato (más de 100 páginas por ejemplar), aunando prestigiosas firmas como las de Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Rubén Darío o Salvador Rueda en textos de prosa y verso.

El periodista alicantino se estrena en el tercer número de *Helios*, junio de 1903, con una crítica literaria al final de la revista, dentro de la sección “Información literaria”. Una recreación del Góngora de senectud a partir de la poesía “Las Bellaquerías” con la que Martínez Ruiz absorbe todo ese conjunto de sensaciones que se aprisionan en el texto. No es una crítica al uso, pero sí una evolución de lo que debía ser o significar una crítica: es una llamada de atención a la sensibilidad del texto cuyos valores de lectura permanecen inalterables.

Cierro el libro. Y en estos momentos en que el cielo se enturbia y un sosiego profundo, melancólico, se exhala del crepúsculo, pienso en estas lejanas y dulces sensaciones de muchacho: en ese apretón de manos, en ese beso dado a hurtadillas detrás de la puerta, en esas bellaquerías que ya no se borrarán jamás de nuestros recuerdos en nuestra peregrinación dolorosa por la vida. Acaso encontremos en ella goces más recios y violentos: no volveremos a gustar jamás esta miel dulce de los primeros años. Y yo pensaba que el poeta, ya viejo, ya cansado, enfermo, pobre, llegando en sus angustias hasta confesar que quiere echarse a un pozo para acabar con sus miserias, volvía la vista atrás, como un consuelo supremo, hacia esta primera ilusión, tan fugitiva, del amor, de la alegría y de la vida...

Martínez Ruiz abre la revista *Helios* en su segundo año, lo que es un indicativo de la importancia y fama de la pluma del periodista monovero entonces. Y lo hace con “Los buenos maestros: Montaigne”, que Fox se equivoca al anotar que es del 1 de octubre cuando fue en enero su publicación (no se especifica la fecha del día al ser una revista mensual).

El artículo es una defensa de los ideales de Montaigne frente a las viejas ideas. El ensayista francés, su referente absoluto, encierra en este sentido la nueva filosofía que adopta Martínez Ruiz desprovista de cualquier crisis: “Y yo amo a este gran filósofo por estas cosas: Montaigne representa la concepción ondulante, flexible, circundante, contingente de la vida, frente a la concepción abstracta y absoluta de los viejos protestantes y de los modernos horribos kantianos”.

Finalmente, además de las críticas elogiosas que tienen cabida en *Helios* sobre *Antonio Azorín*, la última novela del periodista alicantino, cabe resaltar el artículo de marzo de 1904 de Emilia Pardo Bazán, “La nueva generación de novelistas y cuentistas en España”, en el que califica a Martínez Ruiz de “modernista” puesto que reconoce en sus estímulos un acusado influjo de Nietzsche, Maeterlinck y Schopenhauer (lo que tampoco resulta sorprendente puesto que todos ellos, los tres, habían sido previamente comentados por el periodista alicantino en su producción periodística).

En cualquier caso, este Martínez Ruiz “modernista” viene a corresponderse con la definición que acuñó Eduardo L. Chávarri cuando indica que lo que pretendía el alicantino es “pintar el alma de las cosas para no reducirse al papel de un fotógrafo”²⁵². Es decir, producir emoción en los objetos, los edificios, las calles y las cosas, aprisionar el alma y el mundo de sensaciones que ya está construyendo el periodista alicantino en su trayectoria literaria. Así fue como los poetas modernistas entendieron la cercanía entre la estética de Martínez Ruiz y su propio arte²⁵³.

Martínez Ruiz configura de esta forma su mundo y, el 23 de noviembre de 1903, publica “Filósofos españoles: Vives” en “Los Lunes” de *El Imparcial* (lo que es toda una declaración de intenciones del alicantino, que suspiraba por colaborar activamente en este diario desde que lo hiciera por primera vez en junio y octubre de 1900). Así pues, si antes reflexionaba sobre Montaigne, ahora lo hace con Vives, reivindicando su figura en Europa a partir del recuerdo de la estatua de bronce dedicada al valenciano en la Universidad de Valencia donde estudió el alicantino.

Del mismo modo, Martínez Ruiz hace hincapié en las pequeñas cosas, en su universo íntimo: “Vives siente un intenso amor por las cosas pequeñas: todos estos filósofos del Renacimiento, parece que han visto irradiarse en las cosas, tras larga obscuridad, el alma perdurable e inquietadora del Universo”. Lo que repite con su mención a los pueblos, del que se siente comprometido y cercano siempre: “Hablo de los *Diálogos* que el gran filósofo escribió para ejercicio de la lengua latina: acaso no haya libro en nuestra literatura tan íntimo y gustoso. Abridlo: ved cómo pasa la existencia menuda y prosaica de los pueblos en una serie de pequeños cuadros auténticos”.

Esta idea conecta con la que ya abordó en *Soledades*, cuando aseguraba que Vives nos muestra “la vida anormal de los antiguos, su vida de aventuras; el libro de

²⁵² Chávarri L., Eduardo (1902), “¿Qué es Modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular?”, *Gente Vieja*, 10 de abril de 1902.

²⁵³ Lozano Marco, Miguel Ángel (1996), “Schopenhauer en Azorín. La necesidad de una metafísica”, *Anales de Literatura Española*, 12, Universidad de Alicante, Alicante, pág. 206.

Vives nos muestra su vida íntima, nos da a conocer lo que hacían cuando no les ocurría nada de extraordinario, cuando no hacían nada. Y de ahí su valor inestimable”.

El Pueblo Vasco: viraje político y periodístico

San Sebastián era la ciudad de veraneo de moda en España. Hasta allí viajaban los más distinguidos periodistas, escritores, políticos, gente de la farándula, para disfrutar de las vacaciones entre cafés, reuniones y artículos de prensa. De hecho, es conocido que hasta allí se desplazaba Luca de Tena, el empresario de las hojas volanderas más afamado, por lo que Martínez Ruiz (siempre ojo avizor de las oportunidades) quiso hacerse un hueco en la redacción de *El Pueblo Vasco*, el rotativo que más lectores, poder e influencia tenía en la temporada estival. Para ello, el alicantino lo tenía verdaderamente fácil por los contactos y amigos de la tierra, como Maeztu y Pío Baroja, ambos vascos (que también se adherirán a *El Pueblo Vasco*), y con quienes había promovido apasionantes campañas políticas con el grupo de “Los Tres”.

De esto último, de los contactos que pudo facilitar “Los Tres”, Martínez Ruiz da testimonio por la carta que le remite Pío Baroja el 14 de agosto de 1903²⁵⁴:

Querido Martínez Ruiz: Me escribe Picavea diciéndome que colabore usted en el periódico nuevo. A mí me dijeron que enviara un artículo para el primer número y lo envié, pero como resultaba un poco violento no lo quisieron poner. Pagar pagarán bien, pero no quieren cosas fuertes, sino artículos de crítica política o social hechos amablemente. Si quiere usted colaborar, mande usted los artículos al señor director de *El Pueblo Vasco*; plaza de Guipúzcoa; San Sebastián. Picavea quiere con gran interés que usted colabore.

El Pueblo Vasco fue fundado por Rafael Picavea, un alto empresario vasco con hilos directos con la jerarquía eclesiástica y monárquica (lo que nos hace una idea del nuevo viraje político que tomará Martínez Ruiz, especialmente tras su repentina salida de *El Globo*, de raíces republicanas).

Así pues, y tras una revisión de los ejemplares realizada por el servicio digital del archivo de la Biblioteca Municipal de San Sebastián, Martínez Ruiz publica su primer artículo en *El Pueblo Vasco* el 19 de agosto de 1903 con “Una ficción”. Un artículo especialmente relevante por el cambio de rumbo que toma el pensamiento de Martínez Ruiz al tratarse de una crítica punzante a los republicanos, lo que viene a confirmar la teoría de su salida de *El Globo* por razones ideológicas y, sobre todo, porque supone una ruptura con el republicanismo en España (en el que había

²⁵⁴ Rico Verdú, José (1973), ed. cit., pág. 195.

militado o al menos por el que sentía sintonía desde sus primeras colaboraciones en prensa).

“Una ficción” responde además con ironía al programa político que prometen los republicanos al electorado, siendo trabajado y firmado desde Monóvar, el pueblo natal de Martínez Ruiz, donde ha viajado desde la capital para descansar:

Yo me he figurado por un momento que los republicanos españoles habían cobrado el seso desde hace tanto tiempo perdido; yo me he figurado que lo que en treinta años no han sabido hacer por España, iban a realizarlo ahora con motivo de las cercanas elecciones de los cabildos. Los republicanos –he dicho para mí mismo- han peleado largos años por vanas entelequias; no han sabido despertar la iniciativa individual; han creído que su obra era la conquista magna del poder. Y no han visto que la forma política es adventicia y aleatoria y que, lejos de las nóminas y del presupuesto, pudieran haber realizado una fecunda y amplia acción social. ¿Qué han hecho por el pueblo los republicanos?

Y bien; yo he imaginado, por un instante, que estos sencillos republicanos eran formados de sus vanos ensueños y que en esta pequeña ciudad levantina en que paso el verano, habían trazado dando un alto ejemplo de patriotismo, un pequeño e interesante panfleto.

Lector: yo quiero poner ante tus ojos el objeto de mis ficciones. A continuación te regalo el expresado documento; léelo bien, y si eres devoto de la República, vuelve los ojos hacia el pueblecillo o la ciudad en que han nacido, y piensa no en las menguadas complacencias de un triunfo sobre tu adversario, sino en los más altos ideales de la Patria y el bienestar social.

Esta nueva serie de artículos de Martínez Ruiz “escritos expresamente *para El Pueblo Vasco*” sigue con “Las confesiones de un pequeño filósofo. El mal de España”, especialmente significativo al bautizar y dar a conocer, por vez primera, su nueva dimensión literaria de “pequeño filósofo” con el que quiere establecer una separación con su pasado periodístico.

De este modo, insertado en este personaje, Martínez Ruiz ataca y critica sin piedad con el hilo conductor de sus maestros y referentes: Montaigne o Taine, entre ellos. Alejado además de los krausistas, lanza dardos venenosos contra Joaquín Costa (la “gente vieja”) aludiendo incluso a escritos anteriores en *El Globo* fundiendo el “pequeño filósofo” con Martínez Ruiz: “Costa es un erudito; Costa es un hombre de gabinete, pero no un hombre de realidad y de observación directa: un escritor extranjero (Brumhes, en su libro sobre la irrigación en España) ha señalado ya este defecto capitalísimo de las obras de Costa, y yo sin ser profesor de la Universidad de Friburgo, tuve ocasión de hacer el mismo reparo, antes de aparecer el libro de Brumhes, en un periódico de Madrid –*El Globo*”.

Abrid un libro de Joaquín Costa, el último, *Oligarquía y Caciquismo*, materia viva, palpitante, experimentable. Y bien: ved que este libro es una coordinación de recortes de periódicos, trozos de efímeros discursos parlamentarios y citas de otros libros. No se puede hacer sobre un asunto tan vivo una cosa tan abstracta. Y sobre esta abstracción, en el ambiente del despacho, rodeado de cortapisas y volúmenes, fácil es fabricar otra abstracción: el hombre salvador. En el mismo procedimiento del político, ministro o exministro, de quien abominamos.

En el artículo, Martínez Ruiz, “el pequeño filósofo”, se confiesa un “devoto de Nietzsche”, que le anima y remueve la conciencia para suscitar así la crítica política. Y en ella, el “pequeño filósofo” reclama realidad, menos abstracción y más realidad (como escribe respecto a la obra de Joaquín Costa). Toca descender a la realidad, la materia viva en la literatura, en la cultura, en los pueblos. Ahí está la pura realidad de España, denuncia el alicantino, como en la miseria, en la situación pobre y lóbrega de los campesinos que no tienen leña para calentarse en invierno.

Pero descendad al hecho; dejad el libro y el periódico; meteos en un pueblo; vivid en él; saturaos de sus hombres y de sus cosas. Y entonces, en este pueblecillo toparéis con una apretada y menuda red de pasiones, de prejuicios, de sordideces, de miseria, de tristeza. La pobreza de un suelo sin agua ni árboles –que son talados bárbaramente- sin cultivos racionales, ha contribuido a cristalizar este ambiente a lo largo de las generaciones; se vive en casas incómodas, se come apenas; se carece en el invierno de leña que conforte nuestros miembros helados; (...)

Y así es toda España; quitad la región del Cantábrico, separad las estrechas estepas irrigadas de la depresión del Ebro y del Mediterráneo, y tendréis la España hórrida y muerta de las dos mesetas y la España yerma de los latifundios andaluces y extremeños.

Aunque el libro de Martínez Ruiz, *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), no ha visto la luz en este tiempo, este artículo de *El Pueblo Vasco* ratifica que la obra está en la mente del escritor, y, sobre todo, clarifica el nuevo recorrido periodístico que quiere iniciar el periodista.

Así pues, el 5 de noviembre de 1903, Martínez Ruiz presenta su nueva serie de artículos en *El Pueblo Vasco* ya como un “pequeño filósofo” que va a contar los acontecimientos desde Madrid. En “Las Fantasías y Devaneos del Pequeño filósofo en Madrid” (inédito y no localizado por E. Inman Fox), el periodista alicantino advierte además que serán escritos cortos, como los que confeccionaba para el verano, muy consciente para él del significado de la brevedad en el oficio periodístico.

Por ello, informa que ha entrado en el Ateneo de Madrid, lleno de “unos hombres terribles que quieren saberlo todo”, a los que critica por su soberbia y prepotencia. Porque tampoco se puede leer y “soñar” en el Ateneo ante los gritos

de quienes impiden hablar e intervenir en las tertulias. De ahí que, nuevamente, Martínez Ruiz encuentre en los pueblos el antídoto a todo este caos que se derrumba sobre él en la capital y en su imparable escepticismo político.

¿Qué hacer? Si dejáis el libro y desistís del sueño, y pretendéis entrar en el coro de una tertulia, os encontraréis con que no podéis hablar cuatro palabras con sindéresis; porque vosotros sois un poco reaccionarios, es decir, antidemócratas, partidarios de la prolongación de las tradiciones españolas (...).

Vosotros, que habéis vivido en los pueblos españoles y habéis observado su existencia diaria –sus angustias, sus escuelas, su fe en una religión en la que creen fuertemente;- vosotros plegáis los labios y sonreís, o tal vez os ponéis tristes pensando en la enorme barbarie que el triunfo de esta tiranía democrática y positivista supondría, pensando en que vale más la firma y consoladora ilusión de una pobre vieja que todos los planes igualitarios de un demócrata...

El 14 de noviembre de 1903, con “Fantasías y devaneos del pequeño filósofo en Madrid”, Martínez Ruiz da visos de continuidad a esta nueva sección en *El Pueblo Vasco* y, lo que es más importante, el periodista alicantino se defiende de las críticas por sus cambios de posición política además de por asumir este nuevo personaje, el “pequeño filósofo” que ha desconcertado sin duda a sus lectores. La aclaración y respuesta del alicantino no tiene desperdicio:

-¿Por qué se hace usted eco de los absurdos y paradojas del pequeño filósofo? –me han dicho algunos amigos que han leído mi anterior artículo.

¿Qué puede pensar a derechas un hombre que pasea por Madrid con paraguas de seda rojo?

Yo convengo en que no puede tener sindéresis un hombre que usa un paraguas encarnado. Pero también convengo en que yo de ningún modo puedo separarme de ese filósofo menudo. Lector: le conozco desde que tengo uso de razón; veo a todas horas sus pensamientos como luz meridiana y sin intervención de fenómenos telepáticos; si ha de tomar una determinación, a mí me la consulta; si prepara un viaje, me lo avisa antes de arreglar su maleta; quiere a las mismas personas que yo detesto; ¿cómo voy a separarme del pequeño filósofo?; ¿cómo no hacerme eco amable de sus pensares y decires?

Y yo lo quiero por otra cosa, entre todos: El pequeño filósofo es un hombre íntegro y escrupuloso, sin darse aires de ello; tú, lector, puedes leer un día tal cosa estupenda salida de su pluma y que te parece regresiva, o tal otra que juzgas demagógica. Y bien: ten por seguro que detrás de esas líneas no hay nada, es decir, que este diminuto pensador urde sus reflexiones dejándose llevar de su diletantismo inestable, por placer intelectual, por puro amor al juego de las ideas.

A continuación, elogio de los místicos, donde se aloja la “mejor ética”: “Hay en la moral de nuestros místicos y de nuestros casuistas una tan linda comprensión de

la vida, de sus exigencias, de su movimiento ondulante y contingente; es tan amable, tan risueña en medio de su integridad (recuérdese que Santa Teresa no quería ver tristes a sus monjas); es tan profundamente humana y altruista nuestra moral, repito, que a su lado la concepción kantiana es una de las más lamentables y bajas producciones del intelecto humano”. Y cita a: Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Santa Teresa, San Ignacio, San Juan de la Cruz...

Martínez Ruiz, el 18 de noviembre con “Fantasías y devaneos del pequeño filósofo en Madrid”, se declara un “poco rebelde” en la reflexión de si se adapta o no al medio en alusión a sus constantes cambios de opinión: “¿Cuál es el ambiente que más conviene a los veleidosos movimientos de nuestro intelecto?”. Y, parafraseando a Montaigne, el periodista alicantino ratifica su viraje político al posicionarse del lado monárquico deparando nuevas críticas a los republicanos:

La vida –decía otro pensador, no tan chico, Montaigne- es “un movimiento desigual, irregular y multiforme”. Y bien: ¿cómo vamos a adaptarla a una pauta y a un reglamento? No es posible. Y si lo intentáis –y aquí viene la explicación del enigma del pequeño filósofo, si lo intentáis, ¿cuál será el ordenamiento, el canon, el método en que habéis de encerrarla, es decir, cuál es el medio que habéis de escoger entre los múltiples y diferentes en que evolucionáis? Porque tened esto bien presente; cuando se dice: “Fulano no se adapta al medio” se profiere una insigne tontería. Podría esto ser posible antaño; hoy de ningún modo. La vida moderna es compleja, variadísima, contradictoria: el hombre que viva en un ambiente como el de París, Londres, Nueva York, y aún Madrid, y que lleve una existencia un poco febril y precipitada, habrá de atravesar todos los días diferentes capas sociales y ponerse en contacto con varios medios. (...)

Y él dice: “Yo veo todos los días a cuatro o seis republicanos conspicuos; en la atmósfera que estos republicanos forman en su torno, no puede haber salud, ni orden, ni riqueza, ni bienestar, ni siquiera dignidad fuera de la República. Yo veo, además, que ellos han hecho suculenta carrera con la idea republicana; esto me convence, sí, de que el bienestar está en la República. Y yo me pregunto: ¿seré republicano? ¿Adularé a esa masa inconsciente de pueblo haciéndola creer que las cosas van a cambiar como por arte mágico con el advenimiento de la República?”

(...) aquí hablo con algunos buenos amigos monárquicos. Ya estoy en otro ambiente; mis interlocutores son liberales, expansivos, hombres prácticos y de seso. España –dicen ellos- no ha de mudarse repentinamente con un cambio de régimen; dejémonos de entelequias y fantasías, atendamos al fomento de la riqueza y vayamos transformando paulatinamente el medio, con lo cual se transformarán también los hombres...

De este modo, Martínez Ruiz no solo justifica su nueva dimensión literaria de “pequeño filósofo”, el cambio de pensamiento, sino que va más allá el 29 de

noviembre con “Fantasías y devaneos del pequeño filósofo en Madrid” cuando insiste en que su felicidad está en leer, sí, pero también en la reflexión y ensayo que nos depara la realidad, la vida misma (y lo hace por medio de una frase de Baltasar Gracián). Por ello, en lo sucesivo, no va a leer tanto, atendiendo menos a los libros y más a la vida: “-Y ¿cómo queréis que el pequeño filósofo, que se halla en la última jornada, siga tragando libros? ¿Cómo queréis privarle de esta postrera felicidad, de este consuelo único que se llama filosofar?”.

A diferencia de lo que se pensaba hasta ahora (los siguientes artículos no están señalados por Fox en su conocida guía), Martínez Ruiz siguió trabajando para *El Pueblo Vasco*. Así, el 6 de enero de 1904, a pocos días de estrenarse en el diario *España*, el periodista alicantino publica “Fantasías y devaneos del pequeño filósofo en Madrid. Utilidad de las tarjetas postales”, donde ahonda en la moral y la ética y, sobre todo, en el bien del amor y la solidaridad en el hombre.

No, yo no quiero investigar los fundamentos indestructibles de la moral; yo no quiero saber si es intuición; si es regia universal, si es fe en el deber; yo veo hombres que viven al lado mío, sobre el mismo planeta, en el mismo pedazo de tierra, que se llamó patria, con dolores que pueden ser mis dolores, con ansias que pueden ser mis ansias. ¡Qué importará que los asientos de la moral sean estos o los otros, deber, intuición, o imperativo categórico. ¡Lo indudable es que me rodea la humanidad, y lo cierto, lo eterno, lo incommovible, es este dolor ajeno que me cerca por todas partes y que afluye y refluye en mi espíritu como si de su propia entraña brotara!

Así pues, cuando ya está plenamente dedicado a su labor como redactor en *España*, Martínez regresa a *El Pueblo Vasco* por verano (cuando el rotativo es el más influyente en opinión y lectores por época estival). Lo hace el 9 de julio de 1904 con “Las provincias” y un dato curioso: en esta misma fecha, Martínez Ruiz publica otros dos artículos (uno para *España* y otro para *Blanco y Negro*, de Luca de Tena). Cabeceras distintas de grupos editoriales dispares: algo impensable en la actualidad. Y, además, cabe resaltar que mantiene su firma de J. Martínez Ruiz cuando ya se había rebautizado como Azorín en el diario *España* (28 de enero de 1904).

“Las provincias” es, por su parte, un título especialmente significativo en el que Martínez Ruiz reivindica su tierra, el Levante, en un viaje que anhela y jamás olvida. Especialmente por los labriegos, aquellos trabajadores privados de los placeres en un escrito que, además, representa la “honda sensación” azoriniana en el paisaje y el compromiso-denuncia por los más desfavorecidos. “Y otra vez voy a ver cómo hipotecan sus campos y sus casas, cómo las malvenden para aplacar al fisco o al usurero, cómo bajan taciturnos la cabeza, cómo sollozan, cómo callan en

esos largos silencios sombríos, trágicos, de la vida provinciana... Yo –añadía nuestro amigo- siento una profunda simpatía por esta gente: es sobria”.

Con pasajes donde aflora la inspiración libresca, acudiendo a los clásicos, a las lecturas que han construido la personalidad del “pequeño filósofo”, Martínez Ruiz elabora un final muy propio del autor que denota la sensibilidad de un periodista original que busca además remover la conciencia y el corazón del lector:

Yo tengo en el pueblo un vecino que es médico. Hablamos los dos, como paredaños largos ratos. Visita a los labriegos, a los cortesanos, a los pequeños propietarios. Y me cuenta que cuando vienen de una de estas casas a llamarle con urgencia, suelen añadir: “Se le ha ocurrido tomar chocolate con bizcochos”. Entonces él ya sabe que el enfermo está grave. Esta gente –me dice- ha pasado una vida de privaciones, de estrecheces, de pequeñas contrariedades, de diminutos deseos no satisfechos; y cuando llega el trance terrible de despedirse del mundo, quieren gustar al menos de sus delicias. Y entonces piden chocolate con bizcochos.

Meses después, *El Pueblo Vasco* publica “Crónicas. Loyola”, con firma J. Martínez Ruiz, el 27 de marzo de 1905, y que ya había visto la luz previamente en el diario *España*, 20 de julio de 1904. Y, el 18 de julio de 1905, estrena su firma Azorín en *El Pueblo Vasco* con “Las horas donostiarras. Un secreto pesar” que, como recalca el artículo del diario, ha sido “expresamente escrito para *El Pueblo Vasco*”.

“Las horas donostiarras. Un secreto pesar” lo escribió Azorín en San Sebastián para *El Pueblo Vasco* ya que por estos días redacta otras crónicas para *ABC* (10, 11 y 12 de julio de 1905) y que están firmadas en la ciudad donostiarra. En el mismo, Azorín describe la estampa cotidiana de una familia (de la que seguro fue testigo en San Sebastián, a punto de partir en la segunda parte de su *Veraneo sentimental*) aprisionando un mundo de sensaciones por medio de una vivencia personal al observar a un matrimonio con sus hijas en la comida. Una velada familiar que el autor alicantino envuelve con su estilo y belleza estética.

Y solo un artículo más publica en *El Pueblo Vasco*, un año después del último, el 18 de noviembre de 1906 con “Con pluma ajena. De Azorín en *ABC*. Pequeñas paradojas”, una reproducción del que se difundió en *ABC* unos días atrás, el 16 de noviembre, bajo el título de “Impresiones parlamentarias. Pequeñas paradojas”.

Alma española

En su nueva andadura tras el final de *El Globo*, con colaboraciones puntuales para *Helios*, *El Imparcial* y *El Pueblo Vasco* (sobre todo para la temporada estival), José Martínez Ruiz se embarca en la aventura periodística de *Alma española*,

apadrinada por Benito Pérez Galdós, quien escribirá el artículo de presentación en su primera entrega, del 8 de noviembre de 1903, bajo el título “Soñemos, alma, soñemos”.

Según Patricia O’Riordan²⁵⁵ en el prólogo a la edición facsímil de *Alma española*, editada en 1978 por Turner, el primer director literario de la publicación fue José Martínez Ruiz, acompañado principalmente en esta tarea por Ramiro de Maeztu y Pío Baroja (con los que estaba estrechamente unido, ya fuera por el denominado grupo de “Los Tres” o por su reciente participación en *El Pueblo Vasco*) y Luis Bonafoux (con el que siempre había mantenido una buena amistad), siendo el exdiputado Gabriel Ricardo España el financiero y director administrativo de la publicación.

Efectivamente, *Alma española* encaja perfectamente en la nueva andadura que desea emprender Martínez Ruiz en su carrera periodística alejado de los diarios políticos militantes como *El Globo* del que se acababa de despedir. Especialmente porque con *Alma española* era el momento preciso de realizar un diagnóstico a la España derrotada en 1898 (menos libros, más realidad, que recalca el alicantino en *El Pueblo Vasco*).

El periodista alicantino se estrena pues el 8 de noviembre de 1903 con “La farándula. Prólogo en que un pequeño filósofo declara sus perplejidades” (el “pequeño filósofo”, recordemos, ya lo había dado a conocer Martínez Ruiz en páginas de *El Pueblo Vasco* meses atrás, el 22 de agosto de 1903). Un artículo donde el alicantino divaga “en la loca vanidad de las cosas humanas” respecto a unos actores y su inminente representación (la literatura, esta vez, se sobrepone a la crítica literaria).

“La farándula. ‘Mariucha’”, del 15 de noviembre de 1903, arranca con una esclarecedora cita de Guyau: “Una obra será tanto más bella cuanto más ideas y emociones personales despierten en nosotros”. Así, de nuevo, Martínez Ruiz aprisiona su mundo de sensaciones con los viejos, los pueblos, los labriegos y el silencio...

Yo bajo a la calle: me place sondar y escudriñar estas ciudades provincianas en que no ocurre nada. Y entro en un café. ¿No sentís vosotros la secreta atracción de estos cafés de pueblo? Tal vez éste se llame de la Amistad, de la Confianza o del Recreo; estos nombres afables o ingenuos nos invitan a entrar. Sí; entremos; la sala está desierta; un mozo que os mira con esa larga curiosidad con que se examina al provinciano, pasa un paño sobre los mármoles, y vuelve la cabeza de cuando en cuando hacia vosotros.

²⁵⁵ O’Riordan, Patricia (1978), *Alma española*, Turner, Madrid.

“Juventud Triunfante. Autobiografías”, del 22 de noviembre, es la carta de presentación de Martínez Ruiz en su nueva dimensión literaria en páginas de *Alma española* (lo que ya había efectuado en *El Pueblo Vasco*, en San Sebastián, pero no en Madrid). De ahí el arranque del escrito con el que excusa su producción anterior, propia de un joven con aspiraciones, al tiempo que aduce las claves de su pensamiento: “yo tomaré entre mis recuerdos algunas notas fugaces, inconexas –como la realidad–”.

No voy a contar mi vida de muchacho y mi adolescencia punto por punto, tilde por tilde. ¿Qué importan y qué podrían decir los títulos de mis libros primeros, la relación de mis artículos agraces, los pasos que di en tales redacciones o mis andanzas primitivas a caza de editores? Yo no quiero ser dogmático y hierático: y para lograr que caiga sobre el papel, y el lector le reciba, una sensación ondulante, flexible, ingenua de mi vida pasada, yo tomaré entre mis recuerdos de algunas notas vivaces e inconexas –como lo es la realidad,- y con ellas saldré del grave aprieto y pintaré mejor mi carácter, que no con una seca y odiosa ringla de fechas y de títulos.

Y sea el lector bondadoso, que a la postre todos hemos sido muchachos, y estas liviandades de la mocedad no son sino prólogo ineludible de otras hazañas más fructuosas y trascendentales que realizamos –¡si los realizamos!- en el apogeo de nuestra vida.

El cariño y ternura de Martínez Ruiz hacia su madre también tienen su reflejo en este artículo en el que, por su parte, evidencia la falta de empatía con su padre (al que no cita ni nombra). Y resulta igualmente clarividente la exposición de sus ideas con “Mi filosofía de ‘las cosas’”: “Yo creo que el alma del Universo, esta alma profunda y poderosa, tiene sus irradiaciones en las cosas. Tenedlo bien presente: no hay ninguna cosa vulgar, como no hay ningún ser despreciable”.

El artículo “Crímenes españoles. –El de Don Benito.-Ambiente y personajes” (que ve la luz el mismo día del 22 de noviembre) resulta por su parte muy interesante al tratarse de una crónica negra bajo el estilo e impronta de Martínez Ruiz. Para ello, justifica este caso virulento, de asesinato y muerte, cuando encuentra en los pueblos la falta de dinero, de agua, de comida y de medicina.

Y toda esta pobreza, toda esta angustia, toda esta inquietud perdurable a lo largo de los siglos, determina en estos pueblos españoles un ambiente de excitación, de agresividad, de violencia, de misantropía, en que el temperamento se desequilibra bárbaramente y da en las hazañas portentosas de un Cortés, en la inquietud filosófica de Moreno Nieto -o en el hórrido atentado del autor de este crimen-.

Y también señala a los clásicos (Baltasar Gracián) como el paisaje y el campo, imprescindibles en los hombres del 98: “El paisaje es bravío y áspero; la tierra está yerma y seca. Entrad en uno de sus pueblos; no importa cuál; todos los

pueblos españoles son iguales. Y notad cómo a la brusca energía congénita en esta tierra, se une la general tristeza de toda la mísera tierra española (...).

Y denuncia los males de la sociedad española, enquistados en su historia, las causas de un país que no progresa. Situación que, en cierto modo, también se repite con la iglesia en la filosofía azoriniana de apegarse a la realidad:

La tierra rinde escasamente y con inseguridad angustiosa; las casas son incómodas; vestimos astrosamente; carecemos de agua hasta para nuestra limpieza; si necesitamos dinero que nos libre de un agobio apremiante, la usura nos atosiga y acaba por arrebatarnos nuestros bancales; miramos el cielo a cada momento, porque de él depende nuestro pasar en el año; si las nubes se apelonan y brama el trueno, temblamos de espanto, presintiendo un pedrisco que arrase nuestros herrenes y nuestras mieses; si el cielo se muestra una semana y otra semana diáfano, suspiramos temiendo la sequía asoladora y vamos por las calles en dos hileras, con cirios en las manos, plañendo e implorando al Señor y a los santos.

El 29 de noviembre, Martínez Ruiz inaugura la crítica teatral en *Alma española* con su sección “La Farándula”. Así la ejerce con un original estilo, con su nueva marca de “pequeño filósofo” con la que nos introduce para elogiar la última obra de Benavente, con lo que aprovecha para ensalzar la tradición literaria francesa y, por otro lado, criticar la banalidad de los políticos.

“La Farándula” tiene continuidad el 6 de diciembre al abordar la figura de Tolstoi, y especialmente simbólica es la que firma el 13 de diciembre con “Echegaray y el espejo”, donde arremete contra la “vieja literatura” con la que ni mucho menos se siente representado. Partiendo de estas premisas, Martínez Ruiz manifiesta lo que, a su juicio, es el nuevo arte literario.

Un atento examen de la realidad nos hace reflexivos; (...). Principiamos a ver que si queremos ser excelentes escritores, se nos impone, ante todo, la sencillez y la verdad, y que un centenar de pequeños hechos recogidos, compulsados y ensamblados con escrupulosidad exquisita, valdrá más y será más elocuente que una vistosa urdimbre de frases hiperbólicas y vibrantes. Comprendemos que el arte es una quintaesencia de la vida, y que para aprisionar la vida en la fórmula artística, menester será una delicada y paciente observación, una reflexión, una independencia fiera y digna, un aislamiento inquebrantable del pensar y del decir de la multitud inconsciente.

Y bajo esta misma idea insiste el periodista alicantino cuando discierne entre vieja y nueva literatura con el artículo “Reparos”, al afirmar que “clásica es ya la incultura de los viejos maestros españoles” y, a continuación, matiza y ahonda en aspectos con los que no está de acuerdo con Palacio Valdés y Blasco Ibáñez (con el que había colaborado en *El Pueblo*, pero con el que ya marcaba su distancia

ideológica en una relación que se había enfriado lógicamente después de la declaración pública en su viraje político).

El 20 de diciembre, tras la nueva crítica teatral de “La Farándula”, donde Martínez Ruiz alude a los clásicos, a sus referentes (Montaigne, Santa Teresa de Jesús), publica “Pequeño pleito”, con el que trata de responder a un compañero de *Alma española* respecto al interés que despierta Nietzsche.

José Cuartero contesta en *La Crítica* a mis humildes reparos en pro de Nietzsche. Pudiera recoger en su artículo copia de errores; no lo hago; mi corazón se abre magnánimo. Solo quiero transcribir unas palabras de mi buen adversario:

“La crítica filosófica de autoridad –dice Cuartero- que no desde la humilde labor de Buchner, por ejemplo, no hace caso de Nietzsche. No le conozco más devoción que la de unos cinco o seis escritores jóvenes de Madrid”.

Y mi contestación es ésta:

Nietzsche murió en 1900; desde entonces, o pocos años antes, se han publicado sobre su personalidad o sobre su obra, los siguientes libros; en alemán, treinta y uno; en inglés, tres; en francés, doce; en italiano; dos. Y no hablo de los estudios de revista y artículos de periódicos no coleccionados, de los cuales se cuentan solo en Francia cuarenta y tres.

¿Hay ejemplo de algún otro pensador que en tan breve espacio de tiempo haya merecido tan detenido y multiforme examen?

Aunque Martínez Ruiz encarna ahora el “pequeño filósofo”, sus reivindicaciones, su compromiso social e intelectual con “la realidad”, no cesan. Prueba de ello es “La Nochebuena pasada”, en el que describe las andanzas de un hombre en taberna en taberna con un llamativo final en el que vuelca nuevamente su escepticismo político:

Vosotros sois, obreros, los que habéis de operar vuestra resurrección a una vida de bienandanzas. ¡Purificaos! Reaccionad contra el ambiente y contra la herencia secular de embrutecimiento y de rutinas. No confiéis en las abstractas y falaces fórmulas tradicionales, monárquicas, republicanas o socialistas; no exaltéis y adoréis a los hombres. Buscaos en vosotros mismos a vosotros mismos.

En el mismo ejemplar del 27 de diciembre ejerce la crítica literaria doblemente: primero, con “Los libros” (firma con sus iniciales JMR) respecto a la obra *La literatura al día*, de González Serrano, que trata con delicadeza; y la segunda, sin rúbrica alguna, tampoco anotada por E. Inman Fox, es “Pío Baroja y su última novela” (que sí en cambio menciona Cruz Rueda al estar recogido en *Los clásicos redivivos, los clásicos futuros*). Probablemente Martínez Ruiz no quiso firmar esta crítica por la amistad entre ambos y por todos conocida con Pío Baroja.

Un texto revelador para el profesor Lozano que indica en este sentido: “Todas las reflexiones azorinianas sobre el carácter instintivo, espontáneo e innato de la creación literaria, del rigor de la escritura y de la manifestación del estilo pueden encontrar aquí su fundamento”²⁵⁶.

Efectivamente, en “Pío Baroja y su última novela” afloran rasgos del periodista alicantino por doquier como la separación que establece una vez más entre “vieja y nueva literatura”; el fenómeno del espíritu y la naturaleza; los pequeños detalles “es como lo grande”; El Greco, Maeterlinck; claridad, precisión, estilo sencillo, sensaciones... es lo que Martínez Ruiz ya viene pregonando como “el nuevo arte”.

El periodista alicantino piensa -mediante la perífrasis de la Voluntad schopenhaueriana-, que tanto él como sus coetáneos literarios han llegado a un nivel –en lo creativo y en lo humano- desde el cual su tarea futura será, sustancialmente, repetirse. Martínez Ruiz, por tanto, creía que estaba en la cima de su creatividad, o al menos muy cerca de ahí (ya que, poco después, la alcanzará con *Los pueblos* y *La ruta de Don Quijote*).

Seamos sinceros: ya la decadencia se ha iniciado en los maestros casi viejos. Valle-Inclán no volverá a escribir *Epitalamio*, ni Maeztu sus artículos de *Germinal*, de *El País* y de *Vida Nueva*, ni Bueno sus *Volanderas*, ni Palomero sus *Versos políticos*, ni Acebal su *Huella de almas*, ni Navarro Ledesma sus crónicas de *El Globo*, ni Sawa su *Declaración de un vencido*, ni Emilio Bobadilla *La vejez de un joven*, ni Benavente *La comida de las fieras*, ni Rueda *El gusano de luz*, ni Unamuno su *Nicodemo*, ni Baroja su *Camino de perfección*. Todos han creado ya su forma; lo que ha llamado Schopenhauer la Voluntad, es decir, el alma del mundo, ha encarnado ya de una vez para todas, definitivamente, en una modalidad única, y sería inútil cuanto se haga por sobrepujarla o modificarla esencialmente. (...) No queremos comparar nuestros escritores jóvenes con los artistas universales; pero los fenómenos del espíritu y de la Naturaleza se producen en lo pequeño del mismo modo que en lo grande. No se repetirán el Partenón, *La Divina Comedia* o *Las meninas* –formas definitivas e insuperables-; pero no se dará otra vez, en el curso de la vida, esta página que tú, escritor modesto que avanzas hacia la senectud, has escrito con el brío y la ingenuidad de la primera y fresca visión de las cosas y de la vida. Y será inútil forcejear y luchar: todos los libros posteriores, todas las páginas, todas las crónicas, serán este mismo arquetipo creado, con una u otra variante, con uno u otro aspecto, pero al fin el mismo, el único, aquel en el cual la sustancia universal se ha exteriorizado a través de nosotros, artistas...

El 3 de enero de 1904 redacta Martínez Ruiz “Arte y utilidad” con el que se postula en contra del arte utilitario, del “volteo de las palabras sonoras”, ya que el

²⁵⁶ Lozano Marco, Miguel Ángel (2001), “‘El trabajo oscuro de lo subconsciente’: *Superrealismo* y experiencia en Azorín”, *Azorín y el surrealismo*, V Coloquios de Pau, Fédérop, Universidad de Pau, Pau, pág. 180.

arte tiene en sí su propia naturaleza, “que es la belleza”. De este modo, el periodista alicantino reclama realidad y contribución para la España que está en construcción tras el desastre del 98:

Y por eso yo les digo a mis amigos los poetas y los cuentistas del arte puro: “Poetas, cuentistas, amigos míos; poned en vuestras obras un poco del espíritu que nos anima a todos y expresad las ansias que todos expresamos. Contribuid con vuestro arte a la creación de una patria nueva. Vosotros amáis a España; os extasían sus paisajes; sentís conmoverse vuestro espíritu en las viejas ciudades históricas; habéis estudiado sus tradiciones; os compenetráis de la psicología de nuestro pueblo, que vosotros sabéis llevar a vuestras novelas y a vuestros versos: ¿cómo os vais a negar a lo que nosotros, en nombre de esta España, os pedimos?”.

Este es un texto fundamental para el profesor Lozano²⁵⁷ ya que:

(...) constituye un texto de capital importancia para conocer la postura del escritor ante el pleito que se debatía entre los defensores del arte por el arte y los defensores del arte por la utilidad. Martínez Ruiz expone primeramente que el arte puro tiene su finalidad propia, que es la belleza; y que esta belleza es “útil” a la sociedad. (...) La conclusión del escritor es clara en su defensa del arte puro, y resulta sorprendente que, al haber sido leída con prejuicios, no haya sido entendida de manera adecuada ni estimada en su valor.

“Taine”, sin firma, es un homenaje de Martínez Ruiz a una de sus grandes referencias; y “Somos iconoclastas”, del mismo número, revela en este sentido el espíritu libre con el que el periodista alicantino ha entrado en esta nueva fase. El espíritu independiente con el que da fresca rediviva a los clásicos. De hecho, buena parte de las claves de la literatura y periodismo del nuevo Martínez Ruiz, el “pequeño filósofo”, cabe buscarlas en esta publicación de *Alma española* en la que prevalece, por supuesto, la sensibilidad. “Lo absoluto no existe; nuevos gustos, una sensibilidad más afinada, una orientación estética desconocida, la misma labor implacable de los siglos, pueden dejar insensibles a futuras generaciones ante obras que nosotros gustamos con deleite”.

También recalca nuevamente la importancia de los escritores que están por venir y que requieren un hueco en el panorama literario (y cita una vez más a Ortega y Munilla, con el claro deseo del alicantino por seguir colaborando en *El Imparcial*).

Nosotros conocemos muy bien las obras de nuestros antecesores —porque en ellas hemos aprendido a amar nuestro arte—; pero, ¿cuántos son los viejos que han entrado en una librería a comprar un libro nuestro? No conocen ni nuestras obras ni aun nuestros nombres. La Academia Española, asamblea de viejos, que dispone de cuantiosos

²⁵⁷ Lozano Marco, Miguel Ángel (1998), ed. cit., pág. 124.

medios económicos, ¿cuántas ediciones ha hecho de obras de principiantes? ¿Qué alientos y confortaciones hemos recibido de ella? Digámoslo con franqueza: sólo a un maestro, Ortega Munilla, le debe estar agradecida la juventud presente, porque él ha sido el que ha sacado de la oscuridad nuestros nombres. Los demás son para nosotros indiferentes u hostiles; no existen relaciones entre ellos y nosotros; apenas si les conocemos de vista; si les mandamos nuestros libros, no se dignan ni siquiera darnos las gracias; disponen de los grandes periódicos y de los teatros, y los encontramos siempre atentos a cerrarnos el paso; no se comunican con nosotros jamás; no intentan conocernos personalmente; no muestran ni la más leve preocupación por nuestras cosas... ¿Cómo no encontrar natural que en tales condiciones, a este desvío se conteste con el ataque brutal y despiadado? Lo realmente extraño y lamentable, es que los ataques contra los viejos no sean más frecuentes y más enormes, porque eso indicaría en la juventud una vida y una pujanza que España necesita, indefectiblemente, para su renacimiento futuro.

El 10 de enero de 1904 sabemos por carta²⁵⁸ que el periodista alicantino ejercía las tareas de director literario en *Alma española* debido a la petición de colaboración a Rubén Darío. De hecho, en contestación a su solicitud, Darío publica en *Alma Española*, “Cantos de vida y esperanza”.

En “Santos Álvarez”, del 17 de enero, Martínez Ruiz rescata la figura de este escritor “acaso la figura más original y más intensa de la generación romántica” donde “la vida, como en estas páginas, es contradictoria, paradójica, cínica e ingenua, cruel y piadosa”. Y con “Todos frailes”, Martínez Ruiz critica la religión cristiana (dentro de su natural evolución), pero nada que ver con su época más radical. Algunos investigadores como José Manuel Vidal Ortuño han relacionado este artículo de Martínez Ruiz con el personaje de Antonio Azorín en el epílogo de *La voluntad*²⁵⁹.

Así, la religión es un peso dentro de nosotros mismos. Algo que nos priva de nuestra libertad, que nos somete a nuestras decisiones, que aplaca nuestro comportamiento. “Lo primero que debemos hacer los españoles es expulsar el fraile que llevamos dentro de nosotros”, anota.

Y yo os digo, amantes sinceros de la libertad, que vuestros embates contra un régimen, es decir, contra el efecto, serán ineficaces, si no modificáis antes el medio, es decir, la causa. ¿Decís que todos llevamos dentro de nosotros un frailes? Llevamos la tristeza, la resignación, la inercia, la muerte del espíritu que no puede retornar a la vida...

²⁵⁸ Álvarez, Dictino (1963), *Cartas de Rubén Darío*, Taurus, Madrid.

²⁵⁹ Vidal Ortuño, José Manuel (2001), “Un hito en la cuentística azoriniana: Blanco en azul”, *Azorín y el surrealismo*, V Actas del Congreso de Pau, Fédérop, Pau, pág. 191.

Respecto al artículo “Todos frailes”, según el profesor José María Valverde, Martínez Ruiz “deja de ser anticlerical, pero no para atacar directamente al ‘régimen’”. En otras palabras: “políticamente, J. Martínez Ruiz ya se está volviendo conservador a plazo inmediato: y en efecto, no tardará en serlo formalmente, adscrito a don Antonio Maura”.

En realidad, solo en su posición y pensamiento político había presentado una novedad el periodista alicantino cuando ya en *El Pueblo Vasco* fija las nuevas bases de su ideología conservadora con la abierta crítica a los republicanos. En lo religioso, contra la iglesia católica, en cambio, ya había llevado a cabo (sobre todo desde *Madrid Cómico*) este leve cambio al pasar de un ataque frontal a un ataque más tenue y suave. Es lo que hemos llamado antes “su evolución natural”.

Tras el obituario a González Serrano (17 de enero), Martínez Ruiz ensalza la literatura de la naturaleza de Mauricio Rollinat (24 de enero): “En sus libros encontraréis esa visión exacta, sugestiva, de la Naturaleza, que años después, tal vez con más simplicidad, ha sabido hallar otro gran poeta, también habitante de un pueblecillo: Francis Jammes Rollinat”. Y, de igual modo que ya realizara en periódicos como *La Campaña* en sus inicios, se encarga Martínez Ruiz de dar a conocer la salida del diario *España* de Troyano en “El nuevo periódico *España*”, destacando su sinceridad al lector y su carácter independiente.

Don Manuel Troyano está sentado ante su mesa de trabajo: al lado hay una lámpara verde –una de estas lámparas cariñosas que nos acompañan en las terribles gestaciones- y enfrente tiene un rimero de cuartillas. Don Manuel es un hombre alto, sólido, con una barbilla fuerte y aguada que recuerda las de los personajes del Greco. Aquí, en la redacción, va cubriendo sosegadamente los blancos papeles con su prosa tranquila y decisiva. El despacho es pequeño: las llamas bailan en una diminuta chimenea; una puerta, en el fondo, comunica con otras dos estancias reducidas. (...) Nosotros lo diremos: será un periódico discreto, modesto, familiar, como esta redacción tan chiquita y tan limpia. Y esta familiaridad, es decir, este sentido práctico y prosaico de la vida, será una cosa insólita en España.

La noticia no está firmada por el periodista alicantino, pero todo apunta a su redacción cuando está a punto de dar el salto en la redacción de Troyano (eso y, cómo no, su inconfundible estilo). Esta misma sospecha de atribución la realizaron O’Riordan y Seone y Sáiz (en *Historia del periodismo de España*) y José Ferrándiz Lozano (*Azorín, testigo parlamentario. Periodismo y política en 1902-1923*).

En “Los Libros. Dos palabras”, responde Martínez Ruiz a las críticas y cartas ofensivas hacia su persona con una interesante reflexión en torno al periodismo:

Nosotros no podemos hacernos ilusiones sobre unas y otras cosas: el periodismo sabemos que no podrá nunca ser literatura (porque es improvisación e irreflexión, y el arte es detenimiento e intensidad

mental); ventajas políticas, está muy lejos de nuestro ánimo el conseguirlas, ya que sentimos un profundo desdén por el mundo político, todo mentira, todo iniquidad; y en cuanto a la popularidad que estos trabajos de la Prensa pueden traernos, si esta popularidad viene al cabo, será bien a pesar nuestro, bien irónicamente, puesto que nuestras opiniones, nuestros juicios, nuestras ideas, nos esforzamos a cada momento en que vayan contra las rutinas, contra los prejuicios, contra las estupideces de la masa, que es la que da y quita, inconscientemente, las popularidades.

La última parte se la dedica a *Arias tristes*, de Juan Ramón Jiménez, con quien estaba en contacto desde *Helios*, donde Azorín escribe que “la metafísica y la poesía son hermanas”. Una afirmación que, como destaca Miguel Ángel Lozano²⁶⁰, resulta reveladora sobre la vinculación de la realidad estética a la indagación en las cosas, el mundo sensible. Finalmente el alicantino alude en el artículo a la obra *Historia de la filosofía en el siglo XIX*, de Alberto Gómez Izquierdo.

El 31 de enero de 1904, con “Baudelaire”, concluye la etapa de Martínez Ruiz en *Alma española*, cuando ya tiene el periodista alicantino muy claro que quiere ejercer el oficio desde el diario *España*. De este modo, Martínez Ruiz recuerda la importancia de Baudelaire en su producción intelectual, *Las flores del mal*, *los Pequeños poemas en prosa*²⁶¹ en su constitución de “poeta-filósofo”, y acaba con una interesante mención al mal del periodista (las quejas sobre la profesión son constantes en su producción):

Este clown somos nosotros, los periodistas toda la vida hemos estado entreteniéndolo con nuestra pluma al público; cuando somos jóvenes acaso entra el público en nuestra barraca, es decir, en nuestros artículos; pero cuando hemos llegado a la vejez, cuando nos sentimos rendidos, nadie lee ni toma nuestros trabajos, y nosotros acabamos por callar tristemente.

Finalmente, “La Fontaine”, sin firma, tampoco anotado por Fox, es un artículo de Martínez Ruiz sobre este autor francés que, en el escrito, extiende el alicantino a su amplio conocimiento sobre la literatura de Francia con Moliere, Chamfort o Montaigne, entre otros.

Los cómicos

El 25 de febrero de 1904, a muy poco de publicar *Las confesiones de un pequeño filósofo*, José Martínez Ruiz publica en la revista madrileña *Los cómicos*²⁶²

²⁶⁰ Lozano Marco, Miguel Ángel (1998), ed. cit., pág. 207.

²⁶¹ Krause, Anna (1955), *Azorín, el pequeño filósofo*, Espasa-Calpe, Madrid, pág. 158.

²⁶² Capdevielle, Ernesto (1995), “Ortiz (1904), una breve obra dramática de Azorín”, *Azorín 1904-1924*, III Coloquio de Pau, Universidad de Pau, Pau.

la breve pieza teatral *Ortiz*, que no supone una verdadera novedad pues se limita a reproducir el capítulo IX de *Soledades* (1898), sin más variantes que el cambio de algunas mayúsculas.

En “Ortiz” aparecen numerosos rasgos biográficos del autor como la obsesión por la realidad; los libros; el descubrimiento de autores extranjeros; alusiones a los clásicos como *La Celestina* o Miguel de Cervantes; estilo lacónico; sensaciones; la descripción de paisajes; o la amplia documentación para esta obra teatral igual que hizo con *La fuerza del amor*.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

24. Biografía y dimensión literaria: *Las confesiones de un pequeño filósofo* y *La Lectura* (1904)

Las semillas del “pequeño filósofo”, las de *El Pueblo Vasco* y *Alma española*, brotan definitivamente con la publicación de *Las confesiones de un pequeño filósofo*²⁶³ (1904), con el que biografía y dimensión literaria de Martínez Ruiz, el “pequeño filósofo”, se funden en un mismo texto.

En este sentido, es especialmente revelador el artículo “Deber de amistad. Las confesiones de un pequeño filósofo” (22 de abril de 1904, publicado en el diario *España*), en el que a modo de reseña se atribuye la autoría del libro a Antonio Azorín, “mi sucesor en las tareas de cronista de este periódico”, informando además que “se trata de una autobiografía”. Esto viene a confirmar la fusión de la dimensión literaria del periodista alicantino, Azorín, con la de José Martínez Ruiz, puesto que así firmó el libro en 1904.

Estoy obligado a escribir estas líneas: serán muy breves. Antonio Azorín acaba de publicar un libro: se titula como el epígrafe mismo de esta nota. ¿Cómo no he de hablar yo de la nueva obra de Azorín? Él ha sido mi sucesor en las tareas de cronista en este periódico: a él me liga una larga y estrechísima amistad. ¿Cómo no he de hablar yo de la nueva obra de Azorín? Estas páginas que ahora salen, limpia y elegantemente editadas por Fe, yo las he visto escribir letra por letra, tilde por tilde; era en el pasado verano, allá en Levante. (...) Aquí, en esta tierra, ha compuesto Azorín su nuevo libro; yo le he acompañado constantemente; puedo asegurar que, sin mí, él no hubiera tomado la pluma en su mano para urdir estas páginas. (...) Así, llevando esta vida, en la pequeña y clara ciudad levantina, ha escrito mi inseparable amigo *Las confesiones de un pequeño filósofo*; se trata de una autobiografía. ¿Qué asunto puede haber más interesante para un escritor que su misma persona?

Las confesiones de un pequeño filósofo tuvo su primera difusión en la prensa madrileña en 1904. De hecho, recordemos, el “pequeño filósofo” ya se había presentado en *El Pueblo Vasco* (“Las confesiones de un pequeño filósofo. El mal de España”, del 22 de agosto de 1903), aunque no será hasta *Alma española* (“Juventud triunfante. Autobiografías”, del 22 de noviembre de 1903) cuando aparecen, refundidos, hasta cinco capítulos del libro. Son concretamente las piezas “Prólogo y disculpa” (capítulo II, “Escribiré”); “Mi madre” (incorporado a la edición de 1920 como capítulo XLIII); “Mi primera obra literaria” (capítulo XVI, “Mi filosofía de las cosas” -nunca recogido por Azorín, pero sí por el profesor Martínez Cachero a partir de su edición de 1990-); y “La rareza de mi carácter” (capítulo XXXVI, con título “Azorín es un hombre raro”).

²⁶³ Azorín (1904), *Las confesiones de un pequeño filósofo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

En “Prólogo y disculpa” (capítulo II en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, con el título “Escribiré”), Martínez Ruiz justifica la redacción de esta “autobiografía”, advirtiendo que no se dedicará a relatarla “punto por punto, tilde por tilde” sino con “algunas notas vivaces e inconexas –como lo es la realidad-“. Además, el periodista alicantino se excusa ante el lector por sus primeros libros, en unos pasos iniciales en “tales redacciones o mis andanzas primitivas a caza de editores”, separando su producción literaria y periodística anterior, radical y extremista en determinados puntos, ante la que arranca ahora como “pequeño filósofo”.

En “Mi madre” (capítulo XLIII a partir de la edición de 1920, y con el mismo título en el libro) realiza una breve semblanza donde evoca el tiempo pasado cuando su madre descubre la mantilla de su boda: “Y yo he sentido que una vaga tristeza –la tristeza de lo pasado- velaba sus hermosos ojos anchos y azules”.

Con “Mi primera obra literaria” (capítulo XVI, con idéntico título en el libro) Martínez Ruiz continúa reflejando “sensaciones que bullen en mi memoria tal como yo las siento, caóticas, indefinidas, como a través de una gasa, allá en la lejanía”, en un escrito en el que confiesa su deseo, sus aspiraciones, de intervenir activamente en la vida política.

Y yo, cuando paso por delante del Congreso, bajo la cabeza tristemente y pienso en esta horrible paradoja de mi vida: en haber comenzado haciendo un discurso a los ocho años, para acabar siendo un pobre hombre que no ha podido lograr un acta de diputado.

Así pues, restan “Mi filosofía de las cosas” (nunca fue incluido por Azorín pero sí por el profesor Martínez Cachero a partir de la edición de 1990) y, finalmente, “La rareza de mi carácter” (incluido en el capítulo XXXVI bajo el título “Azorín es un hombre raro” en *Las confesiones de un pequeño filósofo*). Un pasaje en el que Martínez Ruiz, Azorín, experimenta una “emoción terrible” ante las pequeñas cosas, aunque se trate de los “muebles nuevos, llamativos, puestos simétricamente”. Es el “nuevo arte”, su acercamiento a la realidad, los pueblos, la belleza estética con un estilo sencillo.

Junto a *Alma española*, *Las confesiones de un pequeño filósofo* también tuvo su aparición en *La Lectura*, conocida revista de ciencias y letras de periodicidad mensual, fundada y dirigida por el escritor y periodista Francisco López Acebal –conocido como Francisco Acebal (1866-1933)-. Con distintos espacios dedicados a la cultura en general, que también para la creación literaria, en ella encontraron cobijo autores como Unamuno, Pardo Bazán, Nogales, Benavente, Pío Baroja y José Martínez Ruiz.

Según la colección de *La Lectura* disponible en la BNE, el periodista alicantino se estrenó el 1 de febrero de 1903 con “Viejos de pueblo”, en el que prima la sensibilidad y el estilo azoriniano. Y, a continuación, la revista se hizo eco de varios pasajes de *Las confesiones de un pequeño filósofo* en una estrategia que repite Martínez Ruiz nuevamente para tratar de impulsar y difundir sus obras al máximo.

Estos artículos, capítulos de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, se publican en las ediciones de enero, febrero y marzo de 1904 de *La Lectura*. De este modo, se inserta el prólogo “Origen de este libro”, con el que el periodista alicantino se ve tentado para desempeñar la política profesional (lo que ya avanzó el 22 de noviembre de 1903 en *Alma española*) aunque eso es algo a lo que, de momento, renuncia con cierta ironía y sarcasmo:

Azorín pensaba presentarse en las primeras elecciones de diputados: sus amigos hemos logrado disuadirle de esta idea extraña. “Si has de escribir un programa –le hemos dicho-, preferible es que escribas un libro; podrás decir en forma artística, en el libro, lo que tendrías que exponer en tono dogmático y abstracto en el programa. Además, has de considerar que en el Parlamento se respira una atmósfera artificiosa (...)”.

En este sentido, resulta igualmente esclarecedor cómo al final se produce la completa identificación entre personaje y creador:

“Nosotros no queremos despojarte de una ilusión; pero tendríamos más gusto en leer unas páginas libres salidas de tu mano, que en verte andar estérilmente por los pasillos o voceando como un hombre vulgar en el hemiciclo” (...). Azorín se ha quedado un momento en silencio: meditaba con la cabeza baja: parecía que le costaba renunciar a un ideal querido: nosotros asistíamos emocionados a este terrible y pequeño drama íntimo. Y luego ha roto el silencio y ha dicho: “Está bien; escribiré un libro”. Y este es el libro, lector, que ha escrito Antonio Azorín en lugar de un programa político.

Después agrega el capítulo I (“Yo no sé si escribir”) con el que Martínez Ruiz, rodeado de clásicos, de su biblioteca, en el Collado de Salinas, se dispone a evocar “mi vida; en esta soledad, entre estos volúmenes que tantas cosas me han revelado, en estas noches plácidas, solemnes, del verano, parece que resurge en mí, viva y angustiosa, toda mi vida de niño y de adolescente”.

A partir de ahí, se produce una ruptura numérica con la relación de capítulos de *Las confesiones de un pequeño filósofo* al publicar en *La Lectura* “La escuela” (capítulo II) cuando en el libro es el capítulo III. Esto se explica porque el capítulo II del libro (“Escribiré”) ya vio la luz en *Alma española* el 22 de noviembre de 1903.

De este modo, en “La escuela”, se mezclan los recuerdos amargos del periodista alicantino en el colegio cuando recibía una lección especial por ser el hijo

del alcalde. Momentos que contrastan con “La alegría” (capítulo III en *La Lectura*, capítulo IV en el libro) cuando, al llegar a casa tras las clases, y después de la cena, “se hacía como un oasis en mi vida” entre juegos. Ambos capítulos “La escuela” y “La alegría” son idénticos en texto en las ediciones de *La Lectura* (prensa) y Fernando Fe (libro).

Lo mismo ocurre con “El solitario” (número IV en *La Lectura*; número V en el libro); “Es ya tarde” (número V en *La Lectura*; número VI en el libro); “Camino del colegio” (número VI en *La Lectura*, número VII en el libro); “El colegio” (número VII en *La Lectura*, número VIII en el libro); “La vida en el colegio” (número VIII en *La Lectura*, número IX en el libro); “La Vega” (número IX en *La Lectura*, número X en el libro); “El P. Carlos” (número X en *La Lectura*, número XI en el libro); “La Lección” (número XI en *La Lectura*, número XII en el libro); “La Luna” (número XII en *La Lectura*, número XIII en el libro); “Yecla” (número XIII en *La Lectura*, número XIV en el libro) y “La misteriosa Elo” (número XIV en *La Lectura*, número XV en el libro).

En “El solitario”, Martínez Ruiz mantiene su escepticismo respecto al mundo que solo se vislumbra con algo de luz y claridad ante lo que pueda venir en un futuro esperanzador en las hojas volanderas, el periodismo en el que él mismo cree y trabaja: “Y estas hojas diarias eran como una lucecita, como un débil lazo de amor que aún los hombres que más abominan de los hombres, conservan, y a los cuales les deben el perdurar sobre la tierra”.

Las confesiones de un pequeño filósofo es un libro biográfico y, además, revelador de las obsesiones de Martínez Ruiz como la del paso del tiempo. Así lo señala en “Ya es tarde”:

Yo no lo sé; pero yo os digo que esta idea de que siempre es tarde, es la idea fundamental de mi vida; no sonriáis. Y que si miro hacia atrás, veo que a ella le debo esta ansia inexplicable, este apresuramiento por algo que no conozco, esta febrilidad, este desasosiego, esta preocupación tremenda y abrumadora por el interminable sucederse de las cosas a través de los tiempos.

Este paso por la vida en el periodista alicantino se alimenta con “Camino del colegio” ante la “ciudad horrida”, Yecla, por lo que intentaba escaparse en los largos viajes hasta allá. No fue por ello una educación en la que se sintiera cómodo Martínez Ruiz a juzgar por los recuerdos y notas que componen *Las confesiones de un pequeño filósofo*, que nos dan otras claves como su particular visión, la “secreta curiosidad”, que escribe en “El Colegio”, al describir lugares y paisajes en su literatura. Aquí pues está el origen, el inicio de un estilo propio y original:

Yo siempre he mirado con una secreta curiosidad este patio lleno de misterio; en el centro aparece el brocal de una cisterna, trabajado con

toscas labores blanquinegras, roto; grandes plantas silvestres crecen por todo el piso.

El peso doloroso y angustioso del internado en Martínez Ruiz fluye en estos pasajes de *La Lectura* debido a las visitas diarias a la iglesia de los escolapios (capítulo “La vida en el colegio”), cuando afirma que: “Esta misa diaria, al romper el alba, ha dejado en mí un imborrable sedimento de ansiedad, de preocupación por el misterio, de obsesión del por qué y del fin de las cosas...”.

Por todo ello, tal y como confiesa el periodista alicantino en “La Vega”, su salvación, la bocanada de aire con que respirar ante tal presión, el balón de oxígeno que le daba fuerzas en aquel ambiente que le ahogaba, lo encuentra en el paisaje:

Desde mi pupitre, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, ocho años he estado empapándome de esta verdura fresca y suavísima, y contemplando esta casa misteriosa, siempre cerrada, siempre en silencio, escondida entre el bosque. Y esta visión continua ha sido como una especie de triaca de mis dolores infantiles; y esta visión continua ha puesto en mí el amor a la naturaleza, el amor a los árboles, a los prados mullidos, a las montañas silenciosas, al agua que salta por las aceñas y surte hilo a hilo en los hontanares.

Aparece entonces el Padre Carlos Lasalde, que ya se encuentra en la influencia que ejerce sobre él en *Antonio Azorín*, en un capítulo donde aflora además su verdadera vocación por las letras y el periodismo, como indica en “La lección”.

Y abro precipitadamente un libro terrible que se titula *Tablas de los logaritmos vulgares*. Esto de vulgares me chocaba extraordinariamente (...) ¿Por qué en este libro unas páginas son blancas y las otras azules? Todo esto es verdaderamente absurdo; por cuyo motivo yo abro mi pupitre y saco ocultamente un cuaderno en que he ido pegando recortes de periódicos. Y leo las cosas extraordinarias que pasan en el mundo: ...

Este viaje melancólico, recuerdos que conectan con la más viva nostalgia, las sensaciones que despiertan la escuela o la familia, siguen desvelando aspectos clave de su biografía, como cuando se asomaba de niño a un microscopio y arriba, desde el cielo, recibe una “ráfaga de honda poesía”.

Una noche subí yo también; era una noche de primavera; el ambiente estaba tibio y tranquilo; lucían pálidamente las estrellas; se destacaba, redonda y silenciosa, en el cielo claro la luna. Hacia ella dirigimos el tubo misterioso; yo vi un gran claror suave, con puntos negros, que son los cráteres extintos, con manchas blancas, que son los mares congelados. Y entonces, en esta noche tranquila, sobre el reposo de la huerta y de la ciudad dormida, yo sentí que por primera vez entraba en mi alma una ráfaga de honda poesía y de anhelo inefable.

“Yecla’, ha dicho un novelista, ‘es un pueblo terrible’”, escribe el periodista alicantino en el doble juego que establece en *Las confesiones de un pequeño filósofo* con su dimensión literaria y la de creador, cuando observa en el capítulo “Yecla” las procesiones de Semana Santa que, para Martínez Ruiz, simbolizan un “mudo e impasible renunciamento a las luchas vibrantes de la vida”. Pese a todo, jamás escapa para Martínez Ruiz la esperanza ante posibles cambios, como anota en “La misteriosa Elo”.

Nuevamente, Martínez Ruiz introduce un pequeño cambio en la secuencia de artículos en *La Lectura* (salta el capítulo número XVI de *Las confesiones de un pequeño filósofo* –“Mi primera obra literaria”, que ya se insertó en *Alma española*, 22 de noviembre de 1903-; y también ignora el número XVII; “Mis aficiones bibliográficas”, probablemente porque aún no estuviera listo, o bien fuera preparado semanas después para la próxima salida del libro).

De este modo, el periodista alicantino introduce “El P. Peña” (el XV en *La Lectura*, el XVIII en el libro), con el que recrea las lecciones de traducción de francés y las atentas lecturas de su profesor al periódico *El Siglo Futuro* (siempre el periodismo en la mente del alicantino); caso similar que se repite con el padre Joaquín cuando leía *El Imparcial*, el diario por el que suspira Martínez Ruiz en su carrera periodística, y que puede considerarse en este caso como un guiño a Ortega Munilla: “Es el primer periódico que yo he visto; yo le profesaba por esto una profunda veneración a este escolapio. ¿Cómo es –me preguntaba- que el padre Joaquín lee un periódico liberal? Y entonces, desde lo más íntimo de mi ser, no me cansaba de admirar este rasgo de audacia”.

Todo en la vida tiene un misterio. Toda en la vida se compone de un pequeño enigma con el que suscitar nuevas preguntas. *Las confesiones de un pequeño filósofo* es la obra de un niño y adulto curioso, sensible, que jamás olvida aquellas personas que le han marcado para siempre (como el padre Miranda, XVI en *La Lectura*, XIX del libro), en sus clases de Historia.

Las confesiones de un pequeño filósofo es un librito de apenas 100 páginas que encierra las emociones de un escritor y periodista que apuesta por el “nuevo arte”, donde prima la naturaleza y los pequeños detalles que “es como lo grande”. Así otras veces aflora el erotismo (“Cánovas no traía chaleco”, capítulo XVIII de *La Lectura* y el XXI del libro), con mujeres que vemos y nos hechizan, entre miradas y encuentros que no volverán a repetirse nunca, en las puertas de la felicidad o el infortunio. Los sentimientos, los recuerdos, las semblanzas de la familia se mezclan en esta obra que la crítica elogió considerablemente y que encaminaban a Martínez Ruiz, el “pequeño filósofo”, a lo más alto de la literatura y el periodismo.

En “Los buenos modos”, Martínez Ruiz guarda con especial cariño un libro; y en “Las tenerías”, el periodista alicantino se centra en los antiguos oficios, en un tema propio de su enorme curiosidad (de hecho, dedicará a este mismo asunto distintos artículos en la prensa). Así nos dice:

Cerca del colegio, a un lado, estaba situada una tenería... ¿No os inspiran un secreto interés estas viejas tenerías españolas, estas tenerías de Ocaña, estas tenerías de Valencia, estas tenerías de Salamanca que están al lado del río, no lejos de la casilla ruinosa en que vive la Celestina? Yo siempre he mirado con una viva emoción estos oficios de los pueblos: los curtidores, los tundidores, los correcheros, los fragüeros, los aperadores, los tejedores que en los viejos telares arcan la lana y hacen andar las premideras.

A Martínez Ruiz le conmueven ciertos momentos de su vida como en “La sequía” (capítulo XXII de *La Lectura*, y XXV del libro) cuyo pasaje final nos recuerda muchos de sus artículos en los que denuncia la situación de desamparo y desprotección de los labriegos ante difíciles circunstancias. De este modo, el periodista alicantino nos sigue dando pistas del origen de muchos de los temas a los que dedica su periodismo, y cuyas claves cabe buscarlas en su infancia, en los recuerdos que le marcaron en su niñez.

No veo más; pero ahora puedo reconstruir el ambiente de esos días de sequía asoladora, con las mieses y los herrenes que se agostan, con los frutares que se secan, con los árboles que abaten sus hojas encogidas, con los caminos polvorientos, con las viejas enlutadas que suspiran y miran al cielo abriendo los brazos, con una sorda ira que envenena a los labriegos acurrucados en sus sillas de esparto, en los zaguanes semioscuros, y que estalla de cuando en cuando en golpes y gritos que hacen llorar a los niños.

Este es un libro a todas luces revelador de la personalidad literaria de Martínez Ruiz. Lo hace con su periodismo, con sus influencias, con los temas que le preocupan e incluso sobre las ciudades con las que sueña y a las que desearía ir. Y Madrid, ya de muy pequeño, era la ciudad con la que fantaseaba, lo que explica siempre su deseo por trabajar y darse a conocer en la capital desde sus inicios.

Yo creo que mi tío Antonio había estado en Madrid; no sé cuándo; no sé con qué motivos, no sé cuánto tiempo. Él, cuando estábamos en la sala, y me tenía sobre sus rodillas, siendo yo muy niño, me contaba casas estupendas que había visto en la corte. Yo soñaba con mi fantasía de muchacho. En una rinconera había un loro disecado, inmóvil sobre su alcándara; en las paredes se veían cuadros con perritos bordados en cañamazo; sobre la mesa había cajas pequeñas cubiertas de conchas y caracoles. Y cuando mi tío callaba para oír el piano que tocaba la sinfonía del *Barbero de Sevilla*, yo veía a lo lejos la maravillosa ciudad, es decir, Madrid, con teatros, con jardines, con muchos coches que corrían haciendo un ruido enorme.

Las publicaciones de febrero de 1904 finalizan en *La Lectura* con “Mi tía Bárbara”, con el que sigue describiendo las viejecitas de los pueblos, que van a ser una constante en su inspiración como articulista en los periódicos.

Sí; era una pequeña vieja silenciosa, encorvadita; vivía en una casa diminuta, la tarde que no había función de iglesia, o bien después de la función, si la había, (y claro está que en Yecla la hay todos los días, perdurablemente), recorría las casas de los parientes, pasito a paso, enterándose de todas las calamidades, sentándose, muy arrebujada, en un cabo del sofá, suspirando con las manos juntas: ¡Ay, Señor!

Azorín es un personaje más en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, relacionando y aunando todo su mundo en las páginas del libro. Así, aparece Baroja (“el gran admirador del Greco”) cuando nos explica los libros y la carrera literaria de su bisabuelo en “El abuelo Azorín” (XXV de *La Lectura*, marzo de 1903, XXVIII del libro). Así pues, continúa la relación e inserción de artículos y capítulos, con “Mi tío Antonio”; “Los despertadores” (el canto de los labriegos que forman la Cofradía del Rosario); “El monstruo y la vieja” (en el que un pajarito simboliza “el viejo reloj, que repite sus horas, este pequeño monstruo, que es como el símbolo de lo inexorable y de lo eterno”); “Mi tía Águeda” (una de esas almas que Montaigne ha llamado “universales, abiertas y prestas a todo”); Santa Teresa y los clásicos, en un fragmento de enorme sensibilidad ante la enfermedad de su tío Antonio (la enfermedad y la muerte, temas siempre presentes en Azorín); y “La ironía”, donde el alicantino nos confiesa su pasión por los viajes (puesto que son muchos los que realizará en su vida periodística).

Vamos a partir; la diligencia está presta. ¿A dónde vamos? No lo sé; este es el mayor encanto de los viajes... Yo no he podido ver una diligencia a punto de partida sin sentir vivos deseos de montar en ella; no he podido ver un barco enfilando la boca del puerto sin experimentar el ansia de hallarme en él, colocado en la proa, frente a la inmensidad desconocida. Vamos a partir. ¿A dónde vamos? No lo sé; este es el mayor encanto de los viajes... Yo tengo vivo entre mis recuerdos de niño el haber visto un barquito, lo que se llama un modelo, metido en un desván, revuelto entre trastos viejos. Luego visité el mar en Alicante, y vi sobre la mancha azul, grandes, enormes, muchos barcos como este pequeñito del desván.

De “¡Menchirón!” (XXXII de *La Lectura*, XXXV del libro) se vuelve a producir un salto (el capítulo XXXVI bajo el título “Azorín es un hombre raro” es el que publicó en *Alma española* con el nombre de “La rareza de mi carácter”) por lo que *La Lectura* continúa con “Los tres cofrecillos” (XXXIII en la revista, XXXVII en el libro), en el que aprisiona tres elementos constantes en su obra: el tiempo, la muerte y las pequeñas cosas en los pueblos españoles.

Si yo tuviera que hacer el resumen de mis sensaciones de niño en estos pueblos opacos y sórdidos, no me vería muy apretado. Escribiría sencillamente los siguientes corolarios: “¡Es ya tarde!”, “¡Qué le vamos a hacer!”, y “¡Ahora se tenía que morir!”. Tal vez estas tres sentencias le parezcan extrañas al lector; no lo son de ningún modo; ellas resumen brevemente la psicología de la raza española; ellas indican la resignación, el dolor, la sumisión, la inercia ante los hechos, la idea abrumadora de la muerte. Yo no quiero hacer vagas filosofías; me repugnan las teorías y las leyes generales, porque sé que..., circunstancias desconocidas para mí, pueden cambiar la faz de las cosas, o que un ingenio más profundo que el mío puede deducir de los pequeños hechos que yo ensablo, leyes y corolarios distintos a los que yo deduzco. Yo no quiero hacer filosofías nebulosas: que vea cada cual en los hechos sus propios pensamientos. Pero creo que nuestra melancolía es un producto—como notaba Baltasar Gracián—de la sequedad de nuestras tierras; y que la idea de la muerte es un corolario inmediato, riguroso, de la melancolía. Y esta idea, la de la muerte, es la que domina con imperio avasallador en los pueblos españoles.

“Las viejas ciudades españolas” inspiran a Martínez Ruiz (así lo refleja en el capítulo “Las vidas opacas”), y en “Las ventanas” alude a los sentimientos que nos transmiten el paisaje y la naturaleza. De este modo, el periodista alicantino también refleja los sentimientos que despiertan las mujeres, lo femenino, como una belleza más del paisaje:

¿No habéis encontrado nunca en vuestra vida una mujer que os ha hechizado durante un momento y que luego ha desaparecido? Estas mujeres son como estrellas que pasan rápidas en las noches sosegadas del estío. Habréis encontrado una vez, en un balneario, en una estación, en una tienda, en un tranvía, una de esas mujeres cuya vista es como una revelación, como una floración repentina y potente que surge desde el fondo de vuestra alma. Tal vez esta mujer no es hermosa; las que dejan más honda huella en nuestro espíritu no son las que nos deslumbran desde el primer momento...

“Las puertas” es, por su parte, un canto al “alma de las cosas”. De hecho, así se lo pregunta Azorín: “¿Tienen alma las cosas? ¿Tienen alma los viejos muebles, los muros, los jardines, las ventanas, las puertas?”. Puertas de fortuna o infortunio en el misterio de la vida. “(...) Hay un instante en nuestra vida, un instante único, supremo, en que detrás de una puerta que vamos a abrir está nuestra felicidad o nuestro infortunio...”, reflexiona el alicantino.

Concluye *La Lectura* con un nuevo cambio cuando Martínez Ruiz incluye “Mi primer amor” que se titulará en *Las confesiones de un pequeño filósofo* como “María Rosario”; y, por otro lado, el epílogo (sin título) cuya única diferencia con el libro es la inclusión de una cita de Garcilaso en el encabezamiento, la conocida “No me podrán quitar el doloroso sentir...” de la *Égloga I*. Un texto donde el “pequeño filósofo”, apoyado sobre su “paraguas rojo” (símbolo de su actitud crítica),

permanece reflexivo ante el tiempo y los aconteceres, porque todo cambia y nada permanece.

En resumidas cuentas, *La Lectura* se hizo eco de 38 capítulos (cuando la primera edición de *Las confesiones de un pequeño filósofo* se compone de 42). Todos los textos de *La Lectura* aparecen sin modificaciones en el libro (con la única excepción del cambio del título de “Mi primer amor” -número XXXVIII en *La Lectura*- con el de “María Rosario” -número XLII en el libro-).

Las confesiones de un pequeño filósofo solo cuenta con tres capítulos que no se difunden en *La Lectura* (ya que Azorín los había publicado previamente en *Alma española*), que son: “Escribiré”, del capítulo II (“Prólogo y disculpa” en *Alma española*), “Mi primera obra literaria”, del capítulo XVI (mismo título en *Alma española*); y “La rareza de mi carácter” (capítulo XXXVI, con título “Azorín es un hombre raro”).

Respecto a sus ediciones, *Las confesiones de un pequeño filósofo* es uno de los libros de Martínez Ruiz que más modificaciones ha sufrido. En su primera edición (1904), figuraba el prólogo “Origen de este libro”; la segunda (1909), aparece la dedicatoria a Antonio Maura, y un texto a modo de prólogo titulado “Dónde escribí este libro”, publicado en el periódico de Monóvar *El Pueblo* el 29 de septiembre de 1906 con el título “Una casa de campo”²⁶⁴, y el “Epílogo de los canes”, que vio la luz en el mismo periódico monovero el 3 de julio de 1909 con el título “Coloquio de los canes”; la tercera edición (1916) reproduce la segunda; la cuarta edición (1920) forma parte del plan de las *Obras completas* de la editorial Caro Raggio y es la que el escritor considera la “Edición definitiva”. Añade los tres últimos capítulos: el XLIII, “Mi madre”, que ya había aparecido en 1903 en *Alma española*, y los dos capítulos siguientes, que hacen referencia a la muerte de sus padres, y que ahora se publican por primera vez. Se suprime el “Epílogo de los canes” de la segunda y tercera edición.

²⁶⁴ Manso, Christian (1985), “Azorín, artículos monoveros olvidados (1906-1907)”, *Anales Azorinianos 2*, CAM, Monóvar.

25. Nace Azorín en el periodismo de Martínez Ruiz. *España y Los pueblos* (1904-1905)

Aunque algunos expertos señalan que la inclinación de Azorín hacia el maurismo y los conservadores se produce en el diario *España* (desde 1904), o incluso desde su ingreso en *ABC* (desde 1905), cabe recordar que esta ruptura con su pensamiento político se fragua en *El Pueblo Vasco*, y concretamente tras la publicación de “Una fricción” (19 de agosto de 1903), con el que justifica su ruptura con *El Globo* (de ideas republicanas) por razones obviamente ideológicas. De hecho, precisamente este viraje político tuvo consecuencias en la prensa puesto que “el pequeño filósofo”, que así se presentó también por primera vez en *El Pueblo Vasco* (22 de agosto de 1903, “Las confesiones de un pequeño filósofo. El mal de España”), tuvo que defenderse por estos cambios de posición ideológica.

“¿Qué puede pensar a derechas un hombre que pasea por Madrid con paraguas de seda rojo?”, escribía José Martínez Ruiz el 14 de noviembre de 1903 (“Fantasías y devaneos del pequeño filósofo en Madrid”), en *El Pueblo Vasco*, cuando se adhiere y da el salto a *Alma española*, publicación que encajaba a la perfección en su nueva etapa periodística y en el renovador pensamiento político del alicantino (principalmente porque *Alma española* se aleja absolutamente de los periódicos y revistas políticas militantes en su carácter eminentemente literario).

De hecho, buena parte de los artículos en *Alma española* de Martínez Ruiz van enfocados precisamente por estos derroteros literarios (bien sobre la crítica de libros, bien sobre el arte literario en general). De este modo, el periodista alicantino está asentando su estilo, su nueva marca y dimensión literaria de “pequeño filósofo”, con distintos argumentos que son especialmente clarividentes en “Pío Baroja y su última novela” (27 de diciembre de 1903).

En cualquier caso, su compromiso intelectual con España sigue vigente, y Martínez Ruiz trabaja en este sentido algunas piezas en *Alma española* como “Crímenes españoles. –El de Don Benito.-Ambiente y personajes”, del 22 de noviembre; y “La Nochebuena pasada”, del 27 de diciembre. Lo que explica, por otro lado, la necesidad de Martínez Ruiz por abrirse a otros proyectos periodísticos que pudieran acoger su estilo y ambición, la nueva juventud a la que llamaba constantemente. Peticiones que van dirigidas igualmente desde sus escritos en *Alma española* a influyentes personalidades de su tiempo como a Ortega Munilla, de *El Imparcial*, y a Manuel Troyano, con “El nuevo periódico *España*” (24 de enero de 1904).

Por todas estas circunstancias, y a falta de una oferta sólida y definitiva que cumpliera la satisfacción de Azorín por ingresar en *El Imparcial, España* sin duda representaba el proyecto más interesante para el alicantino. Principalmente porque *España* simbolizaba el salto que, por un lado, satisfacía las aspiraciones profesionales de Martínez Ruiz y, por otro, le daba la oportunidad de trabajar en un medio acorde a sus ideales políticos, del lado de los conservadores, en el nuevo viraje del “pequeño filósofo” que muy pronto se transformará definitivamente en Azorín (“Impresiones parlamentarias”, del 28 de enero de 1904).

Y todo ello, además, bajo el respaldo y apoyo de un periodista de prestigio, Manuel Troyano, al que Martínez Ruiz ya seguía. Es más, prueba de esta admiración mutua son las colaboraciones en *Nuevo Mundo* (junio y julio de 1897), donde Troyano y Martínez Ruiz coinciden por primera vez, aunque también lo hicieron en *El Imparcial* (Manuel Troyano trabaja para Ortega y Munilla cuando el alicantino colabora en el suplemento literario de “Los Lunes”, en junio y octubre de 1900) y, finalmente, cabe recordar que en el artículo “Un domingo”, de *El Globo*, Martínez Ruiz cita a Troyano cuando se encuentra con él en el Ateneo de Madrid.

Por todos estos aspectos, *España* figura como un punto clave, importantísimo, en la trayectoria periodística de Martínez Ruiz, principalmente por la confianza que se deposita en él a juzgar por el prolongado número de publicaciones y, por supuesto, el dinero y la independencia que ello le concedía: “El primer sueldo seguro y de suficiente, lo gané en el diario *España*”, afirmó el alicantino²⁶⁵.

España fue un diario que nació para servir a la política de Maura, según García Venero²⁶⁶ en una teoría que refrenda igualmente Gómez Aparicio²⁶⁷: “(...) con el propósito de proporcionarle (a Maura) un periódico de más directa adscripción personal que *La España*”. De hecho, tal y como señala José Ferrándiz Lozano²⁶⁸, “la correspondencia de Maura con su amigo vasco Ramón Bergé demuestra cómo se pensó en el proyecto y en la persona de Manuel Troyano, quien abandonó *El Imparcial* en mayo de 1903 para dirigir *España*”.

Más clara en la intencionalidad es una carta, también de Maura, del 31 de octubre, en la que le hacía saber al vasco, a fin de pedirle que

²⁶⁵ Azorín (1959), *Postdata*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 89.

²⁶⁶ García Venero, Maximiliano (1961), *Torcuato Luca de Tena y Álvarez Ossorio. Una vida al servicio de España*, Prensa Española, Madrid, pág. 127.

²⁶⁷ Gómez Aparicio, Pedro (1974), *Historia del periodismo español. De las guerras coloniales a la dictadura*, Editora Nacional, III, Madrid, pág. 189.

²⁶⁸ Ferrándiz Lozano, José (2009), *Azorín, testigo parlamentario: Periodismo y política de 1902 a 1923*, Congreso de los Diputados, Madrid, pág. 99.

buscara accionistas en Bilbao, que Troyano parecía identificado con su manera de ver las cosas, “aunque ha de ser él, independiente, quien dé el tono a su periódico”²⁶⁹. La intervención de Bergé debió ser fructífera, a juzgar por los inversores de la Liga Vizcaína que adquirieron acciones. Junto a ellos se sumaron al accionariado, desde Madrid, el marqués de Aldana y López Dóriga, así como Güell en Barcelona e incluso personajes que nada tenían que ver con Maura, que no invirtió.

El diario de Troyano encajaba a la perfección en el nuevo pensamiento ideológico de Martínez Ruiz que va camino de darse a conocer definitivamente como Azorín en *España*. Era el proyecto idóneo tanto por la oportunidad periodística, como por las aspiraciones que se abrían entonces para el alicantino en ese momento. No era todo, pues, fruto del “sarampión maurista” que dijo Baroja²⁷⁰, en el compromiso cultural e intelectual que llenaba también a Azorín.

Precisamente este compromiso y estas aspiraciones de José Martínez Ruiz están presentes en “El divorcio” (del 23 de enero de 1904), con el que se estrena Martínez Ruiz en *España* y en el que justifica su soltería y se declara enemigo del matrimonio (casarse supondría su pérdida de independencia). Era pues este artículo una confesión absoluta del alicantino respecto a su posición y compromiso ante los lectores, que era por otro lado lo que también estaba demandando a la juventud literaria de su tiempo. Compromiso y entrega en las tareas periodísticas y literarias que podían verse interrumpidas por el matrimonio.

En cualquier caso, “El divorcio” está redactado por José Martínez Ruiz, que no Azorín, en respuesta a la encuesta emprendida por “Colombine”, Carmen de Burgos, en *El Diario Universal*. Además, cabe destacar las notas autobiográficas del mismo:

Y al llegar aquí, otra vez dejo la pluma sobre la mesa y apoyo la cabeza entre las manos, pensativo. Estas dos mujeres han sido mis mujeres; mis destinos se han unido a sus destinos. Ahora estoy libre, en mi cuarto de soltero, ante mi mesa, con mis cuartillas, mis plumas y mis libros, feliz bajo mi capa y mi sombrero de bohemio, escribiendo lo que yo quiero, saltando de uno en otro periódico, sin que me contenga “el pan de los hijos”, ni me fuere el pago del alquiler a tales o cuales humillaciones, sin hacer nada cuando me place no hacer nada: (...) He aquí, señora, cómo y me he divorciado sin divorciarme.

Como ocurre con “Todos frailes” (17 de enero de 1904, en *Alma española*), donde la crítica religiosa es mucho más liviana, desprovista de cualquier radicalidad de su pasada juventud anarquista, este proceso de cambio permanece en Martínez

²⁶⁹ González Hernández, María José (1997), *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Biblioteca Nueva, Madrid, págs. 64-65.

²⁷⁰ Baroja, Pío (1913), “La juventud y Azorín”, *España*, 24 de noviembre de 1913.

Ruiz con su estreno en *España* y “El divorcio”, con el que sus ataques a la condición del casamiento y matrimonio amenguan ante las de tiempo anterior en su militancia política. Sobre todo desde el visceral “Una mujer (Fantasía)”, del 5 de diciembre de 1896 en *El País*, que se vio reproducido en distintas cabeceras españolas, y que sigue a otras alusiones al matrimonio y a la mujer también muy agresivas como en “Bocetos independientes. La limosna” (25 de octubre de 1896 en *El Pueblo*, de Valencia); “Envidia. Boceto” (7 de enero de 1897 en *El País*); “Crónica” (23 de enero de 1897 en *El País*); “Crónica” (14 de febrero de 1897 en *El País*); “Noche de boda” (13 de febrero de 1898 en *La Federación*, de Alicante); “El mejor libro” (14 de noviembre de 1902 en *Don Quijote*)

En este sentido, aunque el pensamiento político de Martínez Ruiz se había transmutado en su presentación de “pequeño filósofo” en *El Pueblo Vasco*, eso no trastrocaba su compromiso intelectual con España, y en el que tenía cabida igualmente su crítica y análisis de los acontecimientos políticos. De este modo, en el segundo artículo con que se inicia el alicantino en *España*, “Políticos y labriegos” (24 de enero de 1904, que también se reprodujo en *El Diluvio*, de Barcelona, el 29 de enero de 1904), reprueba a los gobernantes por los gastos enormes en la compra de barcos de guerra (lo que también tiene una lectura este artículo de alegato pacifista, y que el alicantino cultiva en distintos escritos de su trayectoria).

Los pueblos no son grandes por sus ejércitos y por sus barcos. Lo son por su riqueza. Y no pondréis un átomo de bienestar en la casa del labrador ni en la zahurda del obrero por más barcos que construyáis y por más ejércitos que organicéis (...) España no quiere escuadra. Lo decimos nosotros, que tenemos a la continua ante los ojos el espectáculo de los campos y de los talleres. Cuando los políticos hacen sus incursiones por las provincias, la misma atmósfera que respiran en Madrid les sigue y les aísla. No se empapan de la vida callada y angustiosa de los pueblos.

Resulta interesante comprobar el paralelismo de este artículo con el que firma el 2 de abril de 1898 en “Gaceta de Madrid”, de *Madrid Cómico*, cuando escribe: “Las naciones no son grandes por sus victorias o por sus derrotas; son grandes por su trabajo, por su industria, por su comercio, por sus artes”, y ahora modifica levemente este sentido cuando inserta la importancia de los pueblos. “Los pueblos no son grandes por sus ejércitos y por sus barcos. Lo son por su riqueza”, señala.

Efectivamente, ya entonces, y sobre todo en la relación de artículos de *El Globo*, Martínez Ruiz reclamaba la necesidad de conocer los pueblos para adentrarse en la realidad del país como en “Los labradores” (11 de diciembre de 1902), “La parábola del podador” (24 de diciembre de 1902) o “Pasado y porvenir” (8 de enero de 1903), “Las células” (14 de enero de 1903), “La Tierra” (24 de enero

de 1903) o “Las dos Españas” (27 de enero de 1903). Y, sobre todo, están sus “Notas sobre la España vieja” cuando se embarca en su primer y breve viaje periodístico a Torrijos.

El tercer artículo en *España*, “La decadencia” (26 de enero de 1904), ahonda en la misma preocupación del país en un retrato social, político y cultural que realiza por medio de la lectura de las *Relaciones topográficas* (que ya conocía, puesto que lo cita igualmente el 13 de febrero de 1903 en *El Globo* con “Labradores y políticos”). Así pues, en su compromiso intelectual, y con notas claramente entresacadas de *El alma castellana*, y con alusiones a los pueblos, escribe:

La vida monótona y prosaica de los pueblos se descubre en estas páginas ingenuas: las casas, las comidas, las cosechas, las fuentes con que cuentan los vecinos, los molinos adonde llevan sus granos, o los prados en donde pasturan sus ovejas... Y es una sensación dolorosa, de honda tristeza, de amargo e irremediable desconsuelo, la que se experimenta viajando por estos pueblos de las mesetas después de leer estas páginas, y observando que todas las cosas permanecen en el mismo estado en que estaban cuando estos vecinos mandaban los informes a Felipe II, y viendo que España permanece tan muerta en 1904 como en 1578.

Nace Azorín

El 28 de enero de 1904, el periodista alicantino estrena la serie “Impresiones parlamentarias” y su nueva firma, Azorín. Así, el “pequeño filósofo” que ya iba apareciendo en *El Pueblo Vasco* sale a la luz definitivamente en el diario *España*. Y lo hace con estas crónicas informativas con las que cabe preguntarse si abandonará su perfil más punzante y ácido en la crítica política, tal y como se reveló en *El Globo*, ante su transformación literaria ahora con Azorín.

El periodista alicantino es un espectador de la política, testigo directo de la acción parlamentaria. Un comentarista original que se adentrará en la psicología de los protagonistas políticos; del ambiente; de la expectación; y del espectáculo que le deparaba este conjunto de sensaciones. De este modo, Azorín comienza sus “Impresiones parlamentarias” con un párrafo que será, sin duda, toda una declaración de intenciones:

Son las tres y cuarto de la tarde. El Sr. Romero Robledo se sienta ante la mesa presidencial y grita, sin entusiasmos, cansado: “¡Se abre la sesión!”; luego, apoyando el codo en la tabla y la cabeza en la mano, piensa: “Todo es uno y lo mismo”. El Sr. Romero Robledo coincide con Hegel; hoy es igual que ayer, mañana será lo mismo que hoy. Nada cambia; los hombres son los mismos; pasan las actas, perduran los diputados: iguales los del 53 que los del 69, idénticos los del 72 que los de 1904.

Azorín apenas introduce declaraciones de los representantes e intervinientes políticos. Y se sirve de recursos literarios y numerosos adjetivos descriptivos para aprisionar con la mayor exactitud, como si de una fotografía se tratase, de cuanto se desarrolla en la cámara. Es prueba de su observación, en la que salta a la vista el nuevo enfoque, el nuevo estilo con que encara estas crónicas de “Impresiones parlamentarias” en las que la crítica en algunas ocasiones ha amenguado (sobre todo a la que llevaba a cabo en *El Globo*), sustituyendo esta por la ironía.

De este modo, el periodista alicantino combina la primera persona con el plural, dirigiéndose al lector, y cita a los clásicos para introducir digresiones que inviten a la reflexión. En “Impresiones parlamentarias. Un amable filósofo”, del 30 de enero de 1904, en alusión al republicano Morayta, escribe:

Y yo digo: conservadores, liberales, carlistas, que os sentáis en el Parlamento, ¿por qué obligáis a este anciano a que salga de sus ensueños? La vida –dice Baltasar Gracián- debemos dividirla en tres partes: la primera empléese en leer los bellos libros; la segunda, en “registrar lo bueno del mundo”, es decir, en los viajes, y la tercera, “sea todo para sí; última felicidad: el filosofar”.

Y vosotros, ¿por qué queréis turbar la felicidad de un filósofo sentado en su prosaico escaño rojo?

La polémica con el padre Nozaleda, arzobispo de Manila, que al acabar el dominio español en Filipinas se pretendía darle otro obispado en España (pese a su defensa de los indios en pleno conflicto colonial), suscita un vivo debate con el que Azorín vuelca algunas consideraciones al respecto (“Impresiones parlamentarias”, del 31 de enero de 1904). Consideraciones que, a modo de editorial (opinión sobre información), el periodista alicantino argumenta la política que ha hecho trizas a España en la gestión de las colonias de ultramar. Para ello, el reportero se basa en algunos libros (*La Gitanilla*, de Cervantes; un tomo del *Diario de las Cortes de Cádiz*; y el drama *Realidad*, de Galdós) y concluye:

(...) durante tres siglos, nosotros, los españoles, hemos saqueado y devastado nuestras colonias. Su pérdida era irremediable: los mismos políticos que hoy discuten en el Congreso, precipitaron la ruina. ¿Quién podrá creerse libre de culpa? Hablemos de traidores; bien está. Pero pongamos como traidores a estos políticos que pudieron conceder la autonomía o la independencia, y no lo concedieron; a estos guerreros que especularon con el desastre; y a estos periódicos que empujaron al pueblo hacia una guerra absurda y ruinosa.

¿Habláis de traidores de la Patria? Está bien: hablemos cuanto os plazca; pero recojámonos sobre nosotros mismos y digamos en un momento de sinceridad: “Yo soy político y he mandado a las colonias a mis amigos arruinados; yo soy militar, y no he puesto la diligencia debida en el gobierno y cuidado de mis tropas; yo soy periodista, y he

hecho creer a un pueblo débil y pobre que podía luchar honrosamente con una nación rica y potente”.

¿Era este ataque a la política en general una estrategia de Azorín para desviar la polémica que estaba desgastando al Gobierno de Maura? Lo cierto es que, en distintas ocasiones, desde *La Federación*, de Alicante; *La Campaña*, de París; *El Progreso* y *Madrid Cómico*, el alicantino ya había manifestado su oposición absoluta al conflicto del 98. Pero también, por otro lado, si atendemos a la escritura de admiración de Azorín hacia Maura y el partido conservador, esta parece ser una técnica del alicantino para desplazar el foco de tensión mediática. En este sentido, cabe resaltar además cómo Azorín se sirve de los clásicos para explicar la realidad de España en estos pasajes especialmente duros en ataques que se combinarán, otras veces, con la fina ironía.

El 4 de febrero de 1904 (“Impresiones parlamentarias. El señor Salmerón”), el periodista Julio Burell sube al estrado del Parlamento para dar su discurso. Azorín le define en la crónica como el “querido maestro”, y no es para menos. El periodista alicantino le tiene como un referente desde sus orígenes en el periodismo, y aparece así en obras como *Anarquistas literarios*, o en diarios en los que había colaborado como en *La Federación* de Alicante, *La Campaña* (fue Azorín quien le abrió las puertas del rotativo parisino con permiso de Bonafoux) incluso tuvieron encuentros viajeros como el de Toledo, en compañía de Baroja, cuando Burell era gobernador. Una amistad que tampoco se deterioró pese a la etapa de escepticismo político de Martínez Ruiz cuando en *Juventud* (“La política”, 2 de marzo de 1902), asegura que los artículos y debates de Burell son propios de los tiempos de una España en decadencia. Y es que, por entonces, el periodista alicantino ya solía acudir con curiosidad y atención a los debates políticos que se llevaban a cabo en el Ateneo, a los que acudía con frecuencia Burell y, por supuesto, Martínez Ruiz (29 de diciembre de 1902, “Un domingo”, en *El Globo*).

Así pues, Burell defiende la posición de la prensa en la campaña contra Maura y contra el padre Nozaleda (se habían producido fuertes protestas entre los diputados por el papel de neutralidad que, en el año del desastre colonial, en el conflicto contra los norteamericanos, asumió el arzobispo). Azorín, pues, recoge las frases más jugosas del discurso de Burell, con ataques principalmente a los políticos que no estuvieron a la altura, y del que solo se salva Salmerón (aunque el alicantino aprovecha también para recordar el gran legado y ejemplar comportamiento de Pi y Margall en estas lindes). A continuación, interviene Salmerón, del que no cita ni una sola palabra, y se remite a los gestos para aprisionar, como en una imagen de cine, su soberbia actuación. “¿Qué importa lo

que el orador dice? Para un psicólogo y para un artista, lo importante es el gesto”, indica el alicantino.

Sin embargo, en la información política de Azorín, en sus crónicas, se combina la información con la opinión. Es decir, mezcla cuanto observa, pero también cuanto siente. España se debía a Maura, y Azorín se encandila así por la figura del político conservador:

Maura es, indiscutiblemente, el orador más admirable de nuestro Parlamento. Y lo más admirable en él no son las palabras, sino los gestos y, sobre todo, los silencios. Son silencios, ligeras pausas, en que toda la atención del oyente se recoge, se acrecienta, se aviva con mayor expectación y más ansia.

Su discurso de ayer tarde ha sido soberbiamente artístico. Durante media hora ha luchado él solo, audazmente, contra las oposiciones enardecidas.

El diario *España* criticó abiertamente en su editorial el “problema Nozaleda” planteado por el Gobierno conservador (“La cuestión Nozaleda”, 25 de enero de 1904) calificándolo como muy grave y desconcertante, algo equivalente “a lanzar sobre un montón de explosivos y combustibles un cirio encendido”.

Azorín, en este sentido, mantuvo la siguiente estrategia: o bien se centró en desviar la atención del foco mediático de la noticia culpabilizando a toda la clase política en general (lo que puede entenderse como una nueva maniobra de protección a Maura, como en “Impresiones parlamentarias”, del 31 de enero de 1904); o bien trató exclusivamente de recoger las voces adversas o críticas al Gobierno, sin más, para situarse en la misma línea editorial de su medio, como en “Impresiones parlamentarias. El señor Salmerón”, del 4 de febrero de 1904). Así, por ambas vías, evitaba un ataque directo a Maura.

“Los preliminares de las sesiones son, a mi pobre juicio, lo más trascendental del régimen parlamentario”. Esta es la visión renovadora de Azorín ante la acción política en sus “Impresiones parlamentarias. Los gestos de Romero” (5 de febrero de 1904), cuando atiende a cómo los ujieres colocan el sillón de Romero Robledo, que es un proceso molesto si no se hace bien (como el de colocarse el gabán). Además, en estos textos desprovistos de su crítica más ácida, acude a la ironía para representar “esta agradable comedia titulada *El debate político*, que se ha de representar todos los años”.

En este sentido, cabe destacar la mención a Ortega y Munilla, “otro de los maestros a quienes yo debo gratitud”, señala Azorín, en unas palabras que van en sintonía con las aspiraciones del alicantino por acceder definitivamente a *El Imparcial* (en el que se había estrenado en 1900, pero solo en su suplemento

literario con unas fugaces colaboraciones). De hecho, más recientemente, el 10 de enero de 1904 en *Alma española* (“Taine”), ya había Azorín elogiado a Ortega y Munilla por su labor en destacar en las hojas volanderas los nombres de los jóvenes escritores. Así pues, como ocurre con su labor periodística y literaria a grandes rasgos, nada en la obra de Azorín está al azar. Y su próximo objetivo, quizás ya en mente, se encaminaba a *El Imparcial*.

El tono burlón con el que quiere caricaturizar Azorín a los políticos queda retratado en “Impresiones parlamentarias. En el Congreso” (10 de febrero de 1904), cuando tras informar de las intervenciones en el voto de censura a Romero Robledo, el alicantino sentencia al final: “Todo está bien: la patria no necesita nada. Lector, éste es el Parlamento”.

Larra, Kant y los viajes

La fecha del 13 de febrero de 1904 encerraba un suceso lo suficientemente revelador e importante para Azorín como para detener sus “Impresiones parlamentarias” en *España*. Era el “Aniversario” de Mariano José de Larra, que el articulista alicantino trabaja en una semblanza repleta de simbolismo, en una recreación del periodista madrileño que también traslada en su final al discurso y homenaje ante su tumba en 1901.

Y es que Azorín es un entusiasta lector de Larra, al que ya cita en *Buscapiés* o *Literatura*, especialmente por su contribución a la crítica e información literaria en los periódicos. De hecho, intervino en iniciativas de *El Progreso* y *La Campaña*, en 1898, para reivindicar su figura y la puesta en escena de su teatro. Azorín, en resumidas cuentas, se sentía identificado con la juventud, afán y pasión de Larra.

Yo no sé si estas líneas son una ficción. Pero yo pienso en ellas y me contemplo, hace tres años, en un cementerio abandonado, de Madrid, rodeado de amigos enlutados y con violetas en las manos, ante un nicho, leyendo un discurso que ya ha desaparecido de mi memoria, y del cual solo recuerdo una frase: “Mariano José de Larra fue un hombre y fue un artista...”.

Así pues, Azorín combina en *España* artículos de información política con estos de inspiración libresca, como el que repite el 14 de febrero con “Centenario” dedicado a Kant. Ensoñaciones que van encaminadas a reivindicar y recordar su legado, y que contribuyen además en la función azoriniana de convertir los periódicos en vehículos de transmisión cultural.

Estas ensoñaciones no solo se cifien al terreno de la literatura, sino también al de los viajes (“Guía de los Forasteros. Los salones”, del 19 de febrero; y “Guía de los Forasteros. Las rondas”, del 20 de febrero), en unos artículos en los que afloran la identidad azoriniana de las sensaciones y la sensibilidad.

El periodista alicantino, el “pequeño filósofo”, ya no se ciñe pues a una crítica o análisis periodístico como el que desempeñaba especialmente en *El Globo*, puesto que el periodista alicantino se ha transmutado en su dimensión literaria de Azorín, y eso es perceptible en su nuevo estilo, en esta nueva visión, que refleja con sus escritos en *España*.

Los temas son comunes o similares, como la psicología de la gente, los viajes, el paisaje y los clásicos, aunque estos no retratan la realidad de un país anquilosado en su crítica más punzante, sino más bien son los elementos que despiertan el mundo de sensaciones azorinianas, la belleza estética que definirá sin duda su creación. De hecho, para esta comprobación, basta con fijarse en los primeros artículos de Martínez Ruiz en *España* con estos nuevos que ya está publicando con su firma Azorín. Por ello, se detecta un nuevo mundo en el alicantino, porque ya no es el Martínez Ruiz analítico, constructor de análisis y críticas informativas con datos y comparaciones, sino un Azorín que emplea la sensación, el sentimiento y la ensoñación como elementos fundamentales de su creación.

Así pues, ante estos rasgos de variedad y riqueza²⁷¹, “la luz está en armonía con el paisaje”, y hasta en los objetos se percibe el alma. “¿No sentís un vivo interés por estos solares de las grandes ciudades, que los modernos dibujantes –Steinlen, Sancha, Baroja- ponen como fondo de sus cuadros? Hay algo en ellos de misterioso; algo como el alma de la casa desaparecida, que vaga y flota entre las tablas que los cierran”, escribe.

Este recorrido por Madrid no es una “Guía de los Forasteros” que localice los puntos de mayor interés de la ciudad como si de un plano turístico se tratara. Es, más bien, un escrito de goce estético, un “poema en prosa”²⁷², de convertir “lo ordinario en materia artística”, con el que Azorín aprisiona las puras sensaciones que despiertan en él la ciudad en su nueva dimensión literaria.

...Poetas, pintores, cronistas: ¿No percibís el alma de un pueblo, mejor que visitando sus teatros, sus cafés y sus museos, en esta visión instantánea, desde la plataforma de un tranvía, mientras cae la tarde, de estos tejados, estos balcones, estos cipreses, estos interiores, estos campos desnudos, estas mujeres enlutadas que caminan despacio, cruzándose y recruzándose en sus paseos, sin ruido?

Azorín es un creador y, de este modo, nos adentra en su propio universo. Un mundo que ya es perceptible en estos escritos de *España* en los que aflora su

²⁷¹ Valverde, José María (1973), “Prólogo”, *Los pueblos*, Castalia, Madrid, pág. 16.

²⁷² Lozano Marco, Miguel Ángel (2007), “Un poema en prosa de Azorín: ‘Las Rondas’ (1904)”, *Anales Azorinianos 10*, CAM, Monóvar, págs. 135-149.

identificación absolutamente (su marca de escritor y periodista), en esta construcción que se viene edificando desde sus orígenes pero que empieza a formarse en 1903, en *El Pueblo Vasco*, primero, y después en *Alma española*. Por eso también, junto a la luz de los paisajes, junto a la vida que despierta los campesinos y los pueblos, todo se envuelve de una tenue melancolía que son los momentos felices que se recuerdan, que se aprisionan, y que desaparecen tras la instantaneidad de estos artículos.

Azorín parte de la experiencia, la conserva en las palabras esenciales, los elementos luminosos, en sus tonos poéticos, con los que arrastra al lector a la emoción.

El alicantino es el creador, pues, de un mundo perfectamente reconocible desde estas páginas de *España* (toda su relación anterior está salpicada por retazos de esta formación que acaba de explotar, como el escrito a Juan Luis Vives de *El Imparcial*, 23 de noviembre de 1903), con el que Azorín dota al texto de la experiencia, de la perfección, de una “verdad permanente” que solo él nos descubre y nosotros, los lectores, vemos en sus libros y en la vida misma.

“Azorín es uno de los constructores de un mundo peculiar que identificamos rápidamente en su lenguaje poético fundamentalmente, con una estética personal”, señaló Miguel Ángel Lozano en su ponencia “Los ensayos narrativos-descriptivos (1904-1912)” en el IV Congreso internacional “Azorín en la modernidad literaria” celebrado en Alicante. Por eso el profesor Miguel Ángel Lozano matiza a Vargas Llosa, porque Azorín no es un “elegante artesano” que trabaja la literatura como una orfebrería. Azorín es, recalca, un creador, uno de los creadores más importantes de la literatura española cuando intuimos la fuerza misteriosa del Universo en lo cotidiano. “Él iba hacia la médula de la vida”, afirma.

Más política, más observación

La admiración a Maura en páginas de *España* queda nuevamente patente con “Despachos de políticos. El de Maura” (21 de febrero de 1904) en un ejercicio de observación de su lugar de trabajo en ausencia de este. Resulta además llamativo que Azorín solo dedique un artículo sobre esta temática a Maura en la inauguración de la serie “Despachos de políticos”, dejando de lado al resto de líderes políticos. Una prueba más, sin duda, de la inclinación del alicantino por los conservadores.

“Impresiones del Ateneo”, del 27 de febrero, es un artículo revelador que registra el desdoblamiento de Martínez Ruiz en Azorín. De hecho, si Martínez Ruiz destruía la idea del matrimonio con su artículo en *España* “El divorcio” (del 23 de

enero), puesto que el casamiento es una ruptura con el compromiso y cultivo intelectual, ahora Azorín presenta vivos sentimientos de enamoramiento, o al menos de una atracción hacia las mujeres que le replantean si lo mejor del mundo está ahí, en la belleza femenina.

“En la mesa inmediata, allá en un extremo, en la semioscuridad grata de la sala, he visto un busto femenino, inclinado sobre una blanca hoja. Yo experimento un pequeño sobresalto... ¿Será esto todo lo bueno del mundo que yo iba buscando?”, anota Azorín cuando para él, los libros, los periódicos, carecen de interés.

El reportero alicantino está en sintonía con la línea ideológica del periódico para el que trabaja, *España*, y sus escritos lisonjeros no se centralizan exclusivamente en Maura sino que este extrapola a otras personalidades del partido conservador (“Impresiones parlamentarias. Villaverde y su nivelación”, del 28 de febrero). Por entonces, este activismo en la información política parlamentaria lo simultanea con otros artículos de corte literaria para *Blanco y Negro* (su estreno tiene lugar el 27 de febrero).

“Impresiones parlamentarias” no es, pues, una sección que se base exclusivamente sobre lo que acontece en la cámara. Porque lo importante no solo está, para Azorín, en los debates y discursos. Va más allá, como en los pequeños detalles, en el sentido de la observación que Azorín agudiza para criticar, en este sentido, el mal aspecto que presentan algunos diputados (el conservador La Cierva, o el republicano Junoy, entre otros). Así lo escribe el 1 de marzo en “Impresiones parlamentarias”.

Ya sabéis que las cosas que nos rodean son las que laboran y conforman nuestra vida; “por la fisonomía —dice el autor de la *Celestina*— es conocida la virtud interior”. Por un detalle de mueblaje, por una prensa de nuestro indumento, por un ademán, por un gesto, podremos inferir la psicología, los gustos y las inclinaciones de tal desconocido.

De este modo, el alicantino pasa su mirada por los diputados para elaborar una especie de contracrónica que completa y adhiere datos que ayudan a los lectores a comprender lo que está ocurriendo dentro del hemiciclo. Es más, estas crónicas no son estrictamente informativas, y el alicantino cuela en diversos pasajes elementos de fondo editorialista. Por ello, el 4 de marzo, Azorín, en su inclinación maurista, critica subjetivamente a republicanos y liberales para concluir que “seamos todos políticos y todos lo más políticos que podamos, es decir, no pensemos en nada”. Unas críticas que, en cualquier caso, y estratégicamente,

Azorín las redirige hacia la oposición conservadora, es decir, republicanos y liberales.

Estos hombres son simples, sencillos, ingenuos; no tienen ideas, no abren los libros, no se interesan por el espectáculo del mundo y de la vida; no observan, no estudian... Y, sin embargo, son respetados y aplaudidos por sus compatriotas, y viven felices y contentos. ¿Por qué no he de ser yo también un hombre feliz? La paz y el contentamiento de estos hombres me atrae; este es el secreto por el que yo busco su compañía, y porqué, entre todos ellos, mis predilecciones van a los individuos de la minoría republicana.

Azorín continúa caricaturizando, en este sentido, las largas sesiones banales en el Congreso como en “Impresiones parlamentarias. En pie y hablando”, del 5 de marzo, donde los discursos se suceden así como las interrupciones. La sensación de caos asoma en la crónica del alicantino, con un toque de atención final que confirma la verdadera prioridad para Azorín por encima de cualquier partidismo o posición: el pueblo.

Y después torna otra vez a hacer constar el señor Villanueva que “el señor marqués de los Pilares sigue en pie y hablando”. De nuevo habla el señor Romero Robledo; de nuevo afirma el señor Villanueva “que el señor marqués de los Pilares sigue en pie y hablando”... ¿Y cómo voy yo a dar cuenta de los diez, veinte, cincuenta discursos que ha hecho el señor Villanueva para demostrar que “el señor marqués de los Pilares sigue en pie y hablando?”

... Hombres ingenuos de Oviedo; agricultores, comerciantes, industriales, yo os pregunto, como el *Heraldo* la otra noche: “¿Qué haríais vosotros sin Parlamento?”.

El periodista alicantino ha dejado de ser Martínez Ruiz para transformarse en Azorín. Y esta nueva identidad, este estilo y pensamiento que ya inició en *El Pueblo Vasco*, sigue moldeándose en páginas de *España* cuando publica el 10 de marzo “Curso abreviado de pequeña filosofía” (a modo de como ya hiciera con el significativo “Guía de Forasteros” del 19 y 20 de febrero).

“Curso abreviado de pequeña filosofía” es una carta de presentación en el que vuelca sus ideas, su escepticismo político (el mismo que divisa en el hemiciclo), y en el que destaca la importancia de las pequeñas cosas que identifican su literatura: “Yo voy paseando por la ancha acera de las Calatravas: me siento feliz; ¿no basta para serlo con haber descubierto que en este país todo es pequeño? Lo sabíamos todos; lo creíamos todos; pero nadie había llegado a formar un sistema compacto de estas verdades dispersas e inconexas”, señala Azorín.

Como en Larra y Kant, la lectura de *Anticipations*, del inglés Wells, envuelve a Azorín en una radiografía futura de la sociedad (“La casa, la calle y el camino”, del 12 de marzo) en el que también tienen cabida los transportes, la liberación de la

mujer y la transformación de las ciudades. Una vinculación entre tecnología y utopía, entre futuro y verdad, enmarcada en estas publicaciones libertarias de trasfondo político, social y económico que motivan su reflexión y preocupación. De ahí la interesante mención al fenómeno de los viajes que él mismo aplica a su vida (porque viajar es un bien necesario para abrir la mente, y esta será precisamente una de las recomendaciones que repite una y otra vez a la clase política: viajar por provincias, viajar por los pueblos, viajar para conocer y aprender).

“De este modo, juntamente con la facilidad creciente en los viajes, multitud de prejuicios, cristalizados a lo largo de los siglos, fueron cayendo; una mentalidad más amplia, más fina, más comprensiva, sobre todo, de la vida y de la Naturaleza, surgió en las sociedad nuevas”, agrega a partir de la lectura de Wells.

Unos días en Alicante

En estos días de marzo de 1904, Azorín pasa un pequeño periodo en su tierra natal, en Alicante, “lejos de los tráfigos enojadores del periodismo y de la política”, escribe en “Segundo curso abreviado de pequeña filosofía”, del 15 de marzo. De este modo, con la interrupción de sus “Impresiones parlamentarias”, el reportero alicantino prosigue en la creación de este mundo pluriforme²⁷³, en el que sus artículos, fuera de cualquier margen informativo, se elevan al goce estético del arte literario.

Azorín, pues, se centra en las pequeñas cosas en el marco de sus propias ensoñaciones atraído por las referencias de Taine: “¿Para qué continuar en la lectura? No leáis más: ni este libro, ni ningún libro, os podrá decir jamás lo que la Naturaleza puede enseñaros en una hora”. Para el periodista alicantino, el pensamiento es el mal, es el dolor, mientras que la contemplación de la naturaleza aprisiona la luminosidad y la esperanza. Esta es la reflexión que suscita entre notas autobiográficas, extraídas de sus vivencias y personalidad, entre motivantes literarios, filosóficos o viajeros, diferenciados de la cobertura política en Madrid, que revelan su pensamiento. Azorín tiene 31 años, y siente que su tiempo de juventud está quedando atrás.

Nosotros, los hombres, somos, primero, niños; después, mozos; luego, viejos; tenemos la plenitud de nuestras energías al comedio de nuestra existencia, cuando no poseemos aún los medios para gozar de la vida, que una lucha áspera acaso nos proporcione; más tarde, cuando ya hemos adquirido estos medios, cuando ya podemos gozar plenamente de la vida, las energías se nos han disipado, y nos encontramos, tristemente, en medio de la Naturaleza, impotentes, amargados por los recuerdos y por el espectáculo de la juventud y de pujanza que nos

²⁷³ Valverde, José María (1973), ed. cit., pág. 21.

rodea... En los insectos no se da esta ordenación absurda y dolorosa; ellos son, primero, viejos seniles; luego, son menos viejos, y, al cabo, entran en la juventud triunfadora; es decir, del estado de larva pasan al de ninfa, y de éste al de insectos ya hechos. Y de este modo mueren en plena juventud, sin amarguras ni añoraciones abrumadoras.

Estos artículos de *España* revelan una personalidad y estilo del “pequeño filósofo”, una maduración y condensación de ideas, que se alejan de las probaturas literarias en *Blanco y Negro*.

El 17 de marzo de 1904, Azorín retoma “Impresiones parlamentarias” para recoger la “irradiación del gesto” entre los diputados. Aunque, todavía más importante, es el atisbo, la señal de un posible salto del alicantino a la primera línea política entre las divagaciones y disquisiciones filosóficas de Montesquieu.

yo hago contar una vez más, allá en lo más recóndito de mi espíritu, que no puedo penetrar en este salón. ¿Debo entristecerme? ¿Debo alegrarme? ¿Haría yo cosas terribles en los escaños, como las hacen el señor Soriano y el señor Mayner? ¿Me limitaría a cruzar los brazos sobre el pecho e inclinar tristemente la cabeza, como el señor Picón? Montaigne exclamaba: “¡Qué sé yo!”

Fantasías y devaneos

Azorín rescata entonces la serie “Fantasías y devaneos” que había bautizado en *El Pueblo Vasco* ya como el “pequeño filósofo”. Un gesto que simboliza esta nueva dimensión y transformación literaria del escritor definitivamente en *España*, y en el que va a dar cabida al nuevo mundo que ya viene creando en las hojas volanderas del diario de Troyano.

Así pues, el escepticismo político que denota el alicantino se mezcla entonces con el síntoma de melancolía, de amargura y desconsuelo de Costa, ante un país estancado por la torpeza e incapacidad de la clase política. “La melancolía incurable del señor Costa”, del 29 de marzo, es en este sentido el retrato de una España atrasada, incurable, que invita a buscar la gloria en el pasado. “Todo se degenera y se pierde –piensa el señor Costa-; ya no pueden nacer en España aquellos grandes políticos de otros tiempos...”.

Este es el ambiente de melancolía y desconsuelo, de amargura fatal e irremediable, que discurre por Azorín tras la lectura de *Historia del género humano*, de Leopardi (“Fantasías y devaneos. Leopardi”, del 2 de abril). Así, el alicantino aborda un mundo de caos y escepticismo, de ausencia de sentimientos y recuerdos, que remueve su pensamiento y obsesiones (pues este es un universo sin edades ni tiempos, sin preocupaciones ni problemas –el pensamiento es el dolor-: juventud y contemplación tranquila de la naturaleza, en definitiva, son temas que ya había trabajado Azorín en el diario *España*).

Al principio, toda la tierra era llana; no había ni mares, ni montañas, ni ríos, ni valles, ni alcores, ni barrancos, no hontanares, ni cañadas. Al principio, todos los hombres eran del mismo tiempo; no había mozos mezclados con niños, ni ancianos barajados con jóvenes. Todos eran niños, o adultos, o viejos seniles. Y todos recorrían la llanura inmensa, descuidados, indolentes, sin congojas, contemplando las frondas verdes, mirando los pájaros aletear voluptuosos en el azul diáfano. No tenían deseos ni alentaban recuerdos: los días eran siempre los mismos; los minutos sucedían idénticos a los minutos. ¿Concebís una monotonía mayor y más abrumadora que ésta? Vosotros que deseáis algo, ¿comprendéis un hombre que no desee nada? Vosotros que tenéis algún oculto sentimiento, ¿comprendéis un hombre que no tenga ninguno? Los hombres se aburririeron: un tedio mortal pesaba sobre sus cerebros sin odios y sin amores. Y entonces, unos –los más vehementes- se quitaban la vida, y otros –los más remisos- se dirigían en dolorosas deprecaciones a los dioses...

Es más, en “Fantasías y devaneos. Leopardi”, encierra un espacio apocalíptico con resonancias con “El fin de un mundo” (del 18 de junio de 1901 en *Madrid*).

Un inmenso diluvio anegó por completo la Tierra: todos los hombres perecieron. Solo una pareja de animales humanos –Deucalión y Pirra- sobrevivió a la hecatombe. De esta pareja fue saliendo la Humanidad futura. Y en esta nueva Humanidad, para salvaguardarla de los aburrimientos anteriores, los dioses pusieron las fatigas, el trabajo, las enfermedades, los deseos, las ambiciones, las envidias, los rencores. El tiempo fue dividido en estaciones, heladas unas, abrasadoras otras. La tierra fue repartida en pueblos diversos y encontrados, y así surgieron las patrias y, con las patrias, las guerras, la competencia comercial, la diversidad de lenguas, el antagonismo irreductible y formidable de las religiones y los cultos. Y por encima de todo esto, como remate a esta obra desconcertadora y caótica, mandaron los dioses a la Tierra ciertos vanos fantasmas o sombras que se llamaron Justicia, Virtud, Gloria, Honor, Progreso, los cuales soliviantaron a los hombres y suscitaron entre ellos innumerables sacrificios y actos de abnegación, que los distrajeran de la prosa vil y fatigadora de la existencia.

Azorín siente la desaparición de la juventud. Siente el peso de la vejez, los años de existencia sobre los libros, porque a él le cautiva la vida y no esos amplísimos volúmenes de su biblioteca. Esto es lo que aflora de su pensamiento cuando alude al libro *La Bruyère*, del francés Paul Morillot, de reciente salida al mercado (“Fantasías y devaneos. Un filósofo”, del 11 de abril). “Yo no he leído este libro, que reposa todavía intenso sobre mi mesa; pero no franquearía tampoco mis impresiones, aunque mi vista lo hubiese repasado”, confiesa. Estas impresiones son las que revela, como dispersas y breves notas autobiográficas, el “pequeño filósofo”.

Pero el primero piensa que en los largos y vacíos años de su existencia, pasada sobre los libros, no ha habido honorables empresas ni nobles aventuras, y calla contristado; el segundo cae en la cuenta de que, desgraciadamente, en la vejez se está ya invariablemente apegado a los humores y complexiones que nos atosigan y tiranizan, y también calla; y el tercero conviene interiormente en que los placeres no pueden volver, por más que los llame, puesto que su dama, que no ha conocido jamás, no ha de regresar de ningún lado, y asimismo guarda silencio.

“Fantasías y devaneos. The Time They Lose in Spain”, del 16 de abril, es una “pequeña guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del centenario” de Don Quijote. Inspirada en el economista Novicov con *Los despilfarros de las sociedades modernas*, Azorín ridiculiza una España que se retrasa en todo o casi todo, a partir de un personaje (el doctor Dekker, ilustre miembro del Real Colegio de Cirujanos de Londres), que no recibe la comida a tiempo, que tampoco puede hacer una gestión a su hora (por un funcionariado inepto, que ya denunciaba Larra) y que se ve vencido ante la impuntualidad de la red de transporte. “Fantasías y devaneos. The Time They Lose in Spain” pasó a ser el epílogo de *La ruta de Don Quijote*,

Con “Solipsos y monopantos” (18 de abril), Azorín interrumpe brevemente la serie de “Fantasías y devaneos” para demostrar, contra la versión y teoría de Menéndez Pelayo, que los personajes atacados por Quevedo bajo extraños nombres en *La hora de todos y la fortuna con seso* eran precisamente los jesuitas.

Azorín es José Martínez Ruiz

“Deber de una amistad. ‘Las confesiones de un pequeño filósofo’”, del 22 de abril, es la reseña que atribuye la autoría de *Las confesiones de un pequeño filósofo* a Antonio Azorín. Una confirmación que unifica las piezas del “pequeño filósofo” en el rompecabezas de su producción, en la transmutación de Martínez Ruiz a su nueva dimensión literaria de Azorín, al que considera “mi sucesor en las tareas de cronista de este periódico”, resaltando además “que se trata de una autobiografía”. Por ello, ahora sí, y por medio de este anuncio en el diario *España*, Azorín y José Martínez Ruiz son la misma persona.

Las novedades literarias alimentan la inspiración de Azorín, quien continúa camuflándose entre los personajes de estas obras (el 25 de abril con Pío Cid, a partir de la obra *Los trabajos*, de Ángel Ganivet) para dar salida a sus preocupaciones y divagaciones. De este modo, como ya hiciera con Wells, Leopardi, Costa o Kant, aflora su papel más reivindicativo, que es del lado del pueblo y contra el parlamento.

Pensemos en estas nobles y vivificantes palabras; pensemos en nuestras campañas yermas; en nuestros pueblos tristes y miserables;

en nuestros labradores atosigados por la usura y la rutina; en nuestros municipios explotados y saqueados; en nuestros gobiernos formados por hombres ineptos y venales; en nuestro Parlamento, atiborrado de vividores. Pensemos en esta enorme triste de nuestra España. Y nosotros que la amamos con todos nuestro amor, porque hemos estudiado su Historia y estamos compenetrados con sus anhelos, trabajamos, poco o mucho, cada cual desde su esfera, modesta o prestigiosa, porque sea venida esta era de justicia que Pío Cid, o Ángel Ganivet, ansiaba con ansia tan grande y generosa.

Este artículo, según Cruz Rueda, fue leído por Azorín en el Ateneo de Madrid el 29 de noviembre de 1903, en la velada consagrada a Ganivet. Posteriormente, en 1905, en Valencia, fue publicado con los de Navarro Ledesma, Unamuno y C. Román Salamero por la Colección Serred.

La crítica política, pues, Azorín la distribuye entre todas las series que trabaja para *España*. Bien en sus “Impresiones parlamentarias”, o bien en sus “Fantasías y devaneos” o los que son de índole literaria o inspiración libresca. Aunque en los primeros, los de “Impresiones parlamentarias”, estos ataques suelen (muchas veces) asociarse a liberales y republicanos (pero nunca a los conservadores). En cambio, en el resto de la producción en *España*, Azorín se referirá a los políticos en general, como un mal genérico, que no tiene pues un culpable sino que todos ellos, en su conjunto, lo son.

El 28 de abril (“Fantasías y devaneos. La filosofía de Pío Baroja), Azorín apunta que la filosofía está en todas partes, como en el último libro de su amigo y compañero Pío Baroja, *Mala hierba*, que inspira sus reflexiones, preocupaciones y divagaciones sobre la juventud que se marchita:

¿Qué es la vida? ¿Cuál es nuestro fin sobre el planeta? ¿Cómo encontrar la felicidad que ambicionamos? Pío Baroja es un pesimista irreductible. Tal vez de la lectura de sus libros surge, angustiada, la sensación de que nuestra vida no tiene finalidad alguna, y de que la felicidad, que creemos que existe, es un vano fantasma. Hay en estas novelas hombres jóvenes que ven cómo va declinando su juventud en medio de una espantosa inutilidad del esfuerzo; hombres viejos que ocultan su desconsuelo y su amargura en la brutalidad y en el cinismo; literatos, periodistas, burgueses, aristócratas..., todos aniquilados, sin orientación, sin plan, sin ideales. (...) Y, sin embargo, nada más falso, si se investiga el origen del pesimismo de Baroja. La raíz está más honda; no es de la sociedad de donde arranca el mal –cosa modificable–; es de la naturaleza misma del hombre, una e indestructible en todos los momentos de la Historia, siempre igual – como han creído los grandes pesimistas, Hobbes, Gracián, Schopenhauer- a través de los siglos.

El tiempo transcurre, la pasión que alimenta la figura de Larra se desvanece, y Azorín permanece obsesionado por el objetivo del éxito en unas circunstancias

donde solo la contemplación de la naturaleza le evade de ese “estado del mal”. “(...) a mayor plenitud y penetración mental corresponde una mayor capacidad para el dolor, puesto que más claramente vemos y percibimos el desconcierto universal y su irremediabilidad perdurable”. El periodista alicantino considera que “el mundo es solo de los victoriosos”, y la civilización —señala de un personaje de *Mala hierba*—, “está hecha para el que tiene dinero, y el que no lo tenga, que se muera”.

Estas novedades literarias son la causa de estas divagaciones que revelan el mundo del “pequeño filósofo”, como el lanzamiento en la prensa francesa de *Le monde des fourmis*, de Coupin (“Fantasías y devaneos. Las hormigas”, del 30 de abril). De este modo, Azorín, en sus cavilaciones, aprecia entre estos insectos una sociedad paralizada que, como la de los seres humanos, se encamina a un destino irremediable, sometidos al trabajo y a la ineptitud de la clase política.

Todo es grande y maravilloso en lo pequeño. ¿Adónde irán a parar en su evolución inacabable las hormigas? (...) No lo sabemos; lo cierto y lo perdurable es que, como entre nosotros, hay entre ellas una casta escogida y suprema que se dispensa los placeres, y una muchedumbre de obreros condenados inexorablemente a las fatigas.

Esta es, sin duda, la época más reflexiva del alicantino en su periodismo en *España*. Azorín viaja entonces a Levante junto al doctor Dekker, el personaje ficticio en el que se apoya el alicantino para explicar el retraso y la triste realidad del país. Recurso que aprovechará el alicantino para, en esta salida a su tierra natal, lanzar una vez más sus dardos e ironía hacia la sociedad y la clase política en general, a modo de continuación de “Fantasías y devaneos. The Time They Lose in Spain”.

Así pues, “El doctor Dekker se marcha”, del 6 de mayo; y “Fantasías y devaneos. El doctor Dekker está satisfecho I, II y III”, del 9, 13 y 15 de mayo, aprisionan un cuadro de denuncia a partir del estudio de “las ideas que los labriegos españoles se forman en sus sencillos cerebros sobre el Estado y sobre los políticos que en Madrid mangonean”.

De este modo, Azorín y el doctor Dekker se adentran en el Valle del Vinalopó, sobre la naturaleza y el paisaje de Elda y Petrer, registrando los pequeños oficios que suscitan sus emociones, y que están cosidos al alma de los pueblos.

Yo he escrito en otras varias ocasiones sobre todos estos oficios clásicos de los pueblos: los fragüeros, los tundidores, los correcheros, los peltreiros, los zurradores; algo como el alma de las viejas ciudades, laborada a través de los siglos, alienta en sus talleres. No busquéis el espíritu de la historia y de la raza en los monumentos y en los libros: buscadlo aquí; entrad en estos obradores; oíd las palabras toscas y sencillas de estos hombres; ved cómo forjan el hierro o cómo arcan las lanas, o cómo labran la madera, o cómo adoban las pieles. Un mundo desconocido de pequeños hechos, relaciones y tráfigos, aparecerá

ante vuestra vista, y por un momento os habréis puesto en contacto con las células vivas y palpitantes que crean y sustentan las naciones.

Pero la misión está en otra parte, advierte el “pequeño filósofo”, y Azorín y el doctor Dekker buscan entre los labriegos opiniones sobre la clase política que, para ellos, está asociada a la idea milenaria de conquista, de rapiña, de explotación. “Una sola frase de un labriego o de un artesano os darán más luz sobre el estado del país que la lectura de manifiestos, visitas a los círculos y conferencia con mangoneadores de bajo vuelo”, escribe Azorín, quien ya en *El Globo*, como Martínez Ruiz, reseñaba la importancia de los pueblos y sus labriegos en el conjunto de España, puesto que en ellos está la esencia de la tierra, el agua y los cultivos, de la naturaleza y psicología del país.

Azorín y el doctor Dekker entrevistan a estos labriegos que no conocen a las principales figuras políticas de Madrid, a excepción de Maura, al que señalan como “ése” (lo que incita al periodista alicantino, en su actitud favorable hacia el líder conservador, a matizar).

El misterio merece ser aclarado brevemente, en dos palabras: ése es nada menos que el insigne orador Antonio Maura. Y debo añadir que esta designación vaga que se hace del señor Maura no es, ni por asomo, síntoma de menosprecio. Los químicos han comprobado que las divisiones de la materia llegan a un límite –el átomo–, más allá del cual son imposibles. Pues con la popularidad de los políticos entre los campesinos sucede lo propio; hay un límite irreductible, un átomo que no se puede dividir, y tal átomo es sencillamente ése. Cuando un político ha llegado a este límite en su popularidad, cuanto ha logrado ser ése, ya cabe afirmar que ha alcanzado el máximo de su nombradía apetecida. Y el señor Maura, después del brutal y censurable atentado de Alicante, ha llegado a esta frontera infranqueable.

Finalmente, Azorín y el doctor Dekker se encuentran con un viejecito, con el que reflexionan sobre una España “pobre, resignada, indiferente” sobre esta serie que, como singularidad, cabe destacar que Azorín arranca con el final de la historia, es decir, con la despedida del doctor Dekker para, poco después, pasar al comienzo del viaje por el Levante. El 25 de mayo (“Desdichas y malandanzas de Azorín en Levante), el alicantino confirma que el doctor Dekker nunca existió, y que este personaje no es más que una ampliación de él mismo.

Toda esta profunda renovación estética de Azorín, el “pequeño filósofo”, queda registrada en el revelador “Fantasías y devaneos. La nueva crítica”, del 20 de mayo, puesto que en él plantea “la necesidad inevitable de una metafísica que sirva de base a una estética” (aunque hay uno previo en “Los libros. Dos palabras”, de *Alma española*, 24 de enero de 1904, cuando afirma que la “metafísica y la poesía son hermanas”, es decir, la lírica necesita de la filosofía para entender la

creación artística). De ahí las divagaciones y reflexiones que salpican constantemente sus textos periodísticos en *España*, entre menciones a la naturaleza, la juventud, el tiempo, el escepticismo político o el destino.

Es un artículo escrito en la época en que va componiendo los textos que formarán parte de *Los pueblos*, y que expresa la conciencia de una profunda renovación –llámese Modernismo o cualquier otra cosa-, que comienza con un paisaje, una descripción de la naturaleza –que podría ser calificada de impresionista- y con unos conceptos semejantes a los que encontramos en “Confesión de un autor”. Los conceptos son los de armonía y síntesis en los detalles observados. En la hora del atardecer, los matices y ruidos del campo... (...) Los detalles que ha ido observando, ensamblados armónicamente, muestran “la fuerza misteriosa del Universo”, o “el alma profunda de la Naturaleza”²⁷⁴.

De este modo, la filosofía, que también el pensamiento de Azorín, ahonda en los pequeños detalles, los labriegos, los pueblos o los oficios que hilan y conectan con “La nueva crítica”:

Una nueva crítica artística ha nacido ya, fundada, no en un panteísmo abstracto y apriorístico a lo Spinoza, sino en aquel otro que reposa en el estudio largo y tenaz de las ciencias naturales y en la observación minuciosa de la Naturaleza, base necesaria, imprescindible, para toda especulación estética.

Más política, cada vez más cerca de Maura

Antes de su vuelta a “Impresiones parlamentarias”, Azorín desmenuza los descuidos que entorpecieron la visita de Antonio Maura a Alicante, incluido el golpe que el líder del partido conservador se dio en la cabeza por no haber sido advertido a tiempo ante el inoportuno obstáculo (“Una página de historia. Maura en Alicante”, del 26 de mayo).

El Sr. Maura vacila un momento; su sombrero se ladea sobre la cabeza, todo abollado, y el hombre fuerte y soberbio, el maravilloso orador que acaba de conseguir su mayor triunfo en Barcelona, se ve obligado a recorrer el breve espacio del puente levadizo, aturdido, vacilante, con el sombrero chafado y puesto cómicamente. El encanto de la multitud, atraída y soliviantada por los fragores del cañón, acaba de romperse; este hombre del sombrero abollado no puede en esta guisa ser el debelador de las muchedumbres; los siseos, los gritos y los silbidos comienzan. ¿No veis cómo todo es fatal, riguroso, en esta cadena de los pequeños hechos psicológicos?...

Las próximas “Impresiones parlamentarias” acentúan todavía más la inclinación de Azorín por Maura. Y, para ello, basta con fijarse en la crónica del 5 de junio cuando asegura que este es un orador “insuperable”.

El señor Maura es un incomparable orador. (...) En el señor Maura, todo es sincrónico y armónico: la voz, la locución y el ademán; más hay

²⁷⁴ Lozano Marco, Miguel Ángel (1998), ed. cit., pág. 56.

en su oratoria dos características supremas, fundamentales, que son las que le hacen ser un orador insuperable. El señor Maura domina uno de los más peligrosos, pero más necesarios, resortes de la oratoria: el énfasis; y el señor Maura sabe también hacer uso oportuno de otro recurso indispensable: el silencio, o sea las pequeñas pausas que en el curso de la oración es preciso ir distribuyendo cautamente, bien para dar solaz el ánimo del oyente, o bien, a la inversa, para encenderlo.

Pero Azorín es perfectamente consciente de su discurso lisonjero, de la viva admiración que agrega en las crónicas, cuando al final indica: “Este es el verdadero patriotismo, y ésta es la más bienhechora de las políticas. No decíamos nosotros otra cosa en nuestras ‘Impresiones’ anteriores. ¿No será permitido envanecernos un poco?”.

Estas crónicas adulatorias se tornan especialmente partidistas, más subjetivas que objetivas, y sin atisbo de ecuanimidad, cuando Azorín compara la labor de Maura con la de otras fuerzas políticas, y en las que el partido conservador por supuesto logra una holgada victoria. En “Impresiones parlamentarias” del 10 de junio anota respecto al republicano Salmerón:

El señor Maura es un artista consciente, reflexivo, de la elocución y del ademán; posee flexibilidad y delicadeza; sabe usar del énfasis; es, según le place, irónico o enérgico, desdeñoso o solícito. El señor Salmerón, en cambio, parece una evocación de pasadas centurias; en su oratoria solo existe una nota: la altisonancia, y sus gestos apocalípticos están, a menudo, en lamentable desacuerdo con el concepto expuesto. ¿Es posible dudar de qué lado se inclinará la victoria en una contienda semejante? Añadamos que el señor Salmerón no tenía ayer tarde ni el más lejano asomo de argumento para su oración trágica.

La filosofía y pensamiento de Azorín afloran nuevamente con “Fantasías y devaneos. La tradición”, del 20 de junio, en el que los extensos diálogos de un neófito aspirante a político (el doble sin duda del periodista alicantino) le sirven para criticar la dependencia del Vaticano con el Gobierno, puesto que esta es una relación perjudicial que desangra las arcas españolas. Un problema con el que, a su juicio, sin solución, no es imposible alcanzar el regeneracionismo, y en el que se requiere pues de la lucha de todas las clases políticas, sin distinción de ideas, sean conservadoras, liberales o republicanas.

El Congreso atraviesa entonces su descanso veraniego, y eso mismo le permite a Azorín profundizar en sus estudios, sobre todo en los del siglo XVII, a partir de sus apuntes de *El alma castellana* (“La ética en España. Silvela trabaja I y II”, del 26 y 27 de junio). Y lo hace en una situación semejante a la que se produce con el doctor Dekker, con un diálogo ficticio con Silvela ante la salida de un hipotético libro que prepara sobre las ideas éticas en España. Así pues, este

pretexto conduce las divagaciones de Azorín sobre los libros de Historia y el rol del historiador, que define como una ciencia inexacta, tanto en su imparcialidad como en la imposibilidad de encerrar todos y cada uno de los acontecimientos del mundo.

La Historia sirve para todo: la utilizan en abono de sus prejuicios respectivos reaccionarios y demagogos, creyentes y negadores; y así, un mismo acontecimiento capital (la expulsión de los moriscos, la colonización americana o el Santo Oficio) puede ser justificado y aun exaltado, según sea la pluma que trame la narración histórica. Y esta inseguridad se funda en una cosa esencialísima: la Historia no es una ciencia exacta, matemática; el historiador, además (y esto es lo importante), no puede recoger todos, absolutamente todos los detalles de la vida que trata de pintar; sería absurdo pretender tal intento. El historiador (y éste es su arte) ha de hacer una selección de los hechos, a fin de quedarse tan solo con aquellos a los que podríamos llamar sintomáticos, es decir, aquellos que realmente determinan la estructura y evolución del organismo social. (...) Yo opino, pues, en definitiva, que la Historia, hoy por hoy, es una especulación puramente artística; pero entiendo que debemos acercarnos tanto como en nuestra mano esté a la realidad.

¿Entendía Azorín, con estas palabras, que era imposible instalarse en la ecuanimidad en sus “Impresiones parlamentarias”, puesto que una u otra visión, una u otra pluma, podía exaltar o infravalorar los hechos de la narración histórica? ¿Pensaba el alicantino que era imposible retratar todos los detalles de las largas jornadas políticas en el congreso, por lo que considera fundamental tomar una selección de estos pequeños hechos, los más sintomáticos? Este es el ideario de Martínez Ruiz, Azorín, sobre estos artículos que se alimentan de sus principales influencias, como Montaigne, Fray Luis de Granada, Nietzsche o Gracián.

A partir de ahí, Azorín plasma en sus “Impresiones parlamentarias” su propia narración histórica. Por eso, todo lo que provenga de la oposición conservadora, el periodista alicantino lo reviste de negatividad. “¿Qué va a decir el señor Soriano? ¿Qué horribles anatemas y desaforados denuestos saldrán durante esta tarde de sus labios?”, escribe el 28 de junio en “Impresiones parlamentarias. (Frialdad y corrección)” en alusión al republicano Rodrigo Soriano.

Azorín opta otras veces por una posición más mesurada. Por eso, el 1 y 3 de julio se limita a informar del escándalo de los sellos postales en el Ayuntamiento de Valencia por medio de las intervenciones de Menéndez Pallarés y Rodrigo: “todo fue plácido y discreto. Y ésta es la nota de un pobre hombre que, aunque un poco perplejo, no tiene inconveniente en afirmar lo que se le asegura”. Sin embargo, en otras ocasiones (“Impresiones parlamentarias”, 2 de julio), las discusiones y debates planteados en la cámara no le convencen, no le satisfacen al alicantino, lo que desemboca en su enfado y feroz ironía.

Y como nadie había pedido la palabra para intervenir en este debate, se ha pasado a la orden del día. Y todo ha quedado tranquilo. No hay chanchullos, ni irregularidades, ni filtraciones, ni fraudes, ni enjuagues. España vive feliz y próspera. Los distinguidos políticos que han prestado su concurso al Sr. Bañón son unos hombres sencillos e ingenuos, y el propio Sr. Bañón se nos antoja, en definitiva, un excelente señor que no ha cortado un pino en su vida.

“Todos los gestos tienen su valor psicológico; los pequeños, tal vez más que los grandes”, escribe Azorín en “Impresiones parlamentarias. (Tempestad)”, del 8 de julio, en un texto informativo con el que el periodista alicantino aprisiona un ambiente tenso, repleto de gritos. Por ello, intencionadamente, el alicantino no cita a Maura para evitar desdibujar su imagen inmaculada en estas crónicas parlamentarias, salvándole del guirigay de la escena. El 9 de julio, (“Impresiones parlamentarias. (Los suplicatorios y los Pirineos)”, el alicantino destaca la primacía de Maura que se sobrepone y eclipsa a cualquier otra fuerza política: “Toda la trascendencia de su discurso ha estado en una breve frase final. Más necesario es consignar que pocas veces hemos visto al gran orador tan tranquilo, tan risueño y tan confiado en sí mismo”.

Entre tanto, Azorín anuncia su próximo viaje y salida a provincias, su tierra natal: “Pásalo bien, lector, en las frescas umbrías de provincias, y deja que el cronista cuelgue su péñola modesta de la espetera”, señala. Comienzan por tanto las vacaciones veraniegas, lo que supone una interrupción en sus crónicas políticas, abriendo otra nueva etapa con sus ensoñaciones por *Los pueblos* y *Veraneo sentimental*.

Por ello, Azorín publica “Una página de historia. La sombra” (10 de julio de 1904) dedicado a Emilio Castelar, con quien se encontraba en su finca veraniega en Sax. Insertado además en *Los pueblos* con el título “El grande hombre en el pueblo”, se produce un cambio que justificaba su aparición: “el párrafo último, en *Los pueblos*, donde se contrasta al hombre ilustre con aquellos ‘provincianos afables... que no eran nada’, sustituye a otro párrafo más largo donde se indicaba la motivación del artículo el haberse publicado una antología de Castelar-²⁷⁵. El texto alude al último verano de Castelar en un recuerdo azoriniano ante su próxima muerte.

Esta es, en definitiva, una nueva etapa de Azorín, y así lo confiesa cuando asegura que cada día siente más afecto por el género literario del periodismo, que se mueve entre la “perfecta escrupulosidad” y la “perfecta impasibilidad”, y la necesidad de atisbar, de viajar, en “los diversos pueblos del mundo” (que eso será

²⁷⁵ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 258.

su inminente “Veraneo sentimental”). Estas mismas declaraciones no las realiza en España sino en *El Gráfico*, de Madrid²⁷⁶, el 7 de julio de 1904, respondiendo a la encuesta de “¿Cuánto ha ganado usted con sus libros?” de Cristóbal de Castro:

De mis tres libros –*La voluntad*, *Antonio Azorín* y *Las confesiones de un pequeño filósofo*–, el primero se lo vendí a la casa Henrich en 2.000 pesetas; los otros dos los regalé a los editores.

He escrito siempre por placer, no con la mira puesta en la granjería. (...) Pero –óiganlo los amigos del pequeño filósofo– no pienso dar ya a la estampa ningún libro. Creo que el arte va resolviéndose en crítica, y que la crítica toma su forma más adecuada en el trabajo periodístico. Yo siento –cada vez más– afecto por este género literario.

Y así las energías, que hasta ahora he gastado en componer libros, quiero dedicarlas a perfeccionar y acrecer el instrumental de mi pequeño taller de periodista: aprendiendo lenguas extrañas, atisbando lo que sucede en los diversos pueblos del mundo, llevando la cuenta de los progresos del espíritu humano en todas las especulaciones estéticas y filosóficas, examinando menudamente cómo viven mis conciudadanos y cuáles son sus necesidades y sus deseos... No creo que debe hacer menos un periodista a la moderna, es decir, un mecánico que mueve los complicados y sutiles resortes de su máquina con perfecta seguridad, con perfecta escrupulosidad y con perfecta impasibilidad.

“Veraneo sentimental”, la literatura vivida

“Veraneo sentimental” es el viaje que emprende el “pequeño filósofo”, la nueva serie de artículos en homenaje a Sterne²⁷⁷ encaminados a una temática diferenciadora de sus “Impresiones parlamentarias” y “Fantasías y devaneos”, más allá de la inspiración libresca, la acción política y las cavilaciones y divagaciones de Azorín. Por eso, este es un “viaje sentimental” cuyos objetivos son suscitar emociones a partir de la experiencia vivida. Así pues, Azorín se embarca en la ensoñación del balneario o el paisaje de una ciudad, en una variedad de registros, en una riqueza de matices y colores, que resumen su estilo original e innovador.

El estilo, ya logrado, de uno de los mejores prosistas de nuestra historia se nos muestra aquí con su riqueza de matices, con variedad de registros, tonos y modulaciones, que van desde el franco humorismo a la meditación filosófica, desde la observación precisa al lirismo intimista, desde la presencia de lo cotidiano a la sugestión poética. Azorín, con una prosa de admirable transparencia, cultivó como nadie el matiz, y en ello reside una de las claves de su arte²⁷⁸.

²⁷⁶ Otero L. Francisco (1973), *Azorín, cien años*, Universidad de Sevilla, Sevilla, pág. 105.

²⁷⁷ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 259.

²⁷⁸ Lozano Marco, Miguel Ángel (2016), “Introducción”, *Veraneo sentimental*, Biblioteca Nueva, Madrid.

El 11 de julio de 1904 comienza este viaje sentimental con el que Azorín desea encerrar “pequeños detalles sintomáticos, que luego me apresuro a concretar en mis livianas crónicas”. Una salida hacia “lo desconocido” donde el alicantino se abre al ensueño, captando instantes y sensaciones que es posible revivir una y otra vez en sus páginas.

Eso se percibe en “Veraneo sentimental. Hacia Cestona” (16 de julio) cuando Azorín desgrana los colores de España en su camino al norte, al tiempo que descubre sus paisajes con precisas descripciones, “pequeños detalles sintomáticos” los del “pequeño filósofo”, donde solo una ligera ironía (“pedís un asiento cómodo –lo cual es un absurdo tratándose de una diligencia-) trastocan las sensaciones, la excelencia estética donde la literatura prima sobre cualquier otro rasgo informativo.

Azorín guía al lector entre numerosas citas y menciones a este (“Veraneo sentimental. En Cestona. Los pasillos”, del 17 de julio) tratando, a su vez, de mantenerle atento conduciéndole por los pasillos del balneario en el “alma de las cosas”. Son, en definitiva, pequeños detalles que recoge el alicantino en su mundo de sugerencias (“Veraneo sentimental. En Cestona. La dos Conchitas”, del 18 de julio):

Lector: has de saber que en toda reunión o congregación de mujeres hay siempre una, una sola, que las domina y sugiere a todas, y que hace que esa irradiación invencible se produzca de pequeños gestos, pequeños gritos, pequeños ademanes, pequeñas actitudes. Juntad treinta, cuarenta, cincuenta; hacedlas vivir durante unos días o unas semanas en un hotel. Y bien pronto veréis cómo la hegemonía espiritual de una de ellas surge y se remonta sobre todas...

La experiencia sensitiva se nutre de lo vivido y observado (“Veraneo sentimental. En Loyola. La piedra gris”, del 20 de julio), en piezas donde la única insensibilidad es el tiempo que va pasando, inexorable, sin que nosotros podamos hacer nada para frenarlo (“Veraneo sentimental. En Cestona. El señor Peralta sonrío”, que indica el 22 de julio).

El tiempo va pasando, insensible. Y poco a poco los corredores quedan desiertos. En los rojos divanes del salón, solo destaca alguna toilette femenina. En la sala de juego cuatro o seis señores miran con mirada de tedio la rápida carrera de los caballos. Comienzan a apagarse las luces... Esta es la hora en que el balneario va a irradiar su alma recóndita y peculiarísima.

Las minuciosas descripciones en gestos y vestuario que atrapa Azorín en sus visitas al balneario (“Veraneo sentimental. Siluetas de Cestona”, del 24 de julio), se asemejan a las de “Impresiones parlamentarias”. Son los pequeños detalles “sintomáticos” que, en definitiva, están redactados en estos días de verano cuando las páginas del periódico *España* dan un respiro a la política y dejan paso a la

creación literaria y la excelencia estética (“Veraneo sentimental. Camino de Urberuaga. El mar y la montaña”, del 25 de julio).

En este sentido, si hay una condición que conecta a toda esta serie de “Veraneo sentimental”, es la alta literatura en la temática que marca a fuego el “pequeño filósofo” con el paisaje, los pueblos, los labriegos, las casas, el alma de las cosas, la psicología y los pequeños detalles. Porque no importa el destino final, sino cómo Azorín lo reviste de eternidad literaria cuando, recordemos, la única insensibilidad radica en el paso inexorable del tiempo.

Tras el 27 de julio con “En Urberuaga. Los ojos de Aurelia”, también en *Los pueblos*, se produce un pequeño desajuste en la producción azoriniana en *España*, probablemente por el retraso del correo en la recepción del periódico. Un error cronológico rectificado en la edición de *Veraneo sentimental* de Miguel Ángel Lozano (2016) ya que, tras el publicado el 27 de julio, ve la luz el 29 de julio “Veraneo sentimental. Hacia Zaldívar” cuando debería hacerlo, según el orden temático, “Siluetas de Urberuaga. La masa” (del 30 de julio).

En “Siluetas de Urberuaga. La masa” (del 30 de julio), también en *Los pueblos*, aflora la inspiración pictórica de Azorín (bien patente ya en *El Globo*) con los *Caprichos* de Goya; y el 29 de julio, en “Veraneo sentimental. Hacia Zaldívar”, el articulista alicantino remarca que esta escritura en su viaje hacia lo desconocido es rápida e improvisada, propia del oficio periodístico.

¿Cómo voy a escribir así? Vuestro estilo, forzado por las circunstancias, será rápido, tal vez vibrante, de seguro conciso, breve, unido y ensamblado en frases voladoras. Porque es preciso que pase el tiempo, que vuestro subconsciente –el gran artista- haga una selección sabia y necesaria, para que luego, poco a poco, vaya surgiendo, sin prisa, sin ansias, con placer, con alegría intensa, una pintura grata, suave y sugestiva de todo lo que vuestros sentidos recogieran...

El grito de Sterne, “¡Viva la bagatela!”, encuentra en Azorín su máximo difusor²⁷⁹, puesto que esta representa para el alicantino y toda su generación “una melancólica renuncia, una escéptica reacción natural ante el fracaso de una literatura de regeneración y de protesta”.

A la ilusión, al ímpetu, a la crítica constructiva, sucede en breve tiempo la desilusión, el cansancio, el escepticismo. A los hombres del 98, cada uno por su lado, no les queda más camino que apartarse de sus sueños juveniles, amar al olvido, es decir a la bagatela y refugiarse en su personal obra creadora.

²⁷⁹ Cabañas, Pablo (1968), “¡Viva la bagatela! (Examen de una expresión noventayochista)”, Centro Virtual Miguel de Cervantes, disponible en https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/03/aih_03_1_019.pdf.

Una simbólica proclama, pues, que Azorín repite el 31 de julio en “Veraneo sentimental. En Zaldívar. Las condesitas lozanas”, tal y como hiciera tiempo atrás, el 10 de marzo, en “Curso abreviado de pequeña filosofía”. Porque la creación literaria es el refugio del alicantino cuando, tras sus preocupaciones y divagaciones filosóficas, las que salpican especialmente sus textos de “Fantasías y devaneos”, empiezan a romperse ante la incertidumbre que origina para el alicantino el primer reconocimiento de su trabajo.

El señor conde de Esteban-Collantes reúne todos los años en un banquete, indefectiblemente, a los más ilustres periodistas. Ni Baroja, ni Maeztu, ni Navarro Ledesma, ni Dionisio Pérez, ni Acebal, ni Manuel Bueno, ni Castro, ni Palomero, han figurado todavía en estos ágapes. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa? Vosotros estáis moviendo la pluma sobre las cuartillas seis años, ocho años, diez años; tenéis fuerza; tenéis audacia; tenéis estilo; tenéis cultura, tenéis ideas. Pero poco a poco, al correr de los años, todo esto se va perdiendo; vuestras lecturas van siendo más escasas; vuestro estilo va siendo más remiso; vuestras ideas van siendo más arcaicas. Entonces, una mañana recibía una carta enigmática; rasgáis el sobre; ¿de quién es? Es del conde de Esteban-Collantes, que os invita por primera vez a su banquete anual. Un sudor frío os corre por todo el cuerpo; os miráis al espejo lleno de pánico; volvéis a leer temblando la última cuartilla que habéis escrito... Y quedáis convencidos de que el señor conde de Esteban-Collantes tiene razón al invitaros; es decir, quedáis convencidos de que ya sois célebres; es decir, quedáis convencidos de que ya no tenéis fuerza, ni estilo, ni cultura, ni ideas...

Las sugerencias femeninas de “Siluetas de Zaldívar” (1 de agosto) dan paso a “Veraneo sentimental. En Solares. Los detalles inexorables” (2 de agosto), que es un retrato crítico (el único, hasta ahora) de la habitación del hotel en el que no hay jabón ni toalla. Son los pequeños detalles sintomáticos que, para Azorín, lo pueden transformar todo. “Todos estos hechos expuestos podrán parecer nimios y fútiles; pero de ellos está formada nuestra vida cotidiana, y no podremos lograr un ambiente de bienestar, de cultura y de modernidad si no comenzamos por descender de nuestras fantasías para fijar nuestra atención en estos detalles fatales, inexorables...”.

Algunos de estos textos introducen digresiones azorinianas como esta del gesto (“Veraneo sentimental. En el Sardinero. La estética del baño, del 4 de agosto, que también vio la luz el 6 de agosto de 1904 en el diario *La Vanguardia*), muy semejante a las que reproduce en la serie “Impresiones parlamentarias”.

Tenga usted en cuenta que la obra más profunda y más laboriosa de la civilización humana es el gesto. Los historiadores futuros, al revés de los presentes, no dirán ni una sola palabra de guerras, dinastías, príncipes, Parlamentos, leyes y revoluciones; toda su atención y todo su arte convergirá en el estudio minucioso y exacto de los pequeños

gestos elaborados poco a poco: en el saludo, en el modo de andar, en la manera de decir una cosa, o de negar esto o de afirmar aquello; en cómo cerramos una puerta, nos sentamos en un sillón, o nos reclinamos en un coche, u ofrecemos un cigarro, o llevamos el bastón, o nos ponemos el sombrero, o rasgamos el sobre de una carta que acabamos de recibir, o sonreímos ante una hipérbole, o toleramos una insidia... Ya sabe usted que un psicólogo, con solo presenciar uno de estos detalles, es capaz de delinear, de construir la mentalidad de la persona en quien ha sido observado. Por otra parte, usted no ignora que en la vida moderna todo va trabajado, ensamblado, formando ambiente más o menos denso, y que el gesto concuerda, en concatenación fatal, ineludible, con las inflexiones de la voz, con los movimientos y la indumentaria. Y es esto tan cierto, que si uno de estos elementos falta en una síntesis suprema, toda la obra se derrumba y arruina...

Encuentros literarios y una grave confusión

Los encuentros literarios que Azorín inaugura en *España* acogen la identidad y el mundo representativo del escritor. Porque estos no son encuentros dirigidos a ahondar sobre una u otra cuestión literaria, sino que se mueven entre asuntos triviales o cotidianos, bien sobre el campo o bien sobre las mascotas que pululan por la estancia veraniega de Benito Pérez Galdós (5 de agosto, "En San Quintín. Una tarde con Galdós"). Un relato, pues, "tosco, sencillo, escueto, sin las brillanteces, requilorios, arrequives y pompas vanas con que nosotros, los periodistas, solemos quitar a nuestra prosa el encanto del desaliño, de la vaguedad y de la incongruencia", escribe Azorín parafraseando a Vives, de quien ya en *Soledades*, en similares postulados, indicaba: "el libro de Vives nos muestra su vida íntima, nos da a conocer lo que hacían cuando no les ocurría nada de extraordinario, cuando no hacían nada".

Surgen entonces las viejecitas, quienes encarnan el paso del tiempo ("Veraneo sentimental. Siluetas de Santander. Madame La Felur. Unas viejas", del 8 de agosto), el tema que más angustia a Azorín, y que repite el 9 de agosto, en "Veraneo sentimental. En Santander. El pez y el reloj, cuando "vuelvo a divagar sobre la eternidad, sobre el tiempo, sobre el origen de la vida, sobre las causas finales y sobre el problema del conocimiento".

Para Azorín, en paralelismo a la semblanza con Galdós, la belleza está en lo sencillo, en el conjunto de emociones que estalla en las palabras simples.

Acaso una vaga desilusión comienza a asomar en mi espíritu; la vida, ¿será una cadena de decepciones inacabables, perdurables, como estas olas que llegan presurosas a morir en la arena? Y esta consideración frívola, prosaica, me lleva a otros más hondos y desconsoladores pensamientos (...) El descubrimiento me regocija, y ya voy a retirarme alegre y satisfecho, cuando en este punto ocurre el acontecimiento más considerable y emocionante de mi veraneo

sentimental. Las grandes cosas han de ser relatadas con palabras sencillas

Este “viaje sentimental” es, para Azorín, la contemplación maravillosa de perderse en el instante y lo desconocido. Las sensaciones irrecuperables que, solo aprisionadas en las páginas del periódico, vuelven a aflorar. “Tal vez el vagar a la ventura por el laberinto de las calles es el mayor placer del viajero”, comenta el 10 de agosto en “Veraneo sentimental. En Santander. El día y la noche”, también en *Los pueblos*.

Azorín se dispone a relatar sus impresiones sobre el balneario en el que toma las aguas Antonio Maura el 11 de agosto en “Veraneo sentimental. En Ontaneda. Los quinqués”, que vio la luz además en *La Vanguardia* (13 de agosto); y “Fin del Veraneo sentimental. La novela de Ontaneda I a IV”, del 12 al 15 de agosto, recoge este testimonio de Azorín, el “pequeño filósofo”, cuando es confundido por un terrorista anarquista que quiere acabar con la vida de Maura (lo que resultaba, por otro lado, toda una ironía ante el increíble apoyo del alicantino en la causa política maurista).

Por entonces, Azorín es el periodista de moda en 1904. Los huéspedes del balneario preguntan por él, no creen haberle visto, pero el pequeño filósofo se apresura a corregir tal apreciación con fina ironía: “No, no; Azorín no ha venido a Ontaneda”. El periodista alicantino trabaja la expectación y el ambiente en estas crónicas. Y, tras ello, la polémica, la confusión de Azorín con un terrorista (los controles debieron ser exhaustivos tras la ráfaga de disparos que intentó acabar con la vida de Maura en Alicante cuando viajaba en tren).

La nota curiosa es que, *El Imparcial*, publicó en su ejemplar del 11 de agosto de 1904 la noticia titulada “Azorín-Angiolillo”, donde se informa que “a nuestro apacible y estimable y amable compañero Azorín le han tomado (y este sí que es el colmo del azoramiento) por una especie de Angiolillo II. He aquí cómo narra en nuestro colega *España* el pequeño filósofo la pequeña contrariedad que le han hecho sufrir los pequeños Scarpas del Sr. Maura”. Está firmado en Ontaneda, el día 9 de agosto, cuando Azorín no lo dio a conocer hasta días más tarde en *España*, del 12 al 15.

¿Y cómo llegó la noticia antes a *El Imparcial*? Según se deduce del texto del rotativo de Ortega y Gasset, fue el mismo periodista alicantino quien, vía telegrama, puso al tanto de su problema a *El Imparcial* (el periódico al que aspiraba el alicantino poder trabajar). En este sentido, resulta interesante comprobar el tono burlesco con que *El Imparcial*, que hacía de oposición, se dirige a Maura.

“Me han tomado por un terrible revolucionario.

Un inspector de vigilancia y un agente acaban de entrar correctamente en el cuarto y han registrado mi equipaje.

Renuncio a ser en Ontaneda el cronista del insigne orador, a quien he dedicado entusiastas y admirativas crónicas parlamentarias.

Los bañistas me dicen que están alarmados.

Mañana salgo para Madrid. La paz reinará mañana por la tarde en Ontaneda”.

El pequeño filósofo no se fía, y hace muy bien en no fiarse el pequeño filósofo y en exclamar:

- ¡Ahí te quedas, Maura amargo!

Nadie le garantiza a nadie que, después de registrarle correctamente el equipaje, no le den al sospechoso sujeto los suspicaces polizontes algunos palos en las plantas de los pies.

O no le coloquen pedazos de madera entre los dedos, para apretárselos con cordeles, hasta hacer crujir los huesos.

O no le introduzcan cañas aguzadas entre la uña y la carne.

Azorín no cuenta en su telegrama si los ángeles custodios del Sr. Maura hallaron o dejaron de hallar en el pequeño equipaje del pequeño filósofo el gran paraguas de seda encamada y la pequeña tabaquera de plata, llena de fino y oloroso rapé.

Afortunadamente para Azorín, estos pequeños trabajos son puramente simbólicos.

Si fuesen efectivos y reales, sabe Dios en qué horrible mazmorra yacería a estas horas el mísero Azorín, víctima de las torturas más crueles.

En el paraguas rojo habría visto la policía la roja bandera de la revolución social.

Efectivamente, fue primero en *España* cuando se publicó este texto y que Azorín se encarga de informar el 14 de agosto en “La novela de Ontaneda III”. Así pues, el telegrama se publicó en *España* un día antes que en *El Imparcial*, el 10 de agosto, con el siguiente añadido:

Maura en viaje por telégrafo (de nuestro redactor “Azorín”).

Maura en Ontaneda. Un viva. La niebla. Ontaneda, 9 (5 de la tarde).

Ha llegado Maura.

Tarde gris. Neblinas densas y opacas velan melancólico paisaje.

Estallan cohetes, turbando el sosiego del hondo valle.

Avanza raudo el tren.

El presidente salta a tierra ligero y jovial, vestido de gris y tocado con sombrero de paja. Saludos y rápidos apreturamientos.

Doña Constanza sonríe.

Un bañista grita: ¡¡¡Viva Maura!!!, y el telón ceniciento de la neblina se desagarra en los  lamos solitarios.

La belleza femenina en “Veraneo sentimental”

Capítulo aparte es el que registran las figuras femeninas en “Veraneo sentimental”, que conectan con la belleza de las mujeres que reivindica Azorín en “Impresiones del Ateneo”, del 27 de febrero, cuando se pregunta aquello de: “ Ser  esto todo lo bueno del mundo que yo iba buscando?”. De hecho, esto mismo es lo que se plantea en “El pequeño filósofo se despide S. D” cuando, ante los labios gordezuelos y rojos de una mujer, Azorín se cuestiona su inminente viaje: “Y yo entonces comienzo a olvidarme de mi pequeña filosofía...”.

Azorín concede a estas mujeres de sus crónicas viajeras por *España* un gran protagonismo. Así, el 18 de julio, en “Veraneo sentimental. En Cestona. Las dos Conchitas”, resalta a Conchita Isasi.

Pero hay algo en ella de fuerte, de impetuoso, de sano, de rebosante y confiada ansia de vivir, de instinto puro y espontáneo, en una palabra; hay algo de esto que atrae y cautiva, como nos atrae y nos cautiva un bello y enérgico ejemplar zoológico que contemplamos en el pleno dominio y desarrollo de sus deseos y de sus fuerzas.

Esta es una belleza única, que inspira sensitivas líneas en el alicantino, con rasgos de erotismo y atracción. “Conchita Isasi es el ímpetu y la fuerza, es lo moderno. Pero Conchita Moreno es la insinuación y la delicadeza, es la tradición”, escribe el 22 de julio de 1904 (“Veraneo sentimental. En Cestona. El señor Peralta sonríe”), sobre estos personajes que sobresalen entre los paisajes, pueblos, labriegos, casas y psicologías, también impulsados por la inspiración pictórica. “Aurelia está inclinada sobre el antepecho del puente, en una de esas actitudes de absorción, de elegancia y de abandono en que Gavarni colocaba, en la terraza de un jardín o sobre los brazos de un diván, a las finas y pálidas mujeres de 1850”, indica “En Urberuaga. Los ojos de Aurelia”, del 27 de julio.

Lo mismo ocurre con María, “la nota jovial del balneario”, en “Silueta de Urberuaga. La masa”, del 30 de julio, o las condesitas lozanas en Zaldívar (31 de julio), en alusión a “las manos finas, en los pechos ligeramente henchidos” en los que se filtran los rayos del día. “El pequeño filósofo est  encantado:  no es esto más ameno que las tardes parlamentarias? Una charla jovial y frívola anima este grupo adorable, mientras arriba, en la enramada, los pájaros saltan y trinan”, señala.

También destacan las figuras de Merceditas y María: “Y vosotros no podéis imaginaros la luz misteriosa, sugestionadora, que estas sonrisas de mujeres instintivamente melancólicas tienen”, escribe en “Siluetas de Zaldívar” (1 de agosto). “Hay mujeres que nacen para amantes, otras que nacen para monjas, otras que nacen para solteras impenitentes, otras que nacen para esposas. María Esteban-Collantes ha nacido para esposa”, apunta Azorín en esta ensoñación en la que María es su esposa... ¿Y no es esta, pues, una revelación del joven periodista sobre la búsqueda del amor?

Finalmente, en “Veraneo sentimental. Siluetas de Santander. Madame La Fleur” (8 de agosto), aparece esta otra semblanza sobre la belleza femenina:

Yo os diré que madame La Felur es rubia, de un rubio espléndido, de un rubio veneciano, y que sus labios son chiquitos, gordezuelos, rojos, y que sus pestañas son largas, arqueadas, y que su busto está suavemente henchido, y que su andar es lento, pausado, gentil, armónico. Pero si os acercáis a ella, si habláis con ella, no veréis ni sus labios, ni su busto, ni su cabello áurea; solo veréis, con sugestión súbita e indomable, sus ojos anchos y melancólicos que contemplan el mar, y el cielo, y los peñascos.

Todos estos argumentos, todas estas sugerencias femeninas de Azorín, marcan una profunda distancia con la primera visión de Martínez Ruiz en *España* con “El divorcio” (23 de enero) puesto que ahora el periodista alicantino no encuentra en el matrimonio una atadura, una ruptura con el proceso intelectual. El amor, la belleza femenina, son, en cambio, un camino por el que vale la pena transitar hasta el extremo de paralizar las preocupaciones del mundo azoriniano, sus reflexiones y filosofías. El pensamiento no es mal ni dolor, pues, ante las sensaciones que despiertan la belleza femenina, que representan el ansia por vivir, lo que nos atrae y cautiva, en un sentimiento solo comparable a la más bonita de las estampas de la naturaleza, del arte pictórico²⁸⁰ y de los pueblos.

Naturaleza, literatura y hechos microscópicos

Tras “Veraneo sentimental”, Azorín regresa con sus “Fantasías y devaneos. Los gestos ejemplares I y II”, del 19 y 22 de agosto, en el que retoma sus divagaciones y cavilaciones, sobre la naturaleza y la observación. Solo que en este caso, a diferencia de las hormigas, lo hace sobre “mis amigas leales” las arañas (en alusión a *La voluntad*).

Acerquémonos a ellos; discurramos por la campiña luminosa. ¿Cuáles son sus costumbres? ¿Cuáles son sus ideas éticas, filosóficas, estéticas? ¿Qué piensan ellos de la sociedad liviana, pobre y mísera de

²⁸⁰ Bermejo, Jordi (2013), *Los personajes femeninos en las novelas de Azorín*, Universidad de Alicante, Alicante, disponible en <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/36295>.

los hombres? ¿Cuáles son sus gestos? El mundo incomparable de los insectos nos ofrece profundas lecciones de vida. Leeréis centenares y centenares de volúmenes; asistiréis a cátedras famosas; trafagaréis por el planeta; trataréis con los sabios más eminentes; mas de todo este continuo estudio –creedlo- no sacaréis la profunda, la bienhechora enseñanza que unas horas de atento coloquio con estos seres fuertes podrán proporcionaros. Todo podréis aprenderlo de ellos: la impasibilidad, la cautela, la sagacidad, la audacia, la elegancia, la discreción. ¿Lo dudáis? Los ejemplos podrían ser numerosos; mas hoy, en esta crónica ligera, nos limitamos solo a una muestra. Y hablaremos, ante todo, de la elegancia. No hay en la vida cualidad más alta y apreciada; toda la obra de las fuerzas humana tiende a finar, a hacer artísticos, elegantes, el gesto, los movimientos, la palabra. (...) un solo gesto, un detalle imperceptible, nos revela toda la mentalidad, toda la complicada psicología de un hombre; un solo gesto, un detalle imperceptible, va a mostrarnos ahora, en este punto, todas las hondas, infranqueables diferencias que existen entre las concepciones éticas y filosóficas de las abejas y de las avispas.

El 24 de agosto visita la casa de su maestro Clarín en Oviedo (“Fantasías y devaneos. Clarín: un recuerdo”), y Azorín recrea todo el mundo que está construyendo. Suena el tic-tac del reloj, el inexorable paso del tiempo; observa la naturaleza del entorno, la luz, las cigarras, las blancas paredes; los objetos pequeños y antiguos están repletos y cargados de sentido; son momentos de una melancolía “indefinible”, en el que Azorín rescata las sensaciones de las lecturas de Clarín, el recuerdo de su amigo y maestro con el tono poético del “pequeño filósofo”.

Todo esto lo pensáis vosotros en un instante, con el libro en la mano. Y ahora sí que vuestra adolescencia acude entera, evocada de súbito, a vuestro espíritu. Porque vosotros habéis leído estas páginas maravillosas, llenas de misterio, saturadas de honda melancolía, en las horas remotas de fe, de ardimiento, de entusiasmos y de esperanzas, en que estas pocas letras: Clarín, os enardecían y conturbaban.

Azorín estriba las diferencias entre un vasco y levantino, entre sus pueblos y casas, entre sus paisajes y campos. “Un detalle basta para revelar la psicología de todo un pueblo”, escribe el 25 de agosto en “Fantasías y devaneos. La casa vasca. La casa levantina”, en su literatura de hechos insignificantes, microscópicos, donde la nada puede serlo el todo. “Ante todo, no tendréis idea exacta de una cosa si no estudiáis el ambiente que la rodea. El ambiente hace a las cosas y conforma la mentalidad de los seres vivos”, señala Azorín en unas palabras que recuerdan otras citadas en *La voluntad* en una total conexión: “Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje. Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la emoción del paisaje”.

De la melancolía y el misterio en el recuerdo de Clarín; de la importancia del gesto en las arañas; y del ambiente en la psicología del pueblo y el paisaje en las casas de levante y vascas... “Fantasías y devaneos. Sarrió” (27 de agosto), también en *Los pueblos*, es la destrucción del mundo de Antonio Azorín, la muerte que también es uno de los finales misteriosos de la vida. Antonio Azorín se ha acabado en el renacimiento del “pequeño filósofo”.

Pero el alicantino, junto al mundo azoriniano y creativo en el que nos adentra en *España*, sigue deparando reflexiones a partir de sus apuntes de *El alma castellana* (“Fantasías y devaneos. Lo castizo”, del 29 de agosto). Es más, este artículo revela su actitud independiente del poder, del rotativo, cuando se está discutiendo la Ley de descanso dominical. Troyano, en *España*, había trabajado distintos escritos a favor de esta normativa mientras que, por su parte, Azorín, a su vuelta de los balnearios del norte, se opuso a ella (achacaba la confusión del término “mandar” por sinónimo de “prohibir”). El director Manuel Troyano, respetuoso con la libertad de sus redactores, accedió a publicar el artículo del alicantino.

En “Fantasías y devaneos. En el convento I y II”, del 31 de agosto y 4 de septiembre, Azorín se encamina entonces a un convento de Jumilla (se entiende, por el comienzo de la cita), para aproximarse a una vida que representa su ideal puesto que son “hombres sencillos que viven en la pobreza”. Aparece Montaigne, y se habla de Santo Tomás en estas aventuras “prosaicas, vulgares; por eso tal vez son interesantes”, con bibliotecas y libros que no sufren el ritmo de las redacciones de los periódicos. Son libros que en sintonía con el “pequeño filósofo” muestran la vida “oscura y profunda”.

Yo amo todos estos libros que viven una vida oscura y profunda, que no llegan a las grandes redacciones, ni se venden en las librerías mundanas, que son leídos y releídos con pasión en las casas de los pueblos, que hacen sonreír a un clérigo de los progresos del siglo y despiertan en una adolescente la primera ansia de los claustros. Yo amo estos libros.

Cabe destacar, al final, una nota interesante que muestra las intenciones de Azorín. En ella, explica, la hoja volandera está excesivamente limitada para su literatura. Es una queja en alto, pero también el deseo de las obras que vendrán.

Yo he conocido aquí a doña Enriqueta, a don Pascual, a don Alfredo, a Clarita, a Lola, a doña Antonia... Otro día acaso hable de todos ellos; mis artículos no son cortos, pero noto, con dolor, que cuando he escrito veinte o treinta cuartillas, aún no he dicho todo lo que tenía que decir, y entonces me veo obligado, contra mi gusto, a terminar precipitadamente y a echar la firma...

Azorín recibe el folleto de *El Niño Descalzo* (lo que indica que su dimensión literaria de “pequeño filósofo” triunfa, y ya está asentada entre los lectores y público en general). Eso le invita a una ensoñación en la “ciudad clásica” de Segovia, entre catedrales y viejecitos el 15 de septiembre.

Como en “La casa, la calle y el camino”, Azorín recurre a Wells y su *Anticipations* (24 de septiembre, “Una opinión de Wells”) para definir una sociedad avanzada en la que es clave la especialización. Y ello, sumado a una democracia, supondría un avance y un progreso mayestático que, al mismo tiempo, acabaría con el absolutismo del pasado poder político (por razones de azar, fortuna, nacimiento o palabra). Azorín, pues, respalda esta utópica sociedad tecnológica, donde el mundo se salvará de la nulidad política por su rango de especialización ejercido en la libertad que concede la democracia.

“(…). Pero así como antes las clases dominantes, es decir, las que detentaban el Poder político, lo eran por el azar del nacimiento, o de la fortuna, o de la habilidad, o de la palabra, ahora lo serán por sus conocimientos especiales, técnicos, por sus estudios, por sus trabajos”. Es decir, en resumen: que habrá acabado el político y habrá comenzado el profesional técnico. (...)

Pero es, sobre todo, el progreso de la mecánica, de día en día más formidable, el que determinará la absoluta y definitiva anulación de los políticos. Entonces se habrá producido en el mundo otra revolución como la democrática de antaño; pero el Poder, en vez de pasar – nominalmente- a una masa caótica, habrá pasado –en efectivo- a una clase inteligente, culta, desinteresada y laboriosa.

El 26 de septiembre (“Las ideas de Montaigne: El amor y el matrimonio”), el “pequeño filósofo” se ve reflejado en el ensayista francés: “Montaigne es un filósofo de lo concreto, de lo menudo, de lo trivial, del detalle prosaico, de lo que vemos y palpamos todos los días en la casa y en la calle”. Y, al mismo tiempo, en relación a la ruptura que presenta Azorín con su primer pensamiento sobre el amor y el matrimonio (una ruptura del proceso intelectual, decía), el periodista alicantino, en línea a lo que va exhibiendo y esparciendo muy especialmente en su “Veraneo sentimental”, apunta a que el enlace matrimonial es un estado de la vida que no podemos rechazar sino más bien aceptar tal y como viene: “Nosotros no vamos; nos llevan”, decía Montaigne.

Vuelta al hemiciclo

En la apertura de las Cortes, tras la banda verde esperanza y el aspecto jovial de Maura que Azorín retrata favorablemente para el líder conservador, el alicantino detecta que el nombramiento de Romero Robledo como presidente de la cámara no se ha llevado a cabo por mayoría (“Impresiones parlamentarias. La campanilla y la

mancera”, del 4 de octubre). Sin protestas, pues, y por un “dejar hacer discreto” de los diputados, se confirma la designación. Una situación paradigmática que, para el alicantino, pudo motivar la reflexión de Romero Robledo.

Mas, retirado a casa, por la noche, a solas consigo mismo, después de la amargura de la tarde, este pensamiento debió de pasar por su cerebro “¿Qué vale más, qué es más alto, qué es más patriótico: empuñar esta campanilla que de nuevo desdeñosamente me otorgan, o guiar la manquera, como un Cincinato al revés, en mi Arcadia de Romeral?”

Azorín ahonda nuevamente el 6 de octubre en su oposición contra la Ley de descanso dominical en su debate en el Parlamento (“Impresiones parlamentarias. La congruencia del señor Vincenti”). Para ello, evitando enfrentarse a la medida emprendida por el Gobierno de Maura (a quien protege en sus crónicas), no lo hace él directamente sino que enmascara su opinión destacando la intervención de Vincenti, del partido Liberal. Esto no evita, igualmente, que el periodista alicantino incorpore la versión del Gobierno, que finalmente aprobó la Ley (7 de octubre, “Impresiones parlamentarias. La discreción del señor Dato”).

Tras las dos posiciones políticas sobre la Ley de descanso dominical (la de oposición y Gobierno), incluida la suya propia de Azorín (“Lo castizo”), al alicantino le preocupa sobremanera esta cuestión y, por ello, insiste cuando envía una instancia al Instituto de Reformas Sociales (“El descanso dominical. Los pedaceros”, del 10 de octubre). De este modo, si el periodista alicantino apelaba a la historia para analizar las consecuencias erróneas a las que se encaminaba la Ley, ahora sí pasa a la acción cuando denuncia que es inconcebible que a los labriegos se les prohíba trabajar sus tierras y cultivos los domingos:

Y ahora bien, señores reformadores del Instituto: estos hombres, ¿cuándo cultivan su pedacito? Sería un desatino solemne el suponer que estos hombres pueden cuidar su fragmento de tierra cuando les viene en gana; no, de ningún modo; estos hombres son simples jornaleros, que necesitan trabajar toda la semana en las tierras de los propietarios para ganarse su jornal; el pedacito no produce sino unos cántaros de vino o unos celemines de grano. Más cuando llega el domingo, ellos, por la tarde, después de haber oído misa por la mañana –si quieren oírla, cogen su azada y se van contentos, ligeros, hacia su pedacito, en las laderas empinadas y allí placían con su vieja amiga la tierra toda la tarde. Pero esto ya se ha acabado; vuestras mercedes, sin saberlo, han hecho que los “troseteros” no puedan ir a sus tierrecillas los domingos. Y yo pregunto: ¿será lícito, será humano prohibir a estos hombres esto, que no es un trabajo, sino una alegría, un consuelo, y privar así a la pequeña ciudad levantina de la perspectiva de sus altas verduras?

He aquí lo que a mí me decían estas tardes pasadas, mientras vendimiaban mis viñas, estos labriegos convecinos míos. Entonces, yo,

que los quiero bien y que conozco sus intereses, o, lo que es lo mismo, yo, que no soy su diputado, he prometido hacer en su favor cuanto estuviera de mi parte.

Así pues, la vida en el parlamento continúa, en sesiones escasamente tensas en las que Azorín destaca aquellos acontecimientos sin especial interés que, por otro lado, evidencian la falta de acción sobre asuntos realmente importantes en el país. De este modo, el 11 de octubre, con “Fornos y el señor Morayta”, alude al cierre de la cafetería Fornos a partir de las 12 de la noche, lo que indigna al diputado Morayta, quien asegura que es a partir de esa hora cuando más clientela acude a tomar café.

Un lance de honor y la muerte del marqués Pickman en Sevilla, sobre si se pudo evitar o no, centraliza la cámara el 13 de octubre, “Impresiones parlamentarias. El duelo trágico”. Por su parte, el 14 de octubre, Azorín lleva a cabo un amplio estudio con “Datos para el problema. Frailes y monjas”, donde refleja el descenso del número de integrantes religiosos en las iglesias y comunidades (no da su opinión personal, pero sí datos con los que, según argumenta, se puedan extraer conclusiones acertadas sobre el asunto).

“La tarde ha sido aprovechada; no podía ser menos...”, escribe Azorín el 15 de octubre, en “Impresiones parlamentarias. Una buena tarde”, con una clara ironía sobre las constantes intervenciones en una cámara que parece no avanzar absolutamente en nada:

¿Continuaré reseñando por lo menudo esta sesión? Esta sesión es inenarrable; un sofista helénico hubiera perdido la cabeza ante estos sutiles dimes y diretes y quebradizas réplicas y contrarréplicas. Las tribunas estaban repletas; los escaños estaban llenos. Esto es lo castizo y lo que interesa. Tras el señor Dato ha tornado a hablar el señor Azcárate; no había que añadir nada nuevo. El espíritu de justicia, el sentido de la equidad, las circunstancias porque atraviesa la política, la necesidad de entrar cuanto antes en la discusión de los proyectos de interés verdadero..., todo, todo aconsejaba que la amnistía famosa abarcase aquellos hechos que con anterioridad a su adopción motivasen suplicatorios. ¿Era esto difícil de entender?

Al final, sobre Maura, nuevamente lisonjero dice Azorín que, en su discurso, en su rectificación, “ha estado admirable de gesto, de entonación y de palabra”.

El 18 de octubre (“Impresiones parlamentarias. Duelo en el Congreso”), la muerte de la princesa de Asturias llena de tristeza el Parlamento, que de momento está paralizado ante la noticia, mientras que el 21 de octubre nuevamente Azorín se fija sobre los gestos y movimientos del político (en este caso el liberal Canalejas) con los que el alicantino se apoya para trazar su crónica informativa. En este

sentido, resulta de interés comprobar cómo este artículo de Canalejas, oposición de Maura, no incluye ni una sola palabra contra el líder de los conservadores.

La polémica de las prerrogativas agota a Azorín hasta el extremo que presenta su dimisión ficticia a modo de protesta (22 de octubre, "Impresiones parlamentarias. Como un diputado).

- Señor director, presento mi dimisión de cronista del Congreso.

- Azorín, ¿por qué presenta usted su dimisión?

- Señor director, después de los debates de estos días, yo ya no tengo ideas.

- Azorín, ¿no tiene usted ya ideas? Entonces es usted un perfecto parlamentario. ¡Siga usted trabajando!

Yo me dirijo, mohíno, hacia mi mesa. Mi cerebro está hueco: ya soy un perfecto parlamentario. Yo apoyo el codo sobre la mesa y hago descansar la cabeza en la palma de la mano; ésta es una postura clásica, yo la adopto porque sé que estando en esta posición se les han ocurrido a grandes ingenios grandes cosas; el autor de *La Celestina* nos cuenta que así estaba él en su cámara cuando imaginaba su tragicomedia, y, años después, Cervantes también nos refiere que él estaba en esta guisa antes de escribir el Quijote. A mí no se me ocurre nada; yo cierro los ojos un momento; el cerrar los ojos en estos instantes críticos favorece la reflexión. Sin embargo, con los ojos cerrados no viene a mi cerebro ninguna idea tampoco; si fuera de día, yo llegaría hasta cerrar las maderas de los balcones. (...)

Vuelve entonces Azorín a narrar las idas y vueltas de los políticos durante su actividad en el Parlamento, en el que se evidencia estas eternas discusiones que no van a parar a ningún lado.

- Señor director, han pasado dos horas y no he escrito la crónica. Continúo siendo un perfecto parlamentario: no se me ocurren más que disparates.

- Azorín, ¿no se le ocurren a usted más que disparates? Entonces tiene usted una crónica soberbia. ¡Escríbalos usted!

Y yo, lector, vuelvo a mi mesa, cabizbajo, y comienzo a escribir.

Para Azorín, la reconstrucción de la patria requiere de hombres "claros, minuciosos y exactos" como Maura ("Impresiones parlamentarias. Las dos oratorias", del 22 de octubre). Y el 25 de octubre, en "Impresiones parlamentarias. El Sr. Canalejas y el Sr. Maura", el alicantino continúa inclinándose del lado de los conservadores entre encendidas pompas laudatorias: "El Sr. Canalejas se maravilla de la tenacidad del Sr. Maura; el hecho no es extraño; todos compartimos su admiración". En resumidas cuentas, lo cierto es que el alicantino realiza acertadamente su tarea profesional como informador en la crónica, destacando lo

mejor y más sobresaliente de ambos discursos, el de Maura o el de Canalejas, aunque la subjetividad le arrastra a decorar a Maura con adjetivos que le ensalzan, lo que no ocurre con los liberales de Canalejas.

El Sr. Maura es un ateniense; nacido y educado en un país mediterráneo, su palabra tiene la transparencia, la limpieza, la diaphanidad de sus horizontes natales. Su oratoria está fuera por completo de nuestra tradición romántica; es algo enteramente nuevo; es una perfecta concordancia entre la postura, el ademán, el gesto y la ilación sutil, elegante y enérgica del pensamiento. (...) Ha terminado el Sr. Maura. Hay algo en la persona –y el Sr. Maura lo tiene- que es innato, que es ingénito, que no se puede adquirir aun alcanzando las más altas posiciones sociales y los más grandes favores de la fortuna; y este algo es la sutileza, la sencillez, la sobriedad; esa cosa de esencia aristocrática que un filósofo moderno ha tratado de definir en dos palabras mágicas: energía ligera...

El 26 de octubre, Junoy recrimina a Azorín todo el dinero que le han costado sus crónicas (ha cambiado el vestuario y su calzado tras ser objeto de crítica y análisis por parte del alicantino). Y el 28 (“Impresiones parlamentarias. Una fábula”), Azorín exhibe nuevamente su malestar con los políticos con discursos vacíos y sin efecto para la ciudadanía:

Y, óiganlo los parlamentarios rojos o negros, los parlamentarios de todos los colores: la patria española está en una situación angustiosa; ellos, en lugar de apresurarse a salvarla, se entretienen en sus habladurías interminables. ¿Sería de extrañar que gentes ajenas al Parlamento se dispusieran a cumplir este deber supremo, ineludible?

“Impresiones parlamentarias. A mis amigos”, del 29 de octubre, persiste en estas críticas contra la clase política que permanece hundida y perdida entre eternos suplicatorios. Azorín, por ello, hace uso de la ironía:

Pequeño viñador que en estos días del otoño manejas tu podadera, pequeño mercader que estás hora tras hora en tu tiendecilla, pequeño tejedor que arcas y tejes la lana, pequeño tundidor que adobas las pieles, pequeño carpintero que labras la madera, pequeño herrero que sobre el yunque -¡tin-tan, tin-tan!- forjas el hierro, pequeño minero que bajas a las minas, pequeño picadero que arrancas los sillares de las canteras, pequeño albañil que caminas por los andamios eminentes, pequeño pescador que corres con tu barca por los inmensos mares azules: alegraos todos, seguid alegrándoos todos. Vuestros procuradores en Cortes velan por vosotros.

El 31 de octubre regresa a estas largas e interminables sesiones en el Congreso, donde Azorín aprovecha incluso para recoger comentarios de los diputados fuera de la cámara, en los pasillos, sobre estas mismas observaciones. Al final, apunta con ironía (“Impresiones parlamentarias. La primera noche”):

Y vosotros, en este ambiente de exasperación y de fatiga, entre estos seres extraños que a horas intempestivas gesticulan y gritan, tornáis a

experimentar la sensación aguda, inquietadora, de lo extraño, de lo quimérico, de lo absurdo, y pensáis cómo, en el seno de una sociedad sensata, unos pocos hombres pueden entregarse a tan desatinadas fantasías.

Antes y después, Maura es el gran protegido de Azorín en sus “Impresiones parlamentarias”. Por ello, si el 31 de octubre el presidente es “dueño perfectísimo de sus ademanes, de sus gestos y de sus palabras”, el 1 de noviembre, en el “Epílogo” de estas “Impresiones parlamentarias”, Azorín resalta el gesto de Maura con Lerroux cuando, en las interminables sesiones con los suplicatorios, le permite una intervención más. El gesto, decíamos, para Azorín, en su inspiración pictórica, lo eleva a categoría histórica.

Y ya en los pasillos, el señor Maura tiende sus dos manos al señor Lerroux. Este es un pequeño gesto que pasará a la Historia; Richelieu, Talleyrand, los grandes mundanos, los grandes políticos, no hubieran tenido un gesto, con su adversario, de más *urbana* y a la vez altiva cordialidad. ¿Recordáis el cuadro de la Lanzas de nuestro gran Velázquez? Este es el gesto con que Spínola le echa el brazo por encima del hombre a Justino de Nassau, que le entrega, rendido, las llaves de la plaza.

Así pues, alcanzado el acuerdo para el final de la sesión, Azorín vuelca nuevamente su irónica visión ante el “espectáculo” de la cámara:

Y así ha terminado la famosa sesión. El Parlamento español ha estado durante cuarenta horas discutiendo si se prorrogaría la sesión; cuando, por fin, se ha acordado esta prórroga, se ha visto que no hacía falta para nada. Y éste es uno de los resultados del debate. Y el otro es éste: dentro de cuatro días, los señores diputados recibirán un número del Diario de Sesiones con el relato de la sesión pasada; este número constará de cuatrocientas páginas; este número será una enciclopedia; en ella se hablará de la enseñanza, de la pesca, de los aranceles, del bacalao, del descanso dominical, del precio de los artículos de primera necesidad, de los mármoles, de las piedras de construcción, de las máquinas de coser y de los puerco-espines...

En el Senado

Azorín huye entonces del caos del Congreso (sobre todo por el provocado con las prerrogativas) para acudir al Senado (“Impresiones senatoriales. El señor López Muñoz”, del 4 de noviembre) cuando el alicantino confiesa, con toda intención, lo siguiente: “yo tengo en mi mano derecha mi paraguas de seda roja”. ¿Había forma más nítida de indicar entonces su posición ideológica?

La serie “senatoriales” de Azorín está marcada por la discusión sobre el Concordato, cuyas discrepancias venían dándose desde años atrás entre quienes creían que las órdenes religiosas debían someterse a la Ley de asociaciones y, por tanto, al poder estatal. Y, por el contrario, estaban quienes aducían que esto era un

asunto de competencia eclesiástica. Azorín, en este sentido, aprovechó para salvar a Maura de la bronca y división política que suscitó la polémica, destacando los aplausos que de uno y otro lado recibía el líder de los conservadores. Para ello, además, el alicantino resaltaba humorísticamente los discursos de los liberales.

El 5 de noviembre, en “Impresiones senatoriales. El señor Labra”, Azorín se limita a exponer la extensa intervención del diputado liberal Labra, aunque matiza que su discurso se basa excesivamente en el pasado cuando, al pueblo, solo le interesa el presente.

Todo esto es interesante y erudito; pero yo no puedo seguir al orador en su bello discurso. El Sr. Labra ha demostrado plenamente que el proyecto es un retroceso lamentable; el Sr. Montejo y Rica ha hecho ver a la Cámara todo lo contrario. Yo sigo, un poco sorprendido, estos debates. Tal vez yo pienso que se habla demasiado de historias viejas, de constituciones y de artículos. Al país solo le interesa el presente.

La protección que dispensa Azorín a Maura en este asunto del Concordato se puede detectar en la crónica del 8 de noviembre, “Impresiones senatoriales. Un jeroglífico”, cuando destaca la aparición del líder de los conservadores y, por otro lado, trata de dilucidar los contrastes en este sentido de los liberales, dando a entender que estos andan perdidos en el debate. Por el contrario, el periodista alicantino llena de adjetivos positivos a Maura, que habla tranquilo, sosegado, en una oratoria natural, mientras que los liberales, por su parte, andan sumidos en un silencio significativo con síntomas de serias dudas. Esta es la realidad –condicionada- que representa Azorín en sus crónicas.

El Sr. Maura se detiene un momento en su discurso; luego se yergue y pregunta con voz tranquila: “¿Qué es lo que no os gusta a vosotros en el convenio?”. Los señores senadores liberales callan; éste es un ligero silencio también significativo. Y el Sr. Maura dice con una maravillosa, épica –oídló bien, épica- naturalidad: “Vosotros no pedisteis nunca a la Santa Sede en vuestras negociaciones ni más ni menos de lo que contiene este convenio”. Y se ha producido otro breve silencio, pero éste más profundo, más significativo, más elocuente que todos los discursos pronunciados en esta Cámara Alta; los señores senadores liberales parecían meditar en hondas cosas.

Para rebajar esta inclinación favorable del periodista alicantino Azorín hacia los mauristas, el 9 de noviembre, redacta una crónica-homenaje al liberal Montero Ríos desde el Senado.

Y, finalmente, el alicantino da por concluido el debate el 10 de noviembre tras incorporar la versión eclesiástica sobre el Concordato con el obispo de Tuy, salvando nuevamente a Maura y solo entresacando algún leve enfrentamiento entre la iglesia y los liberales.

¿Trato de favor a Maura? Azorín se defiende

Las constantes alabanzas de Azorín a Maura y los conservadores originan distintas acusaciones de favoritismo y partidismo en sus crónicas informativas de *España*. Esto, por tanto, le obliga al periodista alicantino a esclarecer públicamente su posición en “Para amigos y enemigos. Una confesión: Los amores de Azorín”, del 7 de noviembre. Por ello, lejos de esconderse, el alicantino escribe: “Los amores de Azorín, lectores amigos, están fundados en el señor Maura; el pequeño filósofo ha elogiado la palabra, el gesto, las actitudes y el ligero bastón del señor Maura; el pequeño filósofo, en su consecuencia, es clerical, es decir, está completamente, irremediabilmente, vendido al oro de la reacción”.

De cualquier modo, Azorín recalca que de Maura no ha recibido trato de favor alguno, ni se han cruzado palabra en este tiempo. No hay pues elogios acordados previamente en el libre ejercicio de su periodismo:

Yo salgo del Congreso y escribo mis impresiones parlamentarias. ¿Hay en ellas elogios para el presidente del Consejo? Yo no he recibido ninguna merced, gracia, favor o sinecura del señor Maura; yo no he cruzado nunca la palabra, ni aún el saludo, con el ilustre orador; a mis manos no ha llegado tampoco nunca ninguna carta suya, ni le he escrito yo por mi parte. Es más: si el señor Maura se acercase a un corro de periodistas en que estuviese el pequeño filósofo, el señor presidente no sabría decir quién era, entre todos, el tal filósofo.

Azorín, que es el periodista que lleva en su “mano derecha” el paraguas de seda rojo, declara su amor por Maura, pero bajo ningún precio. Es decir, el periodista alicantino reconoce su inclinación por el líder de los conservadores españoles, pero a cambio de nada. Así lo explica el reportero en este interesante escrito de *España* en el que declara su amor por los museos, así como su fijación y observación en la sociedad, “de las cosas triviales, diarias, prosaicas de la existencia”.

Pero... ¿por qué esta defensa, esta postura maurista de Azorín desde las primeras páginas de *España*?

Esta es su respuesta:

Yo camino por los pasillos; yo no trato a ningún personaje político, grande ni chico; yo no les he pedido nunca nada; no hay ninguno de ellos que pueda enseñar ninguna carta mía, ni que pueda citar alguna solicitud verbal que yo les haya hecho. Pero la sesión ha comenzado; es preciso subir a la tribuna. Yo subo, y entonces, si habla el señor Maura, yo le voy escuchando –con más gusto que a otros oradores- y luego traslado a las cuartillas mis impresiones. ¿Son de simpatía, son de afecto? Hay algo en los hombre, por encima de sus ideas, aparte de su vida, que os atrae o que os repele sin que vosotros os expliquéis por qué; es esto como una fuerza, como un efluvio misterioso que está más hondo que todas las vanas apariencias de las palabras, de las ideas y

de los hechos cotidianos. (...) ¿Cuál es la causa? Todo esto es un misterio; el hombre camina aún a tientas entre una porción de tinieblas...

Sin embargo, pese a que Azorín insistía en que no tenía nada que ver con Maura, y no existía relación alguna de por medio, las cartas del alicantino al médico monovero José Pérez Bernabéu²⁸¹ prueban la relación, más o menos directa, con Maura. Sobre todo la del 10 de junio de 1904, cuando dice: “He visto esta tarde en el Congreso a D. Gabriel Maura y le he hablado de nuestro asunto. Me ha dicho que le mande una nota y que inmediatamente saldrá la carta a D. Antonio”.

La epístola lleva el membrete del diario *España*, y Gabriel Maura, hijo de Antonio Maura, era quien le llevaba todo los asuntos a modo de secretario personal. Por el texto se entiende que está recomendando Azorín a Bernabéu en Madrid, quizás para alguna plaza de Sanidad. El 13 le indica Azorín que ha vuelto a hablar con Gabriel Maura “y me ha dicho que ya ha salido la carta de D. Antonio para el alcalde de Monóvar”. El 17 de junio le adjunta la carta que el alcalde ha enviado a Maura, y el 24 le remite nuevas noticias tras estar con Maura.

Esta correspondencia epistolar confirma este intercambio de favores de Azorín con el poder, es decir, con Maura entonces en la presidencia del Gobierno. De hecho, cuando el alicantino aseguraba que no tenía ningún trato de favor, y que su posición se limitaba únicamente a escuchar a los diputados en el Congreso, no era realmente así. El alicantino se había servido de su posición como periodista para codearse con los tentáculos del poder.

De cualquier modo, la prueba más fehaciente de esta relación con Antonio Maura, es la carta que le remite Azorín a Maura el 28 de enero de 1905²⁸², todavía en el diario *España*, a unos meses de su salida, cuando le confiesa su admiración:

Señor de toda mi consideración:

He recibido la bondadosa carta de usted, que en mi modesta vida ha constituido verdadero acontecimiento. Yo excuso encarecerle el afecto, la admiración y la adhesión que siento hacia su persona. Yo no podría explicar esto en una carta; esta simpatía que yo siento está inspirada por esa fuerza, por ese ímpetu, por esa alteza de pensamiento –tan característica de nuestros grandes estadistas antiguos–, por ese desdén hacia las cosas pequeñas, por esa intuición rápida, por esa flexibilidad de comprensión que tanto admiraba en usted un queridísimo maestro mío, gran artista también de nuestra prosa y único también en nuestra política: don Francisco Pi y Margall.

²⁸¹ Payá Bernabé, José (2001), ed. cit., págs. 13 y 14.

²⁸² Rovira y Pita, Prudencio (1949), *Cartas son cartas. Varias fichas del archivo de Maura*, Espasa-Calpe, Madrid, pág. 59.

Es de usted cordial admirador, que su mano besa,

Azorín había enviado a Maura, en enero de 1905, un ejemplar de *Los pueblos*, de la segunda edición, puesto que su salida al mercado había contado con un gran éxito. Así, el líder conservador le escribía en estos términos con los que se puede deducir la amistad y confianza entre ellos. Además, cabe destacar cómo Maura confiesa que, por su condición política, no ha podido agradecer en público sus alabanzas en la prensa.

Amigo "Azorín"²⁸³:

No pida usted más ceremonia en el comienzo de mi primera carta, siendo usted quien añadió al trato cotidiano por lo que escribe y yo leo, y las benevolencias que obligaron mi gratitud. Deseaba saludarle y decírselo, y ahora que me pregunto por qué no lo hice, no me doy otra explicación sino un respeto indeliberado a la espontaneidad de sus injusticias de usted, a la originalidad de esas bondades sin hilos, peregrino caso entre lo que se estila: algo que al ánimo le recuerda los vagos aromas campestres de las plantas por nadie sembradas ni cultivadas. Ahora me dedica usted cariñosamente un ejemplar de su libro *Los pueblos*, nuevamente editado, y pago juntas las deudas viejas y la nueva. Mil gracias y piense usted que me tiene impedido para hablarle de las alabanzas que oigo por dentro en muchos pasajes de sus escritos de usted al leerlos; pues las degradaría la apariencia de ser obsequio trocado cuando ya en ellas solo pongo el oído a la justicia.

Téngame, le ruego, por su amigo, q. b. s. m.,

A. Maura.

Más política

Estas crónicas azorinianas son, unas veces, informativas; pero en otras, se cueplan elementos subjetivos del periodista alicantino, opiniones con un trasfondo editorialista. Este esquema se repite el 16 de noviembre cuando, en un debate sobre el saneamiento de la moneda (en el que la imagen de Maura sale nuevamente favorecida), Azorín demanda que se prioricen otras políticas más imperiosas:

Y para conseguir el bienestar hondo y duradero del país, ¿no será lo más llano, lo más lógico, el cruzarlo y recuzarlo de caminos, el repoblar los montes, el represar los nacimientos de los ríos para paliar las rápidas y destructoras corrientes, el crear Cajas de crédito que liberen al labriego de la usura y le permitan realizar la transformación del cultivo extensivo en intensivo, el organizar la enseñanza nómada que difunda las nuevas prácticas y destruya rutinas y prejuicios, el procurar, en fin, que los productos de la tierra puedan ser transportados al interior y al extranjero rápida y económicamente? Cuando todas

²⁸³ Rovira y Pita, Prudencio (1949), ed. cit., pág. 58.

estas cosas y otras muchas se llevaran a cabo, ¿podríamos pensar en operar el suspirado saneamiento de la moneda? “Hay que trabajar – decía el Sr. Maura resumiendo su pensamiento-; hay que trabajar sobre las causas hondas, para que éstas, a su vez, determinen, con la flexibilidad de las leyes naturales, un estado de tonicidad nacional que en vano trataríamos de lograr por otros lados”. Pocas veces se han pronunciado palabras tan sensatas, tan prácticas en nuestro Parlamento.

Azorín recoge en “Impresiones parlamentarias. La fatalidad”, del 17 de noviembre, la anécdota de Morayta, que fue ministro solo por unas horas. Y el 18 de noviembre, una nota de melancolía tiñe sus palabras ante la “Muerte de un diputado. Villasegura”, el 18 de noviembre: “Y los hombres elegidos al azar mueren en un momento, en medio de su descuido, como cae una hoja de un árbol...”. El 19 de noviembre, con “Homenaje parlamentario. Una vida”, dedica una breve semblanza al marqués de la Vega de Armijo por sus 50 años como diputado.

El republicano Nogués plantea entonces la importancia de revisar la tasa de consumo y transportes para evitar la subida de precios en los alimentos más básicos, como el pan y la carne, lo que es plausible para Azorín, tal y como lo destaca el 23 de noviembre en “Impresiones parlamentarias. Las subsistencias”. Sin embargo, pese a que ya se está produciendo este incremento alarmante de los precios (que sobre todo paga el pueblo y las clases más desfavorecidas) es significativo que Azorín no refleje ni un átomo de crítica en el escrito contra los conservadores y Maura.

En este sentido, Azorín mantiene su preocupación por los eternos debates que siguen sin responder a la necesidad de solución o ayuda al pueblo español. Así lo entiende al final de la crónica del 24 de noviembre (“Impresiones parlamentarias. Historias viejas”), tras las idas y vueltas de los diputados Soriano y Sánchez Guerra:

Yo no sé qué pensar de estos logogrifos. Todo esto, ¿es blanco? Todo esto, ¿es negro? Y luego, sea blanco o sea negro, ¿qué representa todo esto, ya sabido, ya pasado, ya discutido a su tiempo en el Congreso, al lado de los cien problemas hondos que preocupan a España? El distinguido diputado por Valencia, inteligente, culto, discreto, puede meditar sobre este punto.

Lo mismo ocurre el 25 de noviembre, con “Impresiones parlamentarias. ¡Viva el régimen!”, cuando escribe Azorín ante este vacío absoluto de decisiones y atenciones al pueblo:

Yo, lector, he salido de la Cámara profundamente encantado. Es un admirable Parlamento éste en que se llenen las tribunas, se pronuncian multitud de discursos ardientes, van y vienen los diputados, se redactan proposiciones incidentales, se enardecen las pasiones, se

cruzan impropiedades, no porque la nación agoniza de inanición y de pobreza, sino porque allá, en 1901, se suspendieron ocho concejales en una provincia, y porque un señor, que no se sabe quién es, dijo tales o cuales cosas paseando una vez por el jardín de un pueblo que no tiene jardín...

A Azorín le sobrecogen estos debates innecesarios, que para caricaturizarlos toma de Montesquieu, el “primero de los parlamentos contemporáneos” (26 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Montesquieu nos conocía”).

¿Contaré la complicada maraña de esta sesión? ¿Qué pensar de lo que ocurren en el Parlamento? Todos estos señores diputados, tomados individualmente, uno por uno, son afables, discretos, inteligentes; más desde el instante en que se sientan en sus escaños rojos, ya son otras personas. (...) “Yo he oído decir que un Rey de Aragón, habiendo reunido los Estados de Aragón y Cataluña, las primeras sesiones se emplearon en decidir en qué lengua habían de mantenerse los debates. La discusión era viva, y los representantes hubieran chocado mil veces a no haberse imaginado un expediente, que consistía en que la demanda se hiciese en catalán y la respuesta en castellano”.

Al periodista alicantino le solicitan entonces desde la Unión Iberoamericana un escrito en torno a la gramática (“Fantasías y devaneos. El idioma, del 29 de noviembre), y Azorín, el “pequeño filósofo”, indica que la lengua es un ser vivo que cambia, permuta con el tiempo. La lengua es, por tanto, un ente vivo que se ha creado para designar a las cosas por su nombre, aunque sobre este aspecto Azorín echa en falta precisión, quizás por la “precipitada prosa periodística” o bien por la influencia de novelistas y literatos que son más castizos que exactos.

Hoy, acaso no hay ningún prosista en nuestra patria que acierte a designar todas las cosas pequeñas, vulgares, prosaicas de la casa, de la calle y del campo con sus títulos respectivos. (...) Y es preciso volver a la realidad, y el comienzo ineludible de esta vuelta a las cosas menudas, prosaicas, indispensables, es conocer estos nombres exactos, propios, concretos, que han de abrirnos la puerta a un conocimiento, a un amor, a una compenetración profunda y definitiva con la realidad, a una orientación de vida y de ideal.

Por eso, informa, los pedazos que hay en las inmediaciones de los pueblos se llaman cortinales; los frutos que se retrasan son serondos; la vegetación baja, pobre, de los montes sin arbolado, matiza; y un almendro silvestre, un allozo.

Hay entonces escasos elementos que centren la atención política de Azorín en el Parlamento, por lo que en ocasiones se deja llevar por anécdotas como la del diputado Cervantes, que le inspira confianza por llevar el apellido del insigne escritor (30 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Unas cosas y otras”).

El 2 de diciembre, Azorín sigue repartiendo adjetivos según del lado político en el que estos estén situados. Por eso presenta a Villanueva como “eterno, incansable y terrible” y, en cambio, Maura está “tranquilo”, con su “tono plácido”. Azorín escribe pues desde su prisma más particular, defendiendo siempre al líder conservador:

Y el Sr. Villanueva continúa: “No quería volver S. S. la vista a los tiempos pasados, según manifestaba; pero el Sr. Maura se volvía a mí, que he sido la menor cantidad de tiempo posible gobierno en un Gabinete liberal”. El reproche del Sr. Villanueva era injusto; nadie en la Cámara, sea quien fuere, piensa en este distinguido diputado al hacer determinadas alusiones.

Azorín critica la escasa presencia de los diputados en la Cámara cuando interviene el republicano Junoy sobre los “dolores del proletariado” (3 de diciembre, “Impresiones parlamentarias. Zarathustra, el Águila y la Serpiente”). Pero “esto interesa poco; había en la Cámara en este momento preciso el número exacto de seis representantes del país; las tribunas estaban vacías”. Junoy continúa con su denuncia de esta situación, pero al resto de políticos presentes esto parece importarle poco o nada: “Un señor diputado escribe precipitadamente unas cartas; otro lee un periódico; el de más allá, tumbado voluptuosamente, mira la opaca claraboya”.

La publicación de *La locura de Don Quijote*, de Ricardo Royo y Villanova, inspira a Azorín la ensoñación de “Fantasías y devaneos. Un loco”, del 7 de diciembre, con Don Quijote en Argamasilla de Alba; y la hazañas vividas por el navegante y científico sueco Nordenskjold en el Ateneo, el 9 de diciembre, son contempladas por admiración por Azorín: “Solo cuando se ha vivido mucho, cuando se ha pasado por angustiosos trances, cuando se han sentido grandes dolores, se llega a esta sencillez, a esta simplicidad de frase y concepto”, afirma.

El peligroso aumento de precio de las subsistencias, de los alimentos más básicos, había sido objeto de análisis en sus crónicas. Y eso mismo lo reemprende en el debate que, sin más, zanja Romero Robledo como presidente del Congreso, lo que aviva la crítica de Azorín el 10 de diciembre (“Impresiones parlamentarias. Un pequeño gesto”). Porque este “gesto”, para el alicantino, representa una política española “sin asiento en la realidad, sin raigambre en los menudos e inexorables hechos de la vida”.

Yo no he visto en mis andanzas parlamentarias otro gesto más elocuente, más significativo, más trascendental, que éste del Sr. Romero Robledo. Obreros, ¿qué opináis vosotros de él? Albañiles que camináis por los andamios, herreros que golpeáis en el yunque con los recios machos, carpinteros que labráis la madera, tipógrafos que componéis estas cuartillas u otras análogas, carromateros que le dais

algunos malos ratos con vuestros estruendosos carros, pintores que pasáis y repasáis las gruesas brochas por las puertas y las ventanas, todos, todos vosotros los que andáis por el mundo como azacanes desde que quiebra el alba hasta que anochece, ¿qué concepto os merece este ligero ademán del señor presidente de la Cámara popular?

Este mismo tema preocupa a Azorín, que no entiende porqué Romero Robledo continúa apartando el debate sobre las subsistencias (11 de diciembre).

El 13 de diciembre Azorín acude al Ateneo para asistir a la conferencia de Silvela, con el que trabaja un amplio artículo a tres columnas enteras en primera plana de España (“La ética en España. Silvela en el Ateneo”).

Dimisión y final político

El Gobierno dimite entonces en bloque, y surge el interrogante, la incógnita, la crisis. Azorín encierra este estado de incertidumbre, de angustioso ambiente, sobre el pueblo, los diputados, los periodistas, y sobre la cuestión de quién asumirá el poder en “Impresiones parlamentarias. La crisis”, del 15 de diciembre. Sin embargo, el alicantino no cubre informativamente la noticia desde la tribuna de periodistas, sino desde los pasillos y el exterior del Congreso.

Azorín desconoce aún qué acontecimientos han precipitado la crisis general en el Gobierno por lo que, en “Impresiones parlamentarias. La caída”, del 16 de diciembre, se dedica a testimoniar entre periodistas y políticos qué ha podido ocurrir (lo que llama la atención que, de estas declaraciones, incluidas las de la oposición, liberales y republicanos, todas derrochan admiración hacia Maura). El republicano Melquíades Álvarez dice: “Maura es un defensor del régimen; los conservadores, en esta ocasión, como en tantas otras, y por una paradoja vieja en España, son los verdaderos parlamentarios”. De Salmerón circula que Maura se ha ido “de un modo digno”. Y hasta Blasco Ibáñez se ablanda cuando Azorín le pone al tanto: “Eso es soberbio: Maura ha caído como un hombre; lo que él ha hecho no lo hubiera hecho un liberal”. Para el periodista alicantino, no hay duda: “el señor Maura ha caído digno, fuerte, íntegro, desdeñoso”.

Este panegírico es la última de sus “Impresiones parlamentarias” que firma en *España*, que simboliza la total inclinación de Azorín con Maura, su fe absoluta e inquebrantable, puesto que ha mantenido esta misma posición durante toda la serie (editorial, hechos subjetivos, confesiones y opiniones también, por lo que el periodista tampoco se ha ocultado en este aspecto). Así pues, el alicantino continúa indagando sobre las distintas versiones de la causa que ha originado la crisis y dimisiones en el Gobierno, pero para ello no atiende a las hipótesis y cábalas de la

prensa y sí a los testimonios que ha podido recoger: “Yo no sé lo que contará las letras de imprenta; esto es lo que han dicho las lenguas”, apunta.

Fin político, inspiración cultural y social

Tras la caída del Gobierno de Maura, Azorín se ciñe a cuestiones culturales y sociales en sus artículos de *España*. Por eso se refugia en la crítica teatral el 19 de diciembre (“La psicología en el teatro. Un místico”), en un violento ataque a la obra de Santiago Rusiñol. Aunque eso no evitó que Azorín apartara su aspecto más crítico y analítico, propio de su perfil más periodístico, cuando el 22 de diciembre (“Sobre un libro de Morote. Sobre lo viejo y lo nuevo”), vuelve al asunto de “Frailes y monjas”, en alusión a las estadísticas del clero en los pueblos; y el 26 de diciembre (“El INRI de España: los árboles y el agua”), alude a la despoblación forestal española a través de los siglos por la escasez de agua, con una precisa reflexión final sobre la reivindicación del papel de la educación:

Y concluís entonces, como síntesis de todas vuestras reflexiones, que sólo una labor educativa, paciente, tenaz, en que las iniciativas individuales dispersas por la Península vayan despertando y creando, en progresión creciente, otras iniciativas, puede resolver la actual crisis de España; que será inútil pensar en políticas hidráulicas o agrarias si antes no se atiende a la escuela; que a esta necesidad de la educación es a la que en primer término, de todo más perentorio, deben ocurrir los gobernantes, y que, en definitiva, es preciso considerar que en esta empresa hemos de poner todos el más alto desinterés, la más acendrada abnegación, puesto que los resultados de nuestros esfuerzos serán largos, y puesto que no es para nosotros para quienes trabajaremos, sino para esta entidad que se llama Patria, o, si queréis, para otros cosa más grande, más perdurable, que se llama especie.

Para Azorín, entonces, la política pierde interés. Había caído su líder político, su admirado Maura, y eso influyó notablemente en la temática de sus siguientes artículos hasta la despedida final en *España*. De hecho, si hasta ahora la mayor producción había sido de índole político, este interés se esfuma, desaparece, y el “pequeño filósofo” atiende a sus intereses culturales y sociales.

Por eso, el 28 de diciembre (“Gloriosas tradiciones. El arte nacional”) se inspira en la obra de Gracián y la pintura de Velázquez, concretamente con *Los borrachos*, para retratar la mísera España del siglo XVII con la reflexión final de: “nada hay que marque de una manera más exacta el nivel moral e intelectual de un pueblo que aquellas cosas que este pueblo pone en ridículo y en las cuales halla el esparcimiento”. Y el 29 de diciembre (“El misterio de las cosas: Dos desconocidas”) Azorín relata el encuentro con unas lectoras que preguntan si el articulista alicantino ha escrito en esa edición para *España* (su firma era sin duda célebre).

Solo despierta interés para Azorín las noticias de índole cultural. Por ello, la lectura de una reseña sobre una compañía teatral itinerante, con su director Caprisco, suscita una semblanza de este tipo de oficios en el pasado (2 de enero, “Gloriosas tradiciones. El Gran Caprisco”); y continúa con la crítica (o más bien, elogio) a la última obra de Pío Baroja, “Aurora roja”, el 7 de enero: “Y así, en una obra literaria basta comprobar de qué modo se interpreta el paisaje para que nos formemos idea de las concepciones sociológicas y filosóficas de autor”, escribe.

En “Voto particular. El caso Hermida”, del 9 de enero, Azorín defiende el derecho de expresión del periodista Hermida (corresponsal en Madrid del diario *La Discusión*, de La Habana) sobre los comentarios que vierte sobre todo acontecimiento en España, lo que entiende el alicantino como un ejercicio de libertad que aporta y no resta. En este sentido, el alicantino incorpora un amplio número de reseñas sobre visitantes extranjeros que han criticado en sus libros a España, y finaliza así:

Dejemos que cada cual, español o extranjero, emita libremente su juicio sobre nosotros. Lo que nosotros necesitamos no son admiradores piadosos y amables, sino críticos que nos expongan con entera verdad, con entera brutalidad, si queréis, sus opiniones.

Y será un deber de patriotismo, no el rechazarlos, sino el de oírlos atentamente, para contrastar sus palabras con la realidad censurada. Porque de esta propia contrición, y no de la loca vanidad que nos reprochan todos los viajeros que acabamos de citar, es de donde ha de partir, como base indispensable, la deseada palingenesia de nuestra patria.

Azorín, pues, permanece al margen de la actualidad política y prosigue en su producción de índole cultural, histórica y social. Así, el 10 de enero (“En el museo. Las fantasías del señor Villegas”), reflexiona sobre el constante cambio de los cuadros en el Prado lo que origina deterioros en algunos de estos (sobre esta temática ahonda desde los tiempos de *El Globo*); y el 11 de enero (“En el otro museo. La hora de todos y la fortuna con seso”) alude a la tarea de la nombrada Comisión para la expurgación del Museo Español de Arte Moderno, a la que Azorín felicita por su buen trabajo.

Azorín regresa entonces al paisaje y la inspiración de los viajes (12 de enero, “La tierra de Castilla”) en la fugaz visita del autor Luffmann, de *A vagabond in Spain*, con el que realiza un breve recorrido para contemplar la naturaleza de España:

-Yo –me dice míster Luffman-, entre todos los países que he recorrido, quiero a España con una inexplicable simpatía. El paisaje de España es único entre todos. Yo he visto en otras partes paisajes notables por su gracia, por su delicadeza, por su grandiosidad; pero no he visto en

ninguna parte esta nobleza, esta austeridad elegante, esta severidad amplia, luminosa, de la campiña castellana...

Al periodista alicantino le ha interesado siempre la opinión de viajeros extranjeros sobre España. De hecho, es un experto en esta temática de libros, y de ellos ha dejado numerosas notas en sus artículos. Sobre este, Luffmann, mientras recorren juntos algunos parajes, cabe destacar el apunte de Azorín sobre la “literatura de Castilla”, anticipo de próximas reivindicaciones del “pequeño filósofo”:

Y el tren corre con un atronador estrépito por la campiña castellana. ¿No veis una íntima conexión, una secreta armonía entre este paisaje y la casa, el traje, el carácter, el gesto, el arte y la literatura de Castilla? ¿No es este paisaje el mismo espíritu de Quevedo –el más típico de los espíritus castellanos-, compendioso, austero, severo, rígido, altivo, indomable, inflexible? ¿No parece, al contemplar este horizonte, estas ondulaciones de la tierra, estos negros encinares, que estamos leyendo las sentencias fuertes y rotundas del *Marco Bruto*?

El 14 de enero, “Castillos en España. Epílogo al señor Cobos”, encierra un interesante paralelismo con la producción periodística de Azorín en *España*, ya que hastiado por el sin sentido de la clase política en sus eternos debates y falta de decisiones, el alicantino dejó de asumir sus tareas informativas en el parlamento. Una sensación de abandono, de pérdida de fuerzas, que también se percibe en Cobos –el protagonista de este artículo- que viaja a España desde Buenos Aires con el propósito de levantar una nueva universidad. Pero, al comprobar el estado del país, la hambruna y el abandono de las provincias por parte de los políticos (asunto reincidente en el periodismo del alicantino), se marcha sin acometer el proyecto.

El señor Cobos ha visitado apresuradamente ministerios, oficinas, centros docentes; el señor Cobos ha hecho y recibido estas rápidas, frívolas y numerosas visitas en que se derrochan sonrisas, promesas y asentimientos que luego se han de disipar con prontitud; una atmósfera de artificio, de anormalidad, seguía al señor Cobos por todas partes y le impedía, acaso, el ver la realidad. ¿No conocéis los viajes que nuestros políticos hacen de cuando en cuando a provincias? ¿No sabéis que el mismo ambiente de que viven rodeados en Madrid lo llevan a los pueblos y las ciudades, y que los comités, los recibimientos, los entusiasmos, de los correligionarios, las intrigas, las disensiones pequeñas que hay que solucionar forman como un muro formidable, que hacen que tal político no se percate de la verdadera vida, dolorosa, angustiosa, de España?

“A mis amigas. Un almanaque” (del 16 de enero) y “Vidas imaginarias. En la universidad” (19 de enero) siguen la estela de las cavilaciones y preocupaciones de Azorín en sus “Fantasías y devaneos”. En este caso, y sobre el primero, bien sobre la realidad dolorosa: “Esta es la vida; el porvenir es para nosotros siempre risueño”;

en el segundo, bien sobre el paso del tiempo y cómo la juventud da paso a la madurez, a la contemplación y maduración de las ideas: “Yo ya soy un poco viejo; yo evoco aquellos años de estudiante que pasé allá en Madrid. Las cosas, en las lejanías del tiempo, han adquirido un relieve extraordinario; no me sucede nada; no sucede nada en el pueblo, y los más pequeños detalles de la vida son como sucesos enormes, complicados”.

“La muerte de un amigo: Sarrió”, del 20 de enero, fue incluido por García Mercadal²⁸⁴ en *Veraneo sentimental*, y excluido por Miguel Ángel Lozano en su edición de 2016 por entender que está fuera de esta serie. Cruz Rueda lo insertó en *Los pueblos* (pese a que Azorín no lo seleccionó en el original de 1905), de igual forma que hicieron Valverde (1973) y Gómez (1990) con sus respectivas ediciones.

El “pequeño filósofo” parece atravesar entonces un momento complicado, de honda emoción. Eso se percibe en este artículo que conecta con los anteriores de enero de 1905, en los que pesa el transcurso inevitable del tiempo; la “realidad dolorosa”; o la destrucción de los sueños en el caso del señor Cobos y su universidad. Por eso Azorín ahonda ahora en la muerte del amigo de Antonio Azorín, Sarrió, cuando escribe que: “Todo pasa; los seres queridos desaparecen de nuestro lado; una estela de amor y de melancolía queda en nuestro espíritu”.

Con “Juicios de fuera. Wanderings in Spain”, del 21 de enero, destaca nuevamente Azorín una obra de viajes, esta vez del inglés Hare, quien lanza numerosas críticas a España, por lo que el alicantino agrega: “No protestemos. Yo creo que el verdadero patriotismo debe desear estos libros” (que es lo mismo que defiende en “Voto particular. El caso Hermida”, del 9 de enero de 1905).

El 23 de enero, “Sobre el poeta Galán”, es una semblanza-homenaje al poeta fallecido, lo que Azorín aprovecha para ensalzar los versos de Garcilaso y Fray Luis de León, a los que reivindica puesto que “son los que primero han sentido en España la Naturaleza de una manera directa y personal”. El 25 (“Dos libros. Clara y Bergeret”) se centra en las traducciones de *Culpas ajenas* (de León Tinseau) y *El olmo del paseo* (de Anatole France), confeccionadas por Luis Ruiz Contreras, lo que despierta su fantasía e inspiración. El 28 (“Don Alonso Quijano en Londres”) Azorín plantea la cuestión de si es posible representar en el teatro la obra cumbre de la literatura española, el hidalgo de Cervantes, a partir del homenaje que se le dispensa en Londres en la prensa inglesa.

El 31 de enero (“Las ideas de Wells. Mirando a lo futuro”) se centra en su nuevo estudio sobre *El descubrimiento del porvenir*. Para entonces, Wells es sin

²⁸⁴ García Mercadal, José (1944), *Veraneo sentimental*, Librería General, Zaragoza.

duda una de las grandes influencias de Azorín en su producción periodística en *España*, puesto que ya le había dedicado varios escritos, siempre en relación a una utópica sociedad que avanza y progresa por la tecnología, ciencia y la especialización en el futuro. Solo así es posible una sociedad que se libraría de los males de la clase política. Así pues, en esta ocasión, Azorín incide sobre la relación ciencia-porvenir:

La ciencia, afirma ahora Wells, es, en efecto, un problema de fe, es una afirmación, una creencia en hechos y en relaciones futuras; es decir, una profecía. Profecía es la ciencia astronómica, que reposa sobre previsiones ciertas de movimientos estelares; profecía es la Medicina, fundada en el poder de diagnosticar; profecía es la Química, en la cual se prevén los elementos antes de ser hallados; profecía son las Matemáticas aplicadas, que llegan a predecir por cálculos las cosas que de otro modo habría que encontrar por la experiencia.

De esta forma, el 1 de febrero recurre nuevamente Azorín a Wells con “Diálogo filosófico. La prehistoria”. Un artículo que, con apenas variaciones, ha tenido distintas reproducciones en prensa, libros y antologías como en *El Porvenir del Obrero*, de Mahón, el 20 de octubre de 1905, bajo el título de “La Prehistoria”; *Dinamita cerebral. Antología de los cuentos anarquistas más famosos*, edición de Juan Mir y Mir, Mahón (1913) bajo el título de “La Prehistoria”; en la revista anarquista *Solidaridad Obrera*, de Barcelona, 27 de noviembre de 1917, bajo el título de “La Prehistoria”; en *El Político*, de Azorín, en la edición de 1919, bajo el título de “Epílogo futurista”; en *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, de Lily Litvak, Madrid, Taurus, 1982; y *De la Luna a Mecnópolis. Antología de la ciencia-ficción española (1832-1913)*, editado por Acantilado (Quaderns Crema), en 1995, en una edición de Nil Santiañez-Tió. También, como relato de ciencia ficción, fue citado “La Prehistoria” en la antología *Ciencia Ficción española*. (Letras populares, Cátedra), edición de Julián Díez y Fernando Ángel Moreno, del 2014.

Así pues, resulta interesante comprobar la doble interpretación para los críticos de este cuento-relato de Azorín en el diario *España* ya que, por un lado, se ha considerado de corte revolucionario y anarquista y, por otro, de ciencia ficción. ¿Pero cómo termina “Diálogo filosófico. La prehistoria” en varias publicaciones anarquistas cuando fue publicado en febrero de 1905, con un Azorín admirador confeso de Maura y el conservadurismo? ¿Y qué rasgos identifican a este artículo-cuento-relato para ser clasificado de ciencia ficción?

“Diálogo filosófico. La prehistoria” se enmarca en un periodo de crítica social y política que Azorín desempeña en el diario *España* con el aliciente inspirador de nuevas obras sobre utopías y distopías como las que publica Wells. De hecho, la

frase reveladora con que se encabeza este artículo es precisamente de Wells, quien dice: “Estamos en el comienzo del comienzo”.

Para Azorín, como se ha visto anteriormente, la tecnología es un bien con el que es posible avanzar en la sociedad. Una fantasía profética “ante el espectáculo de la civilización futura”. Por eso, este artículo “Diálogo filosófico. La prehistoria” conecta con el de “La casa, la calle y el camino” (12 de marzo de 1904), cuando la esperanza radica en el mañana cuando las ciudades se transforman; los medios de transporte son rápidos; y hasta la mujer se ha liberado de su “estado opresor”. Asimismo, esta misma reflexión la retoma el 24 de septiembre de 1904, con “Una opinión de Wells: la democracia”, cuando señala Azorín: “Pero es, sobre todo, el progreso de la mecánica, de día en día más formidable, el que determinará la absoluta y definitiva anulación de los políticos. Entonces se habrá producido en el mundo otra revolución como la democrática de antaño”. Bajo estos mismos parámetros se expresa Azorín a partir de Wells el 31 de enero de 1905, “Las ideas de Wells. Mirando a lo futuro”: “¿por qué los investigadores científicos, dentro de un siglo, de dos, no han de poder marcar la ruta futura de los hombres?”.

“Marchemos hacia adelante –concluye Wells-, no nos detengamos; nosotros hemos recorrido una larga ruta desde que aquel ser de sangre helada, viscoso, se escondía entre las aguas, en el período carbonífero, huyendo de los gigantescos anfibios de la época. Estamos al comienzo de la más grande modificación que la Humanidad haya jamás sufrido; estamos en el comienzo del comienzo”. ¡Quién sabe si vendrá un día en que estas criaturas novísimas, que ahora están escondidas, latentes, en nosotros se elevarán sobre el planeta como sobre un taburete “y reirán a carcajadas al extender sus manos por entre las estrellas”.

Este carácter revolucionario de los artículos de Azorín en *España*, derivado de su escepticismo político (son constantes sus críticas a un Parlamento que se pierde en cuestiones y debates banales, cuando el pueblo requiere de soluciones), y sus lecturas de Wells, desemboca a que “Diálogo filosófico. La prehistoria” sea considerado de corte anarquista. Aunque también cabe recordar que, en *España*, hay otra mención a Wells cuando Azorín realiza la crítica de *Aurora roja* de Baroja (7 de enero de 1905). Una inclusión significativa y simbólica ya que, en esta ocasión, esta referencia a Wells en el texto barojiano está vinculada con el anarquismo²⁸⁵.

En la lucha del vivir, la fuerza es el derecho; la justicia, la razón –y aun la belleza- están con quien tiene la fuerza. Nada hay en las modernas

²⁸⁵ Martín, Francisco José (2002), “La aventura editorial del ‘Epílogo futurista’ y sus implicaciones políticas”, *Anales Azorinianos* 8, CAM, Monóvar, pág. 97.

sociedades que suma y represente la fuerza tanto como el dinero; para ser fuertes, para ser libres, debemos tener dinero. (...)

Y claro está que, siendo la vida humana una lucha brutal, necesaria, ineludible, y siendo nuestro único objetivo el vencer, el llegar, el instinto de la existencia nos impone el aprovechar todas las circunstancias, todos los recursos.

- Yo he sido siempre un rebelde –dice en la novela un personaje-; pero he llegado a comprender que hay que adaptarse al medio o aparentar conformidad con él. Ahora, por dentro, soy más anarquista que antes.

- ¿Y por fuera?

- ¡Por fuera! Si en Inglaterra llego a entrar en política, seré conservador.

- ¿De veras?

- ¡Claro! ¿Qué haría yo en Inglaterra siendo anarquista? Vivir oscurecido. No; yo no puedo despreciar ninguna ventaja en la lucha por la vida.

Por su parte, las predicciones futuras, la base en la tecnología, la apuesta por una sociedad avanzada en sus mejoras de transporte o, incluso, la liberación de la mujer, que parten también de sus lecturas de Wells, hacen que “Diálogo filosófico. La prehistoria” sea visto por otros expertos como un relato de ciencia ficción.

“Diálogo filosófico. La prehistoria”²⁸⁶ actúa, en definitiva, como el puente de conexión entre “la prehistoria” a la auténtica civilización, es decir, de finales del XIX a principios del XX, la sociedad del pasado con la del futuro. Así, en el diálogo entre maestro y discípulo, este reflexiona sobre la llegada de la electricidad, que es el último “estado de la evolución del hombre primitivo” ya que “desde aquí comienza la profunda transformación que los historiadores conocen, es decir, comienza la era del verdadero hombre civilizado”. Y, a partir de ahí, le explica entonces cómo funciona el medio social, los que pueden vivir en viviendas o no; el capital, el jornal y... el honor.

—Perdone usted; esta es mi obsesión actual; éste es el punto flaco de mi libro; ésta es mi profunda contrariedad. He repetido instintivamente una palabra que he visto desparramada con profusión en los documentos de la época y cuyo sentido no he llegado a alcanzar. Le he explicado a usted lo que eran las ciudades, los pobres, las fábricas, el jornal, las monedas, la cárcel y los fusiles; pero no puedo explicarle a usted lo que era el honor.

—Tal vez ésta era la cosa que más locuras y disparates hacía cometer a los hombres.

²⁸⁶ Martín, Francisco José (2002), ed. cit., pág. 97.

—Es posible...

Este “honor” era el que, sin duda, Azorín no vislumbraba en la clase política de su tiempo.

Una revelación y la protesta contra Echegaray

“Confesión de un autor”²⁸⁷ (6 de febrero de 1905), junto a “Fantasías y devaneos. La nueva crítica” (20 de mayo de 1904), revelan lo que ya había indicado el alicantino en pequeñas notas desde 1903 en *El Imparcial* con su artículo a Vives (“Filósofos españoles. Vives”, del 23 de noviembre de 1903, y que también hacía mención en *Soledades*). Es decir, esta es la creación del mundo azoriniano, ya definitivo en *España*, después de un largo proceso que también se detecta en su salto de *El Globo* a *El Pueblo Vasco* tras su cambio de posición ideológica y política.

Azorín, el “pequeño filósofo”, anuncia entonces la publicación de su libro *Los pueblos* para declarar una nueva estética, una nueva sensibilidad, sobre “las cosas pequeñas”, que decía sobre Vives, puesto que “todo merece ser vivido en la vida; no hay nada que sea inexpresivo, que sea opaco, que sea vulgar a los ojos de un observador”.

Hay ya una nueva belleza, un nuevo arte en lo pequeño, en los detalles insignificantes, en lo ordinario, en lo prosaico; los tópicos abstractos y épicos que hasta ahora los poetas han llevado y traído, ya no nos dicen nada; ya no se puede hablar con enfáticas generalidades del campo, de la Naturaleza, del amor, de los hombres; necesitamos hechos microscópicos que sean reveladores de la vida y que, ensamblados armónicamente, con simplicidad, con claridad, nos muestren la fuerza misteriosa del Universo, esta fuerza eterna, profunda, que se halla lo mismo en las populosas ciudades y en las asambleas donde se deciden los destinos de los pueblos, que en las ciudades oscuras y en las tertulias de un Casino modesto, donde don Joaquín nos cuenta su prosaico paseo de esta tarde.

Este deseo de innovación lo manifiesta Azorín con su oposición al Premio Nobel otorgado a Echegaray (7 de febrero, “La obra del Diablo. Homenaje a Echegaray”) en el que, con fina ironía, expone las pompas laudatorias de *Gente vieja* (que son los promotores del homenaje). El periodista alicantino no se ve representado en la literatura de Echegaray, y para desprestigiarle explica el motivo por el que le concedieron el famoso galardón (puesto que se lo retiraron al poeta Carducci por la carga amoral y atea de su obra titulada *A Satanás*, que chocaba

²⁸⁷ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), “La originalidad estética de *Los pueblos*”, *Los pueblos*, IAC Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante, págs. 16-18.

con los ideales de concordia y moralidad del Nobel, recayendo el premio así en Echegaray).

Todos los circunstancias, tras breve discusión, asintieron a lo expuesto por este varón respetable; y entonces el nombre del impío Carducci fue desechado y se sustituyó con el del señor Echegaray. La Prensa italiana ha contado el incidente. Véanse, pues, los extraños contrastes y paradojas que nos ofrece el mundo: Sin el diablo no hubiera escrito su oda *A Satanás*; sin su oda, no hubiese sido premiado el señor Echegaray, y sin el premio al señor Echegaray, los colaboradores de *Gente vieja* no hubieran puesto el pie en su campo.

No lo dudéis ni un solo instante: ésta es la obra y la venganza del Diablo.

Azorín insiste el 9 de febrero sobre esta literatura que es más propia del pasado que de un futuro esperanzador en “En el Español. La psicología de Echegaray”, cuando destripa la última obra teatral del reciente ganador del Nobel calificándola de sencilla, arcaica, primitiva, con pasajes de sainete, joviales, frívolos y con incongruencias psicológicas. Al final, recalca el alicantino:

Hace algunos años, cuando el gran dramaturgo Ibsen, ya fatigado, ya postrado, ya cubierto de gloria, intentaba dar al teatro nuevas obras en que se mostraba dolorosa la ruina de su espíritu, sus amigos, sus deudos, sus admiradores, las interpretaban piadosamente y quitaban al maestro la pluma de sus manos cansadas. Yo no sé, en el presente caso, y en España, quién procederá con más patriotismo, con más humanidad y con más amor: si los que incitan al señor Echegaray a proseguir escribiendo estas obras, o los que sinceramente pedimos que repose en un sosiego confortador, rodeado del cariño de sus amigos y la admiración de un público adicto.

Se acusa entonces a Azorín (11 de febrero) de ser “injusto” por su campaña de acoso y derribo a Echegaray, lo que no admite ni acepta puesto que el reciente Premio Nobel colecciona glorias y monopoliza admiraciones “desde hace 30 o 40 años”. Por ello, el periodista alicantino se desmarca nuevamente de las posiciones de otros rotativos como *El Imparcial* que celebran el homenaje a Echegaray, recordando que su obra no está en sintonía con la juventud ya que se produjo en un momento anterior al 98, cuando la inconsciencia, la irreflexión, el lirismo, la exaltación y “un estado que es en el que han vivido ideas y hombres que nos han llevado a la ruina”.

Si intentamos echar la vista por la obra del dramaturgo, ¿podremos encontrar en ella esta inspiración ética, esta difusión de ideal que abren perspectivas a los pueblos, que hacen que estos den un paso hacia adelante en su camino y que unos se sientan solidarios con el artista por algo más hondo, más íntimo que la momentánea sugestión literaria? ¿Veremos en esta obra la irradiación bienhechora y fecunda, humana, anchamente universal y nacional a la vez, de la obra de Taine

en Francia, por ejemplo, o la de Ruskin en Inglaterra? ¿Se han formado en ella las nuevas generaciones? ¿Ha entrado en nuevos cauces por ella el arte? ¿Se siente en la vida nacional su influjo poderoso?

(...) Y precisamente esta exaltación y este lirismo es lo que se pretende conmemorar ahora, cuando ha pasado el desastre, cuando vamos abriendo los ojos a la experiencia dolorosa, cuando vamos conviniendo todos en que no es la exaltación loca, audaz y grandilocuente de nuestra persona lo que nos ha de salvar, sino la reflexión fría, sencilla, la renuncia a todo lirismo, la observación minuciosa, exacta, prosaica de la realidad cotidiana...

Este es hoy el sentir nacional. Los amigos apasionados del señor Echegaray podrán celebrar el homenaje; más tal vez no se encuentren en este acto ni el amor de la juventud ni el entusiasmo de las masas.

Cuando estalla la polémica, Azorín es conocido, disfruta de la fama ("Conjuración de señoras. La celebridad", 13 de febrero de 1905), lo que le confiere una mayor autoridad para el ejercicio de la crítica y le otorga, por otro lado, un papel de líder sobre el movimiento e intento de "boicot" que se está iniciando. Así pues, el 15 de febrero ("Una lección. Los viejos"), Azorín prosigue en su protesta cuando muestra a un Moratín que, en el crepúsculo de la vida, se retira discreto y melancólico ante la juventud que llega a cantar la canción del amor verdadero al pie del balcón de doña Paquita (lo que es una clara alusión a la controversia con el Premio Nobel y el debate nuevos y viejos escritores). Y el 16 de febrero ("El homenaje a Echegaray. Examen del programa"), continúa restando valor a Echegaray ante la reciente concesión del Premio Nobel, sobre todo atacando el escasísimo éxito de las obras de Echegaray en el extranjero (principalmente en Alemania o Francia). También dirige su preciso análisis crítico sobre la organización del programa de actos, que para Azorín resulta mediocre.

El 18 de febrero, con "El homenaje de Echegaray. La protesta", Azorín manifiesta su oposición no solo al teatro de Echegaray, sino a todas las artes que representan la España muerta. Es decir, el periodista alicantino no solo enfoca su deseo de innovación sobre la obra de Echegaray (de ahí su posición especialmente ácida) sino que esta la amplía por primera vez a la literatura y al arte en general.

No es sólo contra el señor Echegaray contra quien hay que protestar; es también contra los muchos que, como él, en la literatura, en el arte, en la política, representan una España pasada, muerta, conocida por los prejuicios y por las supercherías, salteada por los caciques, explotada por una burocracia concursionista, embaucada por falsas reputaciones literarias.

Es más, Azorín aclara que esta "protesta" no es exclusivamente literaria, sino que cabe entenderla en algo que va mucho más allá. Una queja en la que el

periodista alicantino ha asumido el rol de portavoz, o al menos de voz cantante, de oposición más visible, ante un homenaje en el que, recalca, no están todos. Es decir, no está toda la intelectualidad española.

Y es preciso que digamos ya, puesto que hemos llegado a este trance, que no es, no, de ningún modo, “toda la España intelectual” la que va a significar su admiración al dramaturgo. Una parte de España expresa, por el contrario, en un breve documento, su no adhesión al acto. (...)

No se trata tan solo, en el fondo, de una protesta literaria; no se trata de un asunto de técnica, de procedimientos artísticos; no es esta, en suma, una lucha única y exclusivamente de literatos. Nosotros entendemos que esta cuestión encierra en sí una más larga trascendencia. Hemos aludido antes a lo que representa la obra de Echegaray en nuestra historia contemporánea; hemos dicho que ella resume un estado de espíritu que nos ha llevado al desastre.

Azorín había tomado el Premio Nobel de Echegaray como el pretexto perfecto para declarar su rebeldía a una literatura y un arte que no representaban la juventud intelectual de aquel tiempo. Por ello, el alicantino reescribe su posición cuando aduce que, por Echegaray, “las más florida juventud era enviada a la muerte”, e incluso insinúa, por medio de Moret, que se benefició de su posición política para enriquecerse cuando tenía el control del Banco de España. Pero, como decíamos, Echegaray es solo un símbolo bajo el que se esconde otro problema mucho más grande.

“La protesta” contó con el apoyo de importantes firmas del panorama intelectual como Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Maeztu, Palomero, Luis París, Manuel Bueno, José Nogales, Luis Bello, Manuel Machado, Antonio Machado, Manuel Ciges Aparicio, Luis de Tapia, Jacinto Grau, Francisco Camba, Francisco Villaespesa, Díez-Canedo, José Prieta, Salaverría, Candamo, Melchor Almagro, Luis Gabaldón, Grandmontage, Valle-Inclán, Pío Baroja o Enrique Gómez Carrillo, entre otros.

Reacciones en la prensa a la “protesta”

¿Pero cómo acogió la prensa la “protesta”? *La Época* dedica en su primera plana del 18 de febrero un artículo a esta cuestión (“Crónicas contemporáneas. Homenaje a Echegaray”), firmada por Zeda, quien reconoce su admiración por Azorín, por su estilo y prosa, aunque, sobre su protesta y queja por el homenaje a Echegaray, muestra su desacuerdo. Porque para Zeda, Echegaray es un renovador del teatro, que puede que no tenga tanto éxito en el extranjero como en España, donde sin embargo sí es respetado y admirado. También le pide a Azorín que no

tenga en cuenta los trabajos de Echegaray en la política o en su faceta de científico, y se centre en su legado estrictamente literario.

¿Que no todas las obras del dramaturgo contemporáneo son dechados de perfección? ¿Que en su teatro hay grandes desfallecimientos? Y, ¿cómo no? Grandes desaciertos hay, sí, en su teatro, como hay grandes barrancos en las montañas. Pero, en cambio, ¡cuántas altas cimas! ¡Cuántas verdades escondidas en las cavernas profundas de nuestro ser, puestas a la luz por la relampagueante inspiración de Echegaray! ¡Cuántos poéticos rasgos de nuestra raza! ¡Cuánta grandeza en la expresión de las pasiones!

En la segunda página del diario, aparece una breve nota de la “protesta”, y que *La Época* recoge entre algunos extractos del *Heraldo*. En este sentido, resulta interesante comprobar cómo el diario también incluye a Manuel Bueno como “promotor” de este boicot, que por su parte reduce la carga significativa de esta queja de la juventud intelectual, que no considera una “protesta” sino un “respetuoso disentimiento”. Y señala que lo suyo no es contra Echegaray, sino que sus gustos y admiraciones (como los de otros componentes del grupo) van por otro lado.

No bien publicado el programa, esto es, en cuanto pudo creerse que se llevaría a cabo la idea del homenaje, surgió, por parte de algunos literatos, más o menos jóvenes, una protesta contra el proyecto de honrar a Echegaray.

Dos de esos jóvenes literatos, D. Manuel Bueno y Azorín, han expuesto en la Prensa los motivos de su actitud.

El Sr. Bueno, rechazando la idea de que procuren malograr el éxito del homenaje, escribe en el *Heraldo*:

“Esa sospecha, si es sospecha, y ese rumor, si aún circula, son falsos, y sobre falsos responden a un estado mental intermedio entre la mala fe y la majadería. Los que así nos juzgan han debido esperar a conocer el texto que hemos firmado; texto que no es una protesta, sino un respetuoso disentimiento de cierto criterio artístico que ahora se pretende generalizar, para mayor lucimiento de la fiesta del teatro Real. Nos limitamos a consignar, sin discutir la insigne personalidad de Echegaray, que nuestros gustos y nuestras admiraciones van por otro lado y que, como no le debemos ni una emoción ni un recuerdo literario, nos consideramos dispensados de contribuir a esa fiesta, que, después de todo, nos parece muy oportuna”.

Azorín, disintiendo del Sr. Bueno, dice que el homenaje le parece innecesario, y que el Sr. Echegaray ha sido recompensado y premiado largamente por sus contemporáneos.

El lunes 20 de febrero, *La Época* difunde finalmente el mensaje de “La protesta” que ya vio la luz en *España* dos días antes, el 18. Eso sí, justifica su inclusión ya que esta actitud de los “protestantes” alimenta la expectación: “Sin la

protesta, el homenaje se habría reducido a un acto más o menos solemne; pero en el cual, a juzgar por los antecedentes, habría tomado escasa parte la sociedad española”.

Al mismo tiempo, en su parte final, en un pequeño extraño, *La Época* asegura que no todos los protestantes están de acuerdo “en cuanto al sentido y al alcance de su protesta”. Y, para demostrarlo, recuerda la versión de Manuel Bueno o la conjunta firmada por Nogales, Zozaya, Rivas, Gómez Carrillo, Palomero y Viégo, quienes “han creído necesario aclarar el significado de la protesta”.

“Mantenemos en el fondo y en la forma, aquellas manifestaciones contenidas en el breve documento traído y llevado estos días en las discusiones y polémicas y que nosotros hemos firmado, pero para evitar torcidas interpretaciones y comentarios, hacemos constar que nuestro disenso, exclusivamente literario, no tiene otro alcance ni supone otra actitud que las señaladas en el texto de la referida protesta”.

El 21 de febrero informa *La Época* de la comisión que se ha formado en la Sociedad de Escritores y Artistas y del Ateneo para el homenaje a Echegaray, quien ya ha cobrado parte de su premio, percibiendo 27.000 duros. Y no se producen así más noticias hasta que el 18 de marzo, día que recoge el galardón, dedica su primera plana (con parte de la segunda página) a la noticia con todo tipo de artículos que, sobre todo, vienen a reivindicar su figura.

El 20 de marzo (el domingo 19 no había edición), *La Época* se centra en las intervenciones del homenaje, tanto las políticas, al más alto nivel, como las que participaron, desde el Ateneo, Pérez Galdós, Cajal, Menéndez Pelayo y Valera.

En estos discursos, transcritos por *La Época*, puede deducirse en algunos de ellos una alusión directa a “La Protesta”, o al menos una aclaración al movimiento que, promovido por Azorín y otros intelectuales, intentó desprestigiar a Echegaray. De este modo, Juan Valera indica:

Y no ha de suponerse que esta superioridad es relativa y consiste en nuestra decadencia. En España habrá decadencia política, decadencia en la acción, por causas difíciles de investigar; pero no hay decadencia en el pensamiento, sobre todo en artes y letras.

Tal vez en más severas disciplinas, que exigen mucha paciencia y estudio, pueda notarse entre nosotros abatimiento o atraso, al que contribuye la sobrada indulgente benevolencia de los que enseñan; pero en literatura, en todo lo que crea espontáneamente el ingenio humano, estamos al nivel, ya que no más alto, que las naciones más cultas. Echegaray no ha descollado, pues, ni descuella, en el teatro por el corto valer de sus rivales. Si no temiese incurrir en la nota de adulador, yo citaré aquí nombres para justificar mi aserto.

Fuera de España, hasta donde he llegado a mi entender, no me parece que haya tampoco dramaturgos que sobre Echegaray puedan colocarse. Si los dramas de Echegaray tienen lunares y faltas, ellos también las tienen.

También Ramón y Cajal dedicó unas palabras para los jóvenes protestantes, quienes aseguraban que veían en la obra de Echegaray los males que habían conducido el país al desastre:

Una palabra aún a la juventud para concluir. No os abata ni enerve el recuerdo de pasadas amarguras. La Historia nos enseña que solo fenecen las Naciones en cuyas almas se apagó enteramente, con el sol de la esperanza, la llama de la voluntad.

Si por ventura, en medio de la tarea redentora os asaltan evocaciones dolorosas, redoblad vuestra actividad; que solo el trabajo enérgico hace olvidar y crea la serenidad de espíritu necesaria para proseguir la lucha.

Pérez Galdós reclama, por su parte, no mirar al pasado sino al futuro, así como no atender a los huesos de nuestros clásicos sino al presente de quienes, en vida, han dado lo mejor para España.

Para llegar a la plena cultura enmendemos los errores de nuestros antepasados, honrando en vida a los que alcanzaron las cumbres de la ciencia y el arte. Si cada generación hubiera sabido honrar a los suyos, no miraríamos hoy con desconsuelo y vergüenza la enorme fosa, callada y anónima, ni buscaríamos inútilmente en ella los huesos de Cervantes, de Lope y de Velázquez... Enaltezcamos la vida, honremos a los que viven, deseándoles vida más larga, para que logren después de nuestro homenaje mayor y más gloriosa duración de sus existencias, y sean emblemas vivos de la perpetuidad de nuestra Nación y de la robustez intelectual de nuestra raza. (...)

Signo de nuestra edad es la inquietud, la impaciencia, el afán ardoroso por encontrar el secreto de una renovación intelectual y moral. La renovación vendrá, no lo dudemos. Más no queremos arrebatar al tiempo su acción soberana; no alimentemos la ilusión de poder lograr en días lo que no hicimos en años de indiferencia y de ciega confianza. La mejor vida que anhelamos no podrá venir sino por los métodos pausados con que se transforman el sentir y el pensar de los pueblos. Y si la educación nacional es el sol de nuestra esperanza, reconozcamos que los primeros esplendores nos los han de traer el arte, la poesía, el florecimiento literario y científico.

En su edición del 19 de febrero, *El Globo* dedica en su primera plana un amplio editorial y un artículo (firmado por Ángel Guerra) en defensa de Azorín y el grupo de nuevos literatos que protesta contra Echegaray. Además, inserta el texto del movimiento intelectual. *El Globo* se inclina pues por las afirmaciones de Azorín vertidas en *España*, relacionando la obra de Echegaray con unos tiempos más

propios del pasado que del presente, por una obra que es más efectista que impresionista.

Pero Azorín, hablando en nombre de quienes suscriben la protesta que va en otro lugar, presenta la cuestión del homenaje en un aspecto más hondo, más grave, más trascendente. Traza magistralmente la situación de la Patria en los días negros del desastre, y señala el contraste que ofrecieron los que se sacrificaban y los que se lucraban. Recuerda, con oportunidad aplastante, la defensa que en el Senado hizo del Banco de España el Sr. Echegaray, y lo que acerca del mismo Banco dijeron en el Congreso los Sres. Moret y conde de Romanones.

Y de este contraste y de este recuerdo, deduce que, personificando Echegaray la España muerta, no pueden estar a su lado los que aman a una España viva, deseosa de sacudir las trabas y ligamentos que la esclavizan a los mismos que de sus duelos hicieron ganancias y de sus desdichas fundamento de fortuna y notoriedad. Y en estos términos, planteada la cuestión, forzoso es tomar partido. ¿A favor de quién? De los que empiezan, de los que avanzan y de los que van llegando, de los que no quieren siquiera incidentalmente sea, complicidad moral alguna con los hombres de la decadencia, de la ruina, del desastre.

Sin embargo, tras alguna fugaz noticia sobre los preparativos, el 19 de marzo *El Globo* abre toda su primera página sobre Echegaray. Además, lo hace con un editorial con el que se deshace en elogios (que choca claramente con su anterior versión hace apenas un mes atrás) e inserta todo tipo de opiniones como las de Conde Romanones, J. Ruiz Jiménez, Amós Salvador, A. Sánchez Pérez, Eleuterio Delgado, Manuel Iglesias Díaz (de la Real Academia de Medicina) o Eduardo León Ortiz... dedicando prácticamente las tres páginas de su edición al asunto. En cualquier caso, la mayoría de estos artículos son de índole política o científico, y pocos hacen alusión a la obra literaria por la que le fue concedido el Nobel a Echegaray.

El 21 de marzo, *El Globo* titula simbólicamente su editorial “Deber cumplido” en cuanto la información que se ha cubierto sobre el premio a Echegaray, al tiempo que reclama que se vuelva al trabajo cuanto antes, sobre todo en las latitudes políticas. A partir de ahí, el tema Echegaray, así como la protesta, desaparece.

Sorprende, por su parte, que *El País*, pese a su condición de diario republicano, solo dedique en su edición del 19 de febrero de 1905 una breve nota sobre “La protesta” de Azorín, introduciendo el pequeño texto y los firmantes (probablemente, todavía coleaba el enfrentamiento de la dirección de *El País* con Martínez Ruiz en el pasado). “Una protesta” en cualquier caso considerada por *El País*, en su portada, como “sencilla, lacónica, tímida e incidental”. Es más, en tono burlesco, al final del ejemplar, firma Julio Camba el artículo “Mi gato. Su filosofía de

la vida” contra Azorín y la figura del “pequeño filósofo”. En este, Camba imita sarcásticamente el estilo azoriniano así como su temática.

Mi gato ama también el sol: en mi barbacana se pone todos los días a recibirlo, con igual dignidad que uno de nosotros leería un volumen de Anatole France. Ama el sol y ama todo aquello que pueda contribuir a la mayor intensidad de su vida. Lo demás le merece un desprecio absoluto. Y he aquí por qué mi gato es aún salvaje. ¿Creéis que no se han sucedido, hasta ahora, bastantes generaciones de gatos para elaborar una civilización como la nuestra? Pero mi gato no quiere ser civilizado. Su filosofía es una filosofía de animalidad. Ese privilegio de encender cerillas, leer periódicos y hacer chistes, que elogiaba Ganthier, como el mayor triunfo del hombre, no se adapta a la seriedad filosófica de mi gato.

De este modo, el 18 de marzo, *El País* abre con todo lujo tipográfico titulado “Homenaje a D. José Echegaray”, recuperando un artículo anterior de Clarín alabando su teatro y otras noticias sobre su legado (incluidas fotografías de su etapa como ministro). Son casi dos páginas enteras. Y el 19 de marzo dedica nuevamente toda la primera plana a Echegaray, curiosamente destacando su perfil anticatólico, tanto en su obra como sobre su vida. Esta misma pauta repite el 20 y el 21 de marzo.

El Imparcial dedica un artículo en su portada del 18 de febrero bajo el título de “El Homenaje. Jóvenes y Viejos” (sin firma), donde se informa de los distintos puntos de vista sobre el tributo a Echegaray, especialmente desde los prismas de Manuel Bueno y Azorín, aunque en cualquier caso, señala: “la abstención en el homenaje puede resultar sencillamente no un agravio a una gran figura nacional, sino la declaración de una doctrina literaria”. A partir de ahí, respeta la posición de Bueno, y trata de desmontar por otro lado la de Azorín, que tilda de “radical”, por considerar la literatura de Echegaray algo viejo, de la España muerta, del pasado.

En este sentido, *El Imparcial* recuerda que las más altas cotas literarias fueron alcanzadas por numerosos escritores en su madurez, como Víctor Hugo o Balzac, por lo que reclama un cambio de posición:

¡La juventud! Habría que pedirle esa intransigencia allí donde precisamente todo acaba por su inacción. ¿Dónde están los jóvenes que, después de la catástrofe, deberían haber arrollado la rutina, la vulgaridad, el lugar común, el fanatismo histórico y el desamor a la libertad? Francia tuvo, después de Sedán, hombres de Estado, dictadores de treinta años. La revolución de Septiembre tuvo unas Constituyentes en las cuales casi todas las voces eran frescas y casi todos los corazones acababan de florecer. Todavía en los primeros tiempos de la Restauración la juventud combatía desde el periódico, desde la tribuna, desde la conspiración... (...).

No; la juventud no puede echar en cara su ancianidad a un espíritu que relampaguea con pura luz: no puede a causa de esa luz misma: no puede menos cuando, en la más grande crisis de España, no han aparecido para levantarla los hombres de treinta años.

Ninguno de este y los siguientes días en *El Imparcial* se incluye “La protesta” de Azorín con los firmantes. Y apenas se introducen algunas leves noticias sobre el homenaje hasta llegado el día, en marzo, el 19, con sus primeras páginas (sin imágenes) dedicadas plenamente a Echegaray. De todo ello, dos artículos destacados, de Luis Taboada y Mariano de Cavia, que se declaran admiradores de su obra literaria. Azorín, en el mismo ejemplar, ya permanecía en otro asunto, puesto que estaba inmerso en *La ruta de Don Quijote*, y aquí publica “La cueva de Montesinos”.

El Liberal, del 17 de febrero, se hace eco en su editorial de los visos de protesta contra este homenaje por un grupo de jóvenes intelectuales, cualificados, pero de los que evita dar nombres:

Ignorando, sin duda, los términos y alcance de esa especie de advertencia o aclaración de una parte más o menos numerosa, pero en general calificada, de la juventud intelectual, tomándola como “protesta”, oposición o resuelta hostilidad a toda idea de homenaje, se entablaron acaloradas discusiones, se hicieron apasionados juicios y se caldeó el ambiente hasta un grado hoy por hoy desconocido en las ya olvidadas luchas literarias. (...)

Era importante fijar un criterio en esto, que es el asunto del día, conocer en su espíritu y en su letra la tan cacareada protesta de aquel grupo de intelectuales. Y hemos podido convencernos de que sus motivos arrancan no de la voluntad hostil a cualquier homenaje que a Echegaray se tribute, sino de la forma en que se propuso: su letra no contradice los respetos debidos a la ilustre personalidad cuyos méritos han de honrarse, ni su objeto se encamina a negar, entorpecer ni contrariar los acuerdos y actos festivos y apologéticos con que la multitud concurren a la consagración de la fama.

El 18 de febrero, con “El homenaje”, prosigue *El Liberal* bajo estos mismos parámetros, reclamando un tributo merecido a Echegaray por su “indudable significación”, al tiempo que solicita a la oposición (como el de “la protesta”, al que no hace alusión directa) que abandone sus críticas.

El 19 de febrero, en una carta abierta de Joaquín Dicenta, este se muestra respetuoso con los miembros de “La protesta”, aunque admite no compartir el programa literario-político-social de Azorín:

Te advierto dos cosas: la primera es que estimo a Azorín mucho, en clase de escritor; la segunda es que no soy partidario del teatro de Echegaray. Puesto a las advertencias, te advertiré dos cosas más: que entre los que firman el documento que sirve de trampolín al azorinesco

programa, los hay a quienes estimo como amigos y respeto como escritores, y como siempre fui adversario de los homenajes en comandita y de las pleitesías a tambor batiente.

Partidario de la independencia personal me parece muy bien que cada uno piense, en arte y en todo, conforme le plazca. Una cosa es que Echegaray sea merecedor de la consideración respetuosa del mundo por su entendimiento y por su simpática brega de trabajador y obrero intelectual; otra, que el mundo entero se halle obligado a admirar la estética y los procedimientos escénicos del autor de un crítico incipiente.

Tanto así lo pienso, que no hubiese dicho palabra en pro ni en contra del homenaje a Echegaray.

Lo que me saca de mis casillas, poniéndome en la mano la pluma, es el programa literario-político-social de Azorín.

De ahí que te escriba con tinta y con voluntad jubilosas. ¡Ya tenemos patria! ¡Ya tenemos renacimiento literario! ¡Ya tenemos redención humana! Metiéndonos con Echegaray, que cuenta setenta y dos años y nunca fue personaje influyente en política, llegaremos a la liquidación del desastre. Embistiendo contra él porque pronunció un discurso encomiador del Banco de España, ya no habrá pobres, ni explotados, ni siquiera autocracia en Rusia a poco que se empeñe Azorín.

Él lo asegura desde las columnas de *España*, diario maurista. Es fuerza crearle.

Azorín reaccionó a este artículo en “Palabras a Dicenta. La confusión de un filósofo”, en *España*, el 20 de febrero:

Pero Dicenta es terminante: él leyó el artículo del pequeño filósofo; una gran indignación sacudió su espíritu a la vista de las cosas que en este artículo se decían; luego cogió, indignado, la pluma. “Lo que me saca de mis casillas, poniéndome en la mano la pluma –escribe-, es el programa literario-político-social de Azorín”. Y después, como ha visto el lector, nos da una versión de ese programa y acaba enviando un saludo a Azorín...

Y bien: ¿cómo le vamos a decir que acaso padezca un ligero error a un hombre que asegura rotundamente que tales cosas han sido dichas, que siente contra nosotros una profunda indignación, y que, a pesar de esto –como si quisiera hacernos creer que, en efecto, está fuera de sus casillas-, nos envía un pequeño saludo?

En *El Liberal* del 20 de febrero, José Nogales redacta “Para todos los gustos”, donde exhibe con matices su adhesión a la protesta contra Echegaray:

En realidad, cuanto se hable de viejos y de jóvenes en lucha es sacar las cuestiones de sus naturales términos.

Lo que a unos y otros acontece es que los ideales como los procedimientos cambian y no se aceptan en un tiempo como en otro;

de ahí estas discrepancias de juicios, que son cosas naturales y de las que nadie debe espantarse.

Por lo demás, nadie se opone a que se dediquen cuantos homenajes quieran, una cosa es la abstención cuando se razona y otra la oposición.

Este manifiesto también está firmado en *El Liberal* por Antonio Zozaya, Enrique Rivas, Enrique Gómez Carrillo, Antonio Palomero y Antonio Viergol, quienes deseaban matizar y aclarar su apoyo a la protesta de Azorín. Este texto también se reprodujo en *La Época*.

Mantenemos en el fondo y en la forma aquellas manifestaciones contenidas en el breve documento traído y llevado estos días en las discusiones y polémicas, y que nosotros hemos firmado. Pero para evitar torcidas interpretaciones y comentarios, hacemos constar que nuestro disenso, exclusivamente literario, no tiene otro alcance ni supone otra actitud que las señaladas en el texto de la referida protesta.

Si otro tuviera, también lo habríamos dicho y señalado en términos que no dejaran lugar a duda; ya que todos y cada uno, por modesto que sea, tenemos la responsabilidad necesaria para dirigir al público nuestros juicios.

El Liberal no insertó el texto de “La protesta” de Azorín (lo que era lógico, por otra parte, puesto que su director Miguel Moya formaba parte de la comisión de homenaje a Echegaray).

La edición del 19 de marzo fue prácticamente íntegra para el homenaje y lo mismo ocurre el 20, aunque un artículo de Alfredo Murga (“Una figura representativa”), afirma que toda esta nueva juventud literaria que ha protestado se ha equivocado en la puntería:

Hay un enemigo común y a su anulación deben dirigirse los esfuerzos de los jóvenes; ese enemigo es la incultura nacional, con todas sus fatales, fatalísimas consecuencias. Un país ineducado, inculto, que no sabe leer o que cuando lee no se entera, a quien estorba o cansa lo negro, es forzosamente un medio hostil para los intelectuales, viejos o jóvenes. (...) La juventud, que presume de criterio amplio, libre de prejuicios, no puede recusar a título de esta o de la otra fórmula de arte.

El Liberal dedica prácticamente todas sus páginas a Echegaray el 21 de marzo, insertando los conocidos discursos de Galdós, Menéndez Pidal o Valera, entre ellos.

El Heraldo de Madrid se hace eco del artículo de matización de Manuel Bueno (el 17 de febrero, cuando aún no había publicado el texto definitivo Azorín en el diario *España*, el 18 de febrero), bajo el título de “Echegaray y la juventud.

Aclaración y respuesta”. En este, como ya se ha introducido en líneas anteriores, señala que lo suyo no es un ataque contra Echegaray, puesto que su fiesta es muy oportuna, aunque admite que sus gustos y admiraciones “van por otro lado”. Al mismo tiempo, se defiende de los ataques del empresario teatral y actor Fernando Díaz Mendoza sobre la juventud literaria y añade:

No ha habido en la juventud literaria ese pérfido e indelicado propósito de desbaratar el homenaje a Echegaray que unos cuantos necios suponen. No existió jamás ese propósito. Nos limitábamos a manifestar que, estimando en mucho y respetando la totalidad de la obra de Echegaray, y reconociendo sin reservas mentales su talento, nos abstenemos de compartir el entusiasmo de la Empresa del teatro Español y de los elementos oficiales que se disponen a obsequiar al eminente escritor.

El documento estaba redactado en términos comedidos y respetuosísimos. ¿Qué necesidad tenía el Sr. Díaz de Mendoza de provocarnos a que cambiemos de actitud?

Por ser yo precisamente el menos aludido en las desdeñosas e inofensivas frases del director del Teatro Español las recojo y las contesto, manifestándole que yo me ufanaría de haber escrito esas dos o tres novelas que el Sr. Mendoza pone compasivamente en el haber de ciertos escritores jóvenes. Es lástima que al ilustrado actor le ocurra con esas novelas lo que con el texto de nuestra pretendida protesta; que no las ha leído.

El 18 de febrero (día en el que sí se publica en *España* “La protesta”), *El Heraldo de Madrid* da salida a un editorial en el que cuestiona el debate de viejos y jóvenes en el panorama literario. Y critica, de esta forma, el sin sentido que todo ello está provocando, defendiendo al reciente Premio Nobel: “Echegaray es para nosotros y para nuestro país uno de estos jóvenes; liberal desde su juventud, llevó el fuego de caliente oratoria a los mítines que defendían el libre comercio. (...) No hay jóvenes ni hay viejos sino por la calidad de la mercancía que aportan al mundo. Viejas o jóvenes, lo son las ideas nada más”, apunta.

A partir de ahí, no se produce inclusión alguna de “La protesta” del grupo con la firma de Azorín o la de Manuel Bueno en *El Heraldo de Madrid*. Aunque en el ejemplar del 21 de febrero aparece un artículo de Federico Urales, “Viejos y jóvenes. La lucha por la vida intelectual”, que ahonda nuevamente en la controversia. De este modo, Urales aboga por una salida a esta crisis que beneficie a ambas partes:

En verdad que ninguno de los dos bandos tiene razón. No la tienen los jóvenes, porque no es con crítica como se ha de jubilar a los viejos, sino con hechos. No tienen razón los viejos, porque en la juventud hay alguien capaz de sacrificarse por un ideal de belleza o de justicia.

(...) trabajemos si somos algo, que si somos algo y trabajamos con viejos de valer y con jóvenes de valía, haremos nuestra obra y ocuparemos nuestro sitio.

Las cinco primeras páginas del 18 de marzo, en *El Heraldo de Madrid*, están dedicadas a Echegaray. Solo, como nota que más resalta, hay un artículo de Manuel Bueno analizando su teatro, afirmando a modo de vaticinio que “la posteridad será, seguramente, muy severa con Echegaray”. El 19 y 20 de marzo también cuenta con distintas páginas para el homenaje.

Ante estas circunstancias, hubo un sentimiento común tras “la protesta” aunque bajo distintos prismas. Diferentes puntos de vista que proceden de las distintas vertientes que se aglutinan en estos jóvenes (germinalistas a noventayochistas, de regeneracionistas a modernistas, de críticos de prensa a novelistas y periodistas...), lo que conllevó a las amplias variantes y reacciones cuando “la protesta” toma altura.

De este modo, unos aseguran que lo suyo fue una protesta estrictamente literaria contra Echegaray; otros aducen que no hubo nada contra el reciente Premio Nobel, aunque sí admiten que sus admiraciones van por otro lado; y resta un último reducto que sencillamente calla y deja pasar el revuelo montado.

El caso es que “La protesta” asumió una importancia capital por tratarse del primer indicio de un gran frente intelectual español iniciado por Azorín, que eclipsó y acaparó tertulias en los ambientes intelectuales más distinguidos. Es más, eso mismo hizo responder (quizás, obligados por la gigantesca bola de nieve que arrastraba) a los más veteranos y prestigiosos escritores, como Pérez Galdós y Juan Valera, quienes con su oposición a la “protesta” marcaban todavía más esta distancia entre la vieja y nueva generación literaria.

Además, este fue el primer gran reagrupamiento de los intelectuales²⁸⁸ con el fin de hacer oír su voz, con ciertos paralelismos al que se repetirá el 16 de junio de 1905 “El país y los políticos” (y que vio la luz en *El País*). Pero este en *España* tuvo sin duda mayor repercusión, sobre todo por el impulso dado por Azorín, que ya se había estrenado en otras iniciativas similares como la campaña contra el juego y la prostitución en Málaga, con “Los Tres”, es decir, Azorín, Pío Baroja y Maeztu, o bien la desempeñada tiempo atrás con el caso de García Peláez (marzo de 1898).

Pero la “protesta” de Azorín y la juventud literaria e intelectual fracasó. La voz de todos ellos se perdió en el desierto. Echegaray recibió su galardón solemnemente, y a él se adhirieron con gran lujo topográfico los principales diarios

²⁸⁸ Alonso, Cecilio (1985), *Intelectuales en crisis (1905-1911)*, IAC Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante, pág. 27.

de las más variadas ideologías (del republicano *El País*, a *El Globo*, *El Liberal*, *La Época*... tal y como hemos podido comprobar en líneas anteriores). Y tampoco fallaron a este tributo las más altas plumas literarias de la época, como Galdós o Valera.

Es más, de las principales cabeceras, solo *El Globo* respaldó la iniciativa de Azorín y los más jóvenes. El resto, como *La Época*, *El País*, *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Heraldo de Madrid* se opusieron desde un principio, aunque es cierto que, pese a todo, alguno de ellos como *La Época* insertó el texto de “La Protesta” (más por criterios informativos que ideológicos).

El público, a juzgar por las noticias que difunden los diarios, también se volcó (Azorín aseguraba que no iba a contar con el apoyo del pueblo, con el “entusiasmo de las grandes masas” escribía el 9 de febrero, incluso el 18 agrega: “el movimiento ha fracasado, el país ha permanecido indiferente”). Pero se equivocaba el alicantino. Y hasta el diario *España*, desde el que Azorín había orquestado toda la campaña, publicó un editorial en desagravio donde se aludía a quienes trataban de aprovecharse de la fama ajena en un homenaje cuyo significado literario hubiera debido ser motivo de unión y gira nacional. Aunque cabe matizar a este asunto que el editorial está firmado el 18 de marzo, y Azorín ya se había despedido de *España* días antes, el 3. ¿Una revancha, un síntoma de venganza de *España* a Azorín por su marcha, o solo una recriminación por la “protesta” a Echegaray?

Azorín abandona *España* especialmente enojado y decepcionado por el despido de Troyano y, aunque también estaría molesto por el fracaso del primer grupo de intelectuales que buscaban una verdadera repercusión en la prensa, su objetivo sin duda estaba más que alcanzado: tanto la polémica como la polvareda suscitada por la controvertida “protesta” había centrado y reivindicado la literatura de todos ellos en prensa y ambientes intelectuales. Habían sido, al menos por unos días, polo y atracción de todas las miradas. Un verdadero reconocimiento que, ahora sí, habían alcanzado de sobra.

Despedida y final

El propósito editorial de convertir la publicación en un claro respaldo a la política de Maura se produce a finales de 1904²⁸⁹, precisamente en el instante en que el político conservador presentó su dimisión como jefe de Gobierno, sucediéndole Azcárraga. Manuel Troyano, su director, fue sustituido por Salvador Canals, fiel maurista. A partir de este instante se produjeron dimisiones sucesivas.

²⁸⁹ Rubio Cremades, Enrique (2009), “Azorín y el periodismo”, *Azorín, renovador de géneros*, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 22.

Primero Maeztu (enero de 1905), después Luis Bello (quien renunciará a la corresponsalía en París) y finalmente Azorín lo hará en el mes de marzo, a punto de desaparecer la publicación. Esta era, sin duda, la señal más transparente que refleja el compromiso absoluto de Azorín con Manuel Troyano. Porque más allá de sus ideas, de lado de los conservadores, Martínez Ruiz entendía que muy por encima de todo esto estaba su fidelidad a Troyano quien, tras ser despedido, origina toda esta cascada de dimisiones con Azorín entre ellos.

Cabe recordar en este sentido el apoyo fundamental que había significado Troyano en la carrera de Azorín, especialmente cuando le invita a acceder a *España* en el proceso de transformación que vivía el alicantino tras su salida de *El Globo* y su salto a *El Pueblo Vasco* y *Alma española*. Porque en *España* encontraba su primer sueldo estable y seguro, la estabilidad económica; y por otro lado, le había dado la oportunidad de viajar, adentrarse en los pueblos, el paisaje, y las cosas prosaicas que alimentaban su inspiración y su estilo; todo ello sin olvidar que Troyano respetó su independencia (como en el caso de la Ley de descanso dominical) y, por supuesto, *España* había aupado a Azorín a lo más alto del periodismo y la literatura. Por eso, ahora sí, el alicantino se podía considerar un periodista afamado, y constancia de ello hay en distintos pasajes de sus crónicas.

Así pues, con la salida de Troyano, y ante la caída de Maura, para Azorín el periódico *España* ya no tiene sentido. El 27 de febrero de 1905, el alicantino escribió a Maura para ponerle al tanto de su salida del diario: “Al dejar el querido periódico *España*, yo creo un deber el enviar a usted mi despedida. Yo no me he ido: las circunstancias me han puesto en este trance; pero dondequiera que yo esté, tendrá usted el afecto, la admiración cordialísima y el profundo respeto de este su seguro y leal servidor”²⁹⁰. Maura contestó el 28 de febrero. Sintió el cese de su colaboración y manifestó que si en su mano “hubiera estado o estuviera no dejara de evitarlo”.

Quien más perdía en esta cascada de salidas en *España*, y sobre todo a la concierne de Azorín, era sin duda Maura. De ahí la tristeza de sus palabras, el deseo por tratar de corregir la situación, aunque poco o nada fuera posible (el líder conservador perdía a su gran baluarte, su defensa acérrima desde la tribuna periodística).

De este modo, el 1 de marzo de 1905, *España* publica “Las últimas palabras. Azorín se despide” con agradecimientos y, sobre todo, la satisfacción de haber

²⁹⁰ Rovira y Pita, Prudencio (1949), ed. cit., pág. 61.

aportado novedades al género y la prosa periodística que, en principio, pudieron sorprender a los lectores hasta que estos, acostumbrados, gustaron de los mismos:

Yo tengo como una de las cosas más tristes de mi vida este trance. Yo no guardo para mis compañeros de *España*, redactores y director, sino cordialidad y simpatía. He escrito en esta hoja durante más de un año; asistí a su fundación; la he seguido después hora por hora; he puesto en ella todos mis amores y todas mis energías; lo que yo he escrito aquí, acaso se salía un poco de lo normal; al principio yo trazaba mis artículos con temor; los lectores no sabían qué pensar de esto; todo esto les parecía un poco extraño, quizás también un poco absurdo. Luego, lectores y cronista se fueron comprendiendo paulatinamente, a lo largo del continuo trabajar de todos los días. Y si los lectores acabaron por sonreír, el cronista acabó también por sentirse aquí tan tranquilo, tan contento como en su propia casa, y en andar de un lado para otro por estas columnas con perfecta naturalidad y confianza.

Y ahora, ¿no he de tener tristeza al abandonar estos afectuosos y tolerantes lectores y estas discretas y amables lectoras que de cuando en cuando me enviaban sus cartitas anónimas, finas, maliciosas? Yo quiero expresarles a todos mi reconocimiento. Yo quiero también que usted y los redactores vean en mí un amigo y un buen compañero, esté yo donde esté. Yo quiero, en fin –y esto es de estricta justicia-, dar las gracias a estos buenos regentes que han llevado y traído mis cuartillas, a estos pacientes correctores –que quizás han pensado muchas veces que Azorín descuidaba la ortografía-, y a estos escrupulosos tipógrafos que tantas líneas mías han compuesto y que ahora acaban de componer las últimas.

El cierre de *España* se consumó el 27 de marzo de 1905.

En varios volúmenes azorinianos

De la producción periodística de Martínez Ruiz en *España* quedó plenamente satisfecho el alicantino, y prueba de ello es la selección de numerosos de estos textos periodísticos en distintas obras y volúmenes azorinianos (Anexo 2).

El más importante de todos ellos, sin duda, es *Los pueblos*, de 1905, al que dedicamos un capítulo íntegro desgranando sus características. Otros son: *Parlamentarismo español* (1916) y *Fantasías y devaneos* (1920).

Del mismo modo, buena parte de esta producción azoriniana fue recogida por distintos expertos en la obra de Martínez Ruiz en los siguientes libros que también detallamos en el anexo: *Tiempos y cosas* (1944), *Veraneo sentimental* (ediciones de 1944 y 2016), *Palabras al viento* (1944) o *La farándula* (1945).

***Los pueblos* (1905), excelencia estética**

El mundo no es más que la representación que tenemos de él, y Azorín da forma precisa a su mundo por medio de la palabra, introduciendo su particular manera de ver y sentir todo lo que le rodea. “La vida no es más que la

representación que tenemos de ella”, indica en “Un hidalgo”. Y de su sutil sensibilidad, de su singular y profunda mirada, el periodista plasma la realidad a través de la nota personal, del “yo” periodístico que emplea novedosamente en muchas de las páginas de *Los pueblos*, tal y como señala Gómez de la Serna²⁹¹ respecto a la revolución que introdujo el periodista con la utilización del “yo” en sus crónicas y artículos periodísticos.

Implantó en el periódico la nota personal, dándole aire de libro cotidiano, cuando estaba sólo lleno de alharaca retórica y de hipocresía de lo importante. No olvidaré nunca, para regar la equidad de mi corazón, aquella frescura de improvisación libertadora con que aparecían en el Madrid aún no muy lejano las prosas de Azorín. Es el primer periodista individualista en el que el uso del yo rompe la tradición social y congregante del viejo periodismo

Esta original técnica del periodista se une a la observación y la literatura (su experiencia lectora y la inserción de historias literarias) para aportar una nueva dimensión estética a sus artículos y crónicas de *Los pueblos*. De esta manera, el periodista alicantino crea una imagen de sí mismo, como lo hace igualmente con su firma (Azorín es el pseudónimo literario que se despega de José Martínez Ruiz²⁹²) y su conocimiento de la vida, de lo que le rodea, se ve envuelta por las historias literarias que inserta junto a su propia experiencia lectora.

Es evidente que el periodismo y la literatura no son lo mismo, pero ambos pueden unirse con toda facilidad. Porque dicha profesión y el arte literario utilizan la misma herramienta: la palabra. Azorín hace así del periodismo su base creativa y, en *Los pueblos*, mezcla realidad y ficción, recuerdos y lecturas, vivencias e historias que pretenden cautivar al lector con pequeñas estampas de la vida cotidiana. *Los pueblos* es, pues, “su impresión ante las diferentes reacciones de esa realidad²⁹³”, y “con el propósito de descubrir las costumbres y la psicología de sus habitantes²⁹⁴” haciendo uso de la creación literaria y periodística.

Por ello, en *La novia de Cervantes*, los diálogos, la primera persona (el “yo” del periodista) y el monólogo interior nos alertan de cómo las técnicas literarias se

²⁹¹ De la Serna, Ramón (1957), ed. cit., pág. 197.

²⁹² Lozano Marco, Miguel Ángel (1986), “La creación azoriniana: una invitación al ensueño”, *Anales Azorinianos 3*, CAM, Monóvar, pág. 142.

²⁹³ Díez de Revenga, Francisco (2007), “El legado de Azorín”, *Anales Azorinianos 10*, CAM, Monóvar.

²⁹⁴ Fox, Inman E. (1993), “Azorín y Castilla: En torno a la creación de una cultura nacional”, *Anales Azorinianos 5*, CAM, Monóvar.

adaptan perfectamente al artículo periodístico. Y, por otro lado, se aprecia la labor de documentación periodística realizada en este caso por Azorín cuando hace mención a las *Relaciones topográficas* para ofrecer datos reales al lector (no hay rasgo tan primordial en el periodismo como la documentación). Además, resulta igualmente interesante cómo Azorín maximiza su observación para describir todos los detalles de la casa que ocupa y ve, siendo ésta la conexión y guía que sirve al lector para adentrarse en la habitación en la que dormía Cervantes con su esposa.

Una observación en *Los pueblos* a disposición de la creación literaria pero también de la realidad²⁹⁵:

(...) se describen y cuentan episodios que acaecen en diversos lugares con detalle y minuciosidad, pintados hasta en su más pequeña silueta por el escritor alicantino, quien de nuevo se torna un viajero sentimental. Además en ella se vuelve a poner de manifiesto su afán observador que tiene como objeto todo lo real sin distinción ni discriminación, aunque sea irrelevante o inexpresivo.

(...) Una mayor o menor apreciación de la realidad reside en último término en la observación particular del sujeto. Lo real, por pequeño y mínimo que sea, siempre tiene un sentido y una significación; no es indiferente. Será la predisposición personal y la captación que de ello se tenga las que darán y marcarán las pautas para la comprensión y la interpretación de lo que se muestra y se revela ante nuestros ojos.

La realidad exterior, la insatisfacción de la realidad exterior, en la que predomina la muerte (*Sarrió*), la nostalgia (*La fiesta*) o el olvido (*Epílogo 1960*), encuentran una explicación para Azorín por medio de la literatura. De ahí que muchos de los artículos de *Los pueblos* sean vivencias del escritor (el “yo” del periodista), que parten de las evocaciones de sus recuerdos o de las evocaciones de sus lecturas. Así, de nuevo, en *La novia de Cervantes*, Azorín viaja a Esquivias para acceder a la casa en la que Cervantes vivió con su mujer, siendo propiedad en 1904 de Rosa Santos. Y el periodista informa al lector al mismo tiempo que nos narra su recuerdo cervantista, con el supuesto encuentro con la “novia” Catalina (así se llamaba la mujer del autor de *Don Quijote*).

Por todo ello, Azorín pretende en *Los pueblos* suscitar emociones partiendo de las propias vivencias que le han impresionado y de las propias lecturas que han alimentado su mundo interior. Son las pequeñas estampas cotidianas en las que nos vemos reflejados a nosotros mismos, y que hace que muchos de los artículos y crónicas de *Los pueblos*, escritos en 1904, conserven hoy la misma intensidad que cuando fueron concebidos hace más de 100 años. De hecho, si atendemos a un

²⁹⁵ Manuel González, José Manuel (1993), “Laurence Sterne y José Martínez Ruiz”, *Anales Azorinianos 4*, CAM, Monóvar.

análisis global de los temas abordados en *Los pueblos*, daremos con “el catálogo de los grandes temas de la literatura universal”²⁹⁶: la soledad, la amistad, el paso del tiempo, el desamparo, el amor, la muerte, el olvido...

Azorín lee, siente y crea a partir de lo vivido y sentido. Y puede que la división de los capítulos de *Los pueblos* haya influenciado precisamente en este aspecto: la separación no responde a un orden cronológico ni por secciones y sí, en cambio, la justificación recae en las sensaciones, en las sorpresas que el periodista quería deparar en los lectores con sus escritos. Así se explica la selección tan personal, con crónicas de diferentes temáticas, y con la conexión al principio y al final de la obra (el libro se inicia con la cercanía de la muerte y el olvido, y se cierra con el cumplimiento de ese destino²⁹⁷). De este modo, y con este orden, Azorín aprisiona en *Los pueblos* su visión del mundo, sus preocupaciones, preguntas y sueños, en una obra que desde sus vivencias y la literatura dan sentido a su realidad. Porque la literatura crea una imagen de la realidad que “es mejor que la realidad misma”²⁹⁸.

Este orden de Martínez Ruiz en los artículos de *Los pueblos* responde, pues, a una cuestión estética y a todas luces literarias. Azorín no deja nunca nada al azar. Todo está preparado y meditado al milímetro, como ya hiciera con otra obra anterior que se alimenta de su producción periodística como *Bohemia*. De este modo, según indica el profesor Miguel Ángel Lozano²⁹⁹: “Azorín selecciona y organiza el libro cuidando que resaltara la variedad de sus piezas, distanciando convenientemente las que por su forma son similares y uniendo aquéllas que, aunque semejantes, crean un contraste que se puede aprovechar estéticamente”.

Esta propuesta estética de Azorín, que surge como una novedad, movió al periodista a publicar un artículo en *España* (“Confesión de un autor”, del 6 de febrero de 1905), que se convierte en un “auténtico manifiesto”³⁰⁰, en un espejo de propósitos e intenciones. Cabe resaltar además que “Confesión de un autor” no fue insertado por Azorín en la versión original de *Los pueblos*, de 1905, aunque sí otros

²⁹⁶ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 25.

²⁹⁷ Ibid., pág. 12.

²⁹⁸ Azorín (1957), *Un pueblecito: Riofrío de Ávila*, Espasa-Calpe, Madrid, pág. 151.

²⁹⁹ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 10.

³⁰⁰ Lozano Marco, Miguel Ángel (1999), “Un peculiar manifiesto: ‘Confesión de un autor’”. Azorín y el nuevo arte”, *Estudios de Cultura Hispánica en memoria de Víctor Quimette*, CAM-McGill University, Alicante, págs. 107-112.

investigadores lo agregaron en sus respectivas ediciones como *Tiempos y cosas*³⁰¹ (1944, de García Mercadal), *Obras completas* (1947, tomo VII, de Cruz Rueda), Valverde (1973) y José Luis Gómez³⁰² (1990).

En similares términos ya se refirió el 23 de noviembre de 1903 (“Filósofos españoles: Vives” en Los Lunes de *El Imparcial*) cuando aducía que “Vives siente un intenso amor por las cosas pequeñas” cuando, recordemos, en agosto de aquel mismo año de 1903 había iniciado su viraje, su presentación como “pequeño filósofo” en *El Pueblo Vasco*. Era, pues, una nueva etapa.

En efecto, Azorín expone la propuesta estética que encierra *Los pueblos*, donde los detalles insignificantes apreciados por la observación del periodista alicantino (conversaciones de vecinos, el ambiente de los balnearios, la visita a un amigo...) reflejan “la fuerza misteriosa del Universo”, es decir, el amor, la muerte, la soledad, la amistad o la nostalgia que mueve a los hombres. Así, en *La fiesta*, el viejo poeta ciego, Don Joaquín, vuelve al pueblo a recordar los lugares de su juventud; en *Sarrió*, Azorín narra cómo su amigo se descompone física y moralmente tras la pérdida de su hija Pepita, y es pues la destrucción de su mundo, la disolución de los mejores mundos para Antonio Azorín. La nostalgia y la muerte pues, “la fuerza misteriosa del Universo”, se viven y se sufren de igual forma en los pequeños pueblos que en las grandes ciudades; y en “El grande hombre en el pueblo” vivimos el último verano de Castelar en Sax, es decir, esta es la vida que se escapa. La muerte, pues, Azorín la conduce sutilmente hacia lo cotidiano.

“Azorín es, en los primeros años del siglo, uno de los escritores españoles que mayor interés ponen en advertir el ‘alma de las cosas’; tanto, que ese sintagma llega a ser un *leitmotiv* de toda una época: lo encontramos en textos de *Alma española*, en *Las confesiones de un pequeño filósofo* y, sobre todo, en *Los pueblos*”, explica Miguel Ángel Lozano³⁰³ sobre el problema de la formación estética en Azorín, bajo la influencia de escritores como Maeterlinck, Montaigne, Schopenhauer, Unamuno, Clarín, Nietzsche o Jean-Marie Guyau.

“¿Tienen alma las cosas? ¿Tienen alma los viejos muebles, los muros, los jardines, las ventanas, las puertas?”, recordemos que señalaba el alicantino en “Las confesiones de un pequeño filósofo. Las puertas” en *La Lectura*, en marzo de 1903,

³⁰¹ García Mercadal, José (1944), *Tiempos y cosas*, Librería General, Zaragoza.

³⁰² Gómez, José Luis (1992), *Los pueblos, Castilla*, Planeta, Barcelona.

³⁰³ Lozano Marco, Miguel Ángel (1997), “J. Martínez Ruiz en el 98 y la estética de Azorín”, *En el 98 (los nuevos escritores)*, Visor, Madrid, pág. 115.

en un viaje estético, el de Azorín, cuyo origen cabe buscar desde el abandono de *El Globo* a su paso por *El Pueblo Vasco* y *Alma española* cuando ya se presenta como “pequeño filósofo”.

De hecho, algunos críticos³⁰⁴ encuentran en *Las confesiones de un pequeño filósofo* el origen y punto de partida de *Los pueblos*, que sí se produce en cierto modo, sobre todo por la melancolía que aflora en estas páginas. Sin embargo, el libro de 1904 surge a raíz de las notas autobiográficas, de sus vivencias de niño que se sienten “indefinidas, como a través de una gasa”. En cambio, en *Los pueblos*, la creación surge a través de las vivencias que se están produciendo en esos mismos momentos por medio del periodismo. Por lo que es este, el oficio periodístico, la principal diferencia que estriba entre una y otra obra, puesto que una nace desde las notas inconexas de su biografía; y, el otro, desde la realidad que le brinda el periodismo trabajando para el diario *España* (aunque la realidad no es el cometido de Azorín en *Los pueblos*, sino el goce estético por medio de esa aparente realidad).

Azorín trabaja entonces dos modelos en *España*: uno más informativo-literario; y otro más literario-emotivo, que sería el que corresponde a *Los pueblos*. El periodista alicantino demostró así que era posible simultanear ambos estilos, ambos modelos, en el diario *España*, aunque la idea de la formación *Los pueblos*, seguro, estaría siempre, desde el mismo instante que comienza a escribir. Esto explica, además, la absoluta carencia de crítica o análisis del alicantino sobre estas semblanzas y crónicas de *Los pueblos*, una pauta habitual en su trabajo como periodista, y que demuestra aún más que su propósito en estos artículos no era suscitar reflexiones del lector (por medio de la crítica), sino más bien despertar sus emociones (por medio de la literatura). Es como la melancolía que tiñe el relato de “La fiesta”, “el viejo poeta que ha amado las flores y ya no puede verlas”.

¿Pero qué conecta a los artículos y relatos de *Los pueblos*? Es la memoria, el destino, el olvido y hasta la muerte. Es más, muchos de estos pasajes permanecen conectados aunque uno y otro capítulo del libro se encuentren al principio (“La fiesta”) y el final (“Epílogo de 1960”). En este caso, por la fama póstuma cuando Don Joaquín piensa para sí mismo: “Nosotros los poetas somos como las cigarras; si las calamidades y desgracias de la vida nos dejan, cantamos, cantamos sin parar; luego viene el invierno, es decir, la vejez, y morimos olvidados, desvalidos”.

Estas mismas sensaciones se repiten en “Sarrió”, cuando la emoción de la muerte lo llena todo, y la enfermedad le aboca a una profunda tristeza y reflexión:

³⁰⁴ Valverde, José María (1973), ed. cit., pág. 15.

Sarrió, siempre tan atildado, no usa camisa. ¿Queréis un detalle que revele mejor toda su lamentable decadencia? Yo he sentido ante él una honda tristeza que ha venido a juntarse a la tristeza ya sentida. Sarrió va bajando lentamente, apoyado en la barandilla, los peldaños de la escalera. Yo le miro absorto. Hay en los pueblos hombres y mujeres vulgares, anodinos, insignificantes, que os han encantado con su afabilidad, con sus palabras sencillas, y cuya desaparición os causa tanto pesar como la de un héroe o la de un gran artista.

Estas notas sensitivas, que son la materia que verdaderamente brota en estos artículos, se reproducen en el anhelo de Azorín por la España de Cervantes, en su fantasía con Catalina Salazar en Esquivias; o en la melancolía que tiñe el paso del tiempo en “Los toros”; o en el sentido y significado de Justicia en “El buen juez”, con reminiscencias de Montaigne y Taine:

Yo no sé si vosotras entenderéis esto; pero el espíritu de la Justicia es tan sutil, tan ondulante, que al cabo de cierto tiempo los moldes que los hombres han fabricado para encerrarlo, es decir, las leyes, resultan estrechos, anticuados, y entonces, mientras otros moldes no son fabricados por los legisladores, un juez debe fabricar para su uso particular, provisionalmente, unos moldes chiquitos y modestos en la fábrica de su conciencia.

(...) Sobre la tierra hay dos cosas grandes: la Justicia y la Belleza. La Belleza nos la ofrece espontáneamente la Naturaleza y la vemos también en el ser humano; más la Justicia, si la observamos todos los seres grandes y pequeños que pueblan la tierra, la veremos perpetuamente negada por la lucha formidable que todas las criaturas, aves, peces y mamíferos mantienen entre sí.

La muerte vuelve a *Una elegía*, cuando Azorín provoca y transmite emociones ante la evocación de Julín, Julia, la chica fallecida que vemos sobre el retrato de la casa. “Las cosas bellas deberían ser eternas”, relata el periodista quien declara su veneración por los oficios de los pequeños pueblos, que inspiran además sus artículos en la prensa (sobre todo en *El Globo*). En este sentido, cabe resaltar además la vida que dota Azorín también a los objetos.

Yo tengo predilección por estos hombres que forjan y retuercen el hierro; que mis amigos los carpinteros me dispensen esta confianza (...); Ahora voy a sentarme en una herrería. La llama de la fragua surge briosa en el hogar; el fuelle va resoplando sonoramente; en medio del taller, el viejo yunque, patriarcal, venerable, alma de la herrería, espera el rojo hierro que ha de ser martilleado. Y el hierro es sacado de entre las brasas (...).

Los martillos van cantando, cantando con sus sonos claros y fuertes; el fuelle sopla y resopla ronco. Y ahora el maestro y yo ya no hablamos de las cosechas, ni de las fábricas, ni de las casas; hablamos de los amigos que han desaparecido para siempre. Si vais a vuestro pueblo después de haber estado lejos de él poco o muchos años, estos recuerdos serán inevitables.

El tiempo, la melancolía, el sucederse de las cosas en las acciones sencillas y cotidianas afloran en “Un trasnochador”: “¿Cuántas horas pasan mientras comemos y charlamos? ¿Una, dos, tres, cuatro? Un reloj, uno de esos relojes terribles de las casas de los pueblos, suena cuatro metálicas campanadas; cantan los gallos a lo lejos”. Siempre bajo un estilo claro y limpio, como el reflejo nítido de un espejo: “Yo quisiera expresar con palabras sencillas todo el encanto que las cosas –un palacio vetusto, una callejuela, un jardín- tienen a ciertas horas”, escribe Azorín en Santander, en “Una ciudad”. Así, como en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, hasta las ventanas viven:

Si vivís en el Sardinero, otro espectáculo se os va a ofrecer, a las nueve, a las diez, cuando la noche vaya avanzando. Ésta es la hora que podríamos llamar de las ventanas iluminadas, y que podría dar tema para un hermoso libro a un poeta que fuese a la vez analizador y fantasista. Es la hora en que las ventanas cobran la plenitud de su vida, en que de la inercia, del apagamiento, de la opacidad en que han estado durante el día pasan a la acción y a la elocuencia.

La mayor parte de los escritos de *Los pueblos* son de corte cultural y emotivo, aunque se pueda discernir una separación con los motivados por los viajes como “La novia de Cervantes” (en Esquivias, 5 y 6 abril de 1904); “Una ciudad” (en Santander, 10 de agosto de 1904); “El grande hombre en el pueblo” (en Sax, 10 de julio de 1905); “En Loyola” (20 de julio de 1904); “En Urberuaga” (27 de julio de 1904); “Un hidalgo” (en Toledo, 14 de noviembre de 1904); “El pez y el reloj” (en Santander, 9 agosto de 1904); “Siluetas de Zaldívar” (1 de agosto de 1904); y “Siluetas de Urberuaga” (30 de julio de 1904).

Los pueblos es, de este modo, un libro “metasignificativo”³⁰⁵, en el que las pequeñas localidades y paisajes no van encaminadas a explicar y retratar España (lo que lleva a cabo en su producción periodística, sobre todo en *El Globo*) sino a conmover al lector.

Fernando García Lara, de la Universidad de Almería, en “Azorín y la Historia” (Coloquios de Pau I³⁰⁶), compara varias obras de Azorín hasta deducir que “es en los viejos pueblos y en la contemplación de sus gentes anónimas que pasan ante su ojo avizor, marginados del proceso histórico, de la historia movible, donde se encuentra la verdad más profunda y auténtica de la vida y la historia”. Así, en *Los pueblos*, Azorín se encarga de volcar esta realidad que ven sus ojos en las páginas

³⁰⁵ Urrutia, Jorge (2011), “Prólogo”, *Los pueblos*, Alianza, Madrid, pág. 24.

³⁰⁶ García Lara, Fernando (1985), “Azorín y la Historia”, *José Martínez, Ruiz, Azorín*, Coloquios de Pau I, J&D Editions, Pau.

de *España* sin más, sin la carga crítica de sus antiguas colaboraciones ante esta nueva etapa de “pequeño filósofo” con la que modifica su mirada sobre el alma de las cosas.

Ante esta propuesta estética, especialmente original, Azorín subtítulo la obra “ensayos sobre la vida provinciana”; Gimferrer lo llamó “ensayo narrativo”³⁰⁷; y otros autores tampoco ajustan bien el género, entre citas de si reportaje, estampa³⁰⁸ (aquí coinciden varios autores³⁰⁹), memorias, evocación poética y cuento³¹⁰, colaboraciones, viaje pintoresco-cultural o crítica. Pero lo cierto es que *Los pueblos* juega a ser varios géneros (unas veces es una opinión, –“El buen juez”-; otras una semblanza, –“El grande hombre del pueblo”-; o una evocación literaria, –“Un hidalgo”-). Y puede que, por todo ello, *Los pueblos* sea un libro sin género, como afirma Benjamín Jarnés³¹¹.

¿Qué es por ejemplo Azorín? ¿Es novelista? ¿Ensayista? ¿Poeta, en el sentido pequeño de hacedor de versos? ¿Dramaturgo? ¡Qué difícil contestar! (...) Azorín (...) es un autor. Es Azorín. Leímos y leemos a Azorín, no por ser novelista, ni comediógrafo, ni articulista (...); lo leemos por ser él, y nada más que eso, él.

De cualquier modo, el género quizás más apropiado sea el de la crónica. “En el caso de los textos dedicados a la temática viajera hay un término genérico que puede englobarlos, y es el de ‘crónicas’; es el que utiliza su autor y el que, por su forma y por el medio al que están destinadas, les conviene”, señala el profesor Miguel Ángel Lozano³¹². Por su parte, el profesor José-Carlos Mainer³¹³ los etiquetó como “mezcla afortunada de impresión vivida, cuento inconcluso y ensayo personal”. Agrega Miguel Ángel Lozano³¹⁴ en este sentido:

³⁰⁷ Gimferrer, Pere (1990), “Azoriniana”, *Los pueblos*, Planeta, Barcelona, pág. 4.

³⁰⁸ Pérez López, Manuel (1974), ed. cit., pág. 35.

³⁰⁹ Fox, Inman E. (1970), “Introducción”, *Antonio Azorín*, Labor, Barcelona, pág. 26.

³¹⁰ Rozas, Juan Manuel (1973), “Introducción”, *Castilla*, Labor, Barcelona, pág. 21.

³¹¹ Jarnés, Benjamín (1931), “Libros sin género”, *Revista de Occidente*, número 95, Madrid, págs. 205-209.

³¹² Lozano Marco, Miguel Ángel (2004), “Las crónicas viajeras de Azorín”, *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, Verbum, Madrid, pág. 82.

³¹³ Mainer, José Carlos (1975), *La Edad de Plata. Ensayo de interpretación de un proceso cultural (1902-1931)*, Los Libros de la Frontera, Barcelona, pág. 39.

³¹⁴ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., págs. 12 y 13.

El libro se subtitula “Ensayos sobre la vida provinciana”. El término ensayo habría que considerarlo aquí como equivalente de “boceto” o “apunte”, y no tanto como denominación de un género literario caracterizado por la exposición de ideas personales, con predominio de lo meditativo o discursivo; aunque el ensayo, así concebido, también forma parte de las piezas del libro. No hay denominación genérica precisa para esas “unidades” que de manera aproximada hemos venido llamando artículos o crónicas, por su carácter periodístico. Estas piezas muestran cierta diversidad.

Así pues, especialmente significativas son sus crónicas de viajes, donde Azorín escribe desde su fondo sensitivo sobre Santander (“Una ciudad y El pez y el reloj”); Toledo (“Un hidalgo”); el monasterio de Loyola (“En Loyola”); el balneario de Urberuaga (“En Urberuaga” y “Siluetas de Urberuaga”); y de San Sebastián, Biarritz y Zaldívar en “Siluetas de Zaldívar”. El periodista no trata de retratar todos estos lugares de manera fidedigna, en su realidad geográfica o humana. Azorín escribe a partir de sus vivencias o bien de sus evocaciones literarias, tratando de causar sensaciones, la “fuerza misteriosa del Universo”, y así nos aporta su propia visión del mundo. Es decir, Azorín no prioriza ni resalta el aspecto informativo que pueda presentar esta o la otra ciudad, y transforma su experiencia personal en notas sensitivas y literarias en el que era entonces su primer gran viaje para un periódico tras la breve incursión de “Notas sobre la vieja España” para *El Globo* en febrero de 1903.

Los clásicos, pues, afloran como materia de inspiración en “Una ciudad”, cuando rescata al Arcipreste de Hita, de Juan Ruiz, en su recorrido por la catedral; y en “Un hidalgo”, aparece Lázaro de Tormes por las calles de Toledo. Otras veces son Canduela, Don Bernardo, María y Merceditas (“Siluetas de Zaldívar”), en vivencias y estampas de lo cotidiano. Y esta es la vida profunda que se oculta y se esconde en un pueblo de apariencia tranquila, donde no parece pasar nada, y en la que Azorín trata de atrapar el “alma de las cosas” en su propia visión y representación del mundo.

“He viajado mucho por España. He pasado muchas horas en los casinos de los pueblos, conversando con hidalgos y oficiales de mano. Si amo los clásicos es porque amo los pueblos y el paisaje de España. Para mí todo esto es una misma cosa. ¡Cuántas páginas de los clásicos –de Quevedo, de Cervantes-, he visto vivas en los pueblos!”, escribe Azorín en la nota introductoria de *Los pueblos en Páginas Escogidas*³¹⁵.

³¹⁵ Azorín (1917), *Páginas Escogidas*, Calleja, Madrid, pág. 51.

“Las crónicas de viajes de Azorín nacen de la vida (experiencia) y de la literatura (referente, modelo), para volver a la literatura y permanecer en ella, en la página que hemos de recorrer con nuestros ojos para que cobre aliento con nuestra vida”, explica el profesor Miguel Ángel Lozano³¹⁶ respecto a estos artículos que conectan con el concepto de ciudad muerta de Rodenbach, y que Azorín ya conocía y cita en *La Campaña*, de París, y *El Progreso* (5 y 12 de marzo de 1898). “Rodenbach, el poeta de *Brujas la muerta*, ejerció una decisiva influencia en la descripción de ambientes urbanos, de las viejas ciudades de provincia, y es Azorín el escritor español que de manera más original reelaboró el ‘topos’ simbolista de la ciudad muerta en diversas páginas”.

Junto a la original estética del periodista, Azorín aprovecha en *Los pueblos* para transformar una reseña bibliográfica, una moda o una opinión para envolverla con la magia de la literatura, de tal modo que el artículo periodístico se libera de la caducidad de la actualidad periodística. Así, los artículos y crónicas de *Los pueblos* no pierden ni un ápice de frescura y fuerza. Nacen de la vida de todos los días, y encierran la pasión de cada porción del mundo. Y esta es otra de las grandes aportaciones de Azorín con *Los pueblos*: periodismo y literatura se fusionan, aportando nuevas sensaciones, preguntas, interrogantes y reflexiones al lector.

Así, en *El buen juez*, lo que aparentemente iba a ser una noticia por una reseña bibliográfica (*La sentencia del presidente Magnaud*), Azorín inserta la historia literaria del juez que se aparta de las leyes de la Justicia para dictar sentencia. Y esa misma novedad levanta las suspicacias del pueblo y sus habitantes, pero el juez (don Alonso) está tranquilo y tiene la conciencia limpia tras su decisión. Este tema era además especialmente novedoso por el tratamiento de la pena de muerte³¹⁷.

De este modo, Azorín innova en su redacción y lo que supuestamente iba a ser un hecho noticiable (la aparición de un libro) se convierte en una historia que engancha al lector entre dudas y reflexiones. Los artículos, en definitiva, quedan así congelados en el tiempo, para su disfrute en el futuro. En *Los toros* se produce un proceso semejante cuando una moda, la de cómo las mujeres portan los claveles para asistir a las corridas, vuelve Azorín a transformarlo en una crónica con evocaciones literarias.

³¹⁶ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 78.

³¹⁷ Payá Bernabé, José (1985), “Azorín y su Casa-Museo”, *José Martínez, Ruiz, Azorín*, Coloquios de Pau I, J&D Editions, Pau.

Mario Vargas Llosa³¹⁸, en su discurso de ingreso a la RAE en 1996, señala sobre *El buen juez* que “trastoca una información u informe periodístico en fabulación artística”, y añade:

Hemingway mostró que, a veces, la mejor manera de realzar un hecho en una ficción es ocultarlo, que era posible y eficaz narrar por omisión. Y buena parte de la técnica periodística-narrativa de Azorín se basa en una estrategia parecida, de datos significativamente escondidos al lector, vacíos que éste debe llenar con adivinanzas, intuiciones o invenciones.

Para el Premio Nobel, Azorín fue un revolucionario ante estas estampas de realidad, según ahondó en un artículo para *El País*³¹⁹ tras una visita a la Casa Museo Azorín de Monóvar:

En los géneros menores, aquéllos en los que supuestamente en vez de inventar trataba de someterse a la servidumbre de la realidad, de transmitir viñetas del mundo tal como es, el artículo y el reportaje periodístico, la reseña de libros, la crónica de viaje, el comentario de actualidad –un debate en el Congreso, la inauguración de una estación, el estreno de una película-, fue un verdadero revolucionario, alguien que transformó la información, el texto para el diario o la revista, en una rama de la literatura creativa, en una forma de expresión no menos rigurosa y artística que la gran novela o la mejor poesía.

Cabe destacar, además, cómo Azorín quiere mantener “enganchado” al lector en el escrito, de igual modo que los periodistas en su oficio. Porque a los periodistas no se les exige exclusivamente informar bien, sino también mantener “enganchados”, “atrapados” o “enfrascados” al lector hasta el final del texto, especialmente si se trata de un género más abierto o permisivo literariamente como la crónica, el artículo o el reportaje.

Y, en este mismo marco, se mueve precisamente la crónica *El grande hombre del pueblo*, un artículo que podía haberse titulado, sin más, algo así como *Emilio Castelar en Sax*. En cambio, esta crónica, la crónica de cómo Emilio Castelar veranea y es bien recibido en un pequeño pueblo levantino, en Sax, Azorín aporta el carácter literario para que se convierta en un escrito que va más allá de lo periodístico. Así, primero, llama poderosamente la atención cómo Azorín despista al lector, y le mantiene atento ocultando celosamente el nombre del protagonista de su crónica (desvelándolo al final); y, segundo, redacta un homenaje en el que la

³¹⁸ Vargas Llosa, Mario (1996), “Las discretas ficciones”, *Discurso de ingreso en la RAE*, disponible en http://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_Ingreso_Mario_Vargas_Llosa.pdf.

³¹⁹ Vargas Llosa, Mario (1993), “Una visita a Azorín”, *El País*, 12 de julio de 1993, disponible en *Obras completas, Piedra de Toque II*, Círculo de Lectores y https://elpais.com/diario/1993/07/12/opinion/742428009_850215.html.

literatura se refugia en el periodismo, ya que el periodista nos informa además de las costumbres y con qué deferencia se dirige el mandatario político a sus amigos y habitantes del municipio. No menciona tampoco el pueblo levantino, que es Sax, para que nada ni nadie eclipse el protagonismo de Emilio Castelar.

En este sentido, cabe destacar además el empleo del “yo”, de la primera persona, aunque Azorín también se incline por la tercera persona, o el “nosotros”, “vosotros”, e incluso se cita asimismo o a los lectores en varios artículos. De igual forma, lo que desea Azorín es implicar e involucrar a los lectores en el texto, hacerles partícipes, suscitando y provocando sensaciones.

Junto a los viajes, y a un lado los escritos esencialmente enfocados a suscitar emociones, solo “El grande hombre en el pueblo” se dedica a un político (Emilio Castelar), lo que indica claramente la importancia de este para el periodista alicantino.

Lo cierto es que *Los pueblos* son, como señala Pere Gimferrer, “contemplación del instante”, aunque lo más importante en los artículos no sea siempre contar historias sino causar sensaciones”, como afirma el profesor Miguel Ángel Lozano³²⁰.

El material temático de Azorín no es, pues, en suma, la vida, ni tampoco la literatura sin más, sino la vida tal como aparece en la literatura, y, en consecuencia, lo que de literatura tiene la vida. Como a Mallarmé, se le convierte el mundo en texto, en libro. Establecida así su materia prima, no operará en ella por unidades extensas –al modo de un Balzac, un Galdós, un Clarín, un Dickens- sino por fragmentos; no fiará en la duración, sino en la intensidad, y en tal sentido su estética se acercará a la de la poesía, en la medida en que ésta es contemplación del instante³²¹.

“Es uno de los milagros de Azorín: haber creado uno de los más singulares estados literarios escribiendo al servicio de la actualidad. Su caso prueba que el cuarto de corcho no es indispensable al artista: Azorín lo fue –a más no poder- borroneando sus cuartillas en el trajín incesante de la calle”, afirma Vargas Llosa en su discurso de ingreso a la RAE. “En *Los pueblos* hay una recreación de la vida tan intensa como la que operan en las novelas más logradas. Pero, disimulada, bajo el disfraz de la fidelidad a un mundo preexistente, del que el autor será apenas un respetuoso cronista”, agrega.

³²⁰ Lozano Marco, Miguel Ángel (1992), “Algunas consideraciones sobre la estética simbolista en los primeros libros de Azorín”, *Azorín et la France*, Coloquios de Pau II, J&D Editions, Pau, pág. 86.

³²¹ Gimferrer, Pere (1990), ed. cit., pág. 13.

El profesor Miguel Ángel Lozano, en su artículo “Algunas consideraciones sobre la estética simbolista en los primeros libros de Azorín (1905-1912)³²²”, centra las temáticas de los artículos de *Los pueblos* en la presencia de la muerte (surge en la mayoría de los escritos); las sensaciones que el periodista experimenta en determinados ambientes; y en la actitud de la mujer como en *Los toros*. Y añade Lozano: “En *Los pueblos* el escritor parece ir hacia la realidad y escoger de ella algunos elementos, personajes, objetos o ambientes, a partir de los cuales se provoca la sensación”.

“¡Cuántos cuadernitos he llenado de notas antaño! De notas para la pintura de los paisajes, de los tipos. ¿Será esto un exceso? Un buen aprendizaje sí que es. Se acostumbra el escritor a observar la realidad, a ajustarse a la realidad. *La Voluntad*, Antonio Azorín, *Los pueblos* están escritos según la notación minuciosa y exacta –creo que exacta- de mis cuadernitos”, afirma Azorín en la introducción de *El Paisaje*, en *Páginas Escogidas*³²³.

Lo cierto es que los ambientes (como los paisajes) no es ni mucho menos un tema nuevo en el periodismo de Martínez Ruiz, que tampoco en la literatura que traslada a *Los pueblos*. De hecho, es una constante en su producción (véase como ejemplo “Crímenes españoles. –El de Don Benito.-Ambiente y personajes”, del 22 de noviembre de 1903 en *Alma española*), o bien cuando nos habla de los ambientes de distintas ciudades del mundo en “Fantasías y devaneos del pequeño filósofo en Madrid” (*El Pueblo Vasco*, 18 de noviembre de 1903); o incluso en “La educación y el medio” (*El Globo*, 4 de junio de 1903) cuando critica el ambiente religioso y educativo.

En definitiva, en *Los pueblos*, Azorín encuentra una técnica original y una propuesta estética en la que parte de sus vivencias y de la literatura (evocaciones literarias o inserción de historias) pretenden causar sensaciones, la “fuerza poderosa del Universo”, que son los grandes valores que mueven a todos los seres humanos: la vida, el amor, la muerte, la nostalgia... Y eso salva a estos artículos de la caducidad del oficio periodístico. En *Los pueblos*, Azorín trabaja en los detalles, en estampas cotidianas, y en aparentemente vidas anodinas, cuando cualquiera de los hechos que nos relata podrían producirse en las grandes que pequeñas urbes. La unión de lo cotidiano con el misterio; lo trágico con el pasaje carente de acción; y el poético lenguaje de las cosas se dan en las páginas de este libro.

Y solo así se explican historias como *Un trasnochador*.

³²² Lozano Marco, Miguel Ángel (1992), ed. cit., págs. 87-88.

³²³ Azorín (1917), ed. cit., pág. 19.

-Don Juan sigue apuntando a estas o a las otras cartas; yo observo las miradas, los gestos, el ir y venir febril de las manos sobre el tapete. ¿Cuánto tiempo transcurre así? ¿Una hora, dos horas, tres horas? (...) Yo me quedo mirando a don Juan. ¿Puede darse un ser más extraño y más interesante que un trasnochador de pueblo? ¿Qué hacen estos trasnochadores fantásticos durante toda la noche interminable de las ciudades muertas? ¿En qué emplean las horas monótonas, eternas, de las madrugadas invernales?

“¿No habéis reparado nunca en la jovialidad, en la fuerza, en la expansión íntima y profunda de esta pequeña frase? En los pueblos, esta pequeña frase tiene un significado que no tiene en ningún otro paraje”, escribe Azorín en *La velada*.

El humor (como búsqueda de despertar sensaciones en el lector), la “indudable vivacidad a través de la actitud humorística del autor³²⁴”, es otro rasgo empleado por Azorín en *Los pueblos*. Así, en *El ideal de Montaigne*, el periodista hace uso de una historia literaria con notas de humor para rendir homenaje a su admirado maestro. Este recurso, una constante en la producción azoriniana, también fue analizado por Pedro Ignacio López y Miguel Jiménez Molina “Azorín o la filosofía del humorismo³²⁵”.

En *Epílogo 1960*, Azorín reproduce el diálogo de cuatro amigos que discuten sobre si el reportero alicantino escribió un libro en prosa o en verso con una fecha del fin de su vida (1960) que Azorín no imaginaba que sobrepasaría en siete años. Un artículo, pues, en el que aborda el destino, el misterio del qué puede deparar el futuro, y que también es una de las preocupaciones del alicantino en su labor periodística y literaria. De hecho, en este sentido, especialmente clarividente es el pasaje “Ya es tarde”, de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, cuando indica que “yo os digo que esta idea de que siempre es tarde, es la idea fundamental de mi vida; no sonriáis”.

Sin embargo, en *Epílogo 1960*, a diferencia de los artículos de Azorín hasta el momento, se ahonda en la cuestión con un sentimiento desprovisto de angustia, que era la pauta corriente hasta ahora sobre este asunto. A Martínez Ruiz le preocupa en demasía qué será de él cuando ya no esté de aquí, y qué será de su legado periodístico, que es una sensación que le ahoga constantemente a juzgar por las numerosas ocasiones a las que hace mención en su producción.

³²⁴ Mulertt, Werner (1930), *Azorín (contribución al estudio de la literatura española de fines del siglo XIX)*, Biblioteca Nueva, Madrid.

³²⁵ López García, Pedro Ignacio, y Jiménez Molina, Miguel (1995), “Azorín o la filosofía del humorismo”, *Azorín, 1904-1924*, Coloquios de Pau III, Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia.

Además de la propuesta estética y original que representa *Los pueblos*, Azorín hace suyas técnicas literarias para construir sus artículos periodísticos, de tal modo que se puede aplicar lo que Tom Wolfe escribe en su obra *El nuevo periodismo*³²⁶:

El artículo se podía transformar en un cuento con muy poco trabajo (...) Lo que me interesó no fue sólo el descubrimiento de que era posible escribir artículos muy fieles a la realidad empleando técnicas habitualmente propias de la novela y el cuento. Era eso... y más. Era el descubrimiento de que en un artículo, en periodismo, se podía recurrir a cualquier artificio literario, desde los tradicionales dialoguismos del ensayo hasta el monólogo interior y emplear muchos géneros diferentes simultáneamente, o dentro de un espacio relativamente breve... para provocar al lector de forma a la vez intelectual y emotiva.

Por ello, se aprecian fácilmente alusiones directas al lector (“El buen juez”); se emplea el uso del “yo” periodístico y la primera persona (“La novia de Cervantes”); aparecen diálogos constantes (“Epílogo en 1960”); e incluso se utiliza el monólogo interior (“El buen juez”): “Todo esto quiere decir –ya se habrá comprendido- que don Alonso se halla en funciones, o sea que ha llegado el momento en que el buen caballero va a administrar esta cosa sutilísima, invisible, casi fantástica, que se llama Justicia y que los hombres aseguran que no existe sobre la tierra”.

El crítico literario Rafael Conte³²⁷ anota que “si el periodismo trata de lo efímero, de la coyuntura más actual, por medio de la palabra, esa actualidad puede permanecer, y permanece si, como en el caso de nuestro escritor, se convierte en pura y simple literatura”. Y, en el mismo, agrega:

Azorín es por tanto un escritor absoluta y completamente moderno, que dominó los “mass-media” de su tiempo, que supo emplearlos como nadie, y que cometió en múltiples ocasiones esa hazaña de convertir no solamente en libros, sino en “obras” literarias perfectamente unitarias y redondas lo que antes había nacido fragmentado en colaboraciones periodísticas.

Para Valverde³²⁸, esta es la mejor etapa azoriniana en su creación, ya que “tras unos años difíciles en el periodismo, empieza así el mejor año de Azorín en el diario *España* (donde publica los artículos de *Los pueblos*), después de pasar por *El Globo*, *El Progreso* y *El País*”. De este modo, se remueve en Martínez Ruiz una “revolución individual” con un estilo “realista, directo y transparente” y con “una

³²⁶ Wolfe, Tom (1976), *El nuevo periodismo*, Anagrama, Barcelona, págs. 20 y 26.

³²⁷ Conte, Rafael (1997), “Azorín, entre el artículo y el libro”, *Anales Azorinianos* 5, CAM, Monóvar, págs. 49 y 51.

³²⁸ Valverde, José María (1971), ed. cit. pág. 245.

nueva manera de mirar y escribir”, un “ajuste expresivo”. Y efectivamente es así, aunque el profesor Valverde justifica esta ruptura azoriniana con su distanciamiento del anarquismo, que ya había dejado tiempo atrás el reportero alicantino pasando más tarde por una crisis y abulia (patente especialmente por “El fin de un mundo”, en *Madrid*, 18 de junio de 1901) a otra más reivindicativa de *El Globo*.

Así pues, “la revolución individual” en Azorín se lleva gestando varios meses y años, y sobre todo es clarividente cuando se presenta como “pequeño filósofo” en *El Pueblo Vasco* ante la ruptura ideológica y temática que se abre además en *Alma española*. Martínez Ruiz se transforma en ese momento en Azorín en el diario *España*, como también en *Los pueblos*, y sí es posible entonces hablar de la mejor etapa azoriniana, en su literatura y periodismo, que se encaminaba a cotas todavía más altas con nuevos destinos y desafíos. De este modo, con *Los pueblos*, como en el diario *España*, Azorín irá en búsqueda de un estilo que definitivamente está a punto de soldarse y consolidarse entre 1904 y 1905. De hecho, en este sentido, es plenamente significativo que *Los pueblos* sea el primer libro de Martínez Ruiz que firma con su pseudónimo, su nueva dimensión literaria de Azorín.

Por último, en la biografía de José Alfonso,³²⁹ se recoge una frase de Melchor Fernández que aprisiona la trayectoria periodística de Azorín en 1904-1905 con sus libros *Los pueblos*, *La ruta de Don Quijote* y *La Andalucía Trágica*. “Es de tal valor el arte de Azorín, que hasta en la página más sencilla, más supeditada a la actualidad, con más premura redactada, o más circunstancias por razón del tema, percibimos el hondo y persistente latido de las más afortunadas creaciones literarias”.

Los pueblos fue un libro de éxito, sobre todo por el tirón de Azorín como cronista y conocido reportero de *España* (“El misterio de las cosas. Dos desconocidas”, 29 de diciembre de 1904; y “Conjuración de señoras. La celebridad”, del 13 de febrero de 1905). Además, el retrato de Sancha con que se ilustra la cubierta de *Los pueblos* fue todo un acierto. En ella, aparece Azorín con aspecto serio, mirada desafiante y con monóculo. Era la renovadora imagen de un escritor que definitivamente había cambiado.

Estudios y ediciones críticas a *Los pueblos*

La edición original de *Los pueblos*, de 1905, es el primer libro con el que Azorín firma con su pseudónimo. Una declaración absoluta de intenciones en una obra especialmente relevante por el carácter original de la selección realizada por el

³²⁹ Alfonso, José (1950), ed. cit. pág. 65.

mismo Azorín y que, en su excelencia estética, está compuesta por los siguientes artículos del diario *España*:

“La fiesta”: 13 de septiembre de 1904, “Fantasías y devaneos. La fiesta”, en *España*.

“Sarrió”: 27 de agosto de 1904, “Fantasías y devaneos. Sarrió”, en *España*.

“La novia de Cervantes”: 5 y 6 de abril de 1904, “Fantasías y devaneos. La novia de Cervantes I y II”, en *España*.

“Los toros”: 30 de septiembre de 1904, “Fantasías y devaneos. Los toros. Al pintor Zuloaga”, en *España*.

“El buen juez”: 6 y 8 de septiembre de 1904, “Fantasías y devaneos. El buen juez I y II”, en *España*.

“Una elegía”: 30 de agosto de 1904, “Fantasías y devaneos. Una elegía”, en *España*.

“Un trasnochador”: 17 de septiembre de 1904, “Fantasías y devaneos. Un trasnochador”, en *España*.

“Una ciudad”: 10 de agosto de 1904, “Veraneo sentimental. En Santander. El día y la noche”, en *España*.

“El grande hombre del pueblo”: 10 de julio de 1904, “Un página de historia. La sombra”, en *España*.

“En Loyola”: 20 de julio de 1904, “Veraneo sentimental. En Loyola. La piedra gris”, en *España*.

“En Urberuaga”: 27 de julio de 1904, “En Urberuaga. Los ojos de Aurelia”, en *España*.

“Un hidalgo”: 14 de noviembre de 1904, “Las raíces de España. Un hidalgo”, en *España*.

“El ideal de Montaigne”: 20 de septiembre de 1904, “Fantasías y devaneos. El ideal de Montaigne”, en *España*.

“La velada”, 28 de noviembre de 1904, “Fantasías y devaneos. La velada”, en *España*.

“El pez y el reloj”, 9 de agosto de 1904, “Veraneo sentimental. En Santander. El pez y el reloj”, en *España*.

“Siluetas de Zaldivar”, 1 de agosto de 1904, “Siluetas de Zaldivar”, en *España*.

“Siluetas de Urberuaga”, 30 de julio de 1904, “Siluetas de Urberuaga. La masa”, en *España*.

“Epílogo de 1960”, 17 de septiembre de 1904, “Fantasías y devaneos. La fama póstuma (Epílogo en 1960)”, en *España*.

De estos textos, ya hemos visto cómo se nutrieron de ellos en las ediciones de *Veraneo sentimental*. Así, García Mercadal (1944), insertó “Veraneo sentimental. En Santander. El día y la noche”, del 10 de agosto de 1904, que en *Los pueblos* Azorín lo tituló “Una ciudad”. En cambio, con la edición de Miguel Ángel Lozano (2016), estos se amplían con:

“Veraneo sentimental. En Loyola. La piedra gris”, del 20 de julio de 1904 en *España*. “En Loyola”, en *Los pueblos*.

“En Urberuaga. Los ojos de Aurelia”, del 27 de julio de 1904 en *España*. “En Urberuaga”, en *Los pueblos*.

“Siluetas de Urberuaga”, del 30 de julio de 1904 en *España*. “Siluetas de Urberuaga”, en *Los pueblos*.

“Veraneo sentimental. En Santander. El pez y el reloj”, del 9 de agosto de 1904 en *España*. “El pez y el reloj” en *Los pueblos*.

“Siluetas de Zaldívar”, del 1 de agosto de 1904 en *España*. “Siluetas de Zaldívar” en *Los pueblos*.

De un tiempo a esta parte se han confeccionado distintas ediciones de *Los pueblos* con algunas variables respecto a la selección original de Azorín. Así, por ejemplo, Cruz Rueda en el tomo II de sus *Obras completas* (1959), modifica levemente la relación de textos de *Los pueblos* de Azorín e introduce “La muerte de un amigo: Sarrió” (20 de enero de 1905, en *España*) y “Confesión de un autor” (6 de febrero de 1905, en *España*). Este mismo esquema se repite en la edición de José Luis Gómez con Planeta, de 1992.

Mención aparte requiere la personal edición de José María Valverde (1973), que amplía con numerosos textos la versión de *Los pueblos* de Azorín. Además, esta selección de Valverde está alterada respecto a la original de Martínez Ruiz.

En la siguiente relación solo se citan los que, por orden, quedan fuera de la primera edición de *Los pueblos* (1905), de Azorín. Del mismo modo, en caso de pertenecer a algún otro volumen azoriniano, se agregan.

“La decadencia”. 26 de enero de 1904. También en *Fantasías y devaneos*.

“Impresiones parlamentarias”. 31 de enero de 1904.

“Impresiones parlamentarias”. 1 de marzo de 1904.

“Impresiones parlamentarias”. 4 de marzo de 1904.

“La casa, la calle y el camino”. 12 de marzo de 1904. También en *Tiempos y cosas*.

“Leopardi”. 2 de abril de 1904. También en *Fantasías y devaneos*.

“La filosofía de Pío Baroja”. 28 de abril de 1904. También en *Tiempos y cosas*.

“Desdichas y malandanzas de Azorín en Levante”. 25 de mayo de 1904. También en *Tiempos y cosas*.

“La tradición”. 20 de junio de 1904. También en *Fantasías y devaneos*.

“En San Quintín. Una tarde con Galdós”. 5 de agosto de 1904. También en *Veraneo sentimental* (2016), de Miguel Ángel Lozano; y *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*, de Cruz Rueda.

“Un recuerdo. Clarín”. 24 de agosto de 1904. También en *Tiempos y cosas*.

“Lo castizo”. 28 de agosto de 1904. También en *Fantasías y devaneos*.

“Una opinión de Wells. La democracia”. 24 de septiembre de 1904. También en *Palabras al viento*.

“Los árboles y el agua”. 26 de diciembre de 1904. También en *Fantasías y devaneos*.

“El arte nacional”. 28 de diciembre de 1904. También en *Fantasías y devaneos*.

“El misterio de las cosas”. 29 de diciembre de 1904. También en *Tiempos y cosas*.

“La muerte de un amigo: Sarrió”. 20 de enero de 1905. También en *Veraneo sentimental* (1944), de García Mercadal.

“Confesión de un autor”. 6 de febrero de 1905. También en *Tiempos y cosas*.

En resumidas cuentas, Valverde rescató solo tres artículos inéditos hasta ahora en la producción de Azorín en el diario *España*, que son las “Impresiones parlamentarias” del 31 de marzo y 1 y 4 de marzo de 1904. El resto son extraídos de la selección hecha por el propio Azorín para *Fantasías y devaneos* (1920), o bien las de García Mercadal en *Tiempos y cosas* y *Veraneo sentimental* (1944).

Solo “En San Quintín. Una tarde con Galdós”, del 5 de agosto de 1904, tiene un carácter excepcional, puesto que Valverde se equivoca al señalar que no había sido recogido en libro cuando no es realmente así: ya lo había hecho Cruz Rueda en 1958 con *Los clásicos redivivos; los clásicos futuros*, y más recientemente Miguel Ángel Lozano en su edición de *Veraneo sentimental* (2016).

Los artículos que componen *La Andalucía Trágica* se publicaron en *El Imparcial* después de que hubiera aparecido como libro en *Los pueblos*; se incluyeron en éste en la tercera edición publicada por Renacimiento en 1914. Así pues, en esta investigación, se ha enmarcado su estudio en su marco temporal.

La primera edición de *Los pueblos*, de Azorín, en 1905, no inserta pues los escritos periodísticos en *La Andalucía Trágica*. Y esto mismo se ha repetido con las ediciones de Miguel Ángel Lozano (1990) y Jorge Urrutia (2013), que son las que

más se asemejan a la selección original de Azorín ya que no trastocan ninguno de estos artículos en su correspondiente orden ni tampoco llevan a cabo añadidos.

Otras publicaciones de *Los pueblos*, en cambio, como las de José Luis Gómez (1990) y Valverde (1973) sí insertan la parte de *La Andalucía Trágica*. Es más, en la de Gómez se amplía hasta la de *Castilla* (1912); y, por su parte, en la de Valverde, se citan los artículos de “En el Romeral”, que están fuera de *La Andalucía Trágica* y vieron la luz en *El Imparcial*.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

26. En la cumbre del periodismo: Azorín en *El Imparcial*. Libros *La ruta de Don Quijote* y *La Andalucía Trágica*

Azorín se despide el 1 de marzo de 1905 del diario *España* para ingresar en *El Imparcial*, lo que venía a cumplir su gran sueño periodístico. Principalmente porque Martínez Ruiz llevaba trabajando con este propósito casi desde sus inicios, y basta con hacer un repaso a su trayectoria para comprobar este hecho.

Así, desde *Buscapiés* (1894), el reportero alicantino ya dedicaba elogiosos pasajes a Ortega Munilla, director de *El Imparcial*, con tal de ganarse su simpatía: “El talentado director de *Los Lunes* de *El Imparcial* es un espíritu robusto, un literato plétórico de energía”. Pero en este mismo sentido, además, Martínez Ruiz acude a sus influencias y contactos, el de Clarín y Mariano de Cavia, en abril de 1900, para que facilitaran su ingreso en *El Imparcial*. Es más, el articulista alicantino solicita a estos que den difusión a sus libros en el rotativo de Ortega Munilla, puesto que este era uno de los grandes escaparates literarios del momento.

Finalmente, Martínez Ruiz logró su estreno en *El Imparcial* con la publicación de “Los literatos” (18 de junio de 1900) y, unos meses después, “Un español de antaño” y “Un español de antaño II” (23 y 29 de octubre de 1900). Colaboraciones que completa el 23 de noviembre de 1903 con “Filósofos españoles: Vives”.

De cualquier modo, la situación ha cambiado notablemente para el alicantino, que goza de una relativa fama en el periodismo tras su paso por *España* y la exitosa edición de *Los pueblos* (integrada con escritos insertados en el rotativo de Manuel Troyano). También se ha producido su transformación en la nueva dimensión literaria (los artículos ya no los firma como Martínez Ruiz, tal y como hiciera en su bautismo de fuego en *El Imparcial*, sino como Azorín). Es, pues, un periodista que está al alza y que la familia Ortega y Gasset, propietarios de *El Imparcial*, mira con buenos ojos en su fichaje. Por eso mismo, Ortega y Gasset considera a Azorín como el “autor más indicado” para escribir “artículos agradables” aunque “vino y se fue al poco”³³⁰.

Pero *El Imparcial* no consideraba la incorporación del periodista alicantino en tareas propiamente informativas de índole política (al estilo de las “Impresiones parlamentarias” que trabajaba en *España*). Actitud que venía condicionada muy probablemente por la independencia con la que había actuado hasta ese momento Azorín, y que ya había exhibido en *El Globo* (“Las células”, 14 de enero de 1903) donde ataca a Rafael Gasset, político, familia, exdirector y propietario también de *El Imparcial*: “España no será culta, rica y fuerte –como el Sr. Gasset anhela- mientras

³³⁰ Mora, Magdalena (1993), ed. cit., pág. 188.

el labriego, el artesano, el industrial, el comerciante, no lo sean. Y no lo podrán ser, mientras subsista, infranqueable, la honda separación entre el político y la masa resignada y silenciosa que trabaja”, escribía.

Así pues, en días de la conmemoración del III Centenario de la publicación de *El Quijote*, *El Imparcial* encuentra el encargo idóneo para Azorín en una serie de reportajes de corte cultural (perfil que también se ajustaba especialmente en el alicantino) en este homenaje a Cervantes y su obra universal que había sido sugerido, precisamente, en las mismas páginas de *El Imparcial* por Mariano de Cavia en diciembre de 1903.

Hasta entonces, Azorín había trabajado sobre Cervantes y *El Quijote* en numerosos pasajes de su articulismo en la prensa. Por ello, recordemos, el 10 de febrero de 1900 publicó en *La Correspondencia de España* quizás uno de los más relevantes, “El autor del Quijote”, sobre el cambio que se produce en la obra con el transcurso del tiempo. “Pero yo digo que el Quijote no lo ha hecho el glorioso manco, que el Quijote lo hemos hecho nosotros, la posteridad, las generaciones sucedáneas de Cervantes, la humanidad toda, cansada, triste, reflexiva, que ve un conmovedor grito de angustia, una profunda ansia de ideal, una trágica lucha por el Bien irrealizable”, escribe con menciones a las poblaciones de Argamasilla o Esquivias, que, por tanto, ya conoce.

De Cervantes, en cambio, las alusiones son mucho mayores, prueba de su lectura incesante, y causa de su inspiración también. Así, en *El Progreso* (“Clarín en el Ateneo”, del 17 de noviembre), define a Cervantes como un espíritu superior en el que se compendia, junto a Santa Teresa, “toda la idealidad de España”. También resulta citado en *Diario de un enfermo* (1901), o bien hace uso de sus personajes (Rinconete y Cortadillo) como materia con que construir sus escritos de denuncia (“El patio de Monipodio”, en *Las Noticias*, 23 de junio de 1901). Esquema que repite en *Juventud* con “Interviú con Rinconete”, del 10 de noviembre de 1901.

En *La voluntad* (1902), Martínez Ruiz señala diálogos artificiosos, que no se ajustan a la realidad, como los de *La Gitanilla*, de Cervantes. “Una gitana de quince años, que supongo que no ha estado en ninguna universidad, ni forma parte de ninguna Academia... Pues bien; observa cómo contesta a su amante cuando éste se le declara. Le contesta en un discurso enorme, pulido, elegante, filosófico”, indica. Este mismo relato cervantino aparece nuevamente en “Tipos picarescos (de un diccionario inédito)”, en *La Ilustración española y americana*, del 28 de febrero de 1902, aunque Cervantes también surge en otros tantos distintos escritos de *Madrid Cómic*.

“Merchan”, (del 20 de enero de 1903 en *El Globo*) u “Ortiz” (de *Los cómicos*, 25 de febrero de 1904, que en realidad es el capítulo IX de *Soledades*), son solo algunas de las numerosísimas apariciones de Cervantes en este tiempo en la producción de Martínez Ruiz.

Más cercano al tiempo y, por tanto, incluido en los actos de la efeméride del III Centenario de la publicación del *Quijote*, Azorín trazó la semblanza “Un loco” (del 7 de diciembre de 1904 en *España*); y, además, preparó la conferencia “Don Quijote en casa del Caballero del Verde Gabán” (leído en las veladas del Ateneo de Madrid en abril de 1905); y “Génesis del Quijote”, un encargo insertado en el volumen *Iconografía de las ediciones del Quijote*, editado en Barcelona.

Así pues, Azorín es el corresponsal designado por *El Imparcial* para redactar unas crónicas y reportajes sobre los lugares por donde transitó *El Quijote*, lo que le concedía la oportunidad de, por otro lado, dar el salto definitivo a la cabecera, ya que hasta ahora solo lo había hecho de forma esporádica en su suplemento literario de *Los Lunes*. Era algo que él mismo concebía tal y como reconoció en una entrevista posterior³³¹: “Había una manera de obtener el doctorado en periodismo. Esto era definitivo. En todo el grupo del 98, fue Ramiro de Maeztu el que lo obtuvo. Consistía en publicar un artículo en primera página de *El Imparcial*, no en *Los Lunes*”.

Efectivamente, la “cumbre” era para Azorín *El Imparcial*, que se había convertido con el tiempo en un objetivo ansiado, un sueño que incluso perseguía desde sus primeros pasos periodísticos recién llegado a Madrid³³².

Llegar a la cumbre era cosa difícilísima. Sólo llegaban algunos felices mortales. La cumbre de la fama periodística, en aquellos tiempos, era *El Imparcial*. En el mundo parlamentario pesaba lo que opinaba *El Imparcial*. Crisis ministeriales se hacían a causa de *El Imparcial*, y un gobierno a quien apoyara *El Imparcial* podía echarse a dormir. En lo literario, la autoridad del diario, no era menor. *El Imparcial* publicaba cada semana una hoja literaria. No había escritor que no ambicionara escribir en esa página. Publicar un libro allí era trabajoso. Mucho más lo era publicarlo en los números ordinarios de los demás días.

Ortega Munilla, director de *El Imparcial* (cuñado del político Rafael Gasset, que fue a quien sucedió al frente del rotativo, y padre del filósofo Ortega y Gasset) propuso a Azorín para este encargo según el testimonio del periodista alicantino en su libro *Madrid*³³³:

³³¹ Gómez-Santos, Marino (1958), *Diálogos españoles*, Madrid, Cid, pág. 51.

³³² Azorín (1941), ed. cit., pág. 71.

³³³ Ibid., pág. 22.

Va usted primero, naturalmente, a Argamasilla del Alba. De Argamasilla creo yo que se debe usted alargar a las lagunas de Ruidera. Y como la cueva de Montesinos está cerca, baja usted a la cueva. ¿No se atreverá usted? No estará muy profunda. ¿Y dónde cree usted que ha de ir después? ¿Y cómo va usted a hacer el viaje? No olvide los molinos de viento. Ni el Toboso. ¿Ha estado usted en el Toboso alguna vez? ¡Ah, antes que se me olvide! Y diciendo esto, don José Ortega Munilla abre un cajón, saca de él un chiquito revólver y lo pone en mis manos. Le miro atónito. No sé lo que decirle. –No le extrañe usted –me dice el maestro. No sabemos lo que puede pasar. Va usted a viajar solo por campos y montañas. En todo viaje hay una legua de mal camino. Y ahí tiene usted ese chisme por lo que pueda tronar.

De este modo, con el gancho de la efeméride, Azorín transforma la literatura en actualidad periodística con 15 crónicas que, publicadas del 4 al 25 de marzo de 1905, se integraron en el posterior libro de *La ruta de Don Quijote*. Artículos que ocuparon una gran importancia para el rotativo de Ortega y Munilla ya que casi todas ellas (14 de 15) tuvieron presencia en primera página.

Viaje periodístico

La ruta de Don Quijote es un libro de precisión periodística en el que Azorín alude al famoso hidalgo para retratar la realidad de un país, describiendo los trabajos de labriegos, los hogares e incluso la gastronomía en los pueblos de la Mancha. Y todo ello, curiosamente, lo consigue a través de un personaje ficticio, fruto de la imaginación de Miguel de Cervantes, que en cambio está más vivo que nunca en *La ruta de Don Quijote*. Porque allí, entre los vecinos de Argamasilla, Puerto Lápice o Campos de Criptana, nadie niega la existencia del caballero y Rocinante, y todos exhiben la posada donde descansó, los molinos a los que se enfrentó... evidenciando, en cambio, la situación de un país anquilosado, empobrecido, hundido y desorientado tras la debacle de 1898.

De hecho, *La ruta de Don Quijote* es también una respuesta a los acontecimientos sufridos en 1898³³⁴:

En una época muy crítica de la historia española, en una España que acababa de perder sus últimas colonias ultramarinas, el mito quijotesco surgió de nuevo para expresar las molestias y las angustias nacidas en la actualidad (...) El mito quijotesco representa un medio de lucha simbólica pero también real, permitiéndole a Azorín encontrar algunas soluciones al problema de España (...) La obra empuja al lector a actuar y participar en la reconstrucción de una nueva España, el mito permite a Azorín expresar resentimientos que conllevan un cuestionamiento radical del sistema ideológico, político y económico, ya

³³⁴ Ezzedine Zitouna, Bedis Ben (2011), "El regeneracionismo quijotesco de Azorín en *La ruta de Don Quijote*", *Azorín, los clásicos redivivos y los universales renovados*, Coloquios de Pau VIII, IAC Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante, págs. 158 y 159.

que denuncia el sistema de España comparándolo con el de épocas remotas.

El libro es un retrato cultural y social de España, que también fundamental y fundacional en el paisaje, puesto que marca el trasfondo psicológico de los personajes. “Un detalle basta para revelar la psicología de todo un pueblo”, escribe apenas unos meses atrás, el 25 de agosto en “Fantasías y devaneos. La casa vasca. La casa levantina”, en el diario *España*.

El paisaje es, por tanto, uno de los hilos conductores de *La ruta de Don Quijote*, desvelando al lector las sensaciones y sentimientos que acompañan a Azorín sobre este itinerario dominado por la soledad, el hastío, la exasperación, el “ánimo desesperanzado”³³⁵:

La jaca corre desesperada, impetuosa; las anchurosas piezas se suceden iguales, monótonas; todo el campo es un llano uniforme, gris, sin un altozano, sin la más suave ondulación. Ya han quedado atrás, durante un momento, las hazas sembradas, en que el trigo temprano o el alcacel comienzan a verdear sobre los surcos; ahora todo el campo que abarca nuestra vista es una extensión gris, negruzca, desolada.

Yo extendiendo la vista por esta llanura monótona; no hay ni un árbol en toda ella; no hay en toda ella ni una sombra; a trechos, cercanos unas veces, distantes otras, aparecen en medio de los anchurosos bancales sembradizos diminutos, pináculos de piedra; son los majanos; de lejos, cuando la vista los columbra allá en la línea retoma del horizonte, el ánimo desesperanzado, hastiado, exasperado, cree divisar un pueblo.

El tiempo, por su parte, aparece como una realidad evanescente y fugaz en el transcurso del relato. Así, “el tiempo va pasando, insensible”, que indica Azorín en el diario *España*, ante nuevas reiteraciones y alusiones en *La ruta de Don Quijote*, asumiendo un componente sintomático, de pesar, de sensación, como igualmente se ve envuelto el paisaje.

Y precisamente son algunos de los personajes de *La ruta de Don Quijote*, los más ancianos, quienes encarnan, quienes asumen este paso inexorable del tiempo:

Ya es media mañana; las horas van pasando lentas; nada ocurre en el pueblo; nada ha ocurrido ayer; nada ocurrirá mañana. ¿Por qué don Rafael vive hace veinte años en este pueblo, dando vueltas por las aceras de la plaza, caminando por la huerta abandonada, viviendo solo en el caserón cerrado, pasando las interminables horas de los días crudos del invierno junto al fuego, oyendo crepitar los sarmientos, viendo bailar las llamas?

³³⁵ Capítulo VII, “La primera salida”.

-Yo, señor Azorín –me dice don Rafael-, he tenido mucha actividad antes... -y después añade, con un gesto de indiferencia altiva-: Ahora ya no soy nada³³⁶.

El tiempo, el paisaje y el paisanaje son, de este modo, punto de partida de las divagaciones y reflexiones que intercala Azorín entre los textos de *La ruta de Don Quijote*. Y, por tanto, el periodista alicantino ahonda en esta “realidad dolorosa” de la tierra quijotesca como en su encuentro con el labriego Martín, que le confiesa a Martínez Ruiz que los pedacitos casi invisibles de torta que cocina, los “galianos”, “siempre encuentra mejores los que se halla comiendo, cuando los come”.

Solo entre esta resignación y ligera tristeza, regadas por el tiempo y el paisaje, asoma una tenue luz cuando Azorín traza algunas de las figuras femeninas protagonistas en *La ruta de Don Quijote*. Así pues, en un procedimiento idéntico al de algunos artículos en *España*, el reportero alicantino se replantea todo cuanto está a su alrededor cuando estas mujeres le encaminan al ensueño.

-Este coche –me dice él- es de la Pacheca.

Una dama fina, elegante, majestuosa, enlutada, sale de la estación y sube en este coche. Ya estamos en pleno ensueño. ¿No os ha desatado la fantasía la figura esbelta y silenciosa de esta dama, tan española, tan castiza, a quien tan española y castizamente se la acaba de llamar la Pacheca?³³⁷

Esta catarsis y huida que representa lo femenino en Azorín, en *La ruta de Don Quijote*, aflora en personajes como Juana María (capítulo VI), caracterizados por lo dulce y delicado.

¿Quién tiene esta entonación tan dulce, tan suave, tan acariciadora?
¿Cómo una breve frase puede ser dicha con tan natural y tan supremo arte? Y ya nuestras miradas no se apartan de esta moza de los ojos azules y de los labios rojos. Ella está inmóvil; sus brazos los tiene cruzados sobre el pecho; de cuando en cuando se encorva un poco, asiente a lo que oye con un ligero movimiento de cabeza, o pronuncia unas pocas palabras, mesuradas, corteses, acaso subrayadas por una dulce sonrisa de ironía...

Es, por ello, especialmente llamativo este trato amable que Azorín dispensa a los personajes (no solo a los femeninos, sino también a los masculinos) que van ocupando y protagonizando las páginas de sus artículos, llevado siempre por la curiosidad infinita de un periodista que ahonda en la realidad, que se adentra en la

³³⁶ Capítulo VI, “Siluetas de Argamasilla”.

³³⁷ Capítulo II, “En marcha”.

actualidad de unos pueblos que van a pasar a la primera plana del gran periódico del momento, *El Imparcial*.

En este sentido, la inspiración pictórica de Azorín (que alimenta numerosos escritos de su producción) se refleja en la comparativa de los personajes con las “figuras de Goya” (capítulo II) Rembrandt³³⁸ y los académicos de Argamasilla³³⁹, puesto que don Luis, “sería uno de estos finos, espirituales caballeros que el Greco ha retratado en su cuadro famoso del *Entierro*”. Y todo en un relato en el que, al mismo tiempo, como en numerosas páginas de *Los pueblos*, se repite la nota personal del “yo” y las alusiones al lector, con el que Azorín trata de mantener un diálogo constante con la audiencia, una conexión que depara, igualmente, frescura en estas páginas de las hojas volanderas de *El Imparcial*.

Yo amo esa gran figura dolorosa que es nuestro ídolo y nuestro espejo. Yo voy –con mi maleta de cartón y mi capa- a recorrer brevemente los lugares que él recorriera.

Lector: perdóname; mi voluntad es serte grato; he escrito ya mucho en mi vida; veo con tristeza todavía que he de escribir otro tanto. Lector: perdóname; yo soy un pobre hombre que, en los ratos de vanidad, quiere aparentar que sabe algo, pero que en realidad no sabe nada³⁴⁰.

Para Azorín, como a Baltasar Gracián, los viajes registran “lo bueno del mundo”. Es más, para el alicantino, viajar es una vía directa con que eliminar prejuicios cristalizados en la persona (“La casa, la calle y el camino”, 12 de marzo de 1904 en *España*), e incluso no deja de incidir sobre esta misma cuestión en sus menciones a la clase política, puesto que viajar a los pueblos es el método idóneo con que palpar y conocer la realidad del país (“Castillos en España. Epílogo al señor Cobos”, del 14 de enero de 1905).

Cabe insertar pues, bajo estos mismos parámetros, *La ruta de Don Quijote*, un libro de realidad con el que Azorín juega a perderse por las calles y parajes por los que transitó Don Quijote en La Mancha. Es más, el articulista alicantino entiende así el concepto de viaje como una improvisación (que es lo que define la crónica periodística), y sale al encuentro de un cúmulo de experiencias en la calle, en el paisaje o entre los habitantes de Argamasilla del Alba, Puerto Lápice o El Toboso. “Tal vez el vagar a la ventura por el laberinto de las calles es el mayor placer del viajero”, indica en “Veraneo sentimental. En Santander. El día y la noche” (14 de

³³⁸ Capítulo XI, “Los molinos de viento”.

³³⁹ Capítulo V, “Los académicos de Argamasilla”.

³⁴⁰ Capítulo I, “La partida”.

agosto de 1904). Así, en similares términos, se refiere en el capítulo XI, “Los molinos de viento”.

Hay un placer íntimo, profundo, en ir recorriendo un pueblo desconocido entre las sombras; las puertas, los esquinazos, los ábsides de las iglesias, las torres, las ventanas iluminadas, los ruidos de los pasos lejanos, los ladridos plañideros de los perros, las lamparillas de los retablos..., todo nos va sugestionando poco a poco, enervándonos, desatando nuestra fantasía, haciéndonos correr por las regiones del ensueño...

El viaje de Azorín es pues improvisado pero documentado³⁴¹, de ahí las fuentes bibliográficas, los nuevos datos que aporta al lector para interpretar este itinerario por La Mancha, lo que explica las disquisiciones que inserta en el capítulo III, “Psicología de Argamasilla”, o la consulta de, en su caso, las *Relaciones topográficas*, que pone de relieve la investigación previa, tal y como aclara Inman Fox³⁴². Azorín es, pues, un periodista documentado aunque salga a la aventura, a la acción, a lo desconocido en su viaje.

Ahora bien, en el año 1905, las *Relaciones topográficas* estaban todavía inéditas y sólo se hallaban disponibles (en el manuscrito original) en la Biblioteca de El Escorial y en una copia del manuscrito en la Biblioteca de la Academia de la Historia. ¡Es de suponer, entonces, que en el caso de *La ruta de Don Quijote* Azorín las hubiese leído antes de marcharse y que se llevase consigo apuntes sobre los lugares visitados!

El articulista alicantino tenía, en resumidas cuentas, su propia idea del viaje, en la que igualmente da un especial significado a la visión que tienen los extranjeros de España (lo que explica el epílogo que agrega a *La ruta de Don Quijote*, “Pequeña guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del Centenario”, que es “The time they lose in Spain”, publicado en *España*, el 16 de abril de 1904). Además, esto se refleja en el capítulo IX, “Camino de Ruidera”, cuando Azorín quiere dar presencia a las visitas de los ingleses al castillo de Peñarroya.

- Los ingleses –me dice la guardadora del castillo- cuando vienen por aquí lo corren todo; parecen cabras: se suben a todas las murallas.

“Los ingleses –me decía don José Antonio en la venta de Puerto Lápiche- se llevan los bolsillos llenos de piedras”. “Los ingleses –me contaba en Argamasilla un morador de la prisión de Cervantes- entran aquí y se están mucho tiempo pensando; uno hubo que se arrodilló y

³⁴¹ Bri, Abel (2017), “Literatura en los viajes de Azorín”, *Azorín, clásico y moderno, Canelobre*, 67, IAC Juan Gil-Albert, Diputación de Alicante, Alicante.

³⁴² Fox, Inman E. (1967), ed. cit., pág. 5.

besó en la tierra dando gritos”. ¿No veis en esto el culto que el pueblo más idealista de la tierra profesa al más famoso y alto de todos los idealistas?

En cualquier caso, *La ruta de Don Quijote* es un libro en el que prima la condición periodística sobre la de viajes, puesto que en la publicación de los textos en *El Imparcial* se impone la inmediatez, que aligera las crónicas de la carga y la distancia temporal, siempre bajo un ritmo incesante y de acción propio del oficio periodístico. Actitud de la que, además, deja constancia Azorín con resonancias y cierto paralelismo a “La fama póstuma” (17 de septiembre de 1904, en *España*).

Las andanzas, desventuras, calamidades y adversidades de este cronista es posible que lleguen algún día a ser famosas en la historia. Después de las veinte horas de carro que la ida y la vuelta a Puerto Lápiche suponen, hétenos aquí ya en la aldea de Ruidera –célebre por las lagunas próximas-, aposentados en el mesón de Juan, escribiendo estas cuartillas, apenas echado pie a tierra, tras ocho horas de traqueteo furioso y de tumbos y saltos en los hondos relejes del camino, sobre los pétreos alterones³⁴³.

Azorín hace también uso de la controversia, de la polémica, para aportar ingredientes atractivos en las escenas que teje en las crónicas periodísticas. Por eso, cuando el periodista alicantino entrevista a los académicos de Argamasilla (capítulo V), al “discretísimo” Don Cándido, Azorín lanza una afirmación en forma de explosivo, de bomba: “Dicen ahora los eruditos que no estuvo encerrado en ella (la prisión) Cervantes”, arguye el escritor alicantino.

La polémica suscita entonces angustia y tensión. La controversia informativa con que captar la atención del lector es una técnica que conoce bien el periodista alicantino en sus crónicas de índole política. Provoca a los lectores, y provoca sobre todo a quienes entrevista para jugar con los textos de *La ruta de Don Quijote*.

-¡Jesús! ¡Jesús! –exclama don Cándido, llevándose las manos a la cabeza, escandalizado. -¡No diga usted tales cosas, señor Azorín! ¡Señor, señor, que tenga uno que oír unas cosas tan enormes! Pero, ¿qué más, señor Azorín? ¡Si se ha dicho de Cervantes que era gallego! ¿Ha oído usted nunca algo más estupendo? (...) ¡No, no, por Dios! ¡No, no, señor Azorín! ¡Llévese usted a Cervantes; lléveselo usted en buena hora, pero déjenos usted a don Quijote! (...) –Ya sé, señor Azorín, de dónde viene todo eso –dice don Cándido-, ya sé que hay ahora una corriente en contra de Argamasilla; pero no se me oculta que estas ideas arrancan de cuando Cánovas iba a Tomelloso y allí le llenaban la cabeza de cosas en perjuicio de nosotros. ¿Usted no conoce la enemiga que los del Tomelloso tienen a Argamasilla? Pues yo digo que don Quijote era de aquí; don Quijote era el propio don Rodrigo de Pacheco, el que está retratado en nuestra iglesia, y no

³⁴³ Capítulo IX, “Camino de Ruidera”.

podrá nadie, nadie, por mucha que sea su ciencia, destruir esta tradición en que todos hemos creído y que se ha mantenido siempre tan fuerte y tan constante...

¿Pero es este un libro cervantino? Lo cierto es que, en *La ruta de Don Quijote*, Cervantes no es ni mucho menos el protagonista, y esto contrasta con toda la anterior producción azoriniana, donde las alusiones al autor de Alcalá de Henares son frecuentes.

Azorín no pretendía pues llevar a cabo un homenaje a Cervantes en *La ruta de Don Quijote*, sino más bien ensalzar a sus habitantes, a los personajes quijotescos de esas tierras de Castilla-La Mancha por las que había transitado el caballero de Don Quijote. Por ello, basta comprobar las numerosas descripciones del articulista alicantino, las menciones y citas a los verdaderos protagonistas de *La ruta de Don Quijote*, que son doña Isabel, la Xantipa, los académicos de Argamasilla, Juana María, Don Rafael, Martín, el médico José Antonio, los “Sanchos” de Criptana o los “miguelistas” del Toboso.

Sobre este mismo punto coinciden Rodríguez Marín y José María Martínez Cachero³⁴⁴, ya que efectivamente 1905 fue un año literario, de conmemoración literaria alrededor de *El Quijote*, aunque en este sentido se produjeron voces discordantes entre los noventayochistas como la de Maeztu, que veía en la obra de Cervantes la causa de los males de su época. Así pues, en Azorín, hay más quijotismo que cervantismo, lo que es toda una novedad en su producción periodística y literaria.

Por eso, Azorín se ve y compara en todo momento con la figura de Alonso Quijano, del que parte en ocasiones también para sus divagaciones y reflexiones, con alusiones a las luchas constantes a la que son sometidos los periodistas en su carrera y vida (tema que también ahonda en diversas ocasiones en su trayectoria). “¿Nuestra vida no es como la del buen caballero errante que nació en uno de estos pueblos manchegos? Tal vez sí, nuestro vivir, como el de don Alonso Quijano, el Bueno, es un combate inacabable, sin premio, por ideales que no veremos realizados...”³⁴⁵, escribe con la idea, además, del destino.

En *La ruta de Don Quijote*, la ironía y el humor ocupan un lugar mucho menos destacado al de, por ejemplo, sus “Impresiones parlamentarias” (sobre todo para satirizar el espectáculo de la escena política). Azorín emplea con frecuencia este recurso en el diario *España* para amenguar la tensión de sus ataques políticos pero,

³⁴⁴ Martínez Cachero, José María (1984), “Introducción”, *La ruta de Don Quijote*, Cátedra, Madrid, pág. 23.

³⁴⁵ Capítulo I, “La partida”.

en cambio, en las crónicas de *El Imparcial*, el humor y la ironía apenas aparecen, y cuando lo hace ni mucho menos rebaja el estado de melancolía que tiñen las páginas del libro (que solo transmuta, que solo se escapa ante la contemplación de la belleza femenina).

El final de *La ruta de Don Quijote* está marcado por los acontecimientos de actualidad que se van a producir en Andalucía, que obliga a Azorín a cambiar el itinerario, su nuevo trabajo en *El Imparcial*. Por entonces, el alicantino ya goza de gran fama a juzgar por lo que describe en los capítulos XII (“Los Sanchos de Criptana”) y XIII (“En el Toboso”). Por eso don Bernardo insiste en su canto musical y le solicita una mención: “No necesita usted hacerme esta recomendación; para mí es un deber de patriotismo el hablar de ese ritmo”, le responde Azorín.

El articulista alicantino pone sobre el mapa, a partir de sus crónicas en *El Imparcial*, el diario con mayor impacto y repercusión, todos estos pueblos que ya habían pasado a la posteridad histórica y literaria por Cervantes pero que, sin embargo, en 1905, permanecen hundidos en la ruina. De ahí esta reivindicación de Azorín que encierra, por otra parte, una hermosa lección de vida puesto que un personaje ficticio, Don Quijote, es quien salva a todos estos habitantes de La Mancha de la decadencia.

“El importante y progresivo cambio habido desde 1905, además de la indudable incidencia derivada de la formación de Castilla-La Mancha tras la Constitución de 1978, ha tenido que ver de manera importante con el trabajo de Azorín para *El Imparcial*”, aseguran Esther Almarcha e Isidro Martínez del Centro de Estudios de Castilla-La Mancha³⁴⁶.

La fecha y artículos publicados por Azorín en *El Imparcial* son:

4 de marzo de 1905. “La partida”.

6 de marzo de 1905. “En marcha”.

7 de marzo de 1905. “Psicología de Argamasilla”.

9 de marzo de 1905. “El ambiente de Argamasilla”. BNE.

11 de marzo de 1905. “Los académicos de Argamasilla”.

14 de marzo de 1905. “Siluetas de Argamasilla”.

15 de marzo de 1905. “La primera salida”.

16 de marzo de 1905. “La venta de Puerto Lapiche”.

17 de marzo de 1905. “Camino de Ruidera”.

19 de marzo de 1905. “La cueva de Montesinos”.

21 de marzo de 1905. “Los molinos de viento”.

³⁴⁶ Almarcha, Esther, Sánchez, Isidro (2005), “La Mancha, y Basta”, *La ruta de Don Quijote*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Ciudad Real, págs. 9-31.

22 de marzo de 1905. “Los Sanchos de Criptana”.

23 de marzo de 1905. “En el Toboso”.

24 de marzo de 1905. “Los miguelistas del Toboso”.

25 de marzo de 1905. “La exaltación española”.

Estilo y nuevo periodismo

Las crónicas de *El Imparcial* se reunieron en el libro *La ruta de Don Quijote* y, en su conjunto, se abren a nuevas cuestiones como el género con que Azorín los redactó, y en los que parecen combinarse y fusionarse unos, aunque otras veces se asemejen más a un diario íntimo, un reportaje, un ensayo, una crónica o un artículo con tintes literarios e informativos.

¿Pero qué género reina pues? Lo cierto es que si atendemos hoy al libro de estilo del diario *El País*³⁴⁷, quizás los escritos de *La ruta de Don Quijote* estén más próximos al género del reportaje que de la crónica (ya que el estilo literario resalta sobre el hecho informativo). Con todo, las lindes que separan los géneros periodísticos no estaban todavía marcados a inicios del siglo XX, y Azorín practica lo que otros investigadores han denominado “crónicas literarias”³⁴⁸. Un término que se adecúa al estilo revolucionario e innovador del periodista alicantino en *La ruta de Don Quijote*. De este modo se puede afirmar que Azorín practica un periodismo literario, una técnica que según Roy Peter Clark, reportero y profesor de redacción en el Instituto Poynter en Florida, consiste sencillamente en informar bien y escribir bien³⁴⁹.

Respecto al estilo, Azorín, en su redacción, emplea las más elementales normas del periodismo, y las expone de forma ordenada y en ningún caso al azar. Eso contribuye a la buena información, como esgrimen Bill Kovach y Tom Rosenstiel³⁵⁰, para que los ciudadanos capten todos los datos con eficacia. Así, Azorín averigua los hechos y sirve al lector los focos más candentes y conflictivos. Ofrece una versión interpretativa con un acento marcadamente literario, propio de

³⁴⁷ Libro de estilo de *El País*, Ediciones El País, 2002.

³⁴⁸ Ferrándiz Lozano, José (2005), “Azorín: el cronista de rara modernidad”, *Hoja del Lunes*, Asociación de la Prensa de Alicante, págs. 24-26.

³⁴⁹ Roy, P. C (1996), “La falta dicotomía y el periodismo literario. El escribir bien y el informar bien se refuerza mutuamente. Punto”, cita de María Cruz y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España, volumen III, El siglo XX: 1898-1936*, Alianza, Universidad Textos, Madrid, 1996, pág. 72.

³⁵⁰ Kovach, Bill, Rosenstiel, Tom (2003), *Los elementos del periodismo*, Ediciones El País, págs. 161-163.

sus crónicas periodísticas en el que tienen cabida el análisis, las fuentes orales y la verdad. Y todo, incluso, sin excesiva erudición o documentación que empachara al lector.

Azorín hace todo el tiempo uso de estos recursos para que sus crónicas sean lo más similares a la vida, de tal modo que estas páginas pervivan en el tiempo. Es un estilo original, innovador, en definitiva, con el que busca su distinción, la marca propia que les separe del resto de páginas de *El Imparcial*. De hecho, no fue este un paso que alcanzó por su vastísima cultura, de la que ya hace alarde en sus artículos y libros iniciales. Sus crónicas respiran, en cambio, frescura; son fluidas y sin apenas interrupciones. Había demostrado, para ello, que era un periodista moderno, un adelantado a su tiempo, que evitaba erudiciones excesivas que asustaran al lector.

Por otro lado, *La ruta de Don Quijote* registra numerosas características del denominado nuevo periodismo norteamericano. Estas, ya advertidas por el profesor José Ferrándiz Lozano³⁵¹, se corresponden y conectan efectivamente con la idea principal de Tom Wolfe, ideólogo de la corriente literaria, que se basaba en la redacción de un periodismo “que se leyera como una novela”³⁵². Es más, las crónicas de Azorín están confeccionadas con técnicas plenamente literarias con las que los textos adquieren “una dimensión estética”, entre otros rasgos plenamente visibles en los textos del articulista alicantino para *El Imparcial*.

En este sentido, otros elementos del nuevo periodismo norteamericano en *La ruta de Don Quijote* son: primero, los usos que Azorín realiza de la primera y tercera persona, en donde el periodista toma incluso protagonismo en la crónica. “En vez de presentarme como un locutor radiofónico que describe la gran parada, me deslizaba lo más rápidamente en las cuencas del ojo, como si dijéramos, de los personajes del artículo. La frecuencia cambiaba el punto de vista en mitad de un párrafo o incluso de una frase”³⁵³, señala Wolfe.

Segundo, la dimensión estética³⁵⁴ que ya hemos añadido en líneas anteriores.

Tercero, las alusiones implícitas y explícitas al lector (hay veces que Azorín cita al lector, o habla de “vosotros”, haciéndole partícipe de sus aventuras). “¿Por

³⁵¹ Ferrándiz Lozano, José (1995), “*La Andalucía Trágica* o el giro periodístico de Azorín”, *Azorín (1904-1924)*, Coloquios de Pau III, Universidad de Pau, Universidad de Murcia, págs. 101-107.

³⁵² Wolfe, Tom (1973), ed. cit., pág. 28.

³⁵³ Ibid., pág. 31.

³⁵⁴ Ibid., pág. 21.

qué pretender que el lector se quede tumbado y deje que los personajes vayan llegando de uno en uno, como si su mente fuera una barra giratoria de entrada al metro?³⁵⁵”, in inquiera Wolfe.

Cuarto, los “detalles novelísticos”, es decir, retratar en la crónica la materia prima, lo que está “sencillamente ahí”, en el escenario, y el “lugar de los hechos”.

Quinto, la documentación (además de las numerosas citas bibliográficas, y su especialización en la botánica propia del terreno, Azorín portaba dos tomos de Richard Ford *Handbook for travellers in Spain*). Para Wolfe, este punto era primordial: “Sólo a través del trabajo de preparación más minucioso era posible, fuera de la ficción, utilizar escenas completas, diálogos prolongados, puntos de vista y monólogo interior³⁵⁶”.

Sexto, las fuentes orales, imprescindibles en cualquier relato periodístico, y la aparición de abundantes diálogos. “El diálogo realista capta al lector de forma más completa que cualquier otro procedimiento individual³⁵⁷”.

Séptimo, los retratos sociales que realiza Azorín de los personajes, minuciosos y detallistas. Descripciones del entorno, de la personalidad, de su mundo y de ellos mismos.

Consiste en la relación de gestos cotidianos, hábitos, modales, costumbres, estilos de mobiliarios, de vestir, de decoración, estilos de viajar, de comer, de llevar la cosa, modos de comportamiento ante niños, criados, superiores, inferiores, iguales, miradas, estilos de andar (...) Con la descripción de la escena conocemos al personaje (...) Y esto hace que se disparen los recuerdos del propio lector sobre su propio status³⁵⁸

Octavo, y muy importante, es cómo Azorín se apropia del lenguaje, de los coloquialismos, del lenguaje rural para que el relato sea lo más exacto a la realidad, lo más fidedigno a lo que ve y escucha. “Estás sarmenteando –me dice Miguel, el viejo carretero”, escribe Azorín en “Camino de Ruidera”. Tom Wolf lo explica así: “Yo imitaba el acento de un contrabandista de whisky de Ingle Hollow, con el fin de crear la ilusión de ver la acción a través de la mirada de alguien que se halla realmente en el escenario y forma parte de él, más que hablar como un narrador³⁵⁹”.

³⁵⁵ Wolfe, Tom (1973), ed. cit., pág. 29.

³⁵⁶ Ibid., pág. 35.

³⁵⁷ Ibid., pág. 50.

³⁵⁸ Ibid., pág. 51.

³⁵⁹ Ibid., pág. 31.

Y noveno, compromiso. “El reportero parte sobre la base de hacer suposiciones acerca de la intimidad de alguien, formulando preguntas a las que no tiene derecho a esperar respuesta”³⁶⁰. ¿Y Azorín no lo hace indagando entre los habitantes de La Mancha sobre la historia de Cervantes y su libro universal?

“Aunque los periódicos se alimentaron de los mejores escritores con su literatura, sobre todo a finales del XIX y primeros del XX, Azorín mostró unas cualidades que le diferenciaban como escritor y le definían como periodista”, aseguran las profesoras María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz³⁶¹.

Además, por todos estos requisitos del nuevo periodismo y que Azorín cumple a rajatabla, es comprensible la conexión que otros investigadores como Samuel Amell hacen del periodista alicantino con su técnica cinematográfica. “La afirmación de Einstein de que hay escritores que escriben directamente en forma cinematográfica es totalmente aplicable a Azorín (...) La técnica cinematográfica en Azorín, que no solo se ve en *Félix Vargas*, también está en *La ruta de Don Quijote*”³⁶².

La técnica periodística de Azorín en *La ruta de Don Quijote*, no exenta de originalidad, fue recibida entre risas por sus compañeros en *El Imparcial*. Una actitud comprensible, ante el desconocimiento de un estilo innovador y revolucionario, nunca visto hasta entonces, que los informadores del diario madrileño no supieron ver ni apreciar. Así lo recuerda Azorín en su libro *Madrid*³⁶³:

Cuando van llegando a la Redacción mis artículos, escritos con lápiz, escritos como Saavedra Fajardo nos cuenta que escribió sus *Empresas*, en las posadas y los caminos; cuando llegan a la Redacción mis artículos, digo, Julio Burell los lee en voz alta y enfática ante los redactores. La entonación altisonante contrasta infelizmente con mi prosa menuda, detallista, hecha con pinceladas breves. Y toda la Redacción acoge la lectura con protestas y risas. “-¡Hombre, no! ¡No puede ser eso! ¡Es insoportable! Don Antonio, don Pedro, don Luis, don Vicente, don Gustavo, don Pablo, don Aniceto... ¿Dónde vamos a parar?!”.

³⁶⁰ Wolfe, Tom (1973), ed. cit., pág. 66.

³⁶¹ Cruz y Sáiz (1996), ed. cit. págs. 62 y 63.

³⁶² Amell, Samuel (1997), “Cine y literatura en la obra de Azorín”, *Anales Azorinianos 6*, CAM, Monóvar, pág. 49.

³⁶³ Azorín (1941), ed. cit., págs. 22 y 23.

Mario Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura, dedicó a *La Ruta de Don Quijote* buena parte de su discurso de ingreso a la RAE, en 1996, bajo el título de *Las discretas ficciones*³⁶⁴, con estas elogiosas palabras:

La ruta de Don Quijote es uno de los más hechiceros libros que he leído. Aunque hubiera sido el único que escribió, él sólo bastaría para hacer de Azorín uno de los más elegantes artesanos de nuestra lengua y el creador de un género en el que se alían la fantasía y la observación, la crónica de viaje y la crítica literaria, el diario íntimo y el reportaje periodístico, para producir, condensada como la luz en una piedra preciosa, una obra de consumida orfebrería artística (...) Pero en *La ruta de Don Quijote*, su empecinada modestia literaria estuvo a punto de volar en pedazos pues cada una de las 16 crónicas que componen el libro está tan perfectamente concebida, es tan coherente en sí misma y se complementa tan bien con las demás que el conjunto parece rebasar sus límites y emanciparse, a la manera de esas novelas insolentes que se escapan de las manos a su autor (...) Nada de esto existe en las impolutas pinturas manchegas que trazó: cada cual está en su pequeño nicho social, contento de estarlo, sumido en una mínima rutina que lo aísla y eterniza. Lo seres de este mundo no quieren ni se desean unos a otros pero tampoco se odian ni se hacen daño: vegetan, ocupados en quehaceres menudos –la labranza, la artesanía, la cocina, el bordado, la tarea doméstica- a los que se entregan con tanto fatalismo y perseverancia que en ellos, se diría, vuelcan todo lo que albergan de ternura y espiritualidad.

La Andalucía Trágica: reportaje social y crítico

Tras *La ruta de Don Quijote* a finales de marzo, Azorín viaja al corazón de la noticia, a tierras andaluzas. Y lo hace a propuesta suya a *El Imparcial*, en abril de 1905, tal y como lo confiesa el periodista alicantino en su libro *Madrid*³⁶⁵:

Emprendía la ruta de Don Quijote y fui mandando escritos con lápiz los artículos de que ya sabe el lector. La empresa acabó bien. Había que continuar. Propuse un viaje por Andalucía. Ejercía atracción poderosa sobre mí, alicantino, este pueblo, tan diverso del mío. La jovialidad a ultranza que se adjudicaba a Andalucía me encocoraba. No creía en tal perpetuo y exuberante regocijo. ¿No habría otro pueblo andaluz? El plañido largo, melancólico de sus cantos populares, me lo hacía barruntar. Lo que yo iba a escribir se titularía la *Andalucía Trágica*.

No era ni mucho menos la primera vez que Azorín abordaba la hambruna y la falta de medios (ayudas económicas para infraestructuras, escasez de agua para el regadío) en Andalucía. Así, en el artículo “Los labradores” (11 de diciembre de 1902) del periódico *El Globo*, Martínez Ruiz carga contra los gobernantes que piensan en formar ejércitos cuando los labriegos, en Andalucía o la Mancha, no

³⁶⁴ Vargas Llosa, Mario (1996), *Las discretas ficciones de Azorín*, visto en http://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_Ingreso_Mario_Vargas_Llosa.pdf.

³⁶⁵ Azorín (1941), ed. cit., págs. 72-73.

tienen ni para comer. La situación allí es más que “terrible”, describe el reportero alicantino.

Martínez Ruiz alude en varias ocasiones a la situación desfavorecida que sufren los campesinos y labriegos en España en páginas de *El Globo*, y así lo manifiesta en “Pasado y porvenir”, (8 de enero de 1903); “Las células”, (14 de enero de 1903); “Diálogo ético”, (21 de enero de 1903); “Las dos Españas”, (27 de enero de 1903); “Labradores y políticos”, (13 de febrero de 1903) o “Las tierras”, (11 de mayo de 1903, en el que escribe: “Un despacho telegráfico de un ministro pone en nuestro corazón más rápidas palpitations que la miseria que abate a los campesinos andaluces”).

Estas críticas y llamadas de atención del periodista alicantino no se reducen exclusivamente a *El Globo*, ya que es una queja que viene removiendo Martínez Ruiz en repetidas ocasiones. Algunos ejemplos son: “Avisos de este”, (15 de noviembre de 1897 y 18 y 22 de febrero de 1898 en *El Progreso*); “Obreros de antaño”, (6 de mayo de 1900 en *Progreso*); “La vida”, (15 de abril de 1901 en *Arte joven*. “El Estado es el mal; el Estado es la autoridad, y la autoridad es el tributo que esquilma al labrador, la fatiga que mata en la fábrica, la quinta que diezma los pueblos y deja exhaustos los campos, el salario insuficiente, la limosna humillante”, escribe el alicantino) o “Las confesiones de un pequeño filósofo. El mal de España”, (22 de agosto de 1903 en *El Pueblo Vasco*).

Azorín emprende pues esta nueva marcha por tierras andaluzas con la crónica “La Andalucía Trágica. En Sevilla” (3 de abril de 1905 en *El Imparcial*) en la que, a diferencia de la Mancha, tras *La ruta de Don Quijote*, el reportero alicantino distingue nuevas sensaciones en el paisaje:

¿No os habéis despertado una mañana, al romper el día, después de una noche de tren, cansados, enervados, llenos aún los ojos del austero paisaje de La Mancha, frente a este pueblo que un mozo de estación con voz lenta, plañidera, melódica, acaba de llamar Lora del Río? Asomaos a la ventanilla del coche; tended vuestras miradas por la campiña; el paisaje es suave, claro, plácido, confortador, de una dulzura imponderable. Ya no estamos en las estepas yermas, grises, bermejas, gualdas, del interior de España; ya el cielo no se extiende sobre nosotros uniforme, de un añil intenso, desesperante; ya las lejanías no irradian inaccesibles, abrumadoras.

Azorín lanza así preguntas al lector, como si tuviera una conversación con él: “¿No veis aquí ya, en los andenes, yendo y viniendo, los tipos castizos, pintorescos, de la tierra sevillana?”. De este modo, tras un salto al primer tranvía, el periodista alicantino nos sitúa en las calles y plazas de Sevilla, cuando recoge las impresiones

de un transeúnte aprisionando el acento fonético del pueblo andaluz: “-¡Hoy tá mehó!-“, escribe en el diálogo de un cobrador con la mujer de la acera.

La inspiración libresca aflora todo el tiempo en Azorín, quien divisa a unos mozos que le recuerdan los “célebres y terribles jilferos sevillanos de que nos habla Cervantes en *Los perros de Maudes*”. Es el ambiente “loco, jovial, irónico y ligero” que encuentra Azorín antes de iniciar su camino y objetivo al interior de la Andalucía trágica. “(...) se va acercando la hora de dejar Sevilla. Hay otros moradores en tierras andaluzas para quienes la vida es angustiosa. Ésa es la Andalucía trágica que ha venido por lo pronto a buscar el cronista. Aquí queda nuestra ilusión de un momento por todas estas sevillanas que caminan airosas por las callejas con la flor escarlata en sus cabellos de ébano”.

Azorín, de este modo, ya está en Lebrija (“La Andalucía Trágica. En Lebrija”, 5 de abril de 1905 en *El Imparcial*) en un artículo con el que se presenta al lector para ponerse de frente, cara a cara, ante los hechos informativos: “Yo no quiero engañar al lector; yo no soy un sociólogo, ni un periodista ilustre, ni un diligente reportero; yo soy un hombre vulgar a quien no le acontece nada. ‘Lo que a mí me ocurre –decía Montaigne- es toda mi física y toda mi metafísica”.

El paisaje que vislumbra el alicantino, como en *La ruta de Don Quijote*, se funde con la historia contagiando la atmósfera: “Y los sembrados, que ondulan sobre las lomas y se extienden por la llanada entre cuadros grises de olivos, amarillean acá y allá, mustios, casi agostados, casi secos”.

Azorín sale a la calle, pasea entre barrios y plazas, se entrevista con los habitantes de Lebrija (frente a frente, de tú a tú), camino de una fonda. Le pregunta a su guía cuántas hay. “-Ca, no zeñó; no hay má que una!-“. Y allí, en las “pequeñas cosas” de Consolación, es decir, la alegría y gallardía de la casera, coge oxígeno el periodista alicantino ante el ambiente oprimido del pueblo, lleno de silencios.

Acude al Casino (“pienso que es necesario hacer lo que mil veces he hecho en los pueblos y haré otras tantas”, señala el alicantino, que también se desplazó allí en Argamasilla). Pero en el Casino no hay nadie y Martínez Ruiz, preocupado, continúa con sus entrevistas, captando la realidad: “¿cómo marcha este pueblo?, le indica Azorín a Juan, quien está al frente de la institución en Lebrija. “-Má, mú má; no hay d’aquí... Y al decir esto hace ante la boca con su mano derecha un movimiento con que quiere indicar el acto de comer”.

El periodista alicantino no es quien denuncia o critica la deprimente situación de Lebrija para *El Imparcial*. Él, que solo es un “hombre vulgar”, se dedica solo a preguntar, observar y recoger declaraciones fruto de sus conversaciones con los

habitantes. Y el pueblo pasa hambre, y la gente no sale a la calle porque no hay trabajo y no hay nada que hacer. Así se lo confirma a Azorín un compañero del oficio que ha podido conocer: “Hace pocos días –me decía en Sevilla un prestigioso periodista-, hace pocos días tuve que ir a un pueblo de la provincia a ver a un amigo, y me aseguró que hacía dos meses que no salía a la calle”.

¿Qué está pasando pues? ¿En qué situación se encuentra la población para vivirse situaciones tan horribles? Azorín sirve al lector los hechos invitando a la reflexión. Aduce argumentos y aporta testimonios. Informa de asaltos y parches poco efectivos ante una crisis que va en aumento. Los políticos, se puede leer entre líneas, deben tomar nota.

Lebrija es una población de 14.000 almas; hay en ella unos 3.000 jornaleros. De estos 3.000, unos 1.500 son pequeños terratenientes; tienen su pegujal, tienen su borraca. Los otros no cuentan más que con el producto de su trabajo; más todos, unos y otros, están ya en igual situación angustiosa. Existía antes para estos braceros un recurso: casi todos ellos encontraban trabajo en los viñedos cercanos de Jerez. Pero Jerez atraviesa por honda crisis; no puede dar trabajo; los jornaleros de Lebrija no salen ya de este término. Todos están parados, inactivos. “Es un dolor –me dicen los propietarios- ver cómo estos buenos trabajadores entran en nuestras casas y nos dicen que no pueden comer, que sus mujeres y sus hijos tienen hambre”. Desde el 18 de febrero los propietarios están facilitando medios de vida a los labriegos; el Ayuntamiento reparte entre ellos lo que se recauda de consumos. Pero estos recursos van agotándose; lo que a cada labriego toca apenas si puede hacerle tolerable la vida; la crisis se va acentuando de día en día; la paciencia se va acabando; hace pocas noches la muchedumbre, exasperada, entró a saco en una tienda de comestibles. ¿Qué sucederá dentro de ocho, de diez, de veinte días? ¿No hay acaso ninguna solución por el momento?

Azorín expone razones y reclama soluciones en un artículo que, en su pasaje final, la crónica parece disfrazarse de editorial. La opinión del alicantino se combina con los hechos informativos. Por ello, el periodista alicantino se ve en la necesidad de ayudar y critica sin ambages la lenta burocracia política española (“no olvidar que estamos en España”, suelta con ironía).

(...) hoy se lograría aplacar la crisis con la construcción de la carretera a Trebujena. La carretera está ya concedida, más la orden para que comiencen las obras no acaba de llegar. ¿Por qué oficinas será preciso andar para lograr tal orden? ¿Qué gruesos y terribles cartapacios será necesario abrir y cerrar? ¿Cuántos y cuántos ordenanzas galoneados tendrán que ir arriba y abajo por los sombríos pasillos de los Ministerios? ¿Qué conferencias tendrán que celebrar el jefe de este negociado, el director de tal ramo, el oficial tercero de esta oficina y el oficial segundo de la otra? En tanto, estos buenos labriegos caminan lentos, entristecidos, hoscos, por las calles de Lebrija; se sientan en la plaza anonadados; tornan a levantarse; entran en su casa; oyen los

lamentos de sus mujeres y de sus hijos, vuelven a salir; toman a recorrer, exasperados, enardecidos, por centésima vez las calles.

Azorín continúa en Lebrija (“La Andalucía Trágica. Los obreros de Lebrija”, 7 de abril de 1905 en *El Imparcial*) ahondando en la problemática y perfilando objetivos: “En el capítulo anterior hemos tratado de bosquejar el fondo; ahora vamos a apuntar las figuras”, indica el alicantino.

Azorín se entrevista de nuevo con los habituales del Casino, a los que quiere escuchar, a los que quiere servir de altavoz por medio de las páginas de *El Imparcial*. Y continúa recogiendo historias sobre sueldos escasos, ruinosos, con los que apenas alcanza para el pan. Sesenta céntimos reciben, cuando lo normal sería tres reales y “una telera de pan”. ¿Pero qué es una telera? Azorín detalla al máximo: una telera son tres libras. Y “nos dan media panilla de aceite y un poco de vinagre”. ¿Y qué es una panilla? “Es la centésima parte de una arroba”. ¿Y cuántas libras tiene la arroba? 25 libras. “Perfectamente –digo yo-, perfectamente; pero con tres reales, una telera de pan, media panilla de aceite y un poco de vinagre, creo que no se puede vivir”.

El periodista alicantino genera una crónica de ritmo y agilidad intercalando los diálogos, aportando datos claves para comprender la gravedad del contexto: “muy afortunado puede considerarse el que de los doce meses trabaja seis”. Azorín contrasta con todos ellos, los contertulios, los gastos medios en alimentación, alquiler, higiene y vestuario para una familia con tres hijos. El total (de dos pesetas y 49 céntimos) es vergonzoso ante la inevitable comparación con lo que están recibiendo los labriegos por sus trabajos. Martínez Ruiz lo ha conseguido. Hemos comparado las cifras inevitablemente, y nos hemos escandalizado.

Pedro, Juan, Pepe, Antonio, Ginés, Manuel y Pepe se han mirado en silencio. ¿Tenían reparo en exponer su escondido criterio ante un desconocido? Y de pronto este Antonio, que ha permanecido callado durante toda la conferencia, ha levantado la cabeza y ha comenzado a hablar. (...) Yo quiero que temáis y respetéis a estos hombres que a vosotros os parecen insignificantes y opacos, a estos hombres que pasan inadvertidos por la vida; ellos hacen las cosas grandes, ellos son tremendos, ellos guían e inspiran a las muchedumbres en las revoluciones.

Azorín escucha las explicaciones de Antonio, quien aduce que en la zona existen grandes terrenos incultos que el Estado debe expropiar a propietarios y venderlos a largo plazo a los labriegos. Porque los arrendamientos solo sirven para enriquecer a intermediarios, agrega respecto a un sistema podrido con pagos injustos y precios hinchados. “Los propietarios van arrendando sus tierras a unos

pocos acaparadores, que, a su vez, las subarriendan a los pequeños terratenientes”.

Y no es esto lo más grave de todo: lo más grave –y fíjese bien en ellos– es que cuando se rotura una dehesa y es arrendada a un jornalero una parcela, este jornalero la cultiva con todo esmero, la limpia con cuidado, la hace producir lo más posible, y entonces, cuando se lleva en este estado, el dueño se la quita al jornalero para arrendarla en un precio mayor a otro solicitante; es decir, que el labriego ha trabajado durante unos años para mejorar unas tierras, y que cuando esta mejora se ha realizado, resulta que solo sirve para que el dueño de la tierra se enriquezca.

El periodista alicantino denuncia por boca de los campesinos esta situación en la que tampoco contribuyen cajas y bancos, quienes no facilitan préstamos a bajo precio o bien solo las dispensan cuando se tienen terrenos y posesiones por valores altísimos. Lo que es inconcebible para el humilde campesino, una quimera. Así es como Azorín va más allá de esta problemática, de esta controversia, en la que los gobernantes y políticos tampoco han atendido las demandas de los trabajadores del campo: “(...) cuando nosotros solicitamos un permiso para celebrar una reunión, se nos mandan cuarenta o cincuenta guardias civiles. El Gobierno no conoce otro medio de solucionar la cuestión social. No se escuchan nuestros razonamientos; no se contesta a ellos; se nos enseñan los cañones de los fusiles, y con eso creen haber cumplido su misión ante la sociedad los ministros”.

-Nosotros estamos ya cansados.

Ya están cansados los buenos labriegos de Lebrija; ya están cansados los labriegos de toda Andalucía; ya están cansados los labriegos, los obreros, los comerciantes; los industriales de toda España. Ya estamos cansados los que movemos la pluma para pedir un poco de sinceridad, de buena fe, de amor, de reflexión a los hombres que nos gobiernan. ¿Qué va a venir después de este cansancio?

¿No es ésta una interrogación formidable?

Azorín reemprende la serie el 17 de abril (10 días después del último artículo en *El Imparcial*) con la crónica “La Andalucía Trágica. Los sostenes de la patria”, en la que don Luis, el médico, asume el protagonismo. Se trata, pues, de un nuevo prisma con el que interpretar la noticia, una nueva versión con la que dar testimonio de los hechos.

De este modo, el periodista alicantino y el médico van de un “cuchitril” a otro. Se suceden “rostros flácidos, exangües, distendidos, negrosos de los labriegos”. Se escuchan “respiraciones fatigosas” y los “plañidos sordos del dolor”. Don Luis, el doctor, emplea toda su energía, exhausto: “-Señor Azorín, yo ya no puedo más; yo

estoy enfermo. Yo no puedo continuar haciendo por más tiempo este esfuerzo que hago cada vez que entro en una de estas casas”.

La alarmante situación que atraviesa el campesinado ya no está en boca de ellos mismos sino del doctor, don Luis, quien expone la trágica realidad de su viva voz:

-Todos estos hombres, todos estos enfermos que hemos visto, son pobres: necesitan carne, caldo, leche. ¿Ve usted la ironía aterradora que hay en recomendar estas cosas a quien no dispone ni aun para comprar pan del más negro? Y esto ha de repetirse todos los días en todas las casas forzosamente, fatalmente... Y la miseria va creciendo, extendiéndose, invadiéndolo todo: las ciudades, los campos, las aldeas. Casi todos los enfermos que acabamos de ver, señor Azorín, son tuberculosos; éste es el mal de Andalucía. No se come; la falta de nutrición trae la anemia; la anemia acarrea la tisis. En Madrid la mortalidad es del 34 por 100; en Sevilla rebasa esta cifra; en este pueblo donde yo ejerzo, en Lebrija, pasa del 40 por 100.

El paisaje se funde con la difícil situación. Predomina el color “verde mustio, apagado” ante un Guadalquivir con “sutiles manchones negros”. Don Luis se muestra todavía más tajante y aporta datos de mortalidad que prueban sus palabras: “No vivimos: morimos”, asegura. “Es un verdadero espanto”, se escandaliza Azorín. Pero el problema es mayor, y puede alcanzar cotas muchísimo más virulentas, con consecuencias inimaginables: “Y sobre este dolor, en un medio tal de muerte y de ruina, ponga usted este antagonismo, este odio, cada día más poderoso, más terrible, entre el obrero y el patrono”, comenta el doctor.

Esto no es literatura, es realidad, que advierte don Luis: “No es una demagogia razonada, libresca, literaria: es un nihilismo instintivo, natural, espontáneo. Y es un nihilismo que fomenta el desvío de los señores, el desamparo del Estado, la inanición, la muerte lenta y angustiosa que la tuberculosis trae a estos cuerpos exangües...”.

Al final, de vueltas con la reflexión, se recuerda que España es una nación agrícola, que la “poca o mucha consistencia de nuestro pueblo está en los campos”, y sin embargo los labriegos están hambrientos y consumidos por la tuberculosis.

Azorín se desplaza entonces a Arcos de la Frontera (crónica del 24 de abril en *El Imparcial*, “La Andalucía Trágica. Arcos y su filósofo”). El periodista alicantino escudriña el paisaje y los “viejos y venerables oficios de los pueblos” hasta dar con el “filósofo”, el tío Joaquinito, que tiene una tiendecilla de hierros viejos, relojes descompuestos, “pistolones mohosos, llaves sin cerraduras, cerraduras sin llaves”.

El tío Joaquinito no es labriego ni médico. Es oriundo de Arcos de la Frontera, y le brinda a Azorín una nueva versión sobre la Andalucía Trágica, otro prisma con que encarar la información. “(...) nosotros etamo aquí sufriendo a lo Gobierno que

no asotan...”, señala Joaquinito, lo que, para Azorín, resume el pensamiento de toda España, “que palpita en el editorial de un gran periódico, en el discurso pronunciado en el mitin y en las palabras de un talabartero filósofo perdido en una serranía abrupta”.

La serie se corta entonces. Da la impresión que está inacabada. Aunque bastan estos artículos para aprisionar unas sensaciones que dejan huella en el lector, que constituyen el cenit “del reportaje social de nuestra literatura contemporánea”³⁶⁶.

Cabe destacar además de esta serie los recursos literarios³⁶⁷ con que están construidas las crónicas de *La Andalucía trágica*, puesto que ellas se adaptan a lo que, años después, un grupo de reporteros norteamericanos (entre ellos, Tom Wolfe) denominaron nuevo periodismo. Técnicas literarias que se aprovechan para trabajar la redacción de crónicas y reportajes periodísticos, a semejanza de lo que ocurría con *La ruta de Don Quijote*.

Algunos de estos rasgos son el uso de la primera y tercera persona, en donde el periodista toma incluso protagonismo en la crónica: “Yo he pasado a un zaguán largo y estrecho; luego he visto una puerta recia (...) ¿No os habéis despertado una mañana, al romper el día, después de una noche de tren, cansados, enervados, llenos aún los ojos del austero paisaje de La Mancha?”.

También, la dimensión estética del texto es indudable (además de su trasfondo periodístico y de actualidad), en el que es fácil encontrar alusiones al lector: “Ya estoy en Lebrija. Yo no quiero engañar al lector; yo no soy un sociólogo, ni un periodista ilustre (...)”. La documentación, las fuentes orales y los retratos sociales son, además, constantes en *La Andalucía trágica*: “Pedro considera con rápida mirada a los demás; los demás son Juan, Pepe Luis, Manuel, Ginés y Antonio. Todos van vestidos con sus chaquetillas ceñidas, livianas, sutiles, de blanco lienzo; todos tienen las caras tostadas, escuálidas, flácidas, con los ojos hundidos; todos se hallan sentados con posturas un poco rígidas, con los sombreros puestos en los muslos”.

En otras de las características que identifican las crónicas andaluzas con el nuevo periodismo de Tom Wolfe están, sin duda, el compromiso y la implicación del periodista con los labriegos; la apropiación del lenguaje de la calle, de los coloquialismos, para que la lectura se apegue lo máximo posible a la realidad: “-

³⁶⁶ García Posada, Miguel (2005), “*La Andalucía Trágica: El milagro de la literatura*”, *Anales Azorinianos 9*, CAM, Monóvar, págs. 68-69.

³⁶⁷ Ferrándiz Lozano, José (1995), ed. cit., págs. 68-70.

Usted es un hombre de razón; yo he nacido en el jarín de un molino, y por eso tengo la cabeza blanca. Yo he corrido mucho, mucho. ¿Sabe usted en qué nos parezco nosotros a Nuestro Señor Jesucristo?”.

Y, por último, la recreación de la escena, a la que siempre acude Azorín para situar al lector: “Yo estoy solo en el Casino; no he visto nunca un Casino de pueblo con un mayor ambiente de familiaridad, de sosiego, de intimidad. Es un salón espacioso y cuadrado de una vieja casa solariega; la luz entra a raudales por cuatro anchos balcones; cuando se cierran las persianas, un claror verde y suave se difunde por la vetusta estancia y deja en una vaga penumbra a las dos camillas –tan agradables- y los dos viejos sofás negros, de gutapercha –tan simpáticos-“.

Azorín nos enseñó con sus crónicas de *La Andalucía trágica* a mirar la realidad de un país con unas particularidades y unas técnicas que marcaron el “periodismo moderno”, porque poco o nada se había innovado hasta entonces. Luis Calvo, exdirector de *ABC*, escribió en 1967: “El periodismo moderno es, en gran parte, hechura de Azorín y su magisterio formal e intelectual y su poderosa originalidad merecerían, algún día, el análisis minucioso de eruditos e historiadores de la prensa española del siglo XX”³⁶⁸.

En el Romeral

Pasados unos días, Azorín publica “Paréntesis eutrapélico. En el Romeral” (25 de abril de 1905, *El Imparcial*), en el que Martínez Ruiz se entrevista con Romero Robledo, presidente del Congreso, anotando lo que ven sus ojos, incluidos los desaires que lanza el dirigente político sobre Villaverde, presidente del Gobierno, con sus quejas en alto: “Yo no he visto jamás lo que estoy viendo ahora; no hay gobernantes; no hay tampoco en el Parlamento aquellos grandes oradores de antes; yo no sé dónde vamos ni qué va a ser de nosotros”. “Villaverde es un desgraciado”, repite en dos ocasiones.

Romero Robledo es andaluz, y la entrevista podría haberse enfocado por los derroteros de la Andalucía trágica. Pero Azorín no pregunta y se limita a describir al veterano político durante la comida y el posterior paseo en los cultivos que rodean su hogar. En cualquier caso, fue esta sin duda una entrevista peculiar, con la que Martínez Ruiz ya se había ganado la polémica lacerante limitándose a su ejercicio informativo cuando recogió el altivo desaire: “Villaverde es un desgraciado”, dijo Romero Robledo.

Dos días después, el 27 de abril, *El Imparcial* publica el comunicado de Romero Robledo desmintiendo las declaraciones que recogió el reportero

³⁶⁸ Calvo, Luis (1967), *Azorín, ABC*, 3 de marzo de 1967.

alicantino. Llama la atención que, en las líneas precedentes, el rotativo de Ortega Munilla defiende la labor de Martínez Ruiz ante su “fidelísima semblanza”. Pero, en un doble juego, en un doble rasero, con el claro propósito de distanciarse de la polémica, alude con cierta ironía: “Imitemos por un momento el original estilo de Azorín. Él anda por los pueblos, él pinta lo que ve, él copia las palabras que oye. Él es una ‘instantánea’. Él es un fonógrafo”.

Nuestro colaborador Azorín ha publicado en estas columnas una crónica en que narraba su estancia de breves horas en el Romeral, y trazando una simpática y fidelísima semblanza del Sr. Romero Robledo, ponía en su boca juicios respecto a los más altos personajes políticos. Como era de esperar, Azorín ha sido rectificado, y anoche se facilitó a la prensa en la Presidencia del Consejo de ministros (donde era mayor el agravio recibido) el siguiente telegrama.

El comunicado estaba firmado por el Consejo de ministros y la presidencia del Congreso (es decir, Villaverde y Romero Robledo acordaron el escrito) con un desmentido rotundo: “Tenga usted por completamente falso cuanto Azorín me atribuye hoy en *El Imparcial*”.

Cuando “la verdad oficial está satisfecha”, señala el diario de Ortega Munilla, Azorín sale al paso de la controversia con una nueva crónica (“Alarma en el Romeral”, del 28 de abril) con la que “Sigue la eutrapelia”. De este modo, Azorín recuerda su condición de periodista y cronista, cuyo deber es registrar las palabras del entrevistado, de la acción, aunque el político crea que estas visitas se deban a “pura cortesía”.

¿Para qué ha venido Azorín a esta covachuela del Romeral? ¿Es por casualidad? ¿Es por pura y romántica cortesía? ¿Acaso no se publicará ningún artículo? ¿No opinará nada el cronista de esta campiña, de esta casa, de estos parrales, de este pantano? Pasan cuatro, seis, ocho días: *El Imparcial*, que el presidente examina todas las mañanas al levantarse, no trae nada. “Esto es estupendo; esto es absurdo” –piensa el Sr. Romero Robledo, que no concibe que se vaya al Romeral para no hablar de él. Y una lejana sospecha asoma en su espíritu: la de que Azorín ni es periodista, ni tiene ingenio, ni ve nada absolutamente. “Mira –le decía en Argamasilla D. Cándido a su hermano D. Luis, señalándome a mí; -mira; escribe en *El Imparcial* y no tiene aspecto”. El Sr. Romero Robledo está ya también convencido de que este pobre hombre que le escuchaba sin decir nada, con aire zozco, atontado, opaco, no ha visto ni escuchado cosa alguna en el Romeral.

Así pues, el periodista alicantino imagina cómo pudieron desarrollarse los acontecimientos tras la publicación del artículo en *El Imparcial*, que en cualquier caso Azorín justifica en su libertad del ejercicio periodístico cuando se limitó exclusivamente a describir cuanto vieron sus ojos:

Y no se puede comprender, en efecto, dados la antigua norma y patrón de la interview política, que un cronista visite a un político ilustres, le oiga hablar, le vea moverse, observe la casa, los muebles, la indumentaria, los amigos que le rodean, y crea, firmemente, rotundamente, que todo esto tiene más importancia y le ha de interesar más al público, que unas declaraciones abstractas, secas, convencionales, preparadas, en que no hay vida, ni gestos, ni espontaneidad, ni ingenuidades. Pero ya por el Romeral se ha esparcido la terrible noticia.

Azorín insiste y vuelve a la acción. Imagina lo imaginado, es decir, la recepción del artículo en el que se encuentra la frase maldiciente: “Villaverde es un desgraciado”. Si el alicantino hubiera mirado para otro lado, si hubiera actuado en silencio, y no como un periodista, la cosa no habría ido a mayores. Pero esta es la verdad. La única verdad.

Es verdad que lo dije –afirma; -pero, ¿cómo iba yo a creer que le iba a dar importancia a esa frase? También dije que Villaverde no es un polemista parlamentario, y que cuando se vea en el banco azul, acometido por un orador hábil, se pondrá pálido, como le ocurre siempre; balbuceará, soplará, resoplará y acabará por hacerse un lío y sentarse... ¿Iba yo a creer que un cronista, representante de un gran periódico, que hace un largo viaje para llegar a este rincón, iba a contentarse con recoger las frases de una conversación vulgar, en vez de celebrar conmigo una conferencia?

Ya no hubo respuesta por parte de Romero Robledo. Pero poco importa en esta pieza de ficción-psicológica-periodística con la que Azorín se mete de lleno en la mente de los personajes para airear la falsedad de Romero Robledo y, por otro lado, explicar el verdadero papel del periodista; que no se reduce a realizar visitas de cortesía sino a recoger y detallar cuantas acciones de un político (hasta las más livianas) puedan informar sobre los dirigentes y gobernantes. Una técnica con paralelismos al nuevo periodismo de Tom Wolfe³⁶⁹, que ya había realizado el articulista alicantino en *La ruta de Don Quijote* y *La Andalucía Trágica*.

Cabe recordar además que Azorín ya vivió una situación semejante a la de Romero Robledo el 25 de enero de 1898 (“Charivari. En casa de Sellés”, publicado en *La Campaña*). En aquella ocasión, igual que ocurre con Robledo, Martínez Ruiz recogió unas declaraciones de Sellés sin su permiso (en este caso eran unas críticas al actor Antonio Vico) que también levantaron una fuerte polvareda.

Dos controversias idénticas, en definitiva, en dos tiempos distintos en la vida de Azorín.

³⁶⁹ Ferrándiz Lozano, José (2001), “Precursor del nuevo periodismo (*La Andalucía Trágica* o el giro periodístico de Azorín)”, *Azorín, la cara del intelectual. Entre el periodismo y la política*, Aguaclara, IAC Juan Gil-Albert, Alicante, pág. 73.

El despido

El choque político entre Azorín y Romero Robledo en *El Imparcial* a finales de abril de 1905 no fue el detonante pero sí un motivante más en el despido de Martínez Ruiz (puede que, incluso, cuando se publicaran estos artículos, ya se le había comunicado su expulsión, de ahí el suelto irónico del diario). De cualquier modo, la causa principal del despido cabe buscarla en los hechos precedentes con *La Andalucía Trágica*.

No era la primera vez que *El Imparcial* informaba sobre la problemática en tierras andaluzas en una temática que incluso otros intelectuales como Blasco Ibáñez (*La bodega*) o Clarín (*El hambre en Andalucía*) ya habían abordado. De hecho, antes de las crónicas de Azorín (del 3 al 24 de abril de 1905), *El Imparcial* ya prestaba atención a este asunto dedicando distintas informaciones que, sin embargo, amenguan especialmente desde el 10 de abril cuando surge otro problema: la explosión del depósito de aguas en Madrid que origina varios muertos, arrastrando a este foco parte de la atención mediática.

Basta comprobar esta cobertura en *El Imparcial* cuando, a partir de aquí, desde el 10 de abril, el diario repliega velas³⁷⁰ en torno a la hambruna y desatención gubernamental a Andalucía. Es más, las piezas informativas sobre la trágica situación de los labriegos andaluces se reducen notablemente. Sin embargo, Azorín continúa publicando estas crónicas de drama social aunque *El Imparcial* pasara, por estas fechas, a “camuflar” en sus páginas las crónicas azorinianas ya que, a diferencia de las tres primeras, la cuarta, del 17 de abril, ya no se publica en primera página de *El Imparcial* sino en la tercera, lo que quedaba claramente relegada.

Del 18 al 23 de abril, *El Imparcial* no publica noticia alguna sobre la hambruna en Andalucía (el diario de Ortega Munilla atiende sobre todo a la muerte del escritor Juan Valera), cuando los artículos de Azorín sobre *La Andalucía Trágica* no se reemprenden hasta la crónica final del 24 que es sin duda la más corta y blanda de toda la serie.

Lo cierto es que los escritos de Azorín golpeaban directamente la campaña política del diputado Rafael Gasset, propietario de *El Imparcial* y cuñado del director del diario. Afeaban su trabajo en la corte (el suyo y el del Gobierno) por lo que era imposible, pues, mantener en el puesto a Azorín ante este conflicto de intereses. Y tanto es así que, por mediación de Gasset, se secuestró una de las crónicas del periodista alicantino que remitió para *El Imparcial* (que probablemente fuera

³⁷⁰ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 269.

remitido por el alicantino entre el 7 y 17 de abril de 1905, puesto que resuena extraño este silencio del periodista en páginas de *El Imparcial*).

El inédito “Los obreros del campo” fue recuperado por José Payá Bernabé³⁷¹ en colaboración con la Fundación Ortega y Gasset que remitió el original. Un texto que sigue dando prueba de esta situación desfavorecida en el campesinado con tintes editorialistas:

Andando el tiempo, en la sucesión de los siglos, todo el presente mecanismo social desaparecerá por completo. Entonces las gentes querrán saber cómo vivían estos pobres hombres que sostienen con su trabajo las naciones. Y registrarán los discursos, las manifestaciones, las leyes, las actas de los Parlamentos; y no encontrarán los detallitos insignificantes, los pormenores vulgares, los hechos simples y menudos que constituyen la trama de la vida. Yo quiero consignar aquí unos pocos de estos hechos

Esta censura es la versión que confirma Azorín en distintas declaraciones a posteriori: “Envié varios artículos a *El Imparcial*. No se publicaron más que contados. El mutismo de la Dirección me inquietaba. No pasó más. Se acabó la Andalucía trágica y yo descendí confuso de la cumbre del gran diario”³⁷², escribe en *Madrid*.

En 1957, en una entrevista a *La Estafeta Literaria*³⁷³, Martínez Ruiz también dejó caer este asunto: “¿De qué periódicos le han expulsado, Azorín?’ No... Únicamente... Rafael Gasset estaba haciendo una campaña en el Parlamento y los artículos que mandaba yo de Andalucía contradecían lo que él decía”.

Azorín sufrió, en definitiva, los intereses empresariales e ideológicos que encierran un periódico (la independencia es, pues, un ente endeble y de cierta flaqueza en los medios de comunicación). Y Rafael Gasset, cuñado de Ortega Munilla y propietario del periódico, no veía con buenos ojos las crónicas lacerantes de Azorín que estaban teniendo un fuerte impacto entre las élites políticas de Madrid.

El despido, por tanto, se avecinaba ante los indicativos del secuestro de artículos; como los silencios³⁷⁴ de Ortega y Munilla a Azorín en su relación epistolar; y el malestar que Rafael Gasset acumularía desde la tribuna política de Madrid.

³⁷¹ Payá Bernabé, José (2005), “A modo de epílogo: Cervantes en Azorín”, *La ruta de Don Quijote*, Centro de Estudios de Castilla La-Mancha, pág. 204.

³⁷² Azorín (1941), ed. cit., pág. 74.

³⁷³ Valverde (1971), ed. cit., pág. 270.

³⁷⁴ Mora, Magdalena (1993), ed. cit., págs. 195-196.

Argumentos que contradicen la versión de Gómez de la Serna cuando en su biografía azoriniana justificó el despido de Martínez Ruiz por su falta de sintonía con los compañeros de la redacción³⁷⁵. Aunque quizás fuera esta la única razón con que Ortega Munilla pudiera excusar la expulsión de Azorín de *El Imparcial*.

Azorín, que había entrado con pavor en aquella sala más de armas que de letras, escuchó con rostro impasible al director confuso y sufriente al tenerle que comunicar la dura nueva de no poderle sostener, de tener que suprimirle la colaboración, porque todo el fondo del periódico le rechazaba (...) “He luchado por usted sin tregua –le dijo-. He recibido anónimos, que muchas veces no pasaban por el portal, he amonestado a algún redactor insolente”. Azorín se levantó como en un pésame y estrechó la mano de acompañarle en el dolor a aquel ilustre escritor en la madurez de sus comprensiones. “Adiós, señor Ortega y Munilla... Por otro lado me abriré camino”. “Tendrá usted más suerte que todos esos juntos... adiós, Azorín”.

La integración de *La Andalucía Trágica* en *Los pueblos*

Las cinco crónicas de *La Andalucía Trágica* se incorporaron a la tercera edición de *Los pueblos*. En 1974, el profesor José María Valverde, en una edición muy personal, y en la que pretende “devolver algún sabor del periódico a *Los pueblos*”, agregó a la serie de *La Andalucía Trágica* los artículos “En el Romeral” (25 de abril de 1905) y “Alarma en el Romeral” (28 de abril de 1905) que vieron la luz en *El Imparcial*. En cambio, en la selección original de Azorín, *Romero en el Romeral* quedó integrado en un artículo (con dos partes) en *Parlamentarismo español* (1916).

Lo cierto es que el leve humor e ironía que reflejan algunos pasajes de *Los pueblos* y *La ruta de Don Quijote* desaparecen absolutamente en *La Andalucía Trágica*. De hecho, esto nos lleva a la peculiar composición efectuada por Azorín al insertar las crónicas andaluzas en *Los pueblos* cuando son textos con distinta finalidad estética (las sensaciones que pretenden suscitar los artículos publicados en *España* no corresponden con el carácter informativo y de denuncia de los de *El Imparcial*). Y, además, está también su diferente finalidad temática (*Los pueblos* se alimenta de la literatura en gran parte de sus escritos; *La Andalucía Trágica* bebe de la actualidad).

En todo caso, el añadido más lógico de las crónicas andaluzas hubiera sido junto a las publicadas en *La ruta de Don Quijote* en *El Imparcial*, por la evidencia cronológica (marzo-abril de 1905) y por ser el mismo soporte periodístico. Sin embargo, puede que Azorín quisiera respetar el marco literario y periodístico del III Centenario de la obra universal de Cervantes, de tal modo que esta efeméride y su

³⁷⁵ Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., págs. 145-148.

libro, *La ruta de Don Quijote*, no se vieran deslucidos ni parcialmente ocultados por otros escritos como los de *La Andalucía Trágica*, con mucha más acción que los de su producción anterior.

Aun así, hay investigadores como José María Valverde que sí consideran idónea la integración de estas dos obras, al significar “un contrapunto complementario entre el estilo quieto, reprimidor de la emoción, y la ruptura de ese mismo estilo por rebose de sentir”³⁷⁶.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

³⁷⁶ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 275.

27. Azorín en *Blanco y Negro* y *ABC*: literatura y periodismo a partes iguales

Desde 1904 a diciembre de 1906, Martínez Ruiz publicó 41 artículos en *Blanco y Negro* y, de todos ellos, 16 se integraron en el volumen *España. Hombres y paisajes* (1909)³⁷⁷, que también se nutrió de otros artículos publicados en *Diario de Barcelona* (1907-1909).

Estos escritos de *Blanco y Negro* en el volumen azoriniano son: “Figuras andaluzas. Juana y Juanita”, (17 de junio de 1905); “Don José Nieto”, (11 de noviembre de 1905); “La calle de la Montera”, (16 de diciembre de 1905); “Los amigos literarios. El mal labrador”, (3 de febrero de 1906); “Los amigos literarios. Unas sombrereras”, (10 de marzo de 1906); “Los amigos literarios. Un sabio”, (31 de marzo de 1906); “Los amigos literarios. Una criada”, (21 de abril de 1906); “Los amigos literarios. Nicolás Serrano”, (26 de mayo de 1906); “Retratos históricos. Carlos”, (23 de junio de 1906); “Delicado”, (30 de junio de 1906); “Los amigos literarios. Ana”, (14 de julio de 1906); “Los amigos literarios. Un pobre hombre”, (18 de julio de 1906); “Retratos históricos. Don Cristóbal”, (1 de septiembre de 1906); “Retratos históricos. Don Lorenzo”, (8 de septiembre de 1906); “Los oficios. El anacalo”, (6 de octubre de 1906); y “Los oficios. El apañador”, (3 de noviembre de 1906).

En este sentido, por medio de la hemeroteca digital de *ABC*, se ha procedido a corregir las fechas mal anotadas por el profesor E. Inman Fox en su conocida guía. De este modo, “Los amigos literarios. Un sabio” no es del 30 sino del 31 de marzo; “Los amigos literarios. Nicolás Serrano” no es del 5 sino del 26 de mayo; “Los amigos literarios. Ana” no es del 7 sino del 14 de julio; “Los amigos literarios. Un pobre hombre” no es del 28 sino del 18 de julio; “Retratos históricos. Don Cristóbal” no es del 11 de agosto sino del 1 de septiembre; “Retratos históricos. Don Lorenzo” no aparece en la guía de Fox siendo del 8 de septiembre de 1906; y “Los oficios. El apañador” no es del 2 sino del 3 de noviembre.

Este mismo método de trabajo se ha aplicado sobre el resto de artículos publicados en *Blanco y Negro* en el marco de esta investigación (hasta diciembre de 1906), detectando las siguientes anomalías que se han agregado también en el anexo final: “Figuras españolas. Las ‘camperas’ levantinas” no es del 4 sino del 25 de junio de 1904; “El viejecito que no sabía nada” no es del 9 de junio sino del 9 de julio de 1904; “Lolita. Historia de una niña que se hará grande” no es del 8 de septiembre sino del 8 de octubre de 1904; “Un retrato histórico” no es del 19 de octubre sino del 19 de noviembre de 1904; “Añoranzas de Londres. El asombro de

³⁷⁷ Azorín (1909), *España. Hombres y paisajes*, Biblioteca Nueva, 2010.

Maud” no es del 21 de septiembre sino del 21 de octubre; y “Valencia y Murcia” no es del 18 de febrero sino del 6 de enero.

Además del volumen *España. Hombres y paisajes* (1909), otros artículos de Azorín en *Blanco y Negro* fueron rescatados por el profesor José García Mercadal en una selección personal para *En Lontananza*³⁷⁸, que también se nutre de otras publicaciones de Martínez Ruiz en *El País*, *El Progreso* o *La Vanguardia*, entre otros.

El estilo azoriniano de *Blanco y Negro* conecta absolutamente con *Las confesiones de un pequeño filósofo* (sobre todo los últimos capítulos³⁷⁹) estableciendo, por otro lado, una segunda vertiente con el resto de su producción. Así, al igual que en *Blanco y Negro*, Martínez Ruiz trabaja la literatura con el fin de su difusión cultural en colaboraciones como las de *Helios* (“Los buenos maestros: Montaigne”, del 1 de enero de 1904) o *Alma española* (“Baudelaire” y “La Fontaine”, del 31 de enero de 1904) y, en cambio, con *El Imparcial* o *El Pueblo Vasco*, el reportero alicantino se centra en el hecho propiamente informativo o bien reivindicativo. De este modo, en las crónicas de viajes por la Mancha quijotesca o la Andalucía trágica en *El Imparcial*, se apega a la realidad como en “Las provincias” (9 de julio de 1904, de *El Pueblo Vasco*), donde continúa con el compromiso-denuncia por los más desfavorecidos labriegos.

Por su parte, el diario *España* representa en esta misma línea del tiempo el doble mundo literario-periodístico del alicantino: están las estampas veraniegas de los balnearios y las ensoñaciones que compondrían *Los pueblos* y *Veraneo sentimental*; y están, finalmente, las de índole político o de protesta (como sus “Impresiones parlamentarias” o su conocida proclama contra Echegaray).

Martínez Ruiz goza entonces de una relativa fama que motiva el homenaje que se le dispensa. Así lo atestigua el ejemplar del 12 de mayo de 1904 de *ABC* en una pequeña pieza informativa que, junto a una caricatura del alicantino confeccionada por Lengo, se puede leer: “Muchos jóvenes intelectuales van a honrar al que también lo es, y muy distinguido, Sr. Martínez Ruiz, obsequiándole pasado mañana con un banquete para festejar al creador de Azorín”.

Sin embargo, ante el buen momento que disfruta Martínez Ruiz en su privilegiada posición al formar parte de las redacciones más prestigiosas, la calidad de sus artículos en *Blanco y Negro* amengua especialmente en su primera etapa al

³⁷⁸ García Mercadal, José (1963), *En Lontananza*, Azorín, Bullón, Madrid.

³⁷⁹ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), “Las colaboraciones de Azorín en *Blanco y Negro*. El camino hacia *España. Hombres y paisajes* (1909)”, *España contemporánea*, I, pág. 28.

adaptar su estilo a los nuevos públicos que persigue la renovada publicación (mujeres y niños, sobre todo de la alta clase). El profesor José María Valverde lo explica así³⁸⁰:

Las aportaciones de J. Martínez Ruiz a *Blanco y Negro*, especialmente en 1904, no son muy interesantes, sobre todo en comparación con las de *España* durante la misma época, y casi ninguna de los dos primeros años sería recogida posteriormente en un libro. J. Martínez Ruiz, quizás por falta de naturalidad al intentar adaptarse a una atmósfera de revista del hogar, dirigida principalmente a señoras de la alta clase media o de la aristocracia, restringe tanto su mundo literario que se queda en cierta insipidez. Es significativa la abundancia de títulos con diminutivo o con “pequeño”.

No era la primera vez que Martínez Ruiz se adaptaba o se dirigía a públicos objetivo. Lo había hecho, por ejemplo, cuando cambiaba las temáticas y los fondos al escribir para lectores catalanes desde Madrid en *Las Noticias*, de Barcelona. De cualquier forma, y pese a los públicos concretos a los que debía adaptar su estilo, seguro que el periodista alicantino se vio seducido por la revolución que supuso *Blanco y Negro* en su lanzamiento al mercado con una amplia mejora en la calidad del papel y la impresión, así como el añadido de ilustraciones que acompañaban a los artículos obra de Francés, Alberti, Estevan, Emilio Varela, Méndez Bringa, Regidor, Lacoste o Huertas, entre otros.

Estas ilustraciones significaron, sin duda, una revolución a todas luces atractivas para periodistas y escritores de la época. En el caso de Martínez Ruiz, se combinan en una o hasta dos páginas, siendo la mayoría imágenes, dibujos y fotografías que en otras, como en la serie de “Los amigos del museo”, son cuadros (o partes del mismo).

Esta alineación de las semblanzas del alicantino con las ilustraciones de Francés o Varela aporta un plus estético. Además, este recurso de la imagen dará alas creativas a la producción de Martínez Ruiz puesto que en ellas se apoya en alguna ocasión el articulista alicantino en su recreación y creación literaria. “No sé si vosotros distinguiréis todo esto en la fotografía” anota en “Unos espectadores”, del 23 de diciembre de 1905.

Martínez Ruiz, que ya se había servido de la fotografía como fuente de inspiración en *La voluntad*, recrea así varias estampas y semblanzas, o cuentos, casi cuentos, o artículos literarios (difícil resulta de precisar el género en las colaboraciones del alicantino en la prensa), donde la fotografía se pone al servicio de la creación en una retroalimentación interesantísima. De este modo, y bajo estas

³⁸⁰ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 277.

mismas premisas, se mueven “Un retrato histórico” (19 de noviembre de 1904); “Don Antonio” (16 de junio de 1906) o “Una tapada”.

Blanco y Negro representaba, por tanto, un nuevo escaparate para Martínez Ruiz entre pasajes protagonizados principalmente por mujeres con el fin de satisfacer al público objetivo de la revista. Esto explica el artículo inicial con “La viejecita y sus amigos” (27 de febrero de 1904), semejante en algunos pasajes a la serie de “Notas de la vieja España” que publica en *El Globo* en los primeros días de febrero de 1903, o incluso las viejecitas que afloran en el capítulo de “Mi tía Bárbara” en *La Lectura* (febrero de 1904) o *Las confesiones de un pequeño filósofo*.

Así pues, junto a “La viejecita y sus amigos”, el periodista alicantino trabaja la serie “Figuras españolas. La viuda de los cuchillitos” (19 de marzo de 1904); “Figuras españolas. Las ‘camperas’ levantinas” (25 de junio de 1904) o “Lolita. Historia de una niña que se hará grande” (8 de octubre de 1904, con el que estrena la firma Azorín en *Blanco y Negro*, puesto que meses antes ya la había empleado para el diario *España*).

En “Las ‘camperas’ levantinas”, Martínez Ruiz recoge frases como notas de realidad, que es una de sus obsesiones siempre cuando trata de aprisionar la mayor realidad posible para que, como en el teatro, los diálogos resuenen naturales y verdaderos, desprovistos de lo artificial. De ahí estas palabras y frases en valenciano, la lengua que escuchaba en Monóvar y Petrer, el pueblo de su madre.

Hablamos de cosas de comer; a ella lo que más le gusta es el arroz con garbanzos.

Yo tenia moltes ganes de casarme per poder fer prou arrós en singrons.

Es decir, ella tenía muchas ganas de casarse para ser libre, para poder hacer mucho arroz con garbanzos; ese era su ideal de muchacha, durante largo tiempo acariciando. Este arroz es lo que más le place en el mundo; ella misma lo dice:

- *Estig trastornaeta...*

Está trastornada. El valenciano tiene diminutivos, matices, gradaciones, de que carece este castellano tan rotundo y sonoro. Esta buena vieja está trastornadita con el arroz con garbanzos...

Pese a la edulcorada prosa y sus excesivos diminutivos, “Figuras españolas. Las ‘camperas’ levantinas” (25 de junio de 1904) indica asimismo las preferencias de un Martínez Ruiz que no se aleja de sus orígenes en esta estampa que inspira Alicante y provincia, su tierra natal. Es más, Azorín, un escritor y periodista de provincias, no oculta ni mucho menos esta condición que exhibe en buena parte de su producción. Así, en sus anteriores trabajos para *El Globo*, cita varias veces el

Levante (“Las provincias”, 22 de diciembre de 1902; “La parábola del podador”, 24 de diciembre de 1902; “Las tierras”, 11 de mayo de 1903; o incluso en “Las provincias”, 9 de julio de 1904 en *El Pueblo Vasco*). Eso sí, a diferencia de lo escrito anteriormente ante lo nuevo que presenta en *Blanco y Negro*, ha desaparecido cualquier rasgo reivindicativo, crítico e informativo: solo prima pues la creación, la originalidad y la condición literaria sobre la periodística.

Estas “figuras españolas” de *Blanco y Negro* fueron personajes que, de algún modo, pudo conocer el periodista alicantino. Así lo confirma el profesor José Manuel Vidal Ortuño cuando Azorín emplea varias ocasiones la primera persona (“yo lo veía por una ventanita de un desván...”, “yo le oía toser”...) con “El pequeño farmacéutico”, protagonista que evocará en *Posdata* (1959): “Es un recuerdo de 1879 y el farmacéutico que fascinaba al aprendiz del escritor –‘niño, y niño curioso’- se llamaba Raimundo, tenía 80 años, aunque no se nos dice que tocara el violonchelo. Encontramos, pues, una de las características de estas colaboraciones de Azorín en *Blanco y Negro*: el embellecimiento de la realidad”³⁸¹.

En este sentido, Vidal Ortuño defiende que esta misma situación se repite con “La viuda de los cuchillitos”, que reaparece años después en *Superrealismo*³⁸² (“sin duda alguna, José Martínez Ruiz debió escuchar –en su casa, en su pueblo- noticias de esta mujer” en Monóvar); y con “Las ‘camperas’ levantinas”, cuando el alicantino alude a parajes conocidos como el Collado, el Chinorlet, Almorquí o la Fontana...

A partir de 1905 se vislumbran las colaboraciones más significativas de Martínez Ruiz en *Blanco y Negro*, especialmente a partir de “Lo que lleva el rey Gaspar” (7 de enero de 1905), que cumple todas las condiciones de cuento de Navidad. Un relato con el que Azorín nos pide atención (“Acercáos, pequeños amigos míos”, escribe) y en el que nos desvela el misterio del regalo, como de la vida, en los niños, que son las ilusiones que despiertan en los más pequeños la llegada de los Reyes Magos. El esqueleto del artículo -que se asemeja o cumple las condiciones de cuento o relato- es una práctica habitual de Azorín en su producción periodística. Solo que, con “Lo que lleva el rey Gaspar” en *Blanco y Negro*, a diferencia de todo lo anterior, no hay brizna de ataque o crítica a la sociedad.

³⁸¹ Ortuño, José Manuel (2014), “Rescatar del olvido (Azorín en *Blanco y Negro*)”, *Revistas Literarias Españolas e Hispanoamericanas* (1869-1914), *Anales de Literatura Española*, 26, Universidad de Alicante, Alicante, pág. 523.

³⁸² Payá Bernabé, José (2001), “Azorín, Monóvar y Superrealismo”, *Azorín et le Surrealisme*, Coloquios de Pau V, Fédérop, págs. 17-32.

“Lo que lleva el rey Gaspar” es una recreación sensitiva que rompe radicalmente con su concepción de la religión cuando, apenas un año atrás, en “Todos frailes” (17 de enero de 1904, en *Alma española*) definía la religión como un peso dentro de nosotros mismos, el peso que nos priva de la libertad y que aplaca nuestro comportamiento. Es la “muerte del espíritu que no puede retornar a la vida”, escribía. Pero ya no es Martínez Ruiz sino Azorín quien redacta el cuento de Navidad en *Blanco y Negro*, por lo que se ha volatilizado cualquier atisbo del escepticismo religioso que divulgó buenamente en varios artículos (“Tipos de la pasión”, 9 de abril de 1903, en *El Globo*; “La entraña”, 18 de diciembre de 1902, en *El Globo*; “La política”, 23 de febrero de 1902, en *Juventud*; “La religión”, del 11 de mayo de 1901, en *Electra*; o “Lázaro”, *Las Noticias*, del 6 de abril de 1901).

La Navidad representa “ilusiones”, y no banquetes pantagruélicos que contrastan con la sociedad pobre y necesitada. Azorín, pues, ha modificado absolutamente su concepción de la religión católica en las nuevas coordenadas literarias en las que se mueve en *Blanco y Negro* cuando el periodista alicantino finaliza entonces su etapa en el diario *España*, recorre la Mancha y Andalucía con *El Imparcial* y, tras su despido, ingresa en *ABC* ejerciendo un proceso semejante al que desempeñaba en el periódico de Troyano en su doble vertiente con la “literatura inactual” y la periodística.

Esta “literatura inactual” cobra vida, nunca mejor dicho, en *Blanco y Negro* cuando la literatura se envuelve con el periodismo. En otras palabras: Martínez Ruiz trabaja un articulismo enfocado en las emociones, con el propósito de cautivar y remover el corazón del lector. De este modo, inaugura una nueva sección para sus colaboraciones, ya no “Figuras españolas” sino “Figuras andaluzas”, en una inspiración que emana con seguridad de su reciente viaje por *La Andalucía Trágica*.

Así nacen “Juana y Juanita” (del 17 de junio de 1905); o “El tío Joaquinito” (del 8 de julio de 1905, el mismo protagonista que en su último escrito para *El Imparcial* en sus crónicas por la Andalucía trágica, del 24 de abril de 1905, “Arcos y su filósofo”), donde se suceden los paisajes y se recuperan viejos oficios, viejas palabras, como en otras ocasiones hace sobre los clásicos con textos, con citas al lector y la narración en primera persona. Azorín atrapa además la jerga del protagonista para aprisionar todos los visos de realidad en su página. “Ya este hombre sencillo es nuestro amigo, y nosotros –que no sabemos lo que hacer en este pueblo- hemos venido a reposarnos en su tienda, como todos los días”. Y el “original filósofo”, el tío Joaquinito, nos dice: “Yo sería a eta hora teniente generá...”.

“El tío Joaquinito” prueba el distanciamiento con la información, con las crónicas, con el palpito de la realidad de Azorín. Ya no prima la actualidad sino la ensoñación y las emociones. El objetivo es despertar los sentimientos del lector con el “nuevo arte” que se encuentra también en “Los pequeños placeres” (12 de agosto de 1905), en los pequeños detalles. Así escribe:

Pero hoy quiero hablar de la más intensa, expansiva y gloriosa de estas menudas satisfacciones. Esta satisfacción –no podríais adivinarlo- es ver regar. Todas las cosas tienen sus tiempos, y aun sus horas y aun sus minutos. Para ver regar es necesario también escoger el tiempo apropiado.

Blanco y Negro también se hace eco de las grandes obsesiones de Azorín como el paso del tiempo en “Nuestro amigo el reloj” (23 de septiembre de 1905) o “La compra de un sombrero” (7 de octubre de 1905), sobre un argumento que ya apareció, esbozado, en *Los pueblos* (“Una elegía”); o bien nacen a raíz de un viaje reciente, como en este caso a Reino Unido para la cobertura informativa del Rey con *ABC*, “Añoranzas de Londres. El asombro de Maud”, de 21 de octubre de 1905, en el que Ramiro de Maeztu (traductor en la capital londinense) se transforma incluso en un personaje más del escrito.

El 11 de noviembre de 1905, Azorín abre una nueva temática pictórica³⁸³ (con el que se produce “un aumento de la potencia estética”³⁸⁴) en los artículos de *Blanco y Negro* con “Don José Nieto”, en el que cobra vida el personaje inmortalizado en el cuadro de *La Meninas*; o bien el 25 de noviembre con “Los amigos del museo. Un elegante”, sobre un cuadro de Goya.

Pero no era en absoluto la primera vez que Martínez Ruiz priorizaba sobre los museos: ya “En el Museo”, del 31 de enero de 1903 en *El Globo*; o “Crónicas literarias. Autor y libro”, del 24 de noviembre de 1902 en *El Heraldo de Madrid*, reclamaba atención sobre la condición cultural de todos ellos. Incluso en *La Correspondencia de España*, el 18 de diciembre de 1901, en “El Museo. Una sala para El Greco”, había solicitado una sala expresa para el pintor toledano. La pintura, pues, como los libros, son fuente de inspiración en Azorín en el oficio periodístico.

Esta nueva serie, la de “Los amigos del museo”, con “Un buen señor” (2 de diciembre de 1905, sobre Pedro Berruguete, que conecta con el capítulo “La

³⁸³ Esteve López, Ana (1995), “La pintura como fuente de inspiración en Azorín (La ventana del arte)”, *Azorín (1904-1924)*, Coloquios de Pau III, Universidad de Murcia, Murcia, págs. 40-50.

³⁸⁴ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 30.

Inquisición”, número VII, en *El alma castellana*³⁸⁵; “Un sensual” (del 9 de diciembre de 1905, sobre Loretto Lotto); y “Unos espectadores” (del 23 de diciembre de 1905, sobre Jerónimo Bosch) registra una función didáctica. Es decir, Azorín educa la mirada del lector y nos enseña a contemplar culturalmente un cuadro, acercando el arte a todos los públicos de igual modo que quería hacer llegar la crítica literaria al máximo número de lectores (no una crítica solo para intelectuales, sino una crítica abierta a todos).

De ahí la importancia de esta sección de “Los amigos del museo” con la que Martínez Ruiz nos forma e informa culturalmente, nos entretiene y cautiva suscitando la reflexión. Porque el periodismo cultural es también difusión del conocimiento. Así, por ejemplo, nos explica la escena del cuadro de Goya con (“Los amigos del museo. Un elegante”) adentrándonos en la pintura, descubriéndonos nuevos detalles, aspectos inusuales, curiosidades que capten la atención del lector, que le seduzcan en este “juego de espejos” en el que de una historia pasamos otras veces a la intrahistoria. Un artículo de erudición que, en cambio, Azorín trabaja sin enredos ni colapsos en la lectura que discurre natural, lo que es uno de sus mayores logros pese a las anotaciones culturales o bibliográficas fruto, en este caso, de *El alma castellana*³⁸⁶.

Este querido amigo nuestro que aquí aparece –arrancado de un cuadro del maestro Goya- es un elegante, es decir, es un petimetre. Los petimetres son unos jóvenes terribles; todos los moralistas de la época están indignados contra ellos. ¡Qué cambio en las costumbres! –exclaman estos graves varones-. En el siglo pasado, o sea en el XVII –continúan pensando-, todo era virilidad; en éste, en el XVIII, todo es blandura y afeminación. Ante todo, han desaparecido los airosos y empinados mostachos de los antiguos hidalgos; todos ahora se afeitan barba y bigote, con gran escándalo de los viejos. Desaparece el bigote –escribe Feijoo en su discurso *Las modas*- “del cual no pueden acordarse, sin dar un gran gemido, algunos ancianos de este tiempo”.

Esta técnica o efecto también se reproduce en “Don José Nieto”, el primero de la serie, y que Renata Londero³⁸⁷ llamó “dimensión metaliteraria”. Una “práctica hipertextual” con la que Azorín convierte en protagonistas a personajes de segundo plano, dando un rumbo narrativo inexplorado, explotando así la vertiente creativa y literaria, innovando y sorprendiendo al lector.

³⁸⁵ Vidal Ortuño, José Manuel (2014), ed. cit., pág. 528.

³⁸⁶ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 37.

³⁸⁷ Londero, Renata (1998), “Azorín, crítico en ciernes (1893-1905): El acercamiento a los clásicos del siglo XVII”, *Azorín, fin de siglos (1898-1998)*, Aguacilar, IAC Juan Gil-Albert, Alicante, pág. 184.

Cabe destacar además que, por estas fechas, el 30 de diciembre de 1905, y por carta a Pérez de Ayala³⁸⁸, Azorín tenía la intención de crear una nueva sección en *Blanco y Negro* inspirada en las muchachas que había conocido en su viaje por Oviedo. Una posible serie que, ante lo publicado por el alicantino en esta época, finalmente desechó, o al menos prefirió etiquetar de otra forma.

Querido Ayala: ¿puede usted enviarme tres retratos de tres bellas –condición sine qua non- asturianitas? Voy a hacer en *Blanco y Negro* una sección titulada Españolas ilustres. Serán semblanzas de Isabel, Carmencita, Olvido, Paz, etc... y no es indispensable que el retrato corresponda a la semblanza; así Victoria (cuya fotografía tengo) será una simpática muchacha que vive en Arcos de la Frontera, y Paz –su novia- puede ser una traviesa levantina, que vive en uno de aquellos pueblecillos. (...).

El 30 de diciembre de 1905 recuerda a “El abuelo materno”, que parece ser una cuenta pendiente puesto que, hasta ahora, había evocado en distintos pasajes de su obra al abuelo materno (José Soriano García) pero no al paterno, José Maestre Pérez. Así pues, como indica el profesor Vidal Ortuño³⁸⁹, Martínez Ruiz retrató en *Las confesiones de un pequeño filósofo* a una parte importante de su familia paterna, la de Yecla (con “El abuelo Azorín”, de marzo de 1903 en *La Lectura*, el capítulo XXVIII en libro); pero la materna, la de Petrer, quedó al margen.

De este modo, con los artículos en *Blanco y Negro* de “Los pequeños placeres” (12 de agosto de 1905) y sobre todo con “El abuelo materno” (30 de diciembre de 1905) cierra esta deuda literaria al estar inspirados en José Maestre Pérez. Por ello, en el primer escrito, Azorín recuerda una de las aficiones que heredó de su abuelo materno, ver regar, lo que para el alicantino está inserto en el “alma de las cosas”. El segundo, es un contraste con el abuelo paterno y materno, el de un “culto profundo, fervoroso” de uno, al olvido del otro, al que recuerda porque amaba, ante todo, “el silencio, el agua y los árboles”.

El paisaje es, por otro lado, un elemento fundamental en el articulismo y obra literaria de Azorín. Así, el 6 de enero de 1906, en “Valencia y Murcia”, reflexiona sobre el concepto de país y nación, que es sin duda una de las particularidades en estos escritos en *Blanco y Negro* (cuando, hasta ahora, la creación literaria se sobreponía a cualquier otra cuestión). Esta inserción surge ante los acontecimientos políticos que se vivían por el debate de la Ley de Jurisdicciones (que ponía cualquier delito contra la patria bajo jurisdicción militar), lo que explica la

³⁸⁸ Lozano Marco, Miguel Ángel (1983), “Azorín en la obra literaria de Ramón Pérez de Ayala”, *Anales Azorinianos 1*, CAM, Monóvar, págs. 19-31.

³⁸⁹ Vidal Ortuño, José Manuel (2014), ed. cit., pág. 524.

publicación de este especial en *Blanco y Negro* sobre “Las regiones españolas” que se presenta así a los lectores:

Inútil parece decir que no hemos pretendido narrar la historia ni hacer la descripción geográfica de las regiones españolas, sino resumir en crónicas literarias el carácter peculiar de cada una de aquélla. Ni hemos de esforzarnos en poner de relieve que miramos con igual amor todas las comarcas que forman la nacionalidad, y que ni en el espacio que a cada región dedicamos ni en la agrupación de estas deben verse preferencias que estamos muy lejos de sentir.

Es, por todo ello, una excepción “Valencia y Murcia” al conjunto de publicaciones de Azorín en *Blanco y Negro*, ya que, aunque sea por unas brevísimas líneas, el alicantino expone sin ambages su opinión (eso sí, desprovista de crítica), cuando señala: “España es un país heterogéneo; las más varias y contradictorias regiones, unidas violentamente por lazos burocráticos, forman nuestra nacionalidad. Y dentro de cada una de estas regiones, si nos detenemos a observarlas, podremos comprobar una porción de matices, de variedades y de cambiantes psicológicos”.

Resume así Azorín su posición respecto al debate nación-patria cuando, como en veces anteriores, el alicantino considera fundamental el paisaje y los pueblos en la psicología de los españoles. “Vosotros amáis a España; os extasían sus paisajes; sentís conmovirse vuestro espíritu en las viejas ciudades históricas”, anota en “Arte y utilidad”, del 3 de enero de 1904 en *Alma española*. Pero en “Valencia y Murcia”, de *Blanco y Negro*, no hay cabida para la crítica o el análisis que pueda eclipsar el objetivo literario de los escritos. El paisaje, en *Blanco y Negro*, por el contrario, no va encaminado a destapar la realidad del país como denunciaba en “Crímenes españoles –El de Don Benito-. Ambiente y paisajes”, del 22 de noviembre de 1903, también de *Alma española*. “El paisaje es bravío y áspero; la tierra está yerma y seca. Entrad en uno de sus pueblos; no importa cuál; todos los pueblos españoles son iguales”.

El paisaje y los pueblos servían a Azorín para explicar la realidad de España, como también así lo hacían los clásicos, lo que motivó muy probablemente la nueva serie en *Blanco y Negro*, “Los amigos literarios”, que como en “Los amigos del Museo”, iba encaminada a la educación de la mirada del espectador. Es decir, articulismo cultural, de difusión de conocimiento, con el que acercarnos a los clásicos sin notas académicas ni erudiciones que espanten al lector.

“Los amigos literarios”, que fue la que más agradó al alicantino según se puede deducir por la inclusión de casi todos estos en su obra *España, hombres y paisajes*, está en la línea de difusión de los clásicos que ya emprende Martínez

Ruiz en *Alma española* (“La Farándula”, del 20 de diciembre de 1903, sobre Nietzsche; “Baudelaire” o “La Fontaine”, del 31 de enero de 1904; o “Taine”, del 10 de enero de 1904) o *Helios* (“Los buenos maestros: Montaigne”, de 1 de enero de 1904). Los clásicos, pues, como difusión cultural que no como concepción con que explicar de manera crítica la realidad de España, que es lo que aflora en su articulismo de *El Globo* (“Diálogo entre Saavedra Fajardo y Baltasar Gracián”, del 7 de mayo de 1903) o en *Progreso* (“Obreros de antaño”, 6 de mayo de 1900).

Azorín, pues, cumplía con “Los amigos literarios” una nueva variante ya que, en diversas ocasiones, reclamó la presencia de los clásicos en las hojas volanderas (“Los labradores”, 11 de diciembre de 1902 en *El Globo*), en unas colaboraciones en *Blanco y Negro* que arrancan el 3 de febrero de 1906 con “Los amigos literarios. El mal labrador” dedicado a Gonzalo de Berceo (al que también recuerda el 15 de diciembre de 1902 en “Los desarraigados”, de *El Globo*).

El 10 de marzo de 1906 publica “Los amigos literarios. Unas sombreras”, sobre al autor desconocido de *La vida del Lazarillo de Tormes*; y el 31 de marzo “Los amigos literarios. Un sabio”, con mención a Juan Luis Vives, con el que alude nuevamente a las dificultades de la vida periodística también con ironía y fino humor.

Este es un sabio que nos presenta Juan Luis Vives en sus *Diálogos latinos*. Envidiamos nosotros profundamente a este buen hombre que tiene dos o tres criados, que posee una casa confortable, que dispone de todas las comodidades, y que, por las noches, estudia un rato, tomando para ello toda clase de precauciones, abrigándose bien, haciendo que uno de sus criados vaya trayéndole los libros que necesita (...). Nosotros, modestos periodistas que escribimos en un modesto mechinal a salga lo que saliere, sentimos una envidia sincera por todo esto, y convenimos desde luego en que solo en estas condiciones es posible escribir páginas profundas indelebles....

Azorín ya había utilizado el texto “Refección escolar” en *El Imparcial* (23 de noviembre de 1903, “Filósofos españoles: Vives”), aunque es un autor que constantemente inspiró al alicantino entre relecturas y nuevas revisiones a su obra desde sus tiempos en la Universidad de Valencia. Eso prueba las diversas alusiones en su producción, como en “La obra de los políticos” (16 de febrero de 1903 en *El Globo*). También cabe recordar que, ya en *El Imparcial*, el periodista alicantino cita a Vives para la creación de su propio mundo: “Vives siente un intenso amor por las cosas pequeñas: todos estos filósofos del Renacimiento, parece que han visto irradiarse en las cosas, tras larga obscuridad, el alma perdurable e inquietadora del Universo”.

El 21 de abril de 1906 continúa con “Los amigos literarios. Una criada”, con evocaciones sobre Miguel de Cervantes y Garcilaso de la Vega, y el 26 de mayo con “Los amigos literarios. Nicolás Serrano”, con el que Azorín revive su figura (la de Serrano y la de su maestro, Clarín).

¿Quién es este Nicolás Serrano, en qué se ocupa y cuáles son sus ideas y planes? Nicolás Serrano es un filósofo. Y bien: ¿qué sistema filosófico ha construido este señor o de qué forma y manera son sus especulaciones filosóficas? Nicolás Serrano –contestaremos- ha sido sacado a luz por el maestro Clarín en su libro *Superchería*; cada vez amamos nosotros más las novelas de este queridísimo maestro, y cada vez creemos más firmemente que esta novela citada y la que lleva por título *Su único hijo*, es lo más intenso, lo más refinado, lo más intelectual y sensual a la vez que se ha producido en el siglo XIX. (...) Y ahora Serrano, que mora habitualmente en esta corte, ha tenido necesidad de abandonarla y se ha metido en el tren. Va a una vieja ciudad de provincias; cuando el tren llega a ella es media noche.

Bajo estas mismas premisas se mueve la nueva sección que estrena Azorín el 16 de junio de 1906 en *Blanco y Negro* con “Retratos históricos. Don Antonio” (semblanzas que tienen como punto de partida las fotografías realizadas por Laurent³⁹⁰ en la década de los años sesenta del siglo XIX). En el texto, el reportero alicantino recuerda al periodista Antonio María Segovia, subdirector de *El Progreso*, y que con toda probabilidad conoció en aquella redacción. “Cuando la invasión del romanticismo, él en medio de la quimérica ofuscación de sus contemporáneos, permaneció frío, sereno; no se dejó arrastrar por estas fantasías locas y absurdas; tenía en su pluma una fina ironía”, escribe Martínez Ruiz.

“Retratos históricos”, serie con la que se registra una mayor presencia del humor³⁹¹, tiene continuidad con la semblanza que dedica a “Carlos”, el 23 de junio de 1906, sobre el escritor Carlos Rubio (también conocido por su suciedad y abandono físico): “No lo hemos conocido; pero sentimos por estas grandes figuras que la historia ha olvidado y que serán las primeras algún día, una profunda simpatía. ¿Qué valen al lado de estos “puros espíritus” los que han llenado las Gacetas y el Parlamento con sus voces y con sus prosas?”.

El periodista alicantino reanuda el 14 de julio “Los amigos literarios. Ana” con citas a los clásicos López de Rueda y un autor olvidado: Padre Francisco Victoria; y el 18 de julio con “Los amigos literarios. Un pobre hombre”, sobre H. de Luna autor de *Vida de Lazarillo de Tormes* en un artículo con el que, además, dota de nueva vida libros del pasado como el *Praxis ecclesiastica et saecularis*, de Gonzalo Suárez

³⁹⁰ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 42.

³⁹¹ Ibid., pág. 42.

de Paz. A continuación, prosigue con los “Retratos históricos” donde cabe destacar uno del 8 de septiembre no localizado por Fox, “Retratos históricos. Don Lorenzo”.

El 6 de octubre de 1906, con “Los oficios. El anacalo”, Azorín inicia una interesantísima serie, enmarcada en la literatura costumbrista³⁹², en la que nos descubre oficios desconocidos (lo que ya nos advirtió de su interés en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, capítulo “Los despertadores”, o bien del mismo libro “Las tenerías” en el que escribe: “Yo siempre he mirado con una viva emoción estos oficios de los pueblos: los curtidores, los tundidores, los correcheros, los fragüeros, los aperadores, los tejedores que en los viejos telares arcan la lana y hacen andar las premideras”).

Esta serie, pues, que ya emana en *Las confesiones de un pequeño filósofo* como en sus crónicas de *El Imparcial* (Azorín se fija en “Arcos y su filósofo” en los “venerables oficios de los pueblos”), aúna literatura, curiosidad, difusión del conocimiento y, en definitiva, periodismo cultural. “Este es el oficio trascendental, supremo, del anacalo: llevar el pan que va a ser cocido desde las casas al horno”, escribe en “Los oficios. El anacalo”.

Pero estos humildes oficios tienen una doble función al crear un ambiente de sensaciones, un paisaje de estado-ánimo, que se respira en el caminar lento del apañador, cuando la ciudad “parece muerta”. Así, en “Los oficios. El apañador”, del 3 de noviembre, en el mismo efecto que produce en *La ruta de Don Quijote*, cuando el periodista alicantino envuelve la atmósfera de melancolía o tristeza en el paisaje, trata de conmover al lector ante este cuadro de vida mortecina que se abre, aunque sea una pizca, a la esperanza.

El viejo hidalgo le contempla en silencio; él no ha salido de su vetusto caserón; ya sus tierras han desaparecido; han desaparecido hasta los muebles de su casa; él no hace nada; él tiene una mirada triste y larga; él dice cuando cae sobre él una desgracia: ¡Qué le vamos a hacer! El paraguas que acaba de componer el apañador, ¿es que ha de guarecer a los descendientes de este hidalgo? No; la estirpe que fue gloriosa un día, se acaba en este pobre hombre. El apañador ha cumplido su misión y sale a la calle; acaso la viejecita le dice al caballero que la compostura del paraguas ha costado tanto y que en casa apenas queda dinero para la comida de la noche. ¡Qué le vamos a hacer!, dirá tristemente el caballero. Y en la calle, al mismo tiempo, se oirá la voz del hombre errante que grita: ¡Componer sombrillas y paraguas!

Caso idéntico se reproduce el 24 de noviembre (“Los oficios. El herrero”) cuando en la ciudad “no pasa nada” entre silencios y una herrería negra, umbría. “(...) todo reposa; toda calla; en la herrería, nosotros, cansados, abrumados,

³⁹² Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 43.

respiramos un sosiego profundo”. Es el “misterio de la vida”, estímulo de Maeterlinck³⁹³, el “alma de las cosas”. Además, según agrega Vidal Ortuño³⁹⁴, esta escena de “El herrero” pudo presenciarla Martínez Ruiz en Yecla, en su niñez. Por eso, en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, en el capítulo “El monstruo y la vieja”, el alicantino evoca la casa de su tío Antonio, donde “al lado de la herrería paredaña, suenan los golpes joviales y claros de los machos que caen sobre el yunque”. Herrería que también quedará reflejada en *Agenda* (1959) y literaturizada en *La voluntad* (capítulo II de la primera parte³⁹⁵).

El último artículo de Azorín en 1906 con *Blanco y Negro* data del 15 de diciembre, “El voto de los perros”, donde ofrece una reflexión sobre la higiene y los políticos a raíz de unas notas de la revista inglesa *The Spectator*. En este sentido, lo cierto es que el alicantino siempre ha criticado la falta de higiene personal (lo hizo sobre el Congreso, sobre los aseos, sobre los hoteles...) y vuelve a hacer hincapié aquí cuando, a raíz de un artículo en la revista inglesa *El Espectador*, le surge la siguiente reflexión:

Esto haría que toda la gente política anduviese viva en esto del aseo personal (que bien lo necesita); los políticos darían el ejemplo a los demás; los demás les imitarían, y tendríamos que siendo hoy España el país donde menos jabón se gasta, donde menos se lava la gente, llegaría en pocos años a codearse con Inglaterra y a ser uno de los pueblos más europeos. Todo esto debido al voto de los perros.

Respecto a la definición literaria de los artículos de Martínez Ruiz en *Blanco y Negro*, el debate (igual que ocurre con las crónicas de *La ruta de Don Quijote* o los escritos de *Los pueblos*) es amplio. José María Valverde³⁹⁶, Manuel Pérez López³⁹⁷ y E. Inman Fox³⁹⁸ se inclinan por el término “estampas” mientras que Ángel Cruz Rueda³⁹⁹ y Santiago Riopérez⁴⁰⁰ prefieren “cuadro”. Sin embargo, el más apropiado quizás sea el de “semblanza” ya que, como indica el profesor Miguel Ángel

³⁹³ Lozano Marco, Miguel Ángel (1990), ed. cit., pág. 45.

³⁹⁴ Vidal Ortuño, José Manuel (2014), ed. cit., pág. 529.

³⁹⁵ Martínez del Portal, María (1998), “Introducción. Los cuentos de J. Martínez Ruiz”, *Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid, págs. 405-441.

³⁹⁶ Valverde, José María (1971), ed. cit., págs. 275-287.

³⁹⁷ Pérez López, Manuel (1974), ed. cit., pág. 35.

³⁹⁸ Fox Inman E. (1967), ed. cit., pág. 26.

³⁹⁹ Cruz Rueda (1947), ed. cit., pág. 17.

⁴⁰⁰ Riopérez y Milá, Santiago (1979), ed. cit., pág. 459.

Lozano⁴⁰¹, se aplica a la mayoría de *Blanco y Negro* que tienen su antecedente en artículos como “Tipos picarescos” (de *La Ilustración Española y Americana*, del 28 de febrero de 1902), “Tipos de la Pasión” (de *El Globo*, 9 de abril de 1903), “Filósofos españoles. Vives» (de “Los Lunes” de *El Imparcial*, 23 de noviembre de 1903), o bien las “siluetas” contenidas en *Los pueblos* o en *La ruta de don Quijote*, y las semblanzas que encontramos en *Alma Española*.

De cualquier modo, no todos los escritos de Martínez Ruiz en *Blanco y Negro* pueden ser catalogados de “semblanzas” como ocurre sobre todo con los de estructura de cuento o artículo literario, como “Lo que lleva el rey Gaspar” o incluso “Lolita. Historia de una niña que se hará grande”.

Estas colaboraciones (hasta finales de 1906) de Azorín en *Blanco y Negro* reflejan la evolución del articulismo alicantino como antes lo hiciera en otras cabeceras de la prensa como *El Imparcial* o *España*, destacando muy especialmente por la divulgación cultural que establece en la mayoría de ellos. Son páginas que tuvieron una función de taller literario⁴⁰², de campo de pruebas, ante los nuevos públicos en que se encamina *Blanco y Negro*, y donde los paisajes, los clásicos, los pueblos, la religión y los viejos oficios se ponen al servicio de la creación literaria, cuando tiempo atrás fueron claves para retratar la triste realidad de España.

Una literatura (en formato de cuento, artículo literario o semblanza, complejo es acertar) que nace a partir de recuerdos, libros, fotografías, amistades, “el alma de las cosas”, familia o sus experiencias más recientes, en viajes a Londres o por la Andalucía trágica.

⁴⁰¹ Lozano Marco, Miguel (1990), ed. cit., pág. 33.

⁴⁰² Vidal Ortuño, José Manuel (2014), ed. cit., pág. 522.

28. Azorín en ABC. Periodismo parlamentario y crónicas de viajes. Entre la información y la opinión

Cuando Azorín ingresa en *ABC*, ya era un periodista reconocido. De hecho, solo unas semanas atrás había trabajado en el prestigioso *El Imparcial*, de la familia Gasset, con una serie de crónicas y reportajes de denuncia que motivaron su despido, del mismo modo que colaboraba asiduamente en esta misma línea del tiempo en el semanario cultural *Blanco y Negro* (“hermana mayor” de *ABC*, propiedad también de Torcuato Luca de Tena).

“La imagen dominaba el texto. La información era minuciosa, abundante; pero el público iba a estas hojas atraído por la ilustración cotidiana, rápida y variada. La tipografía salía limpia, clara, en papel lustroso, ligero, consistente. Todo había sido calculado con atención. En la casa se habían estado haciendo ensayos varios antes de lanzar a la calle el primer número”, recuerda Azorín⁴⁰³ sobre *ABC* en un artículo con título plenamente significativo: “Como en un sueño”.

Manuel Troyano, que ya fichó a Azorín para *España* cuando asumía las funciones de director, fue quien recomendó a Torcuato Luca de Tena la adquisición de la firma del articulista alicantino en páginas de *ABC* ante su nuevo e inminente proyecto con una edición diaria: “Don Torcuato, su firma puede prestigiar al periódico. Si puede convencerle para que abandone *El Imparcial*, hágase con sus servicios”, le diría⁴⁰⁴. Troyano, que también ingresaría en las filas del nuevo *ABC*, fue igualmente una figura inolvidable para Martínez Ruiz, ya que a su muerte solicitó⁴⁰⁵ para su viuda una pensión al Estado de 3.000 pesetas que finalmente le concedieron a la familia.

Así pues, la incorporación del periodista alicantino en *ABC* se produce en un momento clave ya que su edición pasaba a ser de semanal a diaria⁴⁰⁶, lo que obligaba a la cabecera a reforzarse. Y muy especialmente en una época donde el sector vivía una fuerte competencia donde los ingresos publicitarios, como hoy en día, los marca la audiencia.

⁴⁰³ Azorín (1955), “Como en un sueño”, *ABC*, 1 de junio de 1955.

⁴⁰⁴ Olmos, Víctor (2002), *ABC. Una historia de 100 años*, Plaza y Janés, Madrid, pág. 68.

⁴⁰⁵ Azorín (1914), “Por Troyano”, *ABC*, 20 de noviembre de 1914.

⁴⁰⁶ García Venero, Maximiano (1961), ed. cit., pág. 125.

De cualquier modo, Azorín mantuvo su “marca de escritor”⁴⁰⁷, pese a las reticencias de Luca de Tena⁴⁰⁸.

Contaba Luca de Tena, a demanda de un periodista, quiénes habían sido sus colaboradores en la redacción de *ABC*. Nombró a Azorín. “¿Azorín? –preguntó el entrevistador-. Pero, ¿no lucía todavía Azorín su melena roja, su paraguas rojo y sus ideas rojas...?”. “A mí no me importaba –respondió el fundador- lo que luciese o hubiese lucido. Le tenía y le tengo por un escritor prodigioso, por un cerebro admirable y, como es natural, quise incorporarlo a mi periódico como redactor. Él aceptó de buen grado la ideología, el carácter, en suma, de *ABC*, y yo, no hay que decir cómo le acepté a él, encantado”.

La versión que expone Maximiano García Venero sobre esta leve fricción entre Torcuato Luca de Tena y Azorín se solventó así⁴⁰⁹:

“Y, ¿cómo firmará usted, amigo Martínez Ruiz, en el nuevo *ABC*?” “Azorín”, naturalmente. “Seré franco –repuso don Torcuato-. He pensado suprimir los seudónimos. ¿Por qué no se aviene usted a firmar con su nombre y sus apellidos?” “¿Suprimiría usted la marca La Giralda en las botellas de aguas de azahar? Pues Azorín es mi marca de escritor”. Don Torcuato sonrió: “Me ha convencido usted”. (Nota del autor: el lance y el diálogo son rigurosamente ciertos. Los conozco por manifestación verbal de Azorín).

De este modo, el periodista alicantino pronto asumió los viajes y tareas más importantes en un *ABC* que, por otro lado, le asignó un sueldo seguro y estable⁴¹⁰ al ofrecerle ser colaborador fijo y no depender de los artículos y colaboraciones momentáneas. Se lo había ganado Azorín en sus artículos de “literatura inactual” en *Blanco y Negro*, en su consolidada trayectoria periodística (también en los diarios más influyentes de la época) y una prestigiosa carrera como escritor y crítico literario. En cualquier caso, pese a eso y todo lo demás, la buena relación de amistad y respeto profesional entre ambos (Luca de Tena y Azorín) era patente⁴¹¹:

Don Torcuato, según Azorín, acostumbraba a imponerse por la flexibilidad y la constancia: “Era a la vez que director un compañero. (...) Primero, en una sala clara, se pusieron unos pequeños escritores; constaban de un pupitre, con un cajoncito, y de un armario; yo tenía el mío junto a una ventana. Escribí allí mucho; todos escribían en silencio; nadie entablaba conversaciones ni promovía grescas. Las cuartillas las llevábamos después al redactor-jefe (...) *ABC* trajo a lo que llamamos

⁴⁰⁷ Otero L., Francisco (1974), ed. cit., pág. 113.

⁴⁰⁸ García Venero, Maximiano (1961), ed. cit., pág. 127.

⁴⁰⁹ Ibid., pág. 128.

⁴¹⁰ Urrutia, Jorge (2011), ed. cit., pág. 28.

⁴¹¹ Luca de Tena, Catalina (2003), *El periódico del siglo (ABC 1903-2003). 100 firmas-100 años*, Luca de Tena, Madrid, pág. 19.

estadio de la Prensa dos novedades: una, la imagen, y otra, la literatura inactual. No se había dado, y esto es lo que hizo *ABC*, literatura, digamos, sin qué ni para qué (...) Pasada la media noche, se presentaba don Torcuato; sonreía; se colocaba de pie en una cabecera de la mesa. Interrogaba; consultaba una reforma de titulares, de confección; pedía el parecer sobre la orientación del periódico (...) El título ya no causaba extrañeza: *ABC* agradaba, se vendía (...) Con el crecer de la tirada, las dos normas fundamentales del director, en cuanto al régimen de la Casa, adquirirían caracteres de Constitución inconvencible. Una de esas normas, que fue siempre instinto en el director, era el respeto al escritor, al escritor en la integridad de sus ideas, en el desenvolvimiento de su personalidad. La otra norma concernía a la defensa tenaz del redactor combatido injustamente (...) Nos sentíamos todos amparados y animados por el director; trabajábamos con gusto (...) Sueño me parece ahora que a las tres, a las cuatro de la madrugada, terminado el trabajo, emprendiera a pie –porque a esta hora no había ya ni tranvías ni coches- la larga caminata desde el *ABC* hasta la calle del Carmen, esquina a la calle de la Salud, donde yo entonces vivía”.

La producción periodística de Azorín en *ABC* arranca el 1 de junio de 1905 como enviado especial a París y Londres para seguir los pasos de Alfonso XIII en sus propósitos diplomáticos y matrimoniales. Fue, según Juan Ignacio Luca de Tena, la primera crónica que transmite por telégrafo un periodista español desde el extranjero⁴¹². Un periplo en el que Azorín dio además cobertura informativa del atentado anarquista al monarca español en la “Ciudad de la Luz”.

La relación de artículos (“Crónica del viaje regio. La sonrisa del Rey”; “Viaje regio. El atentado”; “Viaje regio. El Rey en la Comedia”; “Viaje regio; El Rey ante el Ejército”; “Viaje regio: El Rey en las carreras”; “El Rey en misa”; “El Rey en Londres”; “El Rey en Aldershot”; “El Rey en Windsor”; y “Misión cumplida”) finaliza el 11 de junio según el libro de referencia para todos los estudios azorinianos, la guía de la obra completa de E. Inman Fox⁴¹³, aunque después de escudriñar y contrastar toda esta serie con la hemeroteca digital de *ABC*, se han detectado algunas anomalías.

La primera es que Inman Fox omite en su lista el artículo del 6 de junio de 1905, “El Rey en Londres”, en una probable confusión con el escrito del reportero alicantino que repite título (pero no contenido) del fechado dos días después, el 8 de junio de 1905. Azorín denominó a los dos igual, “El Rey en Londres” (6 y 8 de

⁴¹² Luca de Tena, Juan Ignacio (1967), “Homenaje y evocación”, *ABC*, 3 de marzo de 1967.

⁴¹³ Fox, Inman E. (1992), ed. cit., págs. 122-124.

junio), pero Ángel Cruz Rueda, en sus *Obras completas*⁴¹⁴, les modificó el título: el del 6 de junio lo sustituyó por “En Londres”, y el del 8 de junio por “En el Ayuntamiento”. Finalmente, cabe destacar una anotación al listado cronológico de Fox respecto a un gazapo cazado: señala que “El Rey en Aldershot” es del 10 de junio cuando Martínez Ruiz en realidad lo publicó el 9 de junio de 1905.

El listado, pues, quedaría así:

1 de junio de 1905. “Viaje Regio. La sonrisa del Rey”.

2 de junio de 1905. “Viaje Regio. El atentado”.

3 de junio de 1905. “Viaje Regio. El Rey en la Comedia”.

4 de junio de 1905. “Viaje Regio. El Rey ante el ejército”.

5 de junio de 1905. “Viaje Regio. El Rey en las carreras”.

6 de junio de 1905. “El Rey en Londres”. Cruz Rueda en sus *Obras completas* cambia el título por “En Londres”.

7 de junio de 1905. “El Rey en misa”.

8 de junio de 1905. “El Rey en Londres”. Cruz Rueda en sus *Obras completas* modifica el título por “En el Ayuntamiento”.

9 de junio de 1905. “El Rey en Aldershot”. Fox anota equivocadamente la fecha de publicación, que es del 9 de junio y no del 10.

10 de junio de 1905. “El Rey en Windsor”.

11 de junio de 1905. “Misión terminada”.

Resulta interesante comprobar que Azorín se estrena en *ABC* con el género de la crónica de viajes puesto que venía precisamente de este mismo ámbito literario cuando regresa de la Andalucía trágica y la Mancha de Don Quijote con *El Imparcial*. Pero aquella salida no terminó bien debido a su despido por el compromiso político y de denuncia adquirido con sus artículos y eso, sumado al cierre del diario *España*, complicaba su situación en el sector. Por eso *ABC* significó un balón de oxígeno para el alicantino, una nueva oportunidad (quizás la más importante en un momento de fragilidad), lo que explica, quizás, la adhesión total de Azorín a la línea editorial del medio puesto que en sus crónicas no hay brizna de crítica (o bien de análisis crítico) al monarca como detallaremos más adelante.

Esta primera serie de Azorín en *ABC* encierra el renovador estilo y la original visión del alicantino en el género de la crónica informativa. Son, en total, 11 jornadas entre París y Londres (las cinco primeras, en Francia; las seis últimas, en Inglaterra) en las que el hecho informativo, la acción, prima sobre cualquier otro principio literario. El viaje en este caso parte de la más estricta actualidad (la visita

⁴¹⁴ Cruz Rueda, Ángel (1947), *Crónicas del viaje regio* (1905), *Obras completas*, Aguilar, Madrid, págs. 853-881.

del monarca a París y Londres), y no por un acontecimiento u efeméride literaria (como en *La ruta de Don Quijote*) sin que el análisis crítico sea tampoco su principal motivante como lo fue en *La Andalucía Trágica* o las “Notas sobre la vieja España”, de *El Globo*.

Un “Viaje regio”, por tanto, en el que se omiten las digresiones o cualquier otro recurso que invite a la ensoñación (como en su recorrido por los balnearios en el diario *España*). Se trata, pues, de unas crónicas firmemente informativas cuyo fin no es otro que informar y aportar cuantos más datos al lector. Un viaje con el que Martínez Ruiz no pretende “sentimentalizar⁴¹⁵”, que señaló Gómez de la Serna, sino ejercer sencillamente de cronista informativo.

Por primera vez, el viajero de España se desplazaba sin sentimentalizar su viaje, sin retorizarle, sin exagerar sus chirridos, sus resoplidos, sin hacer descomunal o demasiado volado todo lo visto.

Azorín nos dio por primera vez una visión con aire de viaje sensato, comunicándonos sus extrañezas de transeúnte, dándonos la emoción de una parada en el trayecto de las comitivas empenachadas, envolviéndonos en el espectáculo deslumbrante de un teatro en plena gran gala y solo porque nos revelaba que escribía sus notas sobre el pupitre peludo de su sombrero de copa y señalaba sus “yos” como puntuaciones preciosas del espectáculo, lejos por primera vez de la pluma de un narrador cursi.

Un aspecto interesante es la ubicación y orden de las crónicas en *ABC*. Las cinco primeras (sobre la cobertura en Francia) quedan a la cola del diario, es decir, entre las páginas 11 y 14. En cambio, las seis últimas sobre Inglaterra, se insertan en primera página, en portada, lo que indica claramente dos cosas: que se estaba poniendo a prueba a Azorín (un periodista brillante pero crítico, siempre difícil de manejar) que, ante la candidez con que se refería al monarca (en consonancia con la línea editorial del medio), como por su impecable estilo y relato, se había ganado la simpatía de la dirección y, por supuesto, la primera plana de *ABC*.

Así pues, Azorín trabaja cada minuto de la visita del monarca en París y Londres llevando a cabo una redacción rápida e improvisada, propia del momento, del periodismo más veloz y pegado a la realidad. Así lo afirma el 3 de junio: “Sterne escribió un famoso prólogo en un coche; esta crónica está escrita sobre un sombrero de copa, mientras una respetable señora, con sus impertinentes, se inclina desde una platea para ver lo que escribo”. Una situación que, además, revive en Inglaterra, el 10 de junio: “Escribo estas rápidas líneas en una ventana del restaurante Layton, en Windsor. Enfrente de mí veo White Heart Hotel, o sea el Hotel del Blanco Corazón. Tengo a mi lado dos, tres, cuatro, seis limpias y

⁴¹⁵ Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., págs. 150 y 151.

proyectas damas inglesas, una de ellas periodista, seguramente, lleva en sus manos un carnet, en el que va tomando notas presurosa y callada”.

Azorín redacta las crónicas en primera persona, con la clara intención de aproximar al lector al lugar de los hechos, de personificar y reavivar estos textos escritos a miles de kilómetros de distancia. “El Rey ha parecido ya con su cortejo; desde una bocacalle de París, yo contemplo su paso”, señala el 4 de junio. Son notas de realidad con las que aporta vivacidad a los acontecimientos, así el “yo”, la primera persona, se reproduce en numerosos pasajes de las crónicas: “Yo he ido hoy al sitio donde cayó la bomba”, (2 de junio); “Yo no puedo dar por telégrafo, bien que no escatime ni admiraciones, ni adjetivos”, (5 de junio); “Yo sólo podría añadir que durante la Misa, aparte de lo contado, el Rey solo ha hecho ademán de arreglarse el nítido cuello de la camisa”, (7 de junio); “Yo he perdido la cuenta de los papeles que se han leído en este acto y de las veces que han tocado las tremendas y pertinaces trompetas”, (8 de junio); “Yo no entiendo nada; la viejecita está emocionada, temblorosa”, (10 de junio); “Yo no sé lo que hay en definitiva en este delicadísimo asunto de los amores regios”, (11 de junio).

Al producirse el atentado en París, los medios de comunicación principalmente de España magnifican el estallido y los efectos de la explosión anarquista. En cambio, el enviado especial de *ABC*, Martínez Ruiz, contrasta la información cumpliendo con el primer requisito del periodista: la veracidad. Así pues, el alicantino amengua el dramatismo del atentado, y en un sencillo símil (la literatura se pone a disposición del periodismo) aporta los datos necesarios cuando escribe el 2 de junio:

Y esta huella es sencillamente un pequeño hoyo abierto en el pavimento de madera y cubierto de arena fresca. Los curiosos meten en él sus bastones pretendiendo sondearlo. No se podría plantar en él una diminuta planta de claveles. La bomba, a juzgar por esta huella, debía tener bien poca fuerza. Es muy probable que, a caer debajo del coche regio, no hubiera hecho más que causar daños en éste, sin llegar a la persona del monarca.

Esta verdad a la que somete Azorín sus crónicas, o bien su objetividad de cámara fotográfica con la que retrata el atentado (“se ha dado a la noticia proporciones desmesuradas”, escribe el 2 de junio), pudo provocar la exclusión del periodista alicantino y su compañero Álvaro Calzado en las posteriores condecoraciones y homenajes en el dispositivo de prensa que seguía al séquito. Valverde expone en este sentido que todo pudo deberse a la ecuanimidad de la

redacción azoriniana, o incluso a la fina ironía que emplea en estos momentos delicados con el atentado⁴¹⁶:

Aunque las crónicas contengan el mínimo inevitable de incienso, el estilo de Azorín le salvaba del ditrambo cortesano y la pompa adulatoria: quizá eso influyó en que el Gobierno francés, al condecorar a los periodistas del séquito, excluyera a Azorín y a su compañero de diario, Álvaro Calzado. Incluso, la objetividad fotográfica de las crónicas llega a rozar la ironía en el momento menos apropiado: el atentado al Rey en París (...).

Tampoco debió agrandar al Gobierno francés algunos de los comentarios que vertió Martínez Ruiz sobre la intelectualidad del país con esta fina ironía: “Vienen a él académicos, eruditos, bibliófilos, epigrafistas, marquesas y duquesas un poco intelectuales y también un poco ya entradas en edad” (3 de junio). Ironía que Martínez Ruiz también recrea en los impulsos de la aristocracia y la alta burguesía francesa⁴¹⁷.

Sea como fuere, esta exclusión de Azorín y Álvaro Calzado en los posteriores homenajes del Gobierno francés fue confirmada por el periodista alicantino en el artículo “Francia. Una explicación”, del 22 de septiembre de 1914, también en páginas de *ABC*:

Otro dato personal. En mayo de 1905, con motivo del primer viaje del Rey a París y Londres, *ABC*, que entonces comenzaba a publicarse, nos envió de cronistas a Álvaro Calzado y a mí. *ABC* hizo entonces un espléndido alarde de información. Recuerdo que un solo telegrama, en que a la una de la madrugada transmitía yo una crónica mía hablando de la función en la Comedia francesa, costó 800 francos. Pues bien: toda la muchedumbre de cronistas, informadores, reporters, fotógrafos que hicieron el viaje a París fueron condecorados por el Gobierno francés. Todos, no; Calzado y yo, que precisamente nos habíamos distinguido en la tarea de informadores entusiastas y minuciosos: Calzado y yo, a quienes no se consideraba a la altura de los demás estimados compañeros, fotógrafos, informadores, etc.

Esto es lo que yo debo a la Francia oficial. Justo es añadir que a la Francia intelectual literario, debo mucho.

La labor informativa de Azorín en tierras francesas e inglesas no solo se limita al seguimiento del monarca. Su periodismo va más allá, por lo que el reportero alicantino indaga para averiguar qué opinión, qué visión tiene “la otra parte” de todos estos acontecimientos. Es decir, diversifica los puntos noticiables e informativos (el protagonista no solo es el Rey, también lo es el pueblo francés e

⁴¹⁶ Valverde, José María (1971), ed. cit., pág. 279.

⁴¹⁷ Ferrándiz Lozano, José (2001), “Enviado especial de *ABC* en París”, *Azorín, la cara intelectual. Entre el periodismo y la política*, Aguaclara, IAC Juan Gil-Albert, Alicante, pág. 85.

inglés que le acogen), por lo que se interesa en recoger este nuevo prisma por viva voz de los transeúntes o bien por fuentes escritas (la prensa del lugar).

“Londres cree que el viaje de Alfonso XIII es un viaje matrimonial”, escribe el alicantino alimentándose y nutriéndose de las distintas versiones e informaciones que deparan, incluso, los rotativos ingleses (6 de junio de 1905).

La Prensa de esta mañana saluda respetuosa al Monarca español. Se elogia su amor a los sports; se dice que la suerte de España le interesa vivamente. “Es de esperar –escribe el *Daily Chronicle*- que cuando el Rey llegue a más madura edad y se encuentre con libertad en los negocios públicos, se esforzará en mejorar las condiciones de penuria, en las cuales multitud de súbditos suyos se ven compelidos a vivir”.

El 10 de junio repite este mecanismo cuando se hace eco de lo que difunde el rotativo *The Windsor Chronicle*:

Millares de banderolas penden de argos cables. Un chico se me acerca y me ofrece el número de hoy de un periódico. Es de la localidad, consta de ocho grandes páginas y se titula *The Windsor Chronicle*. En él veo una semblanza del Rey de España que comienza diciendo: “El Rey de España es un sportman como no hay igual en Europa. Es un maravilloso y diestro jinete; un excelente automovilista; un hábil tirador en rifle y revólver; un soberbio esgrimidor y un excepcional boxeador, según el estilo inglés, para la propia defensa”.

Con las crónicas del “Viaje Regio”, Azorín combinaba sus tareas informativas en *ABC* con las estrictamente literarias de *Blanco y Negro*. Y, al no contar con la fotografía o la imagen con las que apoyarse en ninguna de estas crónicas para *ABC* (recurso del que sí dispone en *Blanco y Negro*), sin duda esto motiva un esfuerzo extra del alicantino en las constantes y precisas descripciones de la escena. Es una técnica que emplea en la serie del “Viaje Regio” con el propósito no ya de cautivar al lector (la literatura de las emociones no es el fin), sino de aportarle la mayor información posible. Azorín se convierte así en los ojos del lector, nos adentra con cámara en mano en los lugares por los que transita el monarca, bien en la embajada, bien en la misa de honor. Así sitúa al lector el 4 de junio:

Estamos en el bosque de Vincennes. A lo largo de una interminable alameda, cerrada por dos vallas, corren apretujados, topándose, entre gritos de los conductores, centenares y centenares de coches y automóviles. Al otro lado de la cerca de la izquierda se descubre una multitud enorme, negra, hormigueante, matizada por las manchas rojas, blancas, azules de las sombrillas.

Luego, más arriba, en un inmenso claro, sobre un tapiz fino de césped, los regimientos marchan arriba, abajo; evolucionan, giran matemáticamente, geoméricamente, como diminutas y movibles fichas negras.

Y todavía más arriba, en la remota lontananza, una empinada cortina de verdura corta la vista, y sobre ella emergen las chimeneas de cuatro, seis, ocho fábricas que lanzan vellones de negro humo lentamente sobre el cielo suave.

Azorín vende al lector una imagen bondadosa, tierna y simpática del monarca español en las crónicas del “Viaje regio”. Lo hace en todas ellas, en las 11, cuando no hay la más leve nota adversa contra el Rey que pueda manchar su imagen (lo que difícilmente se ha visto en toda su trayectoria viajera, con apuntes críticos sobre todo en “Notas de España”, en *El Globo*, y *La Andalucía Trágica*). Azorín, pues, se adhiere a la línea editorial de *ABC* en un momento especialmente delicado de su carrera tras su despido de *El Imparcial* y el cierre de *España*. Porque solo entonces *ABC* y *Blanco y Negro* le brindaban una oportunidad que no desperdició.

Además del hecho informativo, cabe destacar el propósito de Azorín de influir en los lectores cuando, en la crónica, inserta pasajes que van más allá de la información adentrándose en el terreno de la opinión. Eso explica que, por ejemplo, el periodista alicantino vaticine acontecimientos y asegure que los habitantes de París aplaudirán con mayor entusiasmo al monarca español tras el atentado. Es decir, quiere influir en la opinión pública, vendiendo la buena imagen del monarca, con hechos subjetivos que no se han producido. Así lo hace el 2 de junio:

París entero pondera hoy la serenidad y despreocupación del Rey. Las muestras de simpatía y entusiasmo van a redoblar. Las parisienses, que estaban encantadas con la sonrisa en alto grado bondadosa e ingenua de nuestro Rey, juntarán ahora con más fervor, ante Alfonso XIII, estas manos finas, blancas, sutiles, maravillosa, que ellas solas poseen en el mundo.

Esta influencia en la opinión pública del periodista alicantino se refleja en distintos pasajes. Así, el 10 de junio pretende modificar la visión de los españoles sobre el pueblo inglés (“todos los prejuicios que sobre él tenemos los meridionales, se desvanecen cuando se le visita”), o bien cuando agrega sin ambages su visión del “desenlace matrimonial”:

Yo no sé lo que hay en definitiva en este delicadísimo asunto de los amores recios. Se habla de la princesa Patricia de Connaught y de la princesa Battemberg. No podréis imaginaros una muchacha más linda, más delicada y espiritual que esta princesita rubia. Pero pocas mujeres encontraréis más sencillas, más ingenuas, más buenas que esta Patricia Victoria que, cuando está sentada, pone sus manos juntas con un gesto de serenidad inefable. “En los bailes palatinos, me decía uno de estos discretísimos agregados diplomáticos a la embajada de Londres, Patricia Victoria apenas miraba al Rey. Parecía cohibida, temerosa”. En cambio, la princesa de Battemberg andaba junto a él y sonreía y charlaba animada. Lector: yo no estoy enterado de nada de estos negocios de Estado. Son muy difíciles de descifrar. Tal vez la

preferida sea la princesita rubia y vivaracha. Acaso, yo hago votos porque suceda esto, lo sea la dulce y bondadosa Patricia.

No faltan menciones a los clásicos que también referentes azorinianos como Montaigne, Fontenelle o Chamfort (crónica del 5 de junio, para aprisionar el ambiente en París, “la espiritualidad amena y etérea”, dice) en estas crónicas del “Viaje Regio” que nuevamente Azorín etiqueta y aprisiona como en *Blanco y Negro* bajo el título de una serie.

Por su parte, las viejecitas siguen inspirando a Martínez Ruiz en *ABC* como ya lo hiciera en *Blanco y Negro* y otras tantas cabeceras (alusiones hay múltiples en *El Globo*, *La Lectura* y en su libro *Las confesiones de un pequeño filósofo*), por lo que el 10 de junio de 1905 anota:

Esta viejecita se llama mistress James; vive en Parks Street, número 32.

Ella no sabe castellano, pero ha mandado una salutación a la embajada española, se la han puesto en nuestra lengua y ella la ha colocado en su balcón. (..)

Pero de todos modos, yo creo, compatriotas míos, que debéis tener una expresión de gratitud para esta viejecita inglesa, vestida de negro, que desde su pequeña casa de Windsor pide a Dios que bendiga a la noble España.

Martínez Ruiz no solo enfoca el protagonismo hacia el Rey sino también hacia lo secundario, lo anecdótico, en detalles que revelan otros pormenores informativos que ayudan al lector a entender el conjunto de los acontecimientos. Así, de la expectación en Londres, anota Azorín el 8 de junio:

Cuando ya los comensales dejaban la sala, tropeles de señoras se acercaban a la mesa donde el Rey ha comido. Aquí examinaban los platos, los cubiertos, las copas, y, como realizando una operación mágica que ha de traerles felicidad, o tal vez por poder contar tal cosa a las amigas, todas se sentaban un momento en el sillón en que el Rey de España ha estado sentado.

Otra pauta habitual de su periodismo, las llamadas al lector, también se repiten en estos artículos (“Os diré, aunque esto amengüe vuestro entusiasmo”, escribe el 10 de junio) con otras citas como las del 11 de junio: “Lector: yo no estoy enterado de nada de estos negocios de Estado. Son muy difíciles de descifrar”, escribe.

Los públicos de *ABC* han cambiado y eso se percibe en estas crónicas iniciales de Azorín puesto que su estilo se aleja de las ensoñaciones que traza en sus semblanzas para *Blanco y Negro*. Así pues, el periodista alicantino retoma sus

“Impresiones parlamentarias”, la serie política que ya estrenó en el diario *España*. Aunque, eso sí, las circunstancias son ahora bien distintas.

Adhesión a la línea ideológica de ABC

Cabe recordar que en *El Pueblo Vasco* (“Una ficción”, del 19 de agosto de 1903), Martínez Ruiz ya presentó su ruptura ideológica con los republicanos en un viraje hacia los conservadores, y concretamente hacia Maura, que se asienta en el diario *España*. Allí bautiza la serie “Impresiones parlamentarias” donde se mantiene fiel a la línea editorial del medio hasta que se produce el despido de su director, Manuel Troyano, por razones empresariales. Azorín, amigo, confidente, quien consideraba a Troyano un maestro, presenta su dimisión.

El periodista alicantino ejerce nuevamente el artículo y crónica política en *El Imparcial*, especialmente en la serie de *La Andalucía Trágica*. La independencia, compromiso y libertad que refleja Martínez Ruiz resquebrajan la campaña del diputado Rafael Gasset, propietario también del diario madrileño. Aquel conflicto de intereses, en el que Azorín seguía sin someterse a la editorial del medio, provocó su expulsión.

De este modo, cuando el alicantino se estrena en *ABC* con las crónicas del “Viaje regio”, se produce esta adhesión total a la línea ideológica al medio monárquico (Azorín vende una imagen impecable del Rey en sus salidas a París y Londres). Eso le ganó la confianza segura de Torcuato Luca de Tena y la dirección de *ABC*, que le brindaron la posibilidad de retomar sus “Impresiones parlamentarias”. Ahora solo faltaba por saber si, como en el diario *España*, Azorín se mantendría fiel a la condición política del diario *ABC* (la conservadora) que fue la misma que ya exhibió con Troyano al frente del rotativo.

Las “Impresiones parlamentarias. Un debut sensacional” (14 de junio de 1905) no es estrictamente una crónica política. Esto se explica por el método innovador con que Azorín construye este relato para narrar el exitoso primer discurso del presidente del Consejo, Villaverde, ante la cámara. Y lo hace sin insertar ni una sola frase del diputado. Para ello, como ya hiciera en el polémico “Alarma en el Romeral” (28 de abril de 1905 en *El Imparcial*), la pieza de ficción-psicológica-periodística con la que Martínez Ruiz se mete de lleno en la mente de Romero Robledo para airear su falsedad (negó que dijera “Villaverde es un desgraciado”), Azorín imagina la amplia preparación del diputado durante la mañana, desde el mismo momento que se viste ante el espejo. La tos que describe también el alicantino hace pensar al lector de la importancia del momento, del nerviosismo que recorre al insigne político. Saluda a su familia y vuelve a toser

cuando llega a su despacho, poco antes de lanzar su discurso, que parece haber sido abrumador, extraordinario, a juzgar por las reacciones de los políticos presentes en la cámara. “Esto es inaudito, esto es estupendo”, piensan todos fijando la mirada en el señor presidente del Consejo. (...) Ya la noticia se ha esparcido por todo Madrid”.

Entonces, sorprende el final, en el que se alía la originalidad de una crónica donde la literatura se pone a disposición del periodismo para la explicación de los hechos informativos. Los recursos literarios, pues, como en el sencillo símil de la bomba anarquista en el “Viaje regio”, tienen la función de aclarar elementos de interés informativo, como la amplia preparación del discurso de Villaverde que, sin haberse producido, Azorín imagina y vaticina que será todo un éxito: “Yo no puedo afirmar esta ni la otra cosa; lo que sí es seguro, indiscutible, incontrovertible es que el debut parlamentario del señor Villaverde en esta tarde va a ser sensacional. Ya, como habéis visto, él lo viene preparando desde hace tiempo”.

Azorín no asegura la buena reacción de los diputados y oposición a las ideas o argumentos de Villaverde, pero sí quiere dejar constancia de su preparación por los detalles que pudo haber recogido en una conversación previa con él, con su familia, con sus más fieles colaboradores. Por eso reconstruye esos momentos, el antes y después, en estas líneas que conducen al lector.

Tampoco pasa desapercibida la mención a Maura en su primera crónica de “Impresiones parlamentarias” en *ABC*. Un guiño seguro a la línea editorial del medio, que también es la suya (y que ejercía en el diario *España*), y con la que pretende influir a la audiencia. Se trata de un comentario elogioso cuando compara el “debut sensacional” de Villaverde con los discursos de Maura. “Los amigos del Sr. Villaverde se susurran una frase misteriosa al oído y sonríen; acaso en esta frase suena el nombre del Sr. Maura. ¿Es, tal vez, que el Sr. Villaverde tiene la secreta idea de demostrar al país que él es tan orador como el ilustre expresidente del Consejo?”.

“Debut sensacional” se ubica en la página 4 de *ABC*, a continuación de la “Crónica política” de Manuel Troyano, que es quien abre la información política en el diario, siendo el supervisor y jefe de Azorín. Llama la atención, en este sentido, cómo Troyano corrige al alicantino cuando escribe el 5 de junio respecto al discurso de Villaverde que “se puede decir, recordando una célebre frase, que el silencio de las Cámaras es la mejor lección de los Gobiernos. Esto debió pensar el Sr. Villaverde al término de su nada afortunado discurso”.

Azorín vaticinó, pues, erróneamente, por lo que... ¿qué hay de realidad y ficción en sus crónicas? ¿Sirve entonces como fuente informativa sus “Impresiones

parlamentarias”? ¿O era todo fruto de su visión humorística, de su ironía (ya no fina, como la del “Viaje regio”, sino ácida) respecto a la intervención de Villaverde? El alicantino parece aclarar la cuestión el 15 de junio cuando se define como “un modesto e impasible espectador del mundo, de las cosas y de los hombres”.

La ácida ironía de Azorín sobre Villaverde se confirma con “Impresiones parlamentarias. La vaga incertidumbre” en el que describe la fría acogida a su discurso de apertura del nuevo ciclo político. Fue un rotundo fracaso a juzgar por la crónica azoriniana. Primero, por la escasa presencia de diputados en la cámara en un apunte de observación: “Y toda la Cámara ve con profunda estupefacción –y esto es comentadísimo luego en los pasillos como una cosa inaudita- que los bancos donde ha de aposentarse la mayoría están desiertos, blancos, y que el banco que ocupan siempre los funcionarios gubernativos (...) aparece huérfano”. No solo pues el alicantino centra la crónica informativa sobre los protagonistas en el hemiciclo, sino que el periodista alicantino atiende a otros prismas, a las noticias y comentarios que se producen en los pasillos de la Cámara. Y segundo, resulta interesante la mención a Romero Robledo (“este querido amigo nuestro”, anota con ironía Martínez Ruiz, después del controvertido choque en *El Imparcial*), cuando el popular orador “inclina la cabeza con un profundo gesto de tedio” ante el discurso de Villaverde.

El desinterés político que denuncia Azorín ante una Cámara semivacía es una de las notas informativas de mayor relevancia en esta crónica que, además, hace alusión a detalles que parecían no ser tan importantes pero que sí lo son. De este modo, el periodista alicantino da testimonio de las equivocaciones de Villaverde y Romero Robledo cuando, desde el estrado, hablan de Alfonso XII (cuando es Alfonso XIII), lo que origina nervios, risas y murmullos. Asimismo, reclama el periodista alicantino discursos que vayan más allá de lo políticamente correcto, por eso etiqueta la intervención de Villaverde algo antigua. “El orador va a hacernos la historia de la crisis; esto es ya un poco viejo; pero acaso logre cautivar nuestra atención”.

Azorín conduce en sus “Impresiones parlamentarias” al lector como si portara una cámara. Ordena las ideas, destaca las más interesantes y redacta con sencillez informativa. Su originalidad, además, como apunta José Ferrándiz Lozano⁴¹⁸, estriba en su amplitud de miras, donde no solo se centra en la actividad política, sino también en lo que está a su alrededor.

⁴¹⁸ Ferrándiz Lozano, José (2007), “Retrato del Parlamento: humor, caricatura e indiscreción en Azorín”, *Los retratos de Azorín*, Coloquios de Pau VII, Pau.

Si tuviéramos que establecer paralelismos con los modernos medios de comunicación, podríamos asegurar que Azorín parece el técnico de filmación que, para empezar, no enfoca solo a quien pronuncia el discurso sino que se distrae buscando detalles por todo el escenario: que graba a quienes escuchan, a quienes entran y salen, a quienes cuchichean, y que de vez en cuando se carga esa cámara al hombro y sale a recorrer otras dependencias. Pero hay más. Al escritor le interesó la escenografía completa y por eso los diputados no fueron sus únicos protagonistas: en sus crónicas aparecían también, como en sus personajes más cuyo cometido glosaba, los figurantes –es decir, los ujieres, los maceros, los camareros- y hasta los propios espectadores invitados en las tribunas. A todos observaba, de todos escribía. El Parlamento que le interesó no fue únicamente el de los oradores, como a los periodistas que le precedieron, sino el de su versión total. Ésa fue su aportación, ésa fue su ruptura⁴¹⁹.

La alineación de Azorín con el bando maurista y conservador es cada vez más patente. Así, en su tercera crónica política (“Impresiones parlamentarias. Querer y no querer”, del 16 de junio), el periodista alicantino aprisiona el sinsentido del discurso del republicano Muro al tiempo que, por su parte, elogia el de la oposición, el de Moret (“no hay quien tenga en nuestro Parlamento una oratoria tan amable y encantadora”) y, sobre todo, de Maura: “Su palabra es incisiva, altanera; nunca como en esta tarde han tenido sus frases una tan marcado matiz de pasión y de personalismo, una braveza, un ímpetu que arrancaban largas, estruendosas salvas de aplausos a sus amigos. Ya la atmósfera ha llegado a su máximo caldeamiento”.

Además, cabe destacar el regreso de los clásicos (de la pintura, de la literatura) como método de crítica, de captación y explicación de la realidad de su país. Un mecanismo, un recurso literario, que rescata de su periodismo de *El Globo* o *El Imparcial*, cuando en *Blanco y Negro* (la “hermana mayor” de *ABC*) está enfocado en la creación y la divulgación cultural. De este modo, Azorín describe con ironía un Parlamento “glorioso” entre sesiones políticas de pesadilla. “El debate de ayer ha dado la sensación intensa de un ensueño, de una pesadilla, de una fantasía caótica, absurda en que hubieran puesto su mano Goya, Poe, Baudelaire y Jerónimo Bosco”.

A diferencia de las dos anteriores crónicas azorinianas, Martínez Ruiz centra especialmente la atención sobre los protagonistas políticos, de los que toma

⁴¹⁹ Ferrándiz Lozano, José (2009), “Azorín, primer periodista moderno del Parlamento”, *Azorín, renovador de géneros*, Biblioteca Nueva, págs. 198-199.

declaraciones de sus discursos, analizándolos en “sinuosidades y elipsis⁴²⁰” con las que suscitar el interés del lector. El profesor José Ferrándiz Lozano explica la función de esta síntesis azoriniana en las declaraciones políticas de sus crónicas (el alicantino repite en varios pasajes que no toda la sesión tiene cabida en el texto, por lo que procede a resumir, entresacando lo más importante). De este modo, las crónicas de Azorín, las declaraciones de las que toma nota, son complementarias a los largos fragmentos de los debates que veían la luz, en muchas ocasiones, junto a los textos de Martínez Ruiz en *ABC*.

Los diarios solían resumir las sesiones en una sección en la que se extractaban párrafos y diálogos de los oradores. Los artículos de Azorín eran complementarios a estos extractos; por tanto si en sus crónicas hubiese optado por citar fragmentos del debate habría incurrido en una duplicidad informativa innecesaria para el periódico. De ahí que se centre en lo que los extractos no decían; de ahí que prefiriese los aspectos visuales⁴²¹.

La crítica que emplea Martínez Ruiz con los clásicos para retratar la situación del Parlamento español es un recurso que repite con los labriegos, los obreros y los trabajadores del pueblo. Es, por tanto, un rescate del mismo prisma que ejercía en cabeceras como *El Imparcial* y *El Globo*, cuando la fina ironía del “Viaje regio”, en *ABC*, pasa a ser una descarnada y brutal crítica⁴²² contra la clase política. Todo ello fruto de un escepticismo sobre los gobernantes que se remonta mucho tiempo atrás, prácticamente desde los orígenes de su carrera, especialmente desde *Progreso* cuando se deshace Martínez Ruiz de su militancia para arremeter, desde la distancia, contra el poder. De ahí este contundente ataque (“Impresiones parlamentarias. Amenas historias”, del 17 de junio) con el que, por otro lado, Azorín trata de llamar la atención sobre lo que tienen que ser las verdaderas prioridades en los mandatarios políticos:

Así han transcurrido dos o tres horas. Nada hay, indudablemente, que pueda interesar más a Pedro, carpintero; a Juan, albañil; a Fernando, herrero; a Luis, propietario de unos majuelos; a Ramón, pequeño mercader... todos los cuales ganan soberbios jornales, tienen dinero sobrado para pagar la cédula, los consumos y la contribución, y no temen que les falte el pan, la lumbre, el techo y la indumentaria.

De igual modo que en el “Viaje regio”, Azorín combina la primera y tercera persona: “Yo no podré afirmarlo. Yo tampoco diré cómo es el señor Aura Boronat;

⁴²⁰ Cuenca Torribio, José Manuel (1996), “Azorín y sus crónicas parlamentarias”, *Azorín (1904-1924)*, Coloquios de Pau III, J&D Editions, Pau, pág. 253.

⁴²¹ Ferrándiz Lozano, José (2009), ed. cit., pág. 199.

⁴²² Ibid., pág. 198.

no lo he visto yo nunca; tengo una vaga aprensión de que el Sr. Aura Boronat ha escrito algunos artículos no sé dónde, hace mucho tiempo, y de que ha viajado, no sé cuándo ni con qué motivo”. Esta primera persona acerca al lector a los hechos, le apega a la realidad, en una crónica azoriniana (“Impresiones parlamentarias. Delicadas operaciones”, del 18 de junio) que apenas informa, como si Azorín nos adentrara en un juego de cruce de comentarios y situaciones que, como señala Ferrándiz Lozano, “no se consideraban noticia pero adquirieron ese rango con Azorín”⁴²³.

De este modo, a través de los recursos literarios de la crónica, en la descripción de ambientes, en la fijación de los detalles y anécdotas, donde público y políticos son aprisionados igualmente en estas páginas, Azorín eleva a categoría de noticia unos hechos en los que parece que no ocurre o pasa nada. Es así como el periodista alicantino “da vida nueva a la apagada vida parlamentaria y la logra hacer actual, palpitante, honda”, que apuntó Gómez de la Serna⁴²⁴.

Creador de ese género que después continúan otros, es como el mago que anima lo que se había quedado mudo y desusado.

A veces, muy contadas veces, subía Azorín a las tribunas.

Era un momento en que aparecía como sin gota de sangre, edificado en cérea espiritualidad, apretando nerviosamente entre sus manos el canutito de su parva intervención.

Pero solo él daba al acontecimiento literario la medida que había perdido en todos los demás y entregaba conmovedoramente humano lo que los otros habían diluido en oratoria, en conceptuosidad, en cosas inciertas que podían ser verdaderas o falsas, según se quisiera.

Me acuerdo de Azorín visto desde la tribuna pública; no hablaba con nadie, no tomaba notas, solo miraba con insistencia el pozal del hemiciclo, haciendo como que veía menos de lo que veían los sagaces y despectivos compañeros de la prensa. (...)

Azorín con la boca torcida, como si enfocase con ella ironías y amarguras, veía renovado lo que a través de innumerables tardes todos habían visto igual, sin otro interés que el de los contados días de polémica, todo gris, envuelto en humo y en soñarra de pueblos, en la sima alfombrada.

Igualmente, la imagen que configura de Romero Robledo, de pasividad y negatividad, cuando el político no presta atención a sus compañeros políticos (“le enseña unos papeles que este no se digna a mirar”) o se dirige al Parlamento con “vetustas palabras” o echa una “vaga mirada”, es notablemente clarividente de su

⁴²³ Ferrándiz Lozano, José (2009), ed. cit., pág. 198.

⁴²⁴ Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., págs. 150-151.

intención de influir al lector, situándose en una línea partidista con los conservadores.

De cualquier modo, Azorín ejerce con libertad e independencia su trabajo periodístico en *ABC*. Prueba de ello es “Impresiones parlamentarias. Una sonrisa” (20 de junio) cuando, por primera vez desde el diario de Torcuato Luca de Tena, defiende la derogación de la ley de alcoholes propuesta por el republicano Nogués. Así pues, desde su estreno en *ABC*, Martínez Ruiz se desliga momentáneamente de la línea editorial del rotativo respecto a una derogación y propuesta republicana que el alicantino considera primordial (puesto que supondrá más ingresos para el Estado, e impulsará la campaña vinícola).

Pero la votación desdeña la derogación que provoca, en este sentido, la sonrisa del ministro de Hacienda, García Alix. Un gesto que enerva al alicantino y que motiva una encendida crítica contra el mandatario político, al más puro estilo de *La Andalucía Trágica*. Así aflora una de las características que también sobresalen en estas crónicas azorinianas, cuando Martínez Ruiz ejerce no tanto como informador sino como editorialista. Y los juicios personales, el análisis y la crítica (los obreros, el paisaje, los pueblos), se entremezclan con la opinión desplazando a los hechos informativos.

Y esta sonrisa del señor García Alix me ha producido una enorme, una intensa tristeza. Yo he visto, en un momento, multitud de pueblos levantinos y pueblos andaluces que poco a poco se van despoblando, arruinando. Este año una pertinaz sequía ha dominado durante el invierno y la primavera; los campos de trigo se han secado; un dilatado manchón amarillento cubre los oteros y los llanos; no entra grano en los trojes; no destacan los dorados almiarés en el azul del cielo; los ganados son mal vendidos o perecen de inanición; en las bodegas hay un profundo sosiego; faltan tres o cuatro meses para la nueva recolección y aún el vino de la posada reposa en las tinajas y los toneles: Juan, Pedro, Andrés, Antonio, Fernando, todos estos pequeños propietarios de viñedos y de bancales han agotado ya sus escasos recursos; no tienen ya dinero; si pueden alcanzar alguna suma han de tomarla al 50, 60 o al 70 por 100.

Un hálito de tristeza y angustia sopla sobre el pueblo; se va y se viene tristemente a la oficina del notario; en la casa ha penetrado esa sorda exasperación que estalla de pronto con motivo del lloro de un niño o de un plato que se rompe; ya este vestido que nuestra hermana o nuestra hija lucían en esta o la otra fiesta, no podrán lucirlo; se mueven sus manos finas sobre viejas prendas y hacen, con una secreta pesadumbre, con una leve melancolía, esos milagros que solo las mujeres saben hacer para que una cosa vieja tome visos de novedad; las tiendas del pueblo no venden apenas; ha bajado enormemente la renta de consumos; hay diez, doce o catorce mil habitantes en todas estas casas y no se sacrifican diariamente seis u ocho carneros; no se come carne; no se come casi nada; los hombres caminan mohínos,

taciturnos, con ese silencio trágico de las desesperaciones íntimas; las viejas, (estas viejas vestidas de luto, que nos han visto nacer y que nos besaban cuando éramos niños) juntan sus manos blancas, exangües y exclaman a cada momento: “¡Ay, Señor!”; (...).

Esta tarde, en los pasillos del Congreso, yo he saludado a labradores levantinos amigos míos que venían a llevarse un matiz de esperanza; luego, en el salón de sesiones, he atisbado la sonrisa del señor García Alix. Y todo esto que queda dicho es lo que yo he visto y he sentido en un segundo mientras el señor García Alix sonreía glorioso.

“Yo quiero que el lector tenga exacta idea de todo”, escribe Azorín el 21 de junio (“Impresiones parlamentarias. La votación”) aunque eso no evita que emita un juicio personal y crítico al final, con el que califica el espectáculo del Parlamento como “una comedia”. En el juego de cruce de declaraciones políticas, de este modo, el alicantino resalta nuevamente la de Maura, cuando presta atención a su movimiento de manos.

El Sr. Maura (...) se para a veces y traza un círculo en el aire con la mano derecha, mientras que la izquierda permanece metida en el bolsillo del pantalón. El orador sabe que las manos tienen un mudo lenguaje, que casi siempre escapa a nuestra voluntad; Tayllerand –el gran diplomático- tenía siempre las manos metidas en sus bolsillos; y ya sabéis que la actitud favorita de Napoleón era la de colocar sus dos manos sobre la espalda. Y el Sr. Maura se ve patentemente, por la entonación, por la lentitud con que habla, que no quiere dejarse llevar esta tarde por ese ímpetu ardoroso que casi siempre le hace decir más de lo que desea, y en el cual precisamente –todo el mundo lo sabe- está su personalidad y su fuerza. “El Rey –exclama el orador- no deposita su confianza en quien quiera, sino en el que representa la confianza en el Parlamento”. (...) No podré yo decir, por el ahogo del espacio, todo lo hermoso de esta hermosa oración parlamentaria.

La protesta

La crisis de Gobierno de Villaverde origina la llegada al poder de los liberales en junio de 1905 con Montero Ríos. Pero la formación de este Gobierno (con Echegaray entre ellos, a sus 73 años) decepcionó a la élite intelectual del país, puestos que estos nuevos mandatarios políticos avivaban los fantasmas del pasado (como Weyler, símbolo del militarismo fracasado en Cuba). Esto motivó la queja generalizada de una intelectualidad que iba a gritar al unísono su oposición.

Así pues, según recoge el profesor Cecilio Alonso⁴²⁵, esto derivó en la reacción de los intelectuales. De este modo, en un editorial de *El País*, del 27 de junio de 1905, ya se recogía el rumor sobre la publicación de una próxima hoja contra el Gobierno de Montero Ríos con distinguidas firmas. El suelto de *El País* con título “Los intelectuales en campaña”, que también resalta la protesta de “Los

⁴²⁵ Alonso, Cecilio (1985), ed. cit., págs. 30 y 31.

Tres” iniciada por Azorín contra el Gobierno de Málaga por la aprobación de la prostitución, dice:

Se habla de una protesta contra el actual ministerio firmada por escritores y artistas de diversas opiniones políticas o sin filiación política determinada. La protesta aparecerá en una hoja suelta y se dice que la firmarán Galdós, Blasco Ibáñez, Azorín, Grandmontagne, Bueno, Baroja, Morote, Ciges Aparicio y acaso Costa.

No es la primera vez que profesionales de la literatura invaden el campo de la política en son de guerra. Algunos de los que firman, según se dice, esta protesta, firmaron con Ramiro de Maeztu, otra en contra de un gobernador de la provincia de Málaga. Y el Sr. Costa quiso, como es notorio, después del fracaso de la Liga de Agricultores y de la Unión Nacional formar con los llamados intelectuales un partido. Algo semejante a esto quiso hacer Azorín a través de la protesta al homenaje que se rindió al dramaturgo y matemático D. José Echegaray.

¿Por qué van a protestar contra este gobierno los que han permanecido impasibles ante otros tan malos o peores? La anunciada hoja que firmaron los citados y otros literatos, nos sacará de dudas. (...)

Nos sorprende, pero nos regocija, en cuanto es sintonía de una evolución consoladora en esa clase que se llama hoy de intelectuales.

En efecto, el texto de protesta “El país y los políticos” ve la luz al día siguiente, el 28 de junio, en páginas de *El País*. Azorín por supuesto figura por distintas claves: la primera, porque este grupo representaba la batalla y lucha de los intelectuales junto a la clase política dominante, que es lo mismo que suscribe en sus escritos de índole política; segundo, porque esta alineación de fuerzas es la que reclamaba y proclamaba desde varios años atrás, en iniciativas que ya había llevado a cabo junto al grupo de “Los Tres” o bien contra el premio Nobel de Echegaray; y tercero, esta proclama no iba contra sus intereses y su admirado Maura, sino contra los liberales, por lo que no suponía una traición a sus ideas y admiradores.

Junto a Azorín, la firman: Benito Pérez Galdós; Vicente Blasco Ibáñez; Manuel Bueno; Francisco Gradmontagne; Pío Baroja; Ramón Pérez de Ayala; José María Matheu; Ramiro de Maeztu; Pedro González Blanco; Antonio Palomero; Luis Morote; Federico Oliver; José Nogales; Alfredo Calderón; José Verdes Montenegro; Luis París; Edmundo G. Blanco; Manuel Machado; N. Rodríguez de Celis; Enrique López Marín; Luis de la Cerda; Jaime Balmes; José Bethancort; Manuel Ciges Aparicio; y Ramón del Valle Inclán.

Se ha publicado ya la protesta de los intelectuales de que tanto se ha hablado por ahí, en una hoja impresa por Ricardo Fe.

Los que firmamos esta protesta no somos desconocidos. Es seguro, sin embargo, que se nos ignora en el mundo político. No importa. Nuestra hermandad con el mundo intelectual vale tanto como aquella ignorancia.

Esta protesta no nace de veleidades que nos arrastren hoy a la política. Nos mueve una dolorosa y violenta angustia, casi una desesperación anárquica, ante el espectáculo de un pueblo entregado a quien no vacila en despojarse de toda fuerza moral, para crear en el gobierno de la nación un asilo a sus hijos, a sus yernos y a sus criados.

Nosotros, alejados y desdeñosos de la política y sus medros, ante el silencio guardado por aquellos en quienes era mayor deber hablar, nos alzamos jueces de este linaje de ambición, que concita el rencor torvo y airado de todo un pueblo.

El hombre que firmó el tratado de París, está hoy definitivamente juzgado, al constituir con el cortejo de sus deudos un gobierno nepotista que carece de aquellos prestigios de cívico acierto y altruista empeño que reclama la vida aciaga de España.

Si alguna esperanza alentase en los corazones, bastará a disiparla al ver que ni aún en las postrimerías de su vida aspira ese anciano a una honrosa mención en la historia de su patria.

De las cabeceras más importantes, muy pocas se hacen eco de este movimiento de queja y protesta. No lo difunde ni *La Época*, ni *El Liberal*, ni *El Globo*, pero sí en cambio *El Imparcial*, que incluye el texto con los firmantes y agrega:

Sería inútil ocultar que esta protesta responde a un sentimiento muy vivo en el país, contrario a que dirijan los destinos públicos hombres que fracasaron en momentos supremos y ante problemas esenciales.

El Imparcial lo ha dicho muchas veces refiriéndose al actual presidente del Consejo y a otros personajes cuyos apellidos habrá de mezclar la historia con las tristes jornadas de Cavite y de Santiago de Cuba.

Nuestro silencio ante la protesta copiada acaso se atribuyera por algunos a las proximidades electorales. Por eso precisamente recordamos que fuimos los primeros en decir cuanto la protesta consigna, ocurra lo que quiera en los comicios, y bien ciertos de que sólo hemos de obtener aquello que no se nos pueda arrebatarse sin extremadas y escandalosas violencias.

Expuesto con absoluta claridad un criterio que nuestros lectores conocen, hemos sí de explicar la razón que nos mueve, una vez formado el gobierno, a proceder con circunspección y a guardar en todo lo posible el silencio del espectador.

Con frecuencia se culpa a la prensa de prodigar las censuras y de avivar la crítica sin conceder plazo a los gobernantes para la realización de su programa. Fracasen los ministerios y sus miembros culpan desde luego a la hoja impresa que hostilizó sin descanso y a

partir del instante de la jura, estorbando toda labor de gobierno. No queremos esa responsabilidad, y de ahí que aguardemos los actos para juzgar.

Interrumpimos hoy esta benévola omisión de toda censura para recordar que *El Imparcial* habló en tiempo oportuno de lo que hoy recogen el Sr. Pérez Galdós y demás firmantes, no por dificultar la acción oficial que ansiamos dejar expedita, sino porque no tenemos flaca la memoria y porque hay unas elecciones cercanas

El Heraldo de Madrid, el 29 de junio de 1905, señala no haberlo recibido el documento-protesta pero que, puesto que se reparte en la calle y se habla por doquier, también quieren aportar su opinión. De este modo, afirma:

Y con esa independencia declaramos que la protesta recoge un estado de opinión, resume aspiraciones nacionales, clamores del país entero; pero esos clamores, aspiraciones y opinión aparecen empequeñecidos en el documento. Porque la protesta se lanza contra un hombre solo; si acaso, se extiende a un partido determinado, y la acusación, si ha de ser digna de la justicia que reclama, tiene que buscar todas las responsabilidades y exigir todas las cuentas.

Han pasado los años, y todos se han parecido. Ninguna de las cosas que se censuran en la protesta es de ahora; ¿por qué hasta el momento presente no se alzaron las voces airadas? ¿Qué elemento extraordinario, qué nuevo dolor explica la interrupción del silencio? (...) Cuando los pueblos encuentran las culpas bien resumidas y bien probado quiénes son los que las cometieron, entonces descargan su enojo implacablemente.

ABC, que es el diario en el que trabaja Azorín en estos momentos, no se hizo eco de la protesta, aunque sí lo reseña por uno de sus comentaristas políticos más activos, ENRE, quien afirma el 29 de junio de 1905: “La protesta, u otra semejante, lleva años y años incubándose en todos los cerebros activos españoles. ¿Su causa? Bien claro está. El absoluto, el absurdo, el insostenible divorcio de nuestros políticos y de nuestros intelectuales”.

Azorín, por su parte, remite a este mismo asunto no aludiendo directamente al comunicado conjunto, cuando en “Oráculo manual. Intelectuales y políticos”, tras dar un repaso a los clásicos y sus referentes, concluye esta cuestión al final con su decepción: “Un tedio se ha ido cristalizando a lo largo de un siglo hacia la obra y las ideas de los políticos; un ansia de renovación late en todo el país. Y este tedio y esta ansia es lo que los intelectuales de hoy expresan en unas breves líneas”.

La protesta trató entonces de movilizar a los intelectuales en un mitin por el que llegaron a solicitar a Azorín un breve discurso que, parecer ser, nunca llegó. Tampoco el alicantino dio síntoma de acercarse, dando curso a su periodismo en páginas de *ABC*.

Solo meses después parece ser que se intentó poner en marcha estas nuevas concentraciones y movimientos de intelectuales, aunque según sabemos por carta a Gabriel Maura el 10 de diciembre⁴²⁶, Azorín no pudo asistir aunque quienes por allí estuvieron ya se encargaron de decir que su ausencia se debía a su maurismo.

Mi estimado amigo: he recibido la autorización para retirar la colección del Diario de Sesiones; le doy a usted la más expresivas gracias.

Se celebraron dos reuniones de “intelectuales”; a la primera asistí; no a la segunda (y según me dicen esta ausencia mía la atribuyen a mi maurismo). Yo no vi seriedad en el primer concialiabulo; aparte de esto, me cuenta que cuando se hizo la protesta contra Montero Ríos muchos de los firmantes figuraban a los pocos días en las listas de subvencionados de Gobernación. Y yo seré maurista, como mis compañeros me reprochan, pero no, y venal ni gusto de acompañarme con quien lo es.

En cualquier caso, resulta igualmente interesante este reagrupamiento de intelectuales cuyo origen, en cierto modo, cabe buscar en “la protesta” contra Echegaray en febrero de 1905 (iniciado por Azorín, como también hiciera con el grupo de “Los Tres” en la campaña contra el juego y la prostitución en Málaga). Aunque cabe destacar que este movimiento, como ya ocurriera con los anteriores, desembocó en fracaso, donde parecía haber más intenciones que hechos por parte de sus implicados.

Del listado de intelectuales que se adhirieron a la protesta de *El País*, y en comparativa a la promovida por el periodista alicantino en *España*, se encuentran firmas que hasta ahora no habían apostado por estas iniciativas de “reagrupamiento intelectual” como la de Benito Pérez Galdós, como si fuera este un guiño por la “gente nueva”; también resulta interés el “fichaje” de Blasco Ibáñez, sobre todo por sus vinculaciones a la izquierda que chocaban con las más moderadas en este caso, por ejemplo, con las de Azorín. Aunque, por otro lado, se echaba en falta la de Miguel Unamuno.

En el mundo contemplativo de Azorín: “Oráculo manual”

El 23 de junio de 1905, Azorín estrena sección, “Oráculo manual”, con el que presenta distintas notas autobiográficas que dan a conocer su perfil de “filósofo” en el misterio de la vida y el destino. Así pues, el periodista alicantino se distancia de la información política y de actualidad, con una temática que igualmente por su contenido y tono se diferencia de los de *Blanco y Negro* (primero por los públicos, que son distintos; y segundo por el fondo, ya que la función didáctica de “Los

⁴²⁶ Robles, Laureano (1986), ed. cit., pág. 273.

amigos literarios” o “Los amigos del Museo” difieren con estos del “Oráculo manual”, que gustan más bien de suscitar problemas del espíritu en el mundo contemplativo azoriniano).

En “Oráculo manual. El camino invisible” (23 de junio de 1905) se alían el “diálogo filosófico, el pensamiento de contraste, la predilección del vivir”⁴²⁷ entre claras reminiscencias a *Confesiones de un pequeño filósofo* y el doble juego que establece Azorín en el escrito con un original diálogo que invita a la reflexión.

Así pues, en el artículo, Martínez Ruiz está sentado junto a Juan en el parque del Retiro, disfrutando del silencio, de la naturaleza. Juan, el filósofo, lee pocos libros (quizás, aunque no lo dice en el texto, por la intensa vida parlamentaria en el oficio periodístico), observa los gestos de la gente (ahí radica la psicología de estos hombres) y si tiene algo de dinero viaja por los “pequeños pueblos y los campos”. Después conversan sobre la “verdad exacta”, es decir, la incertidumbre que depara el destino, que puede cambiarlo todo o nada en el misterio de la vida, también estímulo de Maeterlinck⁴²⁸.

La vida es algo lleno de misterio profundo; no sabemos dónde vamos, pero parece que nuestra misión está trazada de antemano y que seguimos una ruta invisible. Algunas veces una fuerza desconocida, un impulso que ignoramos, diríase que quiere sacarnos de nuestro camino y lanzarnos por otro; nosotros entonces, si somos ingenuos –y todos lo somos- sentimos una íntima alegría; todo nuestro pasado –pensamos- se va a desvanecer; todo nuestro porvenir va a cambiar. Y de pronto, sin pensarlo, como cediendo a un esfuerzo incontrastable, nos vemos marchando otra vez por el mismo camino eterno que creíamos haber abandonado.

Decíamos que, en páginas de *Blanco y Negro*, Azorín aludía a clásicos de la pintura y la literatura en la difusión cultural de estos. De hecho, si en la serie “Los amigos literarios” trabajaba obras de autores pasados, como Juan Luis Vives o Gonzalo de Berceo, con “Oráculo manual. La ingenuidad del señor Lluria” (del 26 de junio) rescata la crítica literaria contemporánea, de su tiempo, con un fondo mucho más académico, espiritual, reflexivo, de corte más intelectual que los de *Blanco y Negro* (los públicos, repetimos, ya no son los mismos) y siempre bajo estas disquisiciones filosóficas, “notas del atardecer”, que señaló Gómez de la Serna.

Así, en “Oráculo manual. La ingenuidad del señor Lluria” analiza, desgrana y destaca la obra *Evolución superorgánica* del destacado médico y científico hispano-cubano respecto a la confusión que, según Azorín, esgrime sobre el sentido de

⁴²⁷ Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., pág. 152.

⁴²⁸ Ibid., pág. 45.

evolución y el sentido de progreso. Para ello, no escatima el alicantino en referencias bibliográficas de Bacon, Condorcet o Nietzsche, incluso para desmontar la versión del doctor Cajal, que firma el prólogo de *Evolución superorgánica*.

En esta serie de transcendencia espiritual y reflexiva, que también se diferencia principalmente de *Blanco y Negro* porque no hay apoyo o ilustración alguna en estas páginas de *ABC*, aflora la sensibilidad azoriniana inspirada por la naturaleza, el silencio. Así se entiende del encuentro entre Azorín y D. Fernando en “Oráculo manual. Los mirtos de Horacio” (del 28 de junio de 1905) que el alicantino pudo vivir realmente en una “diminuta y clara ciudad levantina” (quizás, Monóvar) en un escenario ya conocido cuando resuenan los martillos del herrero frente a su casa (en *Blanco y Negro* retrata toda esta ambientación en “Los oficios. El herrero”, del 24 de noviembre de 1906). En el artículo, incluso, Azorín se inserta como un personaje más, un recurso habitual en su trayectoria periodística: “No te fatigues en traerme las rosas tardías –le decía Horario a su criado-; una sencilla rama de mirto me basta’. Don Fernando y yo vivimos simplemente; una sencilla rama de mirto nos basta también como al poeta”.

Con “Oráculo manual. Intelectuales y políticos” (del 29 de junio de 1905), Azorín retoma los clásicos y el paisaje para ahondar en el problema de España (con apuntes, seguro, de *El alma castellana*). Clásicos, paisajes y pueblos no como imaginativo u elemento inspirador para la creación literaria como en *Blanco y Negro*, sino como retrato crítico de su tiempo, pasado y presente, desde *ABC*. Se suceden las citas bibliográficas (prueba de su vasta cultura, con menciones muy rápidas, que evitan el colapso o la lectura farragosa), con Quevedo y Saavedra Fajardo, para preguntarse por el papel crucial de Campomanes, Jovellanos, Olavide o Floridablanca en la reconstrucción de España.

Por este mismo afecto a la patria, que es lo que guía el trabajo de estos intelectuales, también se mueve Azorín. Así lo expresa en un pasaje final, con el que quiere denunciar el alarmante “tedio” que observa en la clase política, destacando el “ansia” por la renovación del país.

Ya a raíz de profesionalizarse la política, en 1810, un diputado insigne, García Herrero, se levantó en las Cortes de Cádiz y pronunció estas memorables palabras en la sesión del día 16 de diciembre: “Los ministros y el Gobierno no han tenido la regla para conferir los empleos de la Administración, que el capricho, la intriga, el parentesco, el soborno, la prostitución más escandalosa y brutal, el casamiento con las camaristas o con las amigas o sus hijas, los servicios de un paje o de un rufián; jamás se tuvo en consideración el mérito y la honradez”. Un tedio se ha ido cristalizando a lo largo de un siglo hacia la obra y las ideas de los políticos; un ansia de renovación late en todo el país.

Y este tedio y esta ansia es lo que los intelectuales de hoy expresan en unas breves líneas.

Azorín desvela algunas de las claves de su pensamiento en esta serie de “Oráculo manual” de *ABC*, como las pequeñas cápsulas de eucalipto que le entrega Don Fernando a Azorín, el misterio de un encuentro con una mujer que lo puede cambiar todo o, ahora, su compromiso intelectual con España.

Precisamente este compromiso intelectual es el que da rienda suelta en “Oráculo manual. La conquista de España” (3 de julio de 1905) que podría estar enmarcada dentro de sus “Impresiones parlamentarias” pero que, por estar fuera de los discursos del Parlamento, agrega a esta serie. Sus preocupaciones, pues, son ahora sobre la insolidaridad en España por la problemática en la cesión de aguas. Y denuncia igualmente la falta de un transporte, el hambre de los pueblos de Andalucía (que ya conocemos por sus crónicas de *El Imparcial*) cuando “no solo hemos de poner mano en las cosas de la materia; es preciso atender con impulso paralelo al espíritu”.

Tampoco pasa desapercibido el comentario lisonjero hacia la obra *La cuestión de Marruecos*, de Gabriel Maura Gamazo (el hijo del conocido político), y muy especialmente el apunte del viajero inglés Hare en *Wanderings in Spain* que pudo inspirar el fragmento de *Diario de un enfermo* en el entierro de la niña en un ataúd blanco: “Lo que más dolorosamente me sorprendió en todo mi viaje por España (...), en una ciudad meridional, el entierro de un niño, en su cajita blanca, vestido de blanco, cubierto de flores y seguido de un tropel de hombres que marchaban indiferentes, fumando, canturreando, algunos silbando”.

Azorín consideraba fundamental la psicología del paisaje y del pueblo en su literatura. Y esa misma novedad es la que aprecia en la obra *La retórica*, de Rubén Darío, en “Oráculo manual. La nueva poesía” (6 de julio de 1905). Es un efecto que, para el periodista alicantino, registra una revolución literaria que está por encima de las “audacias retóricas” de Darío.

El poeta Rubén Darío no tenía que destruir ni renovar nada en este sentido: están en un error los que así piensan, y aun él mismo –ignorando así el alcance de su propia obra- lo está también al hablar en el prólogo de su libro de “un movimiento de libertad” iniciado por él en América. Es preciso ahondar un poco más: la novedad y el trascendentalismo de su poesía no están en las audacias retóricas –que no las hay en su libro-, sino en la psicología que traducen y nos muestran sus versos. El poeta Rubén Darío es un visionario novísimo; hasta ahora, en la esfera de las artes literarias, había imperado un método de congruencia seguido por todos los artistas; para dar una sensación se encadenaban, se encuadraban los detalles escrupulosamente, minuciosamente, con arreglo a la lógica conocida; en la última obra del Sr. Blasco Ibáñez, ... en las primeras páginas, hay

una extensa descripción que puede ser citada como ejemplo de modalidad antigua: todo está allí cogido, ordenado, catalogado; no puede darse nada ni más lógico, ni más metódico, ni más congruente. Y bien: esta congruencia, Rubén Darío –y otros como él en otros géneros- la altera, hace tabla rasa de ella: ya es distinta la lógica de que el artista usa; no coge para dar la sensación todos los detalles; echa mano únicamente del sugestivo, del representativo, del que presta a la cosa su esencia.

Esta no era la primera vez que Azorín escribía o “establecía contacto” con Darío, ya que el 10 de enero de 1904 sabemos por carta que el periodista alicantino ejercía las tareas de director literario en *Alma española* debido a la petición de colaboración a Rubén Darío. De hecho, en contestación a su solicitud, Darío publicó en *Alma Española* poemas de “Cantos de vida y esperanza”.

El 7 de julio rompe esta unidad con “Silverio Lanza” (que podría perfectamente insertarse en la serie de “Oráculo manual”, aunque Azorín dejó fuera para maximizar su importancia al tratarse de un homenaje). De Silverio Lanza ya había escrito o citado muchas veces anteriores, bien para reivindicarlo, bien para señalar como en este artículo la necesidad de sus libros (incluso convenció a Pardo Bazán para que asistiera a una de sus ponencias en el Ateneo de Madrid). Para Azorín, Lanza es el “precursor de todo este modernísimo movimiento intelectual de España” y, a juzgar por cuanto escribe, su literatura está muy en consonancia con la del alicantino, al que llega a comparar por la sensación escueta y limpia y el psicologismo de sus textos con Montesquieu o Stendhal.

En julio de 1905, en el verano que da descanso a la acción parlamentaria en la Cámara, y con el paréntesis de “Oráculo manual”, la serie filosófica y de compromiso intelectual, Azorín se desplaza a San Sebastián (que se revela para el alicantino como “una ciudad desconocida”). De este modo, y en una revisión nuevamente con la hemeroteca digital de *ABC*, localizamos tres artículos firmados por Azorín que no aparecen en la conocida obra de Inman Fox. Estos son:

“Crónica telefónica de San Sebastián. Lunes 10. La llegada”, del 10 de julio.

“San Sebastián. Crónica telegráfica. Lunes 10. Ligerio desencanto”, del 11 de julio.

“San Sebastián. Crónica telegráfica. Martes 11. Otra pequeña decepción”, del 12 de julio.

San Sebastián era la ciudad de moda en verano, la que reunía a intelectuales, políticos y artistas principalmente por época estival. Azorín ya había escrito distintos artículos para el principal diario de allá, *El Pueblo Vasco* (el primero data del 19 de agosto de 1903), pero aún en aquella época no había podido acudir o visitar el alicantino San Sebastián (lo que se deduce por el contenido de estos en 1903,

sobre todo enfocados a la presentación de su nueva dimensión literaria de “pequeño filósofo” y su cambio de pensamiento político).

Esta es la principal novedad pues de estas crónicas telegráficas (las últimas y recientes fueron las del “Viaje regio”) cuando Azorín se desplaza y escribe para *ABC* desde San Sebastián en plena temporada estival. Una serie que, por tanto, Martínez Ruiz encasilla sobre un apoyo geográfico y otro de tiempo. Y, en ellos, afloran las marcas de un estilo donde el periodismo pervive gracias a la literatura, salvándose así de la caducidad y de su servicio informativo efímero.

De esta forma, y por primera vez en páginas de *ABC*, el objetivo informativo no prima y ahora sí es la literatura quien encarna el papel protagonista. De hecho, si en “Impresiones parlamentarias” Azorín se centra en su papel de informante de la actividad política; y si en “Oráculo manual” indaga en disquisiciones filosóficas y proclama su compromiso intelectual con España, en esta nueva serie de viajes, con “Crónica telefónica de San Sebastián. Lunes 10. La llegada”, del 10 de julio, como en las sucesivas, la literatura, la creación, las sensaciones que despierta la ciudad donostiarra, están por encima de todas las cosas:

Las luces titilaban un momento y se perdían con una secreta y profunda angustia; arriba en el cielo diáfano parpadeaban las estrellas. Y a la mañana, cuando la luz del día ha roto, hemos comenzado a ver la verdura jugosa, suave, melancólica del maravilloso País Vasco. Los caseríos se destacan amarillentos entre el bosque. De las techumbres de las casitas surge tenue un humo azulado. El tren se ha detenido en San Sebastián. Una sensación de reposo y de pesadez invade nuestros nervios; todo está en orden y limpio; no hay ruidos, ni precipitaciones, ni gritos, ni golpazos.

Azorín deja atrás la ruidosa Madrid en tren hasta su destino en San Sebastián. Así, el periodista alicantino se sirve de las sensaciones para encandilar al lector (al que casi siempre cita, para que no pierda atención en este trayecto, a modo de gancho, con el deseo de atraparlo); y con la observación, que es su primera arma periodística, nos arrastra hacia los paisajes y las “viejas ciudades castellanas”. Lo suyo es, en definitiva, una voz original y renovadora que nos conduce por la escena con un lenguaje de pura precisión y fina sensibilidad como cuando alude al “ligero desencanto” de una anciana enjuta que pide limosna junto al palacio veraniego del Rey en “San Sebastián. Crónica telegráfica. Lunes 10. Ligeramente desencanto”, del 11 de julio.

Y en este instante yo veo ante mí una anciana vestida de negro, que sonríe bondadosa y me acerca un diminuto papel rojo. Y este es mi primer desencanto en la bella ciudad. Cuando nuestros ensueños caminan descarriados hacia el infinito, hacia lo que no sabemos, en este ambiente de espiritualidad, de frivolidad y de elegancia, vivienda

del Rey y marco de formas peregrinas, esta excelente anciana enlutada nos llama con su papel a la realidad dolorosa.

En “San Sebastián. Crónica telegráfica. Martes 11. Otra pequeña decepción”, del 12 de julio, Azorín profundiza una vez más en la “honda sensación estética” cuando se encamina a descubrir la ciudad. “¿Habrá un placer mayor que el de vagar a la aventura por calles que nunca hemos pisado, sin amigos que nos hagan mirar, sin sentir en nuestras manos el peso de un *baedeker*?”.

La condición literaria, las emociones que despierta, son las que envuelve Azorín con su literatura, congelando su esencia, frenando la caducidad efímera al que están sometidos los artículos en las hojas volanderas. Es lo inactual. Es lo que ya definió en su artículo de días atrás cuando atiende a las marcas literarias de “Silverio Lanza” cuando afirma: “(...) sus concepciones franquean los estrechos límites del tiempo y de las contingencias para ser de una inactualidad grande, perdurable, dolorosa y humana”.

Una inactualidad grande, perdurable, dolorosa y humana es precisamente la que se repite en toda esta serie como en “San Sebastián. Crónica telegráfica. Martes 11. Otra pequeña decepción” cuando surge un conflicto para Azorín: no hay disponibles, en la playa de San Sebastián, sillas de mimbrés para contemplar el mar, lo que le priva de un momento “incomparable, reina de todas las elegancias”.

Véase cómo el mar está vedado en San Sebastián; y cómo esta ciudad incomparable, reina de todas las elegancias, no puede gozar del más delicado de todos los espectáculos: el de la fusión en una hora dada, con una luz conveniente, con un fondo apropiado, de la mujer y de las olas, dos cosas igualmente queridas e igualmente falaces.

Azorín debió pasar varios días de vacaciones en San Sebastián (fruto de este descanso es también el artículo “Las horas donostiarra. Un secreto pesar”, del 18 de julio de 1905, en *El Pueblo Vasco*, y que redacta por primera vez desde allí para este diario). Y desde la tierra donostiarra retoma su labor en la prensa en *ABC* el 30 de julio de 1905 con “En Cestona. Una llegada extraña”, con el que inicia una nueva ruta de viajes por los balnearios (recordemos que la primera vez las publicó para el diario *España*).

Estos viajes por los balnearios en artículos de *España* y *ABC* (veranos de 1904 y 1905) fueron recuperados por los profesores José García Mercadal (*Veraneo sentimental*) y Ángel Cruz Rueda (*Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*) aunque, sin indicaciones y desordenadas, colándose algunas que

pertenecen a *Los pueblos*, no fueron correctamente publicadas hasta la edición de Miguel Ángel Lozano Marco⁴²⁹.

El volumen *Veraneo sentimental* (de 1944, de José García Mercadal) mezcla los dos veranos⁴³⁰ rompiendo con la línea anacrónica que se establece entre los diarios de *España* (1904) y *ABC* (1905). De esta forma, los dos primeros capítulos del recopilatorio azoriniano del diario *España* (“El pequeño filósofo S. D.” y “Hacia Cestona”) son (“Veraneo sentimental. El pequeño filósofo” –del 11 de julio de 1904- y “Veraneo sentimental. Hacia Cestona” –del 16 de julio de 1904-) pero el tercero y cuarto (“En Cestona” y “Las horas del día”) son, sin embargo, de *ABC* (“En Cestona. Una llegada extraña” –del 30 de julio de 1905- y “En Cestona. Las horas del día” –del 31 de julio de 1905-) lo que supone una ruptura temporal de las publicaciones en prensa.

García Mercadal combina y mezcla entonces los artículos de *España* con los de *ABC* tampoco respetando la línea continua de estos en una relación que, con varios saltos en la producción azoriniana, queda así:

Quinto capítulo, “Los pasillos” (“Veraneo sentimental. En Cestona. Los pasillos”, del 17 de julio de 1904, de *España*).

Sexto capítulo, “Los caballeros de la tabla redonda” (“En Cestona. Los caballeros de la Tabla Redonda”, del 1 de agosto de 1905, de *ABC*).

Séptimo capítulo, “Las dos Conchitas” (“Veraneo sentimental. En Cestona. Las dos Conchitas”, del 18 de julio de 1904, de *España*).

Octavo capítulo, “El señor Peralta sonrío” (“Veraneo sentimental. En Cestona. El señor Peralta sonrío”, del 22 de julio de 1904, de *España*).

Noveno capítulo, “Siluetas de Cestona”, García Mercadal mezcla dos artículos, los que corresponden a “Veraneo sentimental. Siluetas de Cestona” (del 24 de julio de 1904 en *España*) y “Placeres del estío. Siluetas de Cestona. Don Leonardo” (del 5 de agosto de 1905 en *ABC*).

Décimo capítulo, “Una salida vaga” (“Placeres del estío. En Cestona. Una salida vaga”, del 6 de agosto de 1905 en *ABC*).

Undécimo capítulo, “Camino de Urberuaga” (“Veraneo sentimental. Camino de Urberuaga. El mar y la montaña”, del 25 de julio de 1904 en *España*).

Duodécimo capítulo, “Hacia Zaldívar” (“Veraneo sentimental. Hacia Zaldívar”, del 29 de julio de 1904 en *España*).

⁴²⁹ Lozano Marco, Miguel Ángel (2016), ed. cit., págs. 7-8.

⁴³⁰ Ibid., págs. 14-13.

Decimotercer capítulo, “En Zaldívar” (“En Zaldívar. Un balneario aristocrático”, del 7 de agosto de 1905, en *ABC*).

Decimocuarto capítulo, “Las condesitas lozanas” (“Veraneo sentimental. En Zaldívar. Las condesitas lozanas”, del 31 de julio de 1904, en *España*).

Decimoquinto capítulo, “Siluetas de Zaldívar” (“Siluetas de Zaldívar. Larrea”, 8 de agosto de 1905, en *ABC*). No recoge García Mercadal “Siluetas de Zaldívar”, de *España* (1 de agosto de 1904) que sí incluyó Azorín en su selección para *Los pueblos*.

Decimosexto capítulo, “En Solares” (“Veraneo sentimental. En Solares. Los detalles inexorables”, del 2 de agosto de 1904 en *España*).

Decimoséptimo capítulo, “En Carranza” (“En Carranza. Un balneario discreto”, 9 de agosto de 1905, en *ABC*).

Decimooctavo capítulo, “En el Sardinero” (“Veraneo sentimental. En el Sardinero. La estética del baño”, del 4 de agosto de 1904, en *España*).

Decimonoveno capítulo, “Siluetas de Santander” (“Siluetas de Santander. Madame La Fleur. Unas viejas”, del 8 de agosto de 1904, en *España*).

Vigésimo capítulo, “Unas viejas” (“Siluetas de Santander. Madame La Fleur. Unas viejas”, del 8 de agosto de 1904, en *España*). García Mercadal divide en dos capítulos el artículo de *España*.

Vigésimo primer capítulo, “En Santander” (“Veraneo sentimental. En Santander. El día y la noche”, del 10 de agosto de 1904 en *España*). García Mercadal intenta no incorporar a su selección artículos insertados por Azorín en *Los pueblos*, pero se le escapa este que en el libro titula el autor alicantino “Una ciudad”⁴³¹.

Vigésimo segundo capítulo, “En Ontaneda” (“Veraneo sentimental. En Ontaneda”, 11 de agosto de 1904, en *España*).

Vigésimo tercer capítulo, “La novela de Ontaneda” (“Fin del Veraneo Sentimental. La novela de Ontaneda I a IV”, 12, 13, 14 y 15 de agosto de 1904 en *España*).

Vigésimo cuarto capítulo, “Oviedo (una ciudad espiritual)” (“Oviedo. Una ciudad espiritual” del 21 de agosto de 1905 en *ABC*).

Vigésimo quinto capítulo, “Oviedo (un ágape heterogéneo)”, (“Oviedo. Un ágape heterogéneo”, del 24 de agosto de 1905 en *ABC*).

Vigésimo sexto capítulo, “Oviedo (las bellas amigas)”, (“Oviedo. Las bellas amigas” del 25 de agosto de 1905 en *ABC*).

⁴³¹ Lozano Marco, Miguel Ángel (2016), ed. cit., pág. 14.

Vigésimo séptimo capítulo, “En Caldas de Oviedo”, (“En Caldas de Oviedo. Todo es uno y lo mismo”, del 31 de agosto de 1905 en *ABC*).

Vigésimo octavo capítulo, “Mondariz”, (“Mondariz. El viaje”, del 4 de septiembre de 1905 en *ABC*).

Vigésimo noveno capítulo, “En León. Sor Gabriela” (“En León. Sor Gabriela”, del 1 de septiembre de 1905 en *ABC*). Azorín incluyó este artículo en *España. Hombres y paisajes* con el título “Horas en León”⁴³².

Trigésimo capítulo, “La muerte de un amigo: Sarrió” (“La muerte de un amigo: Sarrió”, del 20 de enero de 1905 en *España*). El profesor Miguel Ángel Lozano excluyó este artículo de su edición de *Veraneo sentimental* ya que “ni formaba parte de la serie ni tiene que ver con ella” al estar claramente fuera del contexto temporal y espacio.

La principal diferencia del volumen de Miguel Ángel Lozano (2016) y el de García Mercadal (1944) es la recuperación de varios de estos artículos de interés, siempre enmarcados dentro de la línea temporal viaje-tiempo del periodista alicantino en los diarios *España* y *ABC* (incluyendo los que Azorín insertó para *Los pueblos* ya que, para el profesor Miguel Ángel Lozano, contribuyen “a la variedad ‘sentimental’ de un conjunto que sin ellas quedaría incompleto”⁴³³). La relación pues de estos artículos recuperados son:

“En Loyola. La piedra gris”, del 20 de julio de 1904 en *España*. También en *Los pueblos*.

“En Urberuaga. Los ojos de Aurelia”, del 27 de julio de 1904 en *España*. También en *Los pueblos*.

“Siluetas de Urberuaga”, del 30 de julio de 1904 en *España*. También en *Los pueblos*.

“Siluetas de Zaldívar”, del 1 de agosto de 1904 en *España*. También en *Los pueblos*.

“En San Quintín. Una tarde con Galdós”, del 5 de agosto de 1904 en *España*.

“En Santander. El pez y el reloj”, del 9 de agosto de 1904 en *España*. También en *Los pueblos*.

“Polanco. En casa de Pereda”, del 10 y 11 de agosto de 1905 en *ABC*.

“En San Quintín. Con el maestro Galdós”, del 16 de agosto de 1905 en *ABC*.

“Oviedo. En la biblioteca de Clarín”, del 17 y 20 de agosto de 1905 en *ABC*.

“La Arena. El poeta en la noche”, del 30 de agosto de 1905 en *ABC*.

⁴³² Lozano Marco, Miguel Ángel (2016), ed. cit., pág. 14.

⁴³³ Ibid., pág. 15.

“Mondariz. Los portugueses”, del 5 de septiembre de 1905 en *ABC*.

“Mondariz. El buen doctor”, del 7 de septiembre de 1905 en *ABC*.

La serie completa es necesaria para comprender el recorrido íntegro así como la plenitud, el goce estético de Azorín en estos viajes. En este sentido, son especialmente relevantes los que dedica el alicantino a recrear la visita con escritores como a Pérez Galdós; la biblioteca de Clarín; o la visita a Rubén Darío, entre otras. La mayoría de ellos fueron recogidos, por su parte, por Ángel Cruz Rueda en el libro *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*⁴³⁴, donde quedó únicamente ausente “En San Quintín. Una tarde con Galdós” (5 de agosto de 1904 en *España*) que sí recogió José María Valverde en su edición personal de *Los pueblos*.

Cabe además matizar que, respecto al volumen *Veraneo sentimental* de García Mercadal (1944), Ángel Cruz Rueda lo insertó en el tomo VII de las *Obras completas* de Aguilar (1947) pero advierte que elimina “En Santander. El día y la noche” por encontrarse en *Los pueblos* (con el título de “Una ciudad”); y lo mismo hace con “En León. Sor Gabriela”, por formar parte de *España. Hombres y paisajes* con el título “Horas de León”. También excluyó “La muerte de un amigo: Sarrió” para integrarlo en *Los pueblos* (pese a que Azorín no lo hizo en la selección original de 1905).

En cualquier caso, cabe resaltar que las crónicas telegráficas desde San Sebastián para *ABC* (del 10, 11 y 12 de julio de 1905) no fueron recopiladas por Azorín ni por otros investigadores en sus volúmenes. De ahí que, de cara a una futura revisión crítica de *Veraneo sentimental*, sería interesante la inclusión de las crónicas azorinianas desde San Sebastián puesto que son el punto de partida de su nueva salida a los balnearios, motivadoras además de esta incursión viajera. De este modo, la relación sería del 10 de julio al 7 de septiembre de 1905 con un total de 25 artículos.

Respecto al recorrido que realizó para el diario *España* (del 11 de julio al 15 de agosto de 1904), Azorín amplía el número paradas y días en su viaje con *ABC* que comienza el 30 de julio de 1905 con “En Cestona. Una llegada extraña” y finaliza con “Mondariz. El buen doctor”, el 7 de septiembre de 1905. Y, en ellas, nos dará su propia visión del mundo, la de la estética de su epistemología y hasta de su metafísica⁴³⁵. Es decir, variantes como la fuerza del misterio en la realidad, o cómo percibir el misterio de la realidad a través de los datos que proporcionan los

⁴³⁴ Azorín (1945), *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*, Espasa-Calpe, Buenos Aires.

⁴³⁵ Lozano Marco, Miguel Ángel (1996), ed. cit., págs. 203-215.

sentidos y las emociones, hasta lo vulgar y cotidiano. La principal diferencia que estriba lo trabajado por Azorín para *España* y *ABC* es la condición literaria de las crónicas y visitas a escritores, con mayor significación en el rotativo de Torcuato Luca de Tena.

Así pues, como ya venía haciendo en sus crónicas telegráficas de San Sebastián (del 10, 11 y 12 de julio en *ABC*), Azorín prosigue con su propia imagen del mundo en este viaje “sentimental” por los balnearios de España. Es el lugar que elige para dar vuelo a su literatura según él mismo lo señala “En Cestona. Una llegada extraña” (20 de julio de 1905): “Ya estoy en mi elemento: la vida no puede concebirse sin los pasillos del Congreso y sin los corredores de los balnearios”. Es decir, la vida está en la realidad, en la información que propicia y se suscita en la cámara; una realidad que también está inexorablemente unida a estos balnearios y estos viajes que despiertan el “alma de las cosas”, las sensaciones que van hacia la melancolía teñida con suave humorismo.

De este modo, igual que en *Blanco y Negro* resalta el riego en los campos (“Los pequeños placeres”, 12 de agosto de 1905), en estas sensaciones aflora la literatura, su mundo poético, como cuando Azorín atiende a las “manchas sombrías” de los manzanos o el “picacho azul” de una montaña. Surge además un pueblo “de piedras viejas negras, nobles” que ha sido llevado “por un novelista insigne, Pío Baroja, a las páginas de *La casa de Aizgorri*”, amigo del escritor.

Martínez Ruiz sintetiza en estas páginas la proclama de Sterne: el ver está unido al sentir⁴³⁶, donde las experiencias subjetivas del autor suceden a temas recurrentes de su periodismo como el paso del tiempo en “En Cestona. Las horas del día” (31 de julio), cuando alude al lector en una especie de comunión con él, y con una proliferación de la primera persona, del yo, que a veces es nosotros, como ocurría con las crónicas del “Viaje regio”: “Lector: yo te quiero confesar que los timbres en los hoteles (...)”, escribe.

De este modo, entre Azorín y D. Leonardo no ocurre nada, y el “nada” se reproduce varias veces, en una palabra repleta de significado en cuanto encierra el verdadero sentido de estas crónicas viajeras donde no importa el destino, el lugar, o el carácter cultural de la ruta: lo que importa, lo verdaderamente destacable para Azorín es el conjunto de las notas sensitivas de este mundo, el suyo, su actitud subjetiva ante las pequeñas cosas que suscitan emociones aunque eso solo consista en ver pasar por su lado a los bañistas o la observación del paisaje.

⁴³⁶ González, José Manuel (1993), “Laurence Sterne y José Martínez Ruiz”, *Anales Azorinianos* 4, CAM, Monóvar, págs. 315-333.

Esta es la experiencia azoriniana que se vuelve literaria. Un viaje a los balnearios que alimenta su creación, da alas a su mundo poético y estético, y protege a estos artículos de la caducidad efímera de las hojas volanderas. Así, “En Cestona. Los caballeros de la Tabla Redonda” (1 de agosto), una mesa redonda en la estación aflora el recuerdo de su infancia (estos pasajes alimentan constantemente su creatividad, y no hay mejor prueba de ello que *Las confesiones de un pequeño filósofo*).

Si en “Los viejos oficios” de *Blanco y Negro* Azorín tiñe de melancolía la atmósfera, esta misma se reproduce en sus disquisiciones filosóficas de “Placeres del estío. Siluetas de Cestona. D. Leonardo” (5 de agosto) cuando ahonda en la “fuerza misteriosa del Universo”, la que da la vida o la muerte, la fortuna o el infortunio. De ahí este pasaje plenamente significativo en el artículo cuando dice:

La vida, lector, es una cosa extraña; estamos sanos; estamos fuertes; nos sentimos alegres, y de repente un día parece que caemos en un abismo; nuestra salud desaparece; nuestra jovialidad se marcha. “En un vaso de agua que he bebido ayer –decimos- y que me ha sentado mal” o: “Acaso esta ráfaga de viento que me ha cogido de mal modo”. Y no es nada de esto: es que nuestro profundo y misterioso destino ha cambiado, y que en las inexploradas regiones de lo desconocido se ha decretado que el Dolor y la Melancolía vengan hasta nosotros.

Pero la melancolía no está reñida con el humor y fina ironía que desprende Azorín en sus pequeñas anécdotas, como en “Placeres del estío. En Cestona. Una salida vaga” (6 de agosto).

Perdóneme el lector: todos estos pormenores que yo cuento me parecen indispensables; es preciso que en España nos acostumbremos a cuidar de los detalles pequeñitos de la vida diaria; en una casa no podremos encontrar satisfacción –ni una Empresa de hoteles o de balnearios puede marchar- si no estamos siempre solícitos, vigilantes para que todas las cosas (el silencio, la limpieza, los muebles, la luz, la aireación, etc...) se combinen en una grata síntesis.

El 7 de agosto prosigue su ruta con “En Zaldívar. Un balneario aristocrático”, con el que mediante su precisa mirada nos adentra en el paisaje: “Y ya todos estos detalles que se unen y se conciertan secretamente van predisponiendo en bien vuestro ánimo”, anota Azorín hasta conducirnos al “alma del viejo balneario”. Aquí radican las coordenadas de la escritura de Martínez Ruiz en este viaje por los balnearios en el que trata de aprisionar el ánimo y el alma de cuanto le rodea. Es decir, busca transformar su experiencia real en una experiencia literaria que hoy, leída más de 100 años después, se conserva absolutamente.

En “Siluetas de Zaldívar. Larrea” (8 de agosto), Azorín introduce una digresión para narrar la historia de Alfonso X El Sabio dentro de la línea didáctica de su

articulismo cultural; y “En Carranza. Un balneario discreto” (9 de agosto), el periodista alicantino se inspira en sus paseos y conversaciones aristotélicas con el Padre Miguel, donde aluden a lecturas como la de Tilman Pech, *Los grandes arcanos de la Naturaleza*.

Azorín comienza entonces unas interesantes visitas a escritores e intelectuales de renombre, a sus bibliotecas y casas de veraneo, aprovechando el parón político y de actualidad en el Parlamento. Así, de este modo, el alicantino estaba trasladando la mejor literatura al periódico en tiempos donde la política lo ocupaba todo, dotándolo de la mejor cultura.

Este marcado acento cultural y literario del viaje es una de las principales diferencias de la ruta que ya realizó para el diario *España*. Unas visitas y entrevistas que no resaltan ni mucho menos por su carácter informativo puesto que este no es el objetivo que persigue Azorín con estos escritos. De hecho, como ya hiciera en los balnearios, estos encuentros siguen la estela de sus disquisiciones filosóficas sobre el misterio de la vida, teñidas de melancolía, de una vaga tristeza cuando en “Polanco. En casa de Pereda I” (10 de agosto) y “Polanco. En casa de Pereda II” (11 de agosto) el periodista alicantino se encuentra con el escritor José María Pereda enfermo y ante su inminente pérdida.

Aquello, junto a la naturaleza, brota la reflexión del “pequeño filósofo” en la visión subjetiva y sentimental de su mundo, cuando todo cambia y nada permanece, y los gustos como los amores se permutan y cambian con el paso del tiempo.

Los años pasan; mil azares, adversidades contingencias van conformando nuestro espíritu; nuestros gustos cambian; son otras nuestras orientaciones estéticas y psicológicas. Pero siempre, a través de la vida, por encima de nuestros nuevos amores, perdura este reguero de luz, este aroma suave e inefable, esta armonía lejana que estas primeras y áridas lecturas han puesto en nuestro espíritu. Y si recorremos los lugares que en aquellos años distantes nos figurábamos, una vaga sensación, mezcla de angustia y de alegría, nos sobrecoge...

Una sensación extraña entonces nos acoge en casa de José María Pereda, donde parece que hasta en el aire flota “ese algo desconocido, terrible y misterioso”. Azorín aprisiona las sensaciones lóbregas y tristes que, desde su experiencia, ante la débil salud de Pereda, refleja sobre el texto:

Todo pasa; lo que amábamos en nuestros días de entusiasmo desaparece. Llega un momento de nuestra vida en que somos ya extranjeros entre la gente que nos rodea y nos ama. “¿Por qué esperar, por qué volver atrás, por qué retroceder, oh corazón mío? –exclamaba Shelley en *Adonais*-. Tus esperanzas se han marchado antes que tú;

ellas se han separado de todas las cosas de aquí abajo; a ti no te falta más si no partir”.

Estas mismas situaciones discurren con “En San Quintín. Con el maestro Galdós” (16 de agosto), donde curiosamente no se alude a literatura sino a conversaciones banales donde afloran, eso sí, los “viejos pueblos castellanos”.

Sin embargo, “Oviedo. En la biblioteca de Clarín I” (17 de agosto) y “Oviedo. En la biblioteca de Clarín II” (20 de agosto) son los más interesantes de esta serie literaria cuando la biblioteca del maestro despierta sensaciones, sugerencias que refleja en estas páginas entre las notas, libros o el presupuesto detallado de su boda.

Una viva emoción me embarga al trazar estas líneas. Estoy en la biblioteca de Clarín; reina un silencio denso, profundo, en toda la casa. No hay nadie en ella; todos sus moradores habituales veranean en lejanas aldeas. Y yo voy respirando aquí, a mis solas, esta paz inquietadora, este sosiego misterioso, inexpresable, que se escapa de las salas, de los corredores, de las alcobas, de los patios, que han sido animados por el espíritu de seres queridos y cuyas puertas y cuyos pueblos ahora callan, inmóviles, resignados, llenos de sensaciones muertas y de recuerdos...

(...) Yo voy curioseándolo y examinándolo todo: una sensación extraña, indefinible, corre por mis nervios. ¿Qué perdura aquí del espíritu del maestro? ¿No hay algo en estas estancias abandonadas, en desorden perdurable, que os llega al alma y que no sabéis expresar? ¿No es la idea de la corriente eterna, inexorable y profunda de las cosas, lo que flota en el aire?

Así transcurre este viaje en el que Azorín, en Oviedo, la tierra de Clarín, se define como un “un modesto observador del mundo y de los hombres” (“Oviedo. Una ciudad espiritual”, 21 de agosto). Y efectivamente así actúa cuando atiende a la exquisita bebida de la sidra (“Oviedo. Un ágape heterogéneo”, del 24 de agosto) o bien detalla las fantasías propias de la tierra (“Oviedo. Las bellas amigas”, del 25 de agosto) cuando le explican que el “Nuberu” es un hombrecillo pequeño que corre por el aire y hace que las nubes choquen para hacer estallar la tormenta; o cuando los “Busgosos” se pasean por los bosques y persiguen de muerte a los cazadores; o si los “Espumeros” son los genios del agua y llevan unas caracolas de nácar que tocan cuando el sol se oculta en las lejanías; o que si las “Guasas” son espíritus malignos terribles que se apoderan de la persona; y los “Ventolines” son niños traviesos que de noche penetran en las casas y llevan y traen los suspiros de los enamorados.

Con “La arena. El poeta en la noche” (30 de agosto), Azorín continúa su itinerario de visitas a grandes escritores, dirigiéndose esta vez a la de Rubén Darío

en San Esteban de Pravia, en un texto en el que analiza la transformación del poeta en su obra:

Una vaga sensación de espanto corre por los nervios del poeta al pensar en este espectáculo. Su sensibilidad vibra ante la Muerte. Rubén ya no es el mismo artista de antes. Diríase que desde su penúltimo libro –*Prosas profanas*– hasta el último –*Cantos de vida y de esperanza*– se ha transmontado en otro hombre. Antes Rubén era un poeta de elegancias, de ingenio y de mundanidad; los temas de Grecia y de Versalles cautivaban su pluma; la forma armoniosa, el movimiento retórico, un gesto de gracia, un desdén elegante era lo que encontrábamos en sus versos. Pero los años han ido transcurriendo inexorables; los entusiasmos y las ilusiones de la juventud han desaparecido. El poeta se ha reconcentrado en sí mismo y ha pensado en la vanidad de las cosas.

Esta no era la primera vez que Azorín contactaba con Darío. De hecho, el periodista alicantino ya había establecido comunicación con el poeta para solicitarle un escrito para *Alma española* que fue finalmente “Cantos de vida y esperanza”. Incluso en *ABC* escribió “Oráculo manual. La nueva poesía” (6 de julio de 1905) con una nota destacada sobre la revolucionaria visión del poeta con su obra *La retórica*.

Sea como fuere, esta reseña de Azorín tuvo respuesta cuando Darío publica “La mentalidad española. Azorín” en el diario cubano *El Fígaro* el 1 de octubre de 1905. El escrito, recuperado por José Luis Cano⁴³⁷, resulta muy interesante en cuanto Rubén Darío identifica algunas de las señas de identidad de la literatura de Azorín, que encierra las “máscaras de carne que lleva el fantasma que habita en nosotros”.

Para Darío, Azorín demostró su carácter en *Charivari* y que, ahora, “experimenta mundo él mismo, las estaciones de su alma” que se apoya “en una muleta que se llama Montaigne, y en otra muleta que se llama Gracián”. Un “pequeño filósofo” que escribe “puro, sencillo e intenso”.

Azorín, cazador de sensaciones y perseguidor de almas, yerra por España, por los cotos del periodismo, o por las calles del mar, o por la ancha llanura libre, que es muy de su placer. Tiene una escopeta modernísima de prodigiosos fulminantes y de finos perdigones que cribarían duendes. Tiene una red de seda ideal con que coge las más lindas mariposas. Sabe hacer buenas trampas para los osos sociales. Y para las palomas de la poesía, Azorín tiene un azor que se las caza sin hacerles daño y se las lleva vivas a la mano.

⁴³⁷ Cano, José Luis (1974), “Rubén visto por Azorín”, *Españoles de dos siglos*, Seminarios y Ediciones, Madrid, disponible en www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/ruben-dario-visto-por-azorin/.

Azorín combina la primera con la tercera persona en sus crónicas de viajes por los balnearios (31 de agosto, “En Caldas de Oviedo. Todo es uno y lo mismo”) con los que sigue aprisionando sensaciones, el mundo poético del escritor, como en “En León. Sor Gabriela” (del 1 de septiembre, y de importante significado para Azorín puesto que lo insertó en *España. Hombres y paisajes* con el título “Horas de León”). En este último, Martínez Ruiz no presta atención a los monumentos sino al ambiente espiritual, a la ciudad como estado de ánimo, como las “ciudades muertas” de Rodenbach.

Pero en León no sucede nada de esto: no os encantan en la vieja ciudad sus monumentos; los palacios son raros; las calles están formadas por casas sencillas, pobres; si se exceptúa la catedral, nada hay aquí que no encontremos en cualquier diminuto y arcaico pueblo de las Castillas. Más el espíritu de la antigua España –y esto es el todo- se respira en estas callejas, en estos zaguanes sórdidos, en estas tiendecillas de abaceros y regatones, en estos obradores de alfayates y boneteros, en este ir y venir durante toda la mañana de nobles y varoniles rostros castellanos, llenos, serenos, y de caras femeninas pálidas, con anchos y luminosos ojos que traslucen ensueños. Yo he caminado absorto por estas calles.

Entonces el periodista alicantino encuentra por la calle una tarjeta que despierta su inspiración, y “el ensueño está en marcha. ¿Quién no hubiera echado a volar su fantasía ante esta tarjeta, encontrada en la desierta y vieja plazuela leonesa del Conde?”.

El viaje, las crónicas del verano, están a punto de finalizar con la apertura del nuevo ciclo político en el Congreso. Y lo hace Azorín en Mondariz (4 de septiembre) en el que recuerda los traslados que realizaba en *La ruta de Don Quijote* (su primera gran obra periodística y de viajes); y el 5 y 7 de septiembre con “Mondariz. Los portugueses” y “Mondariz. El buen doctor”, con un pasaje final revelador en el articulismo del periodista alicantino:

¿Qué fuerza incomprendida llevamos con nosotros? Hay hombres sabios, profundos, elocuentes, que han realizado grandes hazañas, que merecen nuestra admiración y nuestra gratitud y que, sin embargo, no nos conmueven; y hay otros hombres insignificantes, vulgares, que no han hecho nada, que no han pensado nada notable, y que, a pesar de todo, dejan en nuestro espíritu una huella luminosa, larga, inefable...

Fin del verano, crítica literaria y compromiso cultural

Azorín retoma su actividad periodística en *ABC* tras su viaje por los balnearios con “La fuerza del porvenir” (10 de septiembre). El periodista alicantino no encierra el artículo bajo una serie (igual que hiciera con “Silverio Lanza”, del 7 de julio) y lo

mismo va a ocurrir con toda su producción periodística en *ABC* hasta mediados de octubre de 1905 ante el reinicio de la actividad parlamentaria.

Este es un aspecto interesante ya que toda esta nueva relación de artículos podría estar perfectamente insertada en la de “Oráculo manual” (del 23 de junio al 6 de julio de 1905 en *ABC*). Sin embargo, Azorín lo descarta pese a sus similitudes ya que todos estos surgen a raíz de lecturas contemporáneas o ensoñaciones que derivan en ideas y preocupaciones del periodista alicantino; disquisiciones filosóficas, ensoñaciones, “notas de atardeceres” que diría Gómez de la Serna. Es más, como en “Oráculo manual”, estos artículos “dispersos” y sin clasificar en *ABC* van más allá de la función didáctica de las semblanzas de *Blanco y Negro*. Son artículos de compromiso en los que prima la divulgación cultural sobre la creación literaria.

De este modo, en “La fuerza del porvenir” (10 de septiembre), Azorín analiza el libro *La evolución de la materia* de Gustavo Le Bon desgranando distintas teorías y apuntes filosóficos, del mismo modo que se abre a ensoñaciones y sensaciones como las que despierta la lectura de *Five o'clock tea: colección de recetas para preparar bebidas, emparedados, bizcochos y tostadas para el té*, remitida por una escritora amateur inglesa (artículo “Five o'clock tea” del 11 de septiembre).

No son críticas corrientes las de Azorín, sino análisis y cuestiones que surgen a raíz de estas lecturas, que se mueven entre ensoñaciones y reflexiones propias del alicantino. No es tampoco, decíamos, una mirada didáctica como la que desarrolló en “Los amigos del museo” o “Los amigos literarios” de *Blanco y Negro*, (cabe recordar que los públicos han cambiado, ya no son los mismos), aunque sí destacan por su función cultural.

De este modo, y bajo esta misma línea de las publicaciones, escribe Azorín “Pedro Dorado” (12 de septiembre). Un elogio a su última obra, *Nuevos derroteros penales*, en el que se refiere a él mismo como “maestro” (fue su guía y faro académico cuando las dudas atormentaban al joven que aspiraba a ser periodista en Madrid) asegurando que se trata del “más ilustre discípulo que el maestro Montesquieu tiene en España”.

Con “Unamuno” (13 de septiembre) reivindica la obra del escritor, *Vida de Don Quijote y Sancho*, en su compromiso cultural por difundir aquellos libros que han pasado desapercibidos para la prensa, que es el medio que marca el devenir cultural de una época. Esta es una queja que el periodista alicantino viene realizando asiduamente en su producción cuando asume el rol de altavoz de aquellas obras que no tienen eco en las hojas volanderas. De ahí este artículo que, por otro lado, confirma su relación de amistad con Unamuno:

He aquí un caso interesante, extraño, único tal vez en la historia de nuestra literatura contemporánea: el caso de un libro hondo, sugestivo, originalísimo, escrito por un autor de gran prestigio, publicado con ocasión de una efeméride gloriosa, libro en que el autor ha puesto todas sus esperanzas y sus energías, y del cual, a pesar de todo, contra todo, ni la Prensa grande ni la chica rechista una palabra. Esto es lo acontecido (...).

¿A qué se debe este extraordinario fenómeno? Y el fenómeno tiene una segunda parte más interesante todavía; y es que mientras los periódicos hacen silencio en torno al libro, mientras las gentes profesionales enmudecen en tácita conjura, el libro va ganando poco a poco predicamento y va alcanzando una de esas reputaciones clandestinas, llena de atracción, llena de misterio, llena de peligro, que son precisamente las que de modo más eficaz hacen la fama de un autor y las que mejor pueden envanecerse.

Estos artículos en *ABC*, decíamos, están alejados de la acción informativa de las crónicas del “Viaje regio”; de la recreación literaria en los viajes por los balnearios de *Veraneo sentimental*; y por supuesto de la acción política en sus “Impresiones parlamentarias”. Son lo más parecido a “Oráculo manual” pero que Azorín desdeñó para encajarlos como “elementos independientes” en su quehacer filosófico, de compromiso y de divulgación cultural (que no divulgación didáctica o creación literaria, que serían los enmarcados en *Blanco y Negro*).

Esta divulgación cultural con nuevas disquisiciones filosóficas del “pequeño filósofo”, pues, se amplía en *ABC* con Edgar Allan Poe en “Liquor” (15 de septiembre) o bien en el homenaje que rinde a Francisco Navarro Ledesma (“Piedras de España”, del 16 de septiembre) por su obra *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, y que repite el 22 de septiembre “Navarro Ledesma” ante su precipitada muerte.

¿Qué misterio profundo es este de la muerte y de la vida? Nos sentimos repletos de alegría y de fuerza; pensamos en lo porvenir; hacemos despreocupados nuestra vida diaria; somos amados de los seres que nos rodean; las horas se deslizan para nosotros indiferentes, entre satisfacciones y contrariedades minúsculas... y un día un dolor imperceptible, algo que creemos momentáneo, pasajero, nos aparta repentinamente de la corriente del diario vivir. No es nada y, sin embargo, nuestros días han concluido; en el reloj misterioso de lo infinito, el acabamiento de nuestra vida ha sido señalado.

De este modo, en su compromiso cultural e intelectual, defiende una colocación natural e idónea para los cuadros del Museo del Prado (“En el Museo, del 18 de septiembre), de los autores y pintores que representan “el alma de España”. Un artículo semejante al que publicó con pseudónimo Pecuchet el 31 de enero de 1903 en *El Globo* bajo el mismo título “En el Museo”. Contenidos

semejantes, decíamos, hasta el punto que se emplean argumentos idénticos (la queja por la disposición de los cuadros), aunque es cierto que en el de *ABC* amengua el aspecto crítico, puesto que en *El Globo* la queja es mucho más punzante.

Con “La autoridad” (20 de septiembre) reemprende sus reflexiones a partir de lecturas (otra vez la de Gustavo Le Bon), con la que concluye: “El hombre es igual en todos los tiempos; cuatro, seis, diez, doce siglos no representan apenas nada en su evolución psicológica. Cambian las etiquetas y perduran las mismas cosas. Y todo esto indica que el hombre es un ser sugestionable”.

Efectivamente, el hombre es un ser sugestionable, y en esta sugestión nos conduce Azorín en su articulismo cultural y comprometido, reflexivo en las coordenadas del “pequeño filósofo”, que desprende igualmente una asombrosa erudición (que también documentación). Así la exhibe Martínez Ruiz en “La Mallorquina” (21 de septiembre) cuando cita a autores franceses que optan por nombres de protagonistas españoles “inauditos” en un artículo inspirado tras la lectura del *Mercure de France*.

El 24 de septiembre retoma el tema político que, al no encontrarse en el contexto de la actividad y acción parlamentaria, Azorín no aprisiona pues en sus conocidas “Impresiones parlamentarias”. Esto, pues, le concede una ventaja al poder insertar pasajes subjetivos, absoluta opinión, fuera ya del marco informativo de sus crónicas políticas (donde el periodista alicantino podía estar en cierto modo “atado” por los márgenes del género, aunque ya se ha visto que no siempre es así, y Martínez Ruiz cuela en sus “Impresiones parlamentarias” fragmentos más propios del editorial de un periódico que del espacio noticioso).

Bajo estas coordenadas publica “Los diputados” (24 de septiembre), con el que Azorín arremete contra la clase política en términos genéricos siempre (puesto que la línea editorial de *ABC*, y sobre todo su inclinación sobre los conservadores, ya era manifiesta). Esta crítica ya la había emprendido meses atrás, sobre todo cuanto recurre a los obreros, campesinos y los pueblos en sus “Impresiones parlamentarias”. Por todo ello, esta representa una novedad al tratarse de piezas sueltas e independientes, con inclusiones sobre la inspiración libresca (así lo reconoce Azorín quien alude a *Condiciones y semblanzas de los diputados a Cortes para la legislatura de 1820 y 1821*; y *Fisonomía natural y política de los procuradores en las Cortes de 1834, 1835 y 1836*).

Dentro de dos semanas van a abrirse las Cortes. ¿Para qué? Centenares de diputados, unos conocidos, otros desconocidos, entrarán en el salón de sesiones, charlarán, se sentarán en los viejos e incómodos escaños, caminarán por los pasillos, tornarán a entrar,

volverán a salir. ¿Para qué todas estas idas y venidas, andanzas, trápagos y charlas? ¿Qué han hecho los millares, millares y millares de diputados que han votado y revotado los españoles desde que por primera vez se congregaron las Cortes en una diminuta iglesia andaluza?

En cambio, de la crítica pasa Azorín a la ensoñación con “Un senador” (26 de septiembre) que surge a raíz de la aparición en las listas que traen los periódicos del obispo de Orihuela, “y que el cronista ha delineado antaño en las páginas del diminuto libro *Antonio Azorín*”.

“El espíritu de Grecia” (27 de septiembre) es una declaración de amor hacia el paisaje de Alicante y provincia, la tierra de Azorín, que nace por la lectura *Del vivir*, de su paisano Gabriel Miró. Resulta un artículo especialmente relevante en cuanto es la primera mención y cita a Miró, paisano de Martínez Ruiz, y con quien compartirá una gran amistad, y con quien se siente en sintonía por las características de su literatura paisajística, original, de sensaciones y clásicos. Así, como con Unamuno, como con Silverio Lanza, Azorín reivindica y destaca las obras que a su parecer merecen una distinción, un hueco en las páginas de *ABC* en su compromiso intelectual y cultural.

Un libro que llega hasta mi mesa, me trae una visión profunda de sus colinas y de sus huertos. Se titula *Del vivir*; quien lo ha trazado es un alicantino ilustre: Gabriel Miró. Todo el paisaje levantino vive con vida intensa en estas páginas. El autor es, ante todo, un paisajista; más un paisajista originalísimo, que se ha creado en la lectura de los clásicos (especialmente de Santa Teresa, la gran desarticuladora del idioma), un estilo conciso, descarnado, de piedra, reseco, que nota los detalles más exactos con una rigidez inaudita y que llega, en ocasiones, a producir en el lector una sensación extraordinaria de morbosidad y de inquietud... Yo envío mi saludo a este intérprete del gran pueblo: un hálito de la divina Grecia flota sobre sus campos y sobre sus poblados exultantes y claros.

Como ya hiciera en *Alma española* (“Taine”, del 10 de enero de 1904), Martínez Ruiz escribe “H. Taine” (29 de septiembre) para *ABC*, ahondando en sus influencias y referencias, en “su amor intenso a lo verdadero, su compenetración íntima con la Naturaleza”, o bien a su “celo inextinguible por los hechos pequeños, triviales, significativos” lo que ha permitido y originado en Taine textos que entran en “una era fecunda de realidad y de vida”.

La inspiración libresca sigue alimentando esta cadena de artículos dispersos, independientes, que se van sucediendo hasta la próxima apertura del ciclo político en el Parlamento. Hasta entonces, pues, Azorín continúa en sus disquisiciones filosóficas, muchas de ellas a colación de comentarios bibliográficos como en “Una antología” (30 de septiembre) con el que recomienda la obra de *Lectura literarias* de

Navarro Ledesma (es la tercera cita en apenas un mes tras dos escritos anteriores). Una obra que Azorín considera fundamental para el conocimiento de los clásicos: “Poned sobre vuestra mesa todos vosotros, periodistas, literatos, esta bella antología de Navarro Ledesma; leed de ella dos o tres páginas cada seis u ocho días. Y esto hará surgir giros impensados, cadencias elegantes, voces sonoras, modismos pintorescos en vuestras plumas”.

El compromiso cultural e intelectual, el que motiva a Azorín a rescatar obras que merecen un hueco en la prensa, o bien cuando asume el papel de altavoz para denunciar la mala praxis en la gestión cultural (véase “En el Museo”), el alicantino vuelve a las andadas con “En la Biblioteca” (3 de octubre). De este modo, Martínez Ruiz se queja de las distintas instancias y burocracias para acceder al repositorio bibliográfico de la Biblioteca Nacional, o bien las extrañas normas que impiden la lectura de periódicos en algunas salas. Para ello, el periodista hace uso de un humorismo irónico con el que ridiculizar la situación:

Y de pronto oímos a nuestras espaldas algo así como el resoplido tenue de una lechuza; pero en la Biblioteca no existen siniestras aves agoreras; esto ha sido indudablemente una ilusión nuestra. Y continuamos nuestra lectura. De nuevo el suave y misterioso resoplido suena a nuestras espaldas, y ya ahora, intrigados, alarmados, volvemos la cabeza. Es que nos llamaba un señor ante una mesa. Le miramos absortos, perplejos. Y él, lentamente, afablemente, nos lanza estas palabras: -No se puede leer.

Nuevas lecciones y reflexiones provocan las observaciones de Azorín como en “Compensación fatal” (5 de octubre); en “La cocina ideal” (6 de octubre) explora en la gastronomía literaria; en “El pesimismo” (8 de octubre) ahonda sobre la sugestión después de una revisión a las páginas escogidas de Chamfort publicadas por el *Mercure de France*; y en “Unos amigos...” (9 de octubre) ahonda en el sentimiento de la vida a partir de las arañas que nos recuerdan a las de *La voluntad*.

Estos artículos dispersos e independientes, entre disquisiciones filosóficas, motivados por la inspiración libresca, enfocados a la divulgación cultural y a su compromiso crítico e intelectual con España, y de amplio goce estético, con pasajes muchas veces de categoría poética, finalizan con la reactivación de la vida política en la cámara.

Vuelta a la actividad parlamentaria

“En el Senado. El señor Maura” (11 de octubre), Azorín informa de la apertura del nuevo ciclo político con una síntesis del líder conservador, cuya presencia adjetiva el alicantino de “vida, fuerza, plenitud, bienestar y satisfacción” cuando en

el discurso su voz es “firme, cortante como siempre”. Del bando contrario, en cambio, apenas aduce en *ABC* (de línea conservadora, que es la misma que comparte Martínez Ruiz) en este artículo que sirve de introducción a “Impresiones parlamentarias. La apertura” (12 de octubre).

Azorín retoma pues la crónica política donde prima el objetivo informativo. Y en “Impresiones parlamentarias. La apertura”, Martínez Ruiz expone la contrariedad de estar ante dos aperturas de ciclo político, una en el Congreso, y otra en el Senado, lo que también origina el tedio de los diputados presentes. Para ello, el alicantino describe a los gobernantes, quienes ocupan su lugar en la cámara, de lado o perfil, aburridos e incómodos, en una sala semivacía y fría, entre detalles que conducen a los lectores.

“¡Ábrase la sesión!”. Y esto trae el asombro a nuestros espíritus. ¿Qué sesión es la que se abre? ¿La del Senado o la del Congreso? Y si es a del Congreso, ¿cómo va a abrir el Rey después una cosa que ya está abierta? Nosotros observamos que todos estos señores que se han arrellanado en los sillones están un poco violentos; todos están sentados de medio lado, con las manos sobre los muslos, como los actores se ponen cuando quieren ridiculizar a los provincianos.

La anécdota o secundario en la crónica se vuelve así noticia. Es un recurso habitual en Azorín, cuando todo apunta a que nada relevante se produce en la cámara (especialmente ahora, en los inicios de la temporada política). Por eso Martínez Ruiz acude a la anécdota, en este caso al vestuario del Sr. Junoy, con la que aprovecha el alicantino para intercalar una digresión:

Y aquí entra la parte filosófica de nuestra crónica, que los espíritus frívolos pueden reputar por liviana. ¿Qué es la elegancia? ¿En qué consiste este algo inapreciable? Un hombre vulgar afirmaría desde luego que la elegancia estriba en un traje elegante; según esto la elegancia se puede adquirir en un momento por cualquier advenedizo en una buena sastrería. Y no hay nada más falso. La elegancia no es sólo el traje: es una perfecta y espontánea sincronía entre el indumento, el gesto, los movimientos, la manera de andar, las inflexiones de la voz.

A falta todavía de noticias candentes en la cámara, Azorín traza un perfil con elogios sobre Rodríguez Arciniaga (“Impresiones parlamentarias. Un hombre ilustre”, del 14 de octubre) y otro sobre el marqués de la Vega de Armijo cuando ocupa la presidencia de la Cámara baja (“Impresiones parlamentarias. El Sr. Presidente”, del 15 de octubre).

De este modo, no será hasta el 17 de octubre cuando con título irónico y ácido (“Impresiones parlamentarias. Diputados: el país os aplaude”), Azorín denuncia las discusiones banales entre los diputados, que atienden a asuntos

desprovistos de interés, por lo que pone en entredicho la efectividad de los gobernantes en sus decisiones.

El espectáculo es ameno; el país está completamente satisfecho y sentirá una viva complacencia al enterarse de que sus representantes han gastado una hora en dilucidar si tres ciudadanos de Toledo dieron o no –cosa inaudita- una papeleta electoral por veinte reales. Diputados: yo os lo aseguro; el país comienza a aplaudiros.

“Impresiones parlamentarias. Figuras del retablo” (18 de octubre), Azorín hace uso de símiles para reflejar el momento y estado de las intervenciones políticas en la cámara baja. Por eso, señala que “los lápices reposan en la tribuna de la Prensa” cuando interviene Isabal, del bando republicano (una vez más). Es un claro indicativo con el que influir al lector ante un discurso (se deduce en lo dicho por Martínez Ruiz) que no ha sido precisamente un éxito:

¿No ha sido el señor Isabal un notabilísimo orador en Zaragoza? Lo ha sido indudablemente; nosotros sentimos por él un vivo afecto. Pero los años han transcurrido; las ilusiones de la juventud se han disipado, y ahora, ya con algo de nieve en la cabeza, un poco contristado, el Sr. Isabal ha comprendido que las galas de la oratoria son pompas mundanas, tan efímeras y deleznable como las otras, y se limita aquí, en el Parlamento, a exponer sus ideas sin brillantez, sin ardimiento y sin amenidad.

Azorín advierte que cuando el señor Garnica va a comenzar la sesión, no había ningún representante del país sentado en los escaños (“Impresiones parlamentarias. Palabras y palabras”, del 19 de octubre). En otra ocasión, el periodista alicantino alerta en una digresión de las malas prácticas de los gobernantes cuyas decisiones pueden dañar “las esperanzas de regeneración electoral”, anota el 20 de octubre (“Impresiones parlamentarias. La amena discusión”) cuando se aplica un censo incorrecto de 1904 en Valladolid.

Martínez Ruiz trabaja estas crónicas en muchas ocasiones dirigiéndose al lector, otorgándole un papel protagonista para que se implique en su lectura, invitándole a la reflexión. Pero también, en otros pasajes, advierte a los políticos, diputados y parlamentarios, afeándoles sus discursos o bien sus maneras de vestir:

Y en lo que atañe al arte de hablar, ya Cicerón dio también la fórmula precisa cuando escribió en su *Diálogo del orador* que “el más grande defecto en oratoria es no hablar como los demás hablan”. Y dicho se está que quedan condenados con esto los gritos, los manoteos excesivos, los golpes sobre el pupitre, el cruzar los brazos sobre el pecho con arrogancia o el colgar los pulgares –horror de horrores- en las aberturas del chaleco.

Estas últimas crónicas se distinguen principalmente por el enfoque informativo, que Azorín sí centra y destaca: “La nota de la sesión de ayer la ha

constituido la discusión del acta de Linares”, escribe en “Impresiones parlamentarias. Los compañeros” (21 de octubre) para introducir el relato de los hechos.

En otras, en cambio, aborda comentarios u observaciones que le sirven para confeccionar el artículo a falta, seguro, de importantes discursos o polémicas en la cámara. “No ha sucedido nada ayer tarde. No había sino dos o tres diputados en los escaños; las tribunas estaban desiertas; los taquígrafos, en su mesilla, con la cabeza apoyada en la mano, paseaban una mirada de aburrimiento por los bancos solitarios”, anota el alicantino al día siguiente (“Impresiones parlamentarias. Suspensión de sesiones”, del 22 de octubre) en un perfecto ejemplo puesto que aquí, esta vez, Azorín se bifurca del aspecto informativo (intrascendente) por lo que “no pasa nada” y “todo nos parece bien esta tarde” respecto a una breve intervención del Sr. Junoy.

La visita oficial el presidente de la República francesa a España, Émile Loubet, corta momentáneamente la serie “Impresiones parlamentarias” de Azorín. Eso se detecta al primer golpe de vista de este texto en el que predominan las notas literarias para informar al lector, sobre todo cuando el periodista alicantino recoge las impresiones de un obrero, de una viejecita y un campesino (el mejor resumen de España para el alicantino) sobre este encuentro oficial.

Esta estructura conecta con la empleada en las crónicas del “Viaje regio” cuando Azorín trata de aprisionar lo que va más allá de la noticia, es decir, la opinión y pareceres del pueblo (como hiciera con ingleses o franceses en Londres o París), buscando e indagando al otro lado del foco y protagonismo informativo. Un estilo que en “El presidente ha pasado” (24 de octubre) recuerda a las actuales “contracrónicas”.

Precisamente esta construcción del relato se asemeja a la de “Con la señora Du Gast” (25 de octubre) en el que los recursos literarios predominan para aprisionar el ambiente (“nada hay más melancólico y desolador que este paisaje”), y en el que tampoco faltan apuntes culturales (Goya, el Greco, Larra, Teresa de Jesús); y, por supuesto, obreros y campesinos. Lo hace montado en coche Azorín junto a Camille Du Gast, toda una celebridad en Francia, la única dirigente femenina del Club Automovilístico Francés siendo la segunda mujer en competir en una carrera automovilística internacional.

Sorprende que Azorín no haya dedicado ni una sola frase en su artículo a la condición feminista de Du Gast, una de las más revolucionarias de su época. Sobre todo si recordamos el papel defensor de la mujer que adoptó el alicantino, muy

especialmente en sus artículos en *El País*. Así pues, sobre cualquier reivindicación, el alicantino traza un artículo literario y cultural.

Retoma nuevamente Azorín las tareas informativas en el Parlamento y, para ello, traslada la acción a los pasillos del Congreso si el asunto lo requiere. Es, pues, lo que acontece en “Impresiones parlamentarias. Elaboración inesperada de un precedente” (29 de octubre). El Gobierno está en crisis, y el alicantino describe el ambiente de incertidumbre entre constantes preguntas sin respuesta. La literatura entonces queda desplazada para dar presencia a la información entre recursos con los que Azorín va elevando la tensión, que es la misma que él siente y palpa.

Y todos tornábamos a caminar, desorientarnos, inquietos, de una parte a otra. El señor Moret ha pasado rápidamente por el pasillo y ha penetrado en el despacho del presidente de la Cámara; ha redoblado los cuchicheos en los grupos.

- ¿Qué sucede? –oíamos preguntar.

- Nada –se contestaba- que Moret va a conferenciar con Vega Armijo.

Esto era estupendo; el Sr. Moret iba a encerrarse con el Sr. Presidente y los dos, mano a mano, a solas, como dos sacerdotes supremos en un santuario, hablarían largamente del caso. ¿Suspenderán o no suspenderá la Cámara sus tareas? ¿Qué es lo que dirá el Sr. Moret? ¿Qué es lo que replicará, gravemente, con energía, mientras se acaricia sus patillas blancas, el señor marqués de la Vega de Armijo? Ya el conflicto va tomando caracteres de una gravedad suma.

Nuevamente Azorín exhibe su actitud crítica ante el poder en “Impresiones parlamentarias. El viejecito que quiere irse” (1 de noviembre) cuando avisa del espectáculo del parlamento, poco efectiva para el ciudadano; y el 4 de noviembre (“Impresiones parlamentarias. Pláticas no gloriosas”) resalta la conversación estúpida entre dos diputados en las Cortes con las que concluye Azorín lo poco gloriosos que son nuestros representantes. En cambio, el 3 de noviembre, con “Impresiones parlamentarias. Historia lamentable de un juez municipal”, trabaja como en una especie de cuento, de minirrelato, la historia del juez Gil Roger que aspiraba a ser diputado.

El 31 de octubre, Martínez Ruiz publica un artículo significativo dedicado a “Los Maeztu”, en el que aprovecha para arremeter contra la “gente vieja” que no entendía el compromiso con España de los jóvenes, quienes a su vez han inaugurado una nueva etapa con los clásicos, desempolvando sus obras de los libros, sacándolos del olvido. Es, en otras palabras, la generación que Azorín vislumbra en autores como Unamuno y Maeztu en su compromiso cultural e intelectual con España.

Porque ocurre –y esto es lo peregrino- que esta generación que se extiende desde 1845 hasta fines de siglo XIX ha sido a pesar de sus protestas de patriotismo, a pesar de sus idas, venidas y afanes múltiples para hacer feliz a España (por medio de motines, conspiraciones, partidos, discursos y manifiestos, claro está); ha sido, repetimos, la que menos idea ha tenido del país en que vivía, de sus tradiciones, de su arte y de su lengua. Y ha sido preciso –y aquí está lo curioso del caso- que llegara a la vida del espíritu la actual juventud, tachada por sus antecesores de demoledora e iconoclasta –otro es el absurdo epíteto empleado- para que se inaugure una era de amor a los clásicos; para que éstos sean leídos y comentados; para que poetas primitivos admirables, como Berceo y Juan Ruiz, olvidados enteramente, gocen entre nosotros de tanta familiaridad como nuestros coetáneos y se desentierren de sus versos giros y vocablos que vuelven a entrar en circulación; y para que finalmente, y esto se debe a Miguel de Unamuno, comience una revisión seria de estos mismos clásicos, y sean relegados a segundo término muchos que estaban en primeros, y sacados a plena luz otros que injustamente se hallaban sumidos en la penumbra... En esta obra ha trabajado Ramiro de Maeztu; su amor a España, su preocupación por los problemas actuales y su inquietud por el porvenir están patentes en sus artículos.

Las críticas de Azorín no solo se vierten sobre el desinterés político, la falta de efectividad en la toma de decisiones que lleguen al ciudadano de a pie o las eternas discusiones que no van a parar a ningún lado donde la política pierde seriedad transformada pues en un mero espectáculo. El periodista alicantino denuncia incluso las presiones que ejerce en determinadas ocasiones el poder. Así queda registrado en la crónica “Impresiones parlamentarias. Los terrores de un notario” (7 de noviembre), en el que Azorín toma nota de las peticiones del diputado republicano Junoy que, por otro lado, asoma el perfil más independiente de Azorín en su labor informativa:

Y, otra vez, lleno de mansedumbre y de afabilidad, tornó el señor republicano a casa del notario. Y entonces, este notario, cansado de tantas visitas, de tantas peticiones y en un momento de sinceridad, bien encerrado en su despacho, a solas con el señor republicano, le confesó a éste que no le entregaba las actas porque de éstas resultaban graves cargos contra el candidato triunfante. “Y claro está –añadía el prudente notario- que yo tengo un miedo horrible, un miedo espantoso, a que el Gobierno se ensañe conmigo porque he atestado estas cosas contra uno de sus amigos”.

En esta misma línea se mueve “Impresiones parlamentarias. La tarde estaba gris” (8 de noviembre), cuando Azorín informa de las palabras del diputado Martín Sánchez, quien asegura que en España se compran votos como quien compra un automóvil o un caballo. Otras veces son las discusiones banales, de poca importancia, que solo agotan tiempo, las que cubre Martínez Ruiz alertando de la falta de atención a la sociedad (9 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Unos

términos pasionales”). Lo hace Azorín recogiendo declaraciones de los diputados que sirven para contextualizar y apoyar sus argumentos al lector, por lo que no siempre se centra en el ambiente. Sí que oía⁴³⁸, por tanto, y sí que subía a la tribuna⁴³⁹ y tomaba notas. Aunque eso no choca con que, otras veces, tal y como hemos podido comprobar, el periodista alicantino se centrara en el ambiente como hecho informativo; o bien en personajes secundarios en la cámara alta, como ujieres, secretarios o el público (en “Impresiones parlamentarias. El cronista no tiene humor”, del 11 de noviembre, desvía su atención a una mujer espectadora del hemicycle, en el Parlamento, lo que denota lo aburrida de la sesión). En otras palabras: el periodista alicantino se servía de unos u otros instrumentos según le convenía para la redacción de las crónicas.

Así pues, el 10 de noviembre de 1905, *La Correspondencia de España* difunde la adhesión de Azorín al homenaje que se le dispensa a Navarro Ledesma en el Ateneo de Madrid (puesto que fue su presidente). El alicantino ya había señalado en *ABC* el dolor de su pérdida (22 de septiembre), aunque vuelve igualmente a rendirle homenaje en *La Correspondencia de España* destacando su papel de intelectual comprometido con el país en su papel de viajante y conocedor de los pueblos.

Nuestro amigo estudió la historia de su patria; viajó por los pueblos modestos; habló con los labriegos y con los artesanos; recogió su manera de pensar y sentir, y de este comercio íntimo con la realidad brotaron páginas llenas de hondo y bello sentido de la vida nacional.

La muerte cortó la vida de nuestro compañero cuando gran parte de su obra estaba por realizar. Tengamos para él, siempre que pensemos en la tierra española, un recuerdo sincero.

El 10 y 12 de noviembre se produce un caso interesante. Por un lado, en “Impresiones parlamentarias. Un momento agradable” (del 10 de noviembre), Azorín realiza una semblanza aduladora de Gabriel Maura Gamazo (el hijo de Antonio Maura), en sintonía con la línea editorial de *ABC* y en unos elogios que, semanas atrás, ya había repetido en cierto modo en “Oráculo manual. La conquista de España” (3 de julio de 1905) por la publicación de *La cuestión de Marruecos*.

La Cámara entera escucha con profunda, con cordialísima simpatía al Señor Maura Gamazo. No hay nada de incorrecto, de extemporáneo y de chabacano en su palabra; el ademán, el gesto y las inflexiones de la voz marchan acordes con el asunto que se expone y con el momento y el sitio en que se expone. Y cuando el orador ha concluido su discurso,

⁴³⁸ Ferrándiz Lozano, José (2007), ed. cit., pág. 173.

⁴³⁹ Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., pág. 151.

han resonado unos murmullos de aprobación -¡bien, bien!- en todos los escaños...

Sin embargo, estos apuntes adulatorios debieron enojar a los adversarios de los conservadores en la cámara, lo que motiva que en “Impresiones parlamentarias. Memorable enseñanza” (12 de noviembre), el periodista alicantino recalque su posición imparcial en el género de la crónica política: “La sesión de ayer podemos marcarla con piedra blanca: pondremos toda nuestra ecuanimidad al relatarla”. De este modo, en una estrategia con la que librarse de acusaciones que pongan en cuestión la rigurosidad profesional de su quehacer periodístico, dedica elogios al republicano Salmerón como antes lo hizo con Maura Gamazo:

No es posible expresar en pocas palabras el estado de espíritu, la psicología especialísima de un orador como el señor Salmerón en estos momentos; el insigne repúblico no es un orador en frío, lo es en caliente, de inspiración, de arrebató súbito. Y cuando este instante llega, todo parece que vibra al unísono en su persona; el organismo entero sufre una especie de hiperestesia, de aumento momentáneo y agudo de sensibilidad, y los gestos, los movimientos, las palabras son dictadas por la fuerza inexplorada y poderosa de lo subconsciente.

Azorín, testigo de la vida política, insiste en su perfil ecuánime e imparcial (que en absoluto siempre cumple) ya que “no nos toca a nosotros, meros espectadores, aprobar o reprobar las duras frases empleadas por el ilustre orador en su discurso”. Y concluye con un cruce de declaraciones políticas, de uno u otro bando, con el que mete a todos en el mismo frente, sin distinción de ideologías: “Y todo esto ha durado dos o tres horas. Hemos asistido fríamente a esta discusión. Unos señores han acusado a otros de tales y cuales manejos; los otros han acusado a estos de los mismos procedimientos. Tal vez un espíritu observador hubiera sacado de esta charla la enseñanza de que todos son unos y los mismos...”.

El 13 de noviembre hace un hueco a sus “Impresiones parlamentarias” para analizar la última obra de Baroja con “Un libro aristocrático” (Azorín intercala la crítica literaria con su labor de política informativa en *ABC*). Y, además, como ya hiciera con Unamuno, Silverio Lanza o Gabriel Miró, reclama que la prensa atienda a las novedades literarias (su compromiso con la divulgación cultural es total):

Esto no es un estudio; es una sencilla noticia. Se trata de la última novela de Pío Baroja *La feria de los discretos*. Y si contra nuestra voluntad los “trabajos” parlamentarios nos han impedido escribir estas líneas hace seis u ocho días, el mismo en que el libro apareció en las librerías, esta breve dilación ha servido para que podamos hablar una vez más de un extraño fenómeno que se viene repitiendo desde hace años. (...) El libro de Pío Baroja, apenas puesto a la venta, constituye ya un éxito extraordinario. Y, sin embargo, los periódicos no han escrito

todavía sobre él ni una sencilla línea. Y esto demuestra que en el ambiente literario moderno existen libros a los cuales saluda la Prensa a coro con elogios calurosos (...) existen otros, repetimos, los cuales no son coreados por los periódicos.

Azorín mantiene que él es un espectador de los acontecimientos políticos, pero realmente no es así. El periodista alicantino es un crítico observador de la vida política, cuya independencia depende de la línea editorial del medio en el que trabaja (en este caso, la conservadora de *ABC*). Es más, algunas de estas crónicas cuentan con un rasgo más editorialista que informativo, con el que Martínez Ruiz pretende influir en la opinión pública. Así, en “Impresiones parlamentarias. Breve advenimiento a un joven diputado que aún no tiene la edad” (17 de noviembre), reclama la necesidad de jóvenes valientes para la acción política, dispuestos a poner su verdad por encima de cualquier cargo o asignación con que se le pueda premiar a cambio de su silencio. Por todo ello, Azorín denuncia una vez más el abuso y poderes que pueden llegar a asumir en este sentido los gobiernos y gobernantes (y que él mismo sufrió cuando fue despedido de *El Imparcial*). El artículo es revelador ya que Martínez Ruiz considera indispensables asumir las ideas de patria, clásicos literarios y viajes por los pueblos para ser un buen mandatario político:

Y lo primero que has de hacer es exaltar a todo trance, con todos los motivos, la idea de patria: la patria ha de ser la plataforma sobre la que tú te empines. Medito en tu casa comfortable, pasando el tiempo unas veces en el Congreso, otras en alguna amena tertulia y otras –por no hacer larga esta enumeración, en algún coliseo, la patria será para ti una abstracción, una idea, algo que no tiene realidad y que se supone de una porción de tópicos que nuestros padres no han legado y que nosotros debemos conservar. (...) Si has de pronunciar algún discurso en que salga a colación la historia de España, tú dirás que Fernando e Isabel hicieron la unidad nacional y que de esta unidad arranca el engrandecimiento de nuestra nacionalidad. Ya sé que a ti te consta lo contrario y que opinas que nuestra decadencia desdichada comienza en el mismo punto en que estos reyes suben al solio: pero, ¿es, joven amigo, que no quieres llegar a director general, subsecretario o ministro? ¿Es que quieres, buscando ideas absurdas, que los hombres formales te desestimen?

Además, Martínez Ruiz aprovecha sus artículos en *ABC* para “vender” sus logros como periodista (siempre fue un propagandista de sus ideas en la prensa, como igualmente se encargó de la difusión de sus libros en las hojas volanderas a modo de promoción). Por eso, una vez más, recuerda el legado de los “jóvenes” escritores y periodistas por el rescate de artistas y clásicos denostados:

Yo te diré en resumen, por lo que toca a esto, que tú habrás oído decir que andan por ahí unos jóvenes diciendo que es preciso hacer una

revisión de nuestros viejos valores literarios; ya sé también que tú opinarás que los juicios de los hombres no son definitivos, que la vida de la materia, como la del espíritu, es una elaboración continua, y que con criterio más sereno, más desapasionado que el de los coetáneos de un autor, puede colocar a este autor en otra categoría que aquella en que sus coetáneos le colocaron. Así, tú acaso sepas, por citarte algunos ejemplos, entre otros muchos, que grandes artistas y escritores, como Gracián y como el Greco, han sido constantemente negados y maltratados, durante dos o tres siglos, hasta que se les ha hecho justicia en nuestros días; y quizá no se te oculte tampoco que, a la inversa, nadie se acuerda ya de un Sr. Montiano y Luyando, autor de unas tragedias de las que el P. Isla –eminente autoridad literaria en su tiempo- dice, en el prólogo a su traducción del *Año cristiano*, que eran tan buenas como las de Sófocles.

Y, por supuesto, recalca la importancia de viajar y conocer España, para así adentrarse en la problemática de los pueblos y denunciar, por ejemplo, la falta de solidaridad entre las distintas regiones. El tono jocoso e irónico del pasaje es especialmente llamativo:

Y dicho se está que no pasa por mi imaginación la idea de que viajes y conozcas el país en que vives. No, no; procura no hacer esto jamás. ¿No hemos dicho antes que tú eres un ferviente patriota? Tú, joven amigo, no irás por los pueblos modestos; no hablarás tampoco con los labriegos y artesanos, que son los que dan la savia a España; no inquirirás lo que piensan ni lo que dicen; no entrarás en sus mechinales y sus zahúrdas; no observarás cómo benefician sus tierras ni qué es lo que ellos dicen que necesitan para que estos campos produzcan más; no observarás, en suma, lo que es y lo que piensa la nación española, ni dirás después sencillamente las corruptelas, las supersticiones, el fanatismo, el atraso y la miseria que has observado, juntamente con lo bueno que este pueblo atesora. ¿Para qué te vas a molestar, joven amigo, marchando como un azacán de un lado para otro, por llanos y montañas? Unas cuantas hipérboles te bastarán para conseguir el resultado apetecido.

El marqués de la Vega de Armijo (Antonio de Aguilar Correa) asume la presidencia en el nuevo ciclo político (“Impresiones parlamentarias. Constitución del Congreso”, del 19 de noviembre) en un tono de aprobación de Azorín que extrapola a la presentación de los presupuestos del nuevo ministro de Hacienda (“Impresiones parlamentarias. El discurso del señor Echegaray”, del 21 de noviembre).

En “Impresiones parlamentarias. Una elegía” (22 de noviembre), la muerte de Villaverde lleva a Azorín la inclusión de una digresión sobre la vida, sobre los misterios y destinos de la vida:

¿Qué queda de aquel hombre excelente, afable, candoroso, que se llamó el Sr. Villaverde? La vida es breve; pasan rápidamente los hombres y las cosas; famas que creíamos imperecederas se deshacen;

lo que hoy llena el mundo con su prestigio es desconocido en el transcurso de breves años, cuando otras gentes de otras mentalidades y de otros ideales nos suceden. ¿Quién recuerda tantos y tantos oradores, tantos y tantos personajes políticos como han pasado por nuestro suelo durante una centuria? Sus retratos, desteñidos, que hoy vemos, traen a nuestro espíritu sensaciones extrañas, casi dolorosas, que tal vez no amamos, y del que, sin embargo, hemos recibido la vida. La cadena de los seres marcha hacia lo infinito. Y esta rigurosa concatenación de unas generaciones con otras, este legado espiritual que unos a otros nos transmitimos, es la verdadera, la perdurable inmortalidad. Tengamos un recuerdo para este antecesor nuestro: fue un hombre bien intencionado. Y continuemos después en nuestro camino hacia lo desconocido.

La actualidad en la campaña nacionalista en Cataluña queda registrada por Azorín en “Impresiones parlamentarias. Los regionalistas” (23 de noviembre) cuando los cánticos contra España y por una Cuba libre provocan profundos debates en la cámara baja, lo que indujo al periodista alicantino a redactar un texto con tintes editorialistas con el que reprocha a los políticos su falta de talante ante estos acontecimientos:

Ellos (los políticos) hubieran podido protestar en primer término y muy calurosamente de los gritos atentatorios a la Patria lanzados en Barcelona; ellos hubieran demostrado que el regionalismo, lejos de relajar los vínculos de hermandad que unen a las regiones españolas, los fortalecen; ellos hubieran hecho observar que el mismo espíritu de protesta que a ellos los anima contra una funesta política de decadencia y de artificio, debe animar a todos los hermanos españoles, a gallegos lo mismo que a andaluces, a castellanos lo mismo que a extremeños; ellos, finalmente, hubieran hecho ver al país que no todos los que hablan enfáticamente de patriotismo son patriotas y que muchos de los que traen y llevan en sus labios con loores mentidos la Patria, han colaborado a su ruina.

Este fue el primer artículo en *ABC* de Azorín sobre Cataluña, aunque no es ni mucho menos una excepción en su trayectoria. De hecho, ya en *El Progreso* (21 de febrero de 1898) señaló que en la revista *Catalonia* está “todo lo mejor de Cataluña, que es como decir de España”; y el 3 de marzo de 1898, también en *El Progreso*, elogió el ambiente intelectual catalán contra el retraído de Madrid. Para Azorín, Cataluña era una tierra “viva y próspera” (19 de marzo de 1900, *Madrid Cómico*), trabajó y colaboró para un diario catalán (*Las Noticias*, de abril a junio de 1901) e incluso defendió la lengua catalana o la sensibilidad hacia su cultura y pueblo en *El Globo* (29 y 30 de noviembre de 1902, “Vida parlamentaria. Sigue el ameno torneo” y “Vida parlamentaria. Los catalanes”; y 2 de diciembre de 1902, “Vida parlamentaria”).

Azorín sigue pues con sus crónicas políticas en las que no se ausenta el humor (reprocha a los académicos que no conozcan el significado de forcel -25 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Amena poliantea”-) que viene a ser una continuación de la escasa querencia que siente el alicantino por la RAE. Además, Azorín define la sesión del 26 de noviembre (“Impresiones parlamentarias. Segunda de mensaje”) como “doctrinal” ya que en ella “no ha habido ni un átomo de ideas”

El debate secesionista se agiganta en las crónicas políticas, especialmente cuando en este mes de noviembre de 1905 se produce en Barcelona el asalto de 300 militares a las redacciones de los periódicos de *Cu-Cut!* y *La Veu de Catalunya*, publicaciones de la Lliga Regionalista, tras la inclusión en sus páginas de viñetas satíricas contra el Ejército por su actuación en la crisis del 98. Esta controversia condiciona la actualidad política con la que el periodista alicantino trata de aportar el máximo número de puntos de vista, aunque su favoritismo por Maura sea clarividente: “No hay en nuestro Parlamento –a excepción de la del señor Maura– una palabra más fluida, más elegante y más limpia que la del Sr. Álvarez; su oratoria y la del Sr. Maura, son las dos oratorias verdaderamente modernas de nuestras Cortes”. (“Impresiones parlamentarias. El mejor de los mundos”, 28 de noviembre).

El papel del Ejército en el Estado es sometido a debate entre los parlamentarios (y del que Azorín se muestra total defensor, puesto que sin ejército no existe nacionalidad, señala), cuando estas intervenciones le hacen reflexionar sobre el retroceso de la oratoria entre los diputados e introduce para ello una amplia digresión. Lo hace, cuenta el alicantino, por su deseo de influir entre pasajes subjetivos o editorialistas ya que “políticos o escritores, pretendemos guiar la conciencia colectiva” (“Impresiones parlamentarias. El verdadero mal”, del 30 de noviembre).

Y cuando nosotros abandonábamos la Cámara sentíamos una íntima tristeza. Y pensábamos que el verdadero mal está precisamente en este Parlamento palabrero, retórico, sutilizador, ergotista; en este olvido de la reciente lección que hemos recibido del Desastre; en este perdurar funesto en las corruptelas seculares; en esta vida de irrealidad y de abstracciones en que permanecemos los que, políticos o escritores, pretendemos guiar la conciencia colectiva; en este descuido que patentizamos junto a nuestros compatriotas que en Andalucía, en Levante, en las Castillas o en Galicia conllevan una vida de angustias; en esta inconsciencia, finalmente, con que, sin comunicar con el pueblo, sin salir de las covachuelas burocráticas en que vivimos, sin bajar hasta la masa, modestamente, ignoradamente, a inquirir sus aspiraciones, sus necesidades, sus dolores, sus esperanzas, sus afanes, queremos resolver en el problema de sus conciencias y de sus

sentimientos –cosa tan santa- con la rigidez, con la impasibilidad, con la frialdad, con que un matemático dispone de sus números.

Cuando no saltan las noticias, cabe buscarlas. Es lo que trabaja Martínez Ruiz el 2 de diciembre (“Impresiones parlamentarias. No hay sesión”) cuando directamente se dirige Azorín con la pregunta: “¿Hay crisis?”. Entonces, alrededor de la respuesta, de los interrogantes, fabrica una crónica en la que aporta la incertidumbre que se vive en el Congreso por estas informaciones. Así, en otras ocasiones, hace uso de escritores como Larra para arremeter contra la clase política, (“Impresiones parlamentarias. La cultura de los políticos”, del 6 de diciembre), cuando les recuerda –a los gobernantes- la importancia de estar culturalmente bien formados:

No, no miremos a Francia, a Inglaterra y a Bélgica; lo que conviene en una latitud no conviene en otra; lo que en una nación es saludable, en otra es funesto. Tomar una doctrina fabricada por extrañas y lejanas mentalidades y pretender aplicarla velis nolis a gentes nacidas bajo otros cielos, es una de las obras más funestas, más bárbaras que puede un gobernante realizar. Y lo que ha de hacer un político –ese es el primero de sus deberes- es estudiar las tradiciones de su patria; la lengua, el arte y la literatura, que los políticos, sobre todo, descuidan; el derecho consuetudinario; la historia; los hábitos locales; la manera de vivir del pueblo; sus ideas y sus sentimientos respecto a los problemas graves de la vida. Y cuando el político haya hecho esto, entonces podrá saber qué instituciones, qué leyes, conviven a su Patria, y no vivirá –como ahora- entre entelequias y abstracciones, ni pretenderá contarnos lo que sucede en Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra o Bélgica.

La actividad parlamentaria, y las noticias especialmente destacables, amenguan en diciembre. Solo la polémica en Barcelona, sobre el levantamiento secesionista, suscita debates relativamente airados en la cámara baja (“Impresiones parlamentarias. El gobernador de Barcelona”, del 10 de diciembre), donde Azorín sigue la actitud impecable de Maura con la de otros diputados: “el Sr. Moret hace demasiados aspavientos, gestos, ademanes, señales, espantos en el banco azul; no estamos ya ante la impasibilidad aristocrática y elegantemente desdeñosa del Sr. Maura”.

Se avencinan pues las Navidades, y los textos son también más condensados, en crónicas con las que Azorín continúa dando a conocer sus opiniones, o bien pasajes subjetivos que sirven de editorial. Así lo hace el 13 de diciembre (“Impresiones parlamentarias. Un recuerdo para Hobbes”):

Nosotros deducimos de todo esto que en nuestro país hace falta una dirección fuerte, imperativa, inexorable; nosotros no prestamos una gran importancia a las cosas que nos han enseñado en las Universidades sobre la relación y juego armónico de los poderes; no

concedemos tampoco valor ninguno a las reclamaciones que sobre el mismo tema lanzan los parlamentarios doctrinales; hemos leído el *Leviatán*, de Tomás Hobbes (que vale algo más que el Derecho político del señor Santamaría o el del Señor Mellado); ponemos la realidad por encima de los textos y de las doctrinas; y sabemos, en definitiva, que no puede haber Estado sin una autoridad suprema e inquebrantable, y que esta autoridad da lo mismo que sea rey, ejército o Poder civil.

De este modo, otras veces exhibe en una construcción original una crónica en la que el periodista alicantino expone los amplísimos discursos de algunos diputados con resultados pocos efectistas. Eso lo hace Azorín cuando anota resumidamente todos los temas abordados hasta que al final, con tono irónico, escribe el alicantino: “El Sr. Morote se proponía con todo esto –es preciso decirlo– defender un voto particular relativo a un capítulo de los presupuestos generales del Estado” (“Impresiones parlamentarias. Las grandiosas Américas”, del 16 de diciembre).

Críticas que continúan el 17 de diciembre, en “Impresiones parlamentarias. Una sesión movida”, cuando ataca a los políticos que presionan o ponen en entredicho la labor de la prensa:

El Sr. Osma tuvo en su réplica unos plañidos enderezados a la Prensa; nosotros no contestamos nada por nuestra parte; censuramos nosotros a los políticos y no hemos de regatearles a ellos su derecho a correspondernos en la censura. Nos pasamos la vida pregonando en nuestros periódicos que todo se puede discutir, ¿y no toleraremos que se nos discuta a nosotros? Los Señores Gasset y Romedo han pronunciado breves frases en defensa de los periódicos. Y con esto se ha dado por concluso el debate.

De hecho, de este artículo, sabemos por la carta (del 17 de diciembre⁴⁴⁰) que Azorín le remite a Gabriel Maura, que *ABC* le censuró (o bien eliminó estos pasajes por falta de espacio en la maqueta), en los que se refería a Antonio Maura:

Mi querido amigo:

Me he quedado estupefacto al abrir esta mañana el *ABC* y ver que en mi crónica habían suprimido en redondo toda la parte dedicada a su padre y en la que yo hacía ver que lo importante era lo que él llevó a la Cámara y no la monserga de Soriano. Estoy indignado: esto es intolerable.

¿No habrá ningún periódico dónde poder escribir libremente sin mentiras?

El humor es un mecanismo que emplea Martínez Ruiz para sus crónicas. De hecho, ya hemos hecho alusión a algún texto en el que Azorín recurre a la ironía o al sarcasmo. Así, por ejemplo, el 28 de diciembre, en “Impresiones parlamentarias.

⁴⁴⁰ Robles, Laureano (1986), ed. cit., pág. 270.

Ligeras y vaguedades”, vuelve a las andadas con un comentario final en el que aflora el fino humor de Azorín: “Y el señor Montes Sierra iba a contarnos otra vez lo ocurrido en la bella ciudad y a poner las cosas en su punto. Y el señor Montes Sierra se proponía ser muy breve; nosotros cuando un orador anuncia la Cámara que se propone ser muy breve, experimentamos una inquietud”.

De este modo, el 30 de diciembre, con “Impresiones parlamentarias. Amena tarde”, Azorín construye un original texto en el que, involucrándose a sí mismo, como un personaje más, informa sobre el aspecto descuidado en el vestuario del ministro. Recomendaciones y análisis que viene realizando desde sus inicios en ABC, puesto que también ha recomendado lecturas a los diputados, o bien les ha recordado (varias veces) la necesidad de síntesis en la oratoria:

Absortos nos hallábamnos nosotros ante este agradable espectáculo, cuando un ujier nos ha tocado ligeramente en la espalda y nos ha preguntado: “¿El señor Azorín?”. “Servidor”, hemos contestado nosotros. Entonces el ujier nos ha alargado un diminuto papel y nos ha dicho: “Un señor diputado me ha entregado este papel para usted”. Hemos tomado el papel con cierto recelo, lo hemos desdoblado y hemos leído llenos de estupefacción las siguientes palabras: “Señor Azorín: el ministro D. Amós Salvador está con pantalón de paisano y sin espadín”. No traía firma ninguna este papel; la letra era desconocida para nosotros y trazada con lápiz azul. Y nosotros, cuando hemos acabado de leer estas palabras, hemos dirigido la vista al Sr. Salvador.

“El año que ha acabado no ha sido para nosotros triste ni alegre; así queremos que sea el que comienza. El pesimismo y el optimismo no existen; sólo existen temperamentos inducidos a la alegría o a la tristeza”. Azorín redacta un “Pequeño balance” (2 de enero de 1906) en la nueva temporada periodística en ABC. De este modo, antes de abordar la actividad parlamentaria, abre una nueva sección que introduce al lector a la nueva situación política que se presenta.

Se trata de pequeñas entrevistas, “Pequeñas conferencias”, que indica Azorín. Especialmente interesantes por cuanto callan y encierran. El periodista alicantino se encuentra con un general en la primera de ellas (“Pequeñas conferencias. Con un general”, del 4 de enero). No especifica el tema, aunque el lector puede intuir que aborda la delicada situación del ejército tras el conflicto de Cataluña. Azorín no revela el nombre del general (lo esconde para respetar su identidad, para protegerle) a cambio de obtener información. Procedimiento que repite, en un esquema idéntico, en “Pequeñas conferencias. Con otro general”, del 6 de enero, intercalando diálogos rápidos que aporten ritmo a la crónica y donde el periodista alicantino busca por todos los medios entresacar unas jugosas declaraciones (lo que se deduce de sus constantes cuestiones al aparato militar).

Estas “Pequeñas conferencias” suponen una novedad en el ejercicio periodístico de la época, y esa novedad es precisamente la que resalta Azorín en la escritura y crónica política cuando la agenda mediática no suministra titulares candentes. Esta sección, además, desvela la faceta de Azorín como entrevistador (un entrevistador que trata, por todos los medios, de obtener el más exquisito jugo informativo) en una serie que, fuera de sus “Impresiones parlamentarias”, le da más juego al no someterse exclusivamente a los discursos y acontecimientos del Parlamento.

Bajo estos parámetros funcionan “Pequeñas conferencias. Con un ex presidente del Consejo” (11 de enero); “Pequeñas conferencias. Con un ex ministro” (12 de enero, con la que repite título del 9 de enero pero no contenido); y “Pequeñas conferencias. Con un diputado republicano” (13 de enero) en el que, a diferencia del resto, Azorín inserta una amplísima parrafada del diputado para, al final, terminar con la frase de La Bruyère: “Un periodista debe limitarse a contar lo que pasa”.

En cualquier caso, como ya hiciera en 1905, Azorín se mantiene alerta ante la actualidad literaria, lo que le impulsa a redactar “Sobre el teatro” (8 de enero) con el que muestra su decepción por el montaje escénico por el que apuestan los empresarios teatrales, con obras que se presentan como innovadoras pero que realmente no lo son.

Y es hora de que protestemos cortésmente contra esto: lo que ahora se está haciendo en nuestros escenarios se había hecho ya en tiempos de nuestros abuelos; *La oración de la tarde*, *Los soldados de plomo*, *Flor de un día*, *Espinas de una flor*, no son obras inferiores a éstas ni por su lenguaje –afectado, lírico– ni por su contextura. Contra esta manera teatral fue justamente contra lo que reaccionó el teatro de Echegaray: Echegaray, violento, impetuoso, pasional, representaba después del teatro que acabamos de indicar, un paso hacia adelante; el avance era formidable. (...) Así como Echegaray representó un adelanto sobre el teatro sentimental, Benavente reaccionó contra Echegaray e hizo caminar otro gran paso a nuestra escena.

Azorín ante la Ley de Jurisdicciones

El 16 de enero de 1906 emprende nuevamente sus “Impresiones parlamentarias” desde el Senado, situando al lector en el centro de la actualidad: el Gobierno debate, por presión del Ejército, la Ley de Jurisdicciones, con el que serán los tribunales militares quienes juzgarán los delitos contra los símbolos patrióticos (lo que condicionaba y podía censurar, en este sentido, la labor de la prensa).

Sabemos por artículos anteriores que Azorín defendía el papel de ejército (“no hay nacionalidad sin ejército”, escribió), al igual que fue un firme defensor del rol

que asume la prensa en libertad. Así pues, ante esta Ley de Jurisdicciones que representaba una antítesis en su pensamiento, ¿qué camino tomaría?

Mientras estos acontecimientos siguen su curso, Azorín aflora la crítica política entre sesiones que compara con un cinematógrafo (18 de enero, en “Impresiones parlamentarias. En el Senado”): “Y hemos dejado la Alta Cámara, sin pena ni contento, como meros espectadores de este cinematógrafo de cosas un poco absurdas que están desfilando ante los españoles desde hace días”. Así, en otras ocasiones, como el 19 de enero (“Impresiones parlamentarias. Filosofías”), lo que acontece en el Parlamento suscita la reflexión de Azorín por medio de interesantes digresiones:

Este es el destino de las cosas humanas: una ley superior a nosotros y que actúa desde regiones inexploradas, desconocidas para nosotros, dispone de nuestras vidas, de nuestros actos, de nuestros gestos, y hace resaltar a veces en la evidencia hechos indiferentes y vulgares, en tanto que sume en una penumbra de olvido, de desconocimiento inexorable, aquellos otros emanados de lo más íntimo y puro de nuestra personalidad.

La literatura se intercala y alimenta la inspiración del periodista alicantino como en “La espada” (21 de enero), con apariciones de Quevedo, el Lazarillo de Tormes y con una recreación de Toledo, siempre presente en Azorín; cuando sus “Impresiones parlamentarias”, a falta de buenos titulares, de jugosas informaciones, se recubren de notas anecdóticas.

Canalejas es el nuevo presidente del Gobierno (“Impresiones parlamentarias. Elección de presidente”, del 20 de enero) y, en la sesión del 23 de enero, (“Impresiones parlamentarias. El torete de la tarde”), se aborda la polémica colocación de carteles teatrales en Barcelona, que numerosos empresarios hacen en catalán.

El 26 de enero, en “Impresiones parlamentarias. El estampillado”, Azorín trata de ayudar al lector a separar lo bueno de lo malo, lo repetido de lo novedoso en la política parlamentaria. Interpreta y ejerce pues su función de mediador correctamente: “Esta parte referente a las nuevas denuncias ha sido en realidad lo nuevo, lo no conocido, que el Sr. Soriano nos ha ofrecido en su extenso discurso: lo demás de él ha sido una reproducción del anteriormente pronunciado”. Siempre en sesiones donde la clave está en sintetizar: “Y no pasó más; claro está que hemos procurado ofrecer al lector lo substancial; puesto que si hubiéramos llevado la cuenta detalle por detalle de las protestas, interrupciones, gritos y dimes y diretes del debate, no hubiera habido espacio bastante para la crónica en cuatro o seis columnas”.

Azorín finaliza enero (día 31, “Impresiones parlamentarias. Varias cosas”) con una crónica con la que vuelve a aludir a los pueblos, su constante inspiración, en días en los que apenas ocurre nada en la cámara baja: “¿Qué viejos pueblos representará este señor? ¿En qué viejas boticas se leerán sus discursos, en tanto que, a intervalos, suena el timbre de la puerta y entra una buena viejecita silenciosa que suspira, con un papel y una botella en sus manos blancas, transparentes?”.

Los sucesos de Barcelona, las protestas contra el Ejército, se reproducen en otras localidades. La última, en Alcoy, donde las tropas militares han requisado todos los ejemplares de un diario en los que se insulta al Ejército, y han puesto a su redactor a disposición de la justicia (2 de febrero de 1906, “Impresiones parlamentarias. Decepción”).

El 4 de febrero (“Impresiones parlamentarias. El confort de la cámara”) se publica un interesante artículo en el que Azorín vuelca todo su malestar sobre la higiene y el estado del Parlamento, encerrando “los minúsculos detalles de la vida diaria y prosaica” con los que “podemos colegir los gustos, las inclinaciones, el estado de civilización, la psicología, en fin, de un pueblo”. Lo hace así para arremeter contra el aspecto de suciedad de la alfombra de la cámara baja o la falta de calefacción:

Nosotros en honor de la verdad hemos de consignar que en uno de los departamentos citados existe una diminuta palangana. Nuestra alegría al descubrirla ha sido inmensa. Pero pronto hemos comprobado que el hilo de agua que arroja el grifo situado sobre ella es tan sutil, que hemos tenido que esperar para llenarla dos o tres minutos; hemos visto después que el jabón que se hallaba a su lado era un fragmento tan microscópico que apenas podíamos cogerlo; y nos hemos dado cuenta, finalmente, de que la hazaleja o toalla en que nos enjugábamos las manos, más que a blanco tiraba a gris o a negro. Y tenga en cuenta el lector que esta hazaleja y este jabón podrá encontrarlos los días en que hay sesión en la Cámara, pero no en aquellos festivos o en que la Asamblea no trabaja, puesto que en ellos jabón y toalla son cuidados celosamente guardados.

Azorín es un periodista documentado que bien tira de notas o bien de memoria. Sea como fuere, muchos de sus artículos denotan esta característica por las numerosas anotaciones que realiza a colación de otros asuntos. Por ello, el 6 de febrero, en “Impresiones parlamentarias. El problema”, en referencia a la cuestión regionalista, cita a Jaime Balmes en 1843 en su periódico *La Sociedad* para ayudar al lector en la comprensión del conflicto político. Y también al final, con el propósito de fijar su posición, agrega:

Y para levantar un poco este debate que acaba de ser suscitado en la Cámara y poner las cosas en su punto, sería necesario ver qué es lo que ha hecho durante un siglo el Estado por España; cuáles son las

vías de comunicación que poseemos; cuál es la densidad de nuestra población; qué cantidad de tierras llercas y sin cultivo existen en el país; cómo viven los obreros del campo; de qué suerte se administra la justicia en los pueblos; de qué manera y forma es nuestro régimen carcelario y penitenciario; cuáles son nuestras costumbres electorales; en qué situación se halla nuestra enseñanza... Y cuando hubiéramos examinado todo esto y otras muchas cosas más, con entera frialdad, con entera impasibilidad, entonces podríamos decir si el Estado ha fracasado realmente en España; si pueden o no esperar de él tutela y fomento las regiones, y si es llegada o no la hora de buscar otras formas constitutivas de la Administración y de la Justicia.

Así creemos nosotros que debe plantearse el problema.

En el debate regionalista, Azorín prosigue presentando a Maura como el “ilustre orador” (7 de febrero, “Impresiones parlamentarias. El Sr. Moret y el sr. Maura”) en el que se limita a informar de las intervenciones de ambos políticos. Pero la actividad política es débil a juzgar por las crónicas azorinianas: en unas se centra en las reacciones del camarero del Parlamento cuando Azorín insinúa tomar una copa de alcohol (anís o coñac), 8 de febrero en “Impresiones parlamentarias. La llave misteriosa”. O bien el artículo del 9 de febrero, “Impresiones parlamentarias. La llave misteriosa”, en el que relata un viaje peligroso en una carretera de Almería, que es la misma que denuncia el diputado Jesús García en el Congreso (la originalidad, una vez más, como marca periodística de Azorín). Una ficción que, como recurso periodístico, también emplea el 10 de febrero (“Impresiones parlamentarias. Gómez Acebo”) para, tras un diálogo y conversación entre distintas personas del Centro Liberal de Albacete, juzgar al diputado Gómez Acebo.

Las crónicas del alicantino tienen efecto, tienen impacto. Esto se explica por la del 14 de febrero (“Impresiones parlamentarias. Una tarde rara”) cuando Azorín notifica que están arreglando la alfombra del Parlamento (se quejó notablemente por su mal estado debido a la falta de escupideras, el 4 de febrero en “Impresiones parlamentarias. El confort de la cámara”).

Asimismo, movido quizás por todos estos acontecimientos, el 15 de febrero, en “Impresiones parlamentarias. Sobre las maneras”, confiesa que ahora su cometido es informar sobre la vida parlamentaria, pero cuenta que también trabaja en un tratado sobre lo que significa ser político (será *El Político*, de 1909). “De todo esto hablaremos de un libro especial algún día”, indica al tiempo que califica a Maura como una de las figuras más sobresalientes del Gobierno, al que probablemente también esté lanzando guiños por una futura aspiración política, en

una opción que desecha de momento tal y como reflejó en *Las confesiones de un pequeño filósofo*.

A partir del 17 de febrero, las crónicas de Azorín en *ABC* se envuelven de mayor seriedad respecto a la controvertida Ley de Jurisdicciones sobre la que ya había vertido alguna leve opinión (el 6 de febrero indica que para analizar el problema de Cataluña cabe fijarse en el éxito que ha sido la construcción de España). En este sentido, con “Impresiones parlamentarias. Primeras jurisdicciones”, vislumbra su clara oposición apoyándose en los argumentos del diputado Albó, lo que hace igualmente con el discurso del político republicano Melquíades Álvarez (18 de febrero, “Impresiones parlamentarias. Melquíades Álvarez”).

ABC, periódico conservador, también se oponía a esta Ley de Jurisdicciones que entraba en su recta final de debate (Luca de Tena y Troyano, también habían manifestado su postura contraria). Y Azorín, en su libertad e independencia, se opuso sobre todo por el ataque que suponía a la prensa (muchos diarios habían sido clausurados o requisados por arremeter burlescamente contra el Ejército). Por todo ello, utiliza la estrategia de apoyarse en los discursos de los políticos (sobre todo del ala republicana) que se oponen a la Ley. Es el caso de Melquíades Álvarez, al que dedica un artículo íntegro para este mismo propósito. Aunque eso sí, al final trate Azorín de librarse de cualquier responsabilidad cuando indica que: “Nosotros hemos procurado reflejar con imparcialidad el pensamiento del insigne orador”. Pero no fue así, y cabe buscarlo en esta crónica cuando escribe:

Nos vemos forzados a condensar; el orador entra a seguida a defender la Prensa; la Prensa no puede ser llevada a una jurisdicción exenta; es un instrumento de cultura popular y solo los tribunales populares deben entender en sus delitos. Y es inútil, aparte de esto, que pensemos en que el Ejército entienda en juzgar y pensar los delitos que contra el Ejército se cometan. Siempre que una clase social, que un grupo, que una institución ha monopolizado la justicia, han surgido muchedumbre de desenfrenos e iniquidades. Y estas iniquidades –continúa el orador– no hacen sino volver la opinión en masa, ardientemente, contra la tal institución que se ha abrogado la justicia. La condenación de Dreyfus ha levantado en Francia el clamor antimilitarista; las condenas militares de los socialistas italianos han provocado en Italia una profunda hostilidad contra el Ejército. “¿Y queréis vosotros que aquí, donde no había antimilitarismo, se forme, como secuela de condenas injustas, un ambiente de odio, de irreductible aversión al Ejército?”.

Aunque Maura respalda y está dispuesto a asumir la Ley de Jurisdicciones si la acata el Gobierno (lo suyo es “un modelo de dialéctica concisa, substanciosa y límpida”, indica el alicantino en “Impresiones parlamentarias. Debate trascendental”, del 20 de marzo), Martínez Ruiz se distancia en esta ocasión de los conservadores.

Y en “Impresiones parlamentarias. Gravísima cuestión” (del 21 de febrero) ahonda nuevamente sobre el término patria respecto a las reflexiones que surgen en torno a la Ley de Jurisdicciones, especialmente en su oposición a la acepción de la RAE.

El Diccionario de la lengua es descentralizador con toda franqueza y -digámoslo claro:- separatista, puesto que limita la Patria al lugar donde hemos nacido, ya sea en la Coruña, Cádiz, Guadalajara o Alicante (cuando no otras poblaciones más pequeñas o simplemente villorrios o aldeas). Debemos condenar, pues, el Diccionario; debemos anatematizarlo; debemos quemarlo. Y nos encontramos con que al condenar el separatismo anatemizando y quemando el Diccionario, cometemos el más monstruoso, el más grande de los atentados separatistas, ya que anatematizamos y quemamos el depositario secular y venerable de lo que hay más hondo y más eficaz en una nacionalidad: el idioma. ¿Cuál ha de ser nuestra línea de conducta en este extraño y nunca visto trance?

Azorín no solo muestra su rechazo a la Ley de Jurisdicciones por el papel de la libertad de prensa, sino que pone en duda algunas cuestiones de esta normativa que está debatiendo el Parlamento. Especialmente el que hace referencia al artículo 3 en el que se pide que se persigan y penen a todos los símbolos que directa o indirectamente “insulten, vejen u ofendan a la nación, a su bandera, himno nacional u otro símbolo de su representación”. Esto plantea la disyuntiva de Martínez Ruiz (22 de febrero, “Impresiones parlamentarias. Enmienda importantísima”), por lo que con ironía pregunta qué símbolos representan a España. ¿Lo es, por ejemplo, un cocido? ¿Una capa? ¿Los toros, denominada “la fiesta nacional”? ¿O una navaja? “Porque para los extranjeros estos son también símbolos de España”, cuestiona el alicantino.

Aunque Azorín ya ha manifestado claramente su oposición a la Ley de Jurisdicciones, informaba igualmente de los acontecimientos que envolvían a esta polémica normativa. Así lo hace el 24 de febrero (“Impresiones parlamentarias. Debut del señor Torres”) con un discurso que está a favor ya que el mismo Torres formaba parte de la comisión que había redactado la Ley.

El compromiso intelectual y político de Azorín, más allá de su papel de informante, queda confirmado cuando organiza por estas fechas, junto al diputado catalán Emilio Junoy, del bando republicano, una conferencia de Miguel de Unamuno en contra de la Ley de Jurisdicciones. Por entonces, el periodista alicantino ya había mostrado su total disconformidad con esta normativa pese al apoyo que había mostrado Maura. De cualquier modo, Azorín, junto a Junoy⁴⁴¹,

⁴⁴¹ Fox, Inman E. (2000), “Azorín, periodista político”, *Ensayos sobre la obra de Azorín*, CAM, Alicante, pág. 16.

movilizaron a público y élites en esta ponencia que el periodista alicantino se encarga de suscitar expectación con “Impresiones parlamentarias. El maestro” (del 25 de febrero) cuando Unamuno llega a Madrid.

Unas 3.000 personas asistieron a la conferencia abarrotando todo el teatro. Y, en “La conferencia de Unamuno” (del 26 de febrero), Azorín busca aprisionar el ambiente al que acudieron altas instancias de los intelectuales como Emilia Pardo Bazán, Mariano de Cavia o Giner de los Ríos. De este modo, resume algunos de los puntos de mayor importancia de la conferencia (apenas son algunas frases entrecorridas) y las exitosas recepciones del público entre aplausos.

En esta, Unamuno no realiza una acometida directa contra la Ley de Jurisdicciones, aunque sí critica el militarismo en España (“odio la guerra porque la creo injusta”, dice); pone en entredicho la libertad de prensa (porque depende de los anunciantes, y la mayoría de estos anunciantes están en el Parlamento); y se opone igualmente a la clase política en general.

La crónica se encuentra en la página 4 de *ABC*, aunque en la página 8 aparece un amplio extracto con pasajes de la conferencia de Unamuno, lo que permite comprobar el resumen perfecto de Azorín en su crónica. En cualquier caso, fue una intervención mucho más moderada de lo esperado, especialmente tras el debate candente en el Parlamento. Así lo atestigua Gómez de la Serna⁴⁴²:

Todavía era el Madrid de Fornos el que murmulleaba allí, pero Unamuno, después de ciertas corteses y malévolas alusiones a la autoridad, estuvo balbuciente, lleno de incisos, demasiado prudente a juicio de algunos, que esperaban que aquel solo hombre acabase con todas las fuerzas vivas y armadas de la nación. (La coacción colectiva que después ha influido sobre Unamuno numerosas veces ha acabado por lanzarle al desproporcionado reto de uno contra todos, azuzado por los jaleadores de la contrabarrera). (...)

“He concluido”.

Entonces la multitud se apagó un poco, y como era un mitin sin más programa que un orador, salieron un tanto mohínos, aunque ya en la calle, y viéndose todos juntos, quisieron promover la consabida manifestación.

Yo esperé la salida de Azorín emocionado, viendo cómo apretaba con más fuerza sus labios en un rictus de cerradura, con más cara de haber estado toda la noche de velatorio y haberse tenido que preparar para el entierro tempranero.

Para Azorín, la conferencia de Unamuno fue un éxito rebosante (la misma opinión comparte su compañero Manuel Troyano, aunque critica al salmantino por

⁴⁴² Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., pág. 158.

sus reproches a la prensa). De este modo, en “Una observación” (del 28 de febrero), Martínez Ruiz desmonta la versión de *El Imparcial* (quien asegura que apenas se produjeron aplausos en la ponencia de Unamuno) y aclara algunos malentendidos en su crónica.

Somos uno de los organizadores de la conferencia, y este es el motivo de las presentes líneas. Para nosotros no hay discursos que deban ser pronunciados en este o en el otro recinto; hay sencillamente discursos buenos y discursos malos. Y si el discurso es bueno; si la persona que ha de hablar es de presumir que diga cosas excelentes, creemos que cuantos más oyentes vayan a escucharle será mejor.

Profesores como Cecilio Alonso⁴⁴³ y José Ferrándiz Lozano⁴⁴⁴ vieron en la organización de la conferencia de Unamuno un pretexto para la movilización del grupo de intelectuales españoles con objeto de influir en la vida política (como ya ocurrió, aunque fracasadamente, con el manifiesto de protesta presentado en *El País* en junio de 1905).

En este sentido, hay quien ha señalado⁴⁴⁵ que el debate del proyecto de Ley de Jurisdicciones supuso un punto de inflexión para el periodismo de Azorín, pasando de uno irónico, innovador y humorístico a otro partidista. Sin embargo, esto no fue realmente así, ya que Martínez Ruiz practicó desde sus inicios en *ABC* un periodismo partidista por ejemplo del Rey y, muy especialmente, de los conservadores de Maura (en sintonía con la línea ideológica del rotativo de Torcuato de Luca de Tena).

No obstante, Azorín escribía en libertad y con independencia, lo que se refleja en la oposición de esta Ley de Jurisdicciones así como en otros proyectos (los aranceles denunciados por los republicanos) que el alicantino veía injustos para el país. Pero siempre, o casi siempre, por la multitud de citas o referencias que se han podido extraer en esta investigación, Azorín mima al dirigente político Antonio Maura entre elogios y calificativos lisonjeros. Es más, en multitud de pasajes, el periodista alicantino mezcla información con opinión, o bien se involucra demandando una u otra causa. Azorín practicó pues un periodismo partidista desde sus inicios con el propósito de influir (que también de informar) a la audiencia.

Más acción política con recursos literarios

El 4 de marzo rinde homenaje Azorín a Romero Robledo tras su pérdida (“Impresiones parlamentarias. Romero Robledo”) con el que había tenido varios

⁴⁴³ Gómez de la Serna, Ramón (1957), ed. cit., pág. 105.

⁴⁴⁴ Ibid., pág. 180.

⁴⁴⁵ Ferrándiz Lozano, José (2009), ed. cit., págs. 200 y 201.

encontronazos a la vez que continúa informando en páginas de *ABC* de la vida política.

Al tiempo, el 6 y 7 de marzo (“Impresiones parlamentarias. Drama en un pueblo”; “Impresiones parlamentarias. Más del drama”), Azorín recurre a la documentación (“advertimos que nosotros copiamos las frases tales como las hemos oído y que no ponemos nada por nuestra parte”, escribe) para reconstruir el caso de un crimen que, tras las debidas pruebas de Tomás Maestre (que son las que presenta en la cámara baja), demuestra que el fallecimiento del mercader no fue por un asesinato sino por un suicidio. Eso transmuta la pena de muerte por la de presidio para los culpables. De esta forma, el periodista alicantino trabaja algunas de estas crónicas con recursos literarios (ficción que trata de convertir en realidad Azorín con la documentación a la que tiene acceso) para llegar así al fin informativo, lo que inspira digresiones y reflexiones sobre los pueblos, el tiempo y las viejecitas, o las mujeres que pululan por los campos. Así anota la obra *Tratado de la población rural*, de Fermín Cabalero, y recalca la importancia de los pueblos de España: “Un domingo amaneció el cielo claro; era un día tibio y luminoso de noviembre. Si no habéis estado un día de éstos en un pueblo de Castilla, de la Mancha o de la Alcarria, no sabréis lo que es y lo que valen las horas, los minutos que lentamente caen”.

Estos dos artículos de *ABC* tienen paralelismos con el que redactó, también sobre una tragedia y muerte, para “Crímenes españoles. –El de Don Benito.- Ambiente y personajes” de *Alma española*, por el trasfondo y cómo Azorín sitúa informativamente el caso suscitando imágenes de los hechos acontecidos en el lector. En cambio, en *Alma española* denuncia la podredumbre y desamparo de los campesinos, y en *ABC* se centra exclusivamente en su papel informativo.

Azorín se limita entonces a la cobertura informativa de la acción política con más contundencia y apuntes lacerantes. Así el 11 de marzo (“Impresiones parlamentarias. Primavera”) retoma sus experiencias periodísticas, sus propias vivencias, para dar fe de la injusticia en la Andalucía más pobre y mísera (inspirado por la naturaleza de Taine, la de las montañas, los pájaros y los árboles).

En efecto, ayer se discutió en la Cámara popular algo relacionado con la crisis agraria; Andalucía surgió con sus angustias perdurables. Y entonces vino a nuestra mente el recuerdo de viajes que, a propósito de este problema agrario, hemos realizado nosotros antaño por aquellas bellas tierras. ¿No hemos estado nosotros en Lebrija?”.

Y pide una solución, pide agua, que es vida para ellos y sus cultivos. Y como en sus crónicas de *La Andalucía Trágica*, propone soluciones:

Todo esto lo hemos recordado también ayer nosotros. Se trata de remediar con paliativos la honda crisis de esta tierra incomparable. Nosotros hemos visto en aquellas ciudades y aquellos campos a la multitud de los labriegos, pálidos, exangües, extenuados, pereciendo de inanición y de tuberculosis. Y nosotros pensábamos, en tanto que oíamos al señor ministro de Fomento, que tal angustia no se hará desaparecer con remedios ocasionales, inconscientes, sino con una labor larga, intensa, reflexiva, desinteresada y patriótica: haciendo que corra el agua por todas partes y que todas las tierras llecas den su flor y su fruto.

En este sentido, Azorín informa del frío recibimiento de los diputados al Rey Alfonso XIII el 13 de marzo (“Impresiones parlamentarias. Una jornada histórica”) que resulta ser especialmente significativo porque, pese a ser objetivo en la información, esta difumina la imagen hasta ahora inmaculada del monarca en páginas de *ABC*, de tradición monárquica. “Y no solo hemos oído ese aplauso; no hemos oído ni el menor murmullo de aprobación”, indica Martínez Ruiz.

Esto rompe absolutamente con la clara parcialidad mostrada en sus crónicas iniciales del “Viaje regio”, en las que poco o nada podía trastocar la imagen del Rey en sus viajes por París o Londres. En cualquier caso, lo del 13 de marzo, podía entenderse además como un toque de atención de Azorín hacia la clase política.

El frío recibimiento al Rey en el Parlamento produce entonces un serio debate entre monárquicos y republicanos en la cámara baja que Azorín refleja recogiendo diálogos cortos y significativos en los discursos (14 de marzo, “Impresiones parlamentarias. Al Aventino”). Martínez Ruiz opta para ello por un relato de “impersonalidad”, es decir, se distancia y se dedica únicamente a volcar las informaciones. Pero esto no siempre es así, y al final de la crónica deja caer unas notas de decepción sobre la bancada republicana que acaba de abandonar sus escaños entre el encendido debate de si viva al Rey o si viva la República. “La minoría republicana se ha retirado del Parlamento: no podrá decir a sus electores que ha sido por una cuestión honda, vital, grande, que afecta a la vida y al bienestar del pueblo”, señala Azorín respecto a este asunto que considera de menor importancia ante los verdaderos problemas que sufren los españoles.

Esta ausencia del bando republicano (15 de marzo, “Impresiones parlamentarias. Lo subconsciente social”) le permite a Azorín, como en otras ocasiones, introducir una digresión, una reflexión en el texto que ayude a explicar qué ocurre en su tiempo. Martínez Ruiz advierte en esta ocasión cómo el Parlamento pierde fuerza y se ve influenciado por las voces periodísticas.

Y no ha pasado nada. Si ahora pregunta el lector si nosotros creemos que al país le interesa algo de todo esto, nosotros contestaremos que tenemos la firme convicción de que al país no le interesa ni el que

vuelva o no vuelva la minoría, ni el que esté abierto o cerrado el Parlamento. Los Parlamentos están en decadencia en todos los países de Europa y América; en España el cansancio y el tedio se dejan sentir más que en parte alguna. Un Parlamento es, con relación a la vida de un pueblo, lo que la conciencia es a la vida psíquica de un individuo; es lo que los psicólogos llaman un *epifenómeno*; es decir, que así como no importa que nos demos o no cuenta de nuestros actos instintivos, puesto que la labor de lo subconsciente –que es todo el individuo– sigue y se realiza lo mismo, de igual suerte la vida de los pueblos, la realidad social, fuerte, honda, compleja e inconsciente, camina hacia su destino y realiza su labor con o sin asambleas parlamentarias, con o sin programas políticos, con o sin discursos trascendentales. Y pueden haber servido los Parlamentos en determinadas épocas de la historia (como sirvió la Convención francesa y sirvió al Parlamento largo tiempo en Londres); pueden haber tenido en tiempos pasados su finalidad; no la tienen hoy en circunstancias diversas; no la tienen hoy en que su única y principal y capitalísima misión –la fiscalizadora– ha pasado de un golpe y por completo como nota profundamente Carlyle en su estudio *Parlamento*, a ser patrimonio de la Prensa libre y diaria, y cuando un publicista escrupuloso y de prestigio tiene más influencia en el país y se hace oír mejor que cualquier parlamentario elocuentísimo.

Azorín nuevamente inspirado por su referente (16 de marzo, “Impresiones parlamentarias. Igual que Montesquieu”) alude a la naturaleza en la residencia de campo de su majestad, entre los árboles y el colorido de las flores. No cabe aquí introducción a discusiones políticas cuando se está fuera de la cámara baja, aunque su pensamiento crítico esté siempre vivo: “El poeta Leopardi decía que el pensamiento le mataría a él, puesto que no podía sustraerse a este tormento del pensar. No sabemos si serán muchos nuestros amigos los parlamentarios que podrán sentir estos temores”.

Azorín siempre se consideró un periodista local, de provincias. Fiel a sus orígenes, y muy consciente de dónde venía “guardamos nosotros celosamente nuestros hábitos provincianos y nos place el comer a esta hora”. Este artículo, como otros, está repleto de notas de vida del propio Azorín. Es una declaración absoluta, como cuando confiesa que “nosotros somos terriblemente peripatéticos; nos interesa mucho más lo que pasa en la calle que lo que dicen los libros”.

Estos retazos autobiográficos son como las notas de su vida propia que quedan esparcidas en su “Oráculo manual”, solo que ahora permanecen conectadas a sus disquisiciones sobre la vida política, propio de sus “Impresiones parlamentarias”. Así pues, el 17 de marzo, con “Impresiones parlamentarias. Añoranzas”, recuerda su paso por la universidad en Valencia, ante el libro que ha escrito un diputado.

El 18 de marzo, como hiciera con sus “Pequeñas conferencias”, Azorín introduce la conversación mantenida con varios diputados que, sin citar su nombre,

protegiéndoles con el anonimato, pueden hablar libremente sobre lo que está ocurriendo en el país. Así pues, si hubiera alguna duda del “compromiso” de Azorín con Maura, el 19 de marzo⁴⁴⁶ le remite una carta bajo estos términos: “Mi ilustre jefe y amigo: Agradezco a usted vivamente, con toda el alma, su delicadísimo recuerdo. A su lado estaré siempre. Y sean estas líneas como renuevo de la grande y cordial admiración y del profundo afecto que por usted tengo”.

El 21 de marzo, en “Impresiones parlamentarias. La clausura”, aflora el miedo al olvido, al futuro, al tiempo... con vinculaciones a “La fama póstuma” de *Los pueblos*. Así lo refleja Martínez Ruiz en esta confesión con uno de los diputados: “Dentro de cuarenta años no se acordará nadie de Romanones, ni de mí, y menos de usted’. Ha dicho esta frase el Sr. Nido con una profunda naturalidad; jamás hemos oído nosotros unas palabras que nos hayan afectado tanto. Dentro de cuarenta años no se acordará nadie del Sr. Nido y menos de quien escribe estas pobres líneas. En esto pensábamos en el momento en que los timbres han comenzado a sonar”.

Este miedo a qué nos puede deparar el destino conecta con la nueva relación de artículos que, fuera de “Impresiones parlamentarias”, van a suscitar las reflexiones y pensamientos del periodista alicantino. Algunas de ellas motivadas por la inspiración libresca como “Unas evocaciones” (del 22 de marzo), cuando Martínez Ruiz alude a *L’Espagne en auto (Impresssions de voyage)*, de Eugène Demolder, publicado en París.

En “Un estreno” (del 24 de marzo), ahonda en la obra *Benvenuto Cellini*, de Eduardo Marquina, que le evoca a Azorín un viaje por la Italia clásica: “Un país de ardor, de energía, de placer, de lucha y de impiedad: este es el resumen de nuestras sensaciones sobre Italia en tales centurias”. Y en “Mujeres” (del 25 de marzo), analiza la muestra pictórica del Círculo de Bellas Artes de Madrid, con obras de Goya, Rafael o Ricardo Baroja. Texto en el que Azorín, que no es un crítico convencional, regresa a los pueblos, a la esencia de España: “Y vemos aquí unas viejas campesinas de Solana que nos hacen pensar en las buenas mujeres que nosotros, andando por el mundo, hemos encontrado en los pueblos vetustos, en los caseríos perdidos en la montaña, en los caminos amarillos y retorcidos de Castilla”.

Estas noticias culturales continúan el 26 de marzo (“Paradox, Rey”), sobre el libro de Pío Baroja; el 27 de marzo, (“Sonny”), sobre una obra remitida por el diplomático Pérez Triana desde Londres; el 28 de marzo, (“Los intelectuales”),

⁴⁴⁶ Robles, Laureano (1986), ed. cit., pág. 270.

sobre una pastoral publicada por el obispo de Vich, Torras Bages, que ya conoce Azorín por su anterior libro, *La tradición catalana*; el 30 de marzo, (“La moda”), en el que reflexiona sobre la belleza femenina; hasta que el 31 de marzo (con “En la estación”), inicia un nuevo viaje a Barcelona para tomar el pulso a la ciudad con el conflicto soberanista entre Cataluña-España y la polémica Ley de Jurisdicciones.

Así lo anunciaba *ABC* en su ejemplar del 30 de marzo:

En el expreso de ayer salió para Barcelona Azorín, nuestro querido amigo y compañero. Lleva una misión de *ABC*: la de oír el pensamiento de las personas más salientes de Cataluña, la de recoger el estado de opinión de todas las clases sociales acerca de la cuestión catalana y la de reflejar en crónica que, como suyas serán amenas e interesantes, lo que en Barcelona se piensa y se siente en estos momentos acerca de la cuestión política que está sobre el tapete.

Testigo directo: Azorín viaja a Barcelona

De este modo, Azorín se encamina a Cataluña para tomar el pulso a la actualidad política después de las “Impresiones parlamentarias” dedicadas a estas cuestiones soberanistas. Era su segundo viaje como corresponsal en *ABC* tras hacerlo en el “Viaje regio”, y el tercero después de las salidas a París y Londres (“Viaje regio”) y el *Veraneo sentimental* entre País Vasco, Asturias y Castilla y León.

Azorín, pues, se encamina en una nueva misión informativa totalmente diferenciada de las anteriores, ya que en el “Viaje regio” informa exclusivamente de las visitas del monarca a París y Londres; del segundo, se trata de ensoñaciones y evocaciones donde la literatura y la creación literaria priman sobre la información; y en este tercero, en cambio, el periodista alicantino abordará principalmente el género de la entrevista sobre la crónica informativa.

Azorín adentra al lector en esta escapada a Cataluña cuando describe su viaje “En el Expres” (1 de abril) y llegada “El Hotel. En Barcelona” (2 de abril) en el que hasta los objetos tienen alma: “¿Conocéis estas viejas plumas, estas plumas rotas, estas plumas inválidas que hay en los cuartos de los hoteles y que tal vez han escrito hace un año una carta de amor, una amenaza, una última súplica o un telegrama desesperado?”.

El 5 de abril publica “Desde Barcelona. Carner” en el que plasma Azorín la entrevista con Jaume Carner, distinguido dirigente nacionalista. Así, Martínez Ruiz se desplaza al foco de la noticia, a la primera línea de la actualidad, para conocer el otro prisma, la otra mirada, más allá de lo que informaban o comentaban los círculos de Madrid.

-¿Cómo vamos a conseguir nuestros ideales? Este es el problema –ha repetido Carner; Y yo digo que, ante todo, para nosotros podía ser una solución, y es un deber, el mandar al Parlamento una representación

catalana. Esta representación formada solo de hombres nacidos en Cataluña y significados por su amor a la tierra, iría decidida a las Cortes a trabajar por nuestros intereses. Y aquí yo tengo la opinión propia y personal, profunda, de que tal Diputación catalana ha de ir al Parlamento con ideas concretas, con soluciones terminantes, con ideas claras y definidas, y dispuesta a conseguir la realización de todas estas soluciones. No, no vayamos con vaguedades, con doctrinarismos, con ensueños. No; vayamos por cosas tangibles e inmediatas, y si no las conseguimos, después de haber puesto en la empresa todas nuestras energías, volvámonos a casa, entre los nuestros, con la conciencia limpia y tranquila, y dispuestos a hacer lo que nuestros conciudadanos nos ordenen que hagamos (...). Este uniformismo que iguala ahora una región muerta y mísera con otra viva y próspera debe desaparecer. Se clama: ¡desigualdad, desigualdad! Ante esta aspiración de Cataluña, y no se tiene en cuenta que la desigualdad, una desigualdad violenta, es la que existe ahora, puesto que se sacrifica todo a una simetría absurda, abstracta, y se pretende hacer andar a los que caminan rápidamente al mismo paso que los que marchan con lentitud...

El 6 de abril, con "Desde Barcelona. Puig y Cadafalch", Azorín amplía esta misma polémica a protagonistas de la sociedad cultural catalana (para el alicantino es imprescindible conocer la vida cultural de una región) con el arquitecto Puig i Cadafalch. Un artículo-entrevista con el que Martínez Ruiz desaparece para enfocar toda la atención en el artista catalán al que deja explayarse.

Yo no creo en lo que se pueda hacer en el Congreso, pero, en fin, me parece que nosotros ahora no tenemos más recuerdo que enviar allí una representación verdadera de Cataluña... Es decir, que todos los diputados que elige Cataluña deben ser catalanes y deben ir al Congreso con entera independencia, desligados de todo partido y dispuestos a trabajar por Cataluña... (...) Yo no sé cuánto puede durar la actual situación de Cataluña –ha continuado diciendo el artista- pero es lo cierto que la marcha del Estado español no cambia, que todas las corruptelas contra las que nosotros protestamos en la historia de los pueblos –ha añadido después- en que la suerte de estos pueblos se decide. Son dos o tres momentos; todas las circunstancias históricas, de raza, de civilización, aúnanse entonces para hacer que la marcha hacia el porvenir tome este o el otro rumbo. No se sabe qué es lo que decide que la marcha de estos pueblos se incline por tal o cuál camino; acaso es una cosa trivial, un hecho insignificante; pero la raíz del fenómeno está bajo tierra; la labor compleja y fuerte está oculta. Todo el mundo contempla el cambio y pocos aciertan a explicártelo... Pues bien; Cataluña se encuentra tal vez en uno de estos momentos críticos de su historia. ¿Qué es lo que el porvenir tiene reservado para ella? No podemos saberlo; lo que sospechamos es que en estos días precisamente se está decidiendo su suerte...

Política, cultura y... periodismo. El 8 de abril, en "Desde Barcelona. Oliver", Azorín vuelve a tomar la temperatura de los acontecimientos entrevistando al periodista Miguel Oliver, del *Diario de Barcelona*, rotativo en el que colabora el

alicantino desde el verano de 1905. De este modo, con apenas alguna interrupción, expone las impresiones del reportero catalán:

La reacción es más intensa en Cataluña por ser más intensa su vida social. Sociedad y Estado forman, en estas condiciones, un tronco imposible: un potro cerril e indócil, pero fogoso y de sangre, tirando emparejado con un rocín en los puros huesos. El primero ha de refrenarse para ir a paso de tortuga o ha de arrastrar al segundo con peligro de volcar la carreta. Este estado de conflicto engendra una protesta que se bifurca en republicanismo y regionalismo, porque no se vislumbra la suspirada "revolución desde arriba". (...) La parte positiva de la cuestión es más ardua, aunque menos vocinglera e inmediata. Esta parte positiva la sustituye lo que Silvela llamó "diferenciación" catalana. Factores de ella son: la prosperidad económica, el idioma catalán y su literatura, la tradición mental y política, los rasgos étnicos peculiares de este país. La dificultad estriba en evitar que esa diferenciación se convierta, no ya en incompatibilidad, sino en silencio divorcio. Extirparla por radicales procedimientos asimilistas sería insensato, si antes no fuera imposible. Ese renacimiento cuenta con un siglo de preparación y a estas horas es un fenómeno demasiado intenso y extenso para que pueda retroceder.

Sobre estas declaraciones que agrega Azorín, también hay una selección de lo que se quiere volcar y reflejar respecto al conflicto en el periódico. De cualquier manera, el periodista alicantino continúa trabajando estas crónicas de viajes el 9 de abril con "Desde Barcelona. Domenech". El presidente del Ateneo y también arquitecto pide, por su parte, más obras públicas para Cataluña.

Yo creo, ante todo, que no han estudiado ni juzgan el problema con serenidad los que hablan de desigualdades irritantes ante los deseos, las exigencias de Cataluña de poseer medios propios, peculiares para su desenvolvimiento. En efecto, nosotros anhelamos estos medios porque la expansión natural, necesaria de nuestro pueblo lo exige. Lo exige la intensificación de nuestra cultura, el desarrollo de nuestro comercio, el perfeccionamiento de nuestra industria. Todo esto no es posible realizarlo en el actual estado de cosas; mil trabas, mil pequeños, pero invariables obstáculos de la administración, lo impiden. Necesitamos movernos nosotros solos; queremos poder disponer de nuestros medios y recursos naturales. Cataluña, la ciudad industrial por excelencia, no tiene hoy una sola escuela práctica industrial; no cuenta con medios de experimentación las facultades de nuestra Universidad; comarcas extensas existen de nuestra tierra que carecen de vías de comunicación; los saltos de agua que tanto abundan en la parte montañosa de Cataluña, no pueden ser explotados por carencia de estos caminos; consumimos todos los años millones en la compra de carbones extranjeros, no pudiendo explotar nuestras riquezas minerales; los bosques inmensos de los Pirineos que fueron destruidos, necesitan ser repoblados. Y todo esto hoy no podemos hacerlo... (...) lo primero que necesitamos es que a Cataluña se le conceda la facultad de allegar recursos por medios de que ahora no disponemos; es decir, queremos poder imponer nuevas contribuciones. El catalán hoy puede pagar más que otros habitantes de otras regiones pobres;

este dinero que nosotros le pediríamos, él lo daría con gusto sabiendo que iba a ser empleado en su propio provecho. Y necesitaríamos también que, a parte de esta facultad de poder imponer nuevos tributos, se nos concediese una zona neutral, un puerto franco que fomentase, que hiciese crecer nuestro comercio con América. (...) Y puesto que el Estado no atiende a las obras públicas que necesitamos, nosotros mismos, sin necesidad de su dinero, antes bien, cumpliendo con él religiosamente nuestras obligaciones; nosotros mismos mejoraríamos y multiplicaríamos nuestros establecimientos de enseñanza, construiríamos los ferrocarriles transpirenaicos...

Nuevamente Azorín se fija en la prensa para captar la opinión de distinguidos catalanes con “Desde Barcelona. Roca y Roca” (del 10 abril), que es el director de dos de los diarios más leídos de la capital catalana: *La Campana Gracia* y *La Esquella de la Torratxa*. “La Ley de Jurisdicciones ha unido a todos los catalanes en un mismo sentimiento que fácilmente se transformará en una idea concreta y práctica, y no ya de índole particularista, sino eminentemente española: la idea de lucha sin tregua sin descanso hasta hacerles la asfixia al régimen y sus servidores. Deseo por realizado eso en Cataluña si persiste la solidaridad catalana”.

En “Desde Barcelona. Corominas”, del 11 de abril, Azorín se ve con el director de *La publicidad*, Eusebio Corominas, quien asegura que buena parte de esta crisis cabe buscarla en el Desastre colonial que afectó más a Cataluña que al resto de España, recalcando que ni mucho menos Cataluña es “antiespañola”.

Repase, quien quiera convencerse de ello, la historia de todo el período constitucional y verá, cómo teniendo Cataluña una personalidad propia, se fue adecuando sin grandes sacrificios a la normalidad constitucional de España. Y no quiere salir Cataluña, no quiere sustraerse a este régimen nacional. Quiere, sí, porque los actuales partidos gobernantes y los prohombres que los dirigen no le merecen confianza alguna (...) No tenemos confianza alguna en los hombres y partidos que gobiernan. Y deseamos que esta altivez de carácter y este movimiento determinado por el deseo de vivir a la moderna, con la garantía del derecho y de la democracia, se extiendan por toda España, cuya grandeza deseamos en demostración de nuestra propia prosperidad y la de todas las provincias españolas.

Azorín se encuentra el 14 de abril con un “viejo amigo”, Alejandro Lerroux, con quien trabajó en *El País*, *El Progreso* y *Progreso* en su época más radical. Pero el destino ha cambiado a ambas personalidades, abordando la cuestión de Cataluña en Barcelona:

Y tal es el problema catalán en los momentos presentes –ha concluido Lerroux-; que queremos los republicanos, es decir, los republicanos que siguen mis inspiraciones, el bienestar, el progreso y la libertad para Cataluña. Amamos a Cataluña fervientemente; pero no renegamos de España, ni de su historia, ni de sus tradiciones. Ansiamos el engrandecimiento de esta tierra y de España entera. Y no nos

aliaremos jamás, no estaremos nunca ni un momento juntos con los que no han estado al lado del pueblo en ocasiones memorables ni se han acordado de defender su libertad hasta que han visto que esta defensa podía servir sus intereses...

Prat de la Riba, director de *La Veu de Catalunya*, otro de los diarios más influyentes, se entrevista con Azorín quien publica en *ABC* el 15 de abril algunas de sus impresiones entre críticas a los políticos de Madrid que buscan “desnacionalizar” Cataluña, lo que no pueden hacer porque no son el pueblo. Y alude a distintas nacionalidades dentro de un Estado español que está obligado a saber convivir.

Y el 16 de abril, a poco de su despedida, lo hace con el diputado republicano Junoy (amigo del alicantino, con quien organizó la conferencia de Unamuno en Madrid) quien entiende que Cataluña quiera influenciar en Madrid:

Cataluña se ha capacitado para la vida política y quiere influir en ella, e influirá según su temperamento, comenzando por imponer en las Cortes su representación genuina, íntegra. Cataluña ve gravemente comprometido el porvenir de España, y se propone aportar la suma de todas sus energías a la obra nacional de su salvación (...). Y podría argüirse que la solidaridad catalana no es confusión; pero esto es un equívoco lamentable. (...) Con solidaridad o sin solidaridad, todo es idéntico. Pero la solidaridad catalana ha afirmado: primero, la personalidad, y después el “destino histórico” de Cataluña; y mi convicción es que aquella perdurará afirmada y que éste debe cumplirse.

Tras la despedida del filósofo y “modesto espectador del mundo” en “Gracias cordiales” de Barcelona, el 21 de abril, no cabe duda que Azorín tenía claro sus apoyos en la cultura, el periodismo y la política para reflejar la situación y opinión de Cataluña tras las tensiones de la Ley de Jurisdicciones con el Ejército y el propio Estado español. Para Martínez Ruiz era imprescindible conocer el estado de un país por el estado de su cultura, el periodismo y, por supuesto, la política, a la que atiende ampliamente por medio de sus “Impresiones parlamentarias”, aunque lo mismo hace con la cultura (de ahí su atención a la crítica literaria o al estreno de los teatros) y, por supuesto, la periodística. Para ello, tal y como se ha podido comprobar, Azorín se distancia de la entrevista para enfocar todo el protagonismo sobre las personalidades catalanas a las que visita, siempre desde lo más variados puntos de vista.

Así, por ejemplo, sondea la opinión de un político nacionalista que no ha ejercido la política en Madrid (Jaume Carner, 5 de abril); y lo mismo trabaja con otro político esta vez madrileño pero que está de campaña en Cataluña (Alejandro Lerroux, 14 de abril); y, finalmente, hasta inserta un caso inverso al de los dos

anteriores expuestos con Junoy, 16 de abril, un diputado catalán que ejerce en las Cortes de Madrid.

Azorín, por tanto, meditó y preparó bien todos estos encuentros, no dejando nada al azar. Eso explica igualmente las entrevistas que mantuvo con las élites culturales (el arquitecto Puig y Cadafalch, el 6 de abril; Domenech, arquitecto prestigioso y presidente del Ateneo, el 9 de abril) y periodísticas (Miguel Oliver, del *Diario de Barcelona*, 8 de abril; Roca y Roca, de *La Campana Gracia* y *La Esquella de la Torratxa*, 10 de abril; Corominas, de *La publicidad*, 11 de abril; y Prat de la Riba, director de *La Veu de Catalunya*, 15 de abril), con los que se aseguraba una difusión de sus textos en Cataluña puesto que el objetivo de Martínez Ruiz no era que sus crónicas se leyeran exclusivamente en Madrid desde *ABC*. Deseaba, pues, Martínez Ruiz, que sus artículos también tuvieran repercusión en Barcelona y alrededores, a juzgar por las apariciones en la prensa catalana.

Y así fue: en *La Publicidad*, de Pedro Corominas, el 12 de abril de 1906, en su edición matinal, reproduce el artículo “Roca y Roca” (del 10 de abril en *ABC*) con el antetítulo de “Azorín en Barcelona”. Lo hizo con las siguientes palabras: “Con este título viene publicando el original y culto Azorín, en el *ABC* de Madrid, una serie de estudios sobre el problema catalán, impresiones personales recogidas por nuestro distinguido compañero y amigo de labios de las más salientes personalidades del mundo de la política en esta ciudad. Por ser muy interesante la conversación, que relata Azorín, sostenida con el popular periodista D. José Roca y Roca, la reproducimos con gusto en estas columnas”.

El 14 de abril, edición matinal, se publica el artículo “Corominas” (del 11 de abril en *ABC*), con el mismo antetítulo (“Desde Barcelona”), y las siguientes palabras. “Siguiendo nuestro estimado compañero y amigo Azorín, publicando en *ABC*, sus impresiones acerca la llamada catalana, reproducimos hoy el artículo en que da cuenta de la conferencia celebrada con nuestro director D. Eusebio Coromines, estimando la atención y el honor tan benévolamente dispensado a este periódico republicano”.

Por su parte, *La Veu de Catalunya*, de Prat de la Riba, el 16 de abril se hace eco del artículo “Puig i Cadafalch” (del 6 de abril en *ABC*). Lo hace bajo el antetítulo de “Azorín a Barcelona” y el siguiente texto en el que le califica como “estimado amigo”. “Dels brillants articles que publica en *ABC*, nostre estimat amich señor Martínez Ruiz (Azorín), sobre la qüestió catalana, en reproduïm a continuació el que dedica a fer la silueta de nostre benvolgut amich y company Puig y Cadafalch”.

También el 17 de abril, en su edición vespertina, *La Veu de Catalunya* publica el artículo “Prat de la Riba” (del 15 de abril en *ABC*) con el antetítulo de “Azorín en Barcelona” en un texto que se repite en la edición matinal del 18 de abril.

La Campana de Gracia, de Roca y Roca, que ya cubrió informativamente la conferencia de Unamuno organizada por Azorín en Madrid (ejemplar del 3 de marzo), recoge el 14 de abril las declaraciones de su director para el artículo de Martínez Ruiz en *ABC* (del 10 de abril) con la siguiente introducción: “En el que tingué ab l’eminent periodista Azorín el señor Roca y Roca, y que ha vist la llum en *ABC* de Madrit, nostre estimat company s’expressá aixís”. El 21 de abril, además, *La Campana de Gracia* publica una viñeta en la que aparece Azorín con monóculo redactando para *ABC* y, sentado en un confesionario, escucha y toma nota de los “pecados” de los prohombres catalanes.

Pero no solo en lo periodístico tuvo repercusión Azorín, ya que según se deduce de la visita del ministro de Gobernación, Romanones, a Barcelona (ejemplar del 22 de abril en *ABC*) también el alicantino con sus crónicas propició encuentros entre regionalistas y el Gobierno español en Cataluña. Entrevistas que no solamente se produjeron en la capital sino en distintas localidades catalanas, por las que se interesó el ministro en sus problemas y peticiones con el claro propósito de rebajar la tensión.

Pero además de la cobertura informativa, Azorín utilizó toda esta información privilegiada para poner al corriente a su admirado Maura (por medio de su hijo y secretario, Gabriel Maura), siendo además el encargado de la redacción de un informe⁴⁴⁷ sobre la organización interna y funcionamiento electoral de la Lliga, al que añadió notas manuscritas con observaciones personales sobre las personalidades políticas entrevistadas. Una misión que Ferrándiz cataloga acertadamente de “oportunismo político”⁴⁴⁸, y que evidencia los privilegios del periodismo cuando está próximo al poder (y que no era la primera vez que repetía, puesto que ya había tanteado un puesto de Sanidad para su amigo el médico monovero José Pérez Bernabéu).

De este modo, a su vuelta de Barcelona, Azorín viajó a Monóvar y, desde allí, escribió a Gabriel Maura el 2 de mayo una carta que indica la actuación del cronista en tierras catalanas como intermediario del jefe conservador con dirigentes regionalistas. En la epístola alude a sus conversaciones con el presidente de la

⁴⁴⁷ Robles, Laureano (1996), “Azorín y los Maura”, *Azorín (1904-1924)*, Coloquios de Pau III, Pau-Biarritz, Universidad de Murcia y Université de Pau, Murcia, págs. 274-275.

⁴⁴⁸ Ibid., pág. 186.

Lliga, Alberto Rusiñol, y las gestiones para aunar fuerzas contra el Gobierno liberal, lo que pone al descubierto la intervención política de Azorín con los mauristas⁴⁴⁹.

Mi querido amigo:

Aquí me tiene usted a sus órdenes, convaleciendo. Hace días escribí a usted, y en dicha carta, no por olvido, sino por no alargar tal misiva, ya larga, omitía el hablar a usted del “asunto” de Barcelona. Lo hago ahora. Lo que Rusiñol me indicó, en una larga conversación que con él mantuve, fue que deseaba llegar a una inteligencia con su padre de usted; él añadía que a este fin celebraría con gusto una entrevista con su padre, y que lo único que él deseaba recabar era la designación de dos o tres de las personas que hubiesen de luchar en las primeras elecciones: diré además que según me indicó el dicho Sr. D. Alberto una de esas personas era su propio hermano D. Santiago (que no sé yo lo que trata de hacer en las Cortes) y otra un Dr. Fargas, poco grato, al parecer, a las huestes regionalistas.

Este “informe” de Azorín para la causa maurista, compuesto por cuatro hojas y media, es un detallado documento sobre el funcionamiento de la Lliga regionalista, relacionando además a sus principales mandatarios, como el presidente, Alberto Rusiñol; vicepresidentes, Francisco de A. Cabó y Raimundo de Abadal; su secretario, Pedro Rahola Molinas, o la llamada Comisión de acción política compuesta por Rusiñol, Abadal, Cambó, Prat de la Riba, el Marqués de Camps e Ignacio Girona. El colectivo, con cerca de mil socios que pagaban cuotas de 24 a 60 pesetas, contaba con la colaboración de sociedades culturales y sociales. Escribía Azorín:

En las últimas elecciones de Diputados se logró que recibiese estas invitaciones en los pueblos de veraneo, tanto de Cataluña como del extranjero donde residían temporalmente más de cuatro mil electores.

Este diccionario y censo son las principales armas de organización de la Lliga que le han servido, junto con la pericia, calidad y honradez de los interventores para descubrir y desterrar por siempre los amaños y chanchullos del caciquismo.

Cuidan especialmente las oficinas de la Lliga de la revisión y modificación anual del censo, de las listas de primeros contribuyentes electores de compromisarios para la elección de senadores y de la rectificación del padrón de vecinos.

Azorín, pues, tras el viaje informativo a Cataluña, se encuentra con que la acción política en el Parlamento permanece congelada, lo que inicia un amplio paréntesis a la serie azoriniana “Impresiones parlamentarias”. Martínez Ruiz aprovecha entonces para disertar y ahondar en aquellos temas que le fueran más apetecibles o succulentos. De este modo, si en *Blanco y Negro* trabajaba entonces la

⁴⁴⁹ Ferrándiz Lozano, José (2009), ed. cit., pág. 186.

creación literaria, en *ABC* se centrará en otros aspectos como la inspiración libresca o la crítica literaria, que lleva el cabo el 27 de abril con “Catalina Albert”, respecto a una obra que seguro le regalaron o bien adquirió en alguna librería de Cataluña en su misión informativa por aquellas tierras.

La señora Albert no es una novelista tal como nosotros lo entendemos; es una admirable paisajista. No se ha descrito en lengua catalana el paisaje con más vigor, exactitud y relieve con que ella lo describe. *Solitud* marca una fecha en la literatura catalana. Esto es lo que nosotros queríamos decir al sentarnos junto al balcón por el que vemos herrenes y viñedos, y no tienen otra finalidad estas cuartillas.

Martínez Ruiz incide nuevamente en su interés por la literatura que nace y se crea en Cataluña y que se encarga de difundir en las páginas madrileñas de *ABC*. En este sentido, cabe resaltar un pasaje final del artículo en el que, con ironía, alude a la evolución de la novela:

(...) pero nosotros diríamos que el libro de la Sra. Albert más que una novela es un libro de descripciones. La novela es un género que en la última mitad del siglo XIX ha sido desviado, bastardeado y adulterado; de lo que debe ser imprescindible una historia amena, entretenida y agradable (en la cual el ingenio del verdadero artista podrá hacer filigranas) se ha convertido en pesado, lento e insoportable estudio sociológico; se multiplican en él las descripciones minuciosas de paisajes y de interiores; no hacen nada los personajes; marcha lentamente la fábula; y van pasando y pasando entretanto las hojas hasta hacer un tremendo volumen de cuatrocientas páginas, escrito en estilo brillante. Contra esta tendencia ya se va reaccionando; algunos autores, como Pío Baroja (a riesgo de que los tontos les llamen folletinistas), van trayendo la novela a su verdadero cauce y van urdiendo libros que en vez de ser de folletín (los de folletín lo son los sentimentales y sociológicos que los aludidos señores prefieren) revelan un sentido superior, optimista y aristocrático de la vida.

Vacaciones en Alicante. Atentado anarquista de Mateo Morral

El periodista alicantino continúa de vacaciones en Alicante y provincia, lo que explica el parón de sus artículos en estos días en los que surge la inspiración libresca. “Durante nuestros ocios de provinciano, en la pequeña y clara ciudad de la montaña levantina, nuestras manos y nuestros ojos van escudriñando los grandes y chicos volúmenes, los viejos y los nuevos, de nuestra diminuta biblioteca”, escribe el 3 de mayo en “Los kantianos”, cuando toma entre sus manos un libro de Pi y Margall con el que suscita una evocación del viejo político, quien fuera su mentor y maestro.

Azorín no es un crítico literario al uso. No pormenoriza en el estilo, la prosa, ni destripa esto o aquello. Estos textos son, más bien, ensoñaciones que despierta la obra que termina de leer, y que le sumerge unas veces en el paisaje catalán o

castellano, la fantasía o bien en alguna disquisición filosófica. Eso es lo que ocurre con “El amoralismo de los clásicos” (5 de mayo) tras la lectura de *Autobiografías y memorias* de Bailly y Baillièrre sobre las leyes y la moralidad en obras del pasado (en el que no tienen desperdicio los apuntes culturales de Martínez Ruiz ante su tremendo bagaje literario).

Azorín define a “Federico Nietzsche” (9 de mayo) como un “psicólogo del paisaje”; el 14 de mayo, en “Un viejo tópico”, sobre *La maja desnuda*, el libro de folletines de Blasco Ibáñez, analiza un anacronismo (no eran los siglos XVI y XVII un tiempo abominable y sin libertad para el artista, según Martínez Ruiz); y el 17 de mayo publica “Guías de España”, que a juicio de Azorín serían idóneas aquéllas que:

La guía de una ciudad, si hubiera de hacerse de una manera artística, tendría que hacerla un espíritu que a la vez fuera filósofo y poeta, un hombre que amase las cosas concretas, exactas, tangibles, y que al mismo tiempo supiera ver, sintiera, la segunda realidad que estas cosas tienen, su esencia. Y este hombre comenzaría por darnos una idea de la sensación que a él le producía esta ciudad antes de conocerla.

De cualquier modo, en estas críticas que trabaja para *ABC*, la sinceridad de Martínez Ruiz es absoluta (siempre reivindicó la verdad y la rigurosidad en el oficio), lo que cultiva y exhibe cuando, el 22 de mayo, con “Dos humoristas”, reconozca que no ha leído la obra pero sí ha recibido unos comentarios que le impulsan a escribir unas líneas:

¿Por qué nuestro querido compañero en la Prensa el Sr. Cortón siente esta ojeriza contra D. Miguel de los Santos Álvarez? El Sr. Cortón ha publicado un libro titulado *Espronceda*; el tema no puede ser más interesante; no hemos leído nosotros el volumen; no podemos decir cuál es el plan del libro; ignoramos cómo es tratada la obra del autor del *Diablo Mundo*; pero hasta nosotros han llegado noticias de que en dicho libro se maltrata un poco a Santos Álvarez, y sin que lo afirmemos por nuestra parte, este solo rumor nos va a dar motivo a unas ligeras líneas.

De este modo, con motivo de la inminente boda de Alfonso XIII, *ABC* publica una edición especial en la que Azorín escribe “Votos cumplidos” (25 de mayo), donde recuerda las crónicas redactadas desde Londres y París en sus viajes, pronosticando con acierto las inminentes nupcias del monarca: “Y nosotros, modestos periodistas, en aquellos momentos en que lo futuro era aún una nebulosa, terminábamos nuestra crónica diciendo: ‘Hacemos los más fervientes votos porque esta bella princesa rubia sea la reina de nuestra España’. Los votos se han cumplido”.

El 31 de mayo se produce el atentado anarquista de Mateo Morral al paso del carro nupcial con el Rey y la Reina. Los monarcas salen ilesos de la bomba que, al desviarse al chocar contra las vías del tranvía, provoca 25 muertos entre autoridades civiles y militares. En los ejemplares del 1 y 2 de junio, *ABC* dio cobertura informativa especialmente por las crónicas de Manuel Troyano. En cambio, Azorín, testigo del atentado anarquista en París del que dio cobertura, no dedica ni una sola línea a este de Madrid, lo que resulta verdaderamente extraño para un periodista que estaba pegado a la realidad de los acontecimientos desde que ingresara en *ABC* en junio de 1905. ¿Y por qué?

Lo cierto es que, tras “Votos cumplidos” (del 25 de mayo), y a su vuelta de Barcelona, Azorín se siente alejado de la vida política, de las “apreturas de Madrid”, que escribe el 2 de junio en “Las fiestas en el campo”. Martínez Ruiz está trabajando la crítica literaria o aquellos temas que surgen de su inspiración literaria en el rotativo madrileño cuando, al estallar el atentado en Madrid contra el Rey, el periodista alicantino se encuentra lejos, en su tierra natal, en Alicante y provincia, de vacaciones (lo sabemos por los artículos “Catalina Albert” y “Los kantianos” que sitúa en la montaña alicantina y en su biblioteca). Es por ello que Azorín parece iniciar una nueva relación temática separada de las anteriores (de las publicadas en *ABC* en mayo de 1906) puesto que ahora no se inspira en los libros sino en el tiempo, los paisajes y los pueblos.

De este modo, en “Las fiestas en el campo”, del 2 de junio, Azorín se sumerge en la naturaleza, en la casa, en las horas lentas donde nunca pasa nada, en los colores del campo, del paisaje, cuando deja al descubierto unas notas de crisis:

Pero los años pasan; hemos leído ya mucho; hemos viajado por partes y parajes diversos del planeta; acaso el dolor ha puesto en nuestras frentes una sombra, y el desdén ha hecho contraerse nuestros labios con una mueca de amargura. Y entonces llega un momento en que nos examinamos a nosotros mismos y vemos que ya no nos atraen las apariencias externas, que no sentimos curiosidad por la luz, por el color, por la corteza de las cosas, y que, en cambio, una nueva visión interna ha sustituido a la vieja (...)

De este modo, mientras ahora la actualidad de *ABC* se centra en la muerte del anarquista y terrorista Mateo Morral, Azorín se mantiene al margen y, el 6 de junio, publica “Las montañas”, con las que el alicantino permanece apartado de la actualidad.

¿Qué vamos a decir nosotros que merezca ser publicado? ¿Qué vamos a decir nosotros metidos entre montañas, en esta casa ancha y silenciosa, donde las horas transcurren lentas, lentas, y donde solo oímos el zumbido de un buen moscardón que entra, revuela un

momento, mira las paredes blancas, las viejas litografías y después se marcha indiferente o cerca de nosotros, como algo vivo y cristalino? (...)

¿Qué nos enseña todo esto?, volvemos nosotros a repetir. Nos enseña, indudablemente, que la vida es multiforme, varia, compleja; que existe una fuerza, una voluntad universal que se manifiesta en mil distintas formas y que aprovecha para exteriorizarse todos cuantos medios podemos imaginar. Nos enseña que la vida no tiene más fin que la vida. Nos enseña, finalmente, que nosotros conocemos la ley de causalidad, que es lo que constituye el enlace de los fenómenos, pero que la cosa en sí, la esencia, lo que sea esa voluntad de que hemos hablado, eso no lo podremos conocer jamás.

En “Poetas” (10 de junio), el libro *Almas que pasan; últimas prosas*, de Amado Nervo, le sirve de gancho a Azorín para volcar sus impresiones literarias respecto al panorama cultural de su tiempo. Para ello, trabaja un diálogo ficcional, entre él y un lector de este libro (originalidad absoluta), intercambiando opiniones que, cuando cita a Rubén Darío, viene a decir que el término modernista no existe. Lo de Darío es, en otras palabras, innovación a todas luces, incluso en el sistema métrico que utiliza (cabe resaltar además que este es el primer artículo que escribe Azorín sobre Darío tras su visita en Asturias en agosto de 1905).

- Modernista no significa nada; es un vocablo absurdo; todo escritor haya vivido en el siglo en que haya vivido, ha sido modernista; un poeta del siglo XIV era más moderno que otro del XIII; los del siglo XXI serán más modernos que nosotros.

- Sí, sí; pero estos poetas están todos extranjerizados; no tienen fisonomía propia, inspiración suya. Y luego, las cosas que hacen con la métrica...

- No hay un error semejante a éste. En cuanto a las innovaciones métricas, si lo innovado es bello, poético, debemos admitirlo desde luego. ¿Quién ha trazado de antemano la forma y medida que deben tener los versos? ¿Por qué razón vamos a limitarnos a lo ya hecho y no podremos admitir formas nuevas? Los que crearon las formas viejas, ¿no disponían de una libertad al usarlas? ¿Por qué motivos hemos de creer que esta libertad ha caducado y no se nos ha de conceder a nosotros?

El término, pues, de modernista, está asociado para Azorín con la innovación y la modernidad. Y un escritor será más moderno que otro en los siglos venideros, idea que ya trazó en el artículo “El Museo moderno. Diálogo ético” (6 de abril de 1902 en *La Correspondencia de España*) cuando asegura que el modernismo es sugestibilidad, originalidad, ideas, color y movimiento en la expresión. El ejemplo que insertó entonces era el de Vicente Espinel (que también repite el 10 de junio en

ABC) ya que cuando “era un modernista, hizo lo que hoy están haciendo los poetas jóvenes: innovó en la métrica”.

Como novedad, Martínez Ruiz debate si el modernismo es un fenómeno extranjero o no, y que él mismo niega ya que Darío pertenece al renacimiento de la nueva poesía castellana, puesto que es un “lírico de los que continúan la tradición, la línea, la estirpe maravillosa de los Berceo, Juan Ruiz, Garcilaso, Góngora, Espronceda y Bécquer; después de estos y por derecho propio viene el autor de las *Prosas profanas*”. Además, también al alrededor de Rubén Darío, sitúa Azorín a poetas como Eduardo Marquina, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Francisco Villaespesa, Antonio de Zayas y Pérez de Ayala.

El 13 de junio, en “Clarín”, Azorín recuerda al maestro en el V aniversario de su muerte. Un texto que sirve de continuación a los redactados anteriormente en su *Veraneo sentimental* (“Oviedo. En la biblioteca de Clarín I”, del 17 de agosto de 1905; y “Oviedo. En la biblioteca de Clarín II”, del 20 de agosto de 1905).

Todo está en silencio en esta casa; no llega de la ciudad ni el más ligero ruido. Y en este reposo profundo, en estos libros desordenados y cubiertos de polvo de la biblioteca, en estos revoltijos de papeles que se ven sobre la mesa, diríase que un espíritu lleno de amor, que un hombre amante de las cosas pequeñas, percibiría ese matiz de angustia, ese abandono supremo; ese dejo de resignación honda y de tragedia que queda en las casas provincianas cuando desaparece el hombre que era el fundamento de ellas.

Azorín reflexiona sobre la obra póstuma, sobre qué será de su legado (el devenir, qué será o pasará en el futuro, es una de las obsesiones de Martínez Ruiz). El periodista alicantino siente, como señala el 2 de junio en el revelador “Las fiestas en el campo”, que los años pasan y que llega un momento en el que nos examinamos a nosotros mismos, y una visión interna sustituye a la vieja. De este modo, la relectura de una obra, en este caso la de Clarín, suscita nuevas emociones y ensoñaciones que afloran como una sensibilidad renovadora en el alicantino. Una nueva mirada que también encuentra Azorín en Clarín:

Pero la vida va pasando; muchas ilusiones de la juventud desaparecen; hemos tratado largamente con la mujer; leemos menos; observamos más la naturaleza; gozamos plenamente de los minutos diarios del vivir, del color, de las formas, de la bella euritmia femenina. Es esta la hora del mediodía en nuestra vida. Y esta hora es la marcada en la obra de Clarín por la novela *Su único hijo*. ¿Habrà en nuestra literatura contemporánea algo más penetrante, más sugestionador, más hondo y que ofrezca a la vez una más aguda sensación de espiritualidad y sensualismo?

Años después de este libro, un cuento largo, *Cambio de luz*, nos indica el tercer momento en la ideología del maestro. El protagonista de esta narración es un célebre profesor, novelista y crítico; se trata

indudablemente del propio autor. Contrariedades, desgracias, enfermedades crueles van modificando paulatinamente el carácter de este personaje; llega un día en que él se examina a sí propio y ve con asombro que no le atrae lo que antes causaba sus delicias (...). Y cuando poco después pierde la vista, todos lloran a su alrededor, y él, tranquilo, afectuoso, les dice a todos: “No, no; no lloréis. No he perdido la vista: ha sido solo un cambio de luz”.

Leopoldo Alas no se quedó ciego en los últimos días de su vida; pero había, sí, comenzado a columbrar una nueva luz, una luz inefable, misteriosa, que él hacía ver a sus discípulos, a sus amigos, a sus admiradores, en libros, conferencias y artículos...

Ataques al pasado anarquista de Azorín

El 31 de mayo de 1906, decíamos, se produce el atentado de Mateo Morral a los Reyes en Madrid. Los monarcas salieron ilesos aunque el estallido provocó heridos y muertos de consideración por la metralla. Los medios de comunicación, entonces, culpan a los anarquistas.

Azorín dio un paso atrás en la cobertura informativa del suceso, lo que sin duda era una novedad en su producción cuando había permanecido muy atento a la actualidad (incluso fue, un año atrás, el encargado de dar noticias del atentado en París). El periodista alicantino se encontraba en un estado de aparente crisis tras las entrevistas por la Ley de Jurisdicciones y las tensiones nacionalistas a su regreso de Barcelona, en una situación de contemplación y reflexión, por sus artículos en *ABC* y *Diario de Barcelona* por estas fechas.

De este modo, en *ABC*, se centra en “Las fiestas en el campo” (2 de junio) y “Las montañas” (6 de junio) o, en *Diario de Barcelona*, con “Un pueblo” (15 de mayo) o “Los místicos” (26 de mayo). Incluso más revelador es el de “Clarín”, del 13 de junio en el diario de Torcuato Luca de Tena, cuando detalla el cuento de *Cambio de luz*, sobre un célebre profesor que había cambiado a raíz de las contrariedades, desgracias y enfermedades. Es “el tercer momento en la ideología del maestro”, escribe Azorín, cuando “llega un día en el que él se examina a sí propio y ve con asombro que no le atrae lo que antes causaba sus delicias (...)”.

Esta “nueva luz” es también la respuesta de Azorín a la campaña de desprestigio que se construye contra el alicantino en distintos diarios, simpatizantes del anarquismo o con ideales radicales, cuando publican algunos de sus escritos correspondientes a su pasado anarquista.

Así fue con *La Región Vasca* (1 de junio), que informa del atentado en Madrid de Mateo Morral al tiempo que, en la siguiente columna, inserta el artículo “El socialismo anarquista”, en el que Martínez Ruiz explica el progreso del anarquismo en España justificando su implantación.

El socialismo anarquista no es algo concreto, definido, dogmático; es aspiración más bien que sistema; impulso personal más bien que escuela; es ideal, eterno en realización constante, en elaboración perpetua. Todo el progreso de la Humanidad, toda la lucha cruenta o incruenta, feliz o malograda por el bienestar, por la paz, por la fraternidad universal, es el anarquismo. Y es anarquista el inventor de una máquina, el descubridor de una ley, el explorador de una región ignota.

El descrédito que persigue *La Región Vasca* contra el alicantino es claramente visible con la publicación de este artículo de su pasado radical, que incluso no lo hace como José Martínez Ruiz (como sería en su origen) sino como Azorín (su afamado rebautizo como escritor y periodista).

“El socialismo anarquista”, cuya procedencia no indica *La Región Vasca*, fue además reproducido por *La Tribuna de Barcelona*⁴⁵⁰ (28 de diciembre de 1906) y *Tierra y Libertad* (3 de enero de 1907) con el mismo fin de desprestigio contra Azorín cuando este trabajaba para el *Diario de Barcelona*.

El artículo que procede a estas líneas es de Martínez Ruiz, Azorín en el mundo literario, un escritor notabilísimo que ha conquistado uno de los primeros puestos entre los escritores contemporáneos, un pensador que suavemente y en forma siempre amena y galana desliza sus filosofías, y que aún cuando se halla dotado de una personalidad propia, es lo cierto que su filosofar en la aridez periodística, guarda alguna semejanza con aquel otro joven filósofo que tanto brillo diera a las letras españolas; el gran Larra.

Azorín nos describe con su pluma admirable las doctrinas del socialismo anarquista, y nosotros añadiremos a esa erudita relación, las fases que revisten esta clase de atentados a las colectividades, perpetrados, no por los propagadores del comunismo anarquista, sino por anarquistas individualistas partidarios de la propaganda por el hecho.

La publicación de “El socialismo anarquista” irritaría con toda seguridad a Martínez Ruiz, quien ya por entonces había tratado de distanciarse de toda su producción anterior al encarnar el “pequeño filósofo” con que afrontaba su nuevo rumbo en el periodismo. De cualquier modo, al día siguiente, 2 de junio de 1906, *El Pueblo Vasco* difundió la carta de un lector, Alfonso R. de Grijalba, quien elabora una amplia defensa de Azorín exponiendo la mala fe del rotativo *La Región Vasca* con la publicación de este artículo de tintes anarquistas del alicantino sobre una época anterior.

Los que estamos unidos de largo tiempo a esta parte por fuerte lazos de amistad con el “Pequeño filósofo”, los que habiéndole tratado

⁴⁵⁰ Armero, Èlia (2015), “Estudi de la literatura anarquista espanyola”, *Monòver en festes*, Ajuntament de Monòver.

íntimamente, conocemos la lealtad de sus sentimientos y el hondo arraigo de sus honradas convicciones, hemos de sentirnos forzosamente molestos viendo que a un periódico, a *La Región Vasca*, se le ha ocurrido, con intención poco piadosa, reproducir un artículo tendencioso de Martínez Ruiz, precisamente en el mismo número en que se da cuenta del más brutal, del más cobarde, del más inicuo de los atentados anarquistas.

Asociar el nombre de los intelectuales, de los pensadores que persiguen el ideal social por determinada ruta, a esas fieras humanas que buscan la popularidad en el crimen, es una falta imperdonable en quien aspira a dirigir desde un periódico la opinión pública. Hacer eso equivale a asociar el nombre de Proudhon, porque escribió contra la propiedad, a las hazañas de rateros y ladrones.

Martínez Ruiz no ahondó y tampoco intervino en esta controversia. Ni en *El Pueblo Vasco* ni en *La Región Vasca* ni en *Tierra y Libertad*.

Cartas con Gabriel y Antonio Maura

En estos días que pasa en Monóvar, en su tierra natal, alejado de los trasuntos políticos en la prensa, Azorín asiste a vivos debates sobre el partido conservador (entre los conservadores antiguos de Cánovas y los nuevos de Maura). Esto le preocupa en demasía al alicantino, y debió por tanto ponerle en antecedentes a Maura, solicitarle instrucciones de cómo amenguar el temporal, de tal modo que le envía esta carta el 10 de mayo de 1906⁴⁵¹. Misiva que no tiene desperdicio puesto que le llama “muy querido Jefe”.

Mi ilustre y muy querido Jefe:

He recibido su carta, que de todo corazón, con toda mi alma, agradezco. He repetido a estos buenos señores lo que usted me dice. Les he dicho que tengan un poco de sosiego, de asiento; he añadido que las cuestiones políticas no pueden resolverse de sopetón, bruscamente; he concluido asegurándoles que usted procederá con toda rectitud y sinceridad, y que los fieles y los leales se verán premiados y atendidos. Yo no puedo hacer más. No tengo habilidad, no tengo ese don misterioso que ha encantado a dos generaciones de políticos y que se denomina, un poco chabacanamente, “trastienda”. ¿Qué he de hacer yo? Estos señores me miran un poco asombrados; mi naturaleza y complexión son frías; ellos son vehementes, impacientes. No entienden nada de estas cosas de cabildeos, conferencias, alianzas, pactos, tráfigos, idas y venidas. ¿Cómo es posible que yo pueda contentar a esos señores? Soy un modesto observador que camina por la vida y mira las cosas pequeñas que están a su alrededor. Hay en todas la vidas como un camino invisible, como una ruta misteriosa, desconocida, que hemos de recorrer; no sabemos cuál es la meta, no sabemos por qué marchamos por este camino y no por otro; pero estamos ciertos, tenemos la profunda

⁴⁵¹ Armero, Èlia (2015), ed. cit., pág. 61.

evidencia de que una fuerza poderosa y oculta nos lleva fatalmente por esta vía, y de que todas las fuerzas humanas, todos los poderes del Universo no serían bastantes para sacarnos de ella. Y es inútil que nos hagamos ilusiones y que nos quejemos de nuestro destino. A veces, a los lados de este camino invisible que recorremos vemos como un oasis, como un lugar de felicidad y de bienestar; todo parece que se concierta para que nosotros alcancemos este bienestar o que realicemos esta ilusión; esta dicha está ya al alcance de nuestra mano y ya casi todos nos dan sus parabienes; al fin –pensamos- nuestra vida va a cambiar. Y, sin embargo, la ilusión se disipa; la felicidad no llega a nuestras manos; seguimos inexorablemente por nuestro camino y atrás queda este oasis, este vergel en que nosotros no hemos podido entrar. ¿Quién ha trazado esta vía y qué fatalidad nos empuja por ella? No nos lamentemos; no lloremos. La buena maestra, Santa Teresa, quería por nuestros infortunios y nuestras angustias nos las pasáramos nosotros, sin que los sintieran los de fuera. Este contentamiento, esta apacibilidad espiritual, este gesto de impasibilidad sobre los desgarramientos y dolores íntimos, es el producto más alto y refinado que una civilización puede producir, y no es otra la marca que sobre sus frentes llevan los espíritus verdaderamente aristocráticos. ¿Qué puedo yo decirles a estos buenos señores?, digo, volviendo al tema primitivo de esta carta. Yo soy un modesto observador del mundo; mi vía, mi camino invisible, es el de escribir sin parar en las hojas diarias; por él voy caminando sin prisas ni lamentos. Que camine cada cual por su vía del mismo modo.

Es de usted el más fervoroso, el más cordial de los admiradores,

Además de esta reveladora carta con Maura, Azorín intercambió por estas fechas distintas epístolas con Gabriel Maura, el 2 y 10 de mayo de 1906⁴⁵², en la que le cuenta con satisfacción que ha cumplido uno de sus sueños al ser reconocido como escritor y periodista en su pueblo natal. Es más, sus aspiraciones políticas quedan bien patentes cuando, el 1 de agosto de 1906, le insinúa la conveniencia de poder presentarse en la candidatura de Yecla.

Personas naturales de allí me dicen que el actual diputado, flamante romanonista –el Sr. García Alonso- es posible que se presente a la reelección por indicaciones del fresco conde; sin embargo, este señor está cansado de luchar; sus aspiraciones son una senaduría; cuenta con los ayuntamientos del distrito, y caso de no presentarse, él mismo me prestaría su ayuda. Además, existen muchos elementos retraídos o independientes que me votarían a mí con entusiasmo.⁴⁵³

“Homenajes” políticos. Regreso a Madrid

¿Había también llegado a Azorín la “nueva luz” que divisó en su maestro Clarín? El 8 de junio, el periodista alicantino ya había regresado a Madrid, y retoma su actividad periodística en *ABC* con el artículo “Con el señor Canalejas” con el que

⁴⁵² Archivo Casa Museo Azorín.

⁴⁵³ Ferrándiz Lozano, José (2009), ed. cit., pág. 193.

arranca una serie de visitas a distintos gobernantes políticos que, solo unos días después, aprisionará bajo el título de “Los amigos” (11 de junio). Una serie de encuentros que Azorín trabaja a modo de homenaje pero con el claro propósito de conocer sus opiniones ante los más candentes asuntos de la actualidad política. En este caso, quizás lo de homenaje se debiese a la ausencia de crítica en estos textos azorinianos (lo que sin duda representaba una excepción en sus artículos de índole política).

Por ello, en “Con el señor Canalejas”, del 8 de junio, pese a que Azorín recalca que es una visita sin “carácter periodístico”, sus preguntas incisivas rebuscando en el meollo de la cuestión, nos hacen pensar que es justo lo contrario cuando el alicantino indagaba sobre la crisis de Gobierno de Moret. Eso sí, Azorín se limita a preguntar, y no traza crítica alguna. Este mismo esquema se repite el 11 de junio (“Los amigos”) cuando Azorín se encuentra con los diputados José Celleruelo, Benigno Quiroga Ballesteros y Natalio Rivas en visitas marcadas por lo anecdótico; el 14 de junio (“Los amigos. Razón de la amistad”) recrea las breves y amables conversaciones con Borbolla y Aura Boronat (sin atisbo de crítica), que introduce Azorín con una digresión que parece responder a las nuevas acusaciones que vierten contra él por sus amistades con los círculos políticos (lo que ponía en duda su ecuanimidad como cronista parlamentario).

Hombres despiadados, crueles, ¿por qué queréis que nosotros no seamos amigos de todos los políticos? ¿Es que nosotros no vamos a poder tener una sonrisa de afecto, un apretón de manos, una palabra amable, todo esto que no vale nada y es algo, para estos compañeros nuestros que nos han acompañado en nuestros monótonos paseos por los pasillos del Parlamento o se han sentado a nuestro lado en los pobres divanes del salón de Conferencias? ¿Es que nosotros no sabemos que hay en la vida algo más hondo, más inapreciable que la inteligencia, y que este algo es la efusión, la cordialidad, ese efluvio espiritual que se desprende de nuestro ser, que no podemos definir y que obra el milagro de que un hombre nos cautive más, por humilde que sea, que si nos dijera las palabras profundas de Platón o los sutiles conceptos de Petrarca? ¿Y es que sobre la inteligencia y sobre la cordialidad no debemos tener en cuenta para juzgar a un hombre, para disculparle, las mil circunstancias que nos empujan por el camino de la vida, las mil fatalidades que nos llevan por esta senda y no por aquélla, las mil fuerzas desconocidas que juegan con nosotros, que nos oprimen y que, a pesar nuestro, seamos de una manera y no de otra? Hombres crueles, tengamos un poco de amor para los seres que marchan a nuestro lado por el camino de la vida.

Por “Los amigos. Don Alberto”, del 19 de junio, sabemos que Azorín fue propuesto para bibliotecario del Círculo de Madrid que también alcalde Alberto Aguilera en una reconstrucción (que no ensoñación) que parte del sobre que

encuentra en su casa para esta propuesta (como la tarjeta que cogió al vuelo en León).

Azorín asume su posición más hiriente con “El famoso decreto” (17 de junio) en el que vuelca sus propias impresiones envueltas con los visos informativos de lo que está ocurriendo alrededor del Congreso (pero que al no reflejar la actividad parlamentaria, se entiende que la insertara fuera de su conocida serie “Impresiones parlamentarias”). Una crítica directa, de opinión sobre información, con tintes editoriales, contra el partido liberal y el Gobierno de Moret.

Y cuando abandonamos el salón, pensamos: “El Sr. Moret quiere disolver las actuales Cortes para realizar una obra liberal; algunos periódicos han dado a la publicidad alguno de los proyectos del Sr. Moret. Se ha hablado de la libertad de cultos y de la secularización de cementerios. Esto –seguimos pensando- es recomenzar la historia de quimeras del siglo XIX; en la consecución del jurado y del sufragio universal hemos gastado torrentes de energía; ahora nos disponemos a despilfarrar otros tantos por alcanzar otras entelequias. Nosotros, por lo que a nosotros toca, lo que queremos es que los montes que rodean nuestra casa provinciana estén poblados; que nuestras tierras de secano puedan regarse; que nuestros vehículos puedan ir por caminos fáciles, cómodos y numerosos; que el pan que coman nuestros sirvientes sea blanco y blando; que el dinero que para la sementera hayamos de tomar nosotros o nuestro vecino sea de una caja benéfica y no de manos usurarias; que las escuelas a que llevemos nuestros hijos sean claras e higiénicas y el maestro sea bondadoso e inteligente; que el juez de quien depende nuestra vida y nuestra honra, sea probo y recto; que si vamos a una oficina pública, los empleados nos atiendan y no nos hagan volver mañana; que los tributos que recauden limpiamente y los alcabaleros estén bien retribuidos y alejados de tentaciones... Todo esto –continuamos pensando- es lo que nosotros deseamos. Y todo esto constituiría una obra verdaderamente progresiva. Y esta obra progresiva podría ser realizada con cualesquiera Cortes, blancas, rojas, negras o moradas”.

Estamos, pues, en un punto clave en el periodismo parlamentario de Azorín, en el que más partidista se muestra en *ABC* exhibiendo su apoyo a los conservadores entre contundentes críticas al partido liberal. ¿Era, entonces, esta “nueva luz” la de Azorín? El periodista alicantino parece haberse alejado de aquel papel en el que, solo unas semanas atrás, se mostraba melancólico y triste, pensativo sobre la anhelada juventud, sobre la nueva visión interna, la nueva luz, que sustituye a la vieja. Unos textos en los que el alicantino no entraba en ensoñaciones, evocaciones o divagaciones al servicio de la creación literaria (lo que dejaba Azorín para *Blanco y Negro*) puesto que son artículos en los que la realidad está por encima de esa literatura a través de sus propias vivencias. Azorín, por

tanto, reconduce su mirada, que ya no está puesta en la montaña alicantina, la biblioteca de la casa familiar o el campo, sino en la más candente actualidad.

Renace Azorín en su versión menos ecuánime e imparcial tras esta leve crisis que, a su vuelta de Madrid, le llevará a exponer su opinión “puramente personal, subjetiva” a favor de los conservadores y contra el partido liberal. Así lo evidencian los artículos del 21, 22 y 23 de junio en *ABC* en un momento que precisamente se sometía a debate el papel independiente de los diarios tal y como señala el rotativo de Torcuato Luca de Tena a colación de un homenaje a Manuel Troyano:

Esto demuestra la independencia de nuestra publicación, que respeta la opinión de sus colaboradores cuando se expone con la autoridad de su firma, aunque en ocasiones defienda cada cual criterio distinto, como acaso se deduzca leyendo los trabajos del ilustre Troyano y los de nuestro querido y también ilustre compañero Azorín sobre el tema político de palpitante actualidad.

Así pues, esta versión renovada y ácida de Azorín, el “cambio de luz” que decía sobre Clarín, está en “El programa liberal visto por un labriego” (21 de junio), cuando alude a la libertad de cultos, la secularización de los cementerios y la laicización de la enseñanza, el programa actual del presidente del Consejo que el alicantino enlaza con la sequía; el vino que no se vende; y la falta de ingresos para los cultivos. Por ello, al final, cuestiona Azorín:

Y ahora os digo: ¿Cómo queréis que esas reformas laudables que prepara nuestro presidente del Consejo anulen, destruyan todo esto? Esas reformas (la libertad de cultos, la laicización de la enseñanza, etc.) son una secuela forzosa del bienestar material, pero no crean ellas el bienestar. Y cuando se vive como nosotros vivimos, será inútil que se las implante (como ha sido inútil la implantación del jurado y la del sufragio), porque ellas están en contradicción flagrante con nuestro estado del espíritu, y no son como la aureola, como la flor de una paz interior, de una ecuanimidad, de una espontaneidad de corazón que no tenemos.

Azorín no tiene ecuanimidad, ni paz interior en su versión más visceral, que también más subjetiva, en *ABC*. Lo que repite el 22 de junio (“Más sobre el programa liberal”) cuando ahonda en estas mismas ideas críticas contra los liberales:

Hoy un político verdaderamente moderno, un estadista ansioso de realidad, no se encerrará en su despacho entre cuatro estantes de libros; unos pocos volúmenes selectos y una gran dosis de observación oculta y callada de la vida le bastarán para ponerse a la cabeza de todos los políticos. Y este político será el más liberal, el más progresivo, el más moderno de todos. Él no pedirá la implantación inmediata de todas esas grandes reformas que llamamos liberales y que lo son en efecto: la libertad de cultos, la secularización de los cementerios, la laicización de la enseñanza; él sabrá que poniendo por

obra desde luego estas reformas no adelantáramos nada; nuestros campos están incultos, yermos; nuestras ciudades del interior permanecen casi desiertas; las escuelas a que enviamos nuestros hijos son insalubres, antihigiénicas; gran parte del producto de las tributaciones se queda entre las manos del fisco; no existen apenas caminos en el país; no gozamos de las delicias del agua; no tienen nuestros ojos ante sí el espectáculo tan estético, tan educativo, de la verdura alegre y grata; los ríos corren violentos, hondos hacia el mar; las lluvias forman torrentes y avenidas en los montes que destruyen en un momento la obra de años; una incertidumbre, una zozobra, una estrechez continuas embargan a todas horas nuestros ánimos y no dejan lugar para el goce puro y espontáneo de las cosas, para la sociabilidad tolerante y honda, para una efusión, para una cordialidad, para una esperanza, para una ecuanimidad que son la esencia de la civilización.

El 23 de junio, con “Las nuevas Cortes”, Azorín imagina la designación de los nuevos diputados liberales, lo que sería un avance inútil para los progresos del país:

Una fuerza enorme, formidable, inmensa sería necesaria para cambiar en unos años todo esto. ¿Dónde encontraremos esta fuerza? No lo sabemos; pero nos atrevemos a sospechar que las Cortes que reúna el Sr. Moret, si las reúne, serán como las actuales, del mismo modo que las actuales son como las pasadas; es decir, que ni aquéllas ni éstas ni las otras han hecho ni harán nada por el país.

Azorín atraviesa una etapa especialmente relevante en su carrera periodística, en este cambio de luz que suscita reflexiones reveladoras como la del 24 de junio (“Un maestro”) que, dedicada a Manuel Troyano, confiesa que su personalidad literaria se debe al periodismo: “¿Qué vamos a decir nosotros ahora de la personalidad intelectual del grande, del admirado y muy querido maestro? A su lado hemos nacido nosotros -Azorín- en el periodismo y se ha formado nuestra personalidad literaria”. Una personalidad literaria, por tanto, que en el caso del alicantino, está cosida a su labor en las hojas volanderas.

Por entonces, al periodista alicantino le resulta tediosa la actividad política (así lo afirma y escribe), por lo que siente la necesidad de buscar la vida en los libros, concretamente en *Versos de las horas*, de Díaz Canedo, que le cuesta recomendar puesto que la crítica literaria está cada vez más contaminada (“Libro de versos”, del 27 de junio): “Muy descontentadizos somos nosotros en cuestión de poesía; nos resistimos también a hablar de libros, porque es tan general el que el elogio sea mentido, debido a la amistad, que ya los lectores no creen a los críticos ni los críticos tienen ya autoridad para comendar libros a los lectores”.

Sea como fuere, a Azorín le angustia la ecuanimidad, que le resulta difícil de defender y explicar:

Vivimos nosotros retirados en nuestro mechinal; no asistimos a ningún banquete; no le contamos a los amigos que encontramos cosas largas, interminables, que les obliguen a atender a nuestras palabras y no a los escaparates de las tiendas, a las lindas muchachas que pasan y al espectáculo de la calle; no le leemos a nadie la páginas que acabamos de escribir; si tenemos alguna angustia íntima, nos ponemos al salir de casa una careta bien tupida; amamos la política, como espectadores, por lo que tiene de juego de pasiones, de variedad de gestos, de enseñanza psicológica; nos honramos con la amistad de innumerables personajes políticos y parlamentarios; no le pedimos, ni le hemos pedido ni es posible que le pidamos nada a ninguno; conservamos así nuestra independencia, no para la censura, sino para el elogio; respetamos cuantas opiniones oímos; si algo se escribe violentamente en contra nuestra lo respetamos también (...).

Para Azorín, la actividad política no es ahora una prioridad en sus artículos, en los que continúa entre situaciones y semblanzas de los diputados de la cámara ("El Sr. Cobian", del 30 de junio) sin atisbo de crítica, por lo que perfectamente podría enmarcarse en la anterior serie de "Los amigos"; como la entrevista infructuosa con el conde Romanones (1 de julio, "La visita"); o bien el fallido encuentro con Natalio Rivas, subsecretario del Congreso (3 de julio, "Natalio o la filosofía"), donde Martínez Ruiz entra en sus propias reflexiones y preocupaciones:

¿Qué misterio profundo es este de la vida? ¿Qué es lo que hace que en determinados años de nuestro vivir, cuando hemos pasado ya de cierta edad lozana, cuando hemos gustado ya de muchas cosas y se han marchado de nuestro corazón muchas ingenuidades y muchas ilusiones; qué es lo que hace, repetimos, que encontremos un profundo, un misterioso encanto en muchas cosas pequeñas que antes pasaban para nosotros inadvertidas, que haya para nosotros un goce supremo en los minutos vulgares, monótonos, del día y que encontremos una viva satisfacción en hablar, en departir con gentes sencillas, humildes, que no pueden enseñarnos nada, pero que parece que tienen en su sencillez un enigmático efluvio espiritual, un reposo, una ecuanimidad de que carecen los hombres eminentes?

Bajo estos mismos parámetros Azorín publica "Un viejecito" (4 de julio), el anciano que no se puede levantarse aquejado de su edad cuando el Rey transita por la zona; o sobre los caprichos del sino en "Otros amigos" (7 de julio); o sobre el libro de Lluria, *La humanidad del porvenir* en "Física o metafísica" (8 de julio).

"Nuestra vida transcurre en perpetuo viaje". Azorín parte entonces junto a su amigo Pérez de Ayala a Oviedo según relata en "En marcha" (12 de julio). De este modo, como ya está dejando ver en su articulismo, poco interés despierta en él la política cuando pone la literatura al servicio de la creación literaria, aprisionando ambientes, sensaciones y evocaciones.

Era el segundo viaje a Oviedo (el primero es de un año atrás, en agosto de 1905, especialmente por la relevante visita a la biblioteca de Clarín en *su Veraneo*

sentimental) en unos textos marcados por su dimensión literaria. Así se refleja en la descripción de la estación (“En Oviedo. Llegada de un viajero”, del 19 de julio) donde el objetivo es congelar y detener el tiempo, salvándolo de la caducidad efímera del periodismo que, en cualquier caso, puede dejar un hueco a la reflexión (en plena polémica por la Ley de Jurisdicciones, por la terminología del término patria, el 25 de julio con “En Avilés. Conferencia de un jamonero”), cuando Azorín escribe:

Ante los otros jamones, este jamonero afirmaba rotundamente su jamón. Así debemos hacer con todas las cosas, con todas las traducciones, con todas las prácticas de nuestra patria pequeña: firmemos rotundamente, singularicemos con energía el pedazo de tierra en que hemos nacido y engrandeceremos la patria grande. La patria grande no puede ser fuerte si las patrias pequeñas no lo son; y las patrias pequeñas no podrán serlo si no se robustece todo lo que en ellas hay de original, de espontáneo, de histórico. Diferenciar es universalizar. Y cuanto más diferenciamos la grande, más en armonía, en consorcio, podrá estar con las demás grandes patrias.

Así pues, Azorín, ante la falta de actividad parlamentaria, reconduce sus artículos a la literatura con “Un problema”, del 29 de julio (sobre *Los estetas*, un artículo publicado en la prensa de Alfredo Calderón); “Pepita Vidal”, del 8 de agosto, una fantasía a raíz del libro *Cosas que pasan*; “Fatales consecuencias”, del 17 de agosto, sobre *Entre las dos Españas*, de Oliver; y el 25 de agosto con “Sobre Gracián”, a raíz de la primera traducción francesa de *Parerga y paralipómena*, de Schopenhauer, que incluye una nota del traductor (Dietrien) sobre Gracián.

Todo ello, en su inspiración libresca, le lleva a Azorín a solicitar una revisión de nuestros clásicos:

Precisamente vengo pidiendo yo esa revisión años y años. Existen en nuestra literatura figuras de primera magnitud que bien examinadas pasarían a un lugar secundario; existen otras en cambio obscurecidas, postergadas, mal juzgadas –como Gracián– que tendrían que ir a ocupar, en un juicio imparcial, la línea delantera. Pero vivimos aún del juicio de los contemporáneos, y los contemporáneos de un artista no pueden ser los que midan, comparasen y contrasten el mérito de éste. La regla general es ésta: cuanta más fama tenga un autor en vida, tanto menos tendrá en los siglos venideros.

Así pues, Azorín muestra su escepticismo ante la escasa valoración de un escritor original que huye de los tópicos y aporta una nueva estética:

Un artista raro, genial, original, que realice nuevas asociaciones o disociaciones de ideas, es claro que no podrá ser ni conocido ni menos aplaudido por la multitud; sería absurdo el suponerlo; más en cambio, el artista universal, el artista admirado, el que despierta los entusiasmos de todos, será forzosamente el artista que no sea original,

ni nuevo, ni raro, sino el que repita lo ya dicho, el que difunda los tópicos ya fabricados.

Salida a Mallorca. Encuentro con Maura

El 28 de agosto Azorín se dirige a Mallorca (“En Mallorca. El viaje”). Martínez Ruiz parte de Alicante en el vapor “Cataluña”. Conversa con unos y otros, sobre todo con el mando del barco: “Y el barco entra lentamente en el mar inmenso. ‘Señor Azorín –me dice el capitán-, ¿quiere usted venir sobre el puente?’. “Con mucho gusto, capitán”, contesto yo”.

El alicantino es un periodista afamado que recorre las calles de la ciudad cuando se entrevista con Torrendell, Salvá y Peiró, del diario *La Almudaina* (29 de agosto, “En Mallorca. Paseo por Palma”). Sus crónicas y artículos cuentan con una amplia repercusión, y para evitar sus quejas sobre la higiene (hizo varias sobre el Congreso en sus “Impresiones parlamentarias”), el propietario del Gran Hotel, donde se alojará Martínez Ruiz, le indica: “He mandado que le pongan en el lavabo tres pastillas de jabón, -dice Albareda riendo-; para que no diga usted después que en los hoteles españoles no se ve una pastilla nunca” (en “Playas y Balnearios”, del 21 de agosto de 1906 en *Diario de Barcelona*, Azorín reincide en esta crítica).

El 30 de agosto llega al pueblo donde se hospeda Maura, “En Valldemosa. La casa de Sureda” y, al día siguiente, el 31, publica “En Valldemosa. Con el Sr. Maura”. El texto revela la afición a la pintura del “insigne orador”, aunque el pasaje final, cuando Azorín le pide realizar una foto de grupo para guardarla de recuerdo, confirma la estrecha amistad entre ambos. No se trata, pues, de un texto informativo, periodístico, con el que Martínez Ruiz busque entresacar alguna información política relevante, alguna nota destacada de la actualidad. Su intención, su propósito, es trabajar una crónica literaria y veraniega, aprovechando el paisaje natural de la isla, con el gancho de la visita a Maura en su casa veraniega, C’an Mossenya. “Si hemos oído de labios del insigne orador algo referente a la situación política, es cosa de que no recordamos bien; es tal el número de impresiones que hemos recibido estos días, que nuestros recuerdos se borran y confunden”. El 2 de septiembre, “En Mallorca. De Valldemosa a Soller”, describe el paisaje con el que finaliza este viaje.

Buena parte de los artículos veraniegos de Azorín en Mallorca⁴⁵⁴ fueron publicados en *La Almudaina* y *La Palma* (seguro que contó con el permiso de Martínez Ruiz puesto que compañeros de profesión del alicantino le recibieron en la

⁴⁵⁴ Ripoll Arbós, Luis (1967), “Azorín en Mallorca”, *Destino*, 11 de marzo de 1967.

isla). En cualquier caso, cabe destacar el publicado el 30 de agosto de 1906, y que es el único que escribió en exclusiva Martínez Ruiz para *La Almudaina*.

Titulado “Deseo”, y que fue recogido por el bibliófilo Luis Ripoll para su edición *Azorín en Mallorca*⁴⁵⁵, el periodista alicantino fabrica un ensueño en el que declara su amor por Mallorca y su entorno natural:

Yo soy un viejecito que se levanta todas las mañanas a las cinco; cuando me levanto doy con mi bastón en el suelo y grito incomodado: “¡Isabel, Isabel!”. Isabel se ha descuidado un poco y no me ha servido a punto el chocolate; ésta es la causa de mi furor extraordinario. Viene Isabel y pone una bandeja sobre el ancho tablero de nogal. Yo voy mojando este chocolate con una esponjosa ensaimada; después bebo un vaso de agua; mi mano cansada tiembla un poco; un hilillo de esa agua fresca, cristalina, corre por mi barbilla. Si no bebéis un vaso de agua, después del chocolate, será inútil que toméis chocolate. (...)

Éste es mi ensueño, cuando me abrume la fatiga, cuando mi mano esté cansada de escribir, cuando los años pesen sobre mi cerebro –si llegan a pesar-, así quisiera yo vivir y así quisiera yo morir. La tierra que amo, es Mallorca; el paisaje que quisiera ver a todas horas es el de Miramar, y esta casa vieja con su ancho patio, en que yo quisiera vivir, está en la costa frente a la inmensidad sosegada y azul.

Berrinche con ABC, coqueteos con *El Imparcial*

La publicación de artículos de Azorín en ABC se reduce considerablemente en estos momentos por el descontento que se deduce de la carta remitida a José Ortega y Gasset (11 de septiembre de 1906) quien, por otro lado, trataba de reenganchar al reportero alicantino a *El Imparcial*⁴⁵⁶. Este descontento se podría deber por motivantes económicos y, recordemos, por la eliminación de distintos pasajes de una de sus crónicas políticas (según le relata a Gabriel Maura por carta).

En efecto, tengo algunos motivos de resquemor con ABC; pero éstos son leves y fácilmente componibles; lo que sospecho que no tendrá compostura será el estado económico de tal periódico. Ahora bien, entre *El Imparcial* y ABC, ¿puede haber duda ninguna en cuanto a la elección? ¿No podría yo hacer en el primero de dichos periódicos la próxima campaña parlamentaria?

Todos estos problemas por carta es difícil dilucidarlos; mejor será que esperemos a mi regreso y nos entenderemos de viva voz. A últimos del presente septiembre pienso estar en esa; si usted ha de ir a ver a sus tudescos antes, yo puedo adelantar mi viaje.

⁴⁵⁵ Ripoll Arbós, Luis (1952), *Azorín en Mallorca*, Panorama Balear, número 21, Mallorca.

⁴⁵⁶ Mora, Magdalena (1993), ed. cit., pág. 189.

Leo sus artículos de *Los Lunes* y me gustan mucho; hondura y buen gusto hay en ellos (no lo tome usted como correspondencia cortés a cierto almíbar que encontré en uno de ellos); *Los Lunes* marchan muy bien y si se hace la nueva serie de Españoles pintados por sí mismos, yo tengo ya echado el ojo a dos tipos importantísimos en la República...

No le canso más; páselo usted bien y aquí me tiene a su devoción hasta la fecha indicada.

Esto explica las dos colaboraciones fugaces de Azorín con *El Imparcial*. La primera, del 18 de junio de 1906 con “Sugestiones de Clarín” y, la segunda, del 24 de septiembre con “Su muerte”, dedicada a Navarro Ledesma, al hilo de los homenajes que se les dedicarán en el quinto y primero aniversario de sus muertes.

“Sugestiones de Clarín” es una semblanza del “maestro” en la línea de las hasta ahora ya trabajadas por el articulista alicantino por su admiración a la novela *Superchería* y el filósofo Nicolás Serrano. Con vinculaciones al que ya difundió en *Blanco y Negro* (26 de mayo de 1906), estas letras nacen a colación de la inspiración en la lectura de Clarín entre menciones a la naturaleza y los ensueños.

Todos los seres de la tierra, en resolución, pueden enseñar algo al hombre, que es más sabio que todos ellos. Esto es lo que nosotros creemos; las últimas líneas de la novela citada del maestro Clarín nos han sugerido estas livianas reflexiones; sean ellas nuestro tributo en el presente y sencillo homenaje a su memoria. Un escritor es grande, no tanto por lo que dice claramente, como por las cosas que nos sugiere.

“Su muerte”, dedicado a Navarro Ledesma, tuvo también su precedente meses atrás en *ABC* (22 de septiembre de 1905, “Navarro Ledesma”), aunque en esta ocasión Azorín trataba de reflejar el perfil de trabajador constante de Ledesma en el periodismo y la literatura:

Llegaba la tarde, y Navarro Ledesma, que había estado una hora u hora y media con sus discípulos, trabajaba un momento en casa, y luego se marchaba a la redacción de *Blanco y Negro*. Era el alma de este periódico; allí entraba por la ancha puerta, ascendía luego por la blanca escalera de mármol, atravesaba un salón, volvía a ascender por otras escalinatas angostas, y llegaba a una estancia divididas en varios compartimentos; en uno de ellos se metía nuestro amigo, se sentaba ante una mesa cargada de libros, papeles, notas, fotografías, periódicos, pruebas de imprenta, y comenzaba a llenar cuartillas, cuartillas, cuartillas, con su letrita menuda, regular y firme.

Finalmente, el encuentro entre Azorín y Ortega y Gasset no se produjo (el periodista alicantino le remite una carta el 2 de octubre de 1906⁴⁵⁷ en la que narra el contratiempo –una piedra en el pie hiere a Martínez Ruiz, que le deja 15 días en

⁴⁵⁷ Mora, Magdalena (1993), ed. cit., pág. 190.

sillas de ruedas-, cuando intenta alcanzar un higo, resbala y cae, según detalla Azorín en el artículo “Las cosas pequeñas”, de *Diario de Barcelona*, del 2 de octubre de 1906). Eso retrasa el viaje a Madrid que, por otra parte, impide la entrevista entre ambos cuando el filósofo estaba a punto de partir hacia Alemania. Esta situación frena la posible nueva incorporación de Azorín en *El Imparcial* (allí deseaba trabajar la inminente campaña parlamentaria), por lo que el articulista alicantino se centra en su trabajo en *ABC*.

De cualquier modo, según se deduce por la carta del 5 de septiembre⁴⁵⁸ de Azorín a Gabriel Maura, el alicantino parecía estar molesto en *ABC* por los apuros económicos, por lo que se muestra ilusionado con la oferta que le había lanzado *El Imparcial* para incorporarse (el potencial económico de *El Imparcial*, entonces, era indudable, sobre todo cuando en mayo de 1906 se produce la integración del conocido “Trust”, es decir, la Sociedad Editorial Española que aunaba *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Heraldo de Madrid*). Sin embargo, el rotativo de Ortega y Gasset no le parece la opción más conveniente (quizás, todavía por el resquemor del despido sufrido por su posición crítica en los artículos de *La Andalucía Trágica*), por lo que pregunta por la creación del nuevo periódico que está en marcha, *El Reino*.

Mi querido amigo: he estado en Valldemosa; he regresado ya a este pueblo donde permaneceré hasta primeros de octubre. Mejor que contarle en esta carta mi visita a su padre y a sus hermanos, será remitirle los adjuntos documentos: uno gráfico y otro literario.

Estos días he tenido una carta de Madrid ofreciéndome un puesto en *El Imparcial*, “con mejores condiciones que la otra vez”. Lo indudable es que yo no vuelvo ni atado al *ABC*; ellos ya sospechan que yo voy al nuevo periódico y me lo pagan con mil desdenes y pretericiones. Yo los sufro sin decir nada.

El periódico nuevo, ¿cuándo saldrá? Caso de que no aparezca hasta fines de año (creo que no tienen aún compradas las máquinas), ¿no podría yo hacer o comenzar a hacer la campaña parlamentaria en otra parte? Lo digo porque mi pluma es el único medio de vida que yo tengo en Madrid.

Mucho le agradecería a usted que, con objeto de saber a qué atenerme, me pusiera al corriente en dos palabras de lo que haga sobre *El Reino* o como se llame.

El 17 de octubre de 1906⁴⁵⁹, Azorín le muestra a Gabriel Maura su preocupación por la incertidumbre económica en *ABC*, aunque esta vez ya no alude a la creación del nuevo diario:

⁴⁵⁸ Robles, Laureano (1996), ed. cit., pág. 279.

⁴⁵⁹ Ibid., pág. 280.

Mi querido amigo: en el mismo tren que lleva esta carga salgo para Madrid. Un accidente que en septiembre tuve en el pie, ha retrasado mi regreso. Le veré a usted en el Congreso, si la leve cojera que aún me queda me impide ir a su casa.

No sé si continuaré en *ABC*. Me deben 600 pesetas. ¿Me las pagarán si me marchó? Si me las pagan, será como si me arruinaran; tendré que irme el próximo invierno a vivir en una buhardilla y tendré que vestirme de pleita como los eremitas. Sin embargo, no creo que el Sr Luca quiera llevarme velis nolis por el camino de la perfección ascética e igualarme a los santos padres del yermo.

Allá veremos.

Muchos recuerdos para su padre. Estoy a sus órdenes para todo.

Al parecer, el rumor de la posible vuelta de Azorín a *El Imparcial* tuvo una fuerte sonoridad a juzgar por la carta de Pío Baroja (6 de septiembre de 1906) en la que le recomienda que, si es así como se dice, que no acepte la oferta. Sobre todo, y sin duda esta es la nota más interesante, por si quiere dar el salto al "escaño rojo", es decir, a la política. Objetivo de Azorín que, por lo visto, ya conocía su gran amigo Pío Baroja, lo que era toda una declaración de intenciones.

Ayer recibí los primeros ejemplares de mi libro y la carta de usted; no sabía a dónde enviar el libro porque unos me habían dicho que estaba usted en Mallorca y otros que se encontraba de vuelta en Monóvar. Alguien me dijo el otro día que quizás volviera usted a *El Imparcial*; no creo que le convenga a usted si sigue usted con el plan de sentarse en el escaño rojo. ¿Qué tal va eso de la diputación? ¿Marcha bien? El ministerio este parece que se marcha pronto. Ya puede preparar usted su frac para la inauguración⁴⁶⁰.

Más literatura que política en ABC

El 12 de septiembre, en "Un compañero", comenta el libro *The newspaper reader's companion*, de la casa George Routledge and Sons, de Londres, en el que "en este microscópico diccionario encontrarían en un momento una explicación de los términos que correctamente se usan en la Prensa del mundo". Y en "Pío Baroja y su última novela" (15 de septiembre) recuerda *Revista Nueva*, de Ruiz Contreras, publicación que "a tantos de estos jóvenes ha ayudado y alentado". Lo más interesante del artículo es el repaso bibliográfico de su amigo Baroja, en el que Azorín señala los rasgos que identifican los libros de toda una época.

Existen libros que resumen y compendian toda una época (el *Werther*, de Goethe, o *Las confesiones de un hijo del siglo*, de Musset); este libro de Baroja era uno de estos libros; las angustias, las perplejidades, los tanteos y las audacias de una generación que viene después de una dominación positivista (la de Zola y la de Spencer) y que ansía

⁴⁶⁰ Riopérez, Santiago (1979), ed. cit., pág. 403.

algo desconocido, algo que sea libertad innominada, y que no se sabe a punto fijo lo que será; todo esto que es desasosiego e inquietud; todo esto, sobre un fondo de paisajes castellanos, de tierras viejas, yermas, de cielos limpios e infinitos, era el libro de Baroja.

Se trata de un momento en el que, sin duda, predomina lo literario sobre lo político en la escritura azoriniana de *ABC*, y el 24 de septiembre (“La impopularidad”) alude a *The varieties of religions experience*, de William James; y el 29 de septiembre (“Viajes”) aborda *Manual para viajeros*, de Richard Ford. Para ello, emplea un diálogo original con el que Azorín se sirve de un interlocutor ficcional (no lo cita) para reflexionar sobre la importancia de la visión que tienen los extranjeros sobre España.

“Dentro de pocos días volveremos a las tareas parlamentarias”, escribe Azorín el 9 de octubre en “Ingleses españoles”, con el que Martínez Ruiz prepara su vuelta a la actividad informativa política. Y, sobre ello, después de denunciar nuevamente la falta de higiene en el parlamento español en comparación al inglés (que conoce por el “Viaje regio” a Londres), el alicantino defiende el ejercicio profesional de las crónicas políticas.

En España cada periódico –hablo de los principales- manda a dos redactores a cada Cámara: uno hace el extracto desde la tribuna de la Prensa, y otro brujulea por el salón de conferencias que urde lo que se llama la información política. En Inglaterra el número de redactores enviados a cada Cámara –el staff- es cinco, diez entre las dos Cámaras. El gasto de estos diez informadores se calcula en 60 guineas por temporada de seis meses. Este gasto, a los periódicos londinenses les parece considerable; en su consecuencia, desde hace algún tiempo, los principales periódicos decidieron retirar sus redactores del Parlamento y confiar el servicio a las Agencias; y así hoy, solo tienen en las Cámaras informadores propios tres diarios: *The Times*, *The Daily Telegraph* y *The Morning Post*.

Para Azorín, *ABC* ejerce pues un papel de primer orden en el trabajo informativo de índole política, puesto que sus datos no se nutren de agencias sino de los periodistas que envía a las dos cámaras (entre ellos, el alicantino, Martínez Ruiz). De este modo, el 14 de octubre (con “La fuerza del presidente”) y el 19 de octubre (con “Ante el parlamento. Con el señor Moret”), Azorín reinicia la cobertura informativa: “El Parlamento se abre dentro de cuatro días: yo quisiera poder ofrecer a los lectores de *ABC* la actitud en que en las Cortes se van a colocar las principales figuras de nuestra política”, indica. Una nueva sección, similar a la de “Los amigos”, en el que mantiene encuentros con diversos representantes políticos (fuera del escenario del Parlamento) para acercarse a la persona (perfil humano sobre el político y profesional). Semblanzas que trabaja Azorín ante la inminente apertura del nuevo ciclo político y que repite con los protagonistas del Parlamento el

20 de octubre (“Ante el parlamento. Con el señor Maura”); el 21 de octubre (“Ante el parlamento. Con el señor Salmerón”); el 22 de octubre (“Ante el parlamento. Con el señor Nocedal”); y el 23 (“Ante el parlamento. Con el señor Mella”).

Por tanto, el 24 de octubre con “Impresiones parlamentarias. Arriba el telón”, Azorín ya regresa a la sala de prensa del hemiciclo para narrar los acontecimientos más candentes del Parlamento (como el debate de Cataluña y la ley que sanciona temas regionalistas, del 30 de octubre, con “Impresiones parlamentarias. La interpelación de Junoy”). Así pues, tras un periodo eminentemente literario, Azorín se pasa de nuevo a la acción informativa, con un tono más relajado y menos virulento que en las últimas realizadas por el alicantino, con menos opinión y más información.

Sin embargo, esto empieza a cambiar el 1 de noviembre (“Impresiones parlamentarias. Filosofía de un edificio”), cuando con Pi y Margall en su memoria, Azorín critica los larguísimos discursos que no van a parar a ninguna parte: “Yo no comprendo cómo un señor puede estar hablando hora y media para decir algo que se puede exponer fácilmente en quince minutos; no duraban más allá de este tiempo las oraciones parlamentarias, maravillosas oraciones, del inolvidable Pi y Margall. Esta verborrea es la causa de nuestros males políticos”.

Su misión, explica el alicantino el 3 de noviembre (“Impresiones parlamentarias. El debate económico”) es “sintetizar en una columna lo más culminante de la sesión”, por lo que presta atención a la controversia con Cataluña (4 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Un retrato”), en el que, además de informar, busca influenciar con su opinión (6 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Fuegos fatuos”):

Está muy bien; pero yo creo que es necesario que Cataluña, que todos los que sufren las consecuencias de esta ley (que desde el momento en que es ley debe ser profundamente respetada); es bueno que sepa también Cataluña una cosa; esta cosa constituye una verdad amarga, dura, más yo quiero decirla. Y la verdad es la siguiente: que todos estos señores que ahora pronuncian interminables y difusos discursos y ocupan el tiempo que debieran emplear en cosas más útiles; que todos estos señores que protestan en estos momentos de la ley de Jurisdicciones son precisamente los que pudieron impedir su aprobación. Cuando la retirada de las minorías republicanas y catalanista oímos a varios expertos parlamentarios esta opinión a saber, que todos los señores que se retiraban, si hubieran luchado en el salón, hubieran impedido la aprobación de la ley.

Azorín no se ciñe exclusivamente a la labor informativa de la actividad política en el Parlamento, y aborda cuestiones que invitan a pensar al lector como el 7 de noviembre en “Impresiones parlamentarias. El tercer entorchado”: “Yo he procurado

reflejarlo fielmente, sin poner ni quitar comentario. De 80.000 hombres consta nuestro Ejército; cuatro capitanes generales suponen un gasto excesivo. Somos un país pobre; necesitamos caminos, canales, ferrocarriles, escuelas...". Así, bajo estas mismas premisas, reclama celeridad a los gobernantes, hundidos en oratorias que no aportan soluciones para el país (8 de noviembre, "Impresiones parlamentarias. El debate político"): "De todo esto ha hablado ayer tarde el señor Azcárate; su discurso dio comienzo a las cinco menos cuarto; terminó a las seis menos cuarto. El debate político ha comenzado ya; tal vez en Andalucía, en Levante, en las Castillas haya una porción de buenos compatriotas nuestros que estén pereciendo de hambre". El tono burlesco y de crítica política es patente en este artículo.

Azorín, que ya había sido despedido de *El Imparcial* por su choque editorial con el rotativo, mantiene siempre su posición del lado de los conservadores (en consonancia con la línea editorial de *ABC*) con una crónica en la que nuevamente aflora su decantación por Maura entre palabras lisonjeras y ademanes nobles (10 de noviembre, "Impresiones parlamentarias. Los conservadores"):

Los conservadores han acreditado tener cohesión y decisión para el Gobierno: ¿qué han hecho los liberales? (...) El Sr. Maura ha comenzado a hablar a las cinco menos veintidós minutos y ha concluido a las cinco y veinticinco; su discurso ha durado cuarenta y siete minutos. Claridad, sencillez, ímpetu son las características de este insigne orador.

La inclinación por Maura es cada vez más visible (11 de noviembre, "Impresiones parlamentarias. Los términos del problema") cuando siguen los tintes editorialistas de estas crónicas (opinión sobre información) el 13 de noviembre con "Impresiones parlamentarias. La ley y la realidad":

Nótese que este modo de pensar de tales viajeros no responde a un punto de vista personal, caprichoso, sino que, si consultamos los escritores clásicos de política en Inglaterra, veremos que sostienen y propagan el mismo criterio: es decir, el de que las leyes y las reformas legislativas no importan nada, sino que lo importante es la realidad, las costumbres, el bienestar material. (...)

Y ahora cabe preguntar: ¿quién hará más por sus pobres compatriotas en España: el que les dé una libertad o el que les procure un sustento nutritivo, una casa higiénica y un traje limpio? ¿Será cierto que este pueblo quiere mejor que estas cosas la reforma de un artículo de la Constitución, es decir, un papel?

El periodista alicantino recomienda a Mella (14 de noviembre, "Impresiones parlamentarias. El señor Mella), la palabra "precisa, concisa y rectilínea de Pi y Margall", en un esquema del artículo que se asemeja al trabajo en veces anteriores

como el 8 de noviembre (“Impresiones parlamentarias. El debate político”). En este sentido, en un tono duro, Azorín denuncia situaciones esperpénticas sobre el pago de impuestos el 16 de noviembre (“Impresiones parlamentarias. Pequeñas paradojas”): “¿Habrá alguna nación en el mundo donde los contribuyentes, los labradores, los obreros estén pagando durante tres años los gastos de un buque que no existe?”.

Azorín, pese a que no quiere caer “de un lado ni de otro” (18 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Cuerpo a cuerpo”), se inclina a favor de los conservadores al tiempo que prosigue con su papel de crítico y vigilante con el poder. No amengua ni mucho menos sus ataques. Así, en un diálogo con un personaje ficcional (construcción original, ya empleada en otras ocasiones por el articulista alicantino), señala en “Impresiones parlamentarias. Lo absurdo”, del 20 de noviembre.

Mi amigo se ha detenido y sonreía irónicamente ante mi semblante estupefacto: ¿No es esto absurdo? –ha dicho luego:- ¿no es absurdo, y al mismo tiempo naturalísimo dentro de las tradiciones parlamentarias de nuestro país, que para llegar a tal fruslería nuestra Cámara haya empleado dos sesiones, que se hayan pronunciado seis a ocho discursos, que se hayan llenado páginas y páginas del Diario de Sesiones, que se haya gastado luz, que se haya gastado calefacción y que se hayan hecho en la Cámara otros gastos que el pobre y hartado resignado labrador español paga?

La inspiración libresca también alimenta algunas de estas crónicas (“Impresiones parlamentarias. Orientación espiritual, del 21 de noviembre), en una labor en la que, incluso, retoma viejas cuentas pendientes. De este modo, a partir del discurso de Gasset, testimonia cuanto presencié en Arcos de la Frontera en *La Andalucía Trágica* (23 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. Voz de la realidad”):

Los arados con que se labra son los primitivos, milenarios romanos que apenas logran rasgar la tierra. La usura más exorbitante angustia y mata al labrador. No se puede sacar de la tierra ni aun para el pedazo de pan diario. El fisco acaba de consumir la desolación que la usura inicia. Hay pueblos –yo lo he visto en Arcos de la Frontera- donde embargado el labrador por la Hacienda, el dueño de la casa arranca las puertas y las ventanas, quita las tejas, desenladrilla los pisos y se los lleva todo antes de que la curia se apodere del edificio. Así se van arruinando calles enteras en estos pueblos. Paralelamente a esta ruina, el bracero del campo es diezmado por una mortalidad aterradora. No puede comer; la inanición trae la tisis; la tisis –yo lo he visto también en pueblos como Lebrija- crece y se extiende en proporciones inusitadas.

No hay detalle que se le escape a Azorín (el 24 de noviembre, en “Impresiones parlamentarias. Hoy, a las dos”) denuncia la escasez de diputados en

el Parlamento, y el 28, en “Impresiones parlamentarias. El primer campeón”, señala que un político no puede dar discursos sin conocer la realidad de su país:

Las cosas no son lo que realmente son en sí, sino lo que representan. Y para combatir un proyecto de esta naturaleza es indudable que habrá que hacer ciertos trabajos. Ante todo, habrá que conocer el país; un país no se conoce por los libros, por los periódicos y por las estadísticas oficiales. Será menester viajar por él detenidamente; estos viajes serán un poco penosos; no se harán estos viajes como nuestros políticos acostumbran a hacerlos; habrá que viajar en tercera, y ya en estos coches, entrar en relaciones con la gente humilde que va en ellos (puesto que esta gente constituye el país); en los pueblos no se avisará a los correligionarios ni se irá en caravana a ver esto o lo otro; el silencio y la modestia serán condiciones indefectibles de estas observaciones; se visitarán los barrios de los labriegos y de los artesanos; se entrará en las casas modestas y se observará cómo viven, qué es lo que comen, de qué manera visten los que las habitan; se irá a los campos y se observará cómo se cultiva la tierra, qué es lo que ésta produce, en qué situación se encuentran los métodos de laboreo y cuáles son las mejoras que se pueden introducir en ellos; se hablará con industriales, con labradores, con pequeños comerciantes, con todos, y se verá cómo piensan, cuáles son sus sentimientos, cuáles son sus ideales... Todos estos datos el visitante irá recogiénolos con cuidado y los ordenará en uno o varios cuadernos.

En otras crónicas, Azorín encierra el nerviosismo en las Cortes (2 de diciembre, “Impresiones parlamentarias. Nube sin rayo”) cuando ven al alicantino como una “representación del periodismo” (4 de diciembre “Impresiones parlamentarias. En el Senado”). Sigue así en marcha el curso político aunque el alicantino también ejerce como crítico literario (8 de diciembre, “Dos palabras a un señor”), sobre un mal libro que aborda la figura de Santa Teresa.

En este sentido, el 12 de diciembre, en “La base necesaria”, a raíz de la lectura de un libro de Charles Harvey, *Biología de la política inglesa*, aprovecha para incluir sus propias opiniones de lo que necesita España:

No hay para un pueblo más salvación que sus campos. En España está todo por hacer. Y mientras no se haga, mientras no se roturen los campos incultivados, mientras no se transformen los cultivos, mientras no se pueblen los montes, mientras no se construyan redes de caminos y carreteras, no seremos ricos ni fuertes. La riqueza trae de la mano a la libertad. Y sin dinero, sin bienestar, no habrá una base viva y segura en que apoyar esa reforma que afecte a las conciencias. Y todo lo escrito en la Gaceta será un papel inútil.

Las fechas navideñas se aproximan, y la intensidad en el Parlamento se reduce: “No hay interés ninguno en la Cámara; estas brevísimas líneas no tienen más objeto que hacerlo contar así (...) Se respiraba en la Cámara un ambiente de cansancio, de desengaño y de escepticismo”, escribe el 19 de diciembre

(“Impresiones parlamentarias. Debate sin calor”). Cuando el 21, arremete nuevamente contra la escasez de higiene en el hemiciclo (“Impresiones parlamentarias. Por la mañana. Por la tarde”): “Hay en el Congreso, aparte del lavabo reservado a los diputados, una diminuta palangana, una pastilla chiquita de jabón y una toalla; tampoco ni la tal hazaleja ni el tal jabón estaban en su sitio para que pudiéramos lavarnos las manos los mortales que no disfrutamos del acta”.

Así, el 22 de diciembre, con el mismo título de “Impresiones parlamentarias. Por la mañana. Por la tarde”, elogia al partido conservador y a Maura, lo que viene realizando desde el principio en *ABC*, como si preparara su salto a la política (aquel que negaba en *Las confesiones de un pequeño filósofo*):

Muchas veces hablando nosotros con el hombre a quien más profundo cariño hemos profesado y de quien hemos recibido en el comienzo de nuestra carrera periodística más muestras de afecto y de aliento –D. Francisco Pi y Margall- teníamos ocasión de escuchar elogios sinceros para el Sr. Maura. Pi y Margall veía ya lo que era y había de ser esta personalidad extraordinaria de gobernante y de orador; entre los dos, y por encima de las hondas diferencias políticas, había el rasgo común de la entereza, de la limpieza moral y de la claridad. Entonces podemos decir que el Sr. Maura que comenzaba su carrera; en los momentos actuales llega a su plenitud.

A finales de diciembre de 1906, Azorín recurre a una metáfora para, tras la información política, reflexionar sobre la vida (divagaciones que se entrecruzan en muchos pasajes con sus impresiones literarias o personales): “El mundo es muy antiguo: cambian las civilizaciones; perecen unos pueblos y surgen otros; pero en el fondo, a través del tiempo, poco más o menos, la condición humana es siempre igual. Y acá y allá, como lucecitas en una noche, son muy raros los hombres que tienen una profunda, una íntima, una indestructible alteza de espíritu”.

29. Pasión por Cataluña: Azorín en el *Diario de Barcelona* (1905-1906)

Apenas un mes después de su trabajo e ingreso en *ABC*, en una experiencia laboral que combina con algunos artículos sueltos en *Blanco y Negro*, Azorín se estrena en el *Diario de Barcelona* (30 de junio de 1906). Una alternativa profesional que brinda al alicantino la posibilidad de abrirse a nuevos públicos, en este caso los catalanes, y dar difusión así a la literatura y periodismo que viene cultivando y cosechando desde los rotativos de Madrid (sobre todo alcanzada la fama en *España*, *El Imparcial* y, ahora, en las hojas volanderas de Torcuato Luca de Tena).

De cualquier modo, *Diario de Barcelona* no es el primer medio catalán en el que colabora Azorín, ni tampoco reside aquí el origen de su relación con Cataluña y la ciudad condal, puesto que el alicantino ya había mostrado una amplia curiosidad, una inquietud y un interés tal por el movimiento intelectual catalán, que este cabe buscarlo tiempo atrás en su producción. De hecho, hay que remontarse a las obras iniciales de José Martínez Ruiz para entender en su contexto la pasión que despierta Cataluña y Barcelona en la inspiración y el legado azoriniano.

Así pues, ya en *Buscapiés* (1894), el periodista alicantino reconoce su admiración por el poeta catalán Joaquín María Bartrina (Reus, 1850- Barcelona, 1880), al que elogia y dedica algunas líneas. Y en *Anarquistas literarios* (1895) cita al que será sin duda su gran mentor, su referencia e influencia más estimable, el catalán Pi y Margall.

En su faceta más radical, Martínez Ruiz también alude a distintas cabeceras catalanas en su libro *Notas sociales* (1895). Es más, el estudio y análisis de este libro motivó su inserción en el volumen *El anarquismo en España y el especial de Barcelona*, de Gil Maestre (que igualmente criticó el alicantino, no muy satisfecho por la teoría y reflexiones genéricas de su autor).

En *Literatura* (1896), Martínez Ruiz confiesa su delectación por el espíritu cultísimo y reputado del crítico catalán José Yxart y, en *Charivari* (1897), recuerda el periodista alicantino que las cartas de suscriptores que solicitaban su dimisión y despido de *El País* procedían de Barcelona.

El significado innegable de Pi y Margall en el pensamiento de Martínez Ruiz se revela muy especialmente en el cuento "El Maestro", de *Bohemia* (1897), que está protagonizado por un joven de Gerona (Girona) que confraterniza con Pablo Piferrer (en clara alusión al catalán Pi y Margall). En *Soledades* (1898), aparece el autor catalán Ignacio Iglesias, que posteriormente retoma el alicantino en sus artículos para la prensa, y en *La evolución de la crítica* (1899) muestra su atención por el crítico catalán Enrique Buxadera.

Este rastro de la literatura y la prensa catalana en el joven Martínez Ruiz es el epicentro de un interés y una curiosidad que irá a más con el tiempo. En este sentido, de Barcelona, proviene además una de las más gratas sorpresas y noticias para el periodista alicantino, en pleno conflicto con su *Charivari*, y también por la virulencia anarquista de sus artículos en *El País*, ante la publicación del “Palique” de Clarín del 7 de enero de 1897 que vio la luz en el diario catalán *La Saeta*. Porque fue este el apoyo fundamental, el bálsamo, la bocanada de aire y oxígeno del periodista alicantino, asfixiado y solo en la capital en plena revolución interior. El ejemplar, localizado en el servicio de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura, dice así:

No sé quién es un señor Martínez Ruiz que escribe artículos de costumbres en *El País*; pero quien quiera que sea, tengo el gusto de decirle que, en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado “Mi crítico”, acabará por merecer que vea en él una de las pocas esperanzas de nuestra literatura satírica. El final de su semblanza es un rasgo de verdadero ingenio; y lo que se lee entre líneas en todo el artículo demuestra que Martínez Ruiz tiene más enjundia literaria que muchos afamados escritores festivos que hacen alarde de no tener pizca de substancia.

Precisamente desde el republicano *El País*, el 6 de enero de 1897, Martínez Ruiz respaldó a los presos de Montjuich, sometidos a vejaciones, torturas y humillaciones, encarcelados tras el atentado anarquista del Corpus en Barcelona (la policía optó por apresar a un gran número de sospechosos sin pruebas fehacientes en un proceso absolutamente injusto). Además, en *La Campaña* de París, el 25 de enero de 1898, trató de dar eco internacional al juicio como en una especie de “caso Dreyfus”, lo que explica la solidaridad de Martínez Ruiz, en marzo de 1898 en *El Progreso*, por la proliferación de arrestos que se producen debido a las marchas y protestas anarquistas de Barcelona.

Como hiciera en *Soledades* (1898), el articulista alicantino incidió en la obra *Fructidor*, del catalán Ignacio Iglesias (*La Campaña* de París, 5 de marzo de 1898), defendiéndole y aupándole por encima de asentados autores de la época como Galdós, Sellés o Echegaray, resaltando su condición de “observador profundo” y “literato-filósofo”.

Asimismo, tras las reivindicaciones políticas en el proceso de Montjuich, Martínez Ruiz resituó el foco sobre la escena artística e intelectual de la Cataluña modernista y sus jóvenes autores (*El Progreso*, 2 de febrero de 1898). De hecho, para el periodista alicantino, ya por entonces Cataluña simbolizaba el nuevo polo de atracción de las vanguardias y de las novedades literarias ante el ambiente “retraído de Madrid”. Por eso, indicaba el alicantino, era posible conocer en

Barcelona la obra de D'Annunzio y Maeterlinck mucho antes que en cualquier otro rincón de España (la revista *L'Avenç*, con Pompeu Faba, había publicado una traducción). “Cada vez admiro más a Cataluña”, escribía el 19 de marzo de 1898 en *El Progreso*, a colación del análisis de *Els artistes de la vida*, de Felip Cortiella, en pleno entusiasmo del alicantino por el despertar cultural catalán.

El 6 de abril de 1901 comienza una serie de publicaciones en *Las Noticias*, de Barcelona, con el que Martínez Ruiz da el ansiado salto a la prensa catalana tras volcarse en asuntos de índole política, social y cultural de Cataluña. Son cinco colaboraciones de distinta temática y prisma, aunque sin duda adquiere un especial protagonismo el último, del 23 de junio de 1901, en el que el periodista alicantino traza una estrategia de “autopromoción”.

Por entonces, el montaje teatral de *Electra* estalla en una fuerte controversia y polémica intelectual entre detractores y defensores. Una explosión de acusaciones y reproches, de elogios y ataques sobre la obra galdosiana, cuyo éxito Martínez Ruiz se atribuye en el artículo “El patio de Monipodio” de *Las Noticias*, de Barcelona, en el que asegura que fue “un triunfo mío periodístico”.

Además, en *Las Noticias*, Martínez Ruiz jugó a dos bandas: por un lado, escribía artículos para sus lectores de Madrid (en *Arte joven*, *Electra*, *Mercurio* o *La Correspondencia de España*) y, por otro lado, confeccionaba otros distintos para los públicos catalanes, en el que incluso criticaba abiertamente la literatura madrileña.

El periodista alicantino era plenamente consciente de la importancia de contar con todo cuanto envuelve a la cultura catalana, de ahí que el grupo de “Los Tres”, en su campaña contra el juego en Málaga (enero de 1902), remitiera distintos artículos en defensa de su causa a los diarios *La Publicidad* y *La Veu de Catalunya*.

Así pues, entre estos proyectos, el alicantino ingresa en *El Globo*, lo que en cierto modo consolidaba su carrera periodística. De hecho, prueba de ello, es la amplia reseña que le dedica *Pluma y Lápiz* que, editada en Barcelona, difunde la fotografía de José Martínez Ruiz en el centro de la redacción tomada por Company. La publicación, además, define a Martínez Ruiz como “el gran estilista, el periodista español más original y más moderno, el más estudioso de todos los jóvenes”.

En *El Globo*, Martínez Ruiz señala que Cataluña es una tierra “viva y próspera” (19 de marzo de 1900, *Madrid Cómico*) e incluso defendió la lengua catalana o la sensibilidad hacia su cultura y pueblo (29 y 30 de noviembre de 1902, “Vida parlamentaria. Sigue el ameno torneo” y “Vida parlamentaria. Los catalanes”).

El 2 de diciembre de 1902, en “Vida parlamentaria”, escribe en alusión a Cataluña: “No se puede tocar impunemente lo que hay de más hondo y de más íntimo en un pueblo”.

La dimensión literaria de Martínez Ruiz, Azorín, lo sustituye, al tiempo que transita por distintas cabeceras hasta su fichaje por *ABC*. Allí, en el diario de Luca de Tena, el principal contacto con Cataluña se produce a raíz de las reivindicaciones del sector nacionalista catalán y el debate de la Ley de Jurisdicciones desde finales de 1905 (“Impresiones parlamentarias. Los regionalistas”, 23 de noviembre de 1905; “Impresiones parlamentarias. El mejor de los mundos”, 28 de noviembre; “Impresiones parlamentarias. El verdadero mal”, 30 de noviembre; “Impresiones parlamentarias. El gobernador de Barcelona”, 10 de diciembre; “Impresiones parlamentarias. El torete de la tarde”, 23 de enero de 1906; y “Los intelectuales”, 28 de marzo de 1906).

Todas estas reacciones a Cataluña precipitan el viaje y salida de Azorín a Barcelona (31 de marzo de 1906) con entrevistas a primeras figuras políticas, culturales y periodísticas para palpar en primera persona las consecuencias de la tensión nacionalista y el debate de la Ley de Jurisdicciones.

De sus conversaciones con las élites catalanas, como el arquitecto Puig y Cadafal; el presidente del Ateneo, Domenech; los periodistas Miguel Olivar, Roca y Roca, Corominas y Prat de la Riba; y políticos como Lerroux, entre otros, Azorín buscaba una salida y repercusión para sus textos no solamente en las páginas madrileñas de *ABC* sino también en las catalanas (objetivo que consiguió con éxito). Además, como se ha visto anteriormente, también se convirtió en una fuente informativa para Maura ante las difíciles relaciones que se presentaban para el Gobierno por la tensión nacionalista de Cataluña.

En el equipaje del “modesto observador” –tal es su calificación– que se traslada a Barcelona en la primavera de 1906 van amalgamadas varias cuestiones previas. Al margen de los guiños políticos que Azorín depara ya a Antonio Maura frente al gabinete Moret, dos cuestiones embargan al viajero: el fenómeno político de *Solidaritat Catalana* resultado del fenómeno social del catalanismo, y la reacción contra la Ley de Jurisdicciones, motivada precisamente por la caricatura del *Cu-Cut*, y como respaldo del ataque de un grupo de oficiales del ejército a los locales de dicho semanario satírico y de *La Veu de Catalunya*. (...) Desde luego que Azorín no pondría el empeño y el tesón de la protesta literaria de meses antes, con oportunidad del homenaje nacional a Echegaray, pero, en cambio, estaba usando de la ironía y de la sátira en la columna de *ABC* (21 y 22 de febrero de 1906) para, con método heredado de Larra y Clarín –(dos de sus devociones)– ridiculizar y atacar el proyecto de Ley de Jurisdicciones, haciendo equivaler la representación de España con el casticismo más vacuo y estéril⁴⁶¹.

⁴⁶¹ Sotelo Vázquez, Adolfo (2005), “José Martínez Ruiz, Azorín”, *Viajeros en Barcelona*, Planeta, Barcelona, pág. 89.

Una puerta abierta: Maragall

Azorín simultaneó su producción periodística en 1905 y 1906 con *ABC*, *Blanco y Negro* y *Diario de Barcelona*, aunque los dos primeros, propiedad de Luca de Tena, fueron los que sin duda asumieron todo el protagonismo.

Diario de Barcelona, por el reducido número de colaboraciones en este intervalo, fue más bien un complemento económico que, por otro lado, satisfacía el deseo de Martínez Ruiz por llegar a los lectores e intelectuales catalanes. La temática, en cualquier caso, se asemeja a la de otras ocasiones: política, crítica literaria, viajes estivales a playas y balnearios, retiros a Monóvar, a su finca en El Collado, y series de crónicas también políticas pero que rebautiza con distintos nombres como “El retablo parlamentario”.

Según Álvarez Calvo⁴⁶², *Diario de Barcelona* se fundó en 1792. Tras distintos avatares, la ideología del rotativo se fija con Juan Mañé y Flaquer sobre las bases de un diario catalán fiel a la monarquía, pero defensor del “seny” catalán y la simpatía por valores históricos del regionalismo.

De cualquier modo, el encaje de Azorín en *Diario de Barcelona* tiene su explicación a partir de la relación de amistad con Joan Maragall, puesto que este ingresó en el rotativo catalán en 1890, con treinta años, como secretario de redacción y secretario particular del director Mañé. A partir de ahí, Maragall pronto destacó como articulista, donde desempeñó también funciones de crítico, dedicando en este sentido elogios a la obra de Martínez Ruiz (*El alma castellana* y *Diario de un enfermo*, el 31 de julio de 1900 y el 27 de febrero de 1901, respectivamente).

En esta camaradería y compañerismo, se intercambiaron libros y cartas. De hecho, de esta relación epistolar, se deduce la sintonía entre ambos. “Cuénteme entre sus admiradores que esperan de usted mucho más todavía, y disponga de mí como un amigo afectísimo”, escribió Maragall a Martínez Ruiz el 31 de julio de 1900⁴⁶³. Con similares palabras, el 5 de agosto de 1900⁴⁶⁴, respondía el alicantino: “Ahora siento una gran satisfacción en contar con la amistad de quien tanto y tan sinceramente he admirado de lejos y en silencio”.

La figura de Maragall es, pues, fundamental en todo este proceso, y Martínez Ruiz conocía su obra de varios años atrás. Por ello, ya menciona al poeta catalán el 21 de febrero de 1898 en “Avisos de este”, en *El Progreso*, en sus alusiones a la

⁴⁶² Álvarez Calvo, J. (1940), *Historia de Diario de Barcelona (1792-1938)*, La Neotipia, Barcelona.

⁴⁶³ Riopérez, Santiago (1979), ed. cit., pág. 304.

⁴⁶⁴ Molas, Joaquim (1968), “Maragall y Azorín”, *La Torre*, 60, Universidad de Puerto Rico, pág. 221.

revista *Catalonia*, que encierra todo lo mejor de Cataluña “que es como decir de España”.

Martínez Ruiz también aseguraba que Maragall es “el primer lírico de España” en las páginas de *Las Noticias*, de Barcelona, el 22 de mayo de 1901. Incluso, en este mismo escrito, reprocha que el periódico más leído en España, *El Imparcial*, desconozca quién es Joan Maragall, cuando se propuso el banquete-homenaje a su persona en Madrid (que finalmente no se pudo celebrar por un cúmulo de mala suerte y falta de coincidencias). Tributo que, pese a todo, Maragall no podría haber aceptado como redactor del *Diario de Barcelona* según confesó por carta⁴⁶⁵: “En calidad de tal yo no podía aceptarlo sin autorización del Director del *Diario*; y dada la tradición del periódico sobre el particular tengo la seguridad que tal autorización no me sería otorgada”.

Maragall, que era trece años mayor que Martínez Ruiz, y veía en el alicantino al representante de “la nueva escuela castellana”⁴⁶⁶, es el eslabón que conecta a Azorín con *Diario de Barcelona*, sobre todo por la buena relación de Maragall con el director entonces de la publicación, Miquel de los Santos Oliver, que dimitió en 1906 al no sumarse el periódico a Solidaritat Catalana (confluencia de partidos políticos ante la creación de la Ley de Jurisdicciones).

Nada ha permitido hasta ahora probar documentalmente que en la incorporación de Azorín al diario mediara el poeta catalán, pero es muy curioso que el mismo mes en que éste (Maragall) comunicaba a Pérez Jorba la reanudación de sus colaboraciones apareciera el primer artículo del escritor de Monóvar, toda una garantía periodística tras su paso por *España*, *El Imparcial* y su reciente entrada en *ABC*⁴⁶⁷.

Esta postura podría incluso apoyarse sobre la buena relación que aparentemente refleja Azorín con Santos Oliver en su entrevista con *ABC* (8 de abril de 1906), ya por entonces director de *Diario de Barcelona*.

Hay en Barcelona un periódico pequeñito, tiene forma de libro; publica a veces cincuenta o sesenta páginas diarias. Se titula el *Diario de Barcelona*; cuenta ciento catorce años de existencia. Si vais a su redacción, veréis que todo está como hace un siglo; las mesas, las puertas, las anaquelerías, las salas, tienen un aspecto de arcaísmo, de vetustez. Y este periódico chiquito es sereno, es sosegado; tiene como todos los viejos una larga experiencia de las cosas del mundo; si ocurre un acontecimiento en que todos se exaltan y gritan, él no se exalta; da su opinión sin exageraciones, sin hipérbolos; no pone adjetivos rimbombantes a par de los nombres de los amigos; es meticoloso,

⁴⁶⁵ Molas, Joaquim (1968), ed. cit., págs. 222-223.

⁴⁶⁶ Candamo G. de Bernardo (1901), *Arte joven*, 15 de abril de 1901.

⁴⁶⁷ Ferrándiz Lozano, José (2009), ed. cit., pág. 240.

exacto; paga espléndidamente a los que le sirven; es puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, y tiene unas plumas diligentes, cultas, discretas, que siguen paso a paso las ideas y los hechos del siglo.

En cambio, Joaquim Molas estaba convencido que este papel activo de la introducción de Azorín en *Diario de Barcelona* no lo pudo asumir Maragall, sobre todo a raíz de la distancia y frialdad que marcan ambos a partir del 1 de enero de 1903 con la crítica del poeta catalán sobre *La voluntad*, “serie de lucubraciones sobre cosas muy diversas y muy abstractas, sin otra unidad que una sombra de acción entre sombras de personajes”⁴⁶⁸.

Para Azorín, *Diario de Barcelona* era en Cataluña el “órgano más autorizado de las clases conservadoras” (*ABC*, 11 de abril de 1906, “Desde Barcelona. Corominas”). Así, cuando accede a sus páginas, en junio de 1905, el Gobierno liberal de Montero Ríos sustituye al conservador de Fernández Villaverde. Esto provoca el manifiesto de “Los intelectuales en campaña”, publicado en *El País*, el 27 de junio de 1905, sobre y contra la clase política en general. Incertidumbres y cambios políticos que motivan el ataque que iba a dispensar el alicantino desde *ABC* contra Montero Ríos (“Impresiones parlamentarias. El viejecito quiere irse”, 1 de noviembre de 1905).

Primero literatura, después política

En este marco, cuando Azorín arremete en su nueva campaña intelectual contra la política del país, y sobre todo contra el Gobierno de Montero Ríos, el 30 de junio de 1905 se estrena en *Diario de Barcelona* con “Fantasías y devaneos. De París a Madrid”, que fue inspirado y redactado al regreso de su misión informativa como corresponsal en Londres y París para *ABC*.

Así pues, en este viaje y tránsito de París a Madrid, Azorín bebe de la naturaleza, de Castilla y de las fuentes literarias. Y en su trasfondo, además, cabe destacar el mensaje pacífico y antibélico del alicantino a semejanza de otros casos anteriores: “En el paisaje, la psicología de las gentes va a cambiar también (...). Esta es la verdad exacta. Políticos, gobernantes: esparcid el agua y la verdura por nuestra España, y haréis que ella sea más jovial y más fuerte que con ejércitos y con armadas”.

Azorín rescató la serie “Fantasías y devaneos” (que bautizó en *El Pueblo Vasco*, en 1903, y que no empleaba desde el diario *España*, el 7 de diciembre de 1904 con “Fantasías y devaneos. Un loco”), con la intención de combinar la

⁴⁶⁸ Molas, Joaquim (1968), ed. cit., págs. 234-236.

actualidad política de *ABC* con las divagaciones y cavilaciones del “pequeño filósofo” para *Diario de Barcelona*.

El 15 de julio de 1905, en “La disolución de un pueblo”, regresa a Jerez para, entre el silencio y sus campos, recordar a los labriegos, “esas caras escuálidas, largas, pálidas, de estos buenos, de estos queridos andaluces; y esos ojos hundidos, y esos gestos de laxitud, de resignación y de tristeza”. Un paralelismo con *La Andalucía Trágica* como el que determina una colaboración también en esta misma línea del tiempo, el 8 de julio de 1905 en *Blanco y Negro*, con “Figuras andaluzas. El tío Joaquinito”.

Azorín pasaba entonces unos días en San Sebastián (eso se deduce por el artículo “Las horas donostiaras. Un secreto pesar”, del 18 de julio de 1905 en *El Pueblo Vasco*), a muy poco de comenzar la segunda parte de su viaje de *Veraneo Sentimental* (“En Cestona. Una llegada extraña”, 30 de julio de 1905).

Así pues, bajo estas coordenadas, “La disolución de un pueblo” se presenta como una ensoñación a partir de los recuerdos y la experiencia azoriniana en Andalucía, en una secuencia que, con un nuevo prisma, presenta y sirve a los lectores catalanes (puesto que los madrileños ya se empaparon de estas crónicas de crueldad en páginas de *El Imparcial*).

De ahí que el articulista alicantino dé a conocer Jerez y Arcos de la Frontera, y a personajes como Currito o Antonio, el maletero. Y, con su descripción, capte los momentos trágicos de un pueblo hundido en el silencio, la melancolía, con comedores donde no se come, sin viajeros y sin visitas.

En la fonda, la soledad os maravilla; no hay nadie en ella; hace días que no apunta por ella nadie; vuestra irrupción súbita ha causado una ligera sorpresa; ya los antiguos tropeles de viajeros han desaparecido; los comisionistas tuercen un poco el gesto cuando se les habla de esta ciudad. En el comedor, a la hora del yantar, vosotros notáis ese aire, ese no sé qué, ese misterio de los comedores en que hace tiempo que no se come y que se traduce al momento –dolorosamente- en los entremeses aviejados, en las salsas que discordan a la de los manjares a que sirven de alivio, en los quesos endurecidos, en las pastas que os dejan en la boca un extraño e incomparable sabor.

“El problema andaluz. La usura en Osuna”, del 26 de septiembre de 1905, da continuidad a estos mismos hechos, como si se tratasen de nuevos capítulos y crónicas de *La Andalucía Trágica*. Por ello, Azorín expone una vez más el problema de la usura, el alto coste de los préstamos, que impide al labrador ganarse algún dinero con el que salir de su pobreza y miseria. Una recreación inspirada por el alicantino en su última estancia en la capital donostiarra por la breve introducción que aparece al comienzo del artículo: “Días pasados se celebró en San Sebastián,

a excitaciones del alcalde de Osuna, una fiesta benéfica para remediar a los necesitados andaluces. ¿A qué manos irán a parar esas sumas que la calidad ha aperdigado?”.

A partir de esta pregunta, Azorín recrea un diálogo con Olivares, un labriego de la tierra sevillana de Osuna, quien expone al alicantino los graves problemas que acarrearán para el campesinado la usura.

Y no he querido que Olivares me contara más cosas. María ya no reía; estaba entristecida.

- Olivares, buen Olivares –he dicho yo;- así no se puede vivir; así todos ustedes, los pequeños terratenientes, irán al suelo.

- Es verdad –ha dicho él; -así no podemos vivir. Este año hay tres mil hombres en Osuna sin pan y sin trabajo; dentro de pocos años habrá ocho o diez mil.

Azorín opta por artículos temáticos no perecederos, en los que además proyecta una imagen “vendible” de sí mismo, que es una estrategia que ha cultivado en distintos rotativos para los que ha trabajado (véase, por ejemplo, lo que hizo en *La Campaña* de París o *La Federación* de Alicante). Vestigios y señales que indican, por otro lado, su preocupación por la imagen que pudiera llegar de él en Cataluña (ya que la de Madrid, en la capital, estaba ganada desde *España*).

Entre estos artículos a salvo de la caducidad, Azorín trabaja igualmente los de crítica literaria. Y en “Acrivología”, del 4 de octubre de 1905, registra sin duda una novedad al referirse a un escritor plenamente significativo como Valle-Inclán pero que, sin embargo, ha pasado desapercibido en la producción periodística del alicantino (ambos tuvieron una riña importante con *Charivari*, y después coincidieron en pocos actos, como el de “La protesta” contra Echegaray). Por ello, la reciente aparición de *Sonata de invierno*, invita al alicantino a trabajar una crítica muy particular, donde hay más subjetividad que análisis de lo leído.

La Andalucía trágica, un reflejo de España

“Perdone el lector que insista sobre este asunto: no lo hay al presente de más útil, de más hondo, de más trágico interés para nosotros. La situación de Andalucía se agrava por momentos; media España se está disolviendo rápidamente y va a arrastrar en la catástrofe a la otra media España”, escribe Azorín el 18 de octubre de 1905 en “El problema andaluz. Lo que dicen los obreros”.

En estos instantes se está a punto de producir la apertura del nuevo ciclo político en el Congreso y el Senado, de lo que informa el alicantino en *ABC*, por lo que Azorín aprovecha en *Diario de Barcelona* para seguir analizando la tragedia de la Andalucía trágica, que es un reflejo de los pueblos de España.

En este sentido, cabe destacar la alusión del alicantino a Cataluña (que no había hecho ninguna de las veces anteriores, y que puede entenderse como un guiño a todas luces para los lectores catalanes). Una mención con la que captar la atención de la audiencia pero que sirve también a Azorín para realizar comparaciones en sus reivindicaciones políticas.

No es una crisis pasajera; es un problema aguado y permanente. Y no se resolverá mientras los gobiernos, mientras las otras regiones hermanas españolas no se decidan, resueltamente, con amor y efusión, a hacer lo que Jaime Balmes pedía, en 1843, que se hiciese con los intereses de Cataluña; mientras no se decidan a “nacionalizar” los deseos, las aspiraciones, los dolores de Andalucía. España es un conjunto de regiones diversas, heterogéneas, apenas soldadas por los lazos superficiales del fisco, de la burocracia (que son bien menguados y contraproducentes lazos). Y es preciso, si queremos no llegar prontamente a una total disolución, trabajar por esta nacionalización de que hablaba Balmes, por esta comunión espiritual, por este amor y conocimiento recíprocos, a que tal vez –consultad vuestros sentimientos- una serie de gobernantes frívolos, inconscientes, desconocedores de su patria, se opone...

Se vislumbra el caso de la Ley de Jurisdicciones, las tensiones con Cataluña, de las que Azorín advierte con alusiones a Balmes (a quien recupera para explicar la controversia catalana en *ABC*, “Impresiones parlamentarias. El problema”, 6 de febrero de 1906); y con un discurso (“España es un conjunto de regiones diversas, heterogéneas, apenas soldadas por los lazos superficiales del fisco, de la burocracia”), que repetirá prácticamente calcado un tiempo después, el 6 de enero de 1906 en *Blanco y Negro*, con “Valencia y Murcia”: “España es un país heterogéneo; las más varias y contradictorias regiones, unidas violentamente por lazos burocráticos, forman nuestra nacionalidad”.

Azorín apuesta entonces por esta “nacionalización” para tratar de salvar la España que se está muriendo, y que el alicantino personifica sobre las figuras de los campesinos y labriegos de Andalucía, exponiendo su mala alimentación (como hiciera en “Los obreros de Lebrija”, del 7 de abril de 1905 para *El Imparcial*).

Y si entonces eran Pedro, Juan, Pepe, Antonio, Ginés, Manuel y Pepe, en *Diario de Barcelona* lo es Eduardo, quien relata que de su trabajo recibe dos reales, una ración de aceite y tres libras de pan, detallando que la ración de aceite se compone de un cuarto de panilla, la panilla es la centésima parte de la arroba y la arroba aquí tiene 25 libras... Y concluye Azorín:

Yo permanezco un poco asombrado. ¿Estos hombres que gastan los músculos en el rudo trabajo de la tierra, no comen en realidad más que pan cocido en agua clara? Así es en efecto; la tuberculosis, que hace estragos también entre los campesinos de levante, devasta formidablemente los campos andaluces. En Lebrija, según datos

exactos, en 1902, de 431 fallecidos, 60 lo fueron de tuberculosis; en 1903, de 384 muertes, 55 las produjo también la tisis. Y no es preciso consultar estas cifras aterradoras, basta con dar un paseo por las ciudades andaluzas y contemplar estas caras pálidas, largas, flácidas, exangües de los labriegos y escuchar estas toses pertinaces estertóreas, roncas...

“El problema andaluz. Lo que dicen los patronos”, del 27 de octubre de 1905, es el último de esta serie en *Diario de Barcelona* en el que Azorín aporta la otra versión, la del empresario, que entrevista desde Arcos de la Frontera. Una entrevista que, como las veces anteriores, parece alimentarse de las notas extraídas de *La Andalucía Trágica*, en una prolongación-resumen de estos casos de los que fue testigo y que quiere hacer llegar ahora a los lectores catalanes.

-Tal es el problema agrario en Andalucía; no es un problema económico tan solo; es un problema acaso principalmente de psicología y de moral. La lucha está entablada; el abismo entre propietarios y obreros se va agrandando cada vez más. No pagan los patronos suficiente jornal; no trabajan por su parte tampoco los labriegos. Añádase a estos datos la carencia de agua en los campos, los inmensos terrenos incultos, muertos en manos inactivas; repárese después en la propaganda cada día más intensa de doctrinas revolucionarias, y se tendrá una idea de lo que en pocos años –dentro de dos o tres a lo sumo- puede ser el riente pueblo andaluz.

Nueva serie política

El 10 de noviembre de 1905 estrena Azorín su nueva sección, “El retablo parlamentario”, convirtiéndose en un enlace de noticias e informaciones desde el Congreso para el público catalán. Una especie de corresponsal que resume los acontecimientos más relevantes desde su prisma único, original, con un estilo y forma de redacción en “El retablo parlamentario” (del *Diario de Barcelona*) que se asemeja en grandes proporciones al de “Impresiones parlamentarias” (de *ABC*). Primero, por la descripción de la escena que presenta el periodista alicantino para situar a los lectores; segundo, por la supresión de los diálogos y discursos de los diputados, aprisionando lo esencial; tercero, por la introducción de recursos literarios, influencias, autores, obras e inspiración en los pequeños oficios y los pueblos; cuarto, por la inserción de elementos subjetivos que se mezclan y combinan con los informativos; y quinto, por la fina ironía con que Azorín envuelve la acción política.

En definitiva, Azorín reelabora claramente las crónicas que redacta para *ABC* para publicarlas posteriormente en *Diario de Barcelona* sobre un patrón y estilo plenamente reconocibles, entre ataques que recaen sobre los mismos políticos (sobre el Gobierno liberal de Montero Ríos, y nunca sobre Maura y los conservadores). El alicantino rehace los escritos, pues, para que estos tuvieran un

mejor encaje y entendimiento en Cataluña, y hasta los perfecciona o complementa al disponer de mayor tiempo de intervalo para su redacción, sin las prisas de la inmediatez que, en este sentido, le requería *ABC* y no *Diario de Barcelona*. La ironía, por supuesto, era pauta común.

Y es preciso vivir en Madrid, respirar el ambiente de ministerios, círculos políticos y oficinas, conocer y sondear nuestras personalidades políticas, para formar una idea aproximada del revuelo inaudito que esta última y terrible crisis había causado en el mundo de la política. La crisis era de una importancia transcendental, gravísima; durante dos o tres mañanas y dos o tres noches, nosotros lo leíamos en los fondos de los periódicos, y por las tardes, en el Parlamento, todos nosotros conveníamos, llenos de tristeza, acaso también de indignación, en que ésta era una cosa de graves consecuencias para el país. Y todos nosotros, si en un momento, por arte mágico, nos hubiera trasladado desde el pasillo de la Cámara baja a un pueblecillo del fondo de Cuenca, de Sevilla, de Castellón o de Burgos, nos hubiéramos encontrado profundamente asombrados, sin saber lo que nos pasaba, al ver que Juan el herrero, Dionisio el albañil, Pedro el cardador y Antonio el alfayate –es decir la masa popular, la base del país- no se conmovían, ni se indignaba, ni salían de su indiferencia porque al señor Fuente de la Peña o González de la Fuente –a quien no conocíamos- haya sucedido el señor López Puigcerver –a quien conocemos demasiado- y porque un señor Equilior –que tampoco sabemos quién es- se siente en el banco azul y se acaricie en él –por hacer algo- sus blancas barbas...

“El retablo parlamentario” registra de este modo dos tipos de estructuras: las de resumen-informativo sobre los acontecimientos del Congreso en Madrid; o bien sobre casos políticos nuevos más allá de los abordados en *ABC*, como el del diputado gallego Saturnino Aller Rodríguez (21 de noviembre de 1905) a partir del lío judicial de este por haberse inscrito en varios ayuntamientos en la partida de Santa María de Ordenes.

Esta función de “resumen-informativo” se detecta en la crónica del 1 de diciembre de 1905, en el que también asoma su carácter de crítica cuando el Congreso se ve representado como una película, como una historia de ficción:

¿Podremos recordar algo de lo que ha sucedido en la Cámara popular durante los pasados días? Tan vertiginoso y absurdo es este cinematógrafo que nosotros nos encontramos llenos de estupefacción y de espanto cada vez que echamos la vista atrás y queremos recordar algo, puesto que vemos que en nuestro cerebro no queda nada.

Por entonces, las tensiones sobre la Ley de Jurisdicciones y el nacionalismo catalán vienen ocupando las “Impresiones parlamentarias” de Azorín en *ABC*. Por eso, el periodista alicantino entiende desde “El retablo parlamentario”, del 13 de diciembre en *Diario de Barcelona*, que este es un asunto del que ya se ha hablado

largo y tendido en medios y telégrafos catalanes, por lo que desvía su atención a la presentación del nuevo Consejo de Ministros liderado por Moret:

No diremos nada de la discusión sobre los sucesos de Cataluña; el telégrafo adelantó ya oportunamente el extracto de estos debates y luego, también oportunamente, el correo llevó a los lectores de Barcelona noticia exacta y puntual de todo lo que se dijo en el Parlamento sobre estas cosas por unos y por otros. Y claro está que esta discusión inopinada produjo el efecto de eclipsar el Mensaje de la Corona. Un día nos dijeron que el gobierno se hallaba en crisis; el otro, nos participaron que el señor Montero Ríos –este viejecito lleno de cautela- se había marchado definitivamente y había entrado a sucederle el señor Moret. Y entonces ya la discusión del Mensaje quedó interrumpida definitivamente y el nuevo gabinete no pensó en otra cosa sino en lograr una votación pronta.

Azorín, pues, toma esta serie de *Diario de Barcelona* como un resumen de las largas sesiones del Congreso en Madrid, con las que se inclina por destacar uno u otro asunto y con la ventaja que le da el tiempo para prepararlas. De este modo, el 26 de diciembre (en “El retablo parlamentario”), sobre la posible defraudación a Hacienda en la que colaboró presuntamente Osma y Seull cuando fue ministro, Azorín inserta incluso complementos y aclaratorios –una de las novedades sin duda de estos artículos- como este del final:

Lo que llevamos apuntado ha sido la principal argumentación del orador. Ello ha quedado incontestado en el Parlamento. Ello nos ha disipado la inquietud que se había formado en nuestro espíritu con respecto al señor Osma. Había propuesto el señor Soriano la formación de una comisión parlamentaria que entendiera en el asunto, se desechó la tal proposición, y el debate se dio por acabado.

Esta es la verdad de lo ocurrido; ha habido una defraudación, originada en una arbitrariedad del Estado (al modificar un contrato que no podía modificar), se ha hecho una defraudación con supercherías que no podían ser perseguidas por la ley, y un diputado de la nación las ha denunciado ante el país.

1906: política, viajes y literatura

En “El retablo parlamentario” del 9 de enero de 1906, Azorín se centra en la higiene del Congreso, cuyo lamentable estado representa al conjunto de España (tema ya había sido abordado en diversas ocasiones en *ABC* por Azorín).

¿Qué pensar de todo este espectáculo de suciedad, de sordidez y de abandono? La representación parlamentaria de España, ¿no retrata a la misma España? Y si ahora nos preguntáis qué es lo que cuesta el sostener este edificio, os respondemos que esta suciedad, esta sordidez y esta incuria les cuestan todos los años a los contribuyentes españoles 1.220.800 pesetas. ¿No lo creéis? ¿Os hacéis cruces? Yo os suponía, queridos amigos míos, ya curados de espanto.

El alicantino enfoca (como en *ABC*) sus críticas sobre los liberales de Moret (20 de enero de 1906) en relación a la Ley de Jurisdicciones, de la que Azorín se había mostrado absolutamente en contra por la amputación de libertades que significaba:

El señor Moret iba a explicar el porqué del proyecto elaborado para reprimir los delitos contra la patria y el ejército. Ya conoce usted su discurso. (...) El señor Moret nos tiene encantados a sus admiradores; su discurso explicativo del Senado nos llenó de delicias; cuando salimos a los pasillos no sabíamos lo que habíamos oído, y, por lo tanto, como pasa en casos análogos, todo el mundo se hallaba en el secreto, es decir, cada cual poseía su explicación.

Para Azorín, “España está perdida por la abstracción”, por lo que “hace falta que bajemos a la realidad”, escribía el 30 de enero de 1906. De este modo, en un ejercicio de creación literaria y reflexión política (no habitual en sus “Impresiones parlamentarias” de *ABC*, en las que se ciñe sobre todo a los hechos que se producen en el hemisferio), el alicantino imagina el viaje de un exministro por distintos pueblos de España palpando la realidad del país en sus conversaciones con la base social, el panadero o el agricultor. Una fantasía suscitada por la reciente visita de Gasset a Andalucía y que resume uno de los puntos vitales del “pequeño filósofo”, puesto que viajar es un bien necesario e imprescindible para conocer España.

Y aquí en el pueblo nuestro ex ministro pasará tranquilamente sus días; él se meterá discretamente en las casas de pobres y de ricos y acopiará datos y notas de viva realidad, él saldrá al campo y departirá con los labriegos; él verá cómo se cultiva la tierra; él se enterará del estado de adelanto o atraso de las prácticas y maquinarias o artefactos agrícolas; él, en suma, estudiará la mentalidad y psicología de todos y establecerá una ecuación entre ellos, lo que es el Estado y lo que deba ser.

Y cuando haya visitado este pueblo, se marchará a otro; y después a otro. Y así irá observando la vida de los pueblos y de las campiñas hasta que sus datos le permitan establecer una ley general y formar una síntesis. Y cuando haya acabado su experiencia, volverá a Madrid.

(...) En la Cámara, los oradores discutían mil sutilezas y casos abstractos con hipérbolos, amplificaciones y vaguedades. Y éste es el mal de España. Bajemos a la realidad; digamos las cosas sencillamente; observemos cómo viven y lo que quieren nuestros conciudadanos. Seis, ocho o diez hombres de buena voluntad que hicieran lo que nosotros acabamos de indicar en este artículo, cambiarían radicalmente nuestra política.

Esta idea de viajar como un paso fundamental, indispensable y necesario para el avance de la sociedad es una reiteración, un tema recurrente en el periodismo de Azorín. Ya en *España*, a partir de las lecturas de Wells, incide en

este aspecto, que también aborda antes y después en su carrera. Incluso en *ABC*, el 27 de noviembre de 1905, recurre a esta por medio de la ironía: “¿Para qué te vas a molestar, joven amigo, marchando como un azacán de un lado para otro, por llanos y montañas? Unas cuantas hipérbolos te bastarán para conseguir el resultado apetecido”. Viajar es, en este sentido, de una importancia capital en la regeneración de la política y del país para Azorín: “Un país no se conoce por los libros, por los periódicos y por las estadísticas oficiales. Será menester viajar por él detenidamente”, escribe el 28 de noviembre de 1906 en *ABC* (“Impresiones parlamentarias. El primer campeón”).

Azorín reitera las citas al lector (10 de febrero de 1906), y respalda el discurso del republicano Melquíades Álvarez (23 de febrero de 1906) para apoyar los argumentos de este contra la Ley de Jurisdicciones (procedimiento que repite en *ABC*). De cualquier modo, la polémica Ley de Jurisdicciones nunca fue una prioridad para Azorín en el *Diario de Barcelona* tal y como ya admitió el 13 de diciembre de 1905, por lo que las alusiones son contadísimas, inclinándose el alicantino por otros temas en sus columnas del rotativo catalán.

Alejándose, pues, del foco más controvertido, el de las jurisdicciones, Azorín centraliza nuevamente sus críticas contra la clase política en general (2 de marzo de 1906), describiendo a diputados distraídos, desinteresados por lo que verdaderamente necesita España:

Y por toda la sala, en los escaños, los diputados escriben sobre sus pupitres, charlan en voz baja, se recuestan cómodamente en los extremos de los divanes; un hormiguero de espectadores que entran o salen va de los escaños a las puertas; el señor presidente de la Cámara conversa con algún diputado; y un murmullo sordo, opaco, llena la sala, en tanto que el orador sigue impertérito...

De este modo van transcurriendo las horas; ésta es la fisonomía verdadera de este debate memorable.

Azorín aborda entonces en *Diario de Barcelona* (10 de marzo de 1906) el caso del mercader acusado de asesinato con semejantes términos al que trabaja igualmente para *ABC*. Artículo que reelabora a partir de la atención mediática que alcanza en toda España, y por ser este un asunto que está fuera de la controvertida Ley de Jurisdicciones (Azorín entiende que los diarios catalanes ya dedican suficiente espacio en sus columnas a este aspecto, por lo que se encamina por otros derroteros).

Asimismo, el 23 de marzo de 1906, retoma la crítica política genérica retratando las discusiones, el guirigay que se produce en el hemiciclo. Para ello, Azorín recurre a una ácida ironía: “Y ésta es la historia puntual del suceso. Los

eruditos, historiadores, investigadores y profesores del porvenir deberán consultar esta página”, dentro de una retahíla de ataques que repite para oponerse a la etapa liberal (30 de marzo de 1906): “El lector verá si de ella hemos sacado algún fruto provechoso”.

“Poemas en prosa”

El 1 de abril sale Azorín hacia Barcelona para entrevistarse con las élites políticas, culturales y sociales catalanas para comprobar de primera mano la tensión suscitada a raíz de la Ley de Jurisdicciones. Lo hace como periodista de *ABC* con una serie de artículos que serán difundidos y verán la luz, en cierto modo, en distintos periódicos catalanes.

Sin embargo, a su vuelta de este recorrido periodístico y político, Azorín cambia radicalmente en *Diario de Barcelona*. De hecho, el alicantino no dedica por estas fechas ni una sola línea al asunto de la Ley de Jurisdicciones en *el Diario de Barcelona*. Y no era tampoco una sorpresa, puesto que Azorín ya había reconocido anteriormente que este tema no era una prioridad ni de interés para él en su trabajo para *Diario de Barcelona*, expresándose mínimamente sobre ello algunas veces anteriores.

Así pues, la literatura adquiere su verdadero protagonismo en *Diario de Barcelona* con Azorín, aparcando las crónicas políticas de “El retablo parlamentario”, y ante unos artículos que definen la personalidad azoriniana con los paisajes y viajes (“Castilla” y “Levante”, 20 de abril y 3 de mayo de 1906); y la inspiración en “Un pueblo” (15 de mayo) y “Los místicos” (26 de mayo).

Simula ser esta, por tanto, una carta de presentación del “pequeño filósofo” en *Diario de Barcelona*, con “pequeños poemas en prosa” donde priman las sensaciones y los sentimientos, la capacidad con que cautivar y despertar la sensibilidad de los lectores. Así, el 20 de abril de 1906, el “poeta-filósofo” escribe con “Castilla”:

Cuando regresábamos a Madrid después de haber pasado unos días gratos en Barcelona, hemos abierto los ojos tras una noche de inquieto sueño, hemos restregado el cristal del vagón y nuestros ojos han contemplado, de pronto, sin preparación, sin sospechas premonitorias, un espectáculo que nos ha llenado de la más viva, de la más profunda emoción. Era una mañana lluviosa; una fina cortina de agua caía sobre la tierra y casi velaba el paisaje; el cielo estaba gris, plumizo; y en la luminosidad opaca, fosca, de esta mañana, a través de la lluvia, hemos visto a lo lejos, destacándose sobre el horizonte, dos anchas y cuadrada torres (...).

Azorín ensalza la naturaleza y el paisaje de Castilla en un relato teñido de melancolía, en el que afloran los colores, la montaña, la lluvia o el campo. Una

reivindicación de Castilla que el alicantino había llevado a cabo otras ocasiones, incluso en una interesante comparativa con Cataluña que publica en “Avisos de este”, de *El Progreso*, el 19 de marzo de 1898:

La tierra catalana es admirable por eso. Si fuéramos a parangonar eminencias, Castilla no se quedaría atrás. Novelistas, poetas, críticos, los hay aquí tantos y de tanto mérito aquí como allí; pero lo que no hay es un público medio de tanta cultura, tan perseverante en la labor, tan curioso como el de Cataluña.

Es más, en “Hidalgos y ginoveses”, del 19 de mayo de 1900 en *El Globo*, el alicantino defendió nuevamente el espíritu de Castilla contra la burguesía que arremete contra ella en respuesta al político catalán Pedro Corominas (que la consideraba como una zona pobre y mísera).

Y, aunque las menciones son numerosas, algunos artículos son especialmente relevantes como “La vieja España” (16 de junio de 1901, en *La Correspondencia de España*); “Los labradores” (11 de diciembre de 1902, en *El Globo*); “Luffmann en Madrid. La tierra de Castilla” (12 de enero de 1905, en *España*) e “Impresiones parlamentarias. Drama en un pueblo”, “Impresiones parlamentarias. Más del drama”, del 6 y 7 de marzo de 1906 en *ABC*, cuando escribe: “Si no habéis estado un día de éstos en un pueblo de Castilla, de la Mancha o de la Alcarria, no sabréis lo que es y lo que valen las horas, los minutos que lentamente caen”.

Bajo estos mismos parámetros se mueve Azorín con “Levante” (3 de mayo de 1906) y “Un pueblo” (15 de mayo), donde se suceden las imágenes de las viejecitas “vestidas de negro, arrugaditas, encorvaditas”, con la música de las campanas, los pequeños oficios y el labrador con sus “manos temblonas y callosas”.

En “Un hecho inexplicable” (8 de junio), a partir de una reflexión de Grandmontagne sobre la muchedumbre de leyes que se discute, aprueban o sancionan en España sin resultado positivo alguno, Azorín divaga hasta señalar el punto clave que, a su juicio, simboliza el Desastre colonial para la regeneración de España. Opinión que se mueve en los mismos términos de la realizada el 30 de noviembre de 1905 en *ABC* (“Impresiones parlamentarias. El verdadero mal”), cuando Azorín entiende el Desastre como una lección de la que España debe tomar nota y aprender.

Todo el mundo recuerda la serie o agrupación de hechos lamentables que hemos convenido en llamar “el Desastre colonial”. Son muy dignos de ser llorados y plañidos estos hechos; pero tendremos que reconocer que ellos han dado origen a un deseo, a una ansia, a un fervor profundo hacia la regeneración; este fervor y esta ansia han hecho que todos tratemos de averiguar la causa de nuestros males y el medio más adecuado de remediarlos, y tal investigación y examen han dado

por resultado lógico la confección de un sin número de monografías, libros, folletos, artículos, planes y trazos en que punto por punto, ce por ce, se nos dice lo que ha habido en España, lo que hay y lo que es preciso que haya. Sabemos, por ejemplo, qué ríos hemos de canalizar y en qué parajes hemos de hacer pantanos; cómo hemos de repoblar nuestros montes; de qué suerte se ha de operar el cambio de cultivo extensivo en intensivo; qué camino es preciso trazar; las cajas de crédito agrícola que es necesario que fundemos; las nuevas plantaciones que debemos hacer. Sabemos del mismo modo todo lo que urge con respecto a la instrucción pública, así como la referente a la justicia y tribunales. No se nota en estos estudios, muy numerosos, incontables, ni la más pequeña deficiencia; tantas veces, en periódicos y libros, nos han repetido, por otra parte, lo que en España se ha de hacer, que todos los españoles lo sabemos de memoria, al pie de la letra.

La remodelación de Gobierno de Moret motiva “Los tres ministros nuevos” (19 de junio de 1906), con el que Azorín traza una breve semblanza de todos ellos, sobre Celleruelo (Justicia), Quiroga Ballesteros (Gobernación) y San Martín (Instrucción pública), recayendo sus principales críticas en el último, puesto que su formación de médico poco o nada tiene que ver con los asuntos políticos a los que debía hacer frente. Esta duda que plantea Azorín procede del requerimiento de especialización en el oficio que aducía Wells y que inspiró al alicantino en su articulismo de *España* (24 de septiembre de 1904, “Una opinión de Wells”). De Quiroga Ballesteros, por su parte, Azorín solicita nuevamente que viaje para palpar la realidad de España.

Nosotros no conocemos al señor San Martín; dicen de él que es un excelente doctor; añaden los tales que va al ministerio de Instrucción pública por recomendación del señor Cajal, el cual se ha negado terminantemente a desempeñar él la cartera que le fue ofrecida. No conocemos nosotros tampoco al Dr. Cajal; no podemos decir, legos como somos, ni una palabra de su obra científica; pero –dicho sea con toda clase de cortesías y de respetos; -pero no acertamos a comprender del todo, no nos explicamos muy claramente qué relación misteriosa podrá haber entre ser perito en una ciencia como la Medicina y ser considerado por lo mismo apto para la gobernación del Estado. No comprendemos esto. Un ingeniero que construya un puente maravilloso; un químico que descubra un nuevo cuerpo; un astrónomo que atalaya una estrella desconocida, ¿podrán ser considerados por esto como hombres aptos, aptísimos para gobernar un pueblo? La ciencia del gobierno, ¿no será cosa distinta de la pericia en hacer una operación quirúrgica o la paciencia en observar un ganglio a través del microscopio? Estas son las dudas que nosotros tenemos, y dicho se está que quedan expuestas con toda clase de miramientos, que no queremos ofender con ellas ninguna reputación justamente adquirida ni socavar los cimientos de este o el otro sólido prestigio, y que, en último extremo, no hacemos de ellas cuestión personal ni tenemos empeño en sostenerlas.

El encuentro de Azorín con los nuevos ministros lo difunde con “En sus puestos” (26 de junio de 1906), que es un perfecto ejemplo de reelaboración, o bien la redacción de este desde otro punto de vista al publicado en *ABC* con “Los amigos” (11 de junio de 1906). De hecho, la situación que expone es prácticamente idéntica en ambos casos, y solo cambian algunas frases, en la breve entrevista con Celleruelo (Justicia) y Quiroga Ballesteros (Gobernación), puesto que del tercero, San Martín (Instrucción pública), no se pudieron ver, y entonces da entrada a Natalio Rivas, subsecretario de la Presidencia del Consejo.

Balnearios y ensoñaciones

Entonces se produce un nuevo cambio (que también un salto temático) en Azorín en *Diario de Barcelona*, también perceptible a finales de junio de 1906 en *ABC*, cuando sus intereses políticos quedan desplazados por la pasión e inspiración que le suscita la literatura y los viajes en su articulismo. Por todo ello, como viene ocurriendo por estas fechas en el diario de Torcuato de Luca de Tena, Azorín bautiza una nueva sección para sus lectores catalanes con “Jornadas del verano”, que se enriquece a partir de la experiencia de un nuevo viaje del que también tenemos noticia por *ABC* cuando va acompañado por Pérez de Ayala, (12 de julio de 1906, “En marcha”). “Nuestra vida transcurre en perpetuo viaje”, escribe el alicantino.

Son días estivales, pues, en los que el parón parlamentario conduce a Azorín a estos artículos, “Jornadas de verano”, que le invitan a caminar sin rumbo, sin plan, a la aventura, por Madrid. Por ello, el 3 de julio de 1906, se centra en el espectáculo de la calle, entre los oficios y trabajadores, captando los detalles, aprisionando sus sensaciones con los primeros rayos de luz de la mañana.

Y ¿cuál es nuestra vida? ¿Qué aspecto tiene el mundo político en verano? ¿Qué es lo que nosotros hacemos durante las varias horas del día? Nosotros nos levantamos todas las mañanas a las siete; no es esta hora periodística, literaria, ni parlamentaria; pero nuestra vida política no comienza hasta por la tarde, y estos instantes de la mañana son, digámoslo así, extraparlamentarios (...). Observamos todo nosotros; gozamos del espectáculo de la calle en esta hora matinal; leemos a ratos en nuestra cámara puesta en grata penumbra; meditamos otros o parecemos meditar; escribimos otros, en fin, sobre cosas ligeras, sin trascendencia y sin alcance. Y cuando nos cansamos y el día promedia, tomamos nuestro bastón y nuestro sombrero y nos vamos pasito a pasito por la calle adelante. ¿Dónde iremos por la calle adelante? Caminar sin rumbo y sin plan, a la ventura, es una de las cosas más agradables.

El 10 de julio, Azorín continúa “Jornadas del verano” resaltando la importancia de la hora de la comida en España, lo que va unido a la psicología y nuestra

historia. La importancia de viajar y conocer. Por eso alude igualmente a los arroces valencianos, las judías catalanas, las fabas asturianas, los potes gallegos, los gazpachos andaluces, los “guisadicos” castellanos, las naranjas de Valencia, la uva alicantina, los albaricoques de Toledo o las peras de Aragón.

Todo esto parece que no tiene importancia, y, sin embargo, forma un todo perfecto, estético, rítmico, diríamos; y bastará un detalle de éstos, bastará el ver la mesa de un hostel o posada, o la mesa de una casa particular, para que nos formemos idea exacta del grado de civilización de un pueblo o de la psicología de una familia, de sus ideas estéticas y aun de sus ideales políticos y sociales. ¿No habéis leído vosotros alguna vez las novelas picarescas españolas? ¿No sabéis que toda la lucha en ellas, que todo su epítasis o enredo, que todo, en fin, lo que acaece en ellas gira y se desenvuelve alrededor de esta idea única y suprema: comer? Y, ¿no sabéis que esto dice más de nuestra historia, de nuestro desenvolvimiento nacional a través de tres o cuatro siglos, que todas las leyes, todas las guerras, todas las batallas, todas las conquistas y todas las epopeyas? Pues ahora, si después de estas lecturas muy instructivas, pero un poco tristes, vais por los llanos manchegos, por las mesetas castellanas o entráis en las viejas y gloriosas ciudades y pedías de comer, podréis comprobar a vuestro talante qué es lo que queda de nuestro ambiente tradicional y hasta dónde podemos decir que somos nosotros mismos, los de siempre, o somos otros...

Con dirección a Asturias, con el deseo de “saludar a la naturaleza, esa buena señora que tan esquiva se muestra con los hombres urbanos, y a sustentar con ella largos coloquios si nuestro amor la hace salir de su mutismo”, Azorín prepara su equipaje y sube al tren (17 de julio de 1906, “Jornadas del verano”), donde “paseamos filosóficamente por el andén, enfocando con nuestro pequeño monóculo a las lindas muchachas de blusas tenues, ligeras, vistosas; paseamos seguros de que la casualidad ha de depararnos un maravilloso acomodo”.

Por ello, el 24 de julio, inaugura su nueva sección, “Playas y balnearios”, que se mueve en la línea de “Veraneo sentimental” (de *España* y *ABC*), cuando en San Sebastián, “la capital del veraneo elegante”, realiza la primera parada del recorrido. De este modo, Azorín se dispone a explicar las molestias con que se ha encontrado en el hotel de segunda donde ha hallado habitación. Un hotel en el que se cuelan por los tabiques las conversaciones de los huéspedes vecinos; los ruidos de las limpiadoras; una comida sin delicadeza; el sonido molesto de abrir y cerrar las puertas; o la incómoda mesilla para escribir. “(...) nuestros fondistas, cuando han querido gastarse el dinero, han atendido más al lujo que al confort, que son cosas distintas, casi contrarias”, señala el alicantino.

Azorín desea “saludar a la naturaleza”, escapar de las tensiones políticas que ha vivido muy de cerca, sobre todo con la Ley de Jurisdicciones en sus entrevistas

y encuentros en Barcelona unos meses atrás, pero esta problemática le persigue en sus salidas por los calles y salones donostiarras, en el Casino. Así lo confiesa el alicantino el 31 de julio:

(...) un día, cuando comenzaba a hacer calor, tomamos el tren, bufando, deseando olvidar por una temporada todo o que viéramos durante el invierno; todos nuestros amigos y conocidos hacían también lo mismo que nosotros, y al día siguiente, después de unas horas de tren, todos volvíamos a encontrarnos en este paseo, mientras toca la música. Esto es precisamente lo que nos pasa hoy y nos pasa todos los días; cuando llegamos al paseo, ya D. José, Deza, Lulú, a de Cimbrianez, D. Eduardo, están en él; hablamos todos.

(...) Y ahora el lector dirá: “El veraneo, ¿no es descanso? ¿No es reposo del cuerpo y del espíritu? ¿No es soledad de dos meses para quien durante diez no puede aislarse? ¿No es comunicación con la naturaleza? ¿No es contemplación del mar? ¿No es la montaña que escalamos? ¿No es el árbol a cuya sombra nos detenemos? ¿No es el río en cuyas riberas nos sentamos? ¿No es como una comunión profunda, callada y solemne con el alma del mundo?”

El lector dirá esto; es posible que no vaya descaminado; pero nosotros somos hombres mundanos; un poco locos (...).

Azorín vuelve a tomar el tren, con el ansia de dejar atrás el ajetreo político, los periódicos y cartas, hasta llegar, ahora sí, a Asturias (7 de agosto de 1906). Está el alicantino en una “vieja y pequeña ciudad propincua al mar” que, según Richard Ford, “hay excelentes frutas y pescados”. Podría tratarse seguramente de Avilés, donde el alicantino da detalles también en un artículo para *ABC* (25 de julio), y donde Azorín nuevamente muestra su enojo por la fonda, el hospedaje, con una habitación angosta y de reducidas dimensiones.

¿Será posible –pensamos– que no se pueda veranear en España? ¿Será posible que no podamos encontrar un cuarto limpio, claro y silencioso, y una comida sobria y bien aliñada? ¿Cómo vamos a hablar de fomentar el turismo, de hacer que los extranjeros vengan a visitarnos, si no podemos ofrecerles un sencillo y decente alojamiento? Y si esto ocurre en esta región de España y en esta época, ¿queréis decirme lo que sucederá en las ciudades de las solitarias e interiores mesetas?

El periodista alicantino toma un carruaje para encaminarse al balneario (14 de agosto de 1906), atravesando un paisaje, y una naturaleza, que depara un “espectáculo encantador” y donde “pasa el tiempo insensiblemente”. Pero Azorín se muestra nuevamente molesto porque, en la recepción, nadie le atiende, y el zaguán está desierto. Por ello, acude a la ironía: “Esto es lo que nos acontece a nosotros ahora y esto es la causa que de pie en medio del vestíbulo, junto a nuestras maletas, estemos haciendo lo contrario de lo que haríamos en una representación

de un drama de Echegaray; es decir, dando y tornando a dar palmadas”. Entonces, apenas sin fuerzas para examinar la habitación, de lo que se considera un experto, todo un profesor de cátedra (indica con humor), opta por descansar.

A diferencia de los artículos de viaje en *ABC* en julio y agosto de 1906, desperdigadas y sin conexión aparente, los de *Diario de Barcelona* sí cuentan con un enlace constante, permanente, que el mismo Azorín se encarga de realizar pese a la separación temporal de varios días en la publicación de estos. “Hemos terminado la anterior crónica en el punto y hora en que nos quedábamos solos en el cuarto del balneario; nos habíamos dejado caer en una silla con cierto desconsuelo; luego nos hemos levantado y nos hemos dirigido al lavabo”, afirma el alicantino en “Playas y balnearios” del 21 de agosto.

Por todo ello, Azorín indaga y curiosear en la habitación, comedor y pasillos del balneario, quedando nuevamente muy descontento (la crítica es el principal rasgo diferenciador de esta serie con la que publica en *Veraneo sentimental* en *ABC*). “Describir la comida en un balneario es empresa insuperable; no intentaremos acometerla. Pero sí diremos que a veces ocurre que las viandas que nos presentan parece que ni por su calidad ni por su cantidad son de nuestro agrado”, y agrega el alicantino con ironía: “Excusado es decir que nosotros no nos proponemos generalizar, no intentamos lanzar el desprestigio sobre los balnearios, sino que confesamos sinceramente que existen balnearios en que no hay habitaciones de las clases a, b, c y d y en que se come limpia y exquisitamente”.

Azorín abandona entonces el norte de España (28 de agosto de 1906), baja por Castilla y disfruta de un balneario que da entrada mar adentro, quizás en alguna ciudad de su tierra natal, en la provincia de Alicante. Así pues, el alicantino disfruta “Ante el mar”, donde la belleza femenina vuelve a captar su atención, y sola esa arrebatadora fuerza, la de la mujer, como ocurre en *Veraneo sentimental*, le atrapa, le seduce y le cautiva. Entonces, ahora sí, el alicantino abandona la ironía y la crítica para embarcarse en el ensueño.

¿Por qué nuestra vida no ha de ir pareja con su vida? ¿No se diría que ella y nosotros nos conocemos de toda eternidad? Sin embargo, este minuto de honda emoción que experimentamos ante ella, no lo volveremos a sentir más; nuestros dos espíritus parece que han recorrido una larga vía hasta encontrarse; después se han encontrado, han tenido un breve instante de efusión, de cordialidad silenciosa, íntima, inenarrable, y se han separado inexorablemente para siempre, con un dolor, con una angustia que ninguno de los dos acertábamos a explicarnos. ¿Qué misterio hay en esto? ¿No habéis sentido vosotros nunca esta alegría súbita y esta angustia indecible? No sabemos lo que es la vida; la alegría y el dolor están donde nosotros no sospechábamos nunca que estuvieran; un detalle insignificante, una

cosa minúscula abre para nosotros la puerta de un mundo desconocido, de luz o de tinieblas. Y a ciegas, sin darnos cuenta, pasamos por el mundo y perecemos en un instante como estas olas del mar inmenso que tenemos ante la vista.

El “pequeño filósofo” visita a Maura

A finales de agosto parte Azorín a Mallorca para entrevistarse con Maura en una cobertura que especialmente trabaja para *ABC* (del 28 de agosto al 2 de septiembre de 1906), y que el alicantino también quiere dejar constancia en *Diario de Barcelona* con “El veraneo del señor Maura”, del 4 de septiembre de 1906.

En este, como en los de *ABC*, a Azorín no le interesa el hecho político, el perfil profesional de Maura, sino que ahonda en el paisaje de Valldemosa cuando charlan sosegadamente, se realizan una fotografía de recuerdo, y el alicantino, como hiciera en otras ocasiones, ensalza la figura de Antonio Maura:

¿Qué hay en la palabra de este hombre extraordinario, único, que nos reconforta, que nos anima, que hace que sintamos una viva esperanza? ¿Por qué las palabras de estos espíritus todo voluntad, todo decisión, todo confianza en sí mismos, son como un bálsamo que tonifica y vigoriza nuestros nervios? ¿No es que en estos instantes se verifica como un contagio espiritual, y que un efluvio, una partícula de esta energía, de esta voluntad, de esta decisión, pasa a nuestro subconsciente y allí obra como una levadura que nos sana de nuestras desesperanzas y desmayos?

El “pequeño filósofo” vuelve entonces al articulismo que le identifica, y que refleja su estilo y temática. Por ello, en Yecla, donde se encuentra con amigos y antiguos vecinos, asiste a la biblioteca del “En el convento” (10 de septiembre de 1906), donde “yo no tengo ganas de leer; cada día leo menos; de niño, de adolescente, he recorrido las páginas de muchos de estos libros; pero con los años he aprendido que casi todos los libros dicen lo mismo, y que es mejor observar la vida que pasa, que entretenerse en las cosas muertas que hay en los libros. Me canso de estar en la biblioteca y me marchó al huerto”, anota el alicantino.

Azorín busca la naturaleza, y descansa en su casa, en su tierra natal, por lo que se deduce del artículo “Una casa de campo” (que fue el prólogo para la segunda edición de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, firmado por Azorín en el Collado de Salinas en 1909).

Después de tantas vueltas y revueltas, desde la costa asturiana hasta la balear, he venido a parar a una casa de campo alicantina. El verdadero Alicante, el castizo, no es el de la parte que linda con Murcia, ni el que está cabo a los alrededores de Valencia; es la parte alta, la montaña, la que abarca los términos y jurisdicciones de Villena, Biar, Petrel, Monóvar y Pinoso. En uno de estos términos está la casa en que escribo estas líneas.

Azorín, pues, se encuentra en “La vida en el campo” (24 de septiembre), alejado del estruendo de Madrid, de la intensa vida periodística, y la tenue luz del quinqué le recuerda a Juan Luis Vives, uno de sus principales influencias, en un paisaje en el que “el reposo y el silencio son profundos”, hasta alcanzar y rendirse al sueño.

¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué hacemos nosotros que nos acostamos todas las noches sobre la una o las dos de la mañana? Hay un recurso, se dirá: leer. Pero, ¿es que vamos a estar leyendo siempre? ¿Y es que no hemos venido al campo para no acordarnos de que no hay libros y periódicos en el mundo? Sin embargo, no vale que nos hagamos razonamientos; el hecho indiscutible es que tenemos que acostarnos y que, a pesar de los cuculillos, de las estrellas y de la grandiosidad de la noche, no nos queda otro recurso sino dormir.

Por estos días Azorín anda molesto con *ABC*, y se deja seducir por *El Imparcial*. De hecho, el alicantino intentó verse con Ortega y Gasset, pero un imprevisto, una piedra que golpea el pie de Azorín lastimándole, imposibilitó tal encuentro que pudo propiciar una nueva incorporación de este en *El Imparcial*. Pero no fue así debido a este leve suceso que explica el alicantino en “Las cosas pequeñas”, del 2 de octubre de 1906, cuando intenta alcanzar un higo en el campo alicantino durante un paseo y un desliz le hace caer y lastimarse.

Ya estaba satisfecho; ya me disponía a marcharme, cuando en una rama que tropezada con mi sombrero vi uno de estos redonduelos y azucarados higos. “Lo cogeré también”, dije yo para mí, y eché la mano hacia él. Y en este punto comienza la lastimosa e impensada tragedia que motiva estas líneas. (...) Para que el lector pueda formarse idea exacta de los acontecimientos que van a desarrollarse, diré que la higuera que ha sido causa primera y fundamental de la catástrofe se hallaba al borde de un ribazo. Cuantos hayan visitado Alicante y Mallorca saben el gusto y el primor que los mallorquines y alicantinos ponen en la construcción de estos ribazos, que sirven para contener y presidar las tierras; los mallorquines exceden a los alicantinos, pero unos y otros hacen verdaderas obras maestras. (...) El caso es que la higuera estaba al borde un ribazo; yo alargué la mano para apresar el higo; al hacer esto tuve que levantar la cabeza; al levantar la cabeza, una de las hojas de la rama me tropezó en un ojo; sentí el ligero golpe, hice un movimiento instintivo, rápido, perdió el cuerpo el equilibrio y di conmigo bajo del ribazo. Mas no fue éste todo el lance; al caer del ribazo, quise evitar la caída echando instantáneamente mano a una piedra; no resistió la piedra y se vino detrás de mí y al llegar al suelo fue a parar a uno de mis pies. El choque fue violento, puesto que el peñasco era de un tamaño respetable; me ponderaré mi dolor. Cuando pasaron los primeros momentos y me hube puesto unas compresas de agua fresca, vi que no podía caminar sin cierta desinencia; es decir, en lenguaje claro y rotundo, que estaba cojo.

Azorín prepara entonces la vuelta a la información parlamentaria con una serie de semblanzas (a modo de introducción y presentación de los dirigentes políticos) que confecciona para *ABC* (con la serie “Ante el parlamento”, y dedicados a Moret, Maura, Salmerón, Nocedal y Mella) y otra para *Diario de Barcelona* (con la serie “Sus figuras”, que comienza con Montero Ríos el 9 de octubre).

Estos perfiles son analíticos, informativos, no excesivamente críticos (pese a referirse a los liberales) que aportan datos al lector que puedan ayudar a comprender la nueva legislatura que se avecina a finales de octubre de 1906. De este modo, el 16 de octubre, sigue con “Sus figuras”, esta vez sobre el liberal Canalejas, donde Azorín no pierde oportunidad para reflejar el estado de pasividad de los diputados.

En la Cámara, mientras un pobre señor habla de algo que podrá ser importante para una región española, pero que a nosotros –claro está– no nos importa nada; en la Cámara hay una algarabía formidable; un grupo de diputados inclinados sobre el pupitre ministerial habla con los ministros; el señor presidente cuchichea con otros señores que se le acercan y se lleva sus manos al pecho y hace que por su cara pase otra vez la gratitud, la constancia, el cariño, la fidelidad; luego, en un momento en que la turba de visitantes se aclara, hace que se acerque un hujier y le da cuatro o seis cajitas de bombones; al mismo tiempo le habla y le señala unas damas allí en lo alto, en la tribuna de la presidencia. Estando en esto, se oye en el salón una gran gritería; es que el orador que estaba hablando se ha cansado tal vez de la inatención general y ha dicho alguna cosa gorda; (...)

El último “Sus figuras”, del 23 de octubre, está dedicado al marqués de la Vega de Armijo y el general López Domínguez, de los que pone en entredicho su labor y contribución política.

Así pues, Azorín rescata “El retablo parlamentario” (30 de octubre) para abordar nuevamente la actividad política del Congreso (ya no son semblanzas de políticos, o análisis o entrevistas, sino actualidad informativa, como la que trabaja para *ABC*). De este modo, el periodista alicantino vuelve a destacar a Maura por encima del resto de intervenciones políticas (6 de noviembre).

El señor Maura habló después de estos señores. Yo no creo que el señor Maura haya estado en ninguna ocasión más feliz de palabra, más fluido, más claro, más dueño de sí mismo y de su auditorio. La oratoria del señor Maura difiere esencialmente de las de los demás grandes parlamentarios; no tiene hinchazón, ampulosidad, tono dogmático (el cual como en el señor Salmerón puede llegar a ser artístico). Comienza a hablar el señor Maura en tono sencillo, sobrio, casi familiar; luego el ímpetu, la energía, la fuerza interna, hace que su voz se levante, que sea como una ráfaga incontrastable, que llegue a un punto culminante de inspiración y de vehemencia (...)

No puede darse nada más bello, más sugestionador que esta oratoria; cuando habla el señor Maura, toda la Cámara parece dominada, sugestionada por una fuerza misteriosa. Y es que en este gran orador existe una armonía perfectísima, que es lo que los ingleses llaman *delivery*.

Y en esta misma línea, a partir de ahora, se mueve Azorín para criticar desde sus crónicas “El retablo parlamentario” a los liberales del Gobierno de Moret. Incluso, el 13 de noviembre, lo hace el alicantino contra Azcárate apoyándose en los argumentos de Maura (una técnica para enmascarar su crítica, también común en ABC):

Representante eximio de esta generación de abstraccionistas es el señor Azcárate. Una hora estuvo hablando la otra tarde; nos expuso el concepto de la libertad religiosa y el de la tolerancia; supimos en qué se diferencian una y otra; trató luego de la tolerancia de cultos y de la libertad también de cultos; otra larga explicación nos puso al corriente de las particularidades que diversifican a ésta de aquella; leyó recortes de periódicos; citó autores que han dicho tales y cuales cosas; hizo disquisiciones sutiles... Con razón decía en la tarde del viernes el señor Maura que los ciudadanos españoles que piensan en cómo está España y contemplan estos debates, tendrán ante ellos la impresión de observar “un manicomio”.

También sobre Maura entresaca nuevamente sus valores el 27 de noviembre: “El señor Maura es el primer orador de nuestro Parlamento”, escribe Azorín. El 4 y el 11 de diciembre, el alicantino cubre informativamente la Ley de asociaciones, descubriendo además para los lectores los dobles raseros en las posturas de los liberales, inclinándose cada vez más del lado de los moderados.

¿Se aprobará la ley? Lector: puedes contestar rotundamente que no. (...) a estos liberales no les importa nada ni la libertad ni la democracia; éste es su juego. Por debajo de él, está el que un señor desea la jefatura del partido; el que otro señor ve tales manejos y se opone a ellos con todas sus fuerzas; el que no hay más que ambiciones personales, intereses, medros y provechos; el que la ley de asociaciones es una arma que puede destrozar a este o servir para aupar a otro, y que, en definitiva, el pueblo crédulo es el espectador de buena fe que se lanza a la calle y se rompe la cabeza por la rectitud y la sinceridad y el amor a la libertad de unos pocos señores, que luego, a solas, se ríen a sus anchas.

Así, hasta el final de 1906, llevará Azorín su exaltación a Maura (25 de diciembre):

Esta ha sido la tesis del discurso de Maura. Cuando acabó de pronunciarlo, fue tal el efecto producido en la Cámara, era tal la avasalladora sugestión, que nadie se atrevía a contestarlo. (...)

Tal ha sido la jornada memorable. Los periódicos, como de costumbre, han ido cada uno por su lado; el público no se ha dado apenas cuenta

de la verdadera faz del discurso del señor Maura. Parece que existe un verdadero empeño en que el país no se entere de la personalidad real, de la significación efectiva, de lo que en realidad es esta figura extraordinaria de nuestra política. El señor Maura es hoy un hombre de Estado de una historia moral limpia, de una vida privada irreprochable; tiene decisión y entereza; ama a su patria, y posee, en resolución, la palabra más clara, más persuasiva y más multiforme de nuestro Parlamento.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

Conclusiones

José Martínez Ruiz fue un periodista precoz. Ya Manuel Rico García en su *Ensayo biográfico y bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia* indica que el joven articulista alicantino publicó en su pueblo natal desde 1888, a los 15 años de edad, en *El Monovarensense* y *El Eco de Monóvar*. Sin embargo, aunque no hay constancia documental, puesto que Rico García no transcribió ninguno de estos escritos, la vinculación laboral de Martínez Ruiz con *El Eco de Monóvar* queda probada por la reseña localizada en el ejemplar de *La España Artística* de Madrid, del 16 de agosto de 1892, que informa ya de estas colaboraciones. Incluso por medio del diario *El Alicantino*, del 27 de octubre de 1892, es posible contrastar todos estos datos ya que este diario provincial inserta una nota de Martínez Ruiz, fechada en Monóvar, en la que comunica su separación de *El Eco de Monóvar*. En cualquier caso, todos estos datos biográficos, hasta hoy inéditos, confirman el boyante interés de José Martínez Ruiz por el oficio periodístico cuando no era más que un adolescente, y no solo por las hojas volanderas que iban apareciendo en su pueblo natal sino igualmente por las cabeceras de su alrededor (como en Alicante o Alcoy). Esto mismo queda demostrado por sus primeras publicaciones localizadas hasta la fecha por Manuel Rico García y que hasta ahora no habían sido agregadas en la “guía oficial” del profesor E. Inman Fox, como *El Activo* de Villena –julio de 1891- o *El Liberal* de Dénia –diciembre de 1891-. José Martínez Ruiz, por entonces, tenía 18 años.

Las múltiples colaboraciones del joven Martínez Ruiz en diarios de su pueblo natal, Monóvar, así como de otros provinciales y regionales (como *El Serpis* de Alcoy, o *Defensor de Yecla*) confirman la entrega, voluntad y esfuerzo del futuro Azorín por ser periodista. José Martínez Ruiz sabía que, mucho antes de ver publicado un libro suyo (el primero sería el folleto *La crítica literaria en España*, de 1893), debía experimentar, probarse y darse a conocer en la prensa, en las hojas volanderas que marcaban la actividad intelectual y cultural de la época. De ahí su constancia y tenacidad, su trabajo incansable. Para ello, empezó por las cabeceras más cercanas, las de su pueblo y alrededores, hasta poco a poco ir escalando a medios más prestigiosos como *La Monarquía* de Alicante o *La Correspondencia Alicantina*. En cualquier caso, Martínez Ruiz siempre fue un joven ambicioso y nada conformista que pone pronto su objetivo en Madrid (ya en 1892 escribía para *La España Artística*, de la capital madrileña, que se aporta como material inédito en esta investigación) en un progreso imparable en su trayectoria periodística cuando sale de provincias y, en su viaje de estudios de Derecho, se hace un hueco en el

importante gremio periodístico de Valencia (ganándose la confianza de editores tan prestigiosos como Blasco Ibáñez en *El Pueblo*, o de Francisco Castell en *El Mercantil Valenciano*). Poco después, dio el salto definitivo a Madrid, donde igualmente fue poco a poco en una carrera periodística meteórica empezando por cabeceras como *El País*, *El Motín*, *Nuevo Mundo*, *El Progreso*, *Madrid Cómic* o *El Globo* hasta alcanzar la cumbre con *El Imparcial*, *España*, *Blanco y Negro* y *ABC*.

Martínez Ruiz aspiraba a dedicarse de lleno al oficio periodístico (puesto que esta era la vía directa para la literatura, y también para sobrevivir ya que los libros solo otorgaban entonces míseros beneficios); para ello, tejió una concienzuda red de contactos con la que ganarse la confianza de los más célebres escritores y periodistas que le fueran abriendo las puertas de las cabeceras más prestigiosas del momento. Así pues, el articulista alicantino era plenamente consciente de que no solo valía el talento en su tiempo para ir escalando y progresando en su carrera, por lo que fue apoyándose en autores e intelectuales como, entre otros, Emilia Pardo Bazán (a la que visitaba con frecuencia) o bien en Luis Bonafoux (que le brindó la tarjeta-presentación para Lerroux en su acceso a *El País* en Madrid; aunque antes Martínez Ruiz tuvo que ganarse su confianza agasajándole por su obra *El avispero* en *Buscapiés* y *Literatura*). Este método, basado en elogios, lo empleó activamente Martínez Ruiz en sus libros y artículos; así, en *Buscapiés* alude ya a Ortega Munilla (lo que nos da una idea del deseo del periodista alicantino por acceder a *El Imparcial*) en un sistema que repite con Mariano de Cavia, Nakens, Urbano González Serrano, Manuel Troyano, Ruiz Contreras (quien manejaba una de las tertulias más influyentes de su época), Julio Burell y, por supuesto, Leopoldo Alas Clarín, que se convirtió en su gran baluarte. La red de contactos funcionó, y aunque esta le supuso algún enfrentamiento –Maeztu le acusó de “bombos mutuos” con Clarín, y también fue tildado de “maurista” cuando trabajaba para *España*– la estrategia le proporcionó muchos más beneficios que perjuicios.

En el tiempo que concierne a esta investigación, Martínez Ruiz utilizó distintos pseudónimos en la firma de sus artículos en la prensa. El primero, Juan de Lis (como en *El Activo* de Villena, *El Liberal* de Dénia, *Defensor de Yecla* y *La Monarquía* de Alicante), iba encaminado a ocultarse de la familia, y muy especialmente de su padre, quien quería que su hijo fuera un eminente abogado. Por eso, desde sus inicios en la prensa provincial, Martínez Ruiz es Juan de Lis. De hecho, en este intervalo, el articulista alicantino solo estampó su nombre real en *La España Artística* (1 de septiembre de 1892), y lo hizo con toda seguridad por tratarse de una cabecera de Madrid, de la capital, que no estaba al alcance de su padre. Incluso en *El Serpis* de Alcoy firmó con su nombre incompleto, J. Martínez,

que por otro lado era muy difícil de asociar al alicantino por tratarse de un apellido muy común. Una situación semejante se produce con el pseudónimo Fray José que estrena en *La Educación Católica* de Petrer, octubre-diciembre de 1892, sobre todo para que no le vinculen con los artículos de propaganda cristiana que el alicantino escribe “forzado”, solo para contentar el encargo que le ha realizado su tío Amat y Maestre. En este sentido, el 12 de junio de 1893 aparece otro nuevo en *La Correspondencia Alicantina*, Cándido, que es el pseudónimo con que se bautiza en el panorama literario cuando ve la luz *La crítica literaria en España*, su primer folleto, que fue financiado gracias a la ayuda económica de su madre tras pedírselo este por carta. A su vez, entre estos cambios y sucesivos pseudónimos, Martínez Ruiz viaja a Valencia para cursar Derecho (aunque su pasión por la literatura y el periodismo le llevara por distintas facultades, ocultándose de su padre ante unos estudios que no le llenaban ni calmaban ante su afán por trabajar en las redacciones y los periódicos). Allí Martínez Ruiz adopta un nuevo pseudónimo que se ajusta a su etapa anarquista (Ahrimán, el dios del mal) con el que firma *Buscapiés* y se estrena también en *El Mercantil Valenciano*. Así, en *Las Bellas Artes*, con el objetivo de separar sus artículos de radicalidad política con los de corte literario, y en especial de crítica teatral, se hace llamar Don Abbondio.

No obstante, en *La Federación*, de Alicante, el pseudónimo Weeper lo utilizó Martínez Ruiz para promocionar sus libros y el nuevo diario *La Campaña*, de París, en el que colaboraba y que requería urgentemente de lectores españoles para su rentabilidad. Además, Weeper es el anonimato que necesita Martínez Ruiz en los intensos años de 1897 y 1898 cuando recibe todo tipo de ataques de acusaciones de plagios y entrevistas falsas, por lo que mantendrá desde este pseudónimo una vía con la que establecer su defensa en los distintos rotativos. Una técnica que, con sus diferencias, emplea como redactor de *El Globo* cuando, mediante el anonimato (no emplea pseudónimo), publica distintos artículos con los que quiere seguir ejerciendo su crítica política en libertad sin interferir en la línea editorial del diario. En *El Progreso* acabó por su parte asumiendo la firma de su sección, Este, que provenía de “Avisos de este”, y que especialmente le sirve para analizar críticamente las posiciones políticas y, sobre todo, las decisiones en Cuba y Filipinas que arrastran a España al Desastre. Igualmente, Martínez Ruiz empleó sus iniciales para la firma (*El Globo*), e incluso en la publicación madrileña *Mercurio* se ha dado a conocer otro nuevo como Jacome Trezo. En *La Correspondencia de España*, Martínez Ruiz empleó el pseudónimo J. Mendoza Ruiz para promocionar su novela *La voluntad*; y en *El Globo*, firmó artículos como Pecuchet (que procedía

de su libro *Pecuchet, demagogo*) o como “Un redactor” en “Notas sobre la vieja España”.

En Valencia, José Martínez Ruiz sufre un proceso de transformación ideológica que deriva en el anarquismo. Esto mismo ya se atisba en *Moratín* (1893) cuando critica a monjas, sacerdotes o a la Inquisición, alejándose abruptamente de cuanto había señalado en *La Educación Católica*, a finales de 1892, para cumplir con el encargo de su tío; y, por otro lado, en *Buscapiés* (1894), donde continúa con estos mismos ataques a la religión, aunque esta deriva anarquista se propaga muy especialmente en su producción en la prensa valenciana. Por eso, en sus colaboraciones en el *El Mercantil Valenciano* de Francisco Castells, entre febrero y abril de 1894, Martínez Ruiz –con pseudónimo Ahrimán, dios del mal- aborda temas como el amor libre -véase la reseña de *La huelga de hijos*, de Enrique Gaspar, del 16 de febrero de 1894- o bien realiza notas informativas sobre libros anarquistas –concretamente con *El peril anarchiste*, de Félix Dubois, del 1 de marzo de 1894- que, por otro lado, chocan frontalmente con la ideología del periódico. Esto, por tanto, fue el principal motivo en la salida de Martínez Ruiz de *El Mercantil Valenciano* (hasta ahora se defendía que esto había sido así por los ataques de Martínez Ruiz a la obra de Galdós, pero lo cierto es que el alicantino combina crítica ligera con otros muchos elogios sobre el eminente escritor, lo que evidencia que esta no fue la causa de su expulsión y sí, en cambio, su predilección por los temas de corte revolucionario-anarquista). Este pensamiento ideológico anarquista tiene continuidad en *Las Bellas Artes* y, poco después, en *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez. Es más, en *Las Bellas Artes*, ahonda todavía más en este anarquismo con dos artículos bajo su firma real, José Martínez Ruiz (lo cierto es que en *El Mercantil Valenciano* no lo confirmaba, pero sí era fácil deducir su inclinación por esta corriente política anarquista). Por eso, ahora, en *Las Bellas Artes*, el alicantino definitivamente comunica que comulga con el anarquismo en su defensa y divulgación de ideas como las de Kropotkine (uno de los teóricos más importantes del anarquismo), el 17 de noviembre de 1894, o bien justifica su posición radical cuando escribe “La muerte de un dios obrero”, del 2 de febrero de 1895, sobre la opresión y explotación del obrero.

A partir de aquí, al tiempo que simultanea la difusión del anarquismo en su libros y periodismo, en *Anarquistas literarios* y *Notas sociales* (en los que incluso Martínez Ruiz trabaja un amplio análisis sobre periódicos y cabeceras anarquistas existentes), el alicantino ficha por *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez. Este salto en su carrera lo logró principalmente tras llamar la atención con su radicalismo, entre colaboraciones que exaltaban el anarquismo, el amor libre, la libertad y la defensa a

ultranza del obrero y la clase más desfavorecida. Porque todo ello fue lo que seguro alertó a Blasco Ibáñez, quien deseaba hacerse con los servicios del articulista alicantino entonces todavía estudiante de Derecho en Valencia. *El Pueblo* era uno de los diarios más fuertes del momento, que competía directamente con *Las Provincias*, por lo que se presentaba como una plataforma, como un escaparate y grandísima oportunidad para Martínez Ruiz, en una cabecera más acorde a su pensamiento radical que mantendría y respetaría asimismo sus escritos. Por todo ello, los artículos en *El Pueblo* –que Martínez Ruiz firma con su nombre real y no con pseudónimo– registran todavía más agresividad que los de *El Mercantil Valenciano* y *Las Bellas Artes* en su visión virulenta de la sociedad y la vida en general, por lo que poco o nada se salva: hacienda, religión, educación, libertad de cátedra, política, corrupción... Así, a diferencia de lo que ocurría antes, José Martínez Ruiz se deja ver claramente: firma con su nombre real y no distingue anarquismo de cualquier otra temática, como el teatro (puesto que en *Las Bellas Artes* sí establecía esta distinción con su pseudónimo Don Abbondio). Ahora, el periodista que habla de teatro, el que lo hace de educación o literatura, también es un firme defensor del anarquismo. ¿Y por qué salió Martínez Ruiz de *El Pueblo*? Lo cierto es que resulta difícil que esta decisión fuera tomada por Blasco Ibáñez cuando estaba en la cárcel de San Gregorio cumpliendo dos años de prisión por una manifestación contra los Estados Unidos, en defensa del honor nacional, convocada sin autorización gubernativa y que ocasionó graves disturbios el 8 de marzo de 1896. Es por ello que la postura más lógica sea la de que, por entonces, Martínez Ruiz, que no se había movido ni un ápice en su actitud anarquista, solo pensara en asentarse en Madrid, donde quería crecer como periodista, en las cabeceras más punteras con repercusión nacional.

En Madrid, Martínez Ruiz cumplía su sueño cuando se estrena en *El País* de Alejandro Lerroux (facilitado por Bonafoux con su carta-presentación). El periodista alicantino aterriza entonces en la capital, dispuesto a dar continuidad a sus ideas anarquistas y revolucionarias que ya le habían prodigado un relativo éxito en Valencia en *El Mercantil Valenciano* y *Las Bellas Artes* y, sobre todo, en el más relevante, *El Pueblo* de Blasco Ibáñez. Por todo ello, como ya hiciera anteriormente, intensifica todavía más el contenido de estos artículos anarquistas para seguir ejerciendo un papel protagonista en el ámbito periodístico. De ahí que no se limite exclusivamente a abordar el amor libre por medio de una reseña (eso fue lo que pasó con *La huelga de hijos* en *El Mercantil Valenciano*), por lo que Martínez Ruiz trabaja en esta ocasión casos y situaciones en los que, incluso, el amor libre pueden ejercerlo libremente tanto el hombre como la mujer (lo que nos da también

la clave de su visión moderna y antimachista). Así pues, el alicantino va más allá en su militancia anarquista, y sus ataques serán todavía más hirientes contra las ataduras del matrimonio (“Una mujer. Fantasía”, 5 de diciembre de 1896), la opresión del obrero (“La Nochebuena del obrero”, 24 de diciembre de 1896), contra la patria (“Crónica”, 7 de febrero de 1897) o bien contra la religión (donde denuncia el deseo de enriquecimiento y la apetencia sexual de los sacerdotes en “Un cardenal. Boceto”, 28 de diciembre de 1896). Finalmente, tal y como deja constancia Martínez Ruiz en su libro *Charivari*, sus controvertidos artículos en *El País* –de los más duros sin duda en su carrera- motivaron su despido debido principalmente a las numerosas quejas que hacían llegar al periódico los lectores más moderados del Partido Republicano, la principal audiencia del diario, lo que originó su salto a *El Motín*, de Nakens, en el que apenas colabora con material nuevo.

Tras la publicación de *Charivari*, que origina todo tipo de amenazas, Martínez Ruiz se refugia en su tierra natal, y trabaja para *La Federación*, de Alicante. Diario en el que, a diferencia de lo que se pensaba hasta ahora, ni mucho menos las colaboraciones del alicantino fueron esporádicas (tal y como se detalla en el anexo de esta investigación). Para ello, Martínez Ruiz crea un nuevo pseudónimo, Weeper, con el que traza una estrategia para promocionar sus libros *Charivari*, *Bohemia*, *Soledades o Pecuchet demagogo* con reseñas elogiosas –autobombo- e incluso inserciones de cuentos que ya han aparecido en estas obras del alicantino con anterioridad, aunque en este sentido también insiste en dar a conocer *La Campaña*, de París, en el que ya está colaborando, para captar nuevos lectores con los que sufragar la publicación que se edita en el extranjero. Además, en estos escritos, en los que Martínez Ruiz combina pseudónimo con firma real, el anarquismo está presente, incluso este convive con su militancia en el partido federalista de Pi y Margall (que no es tan revolucionario y virulento como el de *El País* o *El Motín*, sobre todo tras el “toque de atención” de Clarín, aunque Martínez Ruiz se consideraba más entusiasta de Pi y Margall que del partido federalista). Además, bajo su firma real, José Martínez Ruiz siguió cultivando la crítica (literaria y teatral), sus grandes pasiones. En cualquier caso, su militancia en el partido federalista, que comunica públicamente en una carta en *La Federación* (26 de septiembre de 1897), le granjeó algunos problemas cuando surge la posibilidad de publicar en *El Progreso* –diario republicano socialista revolucionario- de Lerroux. Martínez Ruiz se vio entonces obligado a justificar su nuevo trabajo en *El Progreso* con otro comunicado en *La Federación* (14 de noviembre de 1897) en el que agrega una significativa declaración: “Soy ante todo periodista de la verdad”. Es

decir, para el alicantino, el periodismo estaba por encima de todo, es el bien máximo, lo que por otro lado evidencia que Martínez Ruiz tuvo un perfil abierto a las ideas políticas al publicar simultáneamente en tres periódicos con tres ideales diferentes como *La Federación*, de Alicante, que es federalista, *La Campaña*, de París, que negaba ser socialista, con un carácter independiente nacido en la pugna zolaniana y de justicia por el “caso Dreyfus”, y *El Progreso*, de Madrid, que es republicano-socialista. Así pues, lo suyo no era una idea cerrada, un activismo férreo y único en la radicalidad y el anarquismo entre estas publicaciones que dan explicación a este contexto. Finalmente, Martínez Ruiz abandonó el partido federalista tras el fallecimiento de su líder, Pi y Margall.

La revolución anarquista en la producción periodística de Martínez Ruiz tuvo una importante difusión en distintas cabeceras nacionales (como *El Productor*, de La Coruña) e internacionales (como *Ciencia Social*, de Buenos Aires; o *La Idea Libre*, de Montevideo, que se han localizado y registrado por primera vez en esta investigación). Por todo ello, la voz del articulista alicantino tomó una repercusión internacional que era, por otro lado, otro de los objetivos que perseguía el ambicioso periodista de Monóvar desde que se iniciara en la prensa. Así pues, *Ciencia Social*, de Argentina, o *La Idea Libre*, de Uruguay, se hicieron igualmente eco de las publicaciones anarquistas de Martínez Ruiz en España, lo que era un indicativo a todas luces de la fuerza que estaban tomando sus escritos radicales. En este sentido, además, cabe destacar que Martínez Ruiz siempre estuvo atento, en la medida de sus posibilidades, a la prensa internacional, de ahí sus numerosas menciones a cabeceras de Europa y Estados Unidos en su articulismo o bien en sus libros (en *Anarquistas literarios* y *Charivari* aparecen citas a la revista inglesa *Freedom*; *L'Humanité Nouvelle*, de París; o *La Société Nouvelle*, de Bruselas). En cualquier caso, la verdadera repercusión internacional, el salto internacional ansiado por Martínez Ruiz, lo logra con *La Campaña*. El periodista alicantino colabora con varias publicaciones tras la invitación de Bonafoux (su amigo desde *El País*), y su interés es tal que no duda en involucrarse en una campaña de promoción (bajo pseudónimo Weeper) en *La Federación* de Alicante y, con su nombre real, en *El Progreso*, para captar lectores con los que sufragar esta edición en castellano que se edita en el extranjero. Mueve además varias gestiones para atraer firmas de prestigio (como las de Unamuno, Pedro Dorado, Gómez Carrillo o Lerroux) e incluso se vuelca con un articulismo especialmente reivindicativo como con “El Cristo Nuevo” (5 de enero de 1898), que supone su estreno en *La Campaña* (en cualquier caso, decíamos, Martínez Ruiz ya no refleja la virulencia anarquista de *El País* o *El Motín*, pero sí afloran todavía rasgos radicales que no terminan de

desaparecer en el alicantino). En este sentido, a diferencia de la mordacidad anarquista (contra la patria, la política o la religión) mostrada en *El País*, Martínez Ruiz opta por una serie de artículos de índole cultural con los que igualmente escandaliza con el propósito de atraer audiencia y, por supuesto, llamar la atención y dar visibilidad a la cabecera parisina. Para ello, el alicantino trabaja una serie de escritos con título *Charivari* (como su polémico libro, lo que es toda una declaración de intenciones) que envuelve en distintas controversias y ataques a personalidades culturales como Echegaray, Sellés, Vico o María Guerrero, entre otros. Asimismo, en estas mismas páginas de *La Campaña*, Martínez Ruiz aprovechó para dar voz internacional a aquellos casos que consideraba injustos y olvidados en España, que requerían de un empujón de Europa para que se atendieran. Y esto mismo es lo que busca con “El horror de Montjuich” (artículo que se ha recuperado del archivo de la Biblioteca Nacional de Francia, y que es un espeluznante relato de las torturas a las que están siendo sometidos los arrestados anarquistas por el atentado del Corpus Christi en Barcelona). El suceso era de sobra conocido en España, pero a la vista de los escasos remedios que se habían llevado a cabo, Martínez Ruiz trata de dar con una salida internacional que dé apoyos suficientes para revertir la situación. Es la necesidad de crear un “caso Dreyfus” que aporte repercusión, unión y visibilidad para posibles cambios. “El horror de Montjuich”, del 25 de enero de 1898, fue uno de los últimos vestigios anarquistas de Martínez Ruiz, aunque cabe interpretarlo además como un posicionamiento de Martínez Ruiz por las causas injustas, por los más desfavorecidos, sobre aquellos presos que sufrían torturas y eran encarcelados sin un proceso judicial con garantías.

Pese a sus trabajos en *La Federación*, de Alicante, y *La Campaña*, de París, *El Progreso* acogió a Martínez Ruiz. Primero, porque Lerroux, su máximo responsable, sabía que Martínez Ruiz se había convertido en una pluma de relativa fama, sobre todo tras sus escándalos, aunque también le seducía que el alicantino estuviera enfrentado a Joaquín Dicenta, nuevo director de *El País*, del que también había tenido que salir por la puerta de atrás Lerroux tras sus desavenencias con la gerencia. Por su parte, en lo que concierne a Martínez Ruiz, para él era una brillante oportunidad para regresar al oficio periodístico en Madrid, en la capital, lo que suponía estar de nuevo en la primera línea, en el mayor escaparate periodístico y literario. De este modo, el articulista alicantino funda la sección “Avisos de este”, la plataforma con la que Martínez Ruiz ataca a todo y a todos como respuesta a su malestar contra la sociedad y el mundo en general, contra el periodismo, los políticos o estamentos como la Real Academia Española. El anarquismo, en este

sentido, ya se había relegado a un segundo plano, sobre todo tras la recomendación de Clarín, aunque todavía permanecen algunos débiles rasgos (como están en *La Federación* y *La Campaña*, pero nada que ver con la producción de *El País* o *El Motín*). Martínez Ruiz trabaja igualmente todo tipo de temas, aunque cabe destacar el artículo del 5 de marzo de 1898, “Un poeta”, que como ya resaltó el profesor Miguel Ángel Lozano, es de gran importancia puesto que en él están los fundamentos estéticos de quien en unos años firmará como Azorín. Y, efectivamente, Martínez Ruiz aprisiona en “Un poeta” el mundo de sensaciones que caracteriza su estética, donde aflora igualmente el simbolismo y muestra la inspiración que causa su primera lectura de *La intrusa* de Maeterlinck (que ya ha traducido) y su interés por el “alma de las cosas”. La guerra de Cuba, la censura y el control informativo, además del encarcelamiento del director de *El Progreso*, Alejandro Lerroux, como medida para contener sus editoriales y críticas políticas, debilitan enormemente el diario hasta su desaparición. Producto de este estado de abatimiento, desesperación, crisis y hastío ante el Desastre –con manifestaciones de Martínez Ruiz que se han reflejado en esta investigación-, a la vez que está inmerso y ocupado con las correcciones y salidas de sus nuevos libros, Martínez Ruiz mantiene un silencio periodístico de noviembre de 1898 a 1899. Más tarde Lerroux fundó *Progreso*, que pasó de ser diario a semanal, y Martínez Ruiz volvió, aunque por entonces el alicantino ya había escrito ampliamente en *Madrid Cómico* donde el estilo y la temática cambian notablemente hasta decaer en un escepticismo político y religioso.

Clarín fue el apoyo fundamental de Martínez Ruiz en su primera trayectoria periodística. Fue él quien, en los momentos más débiles, sobre todo tras la publicación de *Charivari* (que le acarrea todo tipo de reacciones críticas y sinsabores al alicantino), se pone de su lado y le destaca como un escritor de futuro y con talento. Para ello, Clarín publica dos escritos, uno en *La Saeta* de Barcelona (7 de enero de 1897), y otro en *Madrid Cómico* (8 de mayo de 1897), siendo claves e imprescindibles cuando la carrera de Martínez Ruiz pende de un hilo al estar sometido a una campaña de desprestigio sobre todo desde *El País* (ahora dirigido por Joaquín Dicenta, declarado enemigo del alicantino tras tildarle este de borracho y mujeriego en *Charivari*) y, por otro lado, por las acusaciones de plagio de Dionisio de las Heras en la satírica *Juan Rana*. Martínez Ruiz recibía incluso amenazas de palizas (como la de Antonio Vico) y “duelos a muerte” (que están registrados en la prensa y se han recuperado para esta investigación) que no llegaron a producirse, pero que dan una idea de la presión a la que estaba siendo oprimido cuando, en algunos de sus artículos biográficos, deja ver la angustia por la que está

atravesando (“Los peligros de Madrid”, 27 de febrero de 1898 en *La Federación*). Por todo ello, Clarín asume un papel vital en este cúmulo de circunstancias adversas contra el alicantino, y cabe entender sus artículos como el suministro de un auténtico bálsamo, de una bocanada de aire, del oxígeno que requería Martínez Ruiz en esos delicados momentos, que no solo significaban un empuje sino la prueba de su valía en el oficio periodístico. De ahí que, por consejo de Clarín, Martínez Ruiz abandone progresivamente el “sarampión” (el término es de Baroja) del anarquismo, que era el radicalismo que deslucía su verdadero talento como articulista. Un anarquismo que empieza a perder protagonismo en su producción, pero que sí está presente desde luego en *La Federación*, de Alicante, en *La Campaña*, de París, y en *El Progreso*, de Madrid, pero que ni mucho menos adquiere la virulencia de *El País* o *El Motín*. En cualquier caso, este anarquismo, pese a su convencimiento y campaña de propaganda, que incluso llegó a simultanear con su militancia en el partido federalista de Pi y Margall (lo que prueba que lo suyo nunca fue un hermetismo político absoluto, o una entrega total a un ideario), supuso también para Martínez Ruiz una llamada de atención constante, un método, una estrategia, una forma con la que ir escalando y ascendiendo en el complicado mundo periodístico del tiempo de Martínez Ruiz (sobre todo, como se aducía anteriormente, en *El Pueblo* y *El País*).

Definitivamente, para Martínez Ruiz, el anarquismo de *El País* y *El Motín* se va diluyendo en *La Federación*, *La Campaña* y en *El Progreso* (esto es fácilmente comprobable en un rastreo y seguimiento de su producción). De cualquier modo, sobre este último, aparece una señal vivamente interesante sobre esta conversión en la “Crónica” del 23 de diciembre de 1897 cuando Martínez Ruiz afirma respecto al anarquismo que “no hay programas, no tiene credo alguno práctico e inmediatamente realizable esa doctrina: es más bien una aspiración a un porvenir dichoso, deseo de bienestar universal, de felicidad para todos”. La radicalidad, pues, ha dejado de ser un medio, un fin, porque el “verdadero anarquismo” quiere “la vida dichosa, el bienestar para todos, sin excluir a nadie”. Solo posteriormente en *La Campaña*, con “El Cristo Nuevo” y, sobre todo, “El horror de Montjuich” (5 y 25 de enero de 1898), afloran las ideas anarquistas, aunque, como ya se ha detallado, estas pertenecen a una causa más reivindicativa que política, en la que Martínez Ruiz se pone del lado de las clases más desfavorecidas y ante los procesos injustos. Cuando el alicantino ficha por *Madrid Cómico* (22 de enero de 1898), Martínez Ruiz da el definitivo paso y abandona a conciencia una radicalidad que de poco ya le servía cuando, conocido, se encaminaba a una nueva época de su vida. Un cambio que también tiene reflejo en la reorientación de su escritura en

los libros que verán la luz como *Soledades*, *Pecuchet demagogo* y, sobre todo, *La evolución de la crítica*, *La sociología criminal*, *Los hidalgos* y *El alma castellana*.

Martínez Ruiz no mostró una actitud pasiva e invisible ante el conflicto bélico con los Estados Unidos en 1898, en el Desastre con la pérdida de las colonias de ultramar, ya que el periodista alicantino se declaró absolutamente contrario a la entrada de la guerra, exhibió un perfil pacifista y, aunque no mantuvo esta oposición con toda la perseverancia que pudo hacerlo, sí hay constancia en sus artículos de su postura adversa entre críticas y duras acusaciones. Es más, se adelanta a estos mismos hechos catastróficos cuando el 19 de octubre de 1896, en *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, informa en un irónico escrito que la guerra de Cuba “terminará dentro de un mes a todo tirar”. “Creo que el ‘honor nacional’ consiste en mantener estas dos guerras, y en declarársela si es preciso a los Estados Unidos, aunque nos empeñemos hasta los dientes, aunque muera toda nuestra juventud”, escribe. Y arremete igualmente el periodista alicantino sobre el sistema gobernante en Filipinas, donde “los frailes no tienen otro interés que procurar la comodidad y el bienestar de los indígenas, y que todo cuanto se hable de mala administración y despotismo es ganas de disparatar”. El 21 de octubre de 1896 también se cuestiona: “¿Por qué causa padecemos esas calamidades que se llaman guerra de Cuba y Filipinas?”.

En *El Progreso*, Martínez Ruiz, con pseudónimo Este, lanza distintas críticas contra el Desastre que está a punto de producirse. Así, el 30 de noviembre de 1897, incluye una sucinta ironía contra la clase trabajadora puesto que los buques que llevan a sus hijos a la guerra de Cuba les alimentan bien con succulentos postres. “¡Descansad, honrados proletarios! ¡Los que marchan a Cuba a llevar al combate a vuestros hijos, que allá perecen o vuelven moribundos, no morirán de hambre!”, incluso el 9 de diciembre de 1897 es todavía más contundente: “Nos encontramos en momentos de angustia nacional. Una guerra en Cuba, otra en Filipinas y la amenaza de una tercera con los Estados Unidos, y el Tesoro de la patria exhausto y sin tener apenas qué empeñar”. El 26 de diciembre de 1897 firma Este una “Nota del día” en la que choca la antítesis de la Navidad y las señaladas fiestas cuando, a los banquetes y las comidas en familia, en otras partes del mundo, en Filipinas y Cuba, los soldados españoles mueren.

Así pues, todas estas críticas resurgen el 2 de abril de 1898 en “Gaceta de Madrid” de *Madrid Cómico*, cuando en un planteamiento nuevamente original frente a dos perfiles, “patriota” y “hombre práctico”, analiza la contienda bélica y la situación. Crítica pues enmascarada; llamamiento al razonamiento; y declaración sin ambages de una derrota anunciada se dejan ver en estas líneas. “Pero no

tenemos dinero, no tenemos barcos. ¿Cómo vamos a pelear con nación tan poderosa? Un patriota: ¡Moriremos con gloria! Un hombre 'práctico': ¡Insensatez! Las naciones no son grandes por sus victorias o por sus derrotas; son grandes por su trabajo, por su industria, por su comercio, por sus artes". En este sentido, quizás uno de los casos más llamativos sea cuando escribió un alegato pacifista y antibelicista en el mismo año de 1898 en *El Correo de Alicante* ("El buen pastor") en el que sentencia: "cuando las fronteras no dividan a los hombres en amigos y enemigos, no habrá guerras. Todo es de todos; nada es de nadie. Ningún hombre tiene derecho a imponer a otro su voluntad".

Martínez Ruiz fue muy crítico con la política colonial española en América a raíz y consecuencia de la debacle del 98, lo que se puede deducir de su artículo "España en América" de *Vida Nueva*, del 25 de febrero de 1900. Asimismo, con "La patria", de *El Porvenir del Obrero*, del 28 de septiembre de 1902 (en un artículo que, a todas luces, fue rescatado de su época más crítica ante una prensa partidaria por el estallido de guerra), vuelve a las andadas: "¿Eran menos patriotas que la prensa madrileña propalando falsas noticias de la armada americana y azuzando a una guerra irremisiblemente desastrosa al pueblo español, a ese mismo desdichado pueblo que dos días después de amotinarse pidiendo la guerra, se amotinaba para protestar de las consecuencias de la guerra, para protestar de la carestía de cereales?". Estas opiniones de Martínez Ruiz se envuelven de un revelador silencio de noviembre de 1898 a 1899. Un silencio que también refleja frustración, hastío y desesperación ante estos trágicos acontecimientos que le apartan del periodismo, aunque, por entonces, también estaba ocupado con las correcciones y salidas de sus próximos libros como *Soledades*, *Pecuchet demagogo* y *La sociología criminal*.

En cualquier caso, posteriormente, Martínez Ruiz continuó reflejando su punto de vista sobre la debacle del 98 y, de este modo, en *El Globo*, el 24 de diciembre de 1902 ("La parábola del podador") critica el Desastre ya que "nos piden nuestros hijos, y los damos para que vayan a una guerra que han suscitado los chanchullos de los políticos...". También en *El Globo*, con "Diálogo ético" (21 de enero de 1903), Martínez Ruiz compara los comportamientos de la prensa española y francesa en su papel clave en la contienda: "Recuerde usted el caso de la guerra con los Estados Unidos; no había opinión ninguna que afectara a la guerra; pero la formaron los periódicos, y fuimos al desastre...". El 31 de enero de 1904, en *España*, con "Impresiones parlamentarias", Azorín culpa nuevamente a los periódicos y políticos por empujar a España a la debacle: "hablemos cuanto os plazca; pero recojámonos sobre nosotros mismos y digamos en un momento de sinceridad: 'Yo soy político y he mandado a las colonias a mis amigos arruinados;

yo soy militar, (...) yo soy periodista, y he hecho creer a un pueblo débil y pobre que podía luchar honrosamente con una nación rica y potente”.

Con el tiempo, el Desastre se transformó en una “lección”, tal y como transmite Azorín el 30 de noviembre de 1905 y el 9 de marzo de 1906 en páginas de *ABC*: “Y cuando nosotros abandonábamos la Cámara sentíamos una íntima tristeza. Y pensábamos que el verdadero mal está precisamente en este Parlamento palabrero, retórico, sutilizador, ergotista; en este olvido de la reciente lección que hemos recibido del Desastre”. El 8 de junio de 1906, en “Un hecho inexplicable”, de *ABC*, Azorín reflexiona sobre hasta qué punto el Desastre colonial significó el comienzo de la regeneración de España.

El anarquismo de Martínez Ruiz en *El País* y *El Motín* amengua en *La Federación*, *La Campaña* y *El Progreso*, y se debilita en una progresión que definitivamente cambia y desaparece en su salto a *Madrid Cómico*. Llevado por Clarín, principal artífice de su cambio de postura, Martínez Ruiz no solo abandona su tono más radical, sino que, por otra parte, deja de utilizar el escándalo y la polémica de cualquier índole (como había empleado en la serie cultural “Charivari” de *La Campaña*) para captar la atención. Por eso, el alicantino se centra ahora en la crítica literaria y, sobre todo, como ya hiciera en *El Progreso* con “Un poeta” (12 de marzo de 1898), Martínez Ruiz continúa configurando su nuevo mundo con alusiones a los clásicos como Santa Teresa de Jesús (22 de enero de 1898) o bien a Rodenbach con sus “ciudades muertas” (26 de marzo de 1898). Martínez Ruiz nos habla además de silencios, de personajes que no hablan y de observación, con una crítica política que permanece, pero resulta ser más rebajada (aunque igualmente efectiva, como la de su “Gaceta de Madrid” del 2 de abril de 1898). Su cambio es tal que, incluso, defiende la creación de un teatro católico (9 de abril de 1898), lo que era impensable hace unos meses, agregando que: “No vivamos de prejuicios, y seamos liberales para todos”. En este sentido, hay quien ha señalado sobre *El alma castellana* (1900) que simboliza el “cambio” de Martínez Ruiz en su trayectoria literaria y periodística (el cambio de la radicalidad a la templanza, el de la agresividad a la crítica moderada). Una transformación que, no obstante, ya se detecta en los primeros artículos de *Madrid Cómico* desde enero de 1898 como en la rebaja progresiva del tono y de la presencia revolucionaria de sus artículos en *La Federación*, *La Campaña* o *El Progreso* (los vaivenes ideológicos de Martínez Ruiz, objeto de críticas y comentarios, fueron apoyados por Pío Baroja con su prólogo a *La fuerza del amor*). Por todo ello, *El alma castellana* no representa el “definitivo cambio” (ya se vislumbra un tiempo atrás), aunque sí es plenamente significativa y

fundamental esta obra en cuanto que cierra una etapa en el conjunto literario de Martínez Ruiz hasta ese momento.

En este sentido, “Ciencia y fe” (9 de febrero de 1901), el artículo con que sella Martínez Ruiz sus colaboraciones en *Madrid Cómico*, marca por otro lado un nuevo derrotero en el periodismo del alicantino al ser claramente perceptible una crisis existencial que le perseguirá en próximos trabajos periodísticos y literarios. “Todo pasa: el hombre, el mundo, el universo. Todo perece: aun el mismo implacable tiempo que todo lo trasmuda y acaba, perecerá como el hombre, el mundo y el universo”, escribe Martínez Ruiz en este significativo artículo que revela el estado de angustia del alicantino que va a derivar, además, en cuestionamientos sobre la religión (“Lázaro”, 6 de abril de 1901 en *Las Noticias*, de Barcelona); la sociedad y la educación (“La España católica”, 21 de abril de 1901; o “La pedagogía”, 4 de mayo de 1901, en *Electra*). Crisis existencial y nihilista que se traslada a sus nuevos libros como *Diario de un enfermo* (1901) o *La voluntad* (1902), y que igualmente retroalimenta su periodismo como en “El autor del Quijote” (10 de febrero de 1901 en *La Correspondencia de España*); “El Cardenal Tavera” (3 de marzo de 1901 en *Mercurio*) y, sobre todo, “El fin de un mundo” (18 de junio de 1901 en *Madrid*), que sin duda es el ejemplo más clarividente puesto que aprisiona y representa el sentimiento de abulia, escepticismo e hiperestesia de José Martínez Ruiz en su periodismo finisecular. Crisis existencial que incluso va más allá cuando Martínez Ruiz denuncia las miserias del oficio periodístico o la corrupción de los políticos (“Interviú con Rinconete”, *Juventud*, 10 de noviembre de 1901) en un sistema podrido (“La vida”, *Arte joven*, 15 de abril de 1901).

Martínez Ruiz publica *La voluntad* en 1902, libro en el que asoman todavía rasgos de una crisis existencial y nihilista que, poco a poco, tiende a despejarse. Eso se percibe en el activo papel de Martínez Ruiz en la campaña contra el juego en Málaga (con el grupo de “Los Tres” en febrero de 1902), así como en las venideras publicaciones en prensa en *La España Moderna*, *La Ilustración española y americana*, *El Heraldo de Madrid* y *La Época*. De hecho, en estas dos últimas cabeceras, en *El Heraldo de Madrid* (con “Crónicas literarias. Autor y libro”, 24 de noviembre de 1902), y *La Época* (con “Un enemigo el pueblo”, 16 de junio de 1902), Martínez Ruiz pasa entonces a una nueva época de compromiso con los más desfavorecidos (sobre todo con los labradores y campesinos de los pueblos) en los que sigue arremetiendo contra los políticos al tiempo que reivindica el importante papel de la cultura y el paisaje. Contexto que conecta de lleno con su paso a *El Globo* (desde noviembre de 1902), donde desarrolla toda esta temática en una nueva etapa en la que es ya reconocido como un periodista de prestigio, y en la que

igualmente hace patente en algunos de sus artículos (como “La entraña”, del 18 de diciembre de 1902), su salida de la abulia y la crisis existencial: “La vida no es resignación, no es tristeza; sino que es goce fuerte y fecundo”, escribe.

En *El Globo* se han detectado un importante número de artículos inéditos en la producción de Martínez Ruiz. Muchos de ellos no están firmados por el periodista alicantino (lo que le evitaba comprometer al periódico ante sus ácidas críticas a la clase política y, al mismo tiempo, le concedían un anonimato con el que ejercer con mayor libertad su trabajo periodístico). Estos escritos sin firma –detallados y justificados en el corpus de esta investigación- aprisionan todo un conjunto de características que, sin duda, se vinculan con el periodista alicantino como el empleo de minuciosas descripciones; la denuncia política y la crítica religiosa (desaparece la crisis existencial, como refrenda igualmente Gómez de la Serna, pero su escepticismo en la política y la religión permanecen); citas a Monóvar y Alicante, su tierra natal; alusiones a los pueblos y al campesinado en su compromiso con las clases más desfavorecidas; reivindicación de los clásicos; la importancia de los viajes a tierras de provincias; y el enaltecimiento de la naturaleza y la belleza paisajística. Martínez Ruiz, pues, deja atrás la crisis existencial en *El Globo* para (junto a su preocupación y escéptica visión política y religiosa) continuar la configurando de su nuevo mundo, su identidad y huella, que constata y proyecta el alicantino con la publicación de *Antonio Azorín* (1903)

A su salida de *El Globo* (junio de 1903), Martínez Ruiz trabaja una producción acorde a su nuevo mundo al resaltar la sensibilidad de los textos clásicos que persisten inalterables al tiempo en *Helios* (“Una impresión de Góngora: ‘Las Bellaquerías’”, 1 de junio de 1903) o bien cuando apunta al amor de las pequeñas cosas, “el alma perdurable inquietadora del Universo” en *El Imparcial* (“Filósofos españoles: Vives”, 23 de noviembre de 1903). Pero... ¿Por qué Martínez Ruiz salió de *El Globo*? La clave reside en el artículo “La ficción” con el que se estrena el alicantino en *El Pueblo Vasco* el 19 de agosto de 1903, ya que esta es una crítica punzante a los republicanos que, por otro lado, justifica la salida voluntaria de Martínez Ruiz de *El Globo*, de raíces republicanas. Así pues, Martínez Ruiz da el salto a una cabecera de tintes conservadoras (Picavea, propietario del diario, tenía hilos directos con la jerarquía eclesiástica y monárquica), lo que da comienzo a una nueva andadura periodística en la que, por razones ideológicas, rompe con el republicanismo y con las ideas más izquierdistas que había mantenido hasta el momento. Lo cierto es que Martínez Ruiz dio una levísima pista de este cambio en *El Globo* con “Velasquillo” (23 de enero de 1903), en un artículo que no se atrevió a firmar puesto que en él se incluyen elogios a Maura. Por eso, unos meses después,

ahora en *El Pueblo Vasco*, Martínez Ruiz da definitivamente este paso que, como ya ocurrió con sus vaivenes con el anarquismo tiempo atrás, le granjearon distintas críticas de los lectores ante su actual posicionamiento. Sea como fuere, su respuesta no se hizo esperar, y el 14 de noviembre de 1903, afirma contundentemente en *El Pueblo Vasco*: “¿Qué puede pensar a derechas un hombre que pasea por Madrid con paraguas de seda rojo?”. Así pues, cuando algunos expertos señalan que la inclinación de Azorín hacia el maurismo y los conservadores se produce en el diario *España* (desde 1904), o incluso desde su ingreso en *ABC* (desde 1905), cabe recalcar que esta ruptura con su pensamiento político se fragua en *El Pueblo Vasco*.

Este renovador ciclo (con el cambio de pensamiento al conservadorismo de Martínez Ruiz, con “La ficción”, 19 de agosto de 1903) coincide además con la nueva dimensión literaria de “pequeño filósofo” que da a conocer en *El Pueblo Vasco* (“Las confesiones de un pequeño filósofo. El mal de España”, 22 de agosto de 1903; y “Las Fantasías y Devaneos del Pequeño filósofo en Madrid”, 5 de noviembre de 1903) con los que, en este sentido, quiere establecer una separación con su pasado periodístico. Es más, Martínez Ruiz ahonda y recalca este cambio con el “pequeño filósofo” en su debut en *Alma española* con “La farándula. Prólogo en que un pequeño filósofo declara sus perplejidades” (8 de noviembre de 1903) pero, sobre todo, con “Juventud Triunfante. Autobiografía” (22 de noviembre de 1903) con el que excusa su producción anterior, propia de un joven con aspiraciones, para aventurarse ahora en hazañas “más fructuosas y trascendentales”. Así pues, en *Alma española*, Martínez Ruiz continúa con referencias en su producción a los pueblos, los clásicos, el paisaje, la sensibilidad y “el nuevo arte” sobre el que reflexiona en el revelador “Pío Baroja y su última novela” (que, como señala el profesor Miguel Ángel Lozano, integra su estética y manifiesto de la creación literaria) dentro de la renovadora fase y espíritu libre con el que se ha adentrado el alicantino y que hace también patente en “Somos iconoclastas”. De cualquier modo, el escepticismo político (“La Nochebuena pasada”, 27 de diciembre de 1903) y religioso (“Todos frailes”, 17 de enero de 1904) persisten en Martínez Ruiz (investigadores como Valverde aseguran que, a partir de “Todos frailes”, el alicantino deja de ser anticlerical y se vuelve conservador, aunque en lo político ya había cambiado –en agosto de 1903 en *El Pueblo Vasco*- y, en lo religioso, desde *Madrid Cómic* y la crisis existencial pasa a ataques más tenues pero no menos contundentes-). De este modo, las semillas del “pequeño filósofo”, las de *El Pueblo Vasco* y *Alma española*, se funden definitivamente con la publicación de *Las confesiones de un pequeño filósofo*

(1904) –capítulos que en buena parte vieron la luz también en prensa, en *La Lectura*-. Así, biografía y dimensión literaria de Martínez Ruiz, el “pequeño filósofo”, se aúnan en un mismo texto. En este sentido, es especialmente simbólico el artículo “Deber de amistad. Las confesiones de un pequeño filósofo” (22 de abril de 1904, en *España*), en el que a modo de reseña se atribuye la autoría del libro a Antonio Azorín, “mi sucesor en las tareas de cronista de este periódico”. El 28 de enero de 1904, Azorín, el “pequeño filósofo”, firma por primera vez en la prensa, en el diario *España*.

Martínez Ruiz desea entonces fichar a toda costa por *El Imparcial* (lo que explica el nuevo guiño a su director, Ortega y Munilla, de los muchos que hay en su carrera, en *Alma española*, 10 de enero de 1904) pero, a falta de esa oportunidad, el alicantino da el salto a *España*, de Manuel Troyano (que también da a conocer el alicantino en *Alma española*, a semejanza de lo ocurrido con *La Campaña* y *La Federación*, con el artículo del 24 de enero de 1904). *España*, pues, figura como un punto clave en la trayectoria periodística de Martínez Ruiz principalmente por la confianza que deposita en él Troyano, a juzgar por el prolongado número de publicaciones (la más amplia hasta ahora) y, por descontado, el dinero y la independencia que ello le concedían. También *España* supone la continuación del viraje político (la cabecera nace como apoyo a la causa conservadora de Maura), lo que es una prolongación de este cambio que comienza en *El Pueblo Vasco* y sigue con *Alma española*, por lo que muy pronto Martínez Ruiz, el “pequeño filósofo”, se transformará definitivamente en Azorín (“Impresiones parlamentarias”, 28 de enero de 1904). Esta fusión y configuración final del mundo de Azorín queda igualmente representada en la serie “Impresiones parlamentarias”, que estrena con su conocido pseudónimo, puesto que estas encierran un perfil renovador y fresco en la crónica política. La primera novedad es que Azorín apenas introduce declaraciones de los representantes e intervinientes políticos, y se sirve de recursos literarios y numerosos adjetivos descriptivos para aprisionar con la mayor exactitud, como si de una fotografía se tratase, cuanto se desarrolla en el hemiciclo. Este nuevo enfoque, producto de su precisa observación, identifica a esta serie de “Impresiones parlamentarias” en las que, en muchas ocasiones, la información y la opinión están separadas por una fina hebra. Es más, muchos de los pasajes de Azorín en *España* podrían encajar perfectamente en el género del editorial de prensa (y no en el de crónicas informativas). Esto explica la posición partidista de Azorín con Maura, puesto que en sus artículos no duda en protegerle desviando el foco de tensión unas veces (como en el caso Nozaleda -31 de enero de 1904-, o el de la Santa Sede -8 de noviembre de 1904-); o incluso cuando arremete exclusivamente sobre

liberales o republicanos (dejando vía libre a los mauristas y conservadores). Por eso, estas crónicas azorinianas son, unas veces, informativas; pero en otras, se cuelan elementos subjetivos del periodista alicantino, opiniones con un trasfondo editorialista. Este esquema se repite en la problemática de la Ley de descanso dominical de la que, pese a que Azorín había mostrado su disconformidad, evita atacar frontalmente a Maura dando voz a la oposición.

Por otro lado, no se vislumbra en Azorín el escepticismo religioso de los últimos años en José Martínez Ruiz (apenas alude a ello en *España*, y sin crítica alguna), aunque en cuestiones políticas se mantiene alerta, burlón, irónico y reivindicativo como en *El Globo*. Eso sí, pese a sus constantes ataques, sobre una clase política que no adopta soluciones necesarias, sobre un hemicycle que muestra escaso interés en la realidad del país, Azorín no goza de la misma independencia y libertad que en *El Globo* –en el que se había mostrado ecuánime y distante- debido ahora a sus coqueteos con Maura y su doble juego entre ensalzamientos y protecciones en sus crónicas. Así pues, con el tiempo, Azorín se inclina cada vez más por Maura, al que dedica todo tipo de elogios, lo que origina nuevos problemas que le obligan a justificarse (lo mismo ocurrió del anarquismo a posiciones más moderadas, y el viraje de la izquierda al conservadurismo). Azorín niega haber cruzado palabra con Maura, niega conocerle (“Para amigos y enemigos. Una confesión: los amores de Azorín”, 7 de noviembre de 1904 en *España*), pero la correspondencia epistolar existente (la prueba está en la carta dirigida a Pérez Bernabéu, 10 de junio de 1904) lo desmiente, por lo que el alicantino se vio seducido por los tentáculos del poder, de los que siempre quiso estar cerca.

Solo cuando el Gobierno de Maura cae (“Impresiones parlamentarias. La crisis”, 15 de diciembre de 1904), Azorín “abandona” temporalmente las cuestiones políticas y se ciñe a cuestiones sociales y culturales. Por eso, entristecido por estos acontecimientos, el alicantino se refugia en el teatro, la crítica literaria, los pueblos y la naturaleza. La caída de su admirado líder, Antonio Maura, influyó notablemente en la temática de los siguientes artículos hasta su despedida de *España*, lo que es un indicativo de hasta qué punto el alicantino se ilusionó y sintió afecto por Maura. De hecho, si hasta ahora la mayor producción había sido de índole política, este interés se esfuma, desaparece, y el “pequeño filósofo” atiende a sus intereses culturales y sociales (como pintura, museos, viajes, traducciones, novedades de libros, aspectos tecnológicos y sociedades futuras y, por supuesto, los clásicos).

La novedad de Azorín en *España* no solo se reduce a sus “Impresiones parlamentarias” ya que, con su nueva dimensión literaria, se producen otros

cambios significativos como en su visión sobre la mujer. De hecho, si José Martínez Ruiz destruía la idea del matrimonio (en “El divorcio”, 23 de enero de 1904 en *España*), puesto que el casamiento es una ruptura con el compromiso y cultivo intelectual, ahora Azorín presenta unos vivos sentimientos de enamoramiento (“Impresiones del Ateneo”, 27 de febrero de 1904 en *España*), o al menos una atracción hacia las mujeres que le replantean si lo mejor del mundo está ahí, en la belleza femenina. Y precisamente esta nueva sensibilidad hacia la mujer conecta con una de las más relevantes novedades de su periodismo en *España*, que son las sensaciones y emociones que envuelven su articulismo en una belleza estética que define su modelo de creación. Así, por ejemplo, en “Guía de los Forasteros” (19 y 20 de febrero de 1904), Azorín no pretende localizar los puntos de mayor interés de la ciudad como si de un plano turístico se tratara. Es, más bien, un escrito de goce estético, un “poema en prosa”, de convertir “lo ordinario en materia artística”, con el que Azorín aprisiona las puras sensaciones que despiertan en él la ciudad en su nueva dimensión literaria (como en sus salidas y viajes en *Veraneo sentimental*, como en sus relatos seleccionados para *Los pueblos* –estas ensoñaciones libran a los textos de su caducidad en las hojas volanderas-). Azorín es pues un creador que nos adentra en un universo que reconocemos e identificamos en él, como señala el profesor Miguel Ángel Lozano. Es el “ajuste expresivo”, el estilo “realista, directo y transparente” que adquiere “una nueva manera de mirar y escribir”, en palabras de José María Valverde.

La salida de Manuel Troyano del diario *España* (fue sustituido por Salvador Canals) provocó un bloque de dimisiones y, entre ellas, la de su amigo Azorín. El periodista alicantino goza entonces de una relativa fama (de la que ha dejado constancia en algunos artículos en *España*) y la buena venta de *Los pueblos*. Es, pues, un periodista que está al alza, que ha mutado (Azorín ya no es Martínez Ruiz) por un estilo y unos temas que captan la atención de la familia Ortega y Gasset que, ahora sí, ve con buenos ojos su fichaje en el periódico de su propiedad, *El Imparcial*, el objetivo ansiado por Azorín desde muchos años atrás. De hecho, para el alicantino, *El Imparcial* representaba la “cumbre” en el oficio, por lo que este se convirtió en un deseo en el que perseveró entre constantes menciones y guiños a Ortega Munilla en prensa y libros con el propósito de ganarse su favor (lo que le deparó tan buenos resultados con Bonafoux). Azorín, que hasta entonces solo había colaborado esporádicamente con el suplemento literario de “Los Lunes”, cumplía el sueño de integrarse en la redacción, pero ahora faltaba por ver en qué sección o contenidos encajaba. En este sentido, *El Imparcial* no consideraba la incorporación del periodista alicantino en tareas informativas de índole política (al

estilo de las “Impresiones parlamentarias” que trabajaba en *España*) debido sobre todo a la independencia que había ejercido en *El Globo* con críticas incluso a Rafael Gasset, político, familia, exdirector y propietario también de *El Imparcial* (“Las células”, 14 de enero de 1903). Eso haría cavilar al director Ortega y Munilla hasta que, en días de la conmemoración del III Centenario de la publicación de *El Quijote*, *El Imparcial* encuentra el encargo idóneo para Azorín en una serie de reportajes de corte cultural.

La ruta de Don Quijote (1905), los artículos de Azorín en *El Imparcial*, es una crónica de viajes en la que el alicantino ofrece una versión interpretativa con un acento marcadamente literario y cultural, con análisis y utilización de fuentes orales en sus entrevistas con los habitantes de los pueblos por los que transita en La Mancha. En *La ruta de Don Quijote*, Azorín plantea un estilo original e innovador, en el que él mismo es un personaje más, por lo que pasa a la acción y decide asistir al lugar de los hechos, ser un vivo testimonio, lo que es también una novedad respecto a otras etapas de su producción. Azorín busca con estos escritos su distinción, la marca propia que le separe del resto de páginas de *El Imparcial*, ganarse el puesto en la “cumbre”. Para ello, trabajó unas crónicas sin excesos documentales, por lo que estas respiran frescura, son fluidas, y su lectura se realiza sin interrupciones, sirviendo al lector en todo momento los focos más candentes y conflictivos para mantener su atención y la vivacidad del texto. Azorín hace uso de estos recursos para que sus crónicas sean lo más similares a la vida, de tal modo que estas páginas pervivan en el tiempo (la literatura como antídoto a la caducidad instantánea del periodismo). Por otro lado, *La ruta de Don Quijote* registra numerosas características del denominado nuevo periodismo norteamericano. Estas, ya advertidas por el profesor José Ferrándiz Lozano, se corresponden y conectan efectivamente con la idea principal de Tom Wolfe, ideólogo de la corriente literaria, que se basaba en la redacción de un periodismo “que se leyera como una novela” y cuyas técnicas se han desgranado y vinculado a *La ruta de Don Quijote* en el corpus de esta investigación.

Y si en *La ruta de Don Quijote* Azorín trabaja sobre una efeméride literaria (este es el gancho informativo), en su segundo y último viaje, en las crónicas de *La Andalucía Trágica*, el alicantino viaja al corazón de la noticia. De este modo, el alicantino ejerce su periodismo más comprometido e independiente, tan reivindicativo como el de *El Globo*, solo que aquí, ahora sí, Azorín no ejerce ni expande estas proclamas desde la mesa de la redacción ya que él mismo se entrevista y conoce de cerca una realidad (la de los pobres campesinos, el hambre y la falta de agua para los riegos, el abandono de los políticos) del que va a asumir

un rol de altavoz y denuncia (lo que es una de las máximas del buen periodismo). Como indicó García Posada, Azorín omite cualquier alusión a los abusos contra la mujer e incluso el papel de la religión (como en España), y se centra exclusivamente en términos socioeconómicos (como los escasos salarios, las necesidades alimentarias, las condiciones insalubres...). Azorín, por medio de las entrevistas (como la del médico), aporta verosimilitud a estos testimonios, reclama soluciones (como en *El Globo* o *España*) con crónicas con un mayor dinamismo que *La ruta de Don Quijote* y técnicas del nuevo periodismo.

Precisamente es en *La Andalucía Trágica* donde cabe buscar los motivos por los que fue despedido Azorín de *El Imparcial*, y no en el choque político que enfrentó al alicantino con Romero Robledo a finales de abril de 1905, como han sostenido algunos investigadores. En este sentido, cuando *El Imparcial* da un paso atrás en sus contenidos informativos sobre la hambruna y la sequía en Andalucía (como advirtió José María Valverde), la situación se extrema y va más allá –según se ha escudriñado en esta investigación– cuando el rotativo “camufla” en sus páginas las crónicas azorinianas ya que, a diferencia de las tres primeras, la cuarta, del 17 de abril de 1905, ya no se publica en primera página de *El Imparcial* sino en la tercera, lo que quedaba claramente relegada. Del 18 al 23 de abril, *El Imparcial* no publica noticia alguna sobre la hambruna en Andalucía (el diario de Ortega Munilla atiende sobre todo a la muerte del escritor Juan Valera), cuando los artículos de Azorín sobre *La Andalucía Trágica* no se reemprenden hasta la crónica final del 24 que es sin duda la más corta y blanda de toda la serie. Lo cierto es que los escritos de Azorín golpeaban directamente la campaña política del diputado Rafael Gasset, propietario de *El Imparcial* y cuñado del director del diario. Afeaban su trabajo en la corte (el suyo y el del Gobierno) por lo que era imposible, pues, mantener en el puesto a Azorín ante este conflicto de intereses. Y tanto es así que, por mediación de Gasset, se secuestró una de las crónicas del periodista alicantino que remitió para *El Imparcial* (que probablemente fuera enviada por el alicantino entre el 7 y 17 de abril de 1905, puesto que resuena extraño este silencio del periodista en páginas de *El Imparcial*). El inédito “Los obreros del campo” fue recuperado por José Payá Bernabé en colaboración con la Fundación Ortega y Gasset. Un texto que sigue dando prueba de esta situación desfavorecida en el campesinado con tintes editorialistas. Así pues, Azorín sufrió, en definitiva, los intereses empresariales e ideológicos que encierran un periódico. Y Rafael Gasset, cuñado de Ortega Munilla y propietario del periódico, estaba disconforme con las crónicas lacerantes de Azorín, que estaban teniendo un fuerte impacto y repercusión entre las élites políticas de Madrid. El despido, por tanto, se avecinaba

ante los indicativos del secuestro de artículos; como los silencios de Ortega y Munilla a Azorín en su relación epistolar; y el malestar que Rafael Gasset acumularía desde la tribuna política. Argumentos que contradicen la versión de Gómez de la Serna cuando en su biografía azoriniana justificó el despido de Martínez Ruiz por su falta de sintonía con los compañeros de la redacción. Aunque quizás fuera esta la única razón con que Ortega Munilla pudiera excusar la expulsión de Azorín de *El Imparcial*.

En *Blanco y Negro*, Azorín se vio seducido por la calidad en el papel como por el plus estético de las imágenes que se incorporan a los artículos (de Francés, Alberti, Estevan, Emilio Varela, Méndez Bringa, Regidor, Lacoste o Huertas) y que inspiran algunas de sus creaciones. En este sentido, aunque los nuevos públicos de *Blanco y Negro* (mujeres y niños de clase alta) amenguan la calidad de sus escritos (en comparativa a los de *España* y *ABC*) sobre todo en su primera parte (como aducen José María Valverde o José Manuel Vidal), cabe destacar sin duda la clara función didáctica y cultural que desempeña Azorín en estos escritos. Así, en artículos como “Los amigos del museo. Un buen señor”, 2 de diciembre de 1905, sobre Pedro Berruguete; “Un sensual”, 9 de diciembre de 1905, sobre Loretto Lotto; o “Unos espectadores”, 23 de diciembre de 1905, sobre Jerónimo Bosch, entre otros, Azorín educa la mirada del lector y nos enseña a contemplar culturalmente un cuadro, acercando el arte a todos los públicos, aunque también acercándonos a su mundo de creador. Un procedimiento que, decíamos, se refleja en las series “Los amigos del museo” –en cuestiones pictóricas-; “Los amigos literarios” –con los clásicos-; o “Los oficios” –sobre oficios antiguos y por descubrir-, con los que Martínez Ruiz nos forma e informa culturalmente, nos entretiene y cautiva suscitando la reflexión. Esto es, decíamos, difusión del conocimiento, que encaja a la perfección con los valores de un periodismo cultural en el que se alían el entretenimiento con la enseñanza, y que Azorín fue cultivando como un periodista que piensa como un escritor y un escritor que piensa como un periodista. Lo suyo fue, en otras palabras, acercar la cultura al espectador (ya sea arte, los clásicos o personajes de la historia) alejándose de los cánones académicos y docentes (porque Azorín jamás fue un crítico convencional).

Por su parte, también son especialmente relevantes estos artículos de *Blanco y Negro* por el notorio cambio susceptible en el escepticismo religioso, que ahora se ha vaporizado. De hecho, si en *Alma española* era patente con “Todos frailes”, y en *España* lo evita sin críticas ni apenas alusiones, a partir de *Blanco y Negro* y *ABC* este va a ser profundamente respetuoso con la religión.

Azorín ingresa en *ABC* solo unas semanas después de haber sido despedido de *El Imparcial* al tiempo que colabora en *Blanco y Negro*, “hermana mayor” de *ABC*, propiedad además de Luca de Tena. La sugerencia de su contratación fue de su amigo Troyano en el instante en que el rotativo pasa de semanal a diario, lo que obliga a este a reforzarse. En cualquier caso, Luca de Tena estaba al tanto de las polémicas en las que se había visto envuelto entonces Azorín, aunque no fue obstáculo para asignarle la importante misión informativa en París y Londres del “Viaje regio” (junio de 1905) en su estreno. Así pues, estas crónicas adquieren especial importancia por la adhesión ideológica al medio de Azorín ya que, en todas ellas, no aparecen apuntes críticos contra el monarca. Es más, en estas 11 jornadas que componen el “Viaje regio”, el periodista alicantino “vende” al lector una imagen bondadosa, tierna y simpática del monarca español (lo que difícilmente se había visto hasta ahora en su trayectoria ante las numerosas notas críticas en pasados escritos, sobre todo en *El Globo* o *La Andalucía Trágica*). En este sentido, además del hecho informativo, Azorín va más allá adentrándose en el terreno de la opinión, con el objetivo de influir en la audiencia de *ABC* respecto al Rey. Eso explica que, por ejemplo, el periodista alicantino vaticine acontecimientos y asegure que los habitantes de París aplaudirán con mayor entusiasmo al monarca español tras el atentado. Es decir, quiere influir en la opinión pública, ofreciendo una buena imagen del monarca, con hechos subjetivos que no se han producido (2 de junio de 1905). En este sentido, Azorín fue además un periodista innovador que iba más allá de la noticia. Prueba de ello es cuando, tras producirse el atentado contra el Rey Alfonso XII, los medios de comunicación, principalmente de España, magnifican el estallido y los efectos de la explosión anarquista. En cambio, el enviado especial de *ABC*, Martínez Ruiz, contrasta la información cumpliendo con el primer requisito del periodista: la veracidad. Para ello, el reportero alicantino coloca su pie sobre el rastro del estallido que ha dejado la explosión, en un sencillo símil con el que aporta toda luz a los acontecimientos. “No se podría plantar en él una diminuta planta de claveles. La bomba, a juzgar por esta huella, debía tener bien poca fuerza”, indica (“Viaje regio. El atentado”, 2 de junio). Son días frenéticos de trabajo en los que Azorín lleva a cabo un periodismo improvisado y veloz, cuando incluso redacta crónicas sobre “un sombrero de copa”, aunque lejos de conformarse con la simple cobertura informativa, el alicantino se empapa de la prensa extranjera para conocer otros prismas de las noticias. Por ello, entrevista a ciudadanos ingleses para conocer de primera mano la opinión de los viandantes y recoge las impresiones de la prensa local. De este modo, Azorín aprisionaba en estas crónicas varias visiones de una misma noticia. Distintas interpretaciones que, servidas en *ABC*, en la prensa

española, ayudaban a comprender todo el conjunto de la noticia. Algunos de estos textos, incluso, podrían considerarse como las “contracrónicas” actuales, cuando Azorín busca e indaga al otro lado del foco y del protagonismo informativo.

Esta adhesión ideológica a *ABC* no solamente se reduce a la figura del monarca, sino que también prosigue en el aspecto político con sus favoritismos a Maura y los conservadores (como ocurría en *España*, aunque después, en el paréntesis con *El Imparcial*, había ejercido nuevamente un periodismo totalmente independiente). En cualquier caso, en *ABC*, es patente esta inclinación por Maura y los conservadores desde sus primeros escritos con la serie que también rescata del diario de Troyano, “Impresiones parlamentarias”. Para ello, Azorín no duda en revestir de negatividad y pasividad a los rivales de Maura (como a Romero Robledo, “Impresiones parlamentarias. Delicadas operaciones”, 18 de junio de 1905); introduce pasajes más editorialistas que informativos, con hechos subjetivos e informativos separados por una fina hebra (“El programa liberal visto por un labriego”, 21 de junio de 1906); o bien respalda una normativa o causa contraria a la de su admirado Maura, pero evitando siempre hacer una alusión directa contra su persona (como en la Ley de Jurisdicciones, con la que dio voz a distintos agentes políticos y culturales en Cataluña). Lo cierto es que Azorín quiso mantenerse en sus crónicas de *ABC* como un mero espectador de los acontecimientos (“Impresiones parlamentarias. Memorable enseñanza”, 12 de noviembre de 1905). Un espectador ecuánime, imparcial, como así lo afirma en varios de estos textos, pero en realidad no fue así. Muy especialmente por las palabras lisonjeras que dedica a Antonio Maura en múltiples ejemplos (“Impresiones parlamentarias. El mejor de los mundos”, 28 de noviembre de 1905; “Impresiones parlamentarias. El verdadero mal”, 30 de noviembre de 1905; “Impresiones parlamentarias. Sobre las maneras”, 15 de febrero de 1906; “Impresiones parlamentarias. Los conservadores”, 10 de noviembre de 1906 o “Impresiones parlamentarias. Por la mañana. Por la tarde”, 22 de diciembre de 1906). De hecho, esta sintonía entre Maura y Azorín es evidente cuando se retratan juntos -como prueba de amistad- en Mallorca (“En Valldemosa. Con el Sr. Maura”, 31 de agosto de 1906). En este sentido, ante el atisbo de un posible salto a la política activa (esta labor despierta un vivo interés en Martínez Ruiz, tal y como lo señaló en *Las confesiones de un pequeño filósofo*), Azorín vendía sus “éxitos” en estas crónicas de *ABC* con el propósito seguro de lanzar un guiño a Maura. Así, en artículos como “Los Maeztu”, del 31 de octubre de 1905, recuerda el papel imprescindible asumido por la “gente joven” para reivindicar los clásicos en su compromiso por España. Pero, además, en “Impresiones parlamentarias. Breve advenimiento a un joven diputado que aún no tiene la edad”,

del 17 de noviembre de 1906, reclama la necesidad de incorporar voces sinceras a la política; o en “Impresiones parlamentarias. Un recuerdo para Hobbes”, del 13 de diciembre de 1906, recalca la necesidad de instaurar una dirección fuerte en el Gobierno. Esta amistad que se granjeó Azorín con la clase política, y muy especialmente con la escorada en la facción de los conservadores, le ocasionó abiertas críticas a las que intentó dar respuesta (“Los amigos. Razón de amistad”, 14 de junio de 1906).

En cualquier caso, pese al favoritismo de Azorín por la causa maurista, este mantuvo una crítica política intensa con reivindicaciones sobre los labriegos, los obreros y los trabajadores de los pueblos. Por este motivo, el alicantino señala que hay dirigentes políticos en las sesiones que no registran ni “un átomo de ideas” (“Impresiones parlamentarias. Segunda de mensaje”, 26 de noviembre de 1905) al tiempo que exige efectividad a los representantes políticos advirtiéndoles de la necesidad de soluciones para una España empobrecida. Una España que requería más soluciones y menos espectáculo en el Congreso. Así, por ejemplo, critica abiertamente la no derogación del impuesto de alcoholes (20 de junio de 1905, con “Impresiones parlamentarias. Una sonrisa”), que ahoga al labriego, le empobrece, pero suscita la sonrisa en el ministro de Hacienda, Anguix; o incluso recuerda sus viajes a *La Andalucía Trágica* (11 de marzo de 1906, con “Impresiones parlamentarias. Primavera”) para dar fe de las tierras míseras y pobres que asolan el país. En ocasiones, el humor, el tono sarcástico, la ironía, le sirven al periodista alicantino para retratar una clase política escasamente preparada o ineficaz ante los males de España (“Impresiones parlamentarias. Pláticas no gloriosas”, del 4 de noviembre de 1905), donde resalta la conversación estúpida entre dos diputados en las Cortes con las que concluye Azorín lo poco gloriosos que son nuestros representantes. Esta crítica, además, no solo se ciñe al ámbito político, ya que en el cultural Azorín disfrutó de esta libertad para arremeter contra entidades como la Real Academia Española, desfasadas en el tiempo, incapaces de adaptar sus trabajos a los años de entonces (“Impresiones parlamentarias. Gravísima cuestión”, 21 de febrero de 1906). Azorín distingue entre los públicos a los que se dirige en *ABC* y *Blanco y Negro*, ambos bajo el paraguas de Luca de Tena, y sobre todo los de índole política con sus “Impresiones parlamentarias”, con características similares a los publicados en *España*, con un formato innovador que combina la primera y tercera persona, acercando e involucrando al lector. Así pues, Azorín fue un periodista preciso que, además, supo captar y aprisionar en sus crónicas, en sus “Impresiones parlamentarias”, lo más valioso, lo más candente, la polémica más jugosa con la que captar la atención de la audiencia. Se encarga por ello de cazar

las declaraciones más interesantes, los momentos cumbres de cada sesión, que pueden desarrollarse durante horas, y que el alicantino resume en dos o tres columnas de página. Es más, si la información más relevante escaseaba, el periodista alicantino se encargaba de avivarla con nuevos temas y enfoques originales.

A un lado los escritos de índole estrictamente informativa y política en *ABC* con “Impresiones parlamentarias”, Azorín trabaja unos artículos con una temática que igualmente por su contenido y tono se diferencia de los de *Blanco y Negro*. De hecho, la función didáctica de “Los amigos literarios” o “Los amigos del Museo” (de *Blanco y Negro*) difiere de la nueva serie “Oráculo manual” (de *ABC*), que rescata entre otros temas la crítica literaria contemporánea con un fondo mucho más académico, espiritual, reflexivo, de corte más intelectual que los de *Blanco y Negro* (los públicos, repetimos, ya no son los mismos) y siempre bajo unas disquisiciones filosóficas, “notas del atardecer”, que señaló Gómez de la Serna, que nos adentran en el mundo contemplativo de Azorín (los clásicos como difusión cultural, y como compromiso intelectual con España).

Además, otra nueva línea de publicaciones trabaja el periodista alicantino en *ABC* en sus viajes de verano, que siguen la misma estela de las que vieron la luz en *España*, cuando Azorín suscita la ensoñación y la emoción que definen el conjunto de su estética. Artículos de una “inactualidad” grande, perdurable, dolorosa y humana que Azorín, a diferencia del recorrido que realizó en *España* (del 11 de julio al 15 de agosto de 1904), ahora en *ABC* amplía en número de paradas y días que comienza el 30 de julio de 1905 con “En Cestona. Una llegada extraña” y finaliza con “Mondariz. El buen doctor”, el 7 de septiembre de 1905. De esta forma, Azorín regresa a variantes como la fuerza del misterio en la realidad, o cómo percibir el misterio de la realidad a través de los datos que proporcionan los sentidos y las emociones, hasta lo vulgar y cotidiano. Así pues, la principal diferencia que estriba entre el viaje de *España* y *ABC* es, como señaló Miguel Ángel Lozano, la mayor significación de visitas a escritores en el rotativo de Luca de Tena.

Tras las entrevistas por la Ley de Jurisdicciones y las tensiones nacionalistas a su regreso de Barcelona, el 31 de mayo de 1906 se produce el atentado de Mateo Morral en Madrid. Los monarcas salieron ilesos, aunque el estallido provocó heridos y muertos por la metralla. Los medios de comunicación, entonces, culparon a los anarquistas. Azorín dio un paso atrás en la cobertura informativa del suceso, lo que sin duda era una novedad en su producción cuando había permanecido muy atento a la actualidad (incluso fue, un año atrás, el encargado de dar las noticias del atentado en París). Sin embargo, lo que aparentemente era una cierta pasividad de

Azorín ante estos hechos, la relación de publicaciones del alicantino en *ABC* y *Diario de Barcelona* durante este tiempo evidencia una crisis personal. Y es que Azorín se sentía entonces alejado de la vida política, de las “apreturas de Madrid” que escribe en el revelador “Las fiestas en el campo” (2 de junio de 1906), y “entonces llega un momento en que nos examinamos a nosotros mismos y vemos que ya no nos atraen las apariencias externas, que no sentimos curiosidad por la luz, por el color, por la corteza de las cosas”. Una “nueva visión interna ha sustituido a la vieja”, señala el alicantino entre la naturaleza, las horas lentas en las que no pasa nada, en su retiro y descanso en su tierra natal, Alicante y provincia (lo sabemos por los artículos “Catalina Albert” y “Los kantianos” que sitúa en la montaña alicantina y en su biblioteca). Estas mismas notas de crisis afloran en “Las montañas” (6 de junio) o, en *Diario de Barcelona*, con “Un pueblo” (15 de mayo) o “Los místicos” (26 de mayo). Y, si hubiera un atisbo de duda, esta crisis queda confirmada en “Clarín”, del 13 de junio de 1906 en *ABC*, en el que Azorín desgrana el cuento *Cambio de luz* sobre un célebre profesor que se había transformado a raíz de las contrariedades, desgracias y enfermedades. Así, como en “Las fiestas en el campo”, Azorín afronta ese tiempo en el que nos examinamos a nosotros mismos, y una visión interna sustituye a la vieja. De este modo, la relectura de una obra, en este caso la de Clarín, suscita nuevas emociones y ensoñaciones que se manifiestan como una sensibilidad renovadora en el alicantino. Y es precisamente esta “nueva luz”, en la que “ve con asombro que no le atrae lo que antes causaba sus delicias”, la que impulsa a Martínez Ruiz a huir de su posición de melancolía y tristeza, de la crisis en la que se ve sumergido, reconduciendo su mirada a la más candente actualidad de *ABC* (junio y julio de 1906).

En *Diario de Barcelona* (en el que escribe al tiempo que *ABC* y *Blanco y Negro*), Azorín se convierte en un enlace de noticias e informaciones desde el Congreso para el público catalán. Una especie de corresponsal que resume los acontecimientos más relevantes en su nueva serie política, “El retablo parlamentario”, con la que Azorín reelabora claramente las crónicas que redacta para *ABC* con el fin de publicarlas posteriormente en *Diario de Barcelona* sobre un patrón y estilo plenamente reconocibles, entre ataques que recaen sobre los mismos políticos (sobre el Gobierno liberal de Montero Ríos, y nunca sobre Maura y los conservadores). El alicantino rehace los escritos, pues, para que estos tuvieran un mejor encaje y entendimiento en Cataluña, y hasta los perfecciona o complementa al disponer de mayor tiempo de intervalo para su redacción, sin las prisas de la inmediatez que, en este sentido, le requería *ABC* y no *Diario de Barcelona*. Una sección, “El retablo parlamentario”, que registra igualmente una

serie de paralelismos con sus “Impresiones parlamentarias” (de *España y ABC*): primero, por la descripción de la escena que presenta el periodista alicantino para situar a los lectores; segundo, por la supresión de los diálogos y discursos de los diputados, aprisionando lo esencial; tercero, por la introducción de recursos literarios, influencias, autores, obras e inspiración en los pequeños oficios y los pueblos; cuarto, por la inserción de elementos subjetivos que se mezclan y combinan con los informativos; y quinto, por la fina ironía con que Azorín envuelve la acción política. “El retablo parlamentario” registra de este modo dos tipos de estructuras: las de resumen-informativo sobre los acontecimientos del Congreso en Madrid; o bien sobre casos políticos nuevos más allá de los abordados en *ABC*. Azorín quería establecer así una clara diferencia de los públicos a los que se dirigía en *ABC* y *Diario de Barcelona* y, para ello, ante los acontecimientos de la Ley de Jurisdicciones, el periodista alicantino entiende desde “El retablo parlamentario”, del 13 de diciembre de 1905 en *Diario de Barcelona*, que este es un asunto del que ya se ha hablado largo y tendido en medios catalanes, por lo que desvía su atención a otros temas.

A un lado las cuestiones políticas, los temas recurrentes de José Martínez Ruiz en su producción fueron la literatura, el teatro y el periodismo. En la crítica literaria y teatral, Azorín denunciaba el papel farsante y de malas prácticas que empleaban algunos de estos “profesionales”. Críticas literarias y teatrales partidistas en las que, censura Azorín, se obvia a escritores de prestigio o se cita a otros por “amiguismos”. Por ello, el oficio está en decadencia, advertía el alicantino, quien insiste constantemente en aportar calidad, imparcialidad y buenos criterios entre tantas reseñas de literatura que no merecen serlo (9 de enero de 1898, en *La Federación*), al tiempo que rescata los clásicos y revive la emoción de estos textos olvidados (1 de junio de 1903, “Una impresión de Góngora: ‘Las Bellaquerías’”, en *Helios*).

En este sentido, para Martínez Ruiz, la prensa debe ejercer su función cultural, es decir, la prensa es fundamental en la difusión cultural de su época, y por todo ello se involucra muy especialmente en reseñas y críticas de autores de su tiempo como Pío Baroja, Jacinto Benavente, Blasco Ibáñez, Rubén Darío, Valle-Inclán o su paisano Gabriel Miró, entre otros muchos. Por ello, lamenta la baja intelectual, la pobreza literaria de los diarios españoles que aluden a asuntos irrelevantes y no recogen las publicaciones de autores como Menéndez Pidal, Unamuno o Rafael Altamira, en una crítica literaria que, para Azorín, iba dirigida a todos, puesto que esta estaba confeccionada sin artificios intelectuales y exigencias académicas con el objetivo de llegar al gran público.

Asimismo, en su faceta de crítico literario, el periodista alicantino estuvo marcado por la literatura francesa. De hecho, basta con repasar su legado periodístico para hacerse una idea de la importancia de esta, para percatarse de la relevancia transfronteriza con autores como Zola, D'Annunzio, Mirbeau, Faguet, Maure. De hecho, su pasión y devoción por Francia, presente en buena parte de su producción, son imprescindibles para comprender en su integridad la figura poliédrica de José Martínez Ruiz.

La vocación teatral de Azorín es igualmente destacable. Una vocación intensa que alimenta asiduamente su inspiración, su labor en los periódicos, llevándole a atender dramaturgos olvidados, elementos anacrónicos en los montajes (20 de agosto de 1892 en *La España Artística*) o, incluso, demandar más atención, más calidad para nuestras traducciones (14 de diciembre de 1897 en *El Progreso*) y escenarios. Tampoco perdona Martínez Ruiz las malas actuaciones (como la del actor Antonio Vico), los excesivos precios en las entradas o las actitudes irrespetuosas del público (26 de enero y 2 de febrero de 1895 en *Las Bellas Artes*). El teatro, en definitiva, era para Martínez Ruiz como un reflejo de aquella sociedad hemipléjica y sin avance. Por eso, cree en la evolución de una dramaturgia moderna en la que pueda sumarse y encaminarse España, que es precisamente lo que motiva "La protesta". El teatro es, por tanto, en Martínez Ruiz y el posterior Azorín, un tema recurrente en su producción periodística, una obsesión hasta el extremo que le impulsó a crear su propia obra, *La fuerza del amor* (1901).

El periodismo es el oficio vertebrador en los libros y artículos de José Martínez Ruiz, Azorín. Y su convicción e importancia fue tal que, el alicantino, no cesó en debatir sobre esa profesión, en criticarla y zarandearla para ahondar en el estado de la misma. Por ello, para Martínez Ruiz, el mayor enemigo del periódico no es la censura, es el reportero mal informado, el crítico sin independencia, el tabloide excesivamente pegado a los contenidos políticos... Azorín da pues consejos y lanza constantemente dudas con que reformular la profesión, el periodismo, la herramienta más útil en la difusión y el devenir cultural de un país. De ahí sus numerosas alusiones a la prensa, en la gran mayoría de las cabeceras y libros en los que trabajó.

De hecho, en el primer folleto, *La crítica literaria en España* (1893), ya hay rasgos del interés de Azorín en la prensa, puesto que dice que es "una monumental de la historia de nuestros días". Y lo mismo ocurre con *Buscapiés* (1894), cuando se muestra especialmente crítico con la censura y la hipotética libertad de prensa de la que gozan los periodistas a finales del XIX. En *Anarquistas literarios* (1895) defiende, por su parte, la importancia del oficio periodístico en el mundo ya que

“nada indica mejor el estudio de un pueblo que la prensa”, y rechaza unas hojas volanderas poco serias, desprovistas de rigor.

Crónicas parlamentarias que no merecen crónica; reseñas interminables de crímenes y procesos; articulistas con juicios calcados en un patrón convencional, sin novedades ni aportaciones que valgan, y diarios monopolizados por la política centran las críticas de un Martínez Ruiz que está desengañado con el oficio. En *Notas sociales* (1895), arranca incluso con una cita del director de *La idea libre*, de Madrid, con la que trata de detallarnos la difícil situación económica a la que el periodista está condenado al tener que simultanear varios empleos para sobrevivir. Es más, en su análisis de las cabeceras anarquistas, el alicantino muestra un vivo interés y alude a publicaciones y revistas editadas en América y Europa.

En *Literatura* (1896), ataca a los periódicos que dedican poco o nada a la crítica literaria, y se olvidan de los grandes escritores del momento, como Galdós, Mirbeau o Maeterlinck. Y por supuesto está *Charivari* (1896), una especie de diario personal que la crítica especializada ha valorado como un ajuste de cuentas del periodista monovero pero que hay que entender, además, como una prolongación del desencanto periodístico que viene sufriendo Martínez Ruiz desde largo tiempo en sus inicios literarios cuando se encuentra con una prensa que no está acorde con su pensamiento. Por su parte, en *Bohemia* (1897), esta situación es todavía más visible cuando Martínez Ruiz alude a las penurias del oficio con retratos de compañeros que adolecen de las cargas familiares con sueldos ruinosos y jornadas laborales desproporcionadas (el alicantino llegó a confesar que, con su trabajo de articulista, no alcanza para pagar la pensión y pasa hambre). En *Soledades* (1898), Martínez Ruiz continúa retratando un oficio en estado deplorable, cuando en el capítulo II indica aquello de: “Pues entonces, querido joven, si no tiene usted vergüenza, ni dignidad, ni sinceridad, ni conoce una jota de literatura, ni de arte, entonces... ¡hágase usted periodista!”. Estas citas al periodismo son múltiples igualmente en su articulismo, como en “Bonafoux en la estación” (*Vida Nueva*, 7 de enero de 1900); o “El patio de Monipodio” (23 de junio de 1901 en *Las Noticias*). En definitiva, el periodismo es para Azorín de vital importancia en su obra, ya que este da sentido además a su estilo, como refrenda el 24 de junio de 1906, en “El maestro”, de *ABC*, cuando afirma que su personalidad literaria cabe buscarla en el periodismo.

Azorín adquirió en su producción periodística hasta 1906 el papel de defensor de las causas por los más desfavorecidos; un papel que desempeñó, no solamente sobre la explotación y opresión de los obreros, campesinos y labriegos (tal y como se ha detallado anteriormente), sino también sobre otras temáticas vinculadas

directamente con los derechos humanos y, por otro lado, con la libertad de la mujer. Esta protesta social, con la que Martínez Ruiz buscaba concienciar, alarmar e invitar a la reflexión a sus lectores, se produce a partir de su oposición a la pena de muerte (“La fiesta española”, de *La Federación*, 4 de marzo de 1900); la denuncia que lleva a cabo sobre la explotación infantil (“Avisos de este”, 16 de noviembre de 1897 en *El Progreso*), en el que incluso critica a los espectadores que asisten a estos espectáculos con menores porque financian estos montajes (20 de noviembre de 1897); y sobre la prostitución infantil (“Vidas sombrías”, 13 de enero de 1901 en *Progreso*). Además, cabe destacar en este sentido el perfil feminista de Azorín, en una defensa a ultranza de la mujer cuando reclama una mayor libertad e independencia para esta (“Noche de boda”, 13 de febrero de 1898 en *La Federación*; o “Una mujer. Fantasía”, 5 de diciembre de 1896 en *El País*); una educación igualitaria (“Crónica”, del 14 de febrero de 1897 en *El País*); y una posición justa y necesaria para la emancipación (“Feminismo”, 10 de febrero de 1898 en *El Progreso*; o “Belén Sárraga”, 23 de diciembre de 1900 en *Progreso*). De esta forma, Martínez Ruiz concede un papel protagonista a la mujer, que hasta ahora había sido relegado en una sociedad machista. Asimismo, en *La Campaña* y *El Progreso*, Martínez Ruiz respaldó campañas de captación de fondos para las familias de los presos anarquistas, e igualmente defendió a los presos anarquistas por su proceso judicial injusto y las terribles torturas que sufrían (lo que hay que entender como una denuncia que va más allá de la proliferación de sus ideas políticas más radicales, en su lado más solidario). Esta misma reivindicación de Martínez Ruiz con los más desfavorecidos fue una pauta habitual y corriente en su periodismo con los campesinos y obreros, como en *El Globo*, *El Imparcial*, *España* o *ABC*.

Aunque algunas de las piezas de Martínez Ruiz son difíciles de etiquetar bajo un mismo género, como las crónicas de *La ruta de Don Quijote* y *La Andalucía Trágica*, sí hay por el contrario una serie de construcciones originales con las que Martínez Ruiz envuelve sus artículos, y estas pueden considerarse como relato breve o pequeño cuento. Un sistema que Azorín emplea prácticamente desde sus inicios cuando quiere exponer la falsedad con que actúan los críticos literarios (“Ir por lana. (Pasillo en tres cuadros)”, de *La Correspondencia Alicantina*, 12 de junio de 1893), o bien la sumisión de la clase obrera (“Bocetos valencianos. Tiempos antiguos” de *El Pueblo*, 23 de octubre de 1896). Un mecanismo literario y ficcional del que era plenamente consciente Martínez Ruiz, ya que él mismo lo califica en alguna ocasión de “cuento” (lo hace en *Charivari* con “Una mujer. Fantasía”, del 5 de diciembre de 1896 en *El País*, en su defensa del amor libre). Otros relatos

similares, y que encajan en el género de cuento o relato breve, son “El Maestro” o “El amigo”, del 23 junio y 28 de julio de 1897, en *Nuevo Mundo*; “El Cristo Nuevo. Para Miguel de Unamuno”, del 5 de enero de 1898 en *La Campaña*, de París; o “El Cristo de la venerable Agreda. Otro símbolo”, del 14 de abril de 1900, en *Madrid Cómico*. Son todos ellos ejemplos que, entre otros muchos de la producción azoriniana, se ajustan a estos parámetros. Incluso algunos de estos, como “El fin del mundo”, del 18 de junio de 1901, en *Madrid* o “La Prehistoria”, 1 de febrero de 1905 en *España*, han sido integrados en antologías de ciencia ficción, con estudios introductorios en los que se alude a ellos no como artículos periodísticos sino como cuentos o relatos breves. Es más, otros escritos de Azorín, sobre todo los confeccionados a partir de las lecturas futuristas de Wells como “La casa, la calle y el camino”, del 12 de marzo de 1904 en *España*, en el que tienen cabida los transportes, la liberación de la mujer y la transformación de las ciudades, podrían catalogarse igualmente como de ciencia ficción dentro del formato del relato corto o cuento (puesto que, tras su lectura, se extrae una reflexión personal). En este sentido, como recurso para transformar el artículo periodístico en cuento o relato breve, Azorín hace uso en la historia-narración de numerosos diálogos de los personajes con los que encamina al lector a una moraleja (“Fantasías y devaneos. La tradición”, del 20 de junio de 1904 en *España*). Este esquema y estas características se repiten en otras cabeceras como las de *Blanco y Negro*, y en artículos como “Lo que lleva el rey Gaspar” (7 de enero de 1905), que cumple todas las condiciones de cuento de Navidad.

José Martínez Ruiz tiene 19 años cuando, el 9 de abril de 1892, en *La Monarquía*, de Alicante, escribe: “El estilo debe cuidarse tanto como el fondo; el escritor debe procurar que la frase sea limpia, correcta y armoniosa, si es que quiere sentar plaza de estilista”. El estilo es, pues, una preocupación primordial y preferente en la evolución periodística de Martínez Ruiz. “Suspiro por la transparencia de nuestros viejos autores”, anota el 22 de enero de 1897 en *El País*.

Azorín entendió el estilo como una marca personal que le podía distinguir del resto de reporteros, como un atractivo con el que captar la atención de los grandes empresarios de las hojas volanderas. De hecho, fue su estilo –de modernidad, innovación y frescura- lo que le catapultó a los altares del periodismo, a la misma cumbre, revolucionando un sector todavía renqueante con una prosa anquilosada de últimos del XIX.

“A pesar de la diversidad de actitudes anecdóticas, hay en toda su obra el sello vivido, impertérrito de su presencia, la marca de su lírica y profundidad

personalidad”, escribió Guillermo Díaz Plaja⁴⁶⁹. Y efectivamente, el estilo de Martínez Ruiz es plenamente reconocible desde sus inicios periodísticos, en toda su producción, aunque este, con el transcurso del tiempo, siga un natural progreso de perfección hasta ser un estilo absolutamente identificable con su mundo creador (sobre todo a partir de la primera firma de Azorín en *España* en 1904). Por todo ello, el resultado final de su prosa es tan claro y tan fácilmente entendible como dotado de originalidad y personalidad. Y, al igual que a cierto tipo de cine de marcados rasgos diferenciadores se le califica como “de autor”, para distinguirlo del séptimo arte más comercial y más corriente, podemos considerar el estilo que Azorín practica en los periódicos como “prosa de autor”.

La trayectoria biográfica de Azorín se puede reconstruir, sin duda, a través de las notas autobiográficas de sus libros y de su producción periodística (puesto que una está cosida a la otra, y esta investigación tiende precisamente a aunar ambas facetas, ya que hasta ahora biografías y otros ensayos –solo con contadas excepciones- habían trabajado por separado). Por ello, y de especial forma cuando inicia las colaboraciones en *El País*, podemos adentrarnos en la biografía de un periodista de provincias que, como él mismo confiesa, está dolido por la lucha terrible en las redacciones de Madrid y los sueldos miserables en ambientes tristes, lóbregos y repletos de dificultades. Así, recién aterrizado en la capital tras su paso por Valencia, Martínez Ruiz rechaza el amor (que es, para el joven periodista alicantino, un obstáculo más con el que alcanzar la gloria y la fama, un “suicidio intelectual”). En este sentido, y por medio de estas redacciones plagadas de pasajes autobiográficos, también se puede trazar sus contactos (citas a Pi y Margall, defensa y elogio de su profesor Pedro Dorado, catedrático de Salamanca) e incluso se pueden descubrir sus sueños y deseos por sus nuevas publicaciones (el libro *Paisajes que no vio la luz*, y que anuncia en *El País*, es uno de ellos). Martínez Ruiz atraviesa unos momentos especialmente delicados por la soledad, por los obstáculos y por la incapacidad, en estos iniciales instantes, por alcanzar un sueldo medianamente estable con el que vivir del oficio periodístico hasta el extremo de desear su suicidio como Larra (12 de diciembre de 1897, *El País*). En definitiva, para Martínez Ruiz, las hojas volanderas no solo eran su catapulta literaria, sino que también se había convertido en una especie de “diario íntimo”, de confesionario en el que volcar sus emociones y sentimientos, sus temores y miedos, en una trayectoria no exenta de dificultades a finales del XIX y principios del XX. Y esto es especialmente visible a su llegada a Madrid, en la prensa, aunque

⁴⁶⁹ Díaz Plaja, Guillermo (1941), “El primer Azorín II”, *Destino*, Barcelona, 22 de noviembre de 1941.

también es algo que, en menor medida, reflejó en libros como *Buscapiés*, *Charivari* o *Bohemia*, donde ya denuncia los desengaños que está sufriendo en el oficio periodístico.

Pero decíamos que estas señales biográficas que Martínez Ruiz va depositando en la prensa son mayores, y efectivamente esto es así en otras cabeceras como *Nuevo Mundo* o *El Motín*, cuando Martínez Ruiz relata que las ganancias del periodismo apenas le dan para pagar la pensión y, por otro lado, pasa hambre (se alimenta solo de pan, lo que origina algún leve desmayo). Con pseudónimo Weeper, en *La Federación* de Alicante, denuncia la situación que atraviesa, ya que “ánimicamente le despellejaban desde el periódico” en la campaña de desprestigio y difamación de Dicenta y De las Heras; y en *El Progreso*, describe la “mezquindad del hombre”, en su propósito y deseo por “conquistar un nombre, de ser algo”. La crisis existencial a partir de *Madrid Cómico*, el viraje del pensamiento político en *El Pueblo Vasco*, la transfiguración del “pequeño filósofo” en Azorín en *España*, el anhelo a su tierra natal, la nueva crisis en *ABC*... Solo las notas autobiográficas de Azorín en su producción periodística junto a la de sus libros (como *Diario de un enfermo*) configuran la total trayectoria biográfica-periodística de José Martínez Ruiz, Azorín.

Uno de los propósitos de Martínez Ruiz en su trayectoria periodística fue siempre salvar las colaboraciones, los artículos, de la vida efímera de las hojas volanderas. Se trataba, pues, de trasladar los artículos difundidos en prensa a una obra, a un libro, en el intento de superar la fugacidad de estos, salvándolos del paso irremediable del tiempo preservando así la calidad de los textos. Fue algo que intentó por todos los medios José Martínez Ruiz recogiendo parte de su producción y artículos en posteriores libros. Y así ocurrió por primera vez con *Charivari* (donde se inserta los artículos 13 y 20 de marzo de 1897 de *El Motín*), aunque lo mismo viene a repetirse poco después con *Bohemia*, donde buena parte de los capítulos que componían la obra ya se habían reproducido en forma de artículo de prensa en diarios como *El País*, *Nuevo Mundo*, *El Liberal* o *La Correspondencia Alicantina*. También otros tantos artículos de *La Federación* de Alicante y *El Progreso* vieron la luz en *Soledades* (1898). Estos casos no fueron en absoluto aislados, y circunstancias idénticas vienen a producirse con otras obras de renombre, ya bajo la firma de Azorín, como *Los Pueblos* y *La Andalucía Trágica* (1905), entre capítulos que ya habían sido introducidos previamente en las cabeceras de *España*, *El Imparcial*, *El Pueblo Vasco* o *ABC*. Aunque, sin duda, el caso más conocido y clarividente fue el de *La ruta de Don Quijote* (1905), cuando los escritos y reportajes confeccionados para el periódico de Ortega y Munilla fueron incorporados, muy

poco después, en una obra que depararía algunas de las mejores páginas literarias y periodísticas azorinianas. Otros casos fueron los artículos de *Revista Nueva* (en *La Voluntad*); *El Globo* (en *Antonio Azorín*); o *La Lectura* (en *Las confesiones de un pequeño filósofo*).

Una práctica muy habitual en el ejercicio periodístico es la publicación de un mismo artículo en distintos medios de comunicación. En este sentido, lo cierto es que la propiedad intelectual de los artículos de un autor era una quimera a finales del XIX. Especialmente en tiempos donde los sueldos periodísticos eran miserables, y donde el oficio de la prensa no era ni mucho menos protegido por empresarios o el gremio de reporteros. Así y todo, los escritos de los articulistas solían plasmarse y difundirse de un lado a otro sin exclusividad ni remuneración extra que valgan. Y este fue un fenómeno frecuente en la mayoría de autores e intelectuales de la época y, cómo no, también lo fue para José Martínez Ruiz. Por eso, con su permiso o no, puede decirse que muchos de sus artículos tuvieron una “segunda vida” al verse publicados y reflejados nuevamente en otras cabeceras tras aparecer el original. Así, Martínez Ruiz presenta artículos que van a parar y publicarse en distintos medios y en distintas fechas (lo hace prácticamente desde el inicio de su carrera, cuando la serie de *La Monarquía*, de Alicante, ve la luz en *La España Artística*, de Madrid). De este modo, unas veces el artículo se reproduce íntegro, sin cambio alguno (“La muerte de un Dios” de *Las Bellas Artes*, de Valencia, el 2 de febrero de 1895, se publica idéntico en *La Idea Libre*, de Madrid, el 9 de marzo de 1895). Otras, sí se modifica el título, pero no el contenido (“Bocetos independientes. La limosna” de *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, se publica el 25 de octubre de 1896 y, en *Ciencia Social*, de enero de 1897, lo hace bajo el título de “Apuntes”). Y, finalmente, hay una tercera vía, en la que el artículo se rebota de una cabecera a otra con contenidos prácticamente iguales con solo unos añadidos (“Bocetos valencianos. Mi cardenal”, de *El Pueblo*, del 17 de octubre de 1896, tuvo continuidad en *El País* -28 de diciembre de 1896- y *El Motín* -23 de enero de 1897- con algunos pasajes nuevos).

En este sentido, por mediación de Martínez Ruiz o no, decíamos, muchos de sus artículos en la prensa de Madrid también fueron rescatados por la prensa provincial alicantina que ya seguía su rastro en Valencia y Madrid. Así ocurre con *La Correspondencia de Alicante*, que el 9 de enero de 1897 publica “Boceto. Envidia”, que ya vio la luz el 7 de enero de 1897 en *El País*. Y en *El Liberal*, de Alicante, con “Una mujer”, que se publica el 30 de mayo de 1897 cuando antes, el 5 de diciembre de 1896, lo hizo en *El País*. De toda su producción, el más citado y reproducido fue “El Cristo Nuevo”, que se publicó en *La Federación* de Alicante, el

23 de enero de 1898; *La Campaña* de París, el 5 de enero de 1898; en *Don Quijote*, el 15 de noviembre de 1901, y *El Porvenir del Obrero*, el 8 de febrero de 1902.

Sea como fuere, lo cierto es que con este sistema se han podido recuperar artículos de Martínez Ruiz que fueron publicados en épocas posteriores, aunque el original no se haya localizado (como en “El socialismo anarquista”, 1 de junio de 1906, en *La Región Vasca*),

La obra periodística de Azorín es la más importante. Compuesta por más de 5.500 artículos, según cálculos del profesor E. Inman Fox, solo una parte de esta producción está recopilada en libros por investigadores y autores conocedores de la obra azoriniana como José García Mercadal, Ángel Cruz Rueda, Santiago Riopérez o Verónica Zumárraga, entre otros. Sin embargo, numerosos escritos en las hojas volanderas todavía permanecen ocultos en hemerotecas. En este sentido, la actual investigación ha venido a aportar el rescate de muchos de estos artículos de la producción periodística de José Martínez Ruiz que permanecían olvidados y perdidos en su enorme legado periodístico. Para ello, nos hemos servido principalmente de las nuevas tecnologías (buena parte de los diarios en los que trabajó están digitalizados) para consultar, escudriñar y analizar con detenimiento estas cabeceras donde se han localizado algunos de estos artículos (como las colaboraciones en *La España Artística*, de 1892; así como otras dispersas en *El Alicantino*, 1892; *La Correspondencia Alicantina*, 1893; *Las Bellas Artes*, 1895; *El Pueblo*, 1896; *La idea libre*, 1896; *El País*, 1896 y 1897; *Ciencia Social*, 1897; *La Correspondencia de Alicante*, 1897; *El Motín*, 1897; *El Liberal*, 1897; *La Federación*, 1897; *La Campaña*, 1898; *Don Quijote*, 1900; *Mercurio*, 1900; *Historia Contemporánea*, 1902; *El Heraldo de Madrid*, 1902; *El Globo*, 1903; *El Porvenir del Obrero*, 1902 y 1905; *El Pueblo Vasco*, 1904 o *ABC*, 1905, entre otros). Esta contribución a los estudios azorinianos, detalladas en el anexo I y II, también ha corregido errores en títulos y fechas anotadas por E. Inman Fox en su obra de referencia, *Azorín: guía de la obra completa*. Es más, a partir de esta investigación, y a diferencia de lo que se pensaba hasta ahora, José Martínez Ruiz escribió mucho antes del 20 de marzo de 1892 en el *Defensor de Yecla*, que fue el artículo inicial que marcaba la producción periodística azoriniana a través de la guía de Fox. Primero, con los escritos de *El Activo* de Villena y *El Liberal* de Dénia, de julio y diciembre de 1891, pero ahora también sabemos que Martínez Ruiz debió de colaborar y trabajar para *El Eco de Monóvar*, de lo que tenemos constancia por la nota que hace alusión a su desvinculación laboral en *La España Artística*, de Madrid, el 16 de agosto de 1892. También, con “Historia contemporánea”, de febrero de 1902, se ha recuperado un testimonio fundamental de “Los Tres”, puesto

que en esta “hoja-folleto” que enviaron a *El Correo Español* (que lo publicó desfragmentado e incompleto), ha sido posible reconstruir la campaña contra el juego en Málaga con valiosos testimonios y cartas de Unamuno o Antonio Maura; incluso se han rescatado artículos hasta ahora desconocidos e inéditos.

La producción periodística de Azorín mide la audiencia y los lectores a los que se dirige en distintas cabeceras. Por eso, en *Las Noticias* de Barcelona, reivindica a autores de Cataluña y provincias que no son atendidos en Madrid, porque la única literatura que reina en la prensa de la capital es la “madrileña”. Críticas que, igualmente, el alicantino extrapola a la sociedad y el comercio de Madrid (lo que sería impensable e inviable al revés). De esta forma, en *Diario de Barcelona*, trabaja “El retablo parlamentario” a partir de informaciones que, en Madrid, desde su trabajo en *ABC*, puedan aportar nuevos puntos de vista extra para sus lectores en Cataluña, por lo que reelabora estas informaciones y, por otro lado, deja de lado el asunto de la Ley de Jurisdicciones (puesto que está siendo sobreexplotado por la prensa catalana). También esta diferencia de públicos a los que se dirige Azorín es patente en los textos que elabora para *Blanco y Negro* (mujeres y niños de clase alta) con los de *España* y *ABC* (de corte más intelectual). Incluso, consciente de los nuevos formatos en las lecturas estivales, Azorín no duda en confeccionar artículos más cortos para los públicos de *El Pueblo Vasco*.

El periodismo de Azorín es también un periodismo de viajes. De hecho, para el reportero alicantino, viajar es condición imprescindible para conocer la realidad del país, lo que explica sus constantes escapadas para adentrarse en los pueblos y en el corazón de España, en unos viajes que iban encaminados a retratar la actualidad (como en Barcelona para tomar el pulso de los acontecimientos en el conflicto soberanista con la Ley de Jurisdicciones a debate, o las estancias en París y Londres del monarca en el “Viaje regio”); o a denunciar la situación de pobreza y abandono de ciertas regiones (*La Andalucía Trágica* en *El Imparcial*); y, por supuesto, están aquellas salidas propias de la ensoñación y la sensibilidad, el suscitar emociones a partir de la experiencia vivida, como las del “Veraneo sentimental” de *España* y *ABC* (“tal vez el vagar a la ventura por el laberinto de las calles es el mayor placer del viajero”, anota el 10 de agosto de 1904).

En este sentido, cabe destacar la importancia que tiene para Azorín viajar a provincias, de lo que hace especial hincapié en *El Globo*. Por ello, no duda en criticar abiertamente una prensa que se centra excesivamente en Madrid y no informa suficientemente de lo que ocurre en provincias, en los pueblos. Una denuncia que realiza constantemente en su articulismo. “¿Es que realmente no pasa nada más en las provincias españolas?”, se pregunta en “Nuestra prensa”, del

28 de diciembre de 1902, y con el que viene a demandar una reacción. Esta reivindicación continúa en “Notas sobre la España vieja” (del 7, 8 y 19 de febrero de 1903, en *El Globo*) ante la necesidad de conocer las tierras de provincias que los políticos se niegan a visitar, para palpar la realidad del país. Eso explica “El retablo parlamentario” del 30 de enero de 1906 en *Diario de Barcelona*, con el que Azorín imagina el viaje de un exministro por distintos pueblos de España averiguando qué ocurre allí en conversaciones con la base social, es decir, con el panadero o el agricultor.

Viajar es, pues, para el periodista alicantino un paso fundamental, indispensable y necesario para el avance de la sociedad. Tema en el que incide Azorín en *España* a partir de las lecturas de Wells, como en la serie de artículos del doctor Dekker (6, 9, 13 y 15 de mayo de 1904), el personaje ficticio en el que se apoya el alicantino para explicar el retraso y la triste realidad del país. Incluso en *ABC*, el 27 de noviembre de 1905, recurre a la importancia de los viajes por medio de la ironía: “¿Para qué te vas a molestar, joven amigo, marchando como un azacán de un lado para otro, por llanos y montañas? Unas cuantas hipérboles te bastarán para conseguir el resultado apetecido”. Viajar es, en este sentido, de una importancia capital en la regeneración de la política y del país para Azorín: “Un país no se conoce por los libros, por los periódicos y por las estadísticas oficiales. Será menester viajar por él detenidamente”, escribe el 28 de noviembre de 1906 en *ABC* (“Impresiones parlamentarias. El primer campeón”).

De esta forma, junto a uno de sus grandes libros y crónicas de viajes, *La ruta de Don Quijote*, Azorín no deja de insistir en toda su producción sobre este aspecto ya que, para el alicantino, los viajes registran “lo bueno del mundo”. Es más, para el alicantino, viajar es una vía directa con que eliminar prejuicios cristalizados en la persona (“La casa, la calle y el camino”, 12 de marzo de 1904 en *España*), e incluso no deja de insistir sobre esta misma cuestión en sus menciones a la clase política, puesto que viajar a los pueblos es el método idóneo con que adentrarse en la realidad del país (“Castillos en España. Epílogo al señor Cobos”, del 14 de enero de 1905 en *España*).

En definitiva, la simbología que rodea a la cuestión de provincias es fundamental en el periodismo de Azorín ya que, junto a todas estas menciones, el alicantino no olvida su tierra, Alicante y Monóvar, a la que alude en numerosas referencias, puesto que para él es el lugar de descanso, el balón de oxígeno ante el oficio periodístico que desempeña en Madrid.

Azorín es un periodista al servicio del lector. Prueba de ello es su propósito siempre de ayudar al lector en la comprensión de los textos, agregando notas

culturales o referencias bibliográficas para matizar cuestiones (“Impresiones parlamentarias. El problema”, 6 de febrero de 1906 en *ABC*), o bien separando lo bueno de lo malo, lo repetido de lo novedoso en la crónica parlamentaria (“Impresiones parlamentarias. El estampillado”, del 26 de enero de 1906 en *ABC*). De hecho, cabe resaltar muy especialmente las llamadas constantes al lector en los textos, tratando de captar su atención, de personificar e implicarle en su lectura, con el propósito de no decaer en su interés. Por ello, Azorín no se ciñe exclusivamente a la labor informativa de la actividad política en el Parlamento, y aborda cuestiones que invitan a pensar al lector (7 de noviembre, “Impresiones parlamentarias. El tercer entorchado”, 23 de marzo de 1906 en *ABC*). Incluso, con el objetivo de dar vivacidad al texto, y mantener atrapado al lector, Azorín redacta algunos de estos artículos en primera persona (que también combina con la tercera) con la clara intención de aproximarle al lugar de los hechos, de personificar y reavivar estos textos escritos a miles de kilómetros de distancia. Es un recurso que se detecta con frecuencia en sus crónicas de “El viaje regio” en *ABC*: “El Rey ha parecido ya con su cortejo; desde una bocacalle de París, yo contemplo su paso”, señala el 4 de junio de 1905. Son notas de realidad con las que aporta vivacidad a los acontecimientos, así el “yo”, la primera persona, se reproduce en numerosos pasajes de las crónicas: “Yo he ido hoy al sitio donde cayó la bomba”, (2 de junio); “Yo no puedo dar por telégrafo, bien que no escatime ni admiraciones, ni adjetivos”, (5 de junio); “Yo sólo podría añadir que durante la Misa, aparte de lo contado, el Rey solo ha hecho ademán de arreglarse el nítido cuello de la camisa”, (7 de junio); “Yo he perdido la cuenta de los papeles que se han leído en este acto y de las veces que han tocado las tremendas y pertinaces trompetas”, (8 de junio); “Yo no entiendo nada; la viejecita está emocionada, temblorosa”, (10 de junio); “Yo no sé lo que hay en definitiva en este delicadísimo asunto de los amores regios”, (11 de junio). A los periodistas no se les exige exclusivamente informar bien, sino también mantener “enganchados”, “atrapados” o “enfrascados” al lector hasta el final del texto, especialmente si se trata de un género más abierto o permisivo literariamente como la crónica, el artículo o el reportaje. Y esa clave la asumió absolutamente Azorín en su producción periodística, como cuando suscita expectación o polémica (como las de Argamasilla y El Toboso en *La ruta de Don Quijote*) en un “yo” periodístico al que recurre en toda su trayectoria, desde *El País* a *Diario de Barcelona*.

Azorín declara en distintos pasajes de su producción periodística su miedo a la fama póstuma, al destino, al futuro, al *qué será* de su legado con los años y el inexorable transcurso del tiempo. En “Epílogo 1960” (de *Los pueblos*, que vio la luz

en *España* el 17 de septiembre de 1904), Azorín reproduce el diálogo de cuatro amigos que discuten sobre si el reportero alicantino escribió un libro en prosa o en verso con una fecha del fin de su vida (1960) que Azorín no imaginaba que sobrepasaría en siete años. Un texto en el que aborda el destino, el misterio del mañana, y que también es especialmente clarividente en el capítulo “Ya es tarde”, de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, cuando indica que “yo os digo que esta idea de que siempre es tarde es la idea fundamental de mi vida; no sonriáis”. Martínez Ruiz alude con cierta obsesión a esta misma cuestión en otros artículos como en *La ruta de Don Quijote*, cuando se pregunta si “las andanzas, desventuras, calamidades y adversidades de este cronista es posible que lleguen algún día a ser famosas en la historia”, o bien cuando hace patente la popularidad que están alcanzando sus artículos en *España* (“Conjuración de señoras. La celebridad”, 13 de febrero de 1905). De hecho, esta lucha por volverse famoso se detecta el comienzo de su producción, como en *Buscapiés*, en las notas autobiográficas en las que recalca que “estaba hambriento de gloria; quería que su nombre fuese famoso”. Recordemos en este sentido sus aspiraciones, su trabajo infatigable, cuando Martínez Ruiz veía en el amor un “suicidio intelectual”, un obstáculo con el que alcanzar la fama. Es más, su preocupación es tal que no duda en promocionar él mismo sus libros en distintas cabeceras, o incluso difundir sus polémicas y casos más conocidos (como el de *Electra*) en Barcelona cuando, en *Las Noticias*, insiste en que este es un “triunfo mío periodístico” (23 de junio de 1901). “¿Dónde está la gloria soñada?”, se cuestiona Martínez Ruiz en *Diario de un enfermo* en unas reflexiones que también conectan con su oficio periodístico (de ahí, además, su preocupación constante sobre las condiciones de mezquindad con las que se trabaja), en una profesión donde cabe entregarlo todo cuando el público “tornadizo” y “voluble” no recompensa con nada. “El público, el tornadizo, voluble, ingrato público, no se acordará de ellos, no, a los seis meses de dejar de escribir en un periódico influyente”, escribe Martínez Ruiz el 23 de junio de 1901 en *Las Noticias*, en “El patio de Monipodio”. Estas divagaciones se reflejan además en *La voluntad*, en *Antonio Azorín* (“en provincias no se puede conquistar la fama”).

Así, en *ABC*, el 21 de marzo de 1906, “Impresiones parlamentarias. La clausura”, aflora el miedo al olvido, al futuro, al tiempo... con vinculaciones a “La fama póstuma” de *Los pueblos*: “‘Dentro de cuarenta años no se acordará nadie de Romanones, ni de mí, y menos de usted’. Ha dicho esta frase el Sr. Nido con una profunda naturalidad; jamás hemos oído nosotros unas palabras que nos hayan afectado tanto. Dentro de cuarenta años no se acordará nadie del Sr. Nido y menos de quien escribe estas pobres líneas”. Asimismo, afirma el 6 de marzo de 1906 en

ABC: “La regla general es ésta: cuanta más fama tenga un autor en vida, tanto menos tendrá en los siglos venideros”.

Junto a la inspiración libresca, de la que se alimenta en numerosas ocasiones Azorín en su trayectoria periodística, tal y como hemos desgranado en su trabajo como crítico literario, la inspiración pictórica es otro elemento frecuente en su periodismo. Y precisamente de esta inspiración pictórica se nutre parte de su articulismo en *Blanco y Negro* y, en este sentido, cabe destacar el papel del alicantino en la reivindicación, en el descubrimiento de un pintor entonces denostado y olvidado como El Greco (que también motiva nuevos artículos como “El Museo. Una sala para El Greco”, en *La Correspondencia de España*, 18 de diciembre de 1901). De este modo, la pintura (como los museos) suscita en Azorín escritos de reflexión como “La crueldad española”, 28 de enero de 1903 en *El Globo*, sobre la exposición pictórica de 1899; o bien sobre la dirección del Museo del Prado (“En el Museo”, 31 de enero de 1903 en *El Globo*) en un tema que repite en *España* (“En el museo. Las fantasías del señor Villegas”, del 10 de enero de 1905).

En el diario de Troyano, en este sentido, Azorín se fija en los *Caprichos* de Goya para trabajar “Siluetas de Urberuaga. La masa” (30 de julio de 1904); en la pintura de Velázquez para “Gloriosas tradiciones. El arte nacional” (28 de diciembre de 1904) y, otras veces, alude a la tarea de la nombrada Comisión para la expurgación del Museo Español de Arte Moderno, a la que Azorín felicita por su buen trabajo (“En el otro museo. La hora de todos y la fortuna con seso”, del 11 de enero de 1905). En sus artículos para *El Imparcial*, con *La ruta de Don Quijote*, Azorín compara a los distintos personajes que entrevista con las “figuras de Goya” (capítulo II), Rembrandt (capítulo XI) o El Greco. En *Blanco y Negro*, abre una temática pictórica en relatos como “Don José Nieto” (11 de noviembre de 1905), en el que cobra vida el personaje inmortalizado en el cuadro de *La Meninas*; o con “Los amigos del museo. Un elegante” (25 de noviembre de 1905), sobre un cuadro de Goya. En ABC, son varios los ejemplos como “En el Museo”, 18 de septiembre de 1905, donde hace referencia otra vez a la colocación idónea y natural de los cuadros en el Museo del Prado. En *La Correspondencia de España*, el 18 de diciembre de 1901, en “El Museo. Una sala para El Greco”, solicita una sala expresa para el pintor toledano, y en “Mujeres” (25 de marzo de 1906 en ABC) analiza la muestra pictórica del Círculo de Bellas Artes de Madrid, con obras de Goya, Rafael o Ricardo Baroja. La pintura, pues, como los libros, son fuente de inspiración en Azorín en el oficio periodístico.

En su producción periodística, Azorín muestra una fijación especial por Cataluña. Es, como ocurría con la literatura francesa, una constante en su articulismo, puesto que Azorín exhibió en su producción periodística una admiración frecuente, con continuidad en sus artículos, hacia Cataluña. De hecho, José Martínez Ruiz se confiesa en las hojas volanderas (sobre todo en *El Progreso*) seguidor de la Cataluña modernista, con palabras de elogio hacia escritores como Ignacio Iglesias, Maragall, Pompeyo Gener o Felip Cortiella, al tiempo que mantiene otras polémicas (discusiones en torno a la literatura o fenómenos literarios) con Pedro Corominas o Tullio Hermill (Juan Pérez Jorba). Incluso, el periodista alicantino no cesa de aludir a las nuevas publicaciones que ven la luz en Cataluña (*Catalonia*, entre ellas) o bien establece diferencias con Madrid-Barcelona, paralelismos, análisis, controversia, debate con el que suscitar reacciones, mejoras en la sociedad. Aunque este mismo debate también lo traslada el alicantino a otra doble vertiente, Castilla-Cataluña, donde el alicantino se muestra igualmente crítico, excesivamente crítico, ante el progreso y retraso de una a otra parte de España. “Cada vez admiro más a Cataluña. No se mide la cultura de un pueblo, de una época, por sus hombres eminentes, por el número de sus gentes de ciencias, en las artes, en las letras; se mide por la masa, por el ‘pueblo’, por la clase que trabaja y produce”, señala el alicantino el 19 de marzo de 1898 en páginas de *El Progreso*, quien tampoco deja atrás a Castilla cuando reconoce que “el obrero castellano no llega, ni con mucho, al nivel intelectual catalán”.

Estas mismas anotaciones de Martínez Ruiz sobre Cataluña se localizan con facilidad en otras muchas cabeceras en su trayectoria, sin olvidar el interés que siempre tuvo el periodista alicantino por trabajar e influir en la opinión pública catalana cuando publicaba para *Las Noticias*, de Barcelona. Es más, ya en *La Campaña*, en “Charivari. En casa de Iglesias”, del 5 de marzo de 1898, realiza una defensa total de Ignacio Iglesias, autor de Barcelona, y sobre su obra *Fructidor*, que estaba escrita en catalán, lo que indica que a Martínez Ruiz le interesan vivamente lo que se está publicando en Cataluña y en lengua catalana (Azorín leía sin problemas el valenciano, ya que su madre, de Petrer, lo hablaba). Martínez Ruiz adelanta en *El Progreso* (3 de marzo de 1898) algunas de las ideas que esboza en *La Campaña* cuando elogia a Cataluña por su interesante movimiento intelectual y literario, en el que se leen antes que en ningún sitio las más importantes novedades y traducciones literarias, al tiempo que critica el ambiente retraído de Madrid. “Hay en Cataluña lo que aquí falta: perseverancia, laboriosidad, tesón en el estudio, ansia de conocer”. Además, Martínez Ruiz era plenamente consciente de la importancia de hacer llegar su articulismo a Cataluña, de ahí su interés por publicar

en *Las Noticias*, con diferenciación de temas y públicos a los que elaboraba para las cabeceras de Madrid (dándose publicidad con el “triunfo” de la polémica de la *Electra* galdosiana). Eso explica que, en “Las circunstancias” (del 22 de mayo de 1901, en *Las Noticias*), el periodista alicantino critique duramente a una “literatura madrileña” que no se abre a provincias, puesto que no atiende a lo que se escribe más allá de Madrid. Además, aprovechando que publica para un diario catalán, se dirige a su amigo Joan Maragall (con quien ha mantenido una relación epistolar), asegurando que es la primera prosa de España. Para Azorín, Cataluña era una tierra “viva y próspera” (19 de marzo de 1900, *Madrid Cómic*), e incluso defendió la lengua catalana o la sensibilidad hacia su cultura y pueblo en *El Globo* (29 y 30 de noviembre de 1902, “Vida parlamentaria. Sigue el ameno torneo” y “Vida parlamentaria. Los catalanes”; y 2 de diciembre de 1902, “Vida parlamentaria”). En *ABC*, el asunto no iba a ser menor. Además de las apariciones en su articulismo sobre la controversia sobre la colocación de los carteles teatrales en catalán (23 de enero de 1906, “Impresiones parlamentarias. El torete de la tarde”), o la obra *Solitud* de Catalina Albert (27 de abril de 1906), en el diario de Luca de Tena adquirió una gran importancia el conflicto soberanista ante la resolución de la Ley de Jurisdicciones. En este sentido, Azorín viajó expresamente a Barcelona para captar la esencia de una tensión política que, en sus crónicas, resolvió no solamente reduciendo el tema a entrevistas políticas sino también ampliando estas a personalidades de índole cultural y social. Azorín, por tanto, meditó y preparó bien todos estos encuentros, no dejando nada al azar, y junto a los dirigentes Jaume Carner y Lerroux también se vio con el arquitecto Puig y Cadafalch y periodistas como Miguel Oliver, del *Diario de Barcelona*; Roca y Roca, de *La Campana Gracia* y *La Esquella de la Torratxa*; Corominas, de *La publicidad*; y Prat de la Riba, de *La Veu de Catalunya*, con los que se aseguraba una difusión de sus textos en Cataluña, puesto que el objetivo de Martínez Ruiz no era que sus crónicas se leyeran exclusivamente en Madrid desde *ABC*. Deseaba, pues, Martínez Ruiz, que sus artículos también tuvieran repercusión en Barcelona y alrededores, a juzgar por las apariciones en la prensa catalana que se han comprobado en esta investigación. Prueba además de la atención a Cataluña por parte de Azorín es “El retablo parlamentario” de *Diario de Barcelona*, en el que ahonda en temas de Madrid que podían interesar a la audiencia catalana.

Azorín estuvo comprometido por causas sociales y contra la pena de muerte, pero además su compromiso también fue intelectual en campañas que movilizaron a otros muchos escritores y pensadores de su tiempo. De hecho, la primera causa de la que hay constancia en que interviene Martínez Ruiz es en junio de 1891 en

defensa del periodista Francisco de Asís García Peláez, condenado y enviado a prisión en Santander como autor del asesinato del concejal Manuel Loring, hermano político del entonces ministro de Gobernación, Francisco Silvela. La escasa claridad de los hechos, nunca del todo demostrados, despertó un frente común que desembocó en la publicación de un monográfico en el que Martínez Ruiz –entre otros muchos- colaboró con el artículo “A Manuel y Luis García Peláez”. La publicación fue anunciada en distintas cabeceras como *El Globo*, *El País* o *El Progreso*. Este compromiso intelectual, en campañas junto a otros pensadores, movilizó en similares circunstancias al grupo de “Los Tres” (Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu) en la contienda contra el juego en Málaga. Un caso, reconstruido a través del manifiesto “Historia contemporánea”, que llama la atención por ser un caso de provincias que “Los Tres” extrapolan en un debate en el ámbito nacional (al lograr que la noticia y escándalo se difundiera en cabeceras con tirada nacional) ante el silencio que estaba envolviendo al mismo: el encarcelamiento de Fernández de la Somera, redactor de *El Noticiero Malagueño*, tras denunciar la protección dispensada al juego para beneficio del gobernador civil Cristino Martos y el cacique Adolfo Suárez. Asimismo, Martínez Ruiz promovió “La protesta” contra Echegaray (febrero de 1905 en *España*) con la que se oponía al Premio Nobel otorgado al dramaturgo madrileño.

El periodista alicantino no se ve representado en la literatura de Echegaray, y para desprestigiarle explica el motivo por el que le concedieron el famoso galardón (puesto que se lo retiraron al poeta Carducci por la carga amoral y atea de su obra titulada *A Satanás*, que chocaba con los ideales de concordia y moralidad del Nobel, recayendo el premio así en Echegaray). Después de varios artículos y acometidas de Azorín, “La Protesta” se transformó en una campaña intelectual que respaldaron otros pensadores como Unamuno, Valle-Inclán, Maeztu o Machado, aunque otros tantos se distanciaron de ella o bien matizaron su adhesión. El debate se trasladó en la prensa con “respuestas” de la “gente vieja”, con Galdós o Valera entre ellos, en una controversia que, desde la iniciativa de Azorín, aunó a un importante conjunto de intelectuales que querían imponer su voz y rebeldía. Por su parte, la crisis de Gobierno de Villaverde originó la llegada al poder de los liberales en junio de 1905 con Montero Ríos. Pero la formación de este Gobierno (con Echegaray entre ellos, a sus 73 años) decepcionó a la élite intelectual del país, puesto que estos nuevos mandatarios políticos avivaban los fantasmas del pasado (como Weyler, símbolo del militarismo fracasado en Cuba). Esto motivó la queja generalizada de una intelectualidad que iba a gritar al unísono su oposición. Así pues, esto derivó en la reacción de los intelectuales. De este modo, el suelto de *El*

País con título “Los intelectuales en campaña”, que también resalta la protesta de “Los Tres” iniciada por Azorín contra el Gobierno de Málaga por la aprobación de la prostitución, se opone a este Gobierno con numerosas firmas y, entre ellas, las del alicantino en este nuevo frente intelectual (28 de junio de 1905). Azorín justificaba su adhesión en *ABC* con “Oráculo manual. Intelectuales y políticos” (29 de junio de 1905): “Un tedio se ha ido cristalizando a lo largo de un siglo hacia la obra y las ideas de los políticos; un ansia de renovación late en todo el país. Y este tedio y esta ansia es lo que los intelectuales de hoy expresan en unas breves líneas”. Igualmente, Martínez Ruiz se vio envuelto en otras polémicas intelectuales como la de *Electra*, e incluso participó y reclamó apoyos para autores olvidados como Mariano de Larra, primero en *El Progreso*, 25 de enero de 1898, y después con la posterior lectura del manifiesto (capítulo IX de la segunda parte de *La voluntad*) junto a su tumba el 13 de febrero de 1901 con presencia de los hermanos Baroja entre otros. El 10 de noviembre de 1905, *La Correspondencia de España* difunde la adhesión de Azorín al homenaje que se le dispensa a Navarro Ledesma en el Ateneo de Madrid (puesto que fue su presidente), lo que se suma al dolor de su pérdida cuando le dedica un artículo el 22 de septiembre de 1905 en *ABC*. También, en estas idas y venidas de las campañas intelectuales de Azorín, cabe resaltar la promovida con motivo de la Ley de Jurisdicciones al organizar, junto al diputado catalán Emilio Junoy, una conferencia de Miguel de Unamuno en oposición a esta. Para ello, Azorín y Junoy movilizaron a público y élites en esta ponencia que el periodista alicantino se encarga de suscitar expectación con “Impresiones parlamentarias. El maestro” (25 de febrero de 1906 en *ABC*) cuando Unamuno llega a Madrid. Unas 3.000 personas abarrotaron el teatro con presencia de destacados pensadores como Emilia Pardo Bazán, Mariano de Cavia o Giner de los Ríos.

Propio además de este compromiso intelectual, es el compromiso que mantiene Martínez Ruiz en toda su producción periodística con la juventud. Por ello, el periodista alicantino reclama a los jóvenes que actúen, que se involucren con la sociedad y su tiempo, a ser posible evitando el mal de la política (*El Productor*, 1 de octubre de 1896). Su preocupación es, sin duda, notable, como cuando en *El Motín* reclama a Ruiz Contreras, que está meditando publicar una revista, que esta sea de “jóvenes, independiente, batalladora” (20 de marzo de 1897). Precisamente Martínez Ruiz veía en la “vieja literatura” un obstáculo, un frenazo para los jóvenes escritores que están llegando al panorama literario como exhibe en “El Maestro”, publicado en *Nuevo Mundo* (23 de junio de 1897) y *Bohemia*. En *El Progreso* (18 de noviembre de 1897), pide jóvenes para el teatro, puesto que esta “vale tanto como

la vejez gloriosa” de María Guerrero. También en el diario de Lerroux (15 de enero de 1898) promueve a Larra con la escenificación de sus obras, lo que identifica con “una fiesta de la juventud”.

En la revista *Juventud*, Martínez Ruiz arremete contra una sociedad que apaga el espíritu de los jóvenes literarios (10 de noviembre de 1901), al tiempo que incide nuevamente con Larra el 2 de marzo de 1902: “Larra es de la juventud, no de los viejos que no han traído al arte aires de generosidad y de justicia. Y la juventud sabrá honrar al más genial, desinteresado e idealista escritor de nuestro siglo XIX”. Por su parte, el grupo de “Los Tres”, en su manifiesto de “Historia contemporánea” en la campaña contra el juego en Málaga, recuerda que nace para levantar “la juventud española, ansiosa de renuevo, una fecunda resurrección de las dormidas energías”. Este mismo discurso y reivindicación de Martínez Ruiz persiste en *El Globo* (“La Tierra”, “Los tranvías eléctricos”, del 24 de enero de 1903 y 27 de febrero de 1903) con críticas además al teatro de Echegaray (“Un homenaje”, 14 de mayo de 1903), puesto que su teatro “no simboliza nada íntimamente nuestro”. Este ataque a la “vieja literatura” y la “gente vieja” es objeto de nuevas críticas de Martínez Ruiz en *Alma española*, con “Echegaray y el espejo” (13 de diciembre de 1903), y en “Somos iconoclastas” (10 de enero de 1904), cuando reivindica los escritores que están por venir y que requieren un hueco en el panorama literario (con elogios a Ortega Munilla que sí atiende a esta juventud, y desprecios a la RAE que no se interesa por las publicaciones de los jóvenes). En *España*, Azorín promueve “La protesta” (febrero de 1905), en la que el periodista alicantino se desmarca nuevamente de las posiciones de otros rotativos como *El Imparcial* que celebran el homenaje a Echegaray por el Premio Nobel, recordando que su obra no está en sintonía con la juventud ya que se produjo en un momento anterior al 98, cuando la inconsciencia, la irreflexión, el lirismo, la exaltación y “un estado que es en el que han vivido ideas y hombres que nos han llevado a la ruina”.

Una juventud que, por su parte, Azorín siente que se marchita en *España* (“Fantasías y devaneos. La filosofía de Pío Baroja”, “Segundo curso abreviado de pequeña filosofía”, “Fantasías y devaneos. Un filósofo”, o “Vidas imaginarias. En la universidad”) en un síntoma de debilitamiento, de camino ya a la madurez, que también refleja en *ABC*: “La arena. El poeta en la noche” (“los entusiasmos y las ilusiones de la juventud han desaparecido”); “Impresiones parlamentarias. Figuras del retablo” (“las ilusiones de la juventud se han disipado”); o “Las fiestas en el campo” (“Pero la vida va pasando; muchas ilusiones de la juventud desaparecen”).

En resumen, Azorín aporta al periodismo un estilo renovador con el que crea una marca propia, una distinción, una personalidad en el ejercicio de la profesión

que rompe con la prosa anquilosada de otros tiempos. Y, a su vez, trabaja nuevos contenidos ante una prensa entonces excesivamente partidista y politizada.

Además, el periodismo de Azorín resalta por un tratamiento informativo original en los enfoques, por la amplitud de prismas abordados sobre una misma noticia. Para ello, introduce la nota personal del “yo”, que combina otras veces con la tercera persona, en textos caracterizados por el ritmo y la ausencia de erudiciones que entorpecieran la lectura.

Asimismo, Azorín entendió que es posible concebir el periodismo a partir y dentro de la literatura sin alterar los principios fundamentales del oficio, lo que explica la aplicación de novedosas técnicas literarias en la confección de crónicas como en *La ruta de Don Quijote* o *La Andalucía Trágica*, adelantándose al modelo que acuñó años después Tom Wolfe, el Nuevo Periodismo.

Es más, Azorín insistió en el papel primordial de las hojas volanderas como soporte del devenir cultural de una época, sobre todo en la elaboración de críticas y reseñas de escritores como Unamuno o Baroja (actualidad de libros, también del panorama literario francés o catalán), a los que se desatendía o bien ignoraba para dar cabida a otras cuestiones políticas superfluas.

Incluso, en este sentido, el reportero alicantino apostó por un periodismo cultural y didáctico en la difusión de los clásicos, el teatro, la pintura, el paisaje o los viejos oficios, con artículos que encajan perfectamente en el molde de un cuento o relato breve con la incorporación de diálogos y descripciones de los que se puede extraer una conclusión (lo que destapa los estrechos márgenes entre la literatura y el periodismo).

Azorín creía de este modo en un periodismo justo, un periodismo de compromiso, de ahí sus campañas intelectuales encaminadas a protestar y denunciar los procesos con nulas garantías judiciales; su reivindicación de la juventud contra lo viejo; su enfado y malestar contra una crítica literaria o teatral que se movía por sus propios intereses, que ensucia y daña la imagen de un gremio ya de por sí denostado. De hecho, prueba de su modernidad, es la producción en la que ahonda en colectivos vulnerables, la pena de muerte o el feminismo –educación igualitaria, divorcio o emancipación- en una sociedad, a finales del XIX, machista en la que la mujer quedaba claramente relegada.

Por otro lado, Azorín innova y aligera las crónicas políticas parlamentarias suprimiendo los larguísimos discursos perorados desde el hemiciclo. Así, en sus columnas de prensa, el alicantino sintetiza y resalta lo principal, desgrana la novedad de la declaración manida y mil veces repetida del gobernante, y agrega aclaraciones y matizaciones que ayuden al lector en la comprensión de la noticia.

El autor de *La voluntad*, incluso, supo ver que una pieza informativa o crónica política no solo consistía en lo que ocurría dentro de la cámara alta o baja, sino también en los pasillos del Congreso, en los gestos, en los comentarios... con imágenes que iban más allá de la retórica.

Azorín tampoco se conformó con ser un redactor de mesa. Para ello el alicantino viajó, se desplazó hasta el lugar de los hechos, asumiendo el protagonismo, convirtiéndose en un testigo de los acontecimientos, plenamente consciente de que esta era la única manera de palpar la realidad. Azorín quería, en su rol de mediador, que sus lectores vivieran con la máxima intensidad los hechos informativos y, por eso, viajó, no cesó de viajar, a París, Londres, Madrid, Barcelona, Alicante o San Sebastián. Incluso, en su periodismo de viajes, tampoco renunció a su faceta cultural o reivindicativa, recorriendo la Mancha siguiendo la pista de Don Quijote, o bien denunciando la situación miserable de los labriegos y campesinos en Andalucía.

Pero, decíamos, Azorín obró con una cierta independencia, y eso le enfrentó a compañeros, los rotativos más prestigiosos y, especialmente, a una clase política que nunca encontró a la altura de las circunstancias. No obstante, pese a los periodos en los que Azorín tuvo sus guiños y debilidades con la causa conservadora de Maura, en un claro favoritismo que se fue intensificando con el tiempo, el alicantino hizo gala de su independencia con severas críticas a los gobernantes, en su compromiso por y para la regeneración de España, lo que incluía denuncias sobre el ejercicio del periodismo en condiciones lóbregas y la ineficacia de instituciones como la Real Academia Española.

Azorín fue un visionario al adoptar estrategias del marketing periodístico, de tal modo que, absolutamente conocedor de la fortaleza de las hojas volanderas, utilizó a estas como escaparates con los que promocionar sus libros y, a su vez, multiplicó la reproducción de sus artículos dándoles visibilidad en distintas cabeceras (si no le concedían rentas económicas al menos sí publicidad). Incluso, a efectos comerciales, numerosos artículos azorinianos fueron recopilados en libros (lo que también salvaba a estos de la caducidad efímera del periodismo).

Además, esta “segunda vida” de un abundante porcentaje de su producción periodística, la que está insertada en obras como *Los pueblos*, tiene su origen en la estética que aprisiona su mundo creador, en las ensoñaciones y emociones que envuelven su articulismo, en la sensibilidad que conecta en muchos casos con la vida, el amor y la muerte (lo que permite que su lectura se preserve con la misma vivacidad cien años después de su publicación).

Cabe destacar, en este sentido, cómo Azorín emplea con solvencia la polémica, de la que hace uso con el propósito de captar la atención del lector, con el deseo de mantenerle enganchado en el relato y, por su parte, de ganar audiencia (como en los controvertidos artículos de *La Campaña*, como en las entrevistas y declaraciones que recoge en su viaje por la Mancha). Polémicas que, igualmente, están salpicadas de llamadas al lector, de citas con las que involucrarle en el relato. El alicantino sabe que su medio de existencia en el periodismo depende exclusivamente del lector, por lo que no duda, en otras ocasiones, en rehacer sus crónicas para dirigirse al público catalán en *Las Noticias* o *Diario de Barcelona*. El lector es, por tanto, la prioridad, por eso su crítica literaria no está recargada de cultismos, escapando del ámbito más reducido y especializado.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante